BOLIVIA
SU HISTORIA

TOMO I

De los orígenes a los Estados prehispánicos, 10000 a.C – 1540 d.C



Bolivia, su historia

Tomo I

De los orígenes a la construcción
de los Estados Prehispánicos
10000 a. C. - 1540 d. C.

BOLIVIA, SU HISTORIA

TOMO I

De los orígenes a la construcción de los Estados Prehispánicos

10000 a.C. - 1540 d. C.

Ximena Medinacelli
Coordinadora

Autoras:

Silvia Arze
Pilar Lima
Ximena Medinacelli

Autores invitados:

Isabelle Combès
Carla Jaimes Betancourt
Heiko Prümers
Mariela Rodríguez



Edición: Alejandra Canedo
Diagramación: Elena Carvajal
Elaboración de mapas: Renzo Aruquipa Merino
Portada: Alejandro Salazar
Asistencia editorial: Plural editores

ISBN OBRA COMPLETA: 978-99974-47-57-9
ISBN VOLUMEN: 978-99974-47-58-6
D.L.: 4-1-1515-15

Impresión: Artes Gráficas Sagitario S.R.L.

Impreso en Bolivia

Índice general de la colección

Tomo I

Contenido

Índice de figuras

Índice de cuadros

Índice de recuadros

Presentación general

¿Qué fue lo que llevó a un grupo de más de veinte investigadores a emprender la aventura de escribir una obra de cerca de dos mil páginas para la lectura de un público no especializado en el tema de la historia? ¿Cuál fue la energía que impulsó a este grupo a trabajar más de tres años, articulando la investigación individual con el debate colectivo y sacrificando horas y días en reuniones a veces interminables?

Las mismas preguntas han estado presentes en los participantes en este proyecto. ¿Por qué pudimos pasar tardes íntegras dedicadas a leer, escribir y debatir sobre temas tan diferentes como las formas de organización social en Tiwanaku; la violencia del ingreso de Almagro al Collasuyo, las luchas de los pueblos indígenas en el Oriente, los andares de José Santos Vargas en Ayopaya, los proyectos liberales o la manera en que se luchó contra las dictaduras? Quizás podamos encontrar las respuestas en la lectura misma de estos libros, resultado de esa aventura humana e intelectual.

Para comprender nuestro compromiso con este proyecto es importante retroceder en el tiempo con el fin de conocer la historia de esta historia, ya que estos libros se remontan a un objetivo de larga data. A inicios de la última década del siglo XX, se reunieron algunos grupos de investigación para debatir diversos temas en torno a la situación de la historia en Bolivia. En aquel tiempo, ninguno de nosotros podía imaginarse que de esta experiencia saldría un proyecto que lleva ya más de veinte años de existencia. Fue ahí que se decidió la creación de una Coordinadora de Historia cuyo objetivo central era, precisamente, elaborar una historia de Bolivia que incluyera los últimos avances de la investigación historiográfica y que estuviera dedicada a un público más amplio.

En los siguientes años se trabajó y publicó una colección de fascículos sobre el siglo XX (1999), otra abordó la historia de mujeres bolivianas bajo el título "Protagonistas de la Historia" (1997) iniciándose también la publicación de la revista Historias de… (1998-2003). También organizamos varios congresos internacionales sobre temas como la historia del siglo XIX (1994) y del siglo XX (1998), la historia de la minería (2007) y el congreso de Etnohistoria (2011).

A pesar de que las actividades individuales de cada uno de los investigadores nos llevaron por caminos diversos, siempre mantuvimos el sueño de realizar esta obra colectiva. A lo largo de los últimos años, y pese a haber reducido parcialmente las actividades del grupo, el análisis conjunto de los temas que nos interesan no cesó. En reuniones periódicas y en proyectos más específicos se siguió debatiendo acerca de la historiografía boliviana y del propio quehacer histórico. Así, a lo largo de nuestro recorrido como historiadores individuales y como Coordinadora, la reflexión teórica se fue enriqueciendo a partir de la formación adquirida en postgrado y de las experiencias que algunos acumulamos durante años como docentes de la Carrera de Historia de la Universidad Mayor de San Andrés (La Paz). El debate con una nueva generación de investigadores y la vivencia sobre la historia reciente de Bolivia también han sido muy fructíferos e inspiradores. La toma de conciencia conjunta en torno a este enriquecimiento mutuo fue la que nos llevó, finalmente, a tomar la decisión de asumir este reto –una obra fruto de la experiencia– en un momento como el actual en

el cual urge contar con una historia de Bolivia actualizada y accesible.

Desde la conformación del equipo de investigación, esta obra ha sido un reto pues si bien predominan los historiadores, otros profesionales como arqueólogos y cientistas sociales también participaron en la misma, abriendo la investigación a la interdisciplinariedad, confluyendo en ella diversas generaciones de investigadores, mujeres y hombres.

El análisis realizado de forma individual y grupal sobre las percepciones pasadas y actuales acerca de la historia de Bolivia nos llevó a preguntarnos sobre las imágenes que se han construido y se construyen sobre nuestro pasado. En muchos casos, nos encontramos con una historia militante respaldada en una visión de fe subordinada a las coyunturas políticas que generan y regeneran mitos y se basan sólo en una historia de culpables e inocentes, vencedores y vencidos o de explotadores y víctimas, de malos y de buenos, encubriendo tramas complejas de dominación y explotación pero también dinámicas de exclusión e inclusión en las que participan diferentes grupos sociales, de distintas maneras y en diversos momentos históricos.

Esta obra no trata de ofrecer una historia "color de rosa" carente de conflictos sino, precisamente, una historia mucho más articulada de lo que suponemos y, por tanto, mucho más compleja, densa y con contradicciones. Los actores y sujetos, trátese de individuos, clases sociales, grupos étnicos, pueblos o naciones, no son ni han sido entidades esenciales con fronteras absolutamente discernibles y que han coexistido de manera separada: todos ellos han estado absolutamente interconectados e interrelacionados. Si bien somos un país geográficamente diverso y plurinacional, esto no supone que tengamos historias aisladas, cerradas en sí mismas y autorreferentes. Más bien, nos hemos interesado en enfatizar un pasado articulado, con tensiones, luchas cambiantes y paradojas. Asimismo, hemos buscado articular procesos y estructuras, aspectos macro y micro, determinaciones estructurales y agencia de los actores que nos permitan entender los cambios y las continuidades en un proceso de larga duración. Finalmente, pretendemos superar la estructura y cronología presidencial y las visiones Estado-centristas, andino-centristas, andro-centristas y elitistas.

Estos libros también están pensados como instrumentos de reflexión sobre el pasado, presente y futuro de una sociedad. Las visiones que consideraban a la historia de manera instrumental, como herramienta para la creación de una unidad nacional o bien como posibilidad científica para descubrir leyes y regularidades, o para prevér el futuro, han quedado –indudablemente– atrás. Para nosotros, la historia permite desarrollar una mirada analítica, crítica y reflexiva. Esto significa que, como académicos y profesionales, proporcionamos elementos para pensar y no para repetir, para comparar visiones y proposiciones, para generar reflexión antes que entregar una interpretación histórica que pretenda ser la única y la verdadera. La historia contribuye así a la creación de una ciudadanía activa, a la construcción de una esfera pública informada y democrática.

Nuestra propuesta se centra en tres ejes estructuradores. En primer lugar, repensar y utilizar las nuevas propuestas teóricas planteadas en los ámbitos científicos y que fueron plasmadas en varios estudios por historiadores nacionales y extranjeros que no habían sido aún difundidas; en segundo lugar, transmitir en un lenguaje más simple –pero no por ello menos profundo– la información recogida por los estudios historiográficos de los últimos treinta años y que se mantuvo hasta hoy en un ámbito exclusivamente académico; y, en tercer y último lugar, generar a partir de nuestra propia reflexión una agenda de opinión y debate ciudadano en torno a nuestra historia y nuestra visión del pasado y del presente.

El proyecto editorial que presentamos consta de seis tomos, elaborados por el mismo número de equipos de investigación.

El primer tomo aborda la historia de los pueblos originarios en la etapa anterior a la llegada de los europeos, tradicionalmente llamada prehispánica. En este tomo, se enfatiza en la relación hombre-naturaleza en la multiculturalidad tan evidente tanto en el espacio de las tierras altas como de las bajas, así como en el papel del Estado en las primeras sociedades. Se parte de los primeros poblamientos en América así como sus interrelaciones e influencias hasta llegar a inicios del siglo XVI.

El segundo tomo se centra en los siglos XVI y XVII, caracterizados por la implantación en Charcas del sistema colonial bajo el reinado

de la Casa de Austria y su proyecto de establecimiento de un sistema político mixto; en él se toma en cuenta diversos proyectos de sociedad: el proyecto estatal, el de la Iglesia y el de la propia sociedad (indígena, mestiza o española), así como las estrategias económicas y sociales que lograron establecer una pax colonial, aunque en un contexto de desigualdad.

El tercer tomo abarca la etapa conocida como colonial tardía que comprende la época de la dinastía de los Borbón, las reformas en el sistema colonial y las luchas insurgentes de indígenas y criollos, es decir el resquebrajamiento del equilibrio de la pax colonial que llevó a una crisis final del sistema. En él se muestra las tensiones generadas por los cambios en el proyecto colonial como las respuestas surgidas desde diversas esferas de la sociedad en Charcas en una etapa conocida como de la Independencia.

El cuarto tomo aborda el complejo proceso de una nueva construcción política: el sistema republicano que puso fin a una legitimidad que emanaba del Rey situándola en el principio abstracto de la soberanía del pueblo. Los cambios no implicaron ni inclusiones generales ni transformaciones totales. El siglo XIX se presenta así no solo como la transición de un Estado colonial a un Estado republicano, de un Estado corporativo a otro tipo de Estado, de una sociedad de castas a una sociedad de individuos iguales en principio, porque ello supondría un fácil cambio unilineal. Se trata, más bien, de un periodo de cambios y continuidades que se reestructuran en una nueva formación que articuló y recompuso lo antiguo y lo colonial, coexistiendo con lo nuevo y lo moderno liberal. Es, de alguna manera, un "barroco político-social".

El quinto tomo está centrado en el proceso que abarca la crisis del modelo liberal hasta la revolución de 1952: analiza los procesos políticos y sociales que evidenciaron el despertar de corrientes que planteaban transformaciones profundas a la sociedad boliviana y examina las estructuras económicas en un momento de mayor inserción de Bolivia en el mercado mundial como productora de materias primas, así como en sus intentos por avanzar en procesos de industrialización. Asimismo, la cultura es abordada en sus variadas expresiones concretas así como en su capacidad de expresar mentalidades, imaginarios e incluso ideas relacionadas con los proyectos políticos en disputa.

El sexto tomo centra su análisis en el Estado del 52, nacido de la insurrección popular y de la destrucción del Estado oligárquico. Este ciclo histórico, que no puede circunscribirse a los gobiernos del Movimiento Nacionalista Revolucionario (1952-1964), tuvo un amplio despliegue en distintas dimensiones de la sociedad y el Estado, de la cultura y la economía, que son estudiadas tanto en sus concreciones como en sus límites y contradicciones, muchas de ellas producto de disputas intensas en torno al sentido final de las transformaciones realizadas. Este ciclo histórico llegó a su fin en la década de 1980 en una crisis determinada por las pugnas entre fuerzas políticas y sociales que buscaban radicalizar la revolución y aquellas que representaban a los nuevos grupos dominantes. Desde entonces, se abrieron dos procesos: el neoliberal, que duró hasta inicios del siglo XXI y el actual. En ambos, algunos legados de la Revolución Nacional continuaron vigentes.

En la elaboración de cada uno de los tomos se ha respetado en todo momento las decisiones adoptadas por los respectivos equipos con relación a temas como la autoría, la estructuración interna del trabajo y el uso de imágenes, aunque se ha determinado pautas generales para el uso de citas, notas y registros bibliográficos como, por ejemplo, no recurrir al uso de las notas a pie de página. Igualmente, dentro de cada equipo, se ha trabajado respetando estrictamente el parecer de cada uno de los miembros por lo que el lector quizás encuentre, más que contradicciones, abordajes diversos sobre determinados temas, aunque se ha tratado de seguir una línea común que guíe el trabajo colectivo. Sabemos que en el frágil equilibrio entre las posiciones individuales y el camino común se halla en gran parte el valor de nuestro trabajo.

El resultado de este compromiso es este conjunto de tomos en los que subyace la experiencia colectiva e interna de leernos y releernos, de hablarnos y escucharnos, buscando consensos de forma conjunta pero también manteniendo ciertas divergencias. Desde esta perspectiva, podemos sentirnos plenos con la seguridad de haber alcanzado más de lo que esperábamos: un resultado de diálogo y amistad.

Muchas instituciones y personas han colaborado en la realización de este proyecto.

Agradecemos profundamente a Plural Editores que confió en nosotros desde el inicio del proyecto, al periódico La Razón, que se comprometió de forma militante en el mismo, al Programa de Investigación Estratégica en Bolivia que apoyó en el trabajo de edición de tres tomos, al Instituto de Estudios Bolivianos de la UMSA que nos prestó generosamente espacios y tiempos para el debate, a los alumnos de la Carrera de Historia de la UMSA que leyeron en clases algunos de nuestros avances y al Archivo de La Paz que autorizó el uso de imágenes y fotografías. Finalmente queremos agradecer profundamente a nuestras familias por su constante paciencia, comprensión y apoyo.

La Paz, diciembre 2014

Historia prehispánica: Reflexiones y debates[1]

El tomo I De los orígenes a la construcción de los Estados Preshispánicos es un esfuerzo por dar una mirada de conjunto al pasado más remoto de lo que hoy es Bolivia. Dividimos este extenso período siguiendo la manera cronológica tradicional. Incluimos una línea del tiempo que sirve como orientación didáctica de la sucesión de culturas, su elaboración implicó una serie de decisiones respecto de lo que consideramos lo más relevante en cada etapa. Sin embargo, es preciso aclarar que si bien la sucesión de culturas en el tiempo ordena la información y le da un sentido, la historia no es un proceso lineal hacia una suerte de destino superior preestablecido, es más bien un proceso complejo, expresión de la variedad de opciones asumidas por los seres humanos.

Nos planteamos tres ejes temáticos y de análisis que, de acuerdo a sus peculiaridades, son desarrollados y problematizados de distintas formas en cada capítulo. El primero de los ejes se refiere a la multiculturalidad, presente en todas las etapas aunque no siempre con la misma visibilidad. Su estudio permite conocer cómo se dieron las relaciones entre culturas y sus cambios en el tiempo. Podemos afirmar que la presencia de múltiples expresiones culturales es una de las realidades que se evidencia con mayor claridad. En el altiplano y valles encontramos una diversidad de pueblos en forma cohesionada, mientras que en las Tierras Bajas existe una atomización más marcada. A partir del supuesto de que los procesos identitarios no son sólo consecuencia de la relación entre distintos grupos sino que en gran medida están condicionados por las relaciones de poder, el segundo eje tiene que ver con la tensión entre esta multiculturalidad y la presencia o ausencia del Estado. El tercer eje que guía nuestras preocupaciones es la relación sociedad-medioambiente pues el período prehispánico es de aprendizaje del control y aprovechamiento de la naturaleza que se expresa en las distintas soluciones culturales de los pueblos.

Fuera de los ejes planteados, quisiéramos resaltar algunos de los problemas generales que encontramos al realizar el trabajo. Uno de ellos se refiere al espacio que debería cubrir el período prehispánico. Sabemos que por entonces los límites geográficos no eran los actuales, pero a veces en los estudios sobre esta etapa no se asume de esta manera. Los límites o las fronteras políticas pueden interferir en las miradas hacia este pasado, enfatizando o minimizando la información según los intereses nacionales, pues la construcción de la memoria nacional en cada uno de estos países tiene una de sus bases en los logros de este periodo. En Bolivia, por ejemplo, la búsqueda por dar sustento al nacionalismo de los años 50, hizo que se magnificara Tiwanaku y se minimizara a los incas. En cambio en el Perú, los incas representan el punto culminante de su pasado. El énfasis que se hace en cada uno de los países podría distorsionar la cultura de los hechos del pasado.

Este tomo, aunque se concentra en el territorio de la actual Bolivia, intentará superar las miradas nacionalistas.Tiwanaku, por dar un ejemplo, tiene elementos de la cultura chavín, ubicada en el actual Perú, y, si bien su centro estaba al Sur del Titicaca, en Bolivia, tuvo núcleos importantes en

1 Agradecemos a Claudia Rivera por la lectura y sugerencias a este tomo que nos han servido para complementar de mejor manera las disciplinas de arqueología e historia.

Moquegua o Atacama en las actuales repúblicas del Perú y Chile. Lo propio en el período de los Señoríos: un bloque importante de pueblos de lengua preponderantemente aymara se ubicaba alrededor del Titicaca, lago que, como se sabe, comparten Perú y Bolivia. También en el sur, los carangas abarcaban Arica y el valle de Azapa, actualmente Chile. Por otra parte, los desarrollos de las Tierras Bajas tuvieron migraciones desde el Atlántico que atravesaron el Brasil, Argentina y Paraguay para instalarse en tierras bolivianas. La familia lingüística arawak tiene representantes por lo menos desde Venezuela.

El estudio del pasado prehispánico también encuentra algunas dificultades en la relación entre disciplinas. Tradicionalmente se considera que su estudio corresponde a la arqueología, sin embargo, a partir de documentos de la colonia temprana, tradición oral, documentos visuales, como textiles, cuadros y, por supuesto, crónicas, es posible obtener información desde la etnohistoria, entendida ésta como una especialidad de la historia que ha desarrollado métodos de acercamiento a las fuentes para la interpretación de los períodos prehispánicos más tardíos. Usamos la etnohistoria para subrayar los esfuerzos que se hicieron para superar la falta de registros escritos e incorporamos métodos de interpretación que no están relacionados con la lectura de restos arqueológicos. Si bien ambas disciplinas son complementarias, sus enfoques y sus conclusiones no siempre coinciden, lo que genera líneas de discusión que en muchos casos enriquecen las perspectivas tanto de la etnohistoria como de la arqueología.

Es común que los aportes de la arqueología, con estudios de caso y con la urgencia de encontrar evidencias materiales, sean más puntuales. La etnohistoria, en cambio, suele tener el problema de dar saltos en el tiempo, del siglo XVI al XX, por ejemplo. Estas perspectivas un tanto diferentes se hacen evidentes en ciertos momentos, por ejemplo en las hipótesis acerca de la desintegración de Tiwanaku. A pesar de ello, creemos que estas aparentes discrepancias en realidad enriquecen nuestras preguntas y posibles interpretaciones, por ello el presente volumen es precisamente el intento de conjugar los aportes de ambas –y otras– disciplinas para avanzar en nuestra comprensión de este pasado.

Dentro del panorama académico existe un desequilibrio; por una parte entre las investigaciones arqueológicas de los países vecinos que cuentan con mayor cantidad de investigación que en Bolivia, y, por otra, entre los conocimientos sobre el oriente y el occidente de Bolivia. De este modo los estudios, excavaciones, dataciones y otros aportes que se hacen e hicieron en Perú, Chile, Argentina y Brasil sirven para completar el panorama propio.

En cuanto a Bolivia misma, es más lo que se sabe sobre las tierras altas, altiplano y valles, que sobre la Amazonia, Chiquitanía y Chaco. Aunque la región de los Llanos de Mojos ha recibido una atención privilegiada desde principios del siglo pasado (Denevan, 1966; Erickson, 2006, 2010; Jaimes Betancourt, 2012; Lombardo et al., 2012, 2013; Nordenskiöld, 1913; Prümers, 2012, 2013; Walker, 2004) y hay recopilación de información etnohistórica sobre la Chiquitania y Chaco (Combes, 2002-2008), todavía existe un desequilibrio de información que podría dar una impresión equivocada del pasado de ambas regiones. Las organizaciones políticas más centralizadas y la impronta estatal determinan una centralidad más contundente en las tierras altas y sobre todo en la región circuntiticaca. En ese entendido, hemos hecho también el esfuerzo por incorporar de manera coherente los últimos aportes sobre las Tierras Bajas intentando, además, tomar en cuenta su propia lógica. Sin embargo, es indispensable tener presente que "lo andino" es en realidad una articulación de diversas ecologías ubicadas en diferentes altitudes y que ríos que nacen en la cordillera de los Andes y desembocan en afluentes del río Amazonas, funcionan como corredores de comunicación entre los Andes y la Amazonía, conectando las historias de los bosques amazónicos subandinos con aquellas desarrolladas en los bosques de llanuras aluviales y tropicales.

En los últimos años el desarrollo de la ciencia en temas como la identificación del genoma humano y la investigación genética sobre los cromosomas ha abierto nuevos caminos al estudio multidisciplinario de la historia más antigua de los seres humanos, las dinámicas de poblamiento en distintos lugares del planeta, las rutas de desplazamiento y el desarrollo posterior de poblaciones locales. Aunque en Bolivia no se han efectuado estudios específicos de este tipo, centros de investigación en el exterior han realizado recientemente análisis de algunos

materiales óseos de enterramientos en sitios como Tiwanaku y otros centros relacionados, y los resultados muestran nuevas y sorprendentes posibilidades que la investigación puede seguir en las siguientes décadas y que añaden nuevas dimensiones al conocimiento a través de una colaboración más estrecha de las ciencias sociales y biológicas.

Antes de hacer un desarrollo de las características de cada período corresponde realizar una breve contextualización sobre la cronología y la periodización que utilizamos, esto con el objetivo de explicar los conceptos básicos presentes a lo largo del libro. El inicio del desarrollo cultural se da a través de sociedades de cazadores-recolectores, proceso que dura varios miles de años y que está conceptualizado en dos grandes períodos. El primero de ellos es el Paleoindio, que implica la relación del hombre con la megafauna extinta en el Holoceno. Pocas evidencias de ese período son registradas en Bolivia, pero la información existente muestra que dicha relación se dio principalmente en el sur. Un período posterior es el Arcaico, que es dividido en tres sub-períodos: temprano, medio y tardío, que señalan los niveles de complejidad de esas poblaciones de cazadores-recolectores, las cuales habían sobrevivido a la última glaciación y a la desaparición de la megafauna.

Un desarrollo posterior corresponde al Formativo, período de sedentarización y de alta complejidad cultural, que es parte del proceso de formación de grandes Estados y/o desarrollos socio-políticos, debido a lo cual recibe ese denominativo. Este período también está dividido en tres sub-fases: temprano, medio y tardío, y presenta particularidades en cada región estudiada.

Para los desarrollos posteriores asumimos la periodización establecida en los Andes centrales por Rowe (1944), quien reconoce horizontes culturales y períodos intermedios. El más importante en Bolivia es el Horizonte Medio, marcado por la presencia de Tiwanaku. Sin embargo, también reconocemos una diversidad de grupos culturales en otras regiones de Bolivia que no fueron influenciados por la complejidad estatal de Tiwanaku y que tienen un desarrollo cultural particular. Existe acuerdo entre los arqueólogos en agrupar a estos pueblos como parte de los Desarrollos Regionales Tempranos.

Un período posterior a Tiwanaku es el conocido como Intermedio Tardío, pues es el antecedente a la presencia inca en Bolivia. Al parecer, existió mucha diversidad étnica y cultural en dicho período en diferentes partes del territorio, por lo cual en las zonas que se encuentran fuera de la influencia del Estado de Tiwanaku se reconocen estos grupos dentro del período de Desarrollos Regionales Tardíos. La secuencia prehispánica culmina con la incursión de los incas en Bolivia, considerado el Horizonte Tardío en los Andes o el período Inca en Bolivia. Esta secuencia resume la periodización prehispánica utilizada en este libro.

Presentamos a continuación un balance de lo estudiado en cada uno de los períodos elegidos con el que se pretende mostrar el estado actual de las investigaciones y también definir nuestro aporte.

El origen de la población

La pregunta sobre del origen de la población americana fue una interrogante constante desde que la existencia de este continente fue conocida en Europa. Las respuestas que se intentaron reflejan los conocimientos, la mentalidad y los imaginarios de cada época, desde explicaciones que recurrían al Antiguo Testamento para ubicar a los habitantes de América dentro del contexto de relatos bíblicos, hasta teorías sobre el origen de la población en continentes desaparecidos. Debido al persistente interés en el asunto, en el siglo XVIII se realizaron varias expediciones científicas que permitieron profundizar el conocimiento de la población americana.

Más adelante, durante el siglo XIX aparecieron teorías del origen autóctono de las poblaciones americanas, planteadas por el argentino Florentino Ameghino, pero se descubrió que los restos óseos presentados no eran de humanos. En 1925 el portugués Mendes Correia propuso la idea de que la población de América habría llegado desde Australia. La más aceptada fue la del Norteamericano Alex Hrdlicka (1937) sobre el origen asiático de la población americana y su llegada a través del estrecho de Behring, aunque también se desarrollaron teorías sobre un origen poligenético de la población, que procedería de diferentes continentes y habría llegado de distintas maneras, entre ellas navegando de continente

a continente, como planteó el francés Paul Rivet en 1943. Descubrimientos arqueológicos permitieron establecer las pruebas para las teorías, pero también éstas apelaron a la lingüística y a la biología.

Otro de los temas más estudiados y discutidos fue el de la datación de las primeras evidencias de grupos humanos en América, es decir, la antigüedad de los sitios donde aparecieron las primeras evidencias de presencia humana. Descubrimientos arqueológicos al extremo Sur del continente en las últimas décadas del siglo XX pusieron sobre la mesa de las discusiones académicas y científicas nuevos datos que todavía están en discusión. A principios del siglo XXI, el proyecto de investigación científica del genoma humano abrió las posibilidades de estudios genéticos aplicados al análisis de los restos de seres humanos que vivieron hace miles de años y que probablemente estuvieron entre los primeros pobladores del continente. Sin duda, los descubrimientos futuros y el estudio de las evidencias encontradas permitirán aclarar más el panorama de la historia temprana de la población del continente americano.

Poblaciones más tempranas

La época conocida como Arcaico se desarrolló aproximadamente entre 11000 y 4000 años antes del presente (9000 y 2000 a.C.). Las investigaciones sobre estas etapas son las menos numerosas dentro del campo arqueológico y de otras disciplinas en Sudamérica y son más escasas aún en Bolivia. Las instituciones estatales no promovieron trabajos arqueológicos que se enfocaran en este período y los esfuerzos y hallazgos realizados hasta ahora proceden de iniciativas de investigadores como Dick Edgard Ibarra Grasso (1986), Jorge Arellano (1981), Eduardo Berberian (1981) y otros. La Universidad Mayor de San Simón tuvo un papel importante con el trabajo de Ricardo Céspedes y David Pereira (2005). La colección de objetos de esta etapa histórica excavados por Ibarra Grasso, Céspedes y Pereira forma hoy parte de los fondos del Museo Arqueológico de la Universidad Mayor de San Simón de Cochabamba.

En 1903 el estudioso francés Georges Courty localizó un yacimiento paleolítico en Sur Lípez. En 1954 el investigador argentino Ibarra Grasso descubrió el sitio de Viscachani, considerado actualmente un campamento al aire libre. La existencia de una enorme cantidad de instrumentos y herramientas líticas en este sitio hizo que durante décadas Viscachani fuera considerado el lugar más importante del período Arcaico, y que una de sus fases tuviera la reputación de ser la más antigua evidencia de presencia humana en Bolivia; sin embargo, descubrimientos más recientes cambian este panorama.

El inglés William Barfield realizó excavaciones en Laguna Hedionda, Lípez, al Suroeste del país, en 1958. En 1978 E. Berberian y J. Arellano encontraron y estudiaron otros sitios en Lípez con restos de herramientas líticas, y en 1982 Ibarra Grasso y Querejazu Lewis hallaron restos arqueológicos de esta etapa en San Pablo de Lípez. A partir de 1980 continuaron las excavaciones en el altiplano y en la zona de Lípez y también excavaciones en las Tierras Bajas del Chaco, al sureste de Bolivia, donde en el sitio de Ñuapua se encontraron restos humanos que fueron datados con una antigüedad de 6000 años y considerados como los más antiguos encontrados hasta entonces. También por esa misma década se realizaron excavaciones e investigaciones en Cochabamba.

Las investigaciones más recientes sobre el Arcaico fueron realizadas en 2012 por José Capriles y Juan Albarracín en el sitio de Cueva Bautista de San Cristóbal (Lípez, Potosí); los resultados permiten confirmar allí presencia humana de 10.900 años de antigüedad (c. 8900 a.C.), lo que hace que éste sea el sitio con presencia humana más antigua en territorio de la actual Bolivia.

Las investigaciones arqueológicas en Bolivia tomaron nuevos rumbos en el siglo XXI. La arqueología, centrada anteriormente en Tiwanaku, cedió paso a nuevas excavaciones que se dirigen más bien a buscar información sobre las historias de otras regiones. En el caso de las Tierras Bajas se debe mencionar que un equipo multidisciplinario (Lombardo, et al. 2013) confirmó recientemente, que algunas de las islas de bosque en los Llanos de Mojos, son en realidad acumulaciones de desechos alimenticios, principalmente de caracoles, restos de fauna y material orgánico por grupos de cazadores y recolectores que vivieron hace por lo menos 10000 años.

El Formativo

El Formativo (2000/2200 a.C. - 400/500 d.C.) es uno de los períodos de transición más importantes en el desarrollo socio-político de las poblaciones prehispánicas. Su temporalidad está marcada por el surgimiento de la agricultura como un eje productivo, el cual propende a la sedentarización de los pueblos de cazadores-recolectores que existían previamente. Otros aspectos que marcan este período son la aparición de la alfarería, la construcción de villas o poblados permanentes y –de acuerdo a cada región– el surgimiento de tradiciones religiosas y rituales que marcaron posteriormente la identidad de los pueblos andinos.

Siendo un período que transcurre alrededor de 2000 años en distintas partes de los Andes, se establecen diferentes fases de desarrollo. Por ejemplo, en sus fases iniciales en la cuenca del Titicaca los procesos socio-políticos todavía eran simples y ligados al proceso de la sedentarización y la sobrevivencia. En una fase posterior se observa el desarrollo de tradiciones religiosas y de edificación que luego fueron consolidadas y dieron paso al surgimiento de desarrollos políticos más complejos que compitieron por la hegemonía regional y que luego derivaron en la formación del Estado (Hastorf et al., 1999). En otras regiones este proceso fue distinto, se pasó de desarrollos políticos de villas y aldeas con niveles de jefaturas simples, a otros que presentaban niveles políticos complejos (Bermann, 1995; McAndrews, 1996; Rose, 2002). Sin embargo, los datos también muestran que este panorama estuvo ligado a la potencialidad productiva de las diferentes regiones, así como al contacto interregional.

Al ser el Formativo uno de los períodos más largos del desarrollo cronológico prehispánico, sus implicancias fueron determinantes para los procesos subsecuentes. Por un lado, derivó en la formación del Estado de Tiwanaku y, por otro, determinó la complejidad y diversidad de otros pueblos que se encontraban fuera del área de influencia de este Estado. Un aspecto recurrente de este período es su influencia sobre las distintas tradiciones y estilos que marcaron la producción cultural de su época (More, 1984), tanto a nivel de la cerámica, como de la arquitectura y las representaciones simbólicas que fueron mantenidas hasta tiempos tardíos. Por estas razones, su estudio y análisis tiene mucha importancia en la cronología andina y permite explicar parte de la diversidad observada en períodos posteriores.

Los diversos estudios fueron promovidos en Bolivia en tres grandes regiones: 1) La cuenca del Titicaca, ligada a la cultura chiripa; 2) Oruro y los valles de Cochabamba relacionados con el desarrollo de Wankarani y 3) Santa Cruz. Más escasos son los datos de la Amazonía, Mojos y el Chaco.

En la cuenca circunlacustre, el sitio epónimo del Formativo es Chiripa, que ha merecido el interés de los investigadores desde los años 40 del siglo pasado, con trabajos como los de Maks Portugal Zamora (1988) y Alfred Kidder (1943). En adelante su investigación estuvo a cargo del INAR y posteriormente por David Browman (1981). Pero es a inicios de los años 90 cuando se realizan los aportes más relevantes en el tema con el ingreso del equipo de investigación de la Universidad de Berkeley, a la cabeza de Christtine Hastorf. Posteriormente, varios de sus estudiantes y algunos investigadores bolivianos desarrollaron tesis doctorales e investigaciones especializadas para datar y entender la dinámica regional. Entre ellos se puede citar a MatthewBandy (2001), William Whitehead, Lee Steadman y José Luis Paz (2001), Andrew Rodick (2008) y Eduardo Machicado (2009).

El área de Wankarani fue estudiada inicialmente por la presencia de montículos artificiales y cabezas líticas de camélidos. Estos rasgos llamaron el interés de investigadores como John Wasson, Luis Gutierrez Guerra y Ramiro Condarco desde la década de 1950. Posteriormente las excavaciones del montículo de Wankarani, realizadas por Carlos Ponce Sanginés, terminaron dando el nombre a ese desarrollo del Formativo orureño que se conoce como cultura Wankarani. En la década de 1990, el equipo de la Universidad de Pittsburgh empezó a desarrollar investigaciones intensivas en diferentes montículos, sobre todo de la región de La Joya.

En la región de los valles de Cochabamba y Santa Cruz, las investigaciones fueron promovidas por investigadores del Museo Arqueológico de Cochabamba, quienes desde los años 40, a la cabeza de Ibarra Grasso y Geraldine Byrne de Caballero, realizaron los primeros reportes.

Posteriormente investigadores como D. Pereira, R. Céspedes, Ramón Sanzetenea, Javier Gonzáles y María de los Angeles Muñoz desarrollaron estudios más sistemáticos. A este equipo se unieron investigadores como Donald Brockington, Marianne Vetters, Olga Gabelmann, Christoph Dollerer, Timothy McAndrews y Claudia Rivera, quienes lograron también importantes aportes.

Estos aportes fueron extendidos a los valles del Sur con los trabajos de Rivera en Cinti y los importantes fechados que Pereira y su equipo publicaron sobre el Formativo en Santa Cruz, que muestran ocupaciones muy tempranas que hacen ver que la historia cultural del Oriente boliviano todavía es desconocida.

El Formativo en las Tierras Bajas no ha sido muy investigado, lo que no quiere decir que no exista. Un buen ejemplo constituye el sitio arqueológico Grigotá ubicado entre el segundo y tercer anillo de la ciudad de Santa Cruz. Este sitio fue excavado en 1976 por Bustos Santelices (1976, 1977) y posteriormente por Heiko Prumers (2000) del Instituto Alemán de Arqueología. Aquí se documentaron poblaciones sedentarias que practicaron la agricultura y se establecieron, según fechados radiocarbónicos, entre el 400 a. C. y 100 d. C.

Si bien en la frontera entre Brasil y Bolivia se tienen evidencias de las primeras ocupaciones sedentarias (ca. 2500 a. C.), son muy escasos los sitios formativos que han sido encontrados en la región amazónica. Esto no solamente se debe a la falta de investigación, sino posiblemente a que los sitios correspondientes a este periodo, se encuentren cubiertos por sedimentos aluviales debido a un proceso de cambio climático, el cual todavía está siendo estudiado y que estaría asociado a un aumento de las temperaturas y de la pluviosidad en toda la Amazonía (Neves, 2007).

Tiwanaku

Diferentes interpretaciones sobre lo que fue Tiwanaku surgieron a través de los años. Las explicaciones más tempranas se perdieron en el tiempo y solamente fue posible conocerlas a través de los mitos e historias que registraron los primeros cronistas españoles en el siglo XVI (Cieza de León, Betanzos, Sarmiento de Gamboa, Acosta, Anello Oliva, Cobo y otros). Ellos recogieron mitos que identificaban a Tiwanaku como el lugar de origen de la humanidad y consideraron que allí se encontraban las raíces de la civilización sudamericana más conocida en la época, los incas. Fue entonces que Tiwanaku quedó consolidado en el pensamiento de la época como uno de los sitios más importantes del mundo prehispánico.

Durante el siglo XIX varios diplomáticos, viajeros y científicos europeos visitaron Tiwanaku, hicieron descripciones sobre el sitio arqueológico y ensayaron algunas interpretaciones tanto de su antigüedad como de su identidad. En 1864 George Squier, diplomático Norteamericano, hizo planos de Tiwanaku y fotografió el sitio; años después el austriaco-francés Charles Wiener fotografió Tiwanaku e hizo algunas interpretaciones sobre los restos arqueológicos. En 1877 el francés Theodore Ber postuló que Tiwanaku debió haber tenido dos épocas diferentes y que ambas eran anteriores a los incas. Encontró que los muros de las edificaciones estaban orientados de acuerdo a los puntos cardinales (Albarracín, 1999). El sitio arqueológico de Tiwanaku atrajo también a investigadores europeos, como el Conde de Castelnau, el Marqués de Nadaillac, el científico Alcides D'Orbigny y el arqueólogo y etnógrafo suizo-estadounidense Adolphe Bandelier.

Los arqueólogos alemanes Alphons Stübel y Wilhelm Reiss llegaron a Tiwanaku atraídos por las narraciones de D'Orbigny. Años más tarde, Stübel trabajó con Max Uhle, arqueólogo alemán considerado el padre de la arqueología peruana, y en 1891-1892 publicaron el libro Las ruinas de Tiahuanaco en las tierras altas del Antiguo Perú, con fotografías de B.von Grumbkow. Más tarde Uhle propuso una secuencia para las culturas de los Andes. En este libro Stübel y Uhle asociaron Tiwanaku con los aymaras y señalaron que la distribución de la lengua aymara coincide con las áreas de expansión de Tiwanaku (Albarracín, 1999).

Las excavaciones e investigaciones científicas y sistemáticas comenzaron en el siglo XX. El gobierno de Pando otorgó permiso a la misión francesa de Crèqui de Montfort para excavar en Tiwanaku con la condición de que las piezas encontradas pasaran a formar parte del Museo Arqueológico, cuyo director era Manuel Vicente

Ballivián (Laguna Meave, 1986). Uno de los arqueólogos del equipo, Georges Courty, encontró algunos monolitos, una escalinata y cerámica (Albarracín, 1999).

En 1903 llegó a Bolivia el ingeniero austriaco Arthur Posnansky, quien trabajaría sobre este tema durante décadas. Con los resultados de sus estudios publicó los cuatro volúmenes bilingües español/inglés de Tiahuanacu, la Cuna del Hombre Americano. Posnansky hizo un trabajo muy importante de registro en Tiwanaku, aunque muchas de sus hipótesis carecen de bases científicas y son consideradas por algunos sectores académicos como "arqueología fantástica y mítica" (Browman, 2007). Creó la Sociedad Arqueológica de Bolivia, un grupo de estudio con matices esotéricos, que se propuso la tarea de lograr la protección estatal al sitio arqueológico de Tiwanaku. Este grupo estuvo conformado por importantes hombres públicos bolivianos, especialmente de la ciudad de La Paz, en un contexto de políticas liberales y, posiblemente, con influencia masónica (Barnadas, 2002).

El arqueólogo Norteamericano Wendell Bennett (1930) propuso una cronología de la cultura tiwanaku y también hizo una síntesis de la arqueología de Bolivia que sirvió de guía para trabajos posteriores (Rivera y Stecker, 2005). Bennett afirmó que el estilo de la arquitectura de Tiwanaku tuvo una distribución extensa y que la fase clásica tuvo variantes en las Tierras Bajas (Albarracín, 1999). El arqueólogo sueco Stig Ryden hizo excavaciones en la zona del Titicaca y también aportó con estudios sobre cerámica del valle de Mizque (Cochabamba).

El gobierno del MNR, instaurado en 1952, buscó elementos para la construcción del nacionalismo estatal e íconos que lo emblematizaran. Tiwanaku fue clave para este propósito. En esta época se dio un nuevo impulso a la investigación arqueológica desde el Estado; en 1958 se creó el Centro de Investigaciones Arqueológicas de Tiwanaku (CIAT) y más tarde, en 1975, el Instituto Nacional de Arqueología (INAR). La arqueología nacionalista intentó unir la ideología política propugnada desde el gobierno con un pasado remoto y glorioso; se hizo un intenso trabajo de excavaciones, pero se difundieron y publicaron pocos trabajos con los resultados. Portugal Zamora y Gregorio Cordero realizaron extensas excavaciones entre las décadas de 1950 y 1960. La reconstrucción del Kalasasaya en la década de 1970 posiblemente tuvo el propósito de mostrar la monumentalidad de Tiwanaku. La investigación arqueológica estuvo liderizada por Ponce Sanginés y tuvo la intención de resaltar los logros de este Estado, llegó incluso a adjudicarle calidad imperial, expansión en un amplio espacio geográfico, monumentalidad de su ciudad principal y un enorme número de habitantes. Desde mediados de la década de 1950 hasta los años 70, el trabajo arqueológico en Bolivia estuvo centrado en el trabajo de arqueólogos bolivianos, en especial de Ponce Sanginés, que fue la figura principal de la arqueología de esta época y del enfoque político del Estado.

A fines de los años 80 equipos de investigación de universidades extranjeras realizaron trabajos de excavación en el sitio de Tiwanaku. El proyecto Wila Jawira dio un nuevo impulso a excavaciones, análisis, estudios e hipótesis. El Norteamericano Alan Kolata mostró a Tiwanaku como centro urbano y ceremonial y también expuso el complejo sistema agrícola en la zona. Gray Graffam estudió los sukakollos y Marc Bermann trabajó uno de los sitios incorporados a Tiwanaku, Lukurmata. Charles Ortloff y Alan Kolata estudiaron la tecnología e ingeniería hidráulica desarrollada en Pajchiri y Lukurmata.

En la década de 1990, nuevas investigaciones completaron el panorama de Tiwanaku como centro urbano y como Estado. Para ello aportaron las excavaciones realizadas por Linda Manzanilla y Maria René Baudoin, que dieron mayor información sobre Akapana, los trabajos de Juan Albarracín y Claudia Rivera, que mostraron un panorama más completo sobre Tiwanaku. En este contexto, las nuevas lecturas, a partir de la década de 1980, buscaron también allí temas como la identidad y la etnicidad, y encontraron que este Estado estuvo formado por diferentes grupos étnicos y sociales. Este interés no estuvo centrado solamente en el centro urbano de Tiwanaku, sino también en otras regiones. En algunos casos, los estudios buscaron la vinculación de culturas locales con Tiwanaku (Anderson y Céspedes, 1998).

A principios del siglo XXI un nuevo descubrimiento arqueológico en la isla de Pariti hecho por el equipo del proyecto finlandés (Sagárnaga y Korpisaari, 2005) el año 2004, abrió la posibilidad de estudiar una cerámica exquisita y plenamente

realista hasta entonces desconocida, permitiendo ampliar la perspectiva de lo que fue Tiwanaku. Los trabajos recientes de Vranish, Isbell, Stanish, Vinning, Couture y otros escritos durante los últimos años son un aporte que seguramente generará nuevas investigaciones a futuro.

Además de la arqueología y la etnohistoria, los estudios sobre Tiwanaku se han enriquecido con el aporte de otras disciplinas. En la década de 1970, varios estudiosos (Torero, Cerrón Palomino y otros) generaron desde la lingüística nuevas hipótesis sobre Tiwanaku y la identidad de los grupos que lo conformaron. En los últimos años se han incorporado estudios médicos y biológicos a partir del análisis del ADN de restos óseos de enterramientos rituales, con el propósito de encontrar el origen biológico de sus habitantes. Estos estudios abren un campo enorme para la determinación de importantes características de la composición de la población de Tiwanaku, tanto en el sitio como en los diferentes lugares bajo su hegemonía.

En cuanto al trabajo arqueológico, se ha añadido recientemente a las tradicionales excavaciones, las posibilidades que brindan la exploración con magnetómetro y con radar que permiten localizar lugares donde probablemente existen estructuras y contextos arqueológicos, técnicas que ya han sido aplicadas en Tiwanaku desde 2007 (Williams, Couture and Blom, 2007). No obstante apenas se ha excavado menos del 20% la ciudad de Tiwanaku y mucho menos aún en otros sitios. A pesar los avances y del enorme potencial cultural de Tiwanaku hoy son lamentables las condiciones en que se conservan las ruinas más notables del pasado prehispánico de Bolivia, incluso el ícono de esta cultura como es el monolito Bennett está perdiendo ante nuestros ojos los símbolos esculpidos en su cuerpo.

Señoríos y Desarrollos Regionales

A mediados del siglo XX los hallazgos y las teorías sobre la cronología de las culturas precolombinas del arqueólogo alemán Uhle (1856-1944) sirvieron a J. Rowe (1962) para precisar y definir una cronología sobre las secuencias de las culturas en los Andes que aún está vigente. La propuesta de "horizontes culturales", a pesar del debate respecto a la terminología, sigue en uso en cuanto a la secuencia en tiempo y espacio. En cuanto al período del llamado "Intermedio Tardío", Uhle estableció que luego de la caída de Tiwanaku tuvo lugar una atomización en Desarrollos Regionales, aclarando con ello el panorama histórico-cultural de la región y ubicando a los Señoríos en una etapa intermedia entre dos formaciones estatales: Tiwanaku e Inca. Sin embargo, no se puede aplicar el corte temporal de manera mecánica a todo el altiplano y mucho menos a las Tierras Bajas, debido a que el sello que dejó Tiwanaku al Sur y al Este no es el mismo que en la región del Titicaca y, por tanto, su desintegración no afectó con la misma intensidad a todas las regiones.

Los Señoríos formaron organizaciones colectivas con autoridades y territorios que consideramos no constituyen plenamente un Estado, aunque tengan algunos elementos "estatales", como autoridades de gobierno, territorio y algún tipo de instituciones sociales y rituales distribuidas de manera relativamente homogénea entre la población. En el aspecto político, se producen también federaciones y confederaciones más visibles en la región del Altiplano Sur que en la del lago Titicaca.

En cuanto a la cultura material que queda como evidencia arqueológica, se estableció que chullpas (torres funerarias) y pucaras (sitios defensivos de altura) son los elementos característicos de este período, tanto así que la memoria indígena hace referencia a un aucaruna o "tiempo de guerra". Precisamente la inestabilidad política y la competencia por el acceso a recursos, características de esta etapa, se reflejan e en el abandono de varios asentamientos de las llanuras y la presencia de pucaras (fortalezas) distribuidas por todo el altiplano, aunque su intensidad no es igual en todas las regiones. Albarracín Jordán (1996) sugiere la existencia de esporádicos conflictos en el valle de Tiwanaku, lo mismo que sostiene Martti Pärssinen para Caquiaviri (región pacaje), mientras que Stanish (1997) encuentra profusión de ellos en la región lupaca, en el lado occidental del lago Titicaca, lo mismo que ocurrió en la región colla al Norte y Noreste del lago (Arkush, 2009). Es precisamente esta región ubicada en el actual Perú la que fue objeto de sostenidos estudios arqueológicos (Tschopik, 1946, Hyslop, y Mújica, 1976). Probablemente la causa principal de estos enfrentamientos fue

el deterioro climático y las intensas sequías, cuya mayor intensidad tuvo lugar entre los años 1250 y 1310 d. C. En cuanto a la antigüedad de estos restos, Pärssinen (2009) considera que en la región pacaje las pucaras precedieron a las chullpas, en cambio Elizabeth Arkush (2009) encuentra que en la región colla la profusión de pucaras llega incluso hasta la conquista inca, es decir que algunas de ellas son más tardías.

La correspondencia entre el espacio de distribución de las chullpas con el de la lengua aymara marca de manera singular a este período. La región de mayor presencia de estas torres es el altiplano boliviano y en menor medida el altiplano peruano. Nunca se encontraron restos tiwanakotas en las chullpas, lo que dejó muchas dudas acerca de la posible continuidad con Tiwanaku. Sin embargo, algunas chullpas de piedra de distintas formas y dimensiones en la región lupaca se presentan posiblemente reemplazando a sitios rituales Tiwanaku. Las investigaciones arqueológicas en el sector boliviano son aún dispersas y están pendientes interpretaciones de conjunto (Rydén, 1947; Arellano y Kuljis, 1986; Portugal, 1988; Pärssinen, 1990 y Huidobro, 1992). Aún así, algunas cuestiones van siendo respondidas: por ejemplo, si el sistema de enterramiento en chullpas irrumpe en el altiplano rompiendo con una tradición tiwanakota. Esto deja abierta la posibilidad de que el sistema funerario en chullpares se hubiera difundido de Sur a Norte como un fenómeno repentino a mediados del siglo XIII, que enfatizaba el culto a los antepasados (Pärssinen, 2009).

A diferencia de lo que ocurriría en la región lupaca, donde se habría establecido un corte abrupto, Albarracín Jordán y Mathews (1990) enfatizan para la región pacaje una continuidad con Tiwanaku. No sabemos si el patrón de asentamiento disperso que se constata tanto desde la etnohistpria como de la arqueología es parte de esta continuidad o es más bien la muestra de un nuevo poblamiento. Como fuera queda por establecerse si lo que conocemos como Intermedio Tardío, Señoríos o Desarrollos Regionales no fueron más bien provincias incas o wamani, pues la información de la etnohistoria proviene de fuentes coloniales más cercanas al mundo inca. Los trabajos de etnohistoria tienen la dificultad de que la mayoría de ellos se concentra en una nación o Señorío, excepto en algunos casos notables como el de Therese Bouysse-Cassagne (1986), quien, usando como fuente crónicas coloniales, estableció que había una organización del espacio basada en una concepción dual: Urco/Uma a lo largo del eje acuático del altiplano. Por su parte, Charles Stanish (1997) tiene una visión regional que incluye el circuntiticaca (alrededor del lago Titicaca). También en este campo se debe mencionar la propuesta realizada por Teresa Gisbert, que plantea que la caída de Tiwanaku se pudo deber a migraciones aymaras desde el Sur (1987), hipótesis que, aunque muy debatida, promovió nuevas lecturas y reflexiones.

Los estudios, sobre todo de historia, no se concentran en el Intermedio Tardío más bien abarcan períodos más amplios introduciéndose en el período Inca y aún colonial. Algunos autores como Ibarra Grasso (1953), en la década de 1950, se interesaron en estos Desarrollos Regionales cuando el interés dominante era Tiwanaku. A partir de los años 70 creció el interés por estudiar este período. Desde entonces contamos con los aportes importantes que resumimos los más significativos siguiendo un orden geográfico de Norte a sur. Sobre los collas trabajaron Bouysse-Cassagne (1975, 1987), Caterin Julien (1983) y Arkush (2009); sobre los kallawaya Juan Carlos Chávez (2010, 2011); John Murra (1969, 1975), Stanish (1997) y Hyslop (1976) escribieron sobre los lupaca; Xavier Albó (2003), Roberto Choque (1987, 1993) y luego Pärssinen (2009) sobre los pacajes; acerca de los soras trabajó Mercedes del Río (2005); sobre los carangas Gilberto Pauwels, Gilles Riviere (1982), Ximena Medinacelli (2007) y Marcos Michel (2000); Tomás Abercrombie (1986) y Pilar Lima (2008) estudiaron a los quillacas; sobre los charcas contamos con publicaciones de Silvia Arze y X. Medinacelli (1991) y el trabajo colectivo de Tristan Platt, Therese Bouysse, Olivia Harris y Thierry Saignes que además se ocupan de los cara cara, así como Pablo Cruz (2007), M. del Río (1989) y Patrice Lecoq (2003); de los yamparaes se ocuparon Rossana Barragán (1994) y P. Lima; de los chuis Raimund Schramm (1990); de los cintis C. Rivera (2006, 2014); de los chichas se ocuparon Carlos Zanolli (2005), María Beierlein (2008), Mariela Rodríguez (2011) y Florencia Ávila (2013); sobre los lípes trabajaron J. Arellano López y E. Berberian (1981), Axel Nielsen (1998, 2002) así como José Luis Martínez (2011).

Todavía hay una serie de grupos más dispersos hacia los márgenes de lo que fue el Imperio Inca como moyomoyos, urus y casabindos. Los urus han merecido una serie de investigaciones desde los años 30 con Alfred Metraux (1931) y Jehan Vellard (1949-1951) que culminan con la obra de Nathan Wachtel (2000). Normalmente el estudio de los otros grupos ha estado inserto en medio de otros estudios.

La dispersión de las investigaciones da cuenta de la atomización de identidades que se hacen visibles en este período. Sin embargo, existen temas comunes de estudio, como la organización territorial y fronteras (Alconini, 2002), el sistema de autoridades, la movilidad en el espacio (Conti y Albeck ,2012) y la metalurgia (Lechtman, 1984; Lechtman y Macfarlane, 2005; Cruz y Vacher comp., 2008). Una línea importante planteada en la obra Qara Qara – Charka (Platt et al., 2006) es la publicación de fuentes junto con estudios sobre una región específica, lo que permite conocimientos comparativos interesantes y abre posibilidades de estudios a futuro.

Incas

El período Inca es el más corto en la cronología , pero a la vez es el que mayores cambios trajo a las sociedades andinas. Por un lado, su estudio está basado tanto en investigaciones arqueológicas como etnohistóricas, donde se observan ciertos problemas, incoherencias y contradicciones que todavía son debatidos. Uno de esos problemas es el tipo de interpretaciones que se dan en los documentos y crónicas coloniales para entender el llamado Incario, y que ha llevado a cierto escepticismo en las interpretaciones arqueológicas. Por otro lado, la arqueología inca se ha desarrollado a partir de la identificación de su cultura material, como el estilo cerámico, arquitectónico o el trabajo en textiles y metales, para interpretar el área y la intensidad de su incursión en distintas partes de los Andes (Bauer, 1992, 2006). Esto debido a que se hace difícil la datación de contextos Inca de los últimos 70 años del período prehispánico, pues el sigma del C-14 muchas veces rebasa ese tiempo (Vranich et al., 2002).

Es así que con la ayuda de las fuentes históricas se ha construido una secuencia de la presencia inca en los Andes, desde el centro ubicado en Cusco –donde se registran los restos más monumentales– hacia las zonas marginales o periféricas del Imperio (Rowe, 1944). En ese mismo sentido, también se ha discutido mucho la pertinencia de cierta terminología para denominar a los incas, desde la visión de una sociedad Estado centralizada en Cusco, hasta el desarrollo de un Imperio, perspectiva que es más aceptada por sus particulares características (D'Altroy, 1984, 1992; Schreiber, 1992). A pesar de ello, todo lleva a plantear que el paso de esta sociedad por este territorio trajo los cambios más relevantes a todo nivel para las sociedades precedentes (Alconini, 1998; Angelo, 1999; Hyslop, 1992; Julien, 2002; Lima, 2000; Stanish, 2003).

Los incas justificaron su dominio apoyándose en los mitos de origen que difunden su origen divino. En consecuencia establecieron una jerarquización social muy estricta, diferenciando a las élites del resto de la población (Cobo, 1950 [1653]; Ramos Gavilán, 1988 [1621]). Esto implicó también la consolidación de un aparato religioso complejo, que se centraba en un culto solar, pero que reconocía divinidades locales e incluso ocultas de la élite. Desde esta perspectiva, la construcción de diferentes niveles de santuarios y la práctica de numerosos tipos de rituales cobraron mucha relevancia en la vida pública y social de las diferentes poblaciones.

A nivel político, la expansión territorial hacia diferentes partes de los Andes a partir de Cusco, implicó el sometimiento y/o la alianza de diferentes tipos de poblaciones (D'Altroy, 1992; Pärsinnen, 1990). Estos hechos convierten el territorio en un espacio multiétnico y multinacional bajo la égida de un solo gobierno (Schreiber, 1992). Esto, sumado a una política basada en la estrategia militar y socio-política, implementada en períodos cortos de tiempo, le da a los incas la característica de sociedad imperial. Este afán expansivo parece haber estado basado en el acceso a diferentes recursos de los Andes, los cuales eran convertidos en bienes de consumo y bienes de prestigio por las élites, que dieron el soporte socio-económico al Imperio (Earle y D'Altroy, 1995). Luego de la conquista de los alrededores de Cusco (Bauer, 1996), los incas se expandieron al Norte hacia tierras de los cañaris (Meyers, 2002). Luego esta expansión se dirigió hacia los Andes centro-Sur (Pärsinnen, 1990), intentando llegar hasta la Amazonía, como relatan los documentos coloniales (Saignes, 1986; Tyuleneva, 2010).

Los cambios a nivel tecnológico son los más visibles, pues se observa todavía la impronta inca como prueba de su influjo en el pasado. La arquitectura, como una herencia de Tiwanku, dejó los restos monumentales a nivel de palacios, santuarios y centros administrativos. Son muchos los sitios que conservan este rasgo en Bolivia y Perú, al igual que en otros lugares de los Andes (Bauer, 1996; Stanish, 2003). La alfarería desarrollada permitió la generación de un nuevo estilo caracterizado por la policromía y la estilización de las formas, símbolo de la presencia imperial donde se las registra. La textilería, desarrollada a partir de los tejidos de la costa central, adquirió mucha relevancia en el uso de algodón y de fibras de camélidos, caracterizada también por la policromía, la estilización y geometrización de los diseños. El uso de los metales fue, sin duda, el rasgo que más diferencia a los incas de las culturas precedentes; existía un exacerbado interés por el uso del oro como bien de prestigio, herencia de la tecnología de los expertos chimú.

Otro cambio ejercido por los incas fue el movimiento de poblaciones y su implantación en nuevos territorios, que originaron el surgimiento de los mitmas (Wachtel, 1982). El pago hacia el Imperio se daba a través de la mano de obra, lo que implicó la consolidación de grupos especializados en determinadas actividades, como el de los alfareros, mineros, agricultores. Todos estos aspectos cambiaron diametralmente el panorama social, político y cultural de los pueblos y se convirtieron en la antesala a la llegada de los españoles. Vale aclarar que los cambios ocurridos durante la Colonia temprana continuaron con las políticas de los incas y adaptaron sus estrategias para lograr el control de las poblaciones y de los recursos.

El estudio de tan complejo desarrollo político fue, en principio, objeto de estudios etnohistóricos en Bolivia, como los desarrollados por Murra (1975), Saignes (1986), Bouysse-Cassagne (1987) y Pärsinnen (1990), entre otros. Sin embargo, a través de la arqueología también se estudió el tema inca por regiones; una de las más importantes es la del Titicaca, centrada en Copacabana y las islas del Sol y de la Luna (Bauer, 1996; Escalante, 1993; Rivera, 2003; Stanish, 2003). Esta región de los Andes centro-Sur es la que presenta la mayor centralización y el resto se considera como área periférica del Imperio.

El estudio de Capac Ñan fue otro de los ejes en cuanto a la investigación de los incas. Entre los estudios más notables se encuentran los de Hyslop (1992), R. Espinoza (2005), Michel y Lima (2005) y Ballivián (2011). Asociados a este camino y en regiones adyacentes se encuentran centros administrativos, algunos de los cuales, por su importancia, fueron estudiados por Pärsinnen (2005) y Michel (2011) en Caquiaviri, Muñoz (2010) en Incallajta, Pereira (1985) en Incarracay, Lima (2006) en Sevaruyo, D. Angelo (1999) en Tupiza, y Rivera (1998) en Cinti, entre otros. Paralelamente, los estudios de Barragán (1994), Del Río (1989) y Presta (2005), ofrecen importante información sobre los incas en regiones de los valles interandinos.

Otra vertiente de trabajos de estudio del tema inca, relacionada a sus rituales, tradiciones funerarias y cosmología se desarrolló en algunas regiones de Oruro. Entre estos trabajos se pueden citar los desarrollados con las torres funerarias de color del río Lauca (Lima, 2003; Lima et al., 2005), las torres de color de Condor Amaya (Ságárnaga, 2007), el centro ritual de Pumiri (Diaz, 2005), las necrópolis de Totora (Ganem, 2012), el centro de Antín Curahuara (Ticona, 2012), las torres de piedra de Yaraque (Hesley, 1986) y los santuarios de altura de Sajama (Torrez, 2010, comunicación personal).

Por último, tenemos los estudios relacionados al área de frontera de los incas hacia la vertiente oriental. En este ámbito es muy importante el aporte de investigadores de la etnohistoria como Thierry Saignes (1986) y Vera Tyuleneva (2010), y los estudios arqueológicos de Pärsinnen (2003) y Sonia Alconini (2002).

Las Tierras Bajas

Samaipata

En el llamado "codo de los Andes", a 1.920 metros sobre el nivel del mar en la provincia Florida del departamento de Santa Cruz, está ubicada la mayor obra ceremonial de arte rupestre de América latina y el mundo: una imponente y gigantesca roca completamente labrada en su dorso, conocida como "el Fuerte de Samaipata". Este sitio cuenta con registros desde finales del siglo XVIII (Tadeo Haenke) y desde entonces fue

periódicamente visitado y estudiado (D'Orbigny, 1847; Nordenskiöld, 1913; Pucher, 1945; Rydén, 1956; Trimborn, 1967; Meyers y Combès, eds., 2015). Fue declarado por la UNESCO en 1998 como Patrimonio Cultural de la Humanidad.

Las diversas excavaciones han demostrado que este sitio evidencia varias fases de ocupación pre-incaicas, de probable origen amazónico y que se remontan al menos hacia 1000 d. C., dos fases incas e incluso una fase española.

El pasado prehispánico del Chaco

Poco es lo que se sabe del pasado prehispánico del Chaco. Los estudios arqueológicos en la región provienen mayormente del Chaco argentino, y sólo durante los últimos diez años se han venido realizando prospecciones en los valles contiguos de Chuquisaca y Tarija, lo que ha permitido inferir que hubo contactos muy tempranos con las tierras altas (Pärssinen y Siiriäinen, 2003; Alconini, 2002; Michel, 2000; Beirelein, 2008). Los estudios etnohistóricos recientes confirmaron además estos contactos (Combès, 2009).

Unos primeros datos históricos aparecen a mediados del siglo XVI sobre el Chaco, cuando las expediciones asunceñas cruzan la región. Sin embargo en los siglos posteriores, el Chaco se mantiene como un espacio históricamente marginal de los centros de poder colonial y nacional. Esta marginalidad se explica en buena medida por la tenaz resistencia que ofrecieron los chiriguanos al avance español sobre su territorio –puerta natural de entrada al Chaco– que impidió el contacto con los grupos del interior, todos nómadas y poco numerosos. Este aislamiento geográfico e histórico, sumado a la infranqueabilidad de la barrera chiriguana, puede apreciarse en las fuentes más tempranas del siglo XVI, todas elaboradas en un momento de hostilidades en que los agentes coloniales de Charcas ya habían vislumbrado la importancia de expandir los límites de su jurisdicción hacia el este ante la creciente necesidad de vincular la Audiencia a la metrópoli a través del Atlántico (Matienzo, [1567] 1967). Por lo menos hasta el siglo XVIII, cuando los padres jesuitas empezaron a incursionar entre los pueblos chaqueños, por ejemplo con la reducción de San Ignacio de Zamucos desde Chiquitos, las informaciones se limitaban a los grupos asentados en la periferia chaqueña, los tristemente célebres chiriguanos confines a los incas, que a menudo ejercieron de mediadores entre la sociedad hispana y los grupos asentados más al interior.

Tradicionalmente, la problemática fundamental en los trabajos históricos y etnográficos del Chaco ha sido la diversidad étnica de sus habitantes. La tendencia actual es abordar cuestiones históricas y etnográficas de forma conjunta en el intento por develar más sobre el pasado de una región vista como periférica aun hoy (Combès, Villar y Lowrey, 2009).

Desarrollos Regionales en la Amazonía Boliviana

El pasado de la región amazónica fue y es todavía menospreciado. Posiblemente esto se deba a un marcado andino centrismo de los estudios arqueológicos; y también a que los restos culturales se preservan menos en climas húmedos. Asimismo juega un papel importante la imagen de zona marginal que dejaron los incas y enfatizaron los españoles. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas llevadas a cabo en la región amazónica, especialmente en los Llanos de Mojos de Bolivia, dan indicios de que esta región estuvo densamente poblada entre el 400 y 1400 d. C. es decir, mucho antes de la llegada de los españoles.

Así lo atestiguan los cientos de sitios arqueológicos esparcidos en diferentes latitudes de los Llanos de Mojos. Al Oeste, se encontraron grandes sistemas de plataformas de cultivo o camellones, asociados a extensos sitios habitacionales. Al sureste, centenares de montículos habitacionales, muestran construcciones monumentales de hasta 20 m de altura y al Noreste de la región, se registraron decenas de complejos sistemas de zanjas, intercomunicadas por largos terraplenes que atraviesan las sabanas.

Las primeras publicaciones sobre montículos artificiales en los Llanos de Mojos, fueron realizadas por Erland Nordenskiöld (1913) a inicios del siglo pasado. Casi setenta años después, Bernardo Dougherty y Horacio Calandra del Museo de la Plata - Argentina (1981-82, 1984, 1984-85, 1985), llevaron a cabo prospecciones y excavaciones de sondeo en diversos sitios habitacionales del sureste y Noreste de los Llanos de Mojos. A partir de los años 80's Clark Erickson (2006, 2008, 2010) de la Universidad de Pensilvania, emprende el

proyecto Agro-Arqueológico del Beni y realiza prospecciones regionales y excavaciones en sistemas agrícolas. Marcos Michel (1993) y John Walker (2004), investigaron también sistemas agrícolas, en las áreas de San Ignacio de Mojos y del río Iruyañez respectivamente. Erickson (2009) continuó con investigaciones en el área de Baures y Walker (2012) en río Yacuma.

A partir de 1999, Heiko Prümers (2008, 2012, 2013) y Carla Jaimes Betancourt (2004, 2012, 2013), del Instituto Alemán de Arqueología, inician el Proyecto Arqueológico Lomas de Casarabe, investigando sitios habitacionales en montículos al sureste de los Llanos de Mojos. Actualmente, dirigen el proyecto arqueológico boliviano - alemán en Mojos e investigan sistemas de zanjas al Noreste en Bella Vista y Baures (Prümers, 2006, 2014; Jaimes Betancourt, 2012b, 2013). También se intensificaron los aportes de las ciencias geográficas y geológicas con las investigaciones de Umberto Lombardo (2010, 2012, 2013).

Todas estas investigaciones mencionadas han permitido cambiar sustancialmente las concepciones del pasado cultural de la Amazonía boliviana. En primer lugar, hay que mencionar los avances en diferenciar tanto cronológicamente como espacialmente los diferentes asentamientos y grupos culturales que habitaron las diversas áreas de esta región.

Además de saber dónde se encuentran, qué tipo de obras y en qué periodo de tiempo éstas fueron construidas, se ha podido comprobar que las poblaciones fueron fundadas en territorios altos, sin riesgo a las inundaciones, que anualmente amenazan a los Llanos de Mojos. Esto les permitió vivir con una relativa estabilidad durante largos periodos de tiempo, gozando de buenas condiciones para la agricultura. En este escenario florecieron grandes y extensas poblaciones, que pudieron construir obras monumentales.

En otras áreas de los Llanos de Mojos, donde las inundaciones eran inevitables, los antiguos pueblos supieron mitigar los efectos, mediante la construcción de canales, diques y campos elevados. Esto nos demuestra, que las culturas de la Amazonía boliviana, lejos de dejarse limitar por el medio ambiente, inventaron estrategias de adaptación, transformando culturalmente a su entorno con la construcción de centenares de obras de tierra.

Hasta ahora, no se han encontrado indicios directos de interacción o influencia con el área andina. Las culturas de los Llanos de Mojos, además de poder ser consideradas como desarrollos autónomos, forman parte de la historia cultural de la Amazonía, en la cual similares hallazgos están siendo también investigados.

Pasado prehispánico de la Chiquitania

Datos arqueológicos y registros en la Chiquitania (Prümers, 2002; Riester, 1981), denotan que la población de estas regiones se remonta por lo menos al 500 d. C. Al parecer, dichas poblaciones constituían sociedades con niveles de complejidad poco entendidos y discutidos por los investigadores.

La arqueología del Departamento de Santa Cruz, como parte del conjunto de las Tierras Bajas, no fue muy explorada. Sin embargo, existen algunos documentos que presentan datos muy interesantes sobre la producción cultural prehispánica de sus antiguos habitantes como datos sobre El Puente, Piedra Marcada, San Ignacio de Velasco y Pailón (Prümers, 2002). Es importante mencionar que en la obra de Riester (1981) existe un buen compendio de sitios de arte rupestre en todo el departamento.

En la región chiquitana se realizaron varios trabajos de registro de sitios de arte rupestre existentes, sobre todo en las serranías de Santiago y San José de Chiquitos (Kaifler, 1993, 1997, 1999, 2002, Pia 1987, 1997). Uno de los primeros registros corresponde a Jorge Arellano, Danilo Kuljis y William Kornfield (1976) y luego fue documentado más detalladamente por Sergio Calla (2005).

Los primeros trabajos a nivel regional en estas serranías fueron realizados por Marcos Michel y Sergio Calla (2001). Dicho estudio fue denominado "Arqueología del Valle Tucavaca, Serranías de Santiago y Chochis" y consistió en un diagnóstico encargado por la Fundación para la Conservación del Bosque Chiquitano. La prospección arqueológica regional llevada a cabo por Lima (2006) en 38 sitios, permitió identificar claros componentes culturales asociados tanto al área amazónica como al Chaco, denotando la importancia de la Chiquitania como zona de contacto y alta movilización en el pasado. Excavaciones en los últimos años

en San José de Chiquitos (Chiavazza y Prieto, 2006; Delfor Ulloa, 2007) buscando restos de la primera ciudad de Santa Cruz, fundada en el siglo XVI, permitieron reunir una interesante colección de materiales que permiten una localización sistemática de los restos.

A un nivel etnohistórico, los trabajos pioneros de Métraux (1942) y Susnik (1978) revelaron la enorme diversidad de grupos y lenguas en la región chiquitana. La misma fue estudiada sistemáticamente por Combès (2008). En base a los datos de las fuentes tempranas, la misma investigadora puso en evidencia el intenso comercio de metal que unía, en los tiempos prehispánicos, las tierras altas con la Chiquitania y, más allá, hacia el Océano Atlántico.

PRIMERA PARTE

Origen de la población de América y las sociedades más tempranas

Silvia Arze

Origen de la población de América y las sociedades más tempranas (10000 - 2000 a.C.)

Buscando el origen

A lo largo del tiempo, religiosos, filósofos y científicos de todo el mundo se preguntaron sobre el origen de la población de América. Diferentes culturas americanas elaboraron explicaciones sobre el origen de los seres humanos por medio de mitos que, en general, adjudicaban a los dioses locales la creación de los primeros seres humanos que aparecieron en los sitios más significativos de sus propias culturas. Desde otros continentes, religiosos y filósofos se preguntaron sobre la procedencia de la población americana y buscaron las respuestas dentro de los ámbitos de sus especialidades y de acuerdo a la mentalidad de su época. Por ejemplo, en el siglo XVI en Europa se planteó que los habitantes de América provenían de una de las doce tribus perdidas de Israel de las que hablaba la Biblia, y durante el siglo XIX surgieron las teorías del origen autóctono de las poblaciones americanas, planteadas por el argentino Florentino Ameghino. Otras conjeturas surgieron de la lectura de los escritos de Platón, de donde se intentaron derivar hipótesis sobre el origen de la población americana en un continente perdido.

En el siglo XX surgieron las hipótesis científicas sobre la procedencia de la población del continente americano. La más aceptada fue la de Alex Hrdlicka, que habla sobre el origen asiático de la población americana y de su llegada a través del estrecho de Behring cuando el hielo del último período glacial retrocedió y abrió un puente de tierra que hizo posible que grupos cruzaran caminando de continente a continente. Surgieron también teorías sobre un origen poligenético de la población, que procedería de otros continentes y habría llegado de diferentes maneras, entre ellas navegando de continente a continente. Estas teorías apelaron principalmente a descubrimientos arqueológicos para establecer pruebas, aunque también se recurrió a la lingüística y a la biología.

A principios del siglo XXI nuevas búsquedas y hallazgos de evidencias arqueológicas abrieron otras posibilidades en las investigaciones sobre el origen y la antigüedad de los seres humanos en América. Actualmente, científicos de diferentes especialidades están analizando evidencias arqueológicas, genéticas, e incluso lingüísticas para buscar el origen de los primeros americanos, la época en que llegaron al continente y lo que sucedió posteriormente con estas poblaciones. Sin duda, los descubrimientos futuros y el estudio de las evidencias encontradas permitirán aclarar más el panorama de la historia temprana de la población del continente americano.

El tema de los primeros pobladores del continente americano ha sido ampliamente estudiado, analizado y discutido por científicos en los dos últimos siglos, tanto en lo que respecta a la antigüedad de su presencia como a su procedencia. Surgieron diversas teorías, algunas que planteaban que los habitantes de América eran originarios de este continente (teorías autoctonistas) y otras que sostenían que la población americana procedía de diferentes continentes. Finalmente se desecharon muchas de las hipótesis, entre ellas las del origen autóctono y las de migraciones procedentes de Medio Oriente. Se estableció que los habitantes de América habrían llegado desde otros puntos del planeta después de haber alcanzado la etapa evolutiva de homo sapiens.

El tema de la datación continúa en discusión, ya que las fechas que fueron surgiendo como

probables para estas primeras migraciones son muy disímiles, y tienen un rango muy amplio de variación (entre 12000 a 40000 años de antigüedad).

Los primeros pobladores de América

La población de América es relativamente reciente si la comparamos con la datación de los primeros seres humanos que surgieron como parte de un largo desarrollo evolutivo a partir de especies de primates. Los primeros homínidos bípedos (australopithecus) que aparecieron en África tienen una antigüedad de entre ocho a tres millones de años aproximadamente. Los homínidos son resultado de un salto evolutivo que sucedió cuando una especie de simios en África Oriental inició una forma de vida diferente, lejos de la protección de las copas de los árboles, en el suelo de la sabana africana, posiblemente empujados por un cambio climático que transformó su hábitat original en la selva.

El hecho de caminar erguidos dejando libre un par de extremidades hizo que éstas se acortaran y se especializaran en otras actividades. La posición erguida de la cabeza llevó a cambios de forma del cráneo y a un mayor desarrollo del cerebro. Los cambios de conducta y prácticas que se produjeron con estas características físicas determinaron la aparición de una nueva especie que evolucionaría en otras, una de las cuales sobrevivió y dio origen a la especie a la que pertenecemos los humanos actuales, los homo sapiens.

Hoy sabemos que todos los seres humanos actuales comparten antepasados comunes gracias al descubrimiento, en 1974, de un esqueleto femenino en Etiopía, al que se llamó Lucy, que posiblemente vivió hace 3.200.000 años. En este esqueleto se evidencian las primeras características de bipedestación (caminar en dos extremidades). Esta especie fue evolucionando en diferentes líneas, muchas de las cuales se extinguieron.

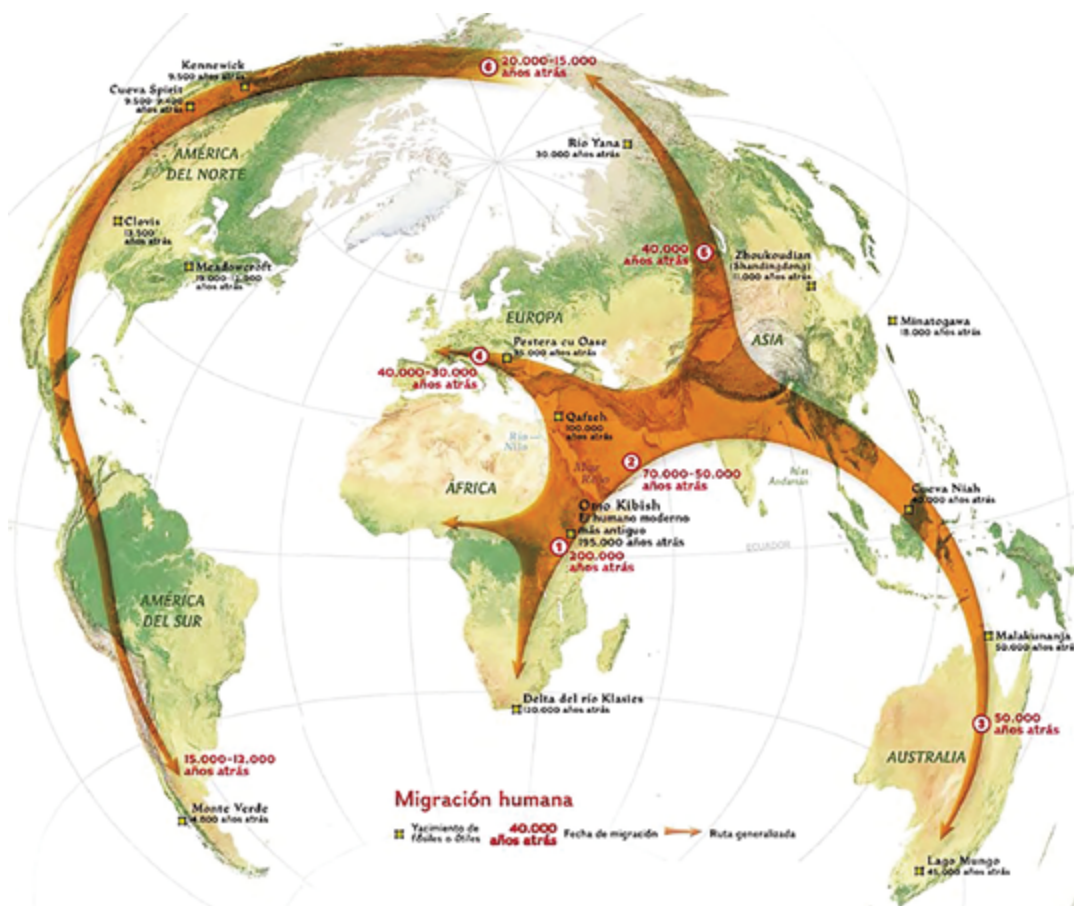


Figura 1. Rutas de desplazamientos de homínidos desde África.

Fuente: J.Malaterre. http://jesusgonzalezfonseca.blogspot.com/2009/06/la-odisea-de-la-especie.html.

Los primeros seres humanos con las características actuales, homo sapiens, aparecieron en África Oriental hace unos 200.000 años. Los restos más antiguos de nuestra especie humana son de una mujer que la ciencia denominó "Eva mitocondrial". Desde África, los homínidos pasaron a Eurasia hace unos 60.000 años y a Australia hace unos 50.000 años; y desde Asia llegaron a América, probablemente hace 30.000 a 20.000 años. Sin embargo, en 2005 se encontró en Dmanisi, Georgia, un cráneo de 1.8 millones de años de antigüedad que posiblemente corresponde a la primera corriente de homínidos que migraron de África a Europa, y que probablemente perteneció a una de las ramas que se extinguió sin continuar su camino evolutivo. Esta datación podría cambiar la idea sobre la época que los prehumanos se expandieron desde África hacia otros continentes.

Principales teorías sobre el origen de la población de América

Existen diversas teorías sobre las rutas que siguieron los grupos humanos hasta este continente. La más aceptada por los investigadores durante todo el siglo XX fue la hipótesis del arribo de seres humanos a través del estrecho de Behring. Esta teoría, planteada por Alex Hrdlicka en 1937 considera que la población americana tuvo origen en Asia, en las regiones de Siberia, China Occidental, Mongolia, Tibet, Japón, Filipinas y Formosa.

La historia del poblamiento inicial de América está ligada a la historia glacial de la Tierra, y los investigadores consideran que esta ola de migraciones entre continentes debió haber sucedido después del fin del último período glacial, que terminó hace 19000 años. Cuando el hielo retrocedió, el estrecho de Behring, antes cubierto, se convirtió en un puente de tierra conocido con el nombre de Beringia, que unía los puntos extremos de Siberia y Alaska, por donde población asiática habría pasado al continente americano.

Los restos de estas poblaciones fueron descubiertos al Sur de los Estados Unidos; el sitio considerado durante mucho tiempo como el más temprano con evidencias de presencia humana se encuentra en Clovis, Nuevo México. Esta aceptación de la teoría del poblamiento basada en las evidencias encontradas en Clovis y en otros sitios se conoce como "Consenso Clovis", aceptado por científicos durante largo tiempo.

Más tarde se encontraron en la misma región del continente otros sitios con características similares en artefactos, instrumentos, armas primitivas y huesos que fueron datados entre 11.250 y 10.600 a.C., es decir, con una antigüedad de unos 13.000 años antes del presente. La datación fue realizada a mediados de los años 50 del siglo XX, y a partir de entonces se han desarrollado nuevas y más precisas técnicas de datación que hacen que actualmente se esté revisando (y reprocesando) esta información.



Figura 2. Puntas de proyectil clásicas de tradición Clovis. Fuente: http://www.amaata.com/2013/01/la-hipotesis-solutrense.html.

Parte de la población habría seguido posteriormente la ruta desde el Oeste hacia el este y desde el Norte hacia el sur, posiblemente por el mar, a lo largo de la costa del Pacífico, buscando animales para cazar, hasta el momento en que la megafauna se extinguió.

La idea de que los habitantes de Clovis y de sitios asociados constituyeron la primera población de América ganó consenso entre científicos y académicos y prevaleció por largo tiempo durante el siglo XX. Surgieron, además, otras hipótesis y recientemente nuevos descubrimientos arqueológicos realizados en 1975 en Sudamérica dieron resultados que hacen variar toda la teoría acerca del poblamiento tardío de América, como veremos más adelante.

Otras teorías

A mediados del siglo XX surgieron también otras hipótesis sobre el poblamiento de América. En 1957, el antropólogo francés Paul Rivet postuló que, además de seguir la ruta asiática a través de Behring, otros grupos humanos habrían llegado desde Australia y Polinesia. Los primeros lo habrían hecho por la Antártida, al Sur del continente, navegando a través de las islas del Sur y llegando a la Patagonia.

De acuerdo a esta hipótesis, la población americana, tendría orígenes diversos:

a) Migraciones del Asia a través del estrecho de Behring (Beringia)
b) Migraciones desde Australia hasta la Patagonia.
c) Migraciones de Melanesia, postulada sobre la base de la existencia de elementos culturales comunes en la actualidad.
d) Migraciones desde Polinesia.

Sin embargo, como ya se señaló, la teoría más aceptada durante el siglo XX acerca del origen de la población americana y sobre los primeros asentamientos temporales fue la de Hrdlicka con la llegada de los primeros seres humanos desde Asia a través de Behring, que establecieron asentamientos iniciales en Nuevo México (c.11250 y 10600 a.C.)

Nuevos descubrimientos e hipótesis sobre el origen de la población americana

En 1975 se produjo un descubrimiento que generaría nuevas hipótesis sobre el origen de la población americana y más interrogantes sobre posibles rutas migratorias. En el extremo Sur del continente, en Monte Verde, al Sur de Chile en una zona de colinas boscosas cerca al Océano Pacífico, se encontraron cientos de herramientas e instrumentos fabricados por seres humanos hace 14800 años, es decir, por lo menos 1000 años antes de las evidencias de presencia humana encontradas hasta entonces en Norteamérica.

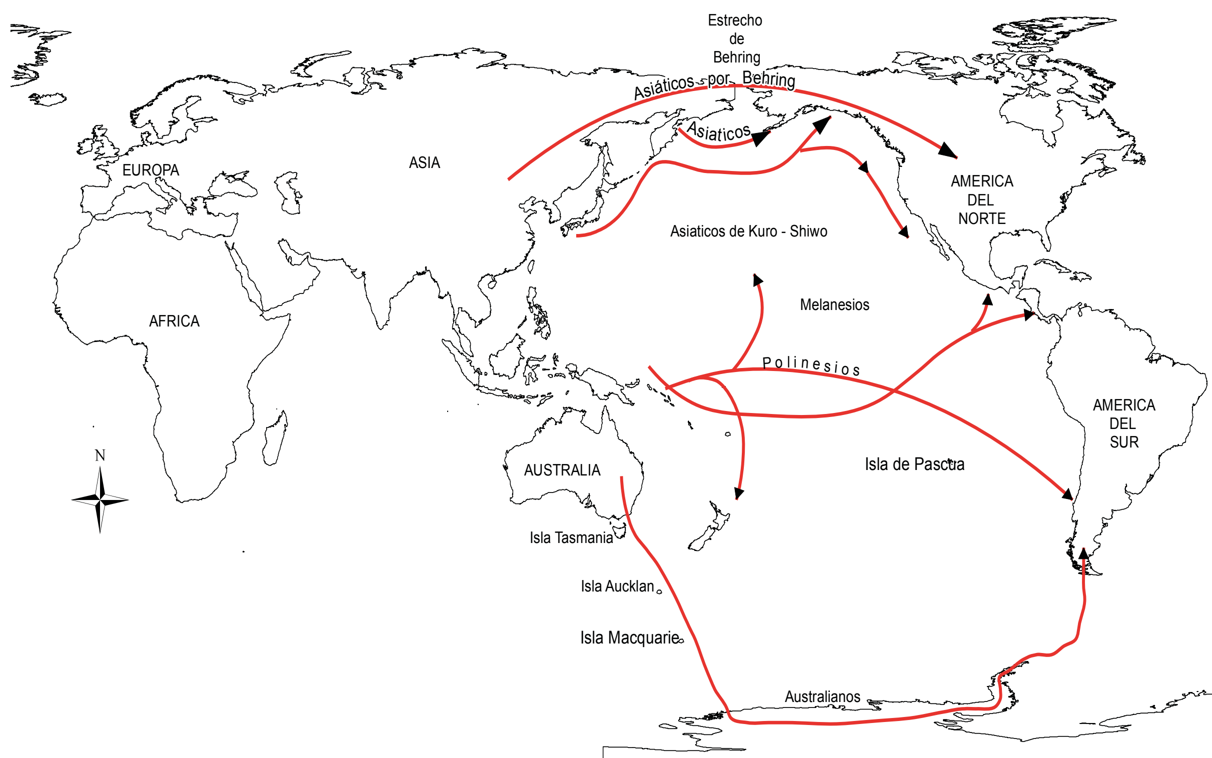


Figura 3. Otras posibles rutas de llegada a América desde otros continentes.
Fuente: http://webhistorica.jimdo.com/unidades/prehistoria/origen-del-hombre-americano/.

Los habitantes de Monte Verde fueron cazadores y recolectores que vivieron muy lejos de las primeras poblaciones humanas en el Norte de América.



Figura4.HuelladepiedeniñoencontradaenMonteVerde.
Fuente: T. Dillehay en,
http://www.archaeologyfieldwork.com/afw/message/topic/2830/discussion/monte-verde.

Los grupos humanos que vivieron allí parecen haber tenido una economía basada tanto en la recolección de plantas como en la caza de grandes animales, y construyeron refugios en forma de carpas o tiendas. Todavía se pueden ver postes de madera y estacas con cuerdas hechas de fibras naturales y los nudos con que estos antiguos pobladores aseguraban estos elementos. La estructura principal que se encontró, de más de 15 metros de largo, hecha de madera y techo de piel de animales, tenía al interior dos espacios separados, cada uno con su propio fogón. Una estructura exterior en forma de horquilla contenía plantas medicinales y, un poco más lejos, restos de mastodontes. Se encontraron también papas silvestres y semillas comestibles, además de cuerdas, herramientas de piedra (choppers) y tablas de madera (Dillehay, 1982). Resulta importante señalar que no se encontraron puntas estilo Clovis, lo que podría ser un indicador de que las sociedades del extremo Sur de América no habrían derivado de las que se establecieron en Norteamérica.

A partir de este descubrimiento, científicos de diferentes instituciones establecieron una polémica acerca de la antigüedad de los sitios en el Norte y el Sur de América, y se produjeron discusiones sobre el significado de estos hallazgos en función de la definición de la procedencia de las migraciones más antiguas y, por tanto, en relación al origen (o los orígenes) de la población de América. El debate sobre la antigüedad del poblamiento de América, comparando la datación aceptada previamente como la más antigua en América del Norte con las posibles fechas de las evidencias de poblamiento temprano de América del Sur, fue fuertemente sesgado por tensiones académicas y políticas entre instituciones Norteamericanas que llevaron las discusiones más allá del ámbito estrictamente académico a través del apoyo o rechazo de las nuevas hipótesis.

El surgimiento de esta información puso nuevamente en actualidad el tema del origen de la población americana. Los avances en el campo de la medicina y las nuevas tecnologías de prospección arqueológica hicieron que el tema fuera abordado desde diferentes campos de la ciencia.

Los hallazgos de Monte Verde, Chile, han cambiado la posición de la ciencia con respecto a la datación de la llegada de los seres humanos a América. En 1997 una comisión investigadora formada por arqueólogos y científicos de distinta procedencia avalaron la datación del sitio, con lo que surgieron nuevas interrogantes acerca de las corrientes migratorias más antiguas, respaldando las teorías del poblamiento temprano. Si los primeros habitantes de Monte Verde o sus antepasados llegaron cruzando el puente terrestre de Beringia, no sería posible que sus fechas fueran anteriores a los asentamientos en Norteamérica, situados miles de kilómetros más al Norte y más cercanos al estrecho de Behring, lo que hace surgir muchas interrogantes nuevas sobre las dataciones y los sitios de ingreso a América.

Otros hallazgos de evidencias antiguas de poblaciones en el Sur de América proceden de Piedra Furada (Brasil) y del Sur de Argentina. Al encontrarse en el extremo opuesto del continente, no se descartó la idea de una migración a través de la Antártica, a pesar de que el Polo Sur y el continente americano no estuvieron conectados por lo menos en los últimos 80 millones de años. Los descubrimientos en Monte Verde hicieron resurgir el interés por las teorías del origen de la población desde diferentes puntos, como Australia o Polinesia, desde donde habrían llegado los primeros pobladores en embarcaciones.

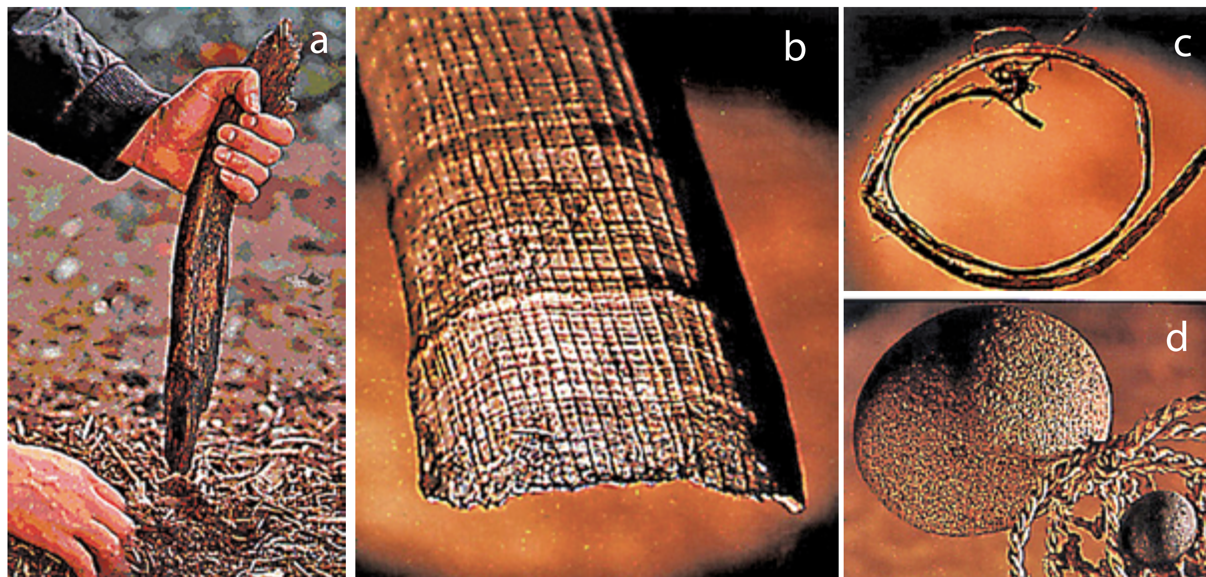


Figura5.(a,b,c,d)ObjetosencontradosenMonteVerde,Chile,conunaantigüedaddemásde14000añosantesdelpresente.
Fuente: R. Gore, 1997 en, http://www.archaeologyfieldwork.com/afw/message/topic/2830/discussion/monte-verde.

Los científicos que investigan el origen de la población de América aún no han llegado a un consenso sobre este tema y posiblemente se requiere de nuevos modelos que permitan explicar el origen de la presencia humana en América.

Elorigendelapoblacióndesdelaperspectivabiológica

El proyecto de investigación científica del genoma humano cuyos resultados fueron hechos públicos a principios del siglo XXI abrió las posibilidades de estudios genéticos aplicados al análisis de grupos humanos. Muchos de estos estudios se aplicaron a poblaciones tempranas de América. Gracias a estos estudios se tienen evidencias de los marcadores genéticos nucleares del ADN mitocondrial y de cromosomas Y que muestran que la población americana desciende de grupos provenientes de Asia, del Sur de Siberia.

Los estudios genéticos del ADN mitocondrial muestran variaciones tan grandes entre grupo y grupo que los científicos creen que no sería posible que estas diferencias se hubieran originado partir de un grupo original relativamente reciente (11000 años a.C., la antigüedad aceptada para los pobladores de Clovis y grupos relacionados) y que la diversidad genética tendría que haberse producido en el doble de tiempo. El consenso actual entre los especialistas es que el modelo Clovis es insuficiente para explicar el poblamiento del continente (Dillehay y Mañosa, 2004).

Aún no hay consenso sobre este tema, pero en general se plantea la hipótesis de que los primeros americanos habrían llegado desde Siberia por la ruta de Behring, como se había aceptado durante todo el siglo XX, pero que llegaron mucho tiempo antes de que grupos humanos que se asentaran en Clovis, y se dirigieron hacia el Sur del continente posiblemente por mar, navegando cerca de la costa del Pacífico y estableciéndose en tierra sitios cerca de la costa.

Es probable que se hubieran producido también otras olas migratorias procedentes de otros continentes, especialmente desde Polinesia, Melanesia y Australia. Evidencias genéticas señalan que los polinesios tendrían un origen dual, asiático y melanesio, por lo que se podrían encontrar semejanzas y diferencias en la información genética. Hacen falta estudios más profundos que comparen los marcadores genéticos de restos arqueológicos en los posibles lugares de origen con las evidencias encontradas en los primeros asentamientos humanos en América lo que podrían llevar a confirmar o descartar estas hipótesis.

Evidencias más antiguas sobre la población de América

En las últimas décadas del siglo XX y primeros diez años del siglo XXI hubo un aumento de excavaciones enfocadas en la búsqueda asentamientos del Paleoindio y del Arcaico, especialmente en América del Sur, tanto en la costa como en la

zona andina y en la Amazonía. De acuerdo a las dataciones aceptadas de excavaciones relativamente recientes, el panorama del poblamiento de América muestra la presencia más temprana de seres humanos al extremo Sur del continente, en el sitio de Monte Verde, cerca de Puerto Montt, Chile, cuya antigüedad es de 14500 años (12500 a.C.). En general, estas fechas de Monte Verde han sido aceptadas por la comunidad académica.

Entre 1978 y 1980 en Pedra Furada, Piauí, Brasil, se encontró un refugio de paredes altas con arte rupestre; más tarde en este mismo lugar se encontró industria lítica que fue datada con una antigüedad posible entre 33000 y 25000 años (31000 a 23000 a. C.) (Dillehay, 1988), aunque no hubo un consenso que ratificara la datación.

En Sudamérica continuaron los hallazgos de poblaciones muy tempranas, y se excavaron restos humanos de 13000 años de antigüedad; 11000 a.C. en Piedra Museo, Santa Cruz, Argentina. En Quebrada Jaguay y Quebrada Tacahuay, en la costa peruana, se encontraron ocupaciones con una antigüedad de 13000 a 11000 años (11000 a 9000 a. C.).

Pero los hallazgos tempranos no solamente son del Sur de América. En Buttermilk Creek, un complejo arqueológico al Norte de Austin, Texas, los arqueólogos encontraron en una capa de tierra debajo de una excavación Clovis, herramientas pre-Clovis de 15528 año de antigüedad, es decir, unos 2000 años anteriores a Clovis, lo que confirma la presencia humana en América antes de Clovis (Gugliotta, 2013). En el sitio de Aucilla, al Este de Tallahasse, Florida, se encontraron evidencias de presencia humana de hace 14500 años. En 2004, en el sitio de Topper, Carolina del Norte, Estados Unidos, se encontraron herramientas de piedra que fueron datadas con una antigüedad posible de 37000 años (35000 a. C.). En Pensilvania, hallazgos arqueológicos en el sitio de Meadocroft mostraron restos de hace 19000 años (17000 a.C). Ambas dataciones, sin embargo, fueron cuestionadas por el procedimiento de toma de muestras. En 2006 se encontraron esqueletos en las cavernas de Tulum, en Quitana Roo, México, con una posible antigüedad de 14000 años. La tendencia actual de la ciencia sobre este tema es pensar que hubo grupos humanos viviendo en América hace 15000, 16000 o tal vez incluso 18000 años.

Recuadro 1

Presencia humana en América

- **Monte Verde II** (Puerto Montt, Chile). Restos de 33000 años, posiblemente, todavía en estudio.
- **Topper**,(Carolina del Norte, EE.UU) . Evidencias datadas en más de 30000 años, fechas en discusión.
- **Pedra Furada** (Brasil). Evidencias con posible antigüedad de 25000 años (23000 a. C.), datación no confirmada.
- **Buttermilk Creek** (Austin) EE.UU. Heramientas pre-Clovis de hace 15500 años.
- **Monte Verde I** (Puerto Montt, Chile). Restos de hace 14500 años (12500 a. C.).
- **Aucilla**, Tallahasse (Florida, EE.UU.). Evidencias de presencia humana con una antigüedad de 14500 años.
- **Clovis** (Estados Unidos). Restos de caza y recolección de 13500 años de antigüedad (11500 años a.C .).
- **Piedra Museo** (Argentina. Restos de 13000 años de antigüedad (11000 a. C.).
- **Chivateros** (Lima, Perú). Industria lítica de hace12000 años (10000 a. C.).
- **Los Toldos** (Santa Cruz, Argentina). Restos de caza y recolección de hace 12000 años (10000 a. C.).
- **Paiján** (La Libertad, Perú). Esqueletos humanos de hace 11000 años (9000 a. C.).
- **Pedra Pintada** (Piauí, Brasil). Pinturas rupestres fechadas hace 11000 años atrás (9000 a. C.).
- **Mojos** (Beni, Bolivia). Montículos artificiales de conchas y huesos de hace 10400 años (8400 a. C.).
- **Lauricocha** (Huánuco, Perú). Industria lítica, fósiles de animales, plantas, esqueletos humanos y pinturas rupestres de hace 10000 años (8000 a. C.).
- **Hombre de San Cristóbal** (Potosí, Bolivia). Restos óseos de hace 10000 años (8000 a. C.).
- **Toquepala** (Tacna, Perú). Pinturas rupestres de hace 9000 años (7000 a. C.).
- **Lagoa Santa** (Brasil). Restos fósiles de hace 8000 años (6000 a. C.).
- **Viscachani** (Bolivia). Talleres líticos, herramientas y armas de hace 8000 años (6000 a. C.).
- **Cueva de las Manos** (Santa Cruz, Argentina). Pinturas rupestres de hace 7730 años (5730 a. C.).
- **Hombre de San Luis** (Tarija, Bolivia). Esqueleto de hace 7640 años (5640 a. C.).
- **Cueva Fell** (Tierra del Fuego, Chile). Restos de hace 7000 años (5000 a. C.).
- **Hombre de Jayhuayco** (Cochabamba, Bolivia). Restos de 5500 años de antigüedad (3500 a. C.)

En 2012, científicos de la Universidad de Exter, Inglaterra, del Museo Nacional de Historia Natural de Nueva York y del Instituto Smithsoniano plantearon la teoría de la llegada de grupos humanos siglos antes de Clovis procedentes de Europa. La hipótesis se basa en el parecido de la tecnología de las puntas Clovis encontradas en Pennsilvania y el Sureste de Virginia con puntas de proyectiles de la cultura solutrense del Paleolítico Superior. Sin embargo, los científicos opinan que esta hipótesis merece mayor investigación, pues las pruebas aún no son concluyentes.

En 2005 los arqueólogos encontraron en Monte Verde algunos instrumentos líticos aún más antiguos que los que habían sido encontrados anteriormente, que fueron datados en 33000 a.C. aproximadamente. Las investigaciones continúan y todavía la ciencia no tiene una explicación aceptable para estos hallazgos.



Figura 6. Mapa de asentamientos humanos tempranos en América.

Fuente: Y. Lizárraga Mehringer, 2000.

Los periodos más antiguos: el Paleoindio y el Arcaico

En la periodización de la historia americana, se llama Paleoindio al período comprendido entre la llegada de los primeros grupos poblacionales a América y los años 8000 a 10000 a. C., cuando se produjeron cambios significativos en las formas de vida de estas poblaciones. Dentro de la periodización de la Historia Universal, el Paleoindio estaría dentro del período cultural del Paleolítico y parte temprana del Mesolítico.

La etapa siguiente es la del Arcaico (9000 a 2000 a. C.) que se caracteriza por el aprovechamiento de diferentes ecosistemas y por la producción de herramientas; esta época corresponde a las eras geológicas del Pleistoceno tardío y el principio del Holoceno. El Arcaico correspondería en su fase temprana a la parte final del Mesolítico y, en su fase tardía, al Neolítico y primera parte de la etapa de la Prehistoria conocida como la Edad de los Metales. En esta etapa comenzaron los primeros logros en la domesticación de plantas y animales que llevarían más adelante a la agricultura, el pastoreo, la ganadería y la existencia de caravanas de camélidos, con las que la territorialidad de los grupos se amplió e integró.

Actualmente se presume que los primeros pobladores de los Andes estuvieron asentados previamente en la costa (Aldenderfer y Flores, 2011), desde donde habrían llegado a las zonas altas. Esta teoría se opone a hipótesis anteriores que proponían que fueron los cazadores del altiplano los que se desplazaron a la costa. Por otra parte, la hipótesis de Lathrap, de 1971, que sostenía que las corrientes de poblamiento de Sudamérica habían seguido una ruta Este-Oeste desde las Tierras Bajas hacia los Andes, recibió en los últimos años un respaldo con estudios de ADN de antiguas momias del Norte de Chile, cuyos resultados muestran coincidencias genéticas con el ADN de los de habitantes de la Amazonía (Standen et al., 2003).

De todos modos, es importante señalar que en Sudamérica la geografía quebrada que va desde la costa del Pacífico a la cordillera, el altiplano, los valles interandinos y las Tierras Bajas de las cuencas del Atlántico conformó también, a lo largo del tiempo, un espacio cultural de alta movilidad entre diferentes ecologías, de manera que culturalmente no es tan sencillo establecer los límites, por ejemplo entre lo "andino" y "lo amazónico". Los territorios de muchos países sudamericanos actuales como Bolivia, Colombia, Ecuador y Perú, incluyen esta diversidad geográfica.

La geografía de la región andina centro-Sur varió a lo largo de estos siglos, en especial debido a los cambios producidos entre fines de la época del Pleistoceno y todo el Holoceno. En la etapa del Holoceno se produjeron fases secas seguidas por temporadas húmedas que se diferenciaron de región en región y que se manifestaron en diferentes características del clima y la vegetación (Aldenderfer, 2009). A partir del año 7000 a. C. aumentaron las lluvias, lo que generó un ambiente con mayor vegetación y condiciones más favorables para la vida. En estos largos períodos (Paleoindio de 35000 al 10000 a. C. y Arcaico de 10000 a 2000 a. C.) se presentan características culturales similares en diferentes regiones.

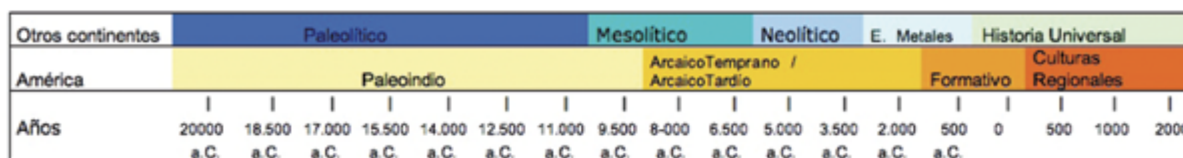


Figura 7. Línea del tiempo con correspondencias aproximadas entre la periodización para la Historia Universal y la Historia Andina.

Recuadro 2

Breves definiciones: Pleistoceno y Holoceno

El Pleistoceno es una época geológica que comenzó hace dos millones y medio de años y que finalizó aproximadamente entre 12000 y 11000 a.C se caracteriza por las glaciaciones. El Holoceno es un período geológico que abarca los últimos 11800 años, se inicia desde la finalización de la última glaciación del período geológico anterior, el Pleistoceno. En sus inicios, la capa de hielo se derritió y el clima se hizo más benigno. La única especie humana que vivió en esta época es el *homo sapiens*, a la que pertenece la humanidad actual.

Cazadores, recolectores y pescadores. 10000 - 2000 a.C.

La época conocida como el Arcaico se desarrolló aproximadamente entre 11000 y 4000 años antes del presente (9000 y 2000 a.C.) En la etapa más antigua de este período histórico los seres humanos convivieron con la megafauna del Pleistoceno. Algunos de estos animales, ya extintos, fueron los perezosos gigantes (Megatherium americanum), mastodontes o elefantes americanos (Mastodon andium, Cuvieronus sp.), caballos (Parahipparium saldose, y Equus curvidens), ciervos (Cervus brachyceros), camélidos, como la paleollama, y felinos dientes de sable (Smylodon sp), además de otras especies menores (Lumbreras et al., 2010).

Al igual que en la etapa anterior, estas poblaciones lograron obtener sus medios de vida a partir de una economía de caza, recolección y pesca, adaptándose a diferentes medios geográficos y desplazándose en busca de otros recursos. Posiblemente se trataba de grupos humanos no muy numerosos, igualitarios, con poca o ninguna estratificación social, con división de trabajo por sexo, con una posible preponderancia de cazadores masculinos y mujeres dedicadas a la recolección de alimentos. Habitaban en lugares que proporcionaban cobijo, como cuevas o paredes rocosas o hacían campamentos que construían con pieles de animales o pequeños refugios de barro, recintos que pueden ser considerados como los primeros indicios de aldeas. La población tenía una gran movilidad y estos refugios eran temporales, cambiando de lugar de acuerdo a las variaciones estacionales del clima. Posiblemente los grupos humanos de esta época se desplazaban entre las zonas altas, valles y costa, buscando alimentos vegetales y siguiendo a los animales de los cuales vivían. Además de estos grupos trashumantes, posiblemente hubo también grupos sedentarios. La base económica de esta formación cultural fue el uso intensivo de la naturaleza y la apropiación de recursos mediante la caza, la pesca, la recolección y la extracción. Los cazadores desarrollaron la manufactura de instrumentos de piedra hechos para la caza y para el tratamiento de pieles y carne de animales. Además de piedra, se usó también madera, hueso, cuero de animales y plumas para la producción de instrumentos, herramientas, objetos utilitarios y de adorno. Posiblemente existió una tendencia a una movilización general que llevó al surgimiento de algunos elementos comunes como las puntas de proyectil en forma de hojas, que, por el sitio donde fueron encontradas en mayor cantidad, se conocen con el nombre de Ayampitín (Lumbreras, 1981).

Estos recorridos temporales generaron circuitos que serían característicos de los recorridos de los seres humanos con sus camélidos y que integraron paisajes, territorios y sociedades de diferentes sitios desde el altiplano hasta la costa, pasando por la cordillera, la precordillera y los valles del occidente de esta región. Ya desde esta época, diferentes ecologías quedaron conectadas por los desplazamientos estacionales de las poblaciones de regiones diferentes y se generó lo que Nuñez y Dillahey llaman "la movilidad giratoria", un modelo que explica una de las formas de la distribución de la ocupación de espacios interzonales y la interacción entre las sociedades en la región centro-Sur andina. (Núñez y Dillehay, 1995), que fueron generadas precisamente por la conexión entre grupos móviles con sus caravanas de camélidos con las sociedades sedentarias. Esta "movilidad giratoria", que pervive hasta la actualidad, surgió de manera muy temprana y organizó las experiencias de las sociedades del periodo Formativo. También marcó las interrelaciones en la época de Tiwanaku y las características de este Estado, y también es importante para comprender la estructura de las sociedades que más tarde se desarrollarían en la región.

Poco a poco se fueron consolidando la domesticación de animales y plantas, la horticultura, el pastoreo y las rutas de las caravanas, al mismo tiempo que una parte de la población comenzó a permanecer por temporadas más largas en un mismo lugar y, como consecuencia, los refugios temporales se convirtieron en asentamientos permanentes, aunque el desplazamiento entre diferentes puntos geográficos y zonas ecológicas continuó, convirtiéndose en una de las características de las sociedades de la región centro-Sur andina.

Seguramente la cosmovisión que se desarrolló en esta época estuvo ligada al contexto geográfico y a los elementos que fueron más importantes para la subsistencia, como los camélidos en las zonas altas. La pintura rupestre y los grabados que aparecen en las cuevas muestran la representación de animales junto a seres humanos. En el arte rupestre se ven también manos y rostros humanos esquematizados, además de

representaciones geométricas y abstractas como espirales y círculos radiados. Dibujos y grabados en rocas se encuentran tanto en las zonas altas como en los valles y en Tierras Bajas. Aunque no se tienen dataciones precisas sobre la mayor parte del arte rupestre encontrado en Bolivia, se considera que, por el contexto y el tipo de representaciones, muchos de estos grabados y pinturas corresponderían a la época de cazadores, recolectores y pescadores. (Fig. 8).



Figura 8. Manos en negativo en la cueva de Paja Colorada, Santa Cruz, Bolivia.
Fuente: SIARB .

A esta etapa pertenecen también gran cantidad de instrumentos, como raederas, raspadores, puntas de proyectil, hachas, cuchillos, y otros. Muchas de estas herramientas han sido encontradas en toda la zona andina. Las armas y herramientas de piedra fueron elaboradas haciendo saltar fragmentos de un trozo grande de piedra por el método de percusión. Esta técnica fue mejorada combinando la técnica de golpe y percusión y añadiendo la de retoque, que permitía el despeje de trozos más finos de la zona afinada, lo que le daba un acabado más cuidadoso. También se fabricaron artefactos de elementos orgánicos que posiblemente no sobrevivieron en la misma proporción que los líticos.

Los primeros humanos en territorio de la actual Bolivia

Las investigaciones sobre esta etapa son las menos numerosas dentro del campo arqueológico y de otras disciplinas en Sudamérica. Incluso si se compara con las pocas investigaciones realizadas en países vecinos, el trabajo arqueológico que se ha hecho en Bolivia es muy reducido, en especial para las épocas más tempranas, aunque en los últimos diez años aumentaron las excavaciones, investigaciones e hipótesis.

Las evidencias sobre las poblaciones humanas más tempranas en Bolivia se encontraron en el sitio de Cueva Bautista de San Cristóbal, Potosí, que fueron estudiadas por Capriles y Albarracín (2012). Estas investigaciones muestran restos humanos de 10.900 años de antigüedad (c. 8.900 a.C.) , por lo que esta es la datación más antigua de un ser humano en el territorio de la actual Bolivia.

Anteriormente a estos hallazgos y a su datación, se consideraba que las evidencias más antiguas de seres humanos eran los restos óseos encontrados en San Luis, Tarija. Los análisis realizados dieron como resultado una antigüedad de 7.640 años, es decir que los restos del llamado “Hombre de San Luis” se podrían datar aproximadamente en 5600 a. C. (Delcourt, 2008). (Fig. 9).



Figura 9. Restos de Hombre de San Luis.
Fuente: Museo Paleontológico de Tarija. Foto S. Arze.

Otros antiguos restos óseos, de una persona de aproximadamente 50 años de edad fueron descubiertos en la región del Chaco, en Ñuapua (Ñuagapua). Su análisis dio una antigüedad de 6000 años antes del presente, es decir unos 4000 años a.C.; estos restos estaban asociados con megafauna ya extinguida de la época, como gliptodontes y otros (Delcourt, 2008).

En Jaihuayco, Cochabamba, se descubrieron también restos óseos humanos y después de realizados los análisis de datación se concluyó que tenían una antigüedad posible de 13000 años; sin embargo, después se consideró que hubo fallas en el sistema de datación y se descartó la antigüedad que le había sido adjudicada.



Figura 10. Mapa de sitios arqueológicos de Periodo Arcaico en Bolivia.
Fuente: J. Capriles y J. Albarracín, 2012.

El periodo arcaico en territorio de la actual Bolivia

Altiplano Norte

Es importante señalar que en eras geológicas pasadas, casi toda la zona del altiplano estuvo ocupada por un gran paleolago que se formó en el Pleistoceno y que después de la era glaciar cubrió desde la zona del Titicaca hasta los actuales salares de Coipasa y Uyuni. El eje acuático del altiplano, con el lago Titicaca, los ríos Desaguadero, el lago Poopó y los salares, corresponde al desarrollo final de ese proceso que se inició hace millones de años. Estos paleolagos tuvieron una fuerte influencia en el clima y en las características físicas de esta región y en el origen de su biomasa.

En la época inicial de la presencia humana en esta región, los alrededores del eje acuático fueron el escenario de poblaciones que se instalaron

allí atraídas por la flora y fauna locales. En el lago Titicaca, cerca de Tiwanaku, y en Santiago de Huata se encontraron en 2011 talleres líticos a cielo abierto de la época del Arcaico (Capriles y Albarracín, 2012) que se sumaron a los sitios de esta época encontrados en 2004 en la Isla del Sol (Stanish y Bauer) y que estaban considerados como los más antiguos de Bolivia.

Viscachani y el altiplano central

El yacimiento lítico mejor conocido es el de Viscachani, que fue encontrado a mediados del siglo XX. Se trata de yacimientos superficiales sobre terrazas de formaciones naturales que bordeaban un antiguo lago glacial. Los talleres líticos de Viscachani muestran la mayor cantidad de objetos trabajados en piedra, como puntas de proyectiles, puntas de lanzas, raederas y las herramientas para producirlos. La zona donde se encontraron los restos líticos trabajados es extensa y tiene 28 Km. de largo por 4 Km. de ancho. Sus materiales con industria lítica tosca son choppers, lascas grandes y medianas y hachas de piedra. (Fig. 11).



Figura 11. Instrumentos líticos de Viscachani.
Fuente: Ibarra Grasso, 1994.

En Viscachani, los materiales más empleados fueron la cuarcita verdosa y el basalto negro. Las formas de las puntas de proyectiles son, entre otras, la hoja de sauce y las puntas triangulares. La fase más tardía de la cultura Viscachani (Viscachani II) se caracteriza por la presencia de instrumentos similares a los de la época anterior, aunque de tamaño más reducido, y por la aparición de puntas de lanza gruesas y muy toscas, instrumentos en forma de hoja de laurel de una y dos caras elaboradas en cuarcita verdosa. Se fabricaron también puntas de lanza de 6 a 7 cms. de largo, además de instrumentos como lascas, raspadores, raederas y buriles, obtenidos mediante la técnica de percusión.

Recientemente se realizaron nuevos descubrimientos en áreas cercanas a Viscachani y más alejadas como Viacha, Quelcatani y Callapa, que llegan hasta la zona intersalar y que tienen características similares a Viscachani (Capriles y Albarracín, 2012).

Cerca de Oruro, en Kala Kala, Capachos y Uspa Kollo, existen también sitios de la época del Arcaico. Al Oeste de Oruro y en la frontera con Chile se encontraron sitios con industria lítica de esta etapa y en Iroco, a orillas del río Uru Uru, se descubrieron talleres líticos, bases de refugios, artefactos e instrumentos de piedra, como cuchillos y puntas de proyectiles; muchos de ellos hechos de basalto negro y de obsidiana. Objetos trabajados en estos mismos materiales fueron ubicados en Pumiri. En la zona del salar de Coipasa se encontraron también evidencias de ocupaciones humanas.

Potosí y Lípez

En 2011, en los alrededores de Potosí, fueron encontrados varios sitios, posiblemente del período Arcaico. En uno de ellos se hallaron dientes de hippidium, una especie ya extinguida de caballo americano.

Los primeros descubrimientos de restos del Arcaico fueron realizados durante el siglo XX en la región de Lípez, al Suroeste de Bolivia, cerca de laguna Colorada y laguna Hedionda y junto al Río Grande. Más tarde se encontraron evidencias de población de esta época en Quetena, San Pablo y Soniquera. En esta región se descubrieron sitios con materiales líticos, tanto del Arcaico como del Paleoindio. Se trata de instrumentos

toscos de forma irregular para hacer raederas, raspadores, perforadores gruesos y cortos, así como gubias para desbastar los mangos y puntas de las lanzas. Se puede establecer una relación (tanto de cronología como por el tipo de trabajo) entre estos grupos de cazadores de la región de Lípez con los restos de Lauricocha (Perú) que están fechados en c. 7.580 a.C. Entre 1984 y 2000 se encontraron más asentamientos en la zona de Lípez, en Soniquera, Alota y Quetena. En la región cerca de la mina San Cristóbal, en Cueva Bautista, uno de los más antiguos sitios arqueológicos de los Andes del centro-sur, como vimos, Capriles y Albarracín descubrieron los restos de los asentamientos humanos más tempranos en nuestro territorio (Capriles y Albarracín, 2012).

Cerca de Betanzos, Potosí, Rivera Casanovas y Calla identificaron en 2011 decenas de sitios arqueológicos del período Arcaico con artefactos líticos y arte rupestre en los que se observan escenas que representan caza de camélidos y cérvidos y filas de estos animales a pequeña escala (Rivera y Maldonado, 2011). En Tarija, en la zona alta de Tajzara, Michel López descubrió sitios tempranos con puntas de proyectil líticos, raspadores y otras herramientas, así como también enterramientos humanos debajo de montículos de piedra (Michel et al., 2007)

Valles y Tierras Bajas

En la zona de Yura, al Sureste de Potosí, se descubrieron cuatro sitios de esta época en cuevas y aleros en las rocas con pintura rupestre, además de puntas de proyectiles, raspadores bifaciales y otros objetos líticos (Lecoq y Céspedes en Rivera, 2005).Hay evidencias de presencia humana en la etapa Arcaica en las regiones de los valles como Sacaba y Mizque en Cochabamba, en Candelaria, Quila Quila y Maragua en Chuquisaca (Capriles y Albarracín, 2012) y también en Icla y Cinti.

En los Llanos de Mojos (Beni), en la región amazónica, existen montículos que se distinguen del terreno llano que durante mucho tiempo se pensó eran formaciones naturales o producidas por la acción de animales e insectos. Sin embargo, en los últimos años, Umberto Lombardo y un equipo de trabajo de la Universidad de Berna, descubrieron que en realidad se trata de montículos artificiales formados por amontonamientos de conchas, huesos de animales y carbón, y que son los restos de asentamientos de cazadores-recolectores en "islas de bosque" que vivieron allí hace unos 10.400 años, a inicios del Holoceno (Lombardo, 2013) alimentándose de mamíferos, peces, aves y caracoles de agua dulce. Los restos acumulados formaron estos montículos que se convirtieron en el hábitat natural de flora y fauna local.

Al final de esta época, la experiencia desarrollada en la recolección de alimentos, en la observación de los ciclos vitales de los animales, en los ciclos climáticos estacionales, el conocimiento de sus indicadores, los saberes basados en la observación del cielo, las prácticas de desplazamiento entre diferentes pisos ecológicos y la complejización de relaciones sociales llevaron a la aparición de la agricultura, la ganadería y nuevas técnicas productivas, como la cerámica y el tejido. Éstas serán ya las características del siguiente período, el Formativo, marcado por formas más sedentarias de vida, por la construcción de aldeas y complejos ceremoniales, agricultura y ganadería especializada y cosmovisión relacionada con dioses ligados a estas actividades.

SEGUNDA PARTE

Período Formativo

Pilar Lima

Las primeras aldeas
(2000 a.C.-500 d. C.)

¿Qué es el Formativo?

El Formativo es un período caracterizado por la transición que experimentaron los grupos de cazadores, recolectores y pescadores hacia el sedentarismo. Con ello se propició la formación de asentamientos permanentes y el desarrollo de nuevas formas productivas, tales como la agricultura y el pastoreo. Entonces, el concepto de Formativo responde a una nomenclatura basada en el desarrollo tecnológico y social. En contraposición al esquema planteado por John Rowe en los años 40 basado en la existencia de horizontes culturales, se planteó este nuevo esquema con el objetivo de generalizar los fenómenos culturales y hacerlo adaptable a cualquier región de América.

En ese entendido, a continuación se señalan algunas características generales del Formativo, compartidas por los distintos grupos en varias partes de los Andes:

- La formación de aldeas, asentamientos de ocupación permanente, así como de centros rituales.
- El desarrollo de la agricultura como proceso ulterior a la horticultura, mecanismo productivo que influyó en la complejización de las sociedades.
- El surgimiento de la actividad pastoril de especies ya domesticadas, tales como la llama y la alpaca.
- El desarrollo de tecnología, relacionado sobre todo a la cerámica, la textilería y la metalurgia; aspectos que permiten diferenciarlo del período anterior (precerámico), pues se entienden como producto de la sedentarización.

En opinión de muchos autores, la aparición de la agricultura marcó el paso del precerámico al Formativo. A nivel general, este proceso se dio entre el 6000-5000 a.C. en África y el este de Europa, siendo Catal Huyük en Turquía, uno de los sitios más emblemáticos de todo el mundo. Sin embargo, hacia el 3600 a.C. empezó un proceso de complejidad social y política que motivó la construcción de ciudades y la emergencia de procesos de centralización. Durante ese tiempo, por ejemplo, dio inicio el período de los faraones en Egipto, considerado uno de los eventos más connotados de la historia mundial (Fagan, 1983).

Un hito en América fue la domesticación del maíz, implicando el desarrollo de los pueblos en Mesoamérica. Las investigaciones muestran que la producción temprana de este producto se dio en valle de Tehuacán-México, alrededor del 4000 a.C., región donde se establecieron varios grupos de agricultores, que luego dieron paso al período Preclásico de la periodización mesoamericana.

En los Andes fue muy importante la domesticación de la papa, más específicamente en la región de Ayacucho-Perú, zona probable donde dicha domesticación se habría realizado. Paralelamente, en ese mismo tiempo y debido a la importancia de la actividad pesquera de la costa central, se dio un fenómeno de complejización social y religiosa, expresado en la construcción de imponentes centros rituales. Los sitios más representativos de este tiempo son Chilca y la Huaca Prieta.

Cuadro 1. Cuadro comparativo del periodo Formativo

Región	6000-5000	4000 A.C.	3000 A.C.	2000 A.C.	1500-1000 A.C.
ESTE DE EUROPA	Agricultura temprana Catal Huyük				
EGIPTO		Período de la Unificación Fayum			
MESOMÉRICA	Tehuacán	Domésticación del maíz		Período preclásico	
LOS ANDES	Domesticación de camélidos	Chilca	Domesticación de la papa	Huaca Prieta	
BOLIVIA				Wankarani Formativo de los valles	Chiripa

Como se verá más adelante, las investigaciones realizadas en varias partes de nuestro país permiten proponer que el proceso mencionado se desarrolló entre el 2000 a.C. y el 400-600 d. C. Aunque abarca un gran espacio temporal, las connotaciones culturales de este período fueron particulares, de acuerdo a la dinámica de cada región.

En el cuadro 1 se observa el desarrollo de diferentes culturas del Formativo, comparando temporalmente la ubicación de aquéllas registradas en Bolivia en relación a otros desarrollos a nivel mundial.

Periodización del Formativo

En Bolivia se reconocen dos claras áreas para el estudio del Formativo; primero, el altiplano con sus variantes regionales en la cuenca circunlacustre y el altiplano Central, y la región de los valles mesotermos, sobre todo Cochabamba. La secuencia de periodización presenta, en ambos casos, variantes cronológicas que se observan en el cuadro 2.

Las secuencias presentadas son producto del desarrollo de las investigaciones arqueológicas, reconociéndose cuatro áreas principales:

- La cuenca del Titicaca, que desde los años 40 es el centro de importantes hallazgos del Formativo, tanto a nivel de los sitios como de niveles de complejidad. En adelante equipos de investigadores bolivianos, pero sobre todo Norteamericanos, consolidaron una secuencia cronológica basada en los trabajos desarrollados en el sitio arqueológico de Chiripa.
- El altiplano Noreste de Oruro, donde se registró una de las culturas más antiguas del Formativo de Bolivia: Wankarani. Las investigaciones realizadas permitieron fechar algunos sitios y establecer diferentes secuencias locales.
- Los valles de Cochabamba, valles del Sur y Santa Cruz, donde se identificaron expresiones muy particulares del Formativo que fueron la base de los desarrollos posteriores. Los trabajos desarrollados en esos espacios fueron promovidos en los últimos

Cuadro 2. Periodización del Formativo

Fase	Altiplano	Fase	Valles
Formativo Temprano	2000/1500-800 a.C.	Formativo Temprano	1300-500 a.C.
Formativo Medio	800-200 a.C.	Formativo Medio	500 a.C.-200 d. C.
Formativo Tardío	200 a.C.-400 d. C.	Formativo Tardío	200-600 d. C.

veinte años, mostrando que la presencia de las aldeas tempranas en otras partes de la actual Bolivia también tuvo relevantes implicancias para las culturas subsecuentes.

- Los Llanos de Mojos, área donde últimas investigaciones han logrado obtener fechados muy tempranos, los que problematizan más aún la antigüedad de este período en Bolivia. Datos precisos sobre este tema serán presentados en el capítulo correspondiente a las Tierras Bajas.

En las áreas reconocidas se observa, ya desde este período, movilizaciones poblacionales interregionales que posibilitaron el aprovechamiento de diferentes recursos. Al parecer, se habían logrado establecer niveles de intercambio que permitían que muchos recursos de las zonas altas fueran aprovechados tanto en los valles como en la costa, y viceversa. Esto les daba cierta autonomía a algunas poblaciones, posibilitando el desarrollo de tradiciones culturales y/o religiosas particulares, cuyas expresiones materiales son registradas actualmente.

A pesar de ello, durante el Formativo no se advierte una homogeneización cultural, como tampoco se observan niveles de centralización política local o regional. Lo que más bien sucede es una complejización del panorama social a partir del surgimiento y difusión de tradiciones religiosas, sobre todo en el área del lago Titicaca. En períodos más tardíos, dicha complejidad se traspasa al ámbito político, lo que ocasiona que los asentamientos compitan por la hegemonía, hecho que originó el primer Estado de los Andes Centro Sur: Tiwanaku (Stanish, 2003).

En otras regiones, el medio ambiente fue determinante para definir los sistemas productivos de las poblaciones del Formativo. Por ejemplo, grupos de pastores se establecieron en el árido altiplano utilizando para su subsistencia las distintas especies de camélidos. Este hecho y la dispersión de las poblaciones motivaron el establecimiento de niveles no centralizados, tendientes más bien a la multiculturalidad, como se observa en el desarrollo de Wankarani y de todos los asentamientos del Formativo de los valles. En períodos más tardíos esa multiculturalidad es diferenciada a partir de la producción material, característica que se mantendrá hasta los tiempos del Inca.

El Formativo en la cuenca circunlacustre

El lago Titicaca se encuentra a aproximadamente 3810 m.s.n.m., es el lago navegable más alto del mundo. Ecológicamente ésta es una región benéfica para el desarrollo de sistemas de producción agrícola y pastoril, ya que su gran cuerpo de agua irriga los bordes, lo que crea un ambiente húmedo en relación a otras regiones del altiplano. Esto se manifiesta también en la generación de pasturas que ofrecen un hábitat adecuado para el ganado. Por esas razones, las riberas del Titicaca son áreas privilegiadas para el asentamiento humano, pues también permiten el desarrollo de la actividad pesquera (Fig. 12).



Figura 12. La belleza del lago Titicaca presenta paisajes sobrecogedores, como el registrado en las playas de Santa Rosa, donde las olas nos hacen pensar que se trata de un pequeño mar.
Fuente: P. Lima.

En este paisaje y con el aprovechamiento de esos recursos es que tuvo lugar el establecimiento de poblaciones tempranas que todavía se dedicaban a la caza y recolección durante el Formativo Temprano (1500-800 a.C.). Como parte de un proceso continuo se dio la sedentarización, lo que implicó también el crecimiento demográfico y la complejización de los grupos asentados en esas regiones. Parte de esa complejización es el

surgimiento de la noción de territorialidad, pues cada grupo empezó a demarcar su territorio y reconocer espacios de interacción que fueron consolidados a partir de redes de tráfico de bienes. Consecuentemente, se dio paso también a una ideología religiosa, la cual fue consolidada materialmente durante el siguiente período.

A nivel de producción material, la cerámica reportada de este período corresponde a los trabajos desarrollados en la península de Taraco, donde se identificaron los estilos Chiripa Temprano (1500-1000 a.C.) y Chiripa Medio (1000-800 a.C.) (Hastorf et. al., 2001). Este tipo de materiales entonces, podrían estar considerados entre los más antiguos de la cuenca del Titicaca.

Ya en la fase del Formativo Medio (800-200 a.C.) los grupos empezaron a mostrar niveles de centralización política y jerarquización social, marcando el desarrollo de un nivel de complejidad no observado hasta ese entonces. Parte de esa complejidad se advierte en la construcción de arquitectura pública y monumental, la cual era destinada al ámbito ritual, implicando un sistema religioso que lograba la comunión entre el hombre andino y las divinidades naturales. Una prueba de ello son los templos con patios hundidos, conocidos como templetes semisubterráneos o semi-hundidos, en los que se aprecian pilastras con grabados zoomorfos (sapos, lagartos, serpientes y felinos), o monolitos con forma humana (antropomorfos) en posiciones particulares (Fig. 13). Los ritos realizados en los templos fueron los primeros esfuerzos por congregar a las comunidades en base a un fin común, el religioso en este caso, promoviendo también niveles de autoadscripción regional y local. La construcción de templos hundidos y la representación de esculturas y artefactos de la denominada tradición Yaya-Mama o Pa-ajanu, son los aspectos más característicos del Formativo Medio (Chavez y Mohr, 1975).

La alfarería de este período está relacionada con el estilo Chiripa Tardío, es decir una cerámica con antiplástico de fibra vegetal, que presenta decoración en rojo y crema. También, se inicia la elaboración y utilización de trompetas cerámicas, destinadas a fines rituales.

Al parecer, la economía de este tiempo estuvo basada en la agricultura, el pastoreo y la pesca. Por lo mismo, se plantea que los sitios del Formativo Medio pudieron estar ya asociados a incipientes campos elevados de cultivo, tecnología que permitió el cultivo a gran escala en tiempos sucesivos.



Figura 13. Durante el Formativo Medio se desarrolló en la cuenca del Titicaca un estilo escultórico en piedra que es apreciado hasta la actualidad. Esa tradición fue denominada Yaya-Mama, en las fotografías se observan algunos ejemplos de dichas representaciones. Fuente: P. Lima.

Por otra parte, el Formativo Tardío (200 a.C.-400 d. C.) fue relacionado con el surgimiento de Pucara, un sitio que centralizó e influyó en los asentamientos de la cuenca del Titicaca (Stanish, 2003). Este período se caracteriza por una complejidad política no observada antes, la consolidación del sistema económico precedente y una manufactura artefactual más elaborada. El estilo decorativo de la cerámica era más complejo, pues se observa la policromía del rojo, crema y negro, algunas veces asociado a un delineado inciso de los motivos.

Los indicadores mencionados son aspectos representativos, así como elementos típicos de varios grupos asentados en las márgenes del Titicaca. Los principales sitios de las distintas fases del Formativo se encuentran en Chissi, Escoma, la península de Santiago de Huata, Tiwanaku, Tumatumani, Titinhuayani, Casani, Ckackachipata, Chiripa y Pukara, éstos últimos son los sitios más conocidos de la cuenca del Titicaca (Fig. 14).



Figura 14. En las riberas del lago Titicaca se asentaron diferentes poblaciones durante todas las fases del periodo Formativo. En el mapa se observa una distribución de los principales sitios registrados.

Fuente: Tantaleán y Leyva 2011.

Recuadro 3

La tradición escultórica Yaya-Mama

Esta tradición, que articuló una serie de manifestaciones religiosas diseminadas en toda la cuenca del Titicaca, es también conocida como Pa-ajanu . Sus expresiones iconográficas son muy particulares, pues presentan motivos recurrentes como los brazos cruzados sobre el pecho de algunas esculturas antropomorfas de piedra, cuyos costados muestran representaciones de animales. Esta simbolización también se observa en artefactos rituales, como trompetas o sopladores de cerámica con decoración incisa, muy típicas de ese tiempo. Debido a su área de difusión y su simbolización es considerada una tradición religiosa, indicador representativo del Formativo Medio.

El sitio arqueológico de Chiripa

Desde inicios de los años 30, Chiripa fue el sitio emblemático del Formativo en Bolivia. Se encuentra en la península de Taraco y forma un montículo habitacional que muestra sucesivas y continuas fases de ocupación. Esta zona era parte de una hacienda, habiéndose encontrado el sitio al hacer la limpieza de terreno para la construcción de una cancha de tenis.

Las primeras excavaciones de Chiripa le corresponden al arqueólogo Norteamericano Wendell Bennett (1933-1934), quien identificó cuatro niveles estratigráficos. Sucesivos trabajos permitieron la identificación de un patio central hundido, rodeado por estructuras rectangulares, que tenían puertas corredizas y una especie de dobles muros utilizados para el almacenaje de productos agrícolas (Fig. 15). Debajo de los pisos se encontraron entierros de personas de alto status, siendo muy famoso el entierro excavado por Maks Portugal Zamora (1940) que pertenecía a un hombre y una mujer juntos, al cual se denominó como "entierro de los amantes".

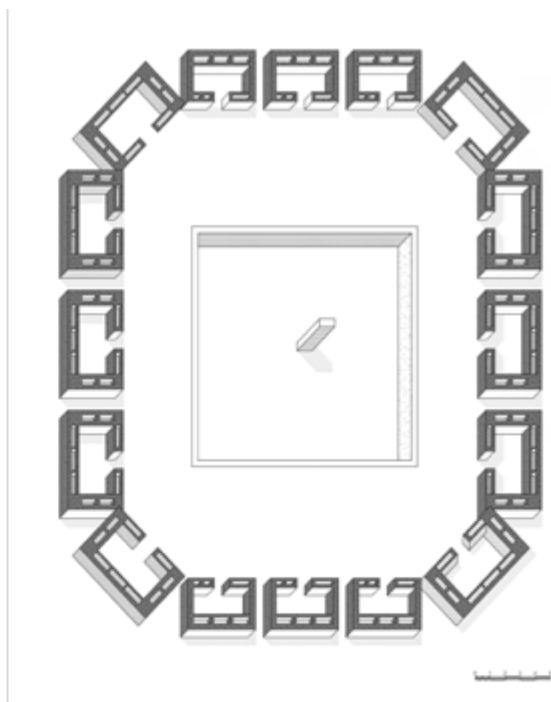


Figura 15. Uno de los sitios más representativos del Formativo en el lago Titicaca es el templete semisubterráneo de Chiripa. Esta tradición constructiva es apreciada también en diferentes asentamientos a lo largo del área circunlacustre.
Fuente: Hastorf et al. 2001.

Las investigaciones han mostrado que existen varias fases constructivas en Chiripa. Se identificaron dos niveles de casas, Nivel Inferior y Nivel Superior, asociadas a templos con estilos constructivos diferentes. En el Nivel Superior los pisos y muros tenían revoques de color (rojo, verde y blanco), aspecto comprobado por las excavaciones del Proyecto PACH (2007) (Fig. 16).

Trabajos más recientes permitieron obtener el fechado más antiguo del Formativo de la cuenca del Titicaca en este sitio (1500 a.C.), el cual corresponde a la fase más temprana de Chiripa. A partir de estos trabajos y con el aporte de otros investigadores, se estructuró una secuencia propia para el sitio la cual contempla las fases Chiripa Temprano (1500-1000 a.C.), Chiripa Medio (1000-800 a.C.) y Chiripa Tardío (800 - 100 a.C), las mismas que corresponden a su vez al Formativo Temprano y Formativo Medio (Hastorf et. al., 2001).

Los datos existentes en el sitio de Chiripa muestran que se trataba de un área residencial, funeraria y ceremonial, lo cual implicó la existencia de una sociedad en proceso de complejización. El templete semisubterráneo que actualmente se observa en el sitio corresponde a un período posterior (Tiwanaku), y resalta la importancia ceremonial de este sitio.

Sin embargo, Chiripa también es conocido como un estilo cerámico. Sus principales características son pastas con inclusiones de arena y mica, decoración incisa, así como bandas horizontales con motivos escalonados incisos. Parte de este material fue registrado fuera del área circunlacustre, lo que muestra el movimiento de estas poblaciones a regiones tan alejadas como los Yungas o los valles del Norte de La Paz.

Esto lleva a plantear que durante el Formativo Medio, la cuenca del Titicaca fue un área de interacción social y económica, tanto al interior como hacia regiones adyacentes. Las relaciones distantes implicaron la circulación de bienes, pero también el movimiento de una ideología que permitió crear vínculos entre poblaciones diversas. A su vez, este fenómeno dio lugar a procesos de integración a través de esferas religiosas, comerciales, políticas y culturales.





Figura 16. Una de las estructuras que se encontraba alrededor del templete en Chiripa fue excavada por el Proyecto PACH durante el año 2007.
Fuente: a) P. Lima y b) CAF

Hacia la formación del Estado

El proceso descrito fue consolidado durante el Formativo Tardío. Los diferentes grupos tenían similar organización además de compartir elementos culturales comunes, por ejemplo se había consolidado el cultivo a gran escala en sukakollus. Esto fortalecía un esquema de relacionamiento y también la creación de una esfera de competencia por la hegemonía regional.

Esta competencia se manifestaba en la construcción de centros ceremoniales, la producción agrícola excedentaria, el control de redes de intercambio para la obtención de productos exóticos de alto valor social, la realización de alianzas y también de conflictos. Hasta ese momento ya se había consolidado un sistema social jerárquico y se había hecho evidente la existencia de élites regionales.

Durante el Formativo Medio, Pukara se había consolidado en el lado Norte del Titicaca. Conformaba un complejo ceremonial y político de alta relevancia durante el Formativo Medio y Tardío (Fig. 17), y fue el área donde se elaboraron las representaciones iconográficas y arquitectónicas más relevantes de ese período (Stanish, 2003).

Este panorama hizo que el asentamiento existente en Tiwanaku pugnara también por el control político de la cuenca.



Figura 17. Vista panorámica del sitio arqueológico de Pukara, ubicado en la provincia de Puno - Perú.
Fuente: En Chemin, entre Puno et Cusco, panarcheo.e-monsite.com



Figura 18. Como herencia de periodos más tempranos, el Templete Semisubterráneo de Tiwanaku es una muestra arquitectónica de la última fase del Formativo del Titicaca.

Fuente: Jaimes Betancourt, 2012.

En Tiwanaku, ya se había construido el Templete Semisubterráneo (Fig. 18) y probablemente algunas otras estructuras del área ceremonial, lo que muestra la importancia del sitio como centro religioso, incluso en relación a sitios como Chiripa, que en su momento fueron los más importantes.

Alrededor del 400 d. C., la élite que ocupaba Tiwanaku se consolidó como una entidad política regional de gran alcance. La llegada de poblaciones de diferentes partes del altiplano a este centro le dieron la hegemonía que buscaba, y dos siglos más tarde (600 d. C.) se consolidó la formación del Estado en la cuenca del Titicaca (Kolata, 1993).

El Formativo del altiplano de Oruro

El Altiplano Central y meridional corresponde a la categoría ecológica de puna seca. Se encuentra ubicado en medio de los nevados de la cordillera Occidental y de los salares, es un lugar seco e inapropiado para el desarrollo de la agricultura (Fig. 19). Este hecho parece haber influido para que las poblaciones de cazadores se especializaran en la actividad pastoril, en la que se tiene a la llama (Lama glamma) como especie emblemática.

Datos generados en diferentes lugares de los Andes Centrales y de los Andes Centro-Sur indican que el proceso de domesticación de la llama se dio en lugares diferentes y en tiempos sucesivos. La información más conocida indica que en la sierra peruana se domesticó la llama hace 5500 años (Wheeler, 1998); otros estudios plantean, sin embargo, que los camélidos fueron domesticados hace 4000 años en Atacama (Dransart, 1999) y el Noroeste Argentino (Yacobaccio, 2003), lo que lleva a suponer que en ese intervalo del proceso surgieron las sociedades pastoriles, más o menos hace 3000 años (Ibid.).

Esta tendencia productiva probablemente se extendió por el resto de los Andes y se consolidó como la principal característica para los habitantes del altiplano central. Esa actividad, junto a la cacería de vicuñas y guanacos, probablemente representó la base productiva de las sociedades del Formativo en esta región.

Paralelamente, el proceso consolidado de la sedentarización posibilitó la construcción de aldeas, cuyos espacios fueron reutilizados y sobrepuestos continuamente por cerca de 2000 años. El proceso de reutilización del espacio dio lugar a montículos artificiales, construidos por siglos, que llegan incluso a los 15 metros de altura y que ahora son los testigos de la presencia cultural de ese tiempo.

No tan elaborada como la cerámica del Titicaca, la alfarería del Formativo en el Altiplano Central presenta características muy particulares y está más relacionada al ámbito utilitario. La distribución de ese material demarca un área de expansión que más adelante llevó a considerar la existencia de la llamada cultura Wankarani (Fig. 20). Esta distribución comprende parte del Sur de La Paz y el departamento de Oruro, identificándose su influencia hasta los valles de Cochabamba.



Figura19.ElpaisajealtiplánicodeOrurosecaracterizaporlaexistenciadenevadoseinmensos campdetholaypajabrava,siendounambienteaptoparaelpastoreooganaderíadecamélidos.
Fuente: P. Lima.

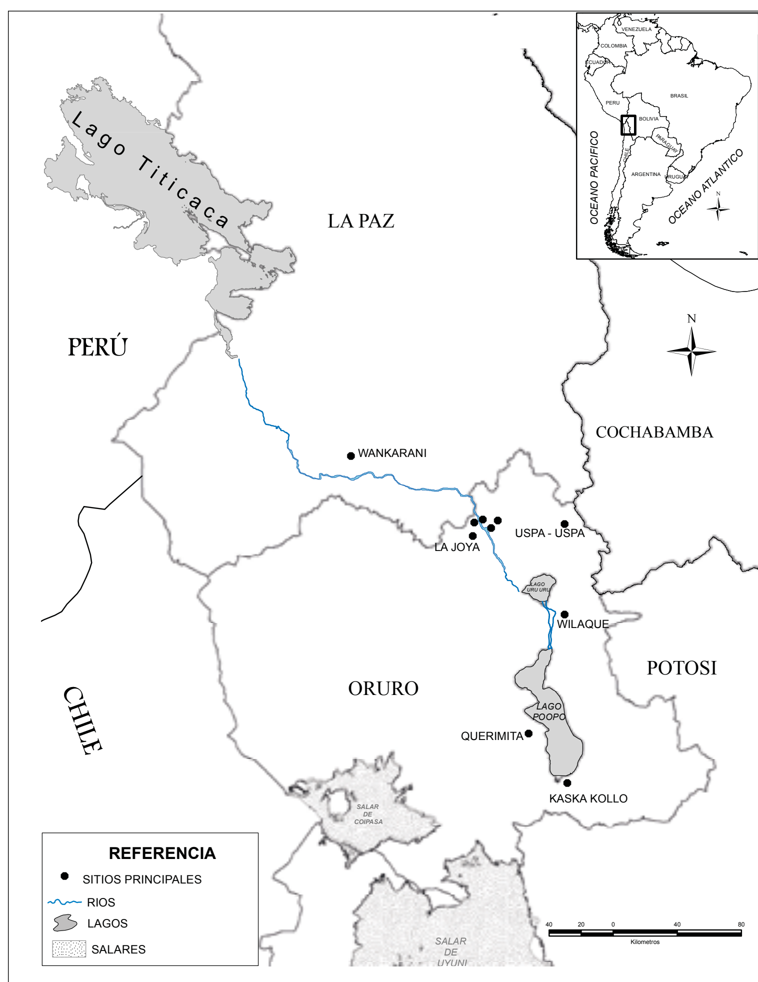


Figura20.EnelmapaseobservaclaramenteladistribucióndelossitiosWankaranienel Departamento de Oruro.
Fuente: Bermann y Estévez 1993.

La cultura Wankarani

Esta denominación deriva de un sitio arqueológico ubicado al Sur del departamento de La Paz, el mismo que es considerado el sitio epónimo de la cultura Wankarani. Su principal característica son los montículos artificiales registrados cerca de fuentes de agua y bofedales. Dicha característica hizo que también se la denominara "Cultura de Túmulos" o de "Mounds", como las registradas en otras partes del mundo (Ibarra y Querejazu, 1986).

Otro indicador que sobresale en Wankarani es la presencia de esculturas líticas en forma de cabezas de camélidos, llamas y vicuñas. La mayor parte son de arenisca y presentan tamaños entre 0.30 a 1 metro de altura. En ellas se observa desde un estilo naturalista hasta la estilización propia de tiempos más tardíos (Fig. 21). Como esculturas presentan un pedúnculo que hace suponer que eran clavadas en el suelo, pero se desconoce su carácter y funcionalidad. Por el simbolismo de sus representaciones, se piensa que eran estelas rituales relacionadas con aspectos funerarios.



Figura 21. Un elemento significativo de los asentamientos wankarani fue la representación escultórica de cabezas de camélidos. Muchas de estas piezas fueron registradas desde inicios del siglo XX, siendo actualmente exhibidas en el Museo López Rivas de la ciudad de Oruro.

Fuente: P. Lima.

Al parecer, las poblaciones wankarani se asentaban en determinados sitios y habían desarrollado cierta tecnología cerámica y lítica. Arqueológicamente se ha registrado una tradición alfarera sin decoración pintada, sino ocasionalmente incisa o en forma de pequeñas estatuillas. Tecnológicamente sobresale el acabado y tipo de engobe, que es un bruñido muy particular en piezas con los labios hacia el exterior, aspecto que los arqueólogos denominaron "borde coma" (Bermann y Estévez, 1995). Sus formas más comunes son domésticas: ollas y cántaros; sin embargo, también se registran algunos artefactos más elaborados, como ser estatuillas o tubos que parecen haber tenido una función de carácter ritual.

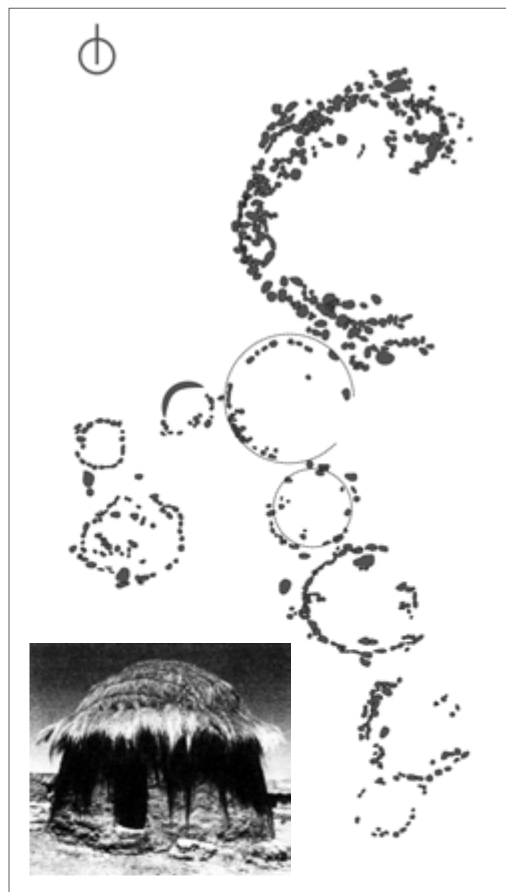


Figura 22. Representación de un asentamiento wankarani y su analogía con una vivienda uru contemporánea. La similitud de las plantas, lleva a suponer que los actuales putukus son reminiscencia de ese tipo de arquitectura.

Fuente: Rose, 2001.

En comparación a los desarrollos de la cuenca del Titicaca, los sitios wankarani parecen ser menos complejos, presentando niveles de organización más incipientes. Este hecho se observa, sobre todo, en la escasa presencia de sitios de carácter administrativo. Sin embargo, las investigaciones realizadas en varios lugares de Oruro muestran sitios nucleados de estructuras domésticas circulares, las cuales, en algunos casos, también se encuentran asociadas a estructuras de mayor tamaño, como en el sitio La Barca (Rose, 2001) (Fig. 22). Esto lleva a presumir que se trata de áreas ceremoniales, ya que también en ellas se registraron artefactos rituales.

Los asentamientos más antiguos del Formativo del Altiplano

La presencia wankarani no muestra homogeneidad regional, pues se identifican variantes locales tanto a nivel de los tipos de asentamiento como de sus expresiones materiales. Sin embargo, los fechados de los sitios muestran una permanencia de estas poblaciones entre el 1800 a. C. y el 500 d. C., con un rango de más de 2000 años de pervivencia. Ese fechado corresponde al sitio de San Andrés en Oruro, área de mayor concentración de montículos formativos (Bermann y Estévez, 1995).

Wankarani se fue dispersando, lo que permitió localizar sitios en áreas más alejadas como las registradas al Sur de Oruro. En estos casos se identificaron montículos de menor tamaño, asociados a una especie de plataformas agrícolas, como se observa en la región de Quillacas. Este hecho lleva a plantear que en los últimos tiempos de Wankarani las poblaciones también se dedicaban a la agricultura, a la par de su actividad pastoril.

En esos sitos se identificaron evidencias de artefactos foráneos como el mullu (Spondylus), proveniente de la costa Norte, lo cual indica el movimiento interregional realizado en esos tiempos (Michel et. al., 2002). Dicho movimiento se dio tanto a nivel local, como desde los valles costeños y mesotermos. Trabajos realizados en ambas áreas permiten observar la influencia de una tradición wankarani, relacionada sobre todo a la cerámica local. Este aspecto podría estar mostrando que la gente ya en el Formativo utilizaba las caravanas de llamas para acceder a recursos de otros ambientes ecológicos; dejando, a través de ellas las huellas de su presencia cultural. La afinidad de Wankarani con la representación de camélidos puede ser la explicación o prueba de que estas poblaciones utilizaban ese medio de contacto.

El Formativo de esta región del altiplano no presenta una secuencia tan claramente definida como la registrada en el área circunlacustre. Lo que se advierte más bien, y como propuesta de diferentes investigadores, son secuencias locales con manifestaciones materiales particulares (Bermann y Estévez, 1995; McAndrews, 2006; Rose, 2001). Al parecer, lo que identifica a los asentamientos wankarani es la estructuración de sus sucesivas ocupaciones en montículos y la elaborada escultura de cabezas de camélidos. Una pregunta que queda por responder es si esta tradición escultórica estuvo relacionada a una tradición religiosa o ritual regional, como la observada en la cuenca del Titicaca.

Para los tiempos más tardíos, en la región de La Joya se identificó el complejo cerámico Jachakala, producto del contacto de la población local con Tiwanaku. Al parecer, los núcleos poblacionales wankarani fueron mantenidos hasta tiempos en que en la cuenca del Titicaca se establecía el Estado. Esto probablemente dio lugar al establecimiento de identidades locales bien definidas, período conocido como el de Desarrollos Regionales Tempranos.

En cuanto al relacionamiento interregional de Wankarani, los investigadores han propuesto la movilidad de esas poblaciones hacia los valles de la vertiente oriental, en Cochabamba (Gabelmann, 2001). Se piensa que este relacionamiento fue producto de una interacción económica por el acceso a recursos específicos, ocurrida en las fases tempranas del desarrollo Formativo de ese valle, denominado Sierra Mokho (Pereira y Brockington, 2005).

Recuadro 4

¿Urus como producto de Wankarani?

Al ser una cultura acuática y de pescadores, además de presentar rasgos tan diferentes a los aymaras, todavía no se han identificado a los ancestros culturales de los urus. Debido a la similitud de sus *putucus* con los restos de estructuras wankarani y a la pervivencia de una tradición de movilidad constante, se plantea hipotéticamente que los urus son los descendientes de los antiguos wankarani. Aunque este planteamiento no está comprobado, promueve mucho interés y discusión en el ámbito académico.

La cultura Formativa de los valles

La riqueza cultural de los valles interandinos tiene tanta profundidad temporal como la que conocemos en el área altiplánica. Esta característica ya fue advertida a mediados del siglo XX por los investigadores del Museo Arqueológico de Cochabamba, quienes la denominaron "Cultura de Túmulos".

Al igual que Wankarani, algunas poblaciones del Formativo de los valles también reocuparon los sitios y crearon montículos artificiales donde actualmente se registran los restos materiales de sus actividades. Pero, por otro lado, también se registraron asentamientos formativos con terrazas habitacionales en las laderas de los cerros, en el piedemonte, así como en lugares planos. Gran parte de estos sitios fueron ubicados preponderantemente al sureste de Cochabamba, siendo Mizque y Aiquile las áreas donde se registraron los más importantes (Pereira y Brockington, 2005). Sin embargo, investigaciones también realizadas en otras regiones de los valles del Sur y del Oeste de Santa Cruz muestran una dinámica muy particular para el tratamiento de este período a nivel macroregional.

Las características más sobresalientes de los sitios formativos en los valles son:

- Asentamientos en montículos de ocupaciones sucesivas, áreas de plataformas y planicies, cuyas dataciones más tempranas se remontan hacia el 1300 a.C.
- Identificación de una tradición escultórica, en la que predomina una especie de estatuillas antropomorfas que principalmente son representadas con ojos rasgados, característica denominada "grano de café" (Fig. 23).



Figura 23. Durante el Formativo en los valles fue representativa la elaboración de esculturas antropomorfas. Fueron representados hombres y mujeres, siendo característico el diseño de ojos rasgados, conocidos en la literatura como "ojos granos de café".

Fuente: Ibarra Grasso y Querejazu, 1986.

- Existencia de una tradición cerámica que en sus fases más tempranas presenta incisiones sin pintura y formas muy particulares que la caracterizan. Para las últimas fases del Formativo, dichas tradiciones se complejizan con decoración pintada, dando paso a los estilos que luego serán claramente manifestados en el período de Desarrollos Regionales Tempranos.
- Elaboración de artefactos de metal y de piedra, los cuales son producto de un sistema de intercambio y de acceso a recursos de otras regiones ecológicas.

Los sitios más característicos en Cochabamba son Sierra Mokho, Chullpa Pata, Mayra Pampa, Conchupata, Villa Granado, Khopi, Yuraj Molino, Valle Ibirza y Sehuencas (Pereira y Brockington, 2005) (Fig. 24). En esos asentamientos está representada toda la secuencia del Formativo de Cochabamba, desde la presencia más temprana hasta lo que luego dará paso al surgimiento del estilo Tupuraya, paralelamente al desarrollo del Formativo Tardío en la cuenca del Titicaca.

Muchos de esos asentamientos fueron estudiados durante décadas y los resultados nos llevan a discutir la heterogeneidad de las poblaciones y el grado de influencia de las mismas a escala regional. A partir de excavaciones y dataciones radiocarbónicas se han establecido secuencias locales, cuyo fechado más temprano se encuentra en Yuraj Molino (1300 a.C.), como parte del Fomativo Temprano (1300-500 a.C.); luego se identifican el Formativo Medio (500 a.C.-200 d. C.) y el Formativo Tardío (200-600 d. C.). Aunque gran parte de los sitios se encuentra en Cochabamba, muestras de su relacionamiento se observan hasta los valles de Santa Cruz.

Las excavaciones y dataciones del sitio Tambo en Santa Cruz son hitos que permiten entender el Formativo de los valles interandinos. El trabajo desarrollado por Pereira y Brockington (2005) muestra una profundidad temporal que llega alrededor del 2000 a.C. Este proceso dio paso al estilo Mojocoya Monócromo, el cual es antecedente estilístico del Mojocoya Tricolor que se manifiesta en el período de Desarrollos Regionales Tempranos y que desde los valles cruceños llega hasta Chuquisaca y Cochabamba.

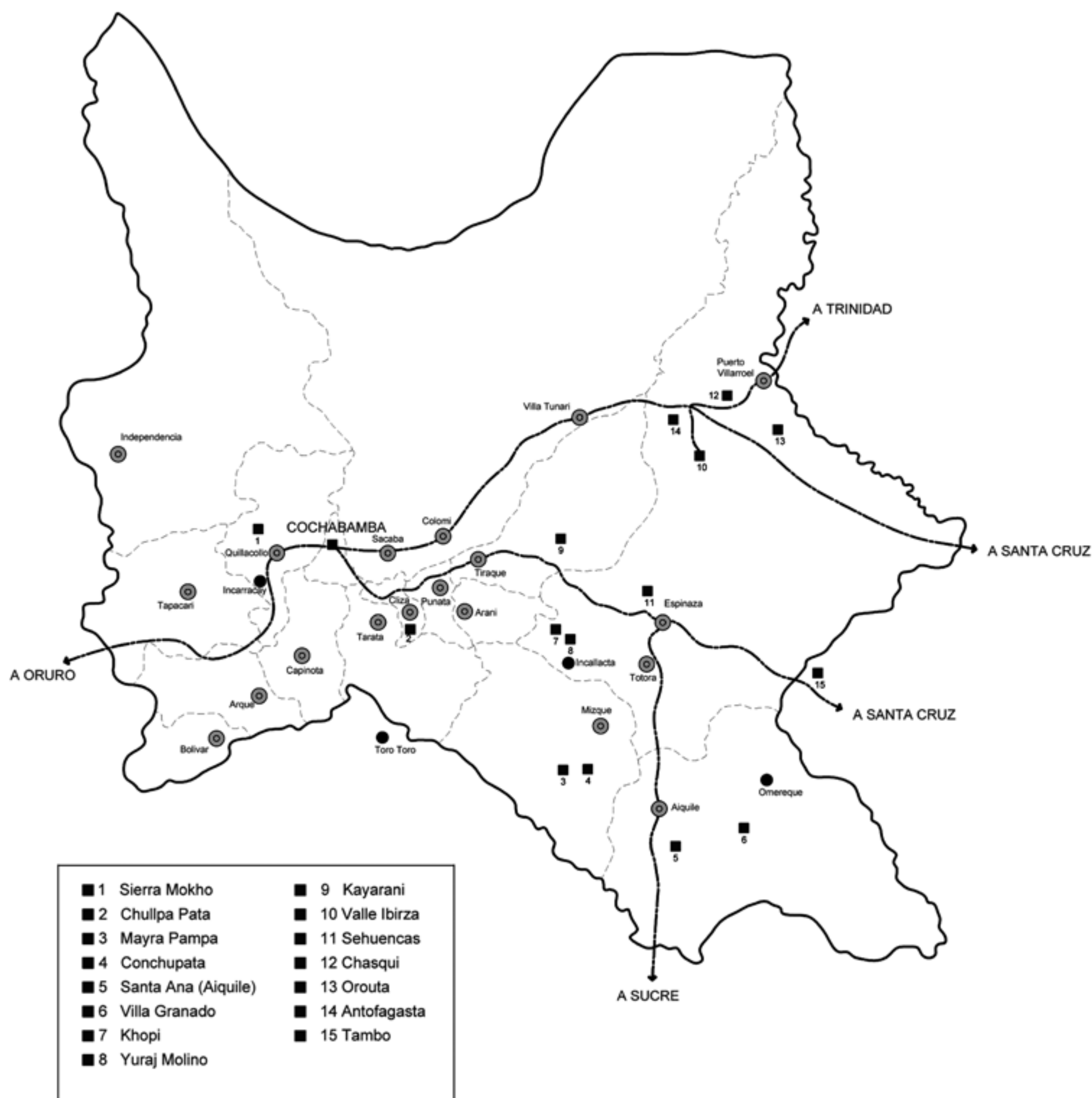


Figura 24. La mayor parte de los sitios formativos del valle fue estudiado en Cochabamba. En el mapa se observa una distribución de los principales asentamientos

Fuente: Pereira y Brockington, 2005.

De la misma forma, los trabajos desarrollados en la región Sur de Potosí por Lecoq (2001) muestran otro tipo de asentamientos del Fomativo, relacionados a la existencia de aldeas con estructuras circulares de barro o piedra, asociadas a terrazas de cultivo. En la misma línea, es relevante el trabajo desarrollado por Claudia Rivera (2011), quien establece una periodización del Formativo en los valles de Cinti y San Lucas. La investigadora establece secuencias cronológicas que identifican la presencia de asentamientos formativos asociados a antiguas áreas de caza, los cuales desde una cerámica sin pintura desarrollan estilos locales que luego serán manifestados en el período posterior. Otros asentamientos representativos son los registrados en los valles de Tarija, cuyo indicador más claro es el registro de cerámica incisa sin pintura.

En esta larga secuencia de asentamientos también se hace evidente el relacionamiento de las poblaciones del Formativo de los valles con las del altiplano, ya que en algunos de los sitios se registraron materiales muy similares a los existentes en tierras altas. Un caso bien documentado al respecto es el movimiento de cerámica wankarani hasta los valles de Cochabamba y hacia la costa, aspecto que pudo deberse a movimientos de intercambio (Gabelman, 2001; Ayala y Uribe, 2003).

Toda esa información lleva a plantear que desde un período tan temprano se dio un tipo de articulación interzonal que integraba diferentes nichos ecológicos. De ahí surge la idea de un movimiento transversal que unía los valles interandinos con la costa a través del altiplano. Probablemente, los restos altiplánicos encontrados son parte de esa dinámica, consolidada en tiempos posteriores.

Hacia la diversidad cultural

Al igual que en la cuenca del Titicaca, aproximadamente hacia el 400 d. C. se dio un fenómeno que cambió la dinámica existente en las pequeñas aldeas formativas. Las poblaciones constituidas muestran una tendencia a la diferenciación, probablemente étnica o de autoadscripción, que se plasma en los estilos cerámicos posteriores.

La característica que marca el denominado Formativo Tardío de los valles es el surgimiento de cerámica con decoración pintada que parece caracterizar grupos sociales étnicamente definidos. De ahí es que, por ejemplo, se reconoce el surgimiento de la cerámica Tupuraya, Mojocoya bícromo y Omereque, expresiones tempranas de la variabilidad poblacional existente en los valles interandinos durante ese tiempo. Como se ha visto, estilos como el Mojocoya parecen haberse originado en espacios de Tierras Bajas, llegando a consolidar desarrollos complejos en los valles de Chuquisaca.

En adelante, esta matriz estilística marcará la variabilidad de los valles interandinos, lo que implicará también una multietnicidad mantenida hasta los tiempos del Inca y registrada incluso en la Colonia. Lo interesante de todo el proceso es la continuidad que se observa en el desarrollo de las culturas de los valles desde el período Formativo, aspecto también evidente en el área circunlacustre, pero poco visible en el altiplano central.

A partir de esta diferenciación se conformaron unidades socio-políticas no centralizadas que mantenían ciertos niveles de autonomía y relacionamiento constante, que en la literatura académica son denominadas como cacicazgos o jefaturas simples y complejas. Sin embargo, los trabajos desarrollados en esas áreas permiten observar que si bien no eran sociedades centralizadas, se trataba de poblaciones con altos niveles de complejidad, probablemente ligada a la movilidad y a los intercambios constantes.

Precisamente por encontrarse en áreas de contacto entre el contingente altiplánico y las Tierras Bajas, las expresiones materiales de esas poblaciones presentan influencias en ambos sentidos. Esto muestra también que dichas poblaciones fueron el eje articulador del movimiento interzonal o transversal que ha caracterizado a las sociedades del pasado.

Las características más importantes del Formativo

El Formativo es el periodo más amplio en la escala temporal prehispánica, ligada al sedentarismo y al desarrollo cultural y tecnológico en Bolivia, abarcando cerca de 2000 años. Las poblaciones de este tiempo desarrollaron y sentaron las bases culturales que llegaron hasta la época de los incas y que incluso se mantuvieron durante la Colonia.

Los avances más importantes son:

- Definición de la vocación productiva de los pueblos, que permite diferenciar entre agricultores, pastores, pescadores y/o cazadores, actividades que pueden ayudar a explicar ciertas adscripciones culturales que se mantienen hasta la actualidad. Estos aspectos estuvieron íntimamente ligados con el conocimiento del medio y la buena utilización de sus recursos. Por ejemplo, en la región del Titicaca las poblaciones fueron agricultoras debido al aprovechamiento de las bondades del lago y la fertilidad de la tierra; en cambio hacia el Sur se desarrollaron sociedades de pastores que aprovecharon a la llama como un recurso productivo.
- La movilidad y el intercambio son aspectos recurrentes en todos los espacios analizados; ya sea entre los grupos alrededor del Titicaca o como entre las poblaciones de los valles o del altiplano sur. Los datos muestran niveles de interrelación permanente que son resultado de la existencia de una compleja red de intercambio interzonal que conectaba, desde períodos tan tempranos, la región de los valles mesotermos con la costa. Por otro lado, esta movilidad tuvo incidencia en la diferenciación étnica y la multiculturalidad, aspecto consolidado en los valles y presente hasta los tiempos de la Colonia.
- Aunque en el Formativo se habla de sociedades sin Estado, los fenómenos desarrollados sobre todo en el Formativo Tardío condicionaron el devenir histórico y político de las sociedades que los sucedieron. Como ejemplo tenemos la conflictividad desarrollada en el Titicaca por la hegemonía política, la cual dio paso a la formación del Estado en Tiwanaku. Por otra parte, la pluralidad desarrollada en los valles fue el antecedente de la consolidación de organizaciones no centralizadas, pero altamente complejas.

Aspectos de igual relevancia se observan durante el periodo Formativo en las Tierras Bajas, mostrando la importancia de su conocimiento e investigación en cualquier región de Bolivia. La investigación de problemáticas específicas de este periodo ayudará a comprender los sucesos culturales posteriores, relacionados con la complejidad social y política de las poblaciones prehispánicas. Algunos de esos sucesos serán presentados en los siguientes capítulos de esta historia de Bolivia.

TERCERA PARTE

Tiwanaku

Silvia Arze

Tiwanaku
(500-1100 d.C.)

Introducción

La zona del altiplano Norte de la actual Bolivia fue un espacio privilegiado para el desarrollo de grupos humanos desde épocas muy tempranas debido a su ubicación en medio de dos ramales de la cordillera, entre la costa y del piedemonte amazónico y con la presencia central del lago Titicaca. A finales del Pleistoceno, un lago cubrió gran parte del altiplano llegando hasta los actuales salares de Coipasa y Uyuni. Esta antigua formación del lago, al que los científicos denominaron Mataro, tuvo un nivel de aguas 140 metros por encima del nivel actual del Titicaca. Más tarde, este lago se fue reduciendo hasta una última fase antigua, el lago Tauca, hace 13000 años. El lago Titicaca actual es el resultado de ese proceso. La presencia central del lago en esta zona del altiplano hizo que el hábitat fuera apropiado para la existencia de distintas especies animales y vegetales y para el desarrollo de la vida humana; así, desde épocas muy tempranas, diferentes sociedades aprovecharon los recursos acuáticos (peces, plantas, aves, huevos) y los terrenos aledaños para la recolección de plantas y, más adelante, para su domesticación, en la agricultura y la cría de animales. Los deshielos de los nevados de la cordillera que proveían agua y la existencia cercana de cerros donde se refugiaban distintas especies animales favorecieron inicialmente la cacería y luego la ganadería. En esta zona, grupos humanos de cazadores, pescadores y recolectores establecieron campamentos de residencia temporal, dirigiéndose estacionalmente a diferentes zonas ecológicas en busca de variedad de productos naturales, controlando esos territorios o estableciendo relaciones con los grupos locales que los controlaban, generando y ampliando paulatinamente las redes sociales.

Durante siglos, la experiencia en el manejo de recursos y el conocimiento de la geografía, del clima y de sus indicadores y de la astronomía, que permitían comprender y anticipar estos ciclos, llevaron a desarrollos cada vez más complejos que implicaron tecnología, organización social, pensamiento, visiones de mundo y religiosidad, que se integraron y que se expresaron en prácticas en la vida cotidiana y ritual.

Algunas de estas sociedades de los alrededores del lago Titicaca se destacaron entre las demás en distintos momentos de la historia. A fines del Formativo Medio, varias formaciones sociales de la zona del Titicaca alcanzaron un alto nivel de complejidad. Surgieron templos y centros ceremoniales con características similares así como un estilo escultórico, el Yaya-Mama, que identifica a la época y a la región, y que pudo ser el mecanismo principal que llevó al surgimiento de las élites y el Estado (Stanish, 2001).

Pucara declinó hacia el año 200 d. C. y Tiwanaku, que hasta ese momento había tenido un desarrollo similar, ganó prestigio e importancia y se convirtió en un eje aglutinador en torno a su centro ceremonial, transformándose en una formación social y política más compleja, en un Estado. Durante más de cinco siglos, Tiwanaku conglomeró bajo su ideología, culto y organización a sociedades de una amplia región, aunque su presencia en el altiplano, valles y costa no fue resultado de conquistas militares.

El actual sitio arqueológico de Tiwanaku, lugar que fue el núcleo de este Estado, se encuentra a una distancia de 20 Km. del lago Titicaca, en un valle flanqueado al Sur por la cordillera de Quimsachata con tres picos que sobresalen en el horizonte (Albarracín, 1996), hacia el este se ve el nevado Illimani y al Oeste el Titicaca.



Figura25.MapaGooglequemuestralaubicacióndeTiwanakuenunáreaentrelacosta,lacordillerayla selvaamazónica. Fuente: http://maps.google.com.bo/maps?hl=es&tab=wl

En el contexto de la historia prehispánica y en la cronología de la región andina, Tiwanaku ocupa una larga etapa conocida como Horizonte Medio (500 d. C. a 1100 d. C.) que se sitúa entre la época del Formativo (2000 a. C a 500 d. C.) y el período del Intermedio Tardío (1100 d. C. a 1450 d. C.), este último también se conoce como la época de los Señoríos, que fue seguida por el período de la presencia inca, llamado Horizonte Tardío (1450 a 1532-38), y que culminó con la incursión española en esta región.

El inicio de Tiwanaku

La expresión material de estos desarrollos fue la llamada tradición Yaya-Mama (Chávez y Mohr, 1976), en la que aparecen centros ceremoniales, patios semihundidos, a veces rodeados por construcciones, plataformas y esculturas, estelas y tabletas y, en menor grado, expresada también en la cerámica. El nombre Yaya-Mama (padre-madre en quechua) y Pajano (pa ajanu, dos caras en aymara) procede de una de las características de las esculturas bifrontales, posiblemente con un lado masculino y uno femenino, que se encontraron en centros alrededor del lago. Los elementos de la iconografía grabados en estas piedras son rayos, peces, sapos –claras alusiones al agua y la lluvia– serpientes, camélidos y animales de perfil (Chávez, 2004), así como diferentes figuras geométricas como triángulos, símbolos escalonados, espirales, la cruz cuadrada, además de atributos sexuales femeninos y masculinos. Las imágenes talladas en las tabletas, como las de Chiripa y Copacabana, tienen un rostro central radiante del cual salen serpientes de cola enroscada, flechas bifurcadas y pies humanos. El conjunto de arquitectura, piedra tallada y cerámica muestran una cultura con alto desarrollo tecnológico y capacidad de simbolización.



Figura 26. El valle de Tiwanaku. Alrededor del siglo I a.C., en los alrededores del lago Titicaca, varias formaciones sociopolíticas habían alcanzado un desarrollo complejo. Algunos centros se encontraban al Norte del Titicaca, como Pucara, y otros al sur, como Chiripa y Tiwanaku (en su fase inicial), además de Lukurmata, Pajchiri, Ojje y Khonkho Wankane, entre otros.
Fuente: E. Bauer.

Chiripa (en el Formativo Temprano y Medio) y Khonkho Wankane (en el Formativo Tardío) fueron centros ceremoniales en la misma zona que tuvieron características similares a la etapa del Tiwanaku Formativo. Khonkho Wankane, que no derivó en una formación política de tipo estatal, es un ejemplo importante de las características del Formativo en cuanto a urbanismo, expresión de organización social y representación en escultura lítica que permite comprender mejor cómo pudo haber sido Tiwanaku en sus inicios. El hecho de que este sitio no hubiera sido reconstruido ni renovado posteriormente a la época final del Formativo permitió a los investigadores comprender mejor las características de ese momento del tiempo. Estudios recientes realizados en la primera década del siglo XXI hacen posible el acceso a un mejor conocimiento de este importante centro (Janusek, 2006). Khonkho Wankane se encuentra al Sur de Tiwanaku, al otro lado de la serranía de Quimsachata y en las inmediaciones del río Jach'a Jawira, afluente del Desaguadero. Allí se encontraba un importante centro ceremonial construido en un terreno elevado, con un centro, dos montículos artificiales, un patio hundido, plataformas (kalasasayas), un complejo de patios duales, además de sectores residenciales, separados por canales de agua y áreas mortuorias. Los monolitos de arenisca roja que se encuentran allí pertenecen a la tradición cultural Yaya-Mama, tienen imágenes de relámpagos, cóndores y serpientes. Se conocen con los nombres de Wila Kala, Tata Kala y Jinchun Kala y su estilo permite relacionarlos con monolitos de Tiwanaku, como el llamado Barbado.



Figura 27. Monolito de Khonkho Wankane con cabezas de felinos contrapuestos en la parte superior.
Fuente: S. Arze.

Recuadro 5

Tiwanaku en los mitos de origen

Los datos más antiguos, recogidos por cronistas españoles durante los siglos XVI y XVII, se refieren a Tiwanaku como el lugar de origen de las más importantes culturas andinas, incluyendo a los incas. Tiwanaku también aparece en muchos mitos de origen de la humanidad, en ellos se relata que fue el lugar donde nació la humanidad después de un cataclismo. Diferentes cronistas españoles de los siglos XVI y XVII (Cobo (1653), Betanzos (1551), Sarmiento de Gamboa (1572), Molina (1553), (Acosta 1588-1590) recogieron mitos que nos permiten conocer relatos de la creación mítica del mundo y de la humanidad en Tiwanaku. Un mito difundido por el jesuita Bernabé Cobo a fines del siglo XVI cuenta que cuando cesó el diluvio en el que habría muerto toda la humanidad, las primeras tierras que asomaron entre las aguas fueron las islas del lago Titicaca. El mito dice que, desde allí, Viracocha, el creador, ordenó al Sol que subiera desde la isla hacia los cielos. Después, se dirigió a Tiwanaku, donde hizo de barro a la nueva humanidad, a "todas las naciones que hay en esta tierra, pintando a cada una el traje y vestido que habría de tener" y también la lengua que se hablaría en cada grupo. Después ordenó que toda su creación se sumergiera debajo de la tierra y que los humanos, ya separados por "naciones", surgieran de los suelos, de las oquedades de los cerros y de las fuentes. El mito muestra a Tiwanaku como el sitio de creación de la humanidad y también los lugares del paisaje de donde míticamente surgió la vida (interior de los cerros, suelo, fuentes, *pakarinas*); estos lugares recibieron culto como sitios sagrados (*waka*) y estuvieron relacionados con el origen de diferentes grupos, cada uno con su propia vestimenta emblemática y su idioma.

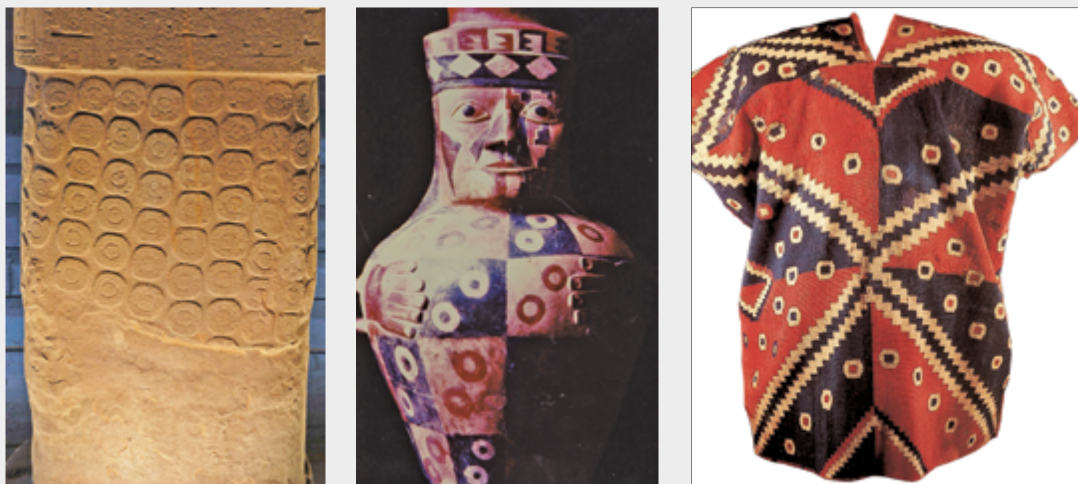


Figura 28, 29 y 30. Monolito Bennett (centro ceremonial de Tiwanaku), cerámica Wari (sierra peruana) y textil de la costa (Arica) con elementos similares (círculos concéntricos) en la vestimenta, que muestran la idea expresada en el mito y también el alcance geográfico de la iconografía de Tiwanaku.

Fuentes: 28, Eric Bauer; 29, Banco de Crédito del Perú, 1990 y 30, Gisbert, Arze y Cajías, 2006.

Entre los siglos VII y VIII d. C., Tiwanaku se convirtió en el punto central de redes de relaciones activas establecidas con otras conformaciones sociales y otros centros urbanos. Es a partir de entonces que se puede hablar de Tiwanaku como un Estado que gravitaba cada vez con más fuerza sobre diferentes grupos, atrayéndolos e incluyéndolos en su órbita durante más de medio milenio, antes de su disgregación a principios del siglo XII.

La formación del Estado

Varias hipótesis surgieron a lo largo del tiempo para explicar qué fue Tiwanaku y cómo se fue desarrollando desde una etapa formativa hasta llegar a tener las características que definieron su época de mayor esplendor, como un Estado que marcó con su presencia a toda una región durante una larga etapa de la historia. Usamos la

palabra Estado en su sentido más general, como la institucionalización de poder, con el desarrollo de jerarquías políticas y económicas.

Algunas teorías plantean que el Estado se desarrolló a partir de unidades sociales centrales (a las que posiblemente hoy en el contexto centroSur andino llamaríamos ayllus) grupos de familias con relaciones de parentesco, descendientes de un mismo antepasado, con tierras de propiedad común. En un proceso de larga duración, grupos sociales locales con estas características habrían ido creciendo y fortaleciéndose políticamente, a tiempo que su producción económica comenzaba a tener excedentes. Alrededor del siglo V a.C. surgieron las primeras aldeas y centros ceremoniales. Diferentes unidades comenzaron posiblemente a conectarse por medio de alianzas familiares e intercambios, y se habrían ido formando unidades políticas mayores, dando también origen a centros urbanos y ceremoniales más complejos (Kolata, 1993).

En un momento de la historia, la antigua aldea –y luego centro urbano– de Tiwanaku se habría convertido en el núcleo de una organización en la que confluyeron otras sociedades de toda la zona, iniciándose así, la formación estatal. El nacimiento de Tiwanaku como Estado se produjo posiblemente cuando las sociedades de finales del Formativo se estabilizaron económicamente y diversificaron su producción. Con el surgimiento de nuevas especializaciones, excedentes y riqueza, las comunidades locales se habrían articulado entre sí para reforzar estos logros, generando nuevas divisiones de trabajo y una mayor complejidad social. Las actividades económicas posiblemente también generaron nuevas estructuras de poder, al requerir de planificación, coordinación y ejecución de nuevas tareas, organización que recayó en determinados sectores de la población, estableciéndose relaciones esencialmente diferentes a las basadas en el parentesco que se habían desarrollado en las sociedades anteriores (Kolata, 1993). Otros investigadores, como Mathews (1997), resaltan la importancia de una organización que habría dirigido las actividades agrícolas en el proceso del surgimiento del Estado de Tiwanaku, idea que ya había sido planteada con anterioridad por Ponce Sanginés (1981), quien considera que el aparato estatal no surge automáticamente por la mera diferencia de clases, sino por una voluntad, una decisión grupal de apoderarse del poder, de dominar sobre otros. D. Browman (1981) postula que las redes de intercambio existentes habrían originado estrategias basadas en el control de la producción en diferentes ecologías y en la movilidad interzonal y que de esta manera Tiwanaku se habría convertido en un "centro industrial" con productos que llegaban hasta el núcleo, produciendo bienes que tenían demanda en diferentes regiones; su influencia política se habría expandido a través de la economía por las extensas redes de intercambio comercial. De igual manera, es posible que Tiwanaku haya sido también parte del llamado "modelo de movilidad giratoria", formado por un conjunto de rutas fijas de recorrido de caravanas que unían lugares de asentamiento en diferentes pisos ecológicos (Núñez y Dillehay, 1995).

Albarracín considera que el antiguo principio de las sociedades de esta región, consistente en jerarquías inclusivas locales (organización en dos "parcialidades", cada una dividida a su vez en entidades menores; y en la otra dirección, la inclusión de las unidades mayores en conexión con otros grupos de nivel similar) habría llevado al desarrollo de diferentes niveles en las jerarquías políticas y económicas, y que el surgimiento del Estado de Tiwanaku podría ser explicado por la existencia de mecanismos integradores que incorporaron esas jerarquías inclusivas locales en estructuras políticas mayores (Albarracín, 1996).

Sin embargo, algunas teorías sobre la formación del Estado cuestionan la posibilidad de que las organizaciones sociales modulares basadas en el parentesco y con jerarquías inclusivas hubieran podido derivar en una formación estatal, pues consideran que el sistema de parentesco, con su propia lógica de organización y prácticas de solidaridad, es totalmente contradictorio con el proceso que implica el surgimiento de un Estado, ya que parentesco y Estado tendrían dos tendencias opuestas, organizando sociedades radicalmente diferentes debido a que el sistema de la reciprocidad (propio de los sistemas de parentesco) sería incompatible con las relaciones de dominación sustentadas en el monopolio de la fuerza (Campagno, 2003).

Stanish plantea que el proceso clave para la transformación de Tiwanaku de una sociedad compleja del Formativo a Estado estuvo centrado en el control de la fuerza de trabajo por parte de grupos que se convirtieron en élites a través de varios mecanismos: la intensificación de los sistemas agrícolas (posiblemente por medio de los sukakollos o camellones), el crecimiento de las redes comerciales

entre regiones, el surgimiento de ideologías de élite y la competencia con otras élites (Stanish, 2001).

Alrededor del 400 d.C, Tiwanaku tenía un sistema político de nivel estatal, lo que implicó el desarrollo de instituciones políticas que reemplazaban a las anteriores, que habían sido establecidas por vínculos de parentesco (Stanish, 2001). Este salto se habría producido cuando grupos de las sociedades de aldeas permanentes basadas en la agricultura perdieron su autonomía política y económica a causa del surgimiento de pequeños grupos dentro de sus mismas sociedades, como indica Stanish. En esta ecuación, la formación de la jerarquía política y económica sería equivalente a los orígenes del Estado temprano en la zona del Titicaca. Este proceso se concretó en Tiwanaku en medio de otras sociedades complejas que no llegaron a formaciones estatales. El elemento clave para que se produjera el surgimiento de la jerarquía política habría sido la capacidad de grupos reducidos, ajenos a las redes de parentesco, para apropiarse del trabajo de otros dentro de sus sociedades y dirigirlo. El superávit resultante de este trabajo posiblemente fue usado para crear y mantener instituciones de apoyo a esta nueva jerarquía (Stanish, 2001). Los medios por los cuales esta élite pudo movilizar la fuerza de trabajo y lograr el control laboral habrían sido coactivos, implicando el uso de la fuerza, o persuasivos, concentrados en lo que Stanish llama el "poder proactivo de las élites nacientes", que apelaban a una variedad de estrategias, como la afirmación del poder ideológico a través de la organización del culto y la redistribución estratégica de bienes exóticos o suntuarios. De acuerdo a este autor, estas estrategias permitieron que eventualmente la élite naciente convenciera a otros grupos de entregar parte de su fuerza de trabajo a cambio de acceso a beneficios materiales y no materiales (Stanish, 2001). La forma más visible del uso del control de esta mano de obra serían las construcciones, centros ceremoniales, pirámides, templetes, sitios para ceremonias públicas, residencias y otros edificios, además de otros elementos como estelas y esculturas. En este sentido, el estilo Yaya Mama sería, además de la representación de una religión, la manifestación de la aparición de una nueva ideología de élite, convertida en religión, que estuvo asociada al cambio profundo de la estructura social y en la zona del lago (Stanish, 2001).

En la actualidad, estudios basados en nuevas excavaciones y también en prospecciones con métodos geofísicos de exploración permiten a arqueólogos e historiadores plantear la imagen de Tiwanaku como un Estado organizado social y políticamente, con jerarquías, conformado por diferentes grupos étnicos, con relaciones entre el centro y la periferia, con un sistema de gobierno que controlaba el complejo ceremonial y un área inmediata y que tenía influencia (directa en unos casos e indirecta en otros) sobre un territorio más extenso, cuyas sociedades o formaciones sociopolíticas locales habrían quedado cohesionadas a Tiwanaku por prácticas rituales en el centro ceremonial; actividades que posiblemente estaban dirigidas y controladas por élites que vivían en el mismo centro y que además tenían prestigio y poder en ámbitos más lejanos.

La red del Estado de Tiwanaku

Un análisis de lo que pudo haber sido la composición estatal de Tiwanaku muestra un alcance geográfico caracterizado por cuatro regiones mayores: el territorio nuclear, el área nuclear, las provincias y la periferia (Rivera, 2012; basándose en conceptos planteados por Stanish).

- El territorio nuclear, el centro, formado por el sitio de Tiwanaku, con el complejo ceremonial y todos sus componentes.
- El área nuclear estaría conformada por el territorio que el Estado fue incorporando en los primeros momentos de su expansión sobre lugares cercanos en la zona del Titicaca, involucrando a "linajes aliados" (Rivera, 2012). Los asentamientos de Pajchiri, Ojje, Sillumoko, Pariti, Copacabana y la isla del Sol conformarían parte del área nuclear de Tiwanaku.
- Las provincias serían territorios más distantes, como Moquegua, el valle costero del Sur del Perú donde Tiwanaku estableció colonias controladas directamente desde el núcleo; lo mismo pudo haber sucedido en el valle de Cochabamba o en Yungas, posiblemente para la producción de maíz y coca.
- La periferia estaría formada por territorios donde no existió el control estatal de Tiwanaku, pero donde sí se desarrollaron relaciones de alianza del Estado con las élites locales, lo que permitió el acceso a productos

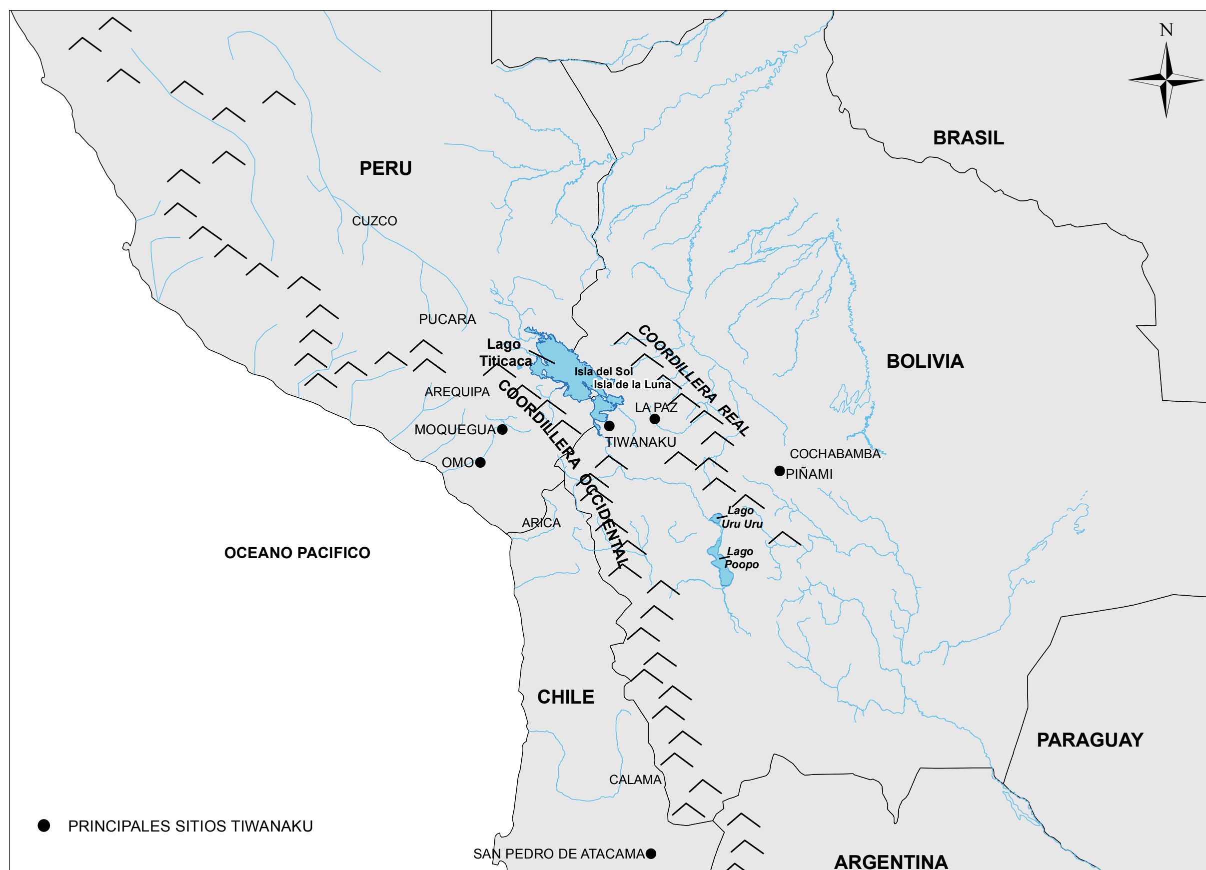


Figura 31. Mapa de Tiwanaku y sus áreas de influencia.
Basado en mapa de Denver Art Museum, 2009.

Recuadro 6

Hipótesis sobre la cronología de la difusión del Estado de Tiwanaku

En cuanto a los alcances geográficos de la difusión cultural de Tiwanaku, los intervalos de tiempo se pueden dividir en los siguientes períodos principales:

1. El período previo a su difusión, que dura desde el principio del primer milenio hasta aproximadamente 400 d.C., en el área del Titicaca.
2. El período de propagación de la influencia de Tiwanaku fuera de la cuenca del Titicaca, en la segunda mitad del primer milenio (ca. 400-1200 d.C) sobre las áreas de: (a) Moquegua durante la fase Omo y el norte de Chile (probablemente San Pedro de Atacama) entre los años 400 y ca. 750, y (b) Moquegua durante la fase de Chen Chen, además del norte de Chile y Cochabamba.

Entre ca. 600 y 900, los valles del norte de Chile, y Moquegua estaban bajo la influencia de Tiwanaku (…).Más tarde, durante la fase de Chen Chen de la colonización del valle, la principal área de interés Tiwanaku fue Moquegua (…) La última fase (…) estuvo representada en Cochabamba, y en Moquegua por la fase Tumilaca o post-Tiwanaku, durante y después de la caída del centro provincial de Moquegua.

Nuevas dataciones y la calibración de dataciones de diferentes provincias del área de influencia Tiwanaku agudizarán la perspectiva de los procesos de desarrollo territorial y los cambios en la estrategia del Estado Tiwanaku.

Szymon Augustyniak. *Dating the Tiwanaku State*. *Chungara*, Revista de Antropología Chilena. Volumen 36, No 1, 2004. Páginas 19-35 (nuestra traducción).

exóticos, como piedras semipreciosas y otros, por medio de obsequios, posiblemente bienes de lujo a cambio de la posibilidad del acceso a estos recursos.

Isbell (2008) considera que esta estructura pudo haber generado lo que llama "un modelo cultural internacional" o un "campo cultural" basado en "la promoción de una nueva religión e identidad a través del consumo de una cultura material distintiva". Esta cultura material característica, con su conjunto de imágenes definidas, fue compartida por Tiwanaku y Wari, como veremos más adelante.

Ciudades, centros ceremoniales y sitios de producción agrícola formaron parte de la esfera de Tiwanaku. Algunos de éstos estuvieron relativamente cerca del centro ceremonial de Tiwanaku, como Wilakollu, en Lukurmata, Pajchiri Chujuperka de Ojje y Pariti; otros asentamientos que no muestran una arquitectura monumental fueron posiblemente centros residenciales y cementerios dispersos, según un patrón rural. Hubo también otros sitios que por sus características y ubicación habrían cumplido funciones específicas, como Iwawe, el puerto sobre el lago Titicaca (Albarracín, 1996). Según Isbell, Tiwanaku tuvo complejas jerarquías de asentamientos. Al parecer, las características de estos sitios también variaron de acuerdo a la forma en que fueron establecidos, a la dinámica de su incorporación y a su relación con el centro de Tiwanaku. Los diferentes sitios, en puntos cercanos, lejanos y distantes de la ciudad, muestran también características formales variadas: algunos de ellos tienen construcciones que definirían un "estilo" Tiwanaku: en algunos se encontró cerámica igual a la del territorio nuclear, en otros no hay ninguna evidencia de cerámica, unos tienen textiles y otros no.

Actualmente, se considera que la hegemonía de Tiwanaku sobre una amplia región del centro-Sur andino parece haberse basado en la "difusión de una nueva religión y de una nueva identidad a través del consumo de una cultura material distintiva" (Isbell, 2008).

El territorio nuclear. La ciudad de Tiwanaku

Durante siglos se reflexionó, se investigó y se elaboraron teorías sobre la naturaleza de la formación política, conformación social y económica de Tiwanaku. Las hipótesis variaron desde la concepción de Tiwanaku como un Imperio hasta el planteamiento de un Estado con una formación social segmentaria. De igual manera, se propusieron interpretaciones de lo que pudo haber sido el carácter y las funciones de la ciudad de Tiwanaku. En los últimos años, las investigaciones apuntan a interpretarla como un complejo ceremonial unificado, como expresa Vranish (2008), con sectores de residencia de las distintas clases sociales, y que se convirtió en el núcleo espacial que aglutinaba, bajo su ideología y prácticas rituales y festivas, a formaciones sociales de una región muy amplia.

Posiblemente, como muchas otras ciudades antiguas de distintos lugares del planeta, Tiwanaku cumplía el rol de centro físico y simbólico del mundo conocido, donde no solamente se consolidaban relaciones sociales, sino que se reproducían simbólicamente las relaciones entre la tierra y el cosmos y se realizaban las ceremonias que permitirían mantener la armonía entre la naturaleza, los hombres y los seres sagrados. También, al igual que otras ciudades capitales de culturas antiguas, probablemente la ciudad fue concebida como un axis mundi, como el centro u ombligo del mundo. Desde este punto central habría sido posible unir lo sagrado de abajo con lo sagrado de arriba y, en el imaginario colectivo, allí confluirían las "cuatro esquinas del mundo", las direcciones cardinales marcadas por las construcciones que se hicieron.

La ciudad fue un punto de convergencias de toda índole: ecológica, étnica, simbólica y religiosa. El sitio de ubicación de Tiwanaku, como centro urbano, marcaba también el centro físico de una interesante estructura ecológica "vertical" con acceso a productos y artículos variados en distancias relativamente cortas. La zona del Pacífico, a una distancia de 400 kilómetros al Oeste, significaba la posibilidad de acceder a pescados, mariscos, algas, conchas, nácar y corales. Pasando el desierto de Atacama –considerado como el más árido del mundo– los oasis tenían productos del valle; la precordillera, con sus húmedos y altos pastizales, era el entorno ideal para la vida de las vicuñas, guanacos, llamas y alpacas. En el altiplano se podía producir una gran variedad de papas y, de hecho, este tubérculo llegó a ser la base de la alimentación de Tiwanaku. Otros productos como la quinua y la cañawa procedían también de la misma zona. Los cercanos valles del este permitían el



Figura 32. El complejo ceremonial de Tiwanaku con el Templete Semisubterráneo y Kalasasaya.
Fuente: G. Adriázola.

acceso a productos como el maíz, la madera y los zapallos; de la zona subtropical procedía la coca; de la Amazonía el algodón, todo tipo de plantas medicinales y tintóreas, el ají, la miel silvestre y plantas alucinógenas, como la willka.

Sin embargo, todos estos fueron producidos por agricultores, pescadores o ganaderos, entonces, ¿de qué manera tuvo Tiwanaku acceso a estos productos? ¿Qué tipo de relaciones se establecieron entre el núcleo del altiplano y las sociedades locales que producían estos bienes? La imagen mecánica de un centro que coordina a sus colonias para el aprovisionamiento de productos diversos ha quedado ya descartada por la arqueología.

Tiwanaku fue el punto-imán a donde diferentes grupos sociales llevaban productos y bienes y los intercambiaban con otros procedentes de diferentes ecologías, funcionando como un centro de irradiación de ideología y de atracción para diversos grupos sociales. Y posiblemente las imágenes y la iconografía emitidas desde el centro por las élites llegaron a distintos lugares de la costa, valles y otros sitios del altiplano; es decir, alcanzaron a todos los centros contemporáneos difundiendo una cosmovisión, estructuras de pensamiento, capacidad de significar y una ideología colectiva.

Posiblemente, el otro nombre que recibió Tiwanaku, Taypikala, traducido como la piedra del centro (kala, la piedra fundamental, el cimiento, y taypi, el centro, el punto de encuentro y unión), expresa la característica antes mencionada. El orden de su arquitectura, la ubicación de sus edificaciones con una clara orientación hacia los puntos cardinales y la propia estructura urbana obedecieron también a estos principios.

Un componente importante de las actividades que se realizaban allí eran las fiestas y los festejos con comida y bebida que operaban como fuertes actividades de atracción y que servían para reforzar las relaciones con otras sociedades integradas al Estado, como muestran investigaciones realizadas en el centro ceremonial (Vranich, 2008).

En el escenario de este complejo ceremonial se realizaban cíclicamente performances, "puestas en escena" –ritos, ceremonias y fiestas– que no solamente ponían de manifiesto una representación grupal, sino que posibilitaban la propia estructuración de la sociedad, como señala Bourdieu (1977), quien considera que una sociedad se ordena a sí misma de acuerdo a sus representaciones.



Figura 33. Mapa del centro ceremonial de Tiwanaku con los principales monumentos (Adoptado de Google Earth). Fuente: Jaimes Betancourt, 2012d.

La organización del espacio en el complejo ceremonial

Muchas culturas del mundo, como la china, por ejemplo, expresaron su percepción del orden del cosmos dividiendo el mundo en cuatro partes, marcadas por las direcciones cardinales y señaladas por observaciones del patrón de movimiento aparente del sol, la luna y los planetas. La percepción del mundo como un lugar lleno de significados que reproducía el orden cósmico, así como la percepción del paisaje con un contenido simbólico, fue una constante en varias culturas antiguas, y muchas de las construcciones que se realizaron estuvieron orientadas a los puntos cardinales, convirtiéndose ellas mismas, incluso, en marcadores de estaciones, ya que eran construidas para fijar los puntos por donde aparecía el sol, la luna, las constelaciones y los planetas en determinados momentos del año.

En la ciudad de Tiwanaku, las altas montañas de la cordillera oriental funcionaban como marcadores y anunciadores naturales de la salida del sol en solsticios y equinoccios. Hacia el Oeste, el lago Titicaca fue el punto que marcaba la puesta del sol.

Varias edificaciones que se construyeron en Tiwanaku tuvieron la finalidad de señalar estos puntos, reforzando el rol que tenían en este sentido los elementos del paisaje. Las edificaciones más importantes del conjunto ceremonial de Kalasasaya se encuentran alineadas en el eje Este-Oeste, la ruta del sol en su recorrido diario. Un segundo eje, Norte-sur, complementa la división de Tiwanaku en cuatro sectores alineados con las direcciones cardinales. Es posible que esta percepción del mundo configurara también el patrón de organización social, política, económica y religiosa: dual y cuatripartita, como lo hicieron otras sociedades andinas, incluso posteriormente los incas.



Figura 34. Perspectiva desde el Templete Semisubterráneo. Al fondo Kalasasaya y a la izquierda pirámide de Akapana.
Fuente: G. Adriázola.

El tiempo también fue percibido y estudiado en relación con los ciclos productivos y los hitos naturales importantes, como los equinoccios y solsticios. Estos momentos cíclicos fueron señalados posiblemente por fiestas, ceremonias y rituales que marcaban en el tiempo los puntos más importantes del movimiento de traslación de la tierra en relación al sol.

El centro ceremonial y ciudad de Tiwanaku tuvo esas características y logró plasmar con éxito, a través de su orientación, configuración espacial, estructuras arquitectónicas y diseño, la ideología, estética y cosmovisión de una amplia región, superando a otros centros y logrando la hegemonía y predominio en la zona, convirtiéndose en el punto central de atracción, núcleo cohesionador y difusor hasta puntos geográficos muy distantes, configurando de lo que se llamaría la "cultura Tiwanaku".

La transformación del complejo ceremonial

Alrededor del año 700 (siglo VIII d. C.), el complejo ceremonial de Tiwanaku pasó por una gran transformación, por una etapa de "revitalización urbana", como afirman Kolata (1993 y 2003), Vranich (1999 y 2008) e Isbell y Vranich (2004), con nuevas construcciones monumentales y la remodelación de otras, como el Templete Semisubterráneo y Kalasasaya. Las nuevas construcciones fueron, de acuerdo a estudios de Couture (2008), el palacio de Putuni, Kantataita y la pirámide de Akapana. Hacia el Oeste se construyó Puma Punku. Estos cambios en la configuración de la ciudad fueron acompañados por un significativo aumento de la población. Tiwanaku llegó a ser una gran ciudad, que se extendía por seis Km^2, con una población estimada de 20000 habitantes. La ciudad contaba con vías de circulación que unían los puntos arquitectónicos más importantes y con fosos y canales que permitían la circulación del agua.



Figura 35. Perspectiva del ingreso a Kalasasaya, a la izquierda la pirámide de Akapana.
Fuente: G. Adriázola.

La parte ceremonial y de residencias de élite tuvieron como materiales piedra finamente trabajada, cobre, bronce y bronce niquelado para unir grandes bloques de piedra y posiblemente láminas de oro y otros metales para el revestimiento de los frisos principales; adicionalmente, se usaban colores como el rojo, el verde malaquita, el ocre, el azul cobalto, el naranja brillante y otros, según excavaciones hechas por la Universidad de Illinois, dirigidas por Kolata (1993). Dos pirámides situadas en un ángulo de 45° una respecto de la otra (Akapana y Puma Punku) marcaban dos sectores de la ciudad. Según Kolata, Tiwanaku tuvo canales concéntricos construidos alrededor de la zona nuclear, a manera de anillos. Un gran foso rodeaba el centro ceremonial, separándolo de las áreas de residencia. La ciudad tenía un sistema de distribución de agua mediante canales construidos en piedra, y un sistema de drenaje subterráneo para aguas de lluvia.



Figura 36. Detalle de muro del Templete Semisubterráneo con cabezas clavas.
Fuente: G. Adriázola.

La arquitectura de Tiwanaku

Las construcciones de la ciudad de Tiwanaku fueron hechas en diferentes épocas, como lo demostraron distintos trabajos arqueológicos. En general, se considera que el sector más antiguo fue el Templete Semisubterráneo, que tiene las mismas características que otras construcciones de centros ceremoniales del Formativo. A pesar de corresponder a diferentes épocas, todas las edificaciones conforman un centro ceremonial unificado y es posible hacer una lectura de su forma y posición. La arquitectura de Tiwanaku permite acceder a información que lleva a un acercamiento a las relaciones sociales, pertenencias e identidades, actividades, pertenencias grupales y cosmovisión.

El Templete Semisubterráneo

El Templete fue la construcción más temprana de Tiwanaku y comparte muchos elementos que desarrollaron otros sitios del Formativo Tardío, como la propia estructura de patio semihundido al que se baja por siete escalones. Los muros de contención perimetrales, construidos con sillares, tienen cabezas-clavas incrustadas con una espiga, que serían las representaciones de diferentes grupos que se fueron sumando a Tiwanaku.



Figura 37 Monolito Bennett, conocido también como estela Pachamama encontrado en el Templete Semisubterráneo.
Fuente: Plural- CAF - SOBOCE, 2011.

El material con el que está construido es arenisca roja. En la época en la que fue edificado, el Templete Semisubterráneo pudo haber estado ubicado ahí para observar la Vía Láctea sobre el pico de Quimsachata (Isbell, 2008) y la salida y puesta de la luna . La construcción posterior de Akapana, en el año 700, habría bloqueado esa perspectiva.

En el interior del patio se encontraron varias piezas de piedra tallada, entre las que sobresale la estela conocida con el nombre del arqueólogo que la encontró en 1934, Wendell Bennett. La estela Bennett o Pachamama es una pieza monumental de 7.30 metros de altura. Esta estela lleva un kero (vaso ceremonial) en una mano, apoyado en su pecho, y un cetro en la otra. En su torso y piernas tiene círculos, posiblemente bicolores, que algunos investigadores han interpretado como una representación calendárica. La estela tiene otras imágenes, llamas y plantas. Está hecha de piedra andesita. Estilísticamente, corresponde a una etapa posterior a la construcción de este templo y posiblemente fue llevada allí en el momento de la remodelación de Tiwanaku. (Fig. 37)

Kalasasaya

Kalasasaya es un conjunto que ocupa casi dos hectáreas de superficie, con un muro de 130 metros de largo por 120 de ancho; cuenta con muros de sillar y grandes columnas de piedra. En otros centros del Formativo, como Khonkho Wankane, existieron también estas plataformas llamadas kalasasaya (Janusek, 2006). Este templo está también orientado hacia las direcciones cardinales y fue posiblemente un observatorio astronómico, especialmente el muro occidental, conocido como la "pared balconera" que marca la posición de la puesta del sol en solsticios y equinoccios. Isbell considera que probablemente la construcción de la pared balconera de Kalasasaya podría mostrar el momento de cambio desde un calendario basado en el movimiento de la luna a un calendario solar, o solilunar, representado en la Puerta de Sol.

Siete escalones llevan al interior de Kalasasaya, construido sobre una plataforma. En el centro del patio interior se encuentra la estela llamada Ponce, orientada hacia el este y mirando hacia el Templete Semisubterráneo, que en la parte posterior tiene la imagen del Dios de los Báculos; en la esquina Suroeste se encuentra la estela denominada Fraile. La pieza más conocida de todo Tiwanaku, la Puerta del Sol, está ubicada al Noreste, aunque es posible que su ubicación original hubiese sido otra, en el conjunto de Puma Punku.

La Puerta del Sol

La escultura lítica más conocida de Tiwanaku es la Puerta del Sol, un enorme bloque de piedra labrada que se dice estuvo cubierta por finas láminas de metal, tal vez oro. Su emplazamiento original fue posiblemente Puma Punku, desde donde habría sido trasladada aquí, aunque no se sabe en qué momento, ya que Puma Punku fue construido con posteridad a Kalasasaya. Desde la época colonial, los frisos de esta estela han sido objeto de innumerables intentos de interpretación y casi todos coinciden en que se trata de un calendario solar o solilunar. La Puerta del Sol de Tiwanaku muestra una imagen central del Dios de los Báculos, once cabezas radiadas y treinta acompañantes de perfil. Isbell considera que las cabezas radiadas, incluyendo la imagen central, representan los doce meses solares (Isbell, 2008), mientras que los 30 días estarían representados por los acompañantes de perfil, que llevan máscaras y que se representan corriendo o arrodillados, como ya lo había señalado Posnansky, produciendo un calendario solar de 360 días. El personaje central, el Dios de los Báculos, tiene la cabeza radiada a la manera de rayos solares y lleva los atributos atmosféricos del rayo y la lluvia. Está parado sobre una pirámide de tres niveles. Representaría una versión temprana de la deidad andina que más tarde, en la época inca, se conocería como Viracocha, el Sol, la Luna y el Rayo/Trueno (Demarest y Menzel; en Isbell, 2008).

Una interpretación de la simbología de este monumento indica que, como parte del calendario, esta figura central señalaría el inicio del año solar en septiembre, con el equinoccio de primavera en el hemisferio sur. Los once soles menores de la parte inferior del friso representarían los meses restantes del ciclo anual. Al llegar a los meses que corresponden al solsticio de invierno (junio) y al de verano (diciembre), aparece en el friso el portador de una trompeta o una phusaña, avivador de fuego.

Este friso se repite en la parte central de la estela Bennett (o Pachamama), en el monolito Ponce y en una fuente lítica redonda de basalto.



Figura 38. a) Puerta del Sol fotografiada por la misión francesa en 1903, b) Puerta del Sol en Kalasasaya.
Fuentes: Plural - CAF- SOBOCE, 2011 y b) G. Adriázola.

Putuni

Sobre una plataforma elevada y cuadrangular, cuyos lados miden unos cincuenta metros, se encuentra este edificio formado por grandes bloques de piedra, que rodea un patio interior semisubterráneo, al que se accedía por el este, por una gradería. Allí se encontraba un sistema monumental de canales construidos en piedra que llevan agua limpia a su interior y desagües que sacaban el agua utilizada dirigiéndola hacia el río Tiwanaku. Adyacente a Putuni, y dentro del conjunto, se encontraba el "Palacio de las habitaciones multicolores" (llamado así por el arqueólogo A.Kolata), construido de adobe y con varios colores (verde, azul cobalto, rojo brillante extraído del cinabrio, entre otros) el piso era de arcilla roja. La entrada original tenía una puerta con una cornisa tallada con la figura de dos pumas rampantes en bajo relieve. Se encontraron tumbas en las cuatro esquinas de la estructura, dos de ellas intactas, con brazaletes de cobre en el brazo derecho, collares de lapislázuli, sodalita, turquesa y coral, y una máscara de oro en miniatura; se encontraron también fragmentos de cerámica polícroma procedente del valle de Cochabamba.

Kantat Tallita

Es un edificio similar a Putuni, con paredes de adobe. Está ubicado en el extremo este del conjunto, lo que hace que reciba en primer término la luz del sol. Tiene un dintel en forma de arco, el que lleva incisiones con iconografía. Es posible que delgadas láminas de oro hubieran estado sujetas a la piedra mediante pequeños clavos de cobre y de oro; probablemente, también estuvo cubierta por textiles. En lo que se presume era el patio de Kantat Tallita se encuentra otra pieza lítica que se conoce como "la maqueta", porque parece reproducir un edificio en miniatura que no ha sido descubierto.

Keri Kala, la "piedra-fogón", ubicada al Oeste de Putuni, tiene también un patio y una edificación con cuatro cuerpos. Su zócalo se componía de una hilera de muros de sillar de piedra y el resto era de adobe.

La pirámide de Akapana

De manera similar a otras grandes civilizaciones en el mundo (Egipto, Maya, Babilonia), en Tiwanaku se construyeron pirámides. Akapana es una pirámide de siete niveles, con base de piedra y construida de grava, tierra, arcilla y piedra; se encuentra orientada hacia los puntos cardinales. Es posible que estuviera recubierta por grava verde, como indica Kolata (1993), y como puede verse aún por pequeños fragmentos de esta grava dispersos por el suelo. Tiene 140 metros de Este a Oeste y 180 metros de Norte a sur, con una altura de 17 metros, sobre una planta en forma de media cruz escalonada. El mismo autor indica que en la cima hubo un depósito de agua de lluvia, del que partían canales que posiblemente llevaban el agua hacia el interior y, desde allí, a los otros diferentes niveles.





Figura 39. Pirámide de Akapana.
Fuentes: a) G. Adriázola y b) Plural - CAF - SOBOCE, 2011.

Tuvo unas escaleras ubicadas en el sector Oeste de la pirámide; junto a ellas, se descubrió una escultura de basalto negro representando a un sacerdote con atributos felinos y portando hachas rituales, el Chachapuma (hombre-puma) esculturas que posiblemente se encontraban encima de los pedestales a ambos lados de la escalinata de acceso. En las esquinas, se hallaron también sacrificios humanos.

Puma Punku

Puma Punku fue posiblemente un complejo complementario al de Akapana-Kalasasaya. Para su estructura se usaron enormes bloques de piedra con grapas de cobre que los unían entre sí. Al igual que Akapana, también fue una pirámide que probablemente correspondía a una de las parcialidades de Tiwanaku. Tenía también canales de circulación de agua que, partiendo de la cima del edificio, bajaban hacia el Norte y hacia el sur. Investigaciones recientes (Vranich, 2008 y Couture, 2008) consideran que Puma Punku fue construida en el siglo VIII y que estaba concebida para ser el ingreso al complejo ceremonial, a través de grandes bloques, vanos y puertas; una de las cuales habría sido la Puerta del Sol.

Un análisis de la morfología de Tiwanaku llevó a una lectura del espacio que, aunque queda dentro del campo de la especulación y parte posiblemente de una perspectiva marcada por creencias actuales, permite una lectura global del conjunto. El Templete Semisubterráneo podría haber sido la representación del espacio interno, profundo, oculto, de donde surge la vida, mediatizada por la acción fertilizadora del agua, el interior de la tierra, el mundo “de abajo” o “de adentro” (Manka Pacha o Uku Pacha, como más tarde serían llamados estos espacios por aymaras y quechuas).

Al Templete Semisubterráneo se llegaba descendiendo por siete escalones y allí posiblemente se realizaban rituales de agua, hasta inundarlo, al igual que se hacía en otros templos de este tipo durante el período del Formativo. La pirámide de Akapana pudo haber estado relacionada con la esfera del cielo, estrellas y planetas y con los fenómenos celestes, como los rayos solares, el rayo y el trueno, es decir, con el plano “de arriba” (llamado posteriormente Alaj Pacha o Hanan Pacha).

El nivel intermedio, humano, animal y vegetal, que representaba este mundo, (el Aka Pacha o Kay Pacha) pudo haber tenido su expresión material en las construcciones del Kalasasaya.

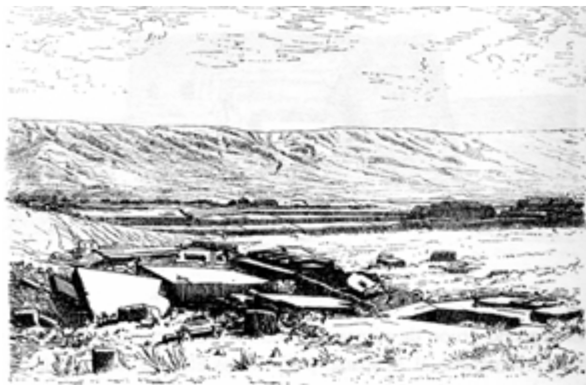


Figura40.PumaPunku.GrabadodeCharlesWienerde1875. Fuente: Plural -CAF - SOBOCE, 2011.

El éxito de la pervivencia del centro ceremonial probablemente dependió en gran medida de la capacidad, la habilidad y los recursos que los sectores gobernantes ponían en juego para atraer a los otros pueblos hacia este centro ceremonial que, según Stanish (2001) habría tenido el rol de "deslumbrar, embelesar, convertir e incorporar".

El mapa social y étnico de Tiwanaku

Sin duda, la sociedad de Tiwanaku tuvo diferentes estratos. Una élite local se habría ido consolidando, y vivía en el centro ceremonial, mientras que probablemente otros jerarcas menores establecieron sus residencias en las zonas aledañas a las grandes construcciones. Posiblemente, la élite gobernante y sacerdotal controlaba, organizaba y realizaba las ceremonias, rituales, festividades y fiestas en el centro ceremonial. La formación temprana de esta estraficación social habría estado ligada con las funciones rituales dirigidas por un sector de la población; funciones de las que seguramente quedaban excluidos otros sectores, como afirman Donna, Dillehay, Feldmann y Williams (en Stanish, 2001).

Tiwanaku no fue una sociedad igualitaria. Socialmente, estuvo conformada por linajes gobernantes que ejercían los oficios políticos y religiosos, por élites locales, por especialistas, agricultores, ganaderos, pastores y pescadores. Posiblemente, quienes ocupaban los más altos rangos administrativos y ceremoniales estuvieron rodeados de elementos emblemáticos: diademas de oro, pectorales, muñequeras, orejeras y vestidos finos (tejidos con lana de vicuña y diseños cargados de símbolos). Es probable que las trompetas de cerámica que se hacían en la zona del Titicaca desde la etapa del Formativo acompañaran también el despliegue emblemático de los señores de Tiwanaku. Pero ¿quiénes fueron los gobernantes de Tiwanaku y por qué no se encontraron tumbas que denoten un tratamiento especial hacia ellos, como sucedió, por ejemplo, en otras culturas, como Egipto o en Moche, con el Señor de Sipán? El único hallazgo que podría relacionarse con una emblemática real o sacerdotal es el de San Sebastián (Cochabamba), con un ajuar funerario de 22 piezas de oro que no fue encontrado en el centro ceremonial de Tiwanaku, ni siquiera en las inmediaciones, sino en el valle de Cochabamba, a 400 kilómetros de distancia.

Algunos investigadores consideran que los gobernadores podrían estar representados en los monolitos, y otros piensan que representarían, más bien, a sacerdotes, ya que los objetos que los acompañan (kerus y tabletas de inhalar) estarían ligados a las funciones rituales, pero en general se considera que representan a entidades sagradas actuando en el plano terrenal.

Las diferencias en Tiwanaku no fueron solamente de clase, sino de procedencia, en relación a los diferentes grupos. Lo que conocemos como Estado probablemente fue una red de interacción entre diferentes sociedades, a veces especializadas en algún tipo de trabajo o de producción. Por ejemplo, los urus (grupo que vivía junto al lago y los ríos y que también vivía de la pesca y la recolección en la costa del Pacífico) pudieron haber participado a través de su especialidad como pescadores, recolectores de huevos de aves acuáticas y, posiblemente, como constructores de embarcaciones de totora y encargados del transporte a través del lago y de los ríos, actividades que siguieron realizando grupalmente durante toda la época colonial y republicana.

Posiblemente, las actividades económicas, de producción y de circulación de bienes en Tiwanaku estuvieron conectadas por un tejido de relaciones hacia el interior y hacia el exterior

del núcleo. Esto pudo haber sucedido en diferentes niveles: a) en el interior de las unidades más pequeñas que lo formaron, b) entre grupo y grupo y entre las élites y los grupos; c) entre élites estatales del núcleo y élites locales de diferentes sitios. La circulación de bienes y productos en Tiwanaku expresaba esta compleja red de relaciones sociales entre los grupos, creando posiblemente una economía fuertemente estructurada.

Etnias y lenguas

Debido a la presencia de diferentes etnias, se consideró también la existencia de diferentes idiomas. Hoy se sabe que el pukina, hoy desaparecido, fue el idioma de Tiwanaku y que se hablaba en la costa, en todo el sector Noreste del lago Titicaca y en los valles húmedos y subtropicales a lo largo de la Cordillera Oriental. Si bien los nombres de lugares en aymara dominan la región del altiplano, e incluso la de los valles, los estudios lingüísticos, especialmente el de Alfredo Torero (1965) y Cerrón Palomino , muestran que durante el período Tiwanaku, la lengua dominante fue la pukina. Por ejemplo, los toponímicos con el sufijo "waya", "baya" o "guaya" son de origen pukina, lo mismo que "titi", "coa" o "iqui" (Torero, 1972). Posiblemente, la antigüedad del pukina antiguo es mayor que la del aymara antiguo. La presencia de la lengua aymara sería posterior y su difusión se debería a diversos factores, entre los que se destaca el hecho de haber sido un lenguaje de intercambio, utilizado particularmente por pueblos llameros. Varios lingüistas, como Torero y Cerrón Palomino y otros estudiosos como Girault, apoyan la teoría de que el pukina, o un derivado de éste, pudo ser el idioma que el cronista mestizo Garcilaso de la Vega llamaba "la lengua secreta de los incas".



Figura 41. Mapa de distribución de idiomas en la época de Tiwanaku.
Fuente: Torero, 1972.

Tiwanaku, más allá del centro

La incorporación de diferentes sociedades bajo un paraguas ideológico y ceremonial permitió posiblemente también una amplia circulación de bienes y el desarrollo de una economía diversificada. Una variada producción artesanal de bienes utilitarios y suntuarios llegaba a Tiwanaku posiblemente en momentos especiales del ciclo anual relacionados con celebraciones y otros productos salían desde allí hacia otros puntos. Es posible que cada una de estas actividades especializadas hubiera sido realizadas por grupos diferenciados dentro de esta sociedad; y lo mismo pudo haber sucedido con otros rubros de producción especializada, como textiles o cerámica.

Los que hoy están considerados como asentamientos tiwanakotas tuvieron diferencias entre sí, tanto en tamaño como en funcionamiento, mostrando la existencia de una jerarquización en la estructura y relaciones diferenciadas con las élites del centro ceremonial. Probablemente, los mecanismos de integración entre estos grupos y el Estado de Tiwanaku fueron diversos. Entre ellos podríamos citar algunos (Rivera, 2012) como:

- el control territorial directo en las zonas aledañas a la capital
- el control a través del establecimiento de colonias en lugares distantes, como en Omo, hoy Perú
- el control indirecto establecido mediante redes de intercambio de los propios grupos locales y
- las relaciones y pactos de autoridades centrales con gobernadores locales, como en San Pedro de Atacama, hoy Chile (Mujica, 1996).

Diferentes hipótesis desarrolladas durante el último medio siglo muestran dos tendencias en cuanto a la condición de Tiwanaku como Estado. Una de ellas considera que Tiwanaku fue un Estado jerárquico, con un proyecto de expansión territorial basado en estrategias de control directo o indirecto, a partir de pactos entre élites gobernantes, en una región amplia y con una economía dirigida y regulada desde el centro. Otra tendencia de las investigaciones muestra un modelo de organización segmentaria que se desenvolvía bajo un sistema ideológico y cultural común a todos los grupos. Las relaciones entre estos grupos habrían sido fluidas y los pactos habrían estado sujetos a negociaciones. Unidades diferentes pudieron quedar aglutinadas por una ideología, rituales cíclicos y festividades que tenían lugar o se representaban en el complejo ceremonial de Tiwanaku. Más adelante, estas prácticas podrían también haber dado lugar a políticas económicas dirigidas por las élites que organizaban el culto y posiblemente también tenían control sobre los intercambios de productos desde y hacia el núcleo en el altiplano.

El influjo, la gravitación y la atracción que ejerció el complejo ceremonial de Tiwanaku, la parafernalia ligada a este centro y las ceremonias y festividades que allí se realizaban pudieron haber atraído a numerosas sociedades que se desarrollaban a corta y larga distancia, que fueron acercándose cada vez más a Tiwanaku.

A diferencia de Wari, un Estado de tipo imperial que se desarrolló en la misma época en la zona de Ayacucho, Perú, y que tuvo características muy similares (como veremos más adelante), Tiwanaku no basó su hegemonía en las armas, ni se expandió por medio de conquistas bélicas, como parece mostrar la inexistencia de evidencias (armas, proyectiles) en el territorio nuclear, en los sitios que controló o donde ejerció su influencia. Este es el consenso actual entre los especialistas que estudian el tema, quienes resaltan la ausencia de armas y de restos arqueológicos que muestren elementos relacionados con acciones violentas contra posibles enemigos o grupos conquistados.

¿Cómo logró Tiwanaku su sitio de supremacía en la región centro-Sur andina y lo mantuvo durante siglos? Los estudios más recientes hacen énfasis en que esto se logró por medio del consenso con otras sociedades. Sin embargo, algunos investigadores ponen en duda la posibilidad del surgimiento de un Estado sin componentes de violencia o de coerción, tanto en su formación como en su consolidación ¿Por qué individuos o grupos humanos cederían su autonomía para convertirse en parte (parte subordinada, además) de formas de gobierno despóticas (Cohen, 1978) de grupos distantes o ajenos? ¿Por medio de qué mecanismos podría un grupo llegar a subordinar a otro imponiendo su voluntad en diferentes ámbitos de la vida? ¿Por qué razones o medios un grupo social determinado se convertiría en la élite estatal, con el ejercicio de determinadas prácticas de las

cuales dependerían otros grupos? Incluso si las relaciones entre diferentes sectores se hubieran iniciado de manera igualitaria, en alguna fase de esas relaciones debió haberse producido una diferente correlación de fuerzas que habría llevado al dominio de un grupo o sector sobre los demás. Albarracín (2001), por ejemplo, a pesar de plantear básicamente el modelo consensual para la formación del Estado de Tiwanaku, considera que, inicialmente, su supremacía pudo haberse debido a acciones de ataque a otros centros de la zona, para posteriormente incorporarlos a su dominio local, pero como ya señalamos, hasta la fecha no se han encontrado evidencias de luchas internas en el núcleo, ni con sociedades diferentes en esta etapa en el área del Titicaca.

Es posible, igualmente, que la violencia asumiera otras características, causando temor a través de imágenes, como sucedió con anterioridad, en Chavín de Huantar. Probablemente, las cabezas-clava empotradas en los muros del templete semisubterráneo de Tiwanaku representaron a las sociedades que formaban parte de Tiwanaku; algunos autores consideran que eran una ostentación de su supremacía sobre los otros grupos (Kolata, 1993). En este sentido, las esculturas que muestran a sacerdotes o jerarcas con una cabeza-trofeo (los chachapuma) podrían ser también una muestra de la coacción ejercida desde el Estado. Sucedería lo mismo con los sacrificios humanos, que, en última instancia y más allá del propósito religioso y ritual, debieron haber generado también temor en la población. En Tiwanaku se encontraron numerosos sacrificios de hombres, mujeres y niños, tanto en la pirámide de Akapana como en otros puntos del centro ceremonial; fueron rituales, pero pudieron connotar también un aspecto inquietante acerca de la potestad sobre la vida y la muerte que tenía la élite sacerdotal que realizaba las ceremonias.

El área nuclear

En el área nuclear del altiplano sur, a no más de 75 kilómetros de Tiwanaku, Lukurmata, Khonkho Wankani, Pajchiri, Ojje, Chucaripupata y Pukuro-Uyu son todos sitios del Horizonte Medio, con restos de arquitectura monumental conectada con Tiwanaku. Probablemente, conforman el área local temprana del desarrollo de Tiwanaku, que estuvo bajo su control directo (Isbell, 2008).

Las provincias de Tiwanaku

Cochabamba

Al parecer, la presencia de Tiwanaku en Cochabamba no fue a través de un control directo, ni se dio el establecimiento de colonias. Los sitios del valle de Cochabamba que recibieron la influencia de Tiwanaku expresaron esta característica en su propia producción. La cerámica encontrada allí, datada en 600 d. C., tiene rasgos estilísticos que son considerados tiwanakotas, pero carece de los elementos iconográficos clásicos como pumas, cóndores o cabezas humanas. Se trata posiblemente de una producción local. En la colina de San Sebastián, que en la actualidad se encuentra en la misma ciudad de Cochabamba, fueron encontrados en 1916 objetos de oro laminado pertenecientes, posiblemente, a algún jerarca local asociado a Tiwanaku; se trata de diademas, brazaletes y pectorales de un conjunto que se conoce como "el tesoro de San Sebastián". Por la forma en que fueron encontrados, no existe un estudio del contexto arqueológico. Tampoco se hallaron restos de construcciones.

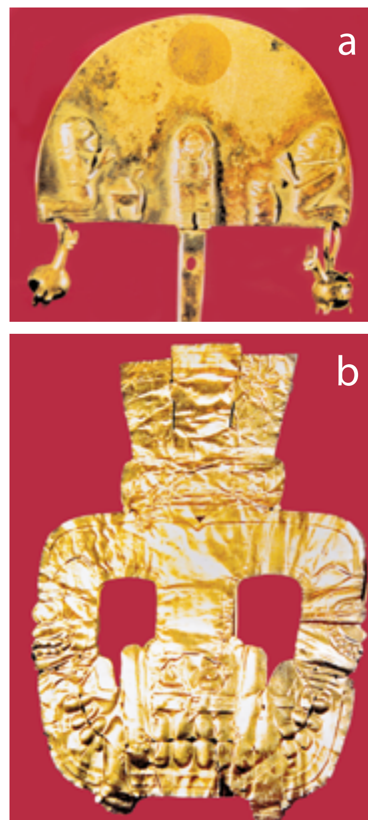


Figura 42. a) objeto de oro, b) máscara del Museo de Metales Preciosos, La Paz,

Fuente: Fondazione Metropolitan, 2000.

Hubo asentamientos de Tiwanaku también en la zona del valle hacia el sureste, en una parte de Tarija, de Chuquisaca y también de la quebrada de Humahuaca (Argentina). Todos ellos posiblemente fueron proveedores de maíz.

La colonia de Omo en el valle de Moquegua

Al Noroeste, en los valles del Sur del actual Perú, cerca de Moquegua, existe un conjunto monumental ceremonial y administrativo con un templo de adobe y con tres patios de diferentes niveles; allí se encontraron dos estelas de piedra. También fueron hallados centenares de textiles y cerámica con el estilo clásico tiwanakota. Se considera que Omo fue una colonia controlada directamente por Tiwanaku y que sus habitantes provenían del núcleo del altiplano, como se evidencia por enterramientos encontrados en el sitio de Chen Chen.

Los dos asentamientos tiwanakotas en Moquegua, Omo y Chen Chen, fueron colonias administradas directamente desde la ciudad de Tiwanaku por su élite. Allí parece haberse mantenido la identidad del núcleo sin mezclarse con tradiciones locales. Junto al asentamiento tiwanakota en Omo, se encontraba una colonia vecina del Estado de Wari, cuyo núcleo se encontraba en Ayacucho. Wari ocupó la parte superior del valle superior de Moquegua y Tiwanaku estableció su colonia en el sector medio.

La periferia

Tiwanaku también tuvo presencia en los valles y en la costa del Pacífico, como Azapa, en Arica (hoy Chile). Posiblemente, estos centros estuvieron conectados por la élite gobernante de Tiwanaku y los señores locales. En la zona alta del desierto de Atacama (hoy San Pedro de Atacama, en Chile), se desarrolló otro centro que probablemente tenía la modalidad de conexión de élite a élite, consolidada por entrega de bienes, trasladados por medio de caravanas de llamas, como señalan Berenguer (2007), Nuñez, Dillehay y Browman (1981). No se encontraron allí restos arquitectónicos, pero sí un gran volumen de textiles y objetos de madera que se conservaron gracias al clima del desierto. Desde allí y otros lugares del área se llevaba al centro ceremonial del altiplano malaquita, cobre, minerales y turquesa. En esas zonas, se han encontrado tumbas con una gran riqueza de ajuares funerarios, con vasos de oro, anillos, diademas, plumas, brazaletes, placas y campanas, hachas de oro, cobre y estaño y collares de malaquita. El clima desértico permitió también la conservación de textiles (tapices, túnicas y mantos, fajas y bolsas) con el clásico sello del estilo Tiwanaku, los que eran llevados en caravanas desde un mismo centro productivo, de acuerdo a los estudios de Oakland (1993).

Tiwanaku y Wari

Posiblemente, Wari y Tiwanaku surgieron simultáneamente como Estados, estuvieron relacionados e interactuaron. Tuvieron una iconografía común y compartieron un sitio de asentamientos en el valle de Moquegua, en la actual costa peruana.

Wari estaba situada en el Norte y Tiwanaku en el sur; tuvieron sus propias áreas de expansión e influencia. Posiblemente, la frontera entre los dos Estados estuvo al Norte del lago Titicaca, hasta la costa de Arequipa y Moquegua (Rowe, 1956). El área de influencia de Tiwanaku estuvo al sur, hasta el desierto de Atacama y las alturas de San Pedro de Atacama (hoy Chile), el Norte de Argentina, hacia el este los valles de Cochabamba y al Oeste en la costa, desde Arica hasta el sur. Wari llegó por el Norte hasta Cajamarca, en la costa a Moquegua, al valle de Lambayeque y al sur, hasta la zona del Cusco, donde aparece una de las ciudades Wari más importantes, Pikillajta, a 30 kilómetros. de la ciudad de Cusco, que siglos más tarde construirían los incas. Schreiber (2005) afirma que Wari puede ser considerado un Imperio, con administración directa sobre territorios conquistados y con construcciones para ejercer esas funciones.

Sin duda, existió una relación entre los dos Estados, como lo muestra la iconografía que tienen en común. Al parecer, Tiwanaku tuvo un carácter más ceremonial, mientras que Wari conocida también como Viñaque parece haber sido más administrativo y residencial. Las dos ciudades fueron diferentes en cuanto a la construcción del espacio, incluyendo los ámbitos construidos y el tratamiento de los desechos sólidos y líquidos. Es probable que formaran parte de un conjunto dual, cada Estado con sus propias funciones y una misma ideología, religión, cosmovisión e iconografía.



Figura 43. Mapa de áreas de influencia de Tiwanaku y Wari.
Basado en Isbell, 2008. Se respeta la grafía del autor para las capitales.

Tiwanaku se caracteriza por monumentos megalíticos de piedra trabajada, acompañada por pequeñas habitaciones de adobe, mientras que las edificaciones en Wari son de piedra rústica. Tiwanaku tiene como centro el complejo ceremonial, claramente distinguible del resto de lo que fueron los conjuntos habitacionales. El Dios de los Báculos de la Puerta del Sol aparece también pintado en las gigantescas vasijas de ofrendas de Conchopata, Wari. Ésta parece ser una característica importante: una misma iconografía tallada o incisa en las esculturas líticas en Tiwanaku y pintada en objetos de Wari. Las dataciones corresponderían a 700 d.C (Isbell, 2008) y los temas, las formas y la expresión parecen haber aparecido y funcionado simultáneamente, tanto en el altiplano del Titicaca como en la sierra peruana. A diferencia de Tiwanaku, en Wari no

se construyeron pirámides. Los palacios, templos y residencias domésticas fueron hechas de piedra irregular, con revestimiento de revoque blanco (Isbell, 2008).

La iconografía de Tiwanaku y Wari

De la misma manera que la tradición cultural Yaya-Mama había sido antes la expresión de la religiosidad surgida durante el Formativo en la zona del lago Titicaca, probablemente la aparición de los Estados de Tiwanaku y Wari estuvo acompañada por una nueva iconografía religiosa, en la que se destacan algunas imágenes comunes a ambos Estados (Isbell, 2008), que se convirtieron en los íconos representativos de esta época, (Horizonte Medio, 700 a 1100 d.C). Las imágenes más importantes de este conjunto iconográfico son tres: el Dios de los Báculos, los acompañantes de perfil y las cabezas radiadas. Las tres aparecen en el panel central de la Puerta del Sol de Tiwanaku El conjunto de la iconografía Tiwanaku-Wari también se expandió por una amplia región en textiles, keros (vasos para ofrendas) gorros de cuatro puntas, tupus (prendedores o alfileres de metal) y en objetos de metal; Isbell denomina a este conjunto visual con la sigla SISA, que significa "serie iconográfica Sur para el arte del Horizonte Medio" (Ibid.).

El origen de la iconografía Tiwanaku-Wari parece estar relacionado con culturas andinas tempranas (Isbell, 2008). Los diseños más antiguos corresponden al estilo Yaya-Mama. Posiblemente, la tradición de cabezas radiadas proviene del Formativo de los alrededores del Titicaca.

Durante un largo período, en una extensa región, aparecieron objetos de cerámica, piedra tallada, textiles, orfebrería y otros que se reconocen como parte de lo que se llamó "la cultura Tiwanaku" o "estilo Tiwanaku". Por otro lado, también hubo producción de objetos, como la cerámica Pariti, con sus propios rasgos característicos, pero que se relaciona con el núcleo del centro ceremonial de Tiwanaku.

Lo que se considera como la iconografía y simbología tiwanakota incluye puntos muy distantes. Durante la primera mitad del siglo XX, el austriaco Arthur Posnansky estudió la cerámica, para comprender qué era lo que se trataba de comunicar a través de sus diseños, logrando aislar varios elementos iconográficos, geométricos y abstractos, dando una interpretación a varios de éstos. Sin embargo, en esa época no se hicieron todavía estudios sistemáticos sobre los contextos en los que fueron halladas las piezas.

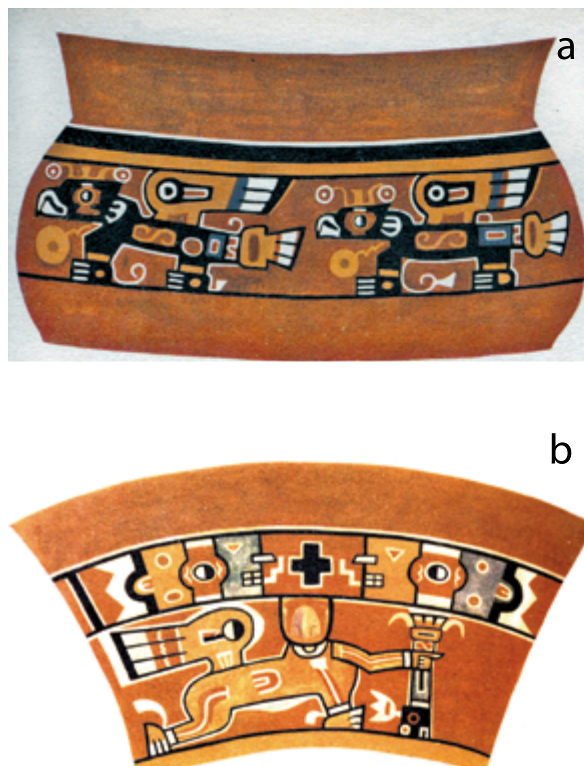


Figura 44. a) y b) Diseños de cerámicas Tiwanaku.
Fuente: Posnansky, 1956.

Posnansky aisló algunos elementos de los diseños de cerámicas y les dio nombres, como el de "signo escalonado", que él considera el más importante de esta cultura ya que representaría el cielo y la tierra. También otras imágenes, como la luna, el sol, el agua, los ojos, la Vía Láctea, representada por una serpiente, y otros como la llamada "cruz andina", con un centro y cuatro direcciones cardinales. Tomando en cuenta que estos signos aparecen también en los textiles y en la arquitectura de Tiwanaku, Posnansky planteó que el significado puede aplicarse igualmente a toda la iconografía, sin importar el soporte en que se presentan estas imágenes.

El elemento figurativo más emblemático de Tiwanaku es el llamado "Dios de los Báculos", la figura central de la Puerta del Sol, cuyo culto se extendió por el altiplano, por sitios de la costa, valles y por el piedemonte amazónico. Este dios aparece también en la espalda del monolito Ponce con trazos incisos.

Esta es posiblemente la imagen más emblemática, la que se asocia inmediatamente con Tiwanaku y que se repite en tallas de alto relieve en textiles y en la cerámica. El personaje lleva túnica, máscara y un báculo en cada mano. Aparece en lugares distantes del centro de Tiwanaku, como San Pedro de Atacama (Chile) y en Wari (Ayacucho, Perú), mostrando un culto generalizado. Está considerado como uno de los íconos más representativos de la cultura andina de todos los tiempos y posiblemente sus antecedentes más antiguos se remontan a Chavín de Huantar.



Figura45.DiosdelosBáculosenlaPuertadelSol,Tiwanaku.
Fuente: Plural - CAF -SOBOCE 2011.

Imágenes casi idénticas al personaje central de la Puerta del Sol están pintadas en las gigantescas vasijas de ofrendas de Conchopata, Wari. Esta parece ser una característica: una misma iconografía tallada o incisa en las esculturas líticas en Tiwanaku y pintadas en Wari (Isbell, 2008). Las dataciones corresponderían a 700 d.C y parecen haber aparecido y funcionado simultáneamente tanto en el altiplano del Titicaca como en la sierra peruana. La iconografía aparece representada en distintos soportes (cerámica, piedra, textiles) que marcan un estilo claramente identificable.

Las imágenes de la cerámica, los textiles y otros objetos Tiwanaku también se fueron gestando a lo largo del tiempo en las tradiciones culturales de la zona del Titicaca en la etapa del Formativo. Varios de los monolitos del complejo ceremonial corresponden a esta fase, que coexistió con otras entidades políticas de la zona, como Pucara, Chiripa y otras. El monolito conocido como Barbado, por ejemplo, data de esa época, de la tradición cultural Yaya-Mama, al igual que el propio Templete Semisubterráneo.



Figura46.SeñordelosBáculosenlaestelaRaimondideChavín.
Fuente:UniversityofMaryland-College,enParkhttp://www.studyblue.com/notes/university-of-marylandcollege-park/c/arth-250/8214/0.

Este y otros íconos fueron representados en piedra, cerámica, textiles y metales, conformando un corpus iconográfico y estilístico reconocible como un estilo, el estilo Tiwanaku. Los animales que más frecuentemente aparecen en los diseños de Tiwanaku son la llama, el puma o jaguar, el

ciervo, la serpiente, el cóndor y el pez. También se presentan seres formados por elementos de estos animales, fundidos con partes de otros y con rasgos humanos; estos seres muchas veces tienen alas y están coronados. Forman, así, una síntesis con todos los atributos, de manera similar a lo que ocurrió en otras latitudes del mundo, donde se crearon también seres semejantes como la esfinge (con el cuerpo de toro, garras de león, cabeza humana y alas), en Egipto y Grecia, o el dragón en China.

Posiblemente, lo más característico de la cultura clásica de Tiwanaku sea su impresionante capacidad de geometrización y el logro de concisión en el lenguaje visual, con una enorme capacidad de sintetizar y significar. Hoy hemos perdido ya los códigos de acceso a este lenguaje, pero en un momento de la historia, las vasijas, textiles y piedras de Tiwanaku plasmaron un mensaje de conceptos y símbolos esenciales dentro de su cultura.

La piedra tallada

Posiblemente, lo que primero llama la atención de quien visita el complejo ceremonial son los monumentales bloques de piedra; entre ellos, podríamos nombrar un bloque en el templo de Puma Punku que pesa 131 toneladas y que fue transportado hasta el lugar desde una cantera a más de diez kilómetros. Otros bloques de andesita gris, cuya cantera más próxima se encuentra a 55 kilómetros, cerca al lago Titicaca, tuvieron que ser embarcados en naves de totora hasta el puerto de Iwawe y transportados por 20 kilómetros, hasta la ciudad. El bloque de Puma Punku habría sido trasladado encima de un terraplén cubierto por arcilla mojada mediante gruesas cuerdas de cuero de llama. En el mismo Puma Punku, los grandes bloques de piedra usados en la construcción de la pirámide estuvieron unidos por grapas de cobre vaciado que pesan hasta 15 kilos cada una.



Figura 47. Signo escalonado con espiral y círculos bicolores en textil de estilo Tiwanku-Wari.
Fuente: Banco de Crédito del Perú, 1990.





Figura48y49.MonolitoFraileymonolitoPonceenKalasasaya. Fuente: G. Adriázola.

El trabajo de tallado de la piedra fue preciso en los trazos y detalles de los relieves. A partir del siglo VIII, cuando Tiwanaku entró a una etapa de cambios urbanos, además de las piedras areniscas, muy usadas en la época anterior, se usaron andesita y basalto. La arenisca roja proviene de canteras al Sur de Tiwanaku, mientras que la andesita gris es una roca volcánica procedente de canteras de Copacabana y Yunguyo, y el basalto es una roca volcánica negra que se obtenía en canteras al Oeste de Tiwanaku.

En los muros de piedra se hizo un tratamiento a cada bloque, con gran detalle. Sus bordes fueron rebajados para permitir un efecto "almohadillado" y se colocaron una al lado de otra con tal precisión de encaje que, en medio de piedra y piedra, no fue necesario el mortero. Posiblemente, los tiwanakotas representaron en el material durable de la piedra a sus dioses o a la forma que estos tomaron en el plano humano, y sus atributos. En estas esculturas aparecen también, de manera figurativa o abstracta, de acuerdo a la época en que fueron talladas, muchos de los símbolos más importantes de la cultura Tiwanaku, como el signo escalonado, la cruz andina, círculos con divisiones, el signo en forma de "S", serpientes, rayos, cabezas de cóndores y pumas, y también muchos otros que fueron parte de la iconografía de la tradición Yaya-Mama.

La cerámica

El trabajo de cerámica implicó una gran especialización y también representó la experiencia colectiva acumulada en varios siglos. La selección de los distintos tipos de arcilla, la obtención de la textura, la forma adecuada, los materiales para los engobes y esmaltes, la aplicación de la decoración y la tecnología de la cocción requirieron de una gran habilidad y destreza. La enorme variedad de formas de las piezas de cerámica fue el resultado de una larga experiencia de diseño. La diversidad de usos que tenía la cerámica hizo también que constantemente se generaran nuevas formas. Se hicieron vasos rituales (kerus), inciensarios, braseros, jarrones, vasijas, escudillas, tazones, avivadores de fuego (phusañas), mecheros y también se produjo vajilla de uso ritual, festivo y doméstico. En muchos casos, estos objetos tuvieron decoración pintada; otros fueron adornados con relieves y hubo, asimismo, cerámica modelada que reproducía con gran maestría efigies de llamas, patos, ciervos, cóndores, pumas y también retratos de seres humanos, e incluso seres míticos. La cerámica producida en Tiwanaku era llevada hasta sitios lejanos del núcleo del Estado, pero igualmente llegaban hasta la capital objetos de cerámica fina, con hermosos diseños y colores que se trabajaba en otros lugares, como Cochabamba o Pariti, por ejemplo.



Figura50.CerámicaTiwanaku.MuseodeMetalesPreciososdeLaPaz.
Fuente: Fondazione Metropolitan, 2000.



Figura 51. Cerámica Tiwanaku, colección MUSEF.
Fuente: Villanueva, 2014.





Figura52Y53.CerámicasdeParitiquerepresentanaunhombreyuna mujer. Proyecto Chachapuma.
Fuente: Sagárnaga.

Cerámica de Pariti

En la pequeña isla de Pariti, en el lago Titicaca, existió otro centro relacionado con Tiwanaku, con construcciones de muros bajos y laberínticos. Allí se encontraron casi 600 piezas de cerámica de alta calidad que muestran la existencia de especialistas; muchas de las piezas habían sido quebradas intencionalmente, posiblemente en ceremonias, señala Sagárnaga. Los restos están datados entre 980 y 1.025 d. C. (Sagárnaga y Korpisaari, 2005). Entre las diferentes cerámicas encontradas, se pueden distinguir representaciones de diferentes tipos humanos, con características que mostrarían la diversidad de sociedades y etnias que probablemente formaron parte de Tiwanaku. Entre las cerámicas, se encuentran representaciones de hombres con tembetas semejantes a las usadas por grupos de Tierras Bajas.

Los metales

Posiblemente, el trabajo en metales fue también una de las especialidades más destacadas. El oro, la plata, el bronce y el cobre fueron transformados en piezas de uso ceremonial. Otras formaron parte de

ajuares funerarios. Es probable que láminas de oro y de plata dieran lugar a la creación de máscaras y diademas que fueron decoradas con las técnicas de repujado, incisión y martillado. El oro, la plata y el cobre también fueron los materiales empleados para adornos que se usaban directamente sobre la piel, como brazaletes, ombligueros, pectorales, orejeras y collares, combinados a veces con piedras semipreciosas en objetos suntuarios. Círculos de oro y plata laminada fueron cosidos posiblemente a la ropa de la élite, dando mayor fastuosidad a los textiles.

En construcciones monumentales, grapas de cobre fueron usadas para reforzar la unión de grandes bloques de piedra en las construcciones más importantes de la urbe. Se considera la posibilidad de que los frisos de la Puerta del Sol hayan estado revestidos por láminas de metal, posiblemente de oro, como sucedía también en otras construcciones del centro ceremonial que muestran evidencias de pequeñas perforaciones en la piedra para asegurar, posiblemente, las láminas de metal por medio de pequeños clavos hechos también de oro o de cobre. Igualmente, de cobre y de bronce se hicieron hachas, cuchillos y otros instrumentos rituales cortantes.



Figura54.Diademadeoro.MuseodeMetalesPreciososdeLaPaz.
Fuente: Fondazione Metropolitan, 2000

Los textiles

La creatividad colectiva y el propósito de comunicación a través de un lenguaje de símbolos se unieron con una tecnología especializada y una experiencia de larga duración en el manejo de los materiales en el centroSur andino, donde la actividad textil fue una de las más importantes. Miles de tejidos utilitarios y ceremoniales fueron realizados en diferentes puntos de su geografía durante siglos, desde que aparecieron los primeros tejidos con algodón en la costa (2000 a.C.) hasta los hermosos textiles de diferentes grupos étnicos actuales en el territorio de Bolivia.

Los textiles de alta calidad, portadores de la "visión de mundo" e iconografía de Tiwanaku, fueron realizados posiblemente por tejedores especialistas que, sin duda, formaron parte de los grupos artesanales de privilegio en su sociedad.



Figura55.TextilTiwanaku en Museo Nacional de Arqueología.
Fuente:FotoT.Gisberten Gisbert,ArzeyCajías,2006.

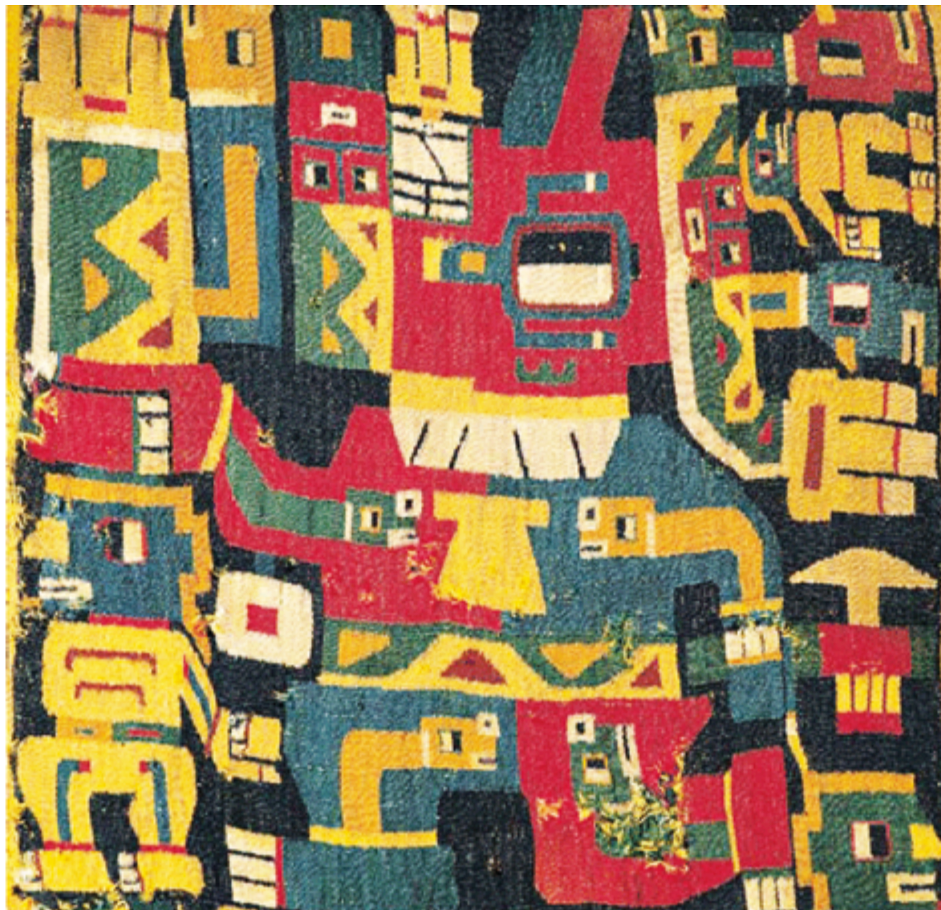


Figura56.TextilTiwanaku encontradoenPulacayo actualmenteenelMuseode ArteIndígenaenSucre.
Fuente: ASUR, Sucre.

Múltiples actividades acompañaban el proceso textil, y en ellas intervenían personas de diferentes edades para la selección de la lana, el trasquilado, el lavado, el desengrasado, el hilado, el torcido, el acopio de materias tintóreas, el urdido y el tejido. Intensos tonos de rojo, rosa, morado, amarillo, dorado, ocre, marrón, turquesa, azul, verde, naranja, provenientes de tintes naturales vegetales, animales y minerales, se combinaron con los tonos naturales de la lana de llama, alpaca y vicuña y mantuvieron su nitidez y su brillo durante siglos.

El tejido se realizaba en grandes telares verticales, formados por pocos elementos. La técnica más usada fue la del tapiz, con la trama vista y la urdimbre oculta. Las piezas rectangulares salían del telar ya listas para el uso, con sus cuatro esquinas que recuerdan la importancia de la cuatripartición en el pensamiento andino. Se tejieron también gorros multicolores de cuatro puntas. El resultado fue un arte colectivo, en algunos casos figurativo, pero mayormente abstracto, geométrico y simbólico.

La tecnología

El control del agua y de la tierra

El altiplano andino, a pesar de la altura, las bajas temperaturas y la marcada diferencia de humedad entre la estación de lluvias y la estación seca, tuvo un alto desarrollo en producción agrícola. El éxito y los logros en el manejo del hábitat y de las variables climáticas estuvieron directamente relacionados con el desarrollo de alta tecnología de manejo del agua y el terreno.

La experiencia en la observación del medio ambiente, unida al conocimiento de las condiciones cíclicas meteorológicas y el perfeccionamiento de la astronomía desarrollados durante siglos, llevaron a concebir tecnologías que permitieran disminuir efectos no deseados del clima sobre la agricultura. Para esto, se construyeron campos elevados de cultivo (llamados sukakollos) que creaban un microclima apto para el crecimiento de las plantas.

Los sukakollos

Los sukakollos consisten en plataformas de terreno rectangulares y paralelas, de aproximadamente 1.5 metros de alto sobre el nivel del suelo, un ancho de cuatro metros y longitudes de cien a doscientos metros, separadas entre sí por canales por donde circulaba agua, permitiendo el riego y almacenamiento de agua también en la temporada seca. Eran construidos con una base de piedras, una capa de tierra con grava, otra con arena y otra capa orgánica, donde se plantaban las semillas. Los canales laterales estaban revestidos por una capa de arcilla que evitaba la filtración del agua de riego. El sistema posibilitaba la creación de microclimas aptos para el desarrollo de los cultivos, evitando también los daños de las heladas.

Estos campos elevados de cultivo se distribuyeron en grandes áreas aledañas al lago Titicaca, ubicadas al Norte de Tiwanaku, en Pampa Koani (Stanish, 2001), formando parte de grandes complejos agrícolas que incluían lagunas artificiales, depósitos de agua, canales en medio de los campos de cultivo, así como viviendas para los administradores temporales. Posiblemente, los camellones fueron construidos durante la época formativa, y su administración y trabajo correspondió, probablemente, a las unidades domésticas locales. Albarracín afirma que la construcción inicial de los sukakollos fue producto de un orden social autónomo, mientras que otras hipótesis plantean que la siguiente fase se hizo bajo la hegemonía de la élite de Tiwanaku. Las áreas de cultivo habrían generado el excedente necesario para sostener centros urbanos y su burocracia. La producción lograda por medio de esta tecnología posibilitó el éxito del modelo estatal de Tiwanaku.

Stanish (2001) señala que el origen mismo del Estado y el origen de sus clases sociales estuvieron directamente relacionados con la producción excedentaria lograda con estos sistemas agrícolas, que fueron aprovechados por grupos locales para lograr diferenciación y convertirse en la élite, como ya vimos.

Las takanas, terrazas de cultivo

La geografía abrupta de la zona andina hizo que fuera necesario modificar culturalmente el paisaje, desarrollando un sistema de aprovechamiento de terrenos con fuertes pendientes. Muchas laderas de montaña fueron transformadas en un conjunto de terrazas en gradas, cuyas diferentes plataformas eran sostenidas por muros de contención. Un sistema de riego recorría todos los campos de cultivo entre nivel y nivel. Estas terrazas de cultivo (takanas) fueron construidas en todos los lugares en los que el terreno presentaba inclinaciones fuertes, especialmente en las estribaciones orientales de la cordillera, hacia la zona subtropical oriental.

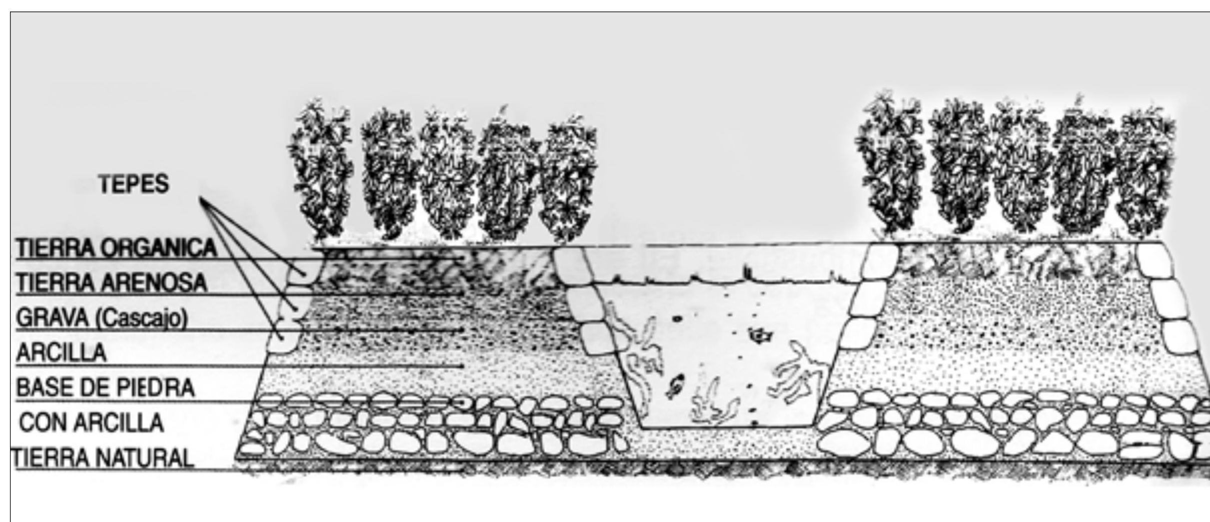


Figura 57. Corte de sukakollo, en Tiwanaku.
Fuente: Fundación Metropolitan, 2000



Figura 58. Takanas, terrazas de cultivo.
Fuente: S. Arze.

Desintegración de Tiwanaku

Cerca al año 1150, Tiwanaku se desintegró como Estado y los estudiosos aún no se han puesto de acuerdo sobre las causas de este colapso. Posiblemente la desintegración de Tiwanaku como centro y la ruptura de sus mecanismos de cohesión se dieron porque, en un momento determinado, Tiwanaku dejó de cumplir con su rol cohesionador debido a factores que llevaron a la desintegración entre los diversos grupos que lo conformaban, como consecuencia de diferentes causas internas o del medio ambiente. Probablemente surgieron después estrategias de subsistencia regionales; el territorio estatal perdió cohesión y los conocimientos sofisticados comenzaron a ser dejados de lado para aplicar todos los esfuerzos a la tarea de sobrevivir a escala más reducida, territorial y organizativamente. Desde ese momento se produjo, posiblemente, un proceso inverso, que iba desde un desarrollo urbano hacia concentraciones poblacionales menos complejas.

Es probable que los cambios climáticos, con un largo período de sequías que afectaron la base económica, hayan influido en este proceso de desintegración. Esto, sumado a una serie de contradicciones sociales internas, pudo dar lugar a la progresiva disgregación de sociedades que habían estado adheridas e integradas anteriormente. Se propuso también que pudo tratarse de catástrofes climáticas asociadas a una desintegración política (Ponce, 1980) o de invasiones desde el Sur (Gisbert, 1987).

Este proceso ocurrió alrededor de los años 1000 y 1100 d. C., pero posiblemente había empezado ya un siglo antes. Las últimas investigaciones sostienen que tuvo lugar en las áreas periféricas, como en Azapa (Arica, Chile), donde las tumbas de la élite local fueron destruidas,

y en Moquegua, donde también pudo haberse producido la destrucción de edificaciones. Hacia el siglo XII, el núcleo había sido abandonado en un proceso iniciado, al parecer, hacia el año 900. Según Albarracín y Matheus (1990), el número de asentamientos más pequeños se incrementó en la última fase de Tiwanaku. Después del fin de Tiwanaku, se perdieron muchas de las técnicas materiales y de las prácticas económicas, que ya no eran posibles fuera de un contexto estatal, sin embargo, el sistema de camellones (sukakollos) siguió en uso unos dos siglos después del fin del Estado.

La fuerza de la cultura y los logros de Tiwanaku dejaron una huella imborrable en las sociedades posteriores de la zona andina. La cultura incaica, posiblemente la más conocida de toda Sudamérica, no quedó al margen de esta influencia. Algunos mitos de origen de los incas sitúan el surgimiento de su civilización en el lago Titicaca y, además, sus gobernantes convalidaban su legitimidad considerándose herederos de la cultura de Tiwanaku. De esta manera , el corto lapso de dominio incaico en la zona andina (poco más de un siglo, hasta la llegada de los europeos en 1532) quedaba conectado en el imaginario colectivo con un proceso de larga duración y prestigio en toda la región, representado por Tiwanaku. Muchos de los logros que por décadas se consideraron incaicos habían sido ya desarrollados por los tiwanakotas, como las terrazas de cultivo (takanas). Incluso los llamados "caminos del Inca", la red del Capac Ñan, son muy anteriores a esta época. Tanto en la cosmovisión como en la iconografía, los incas recogieron también la experiencia de Tiwanaku, que provenía también de la experiencia desarrollada por sociedades de épocas anteriores en la región. La dualidad, la cuatripartición, el ordenamiento del espacio y el tiempo, el aprovechamiento de diferentes pisos ecológicos, las redes de alianza con grupos étnicos distantes, al igual que símbolos como la cruz escalonada, la arquitectura monumental, el trabajo en la piedra, la tecnología textil y la forma de la vestimenta son solamente algunos de los elementos que los incas heredaron y que, a su vez, Tiwanaku recibió en parte de las sociedades que la antecedieron, transformándolos creativamente en función de las necesidades de su época y de sus formaciones sociales.

Consideraciones finales

Tiwanaku fue un Estado de la zona centro-Sur andina, en la época prehispánica, que se extendió e influyó sobre un amplio espacio que comprendía zonas altas, valles, costa y Tierras Bajas. Tuvo su época de mayor esplendor a partir del siglo VIII y continuó hasta desintegrarse a principios del siglo XII. Se inició en la época del Formativo Medio, desde un núcleo ubicado en el altiplano, muy cerca del lago Titicaca. Comenzó como una de las varias formaciones sociales que vivieron en ese período en el entorno del lago y que tuvieron probablemente características similares expresadas en la tipología de sus construcciones y en el estilo de la iconografia de la piedra tallada. Más adelante, el sitio inicial se convirtió en un complejo ceremonial que gravitó sobre la zona, transformándose en un centro alrededor del cual se tejieron relaciones entre diferentes sociedades, con estructuras cada vez más complejas y que se configuraron como una formación estatal, en la que se incluían diferentes grupos, y con diferentes estratos sociales. La producción material en todo este territorio fue amplia; sus construcciones, formas, diseños, colores y símbolos tuvieron rasgos en común que marcaron un estilo característico y que expresaba contenidos de visión de mundo, pensamiento e ideología, desarrollados a lo largo de siglos en la zona del Titicaca. Tiwanaku fue el Estado prehispánico más importante al Sur del lago Titicaca.

CUARTA PARTE

Señoríos y Desarrollos Regionales

Ximena Medinacelli

Señoríos y Desarrollos Regionales (1000/1100- 1440 d. C.)

Introducción

Tiwanaku se presenta en la historia prehispánica como uno de los mayores logros culturales de los Andes, representa una etapa donde se consolida un poderoso Estado con particularidades específicas. Probablemente los términos que mejor lo definen son un Estado segmentario con diferentes niveles de inclusión en cuanto a su organización y teocrático en cuanto a su carácter. Después de aproximadamente 700 años de desarrollo e influencia no sólo sobre el altiplano, sino sobre costa y valles, Tiwanaku se fue desintegrado aproximadamente entre los años 1000 y 1100 de nuestra era. Cuando Tiwanaku había desaparecido, hacia el año 1250, cerrando un ciclo devastador, tuvieron lugar movimientos telúricos en el Sur del continente así como una fuerte sequía a tal punto que se secó el río Desaguadero. Es durante esta etapa de desintegración y sequías que se desarrolló el periodo llamado Intermedio Tardío, o Desarrollos Regionales por la arqueología y de los Señoríos por la etnohistoria.

Sin embargo, la desintegración de Tiwanaku no afectó de igual manera a todas las regiones pues su influencia en regiones como Oruro o el Norte de Potosí no fue definitiva, por tanto en esas regiones no se observa un corte abrupto sino una complejización de un periodo Intermedio Temprano a otro Intermedio Tardío. Lo que parece ocurrir en regiones tan diversas como la región del lago Titicaca, la ubicada entre los salares de Uyuni y de Coipasa, el Sur de Potosí, los valles de Chuquisaca e incluso los llanos de Mojos es el incremento de la población y un cambio en el patrón de asentamientos. En el altiplano lo común es la utilización de sitios de altura fortificados y es posible que incluso en el Beni hubiera alguna forma de protección mediante fosos o canales.

La discusión acerca de las causas de la desaparición de Tiwanaku ha incentivado mucha investigación y debate pero también especulación. Lo cierto es que después de Tiwanaku encontramos un escenario distinto en el altiplano: ya no es una unidad política centralizadora sino más bien los llamados reinos o Señoríos o Desarrollos Regionales. Es decir una serie de unidades políticas menores con territorio y autoridades claramente delimitados aunque no necesariamente iguales a las encontradas por los españoles y que se conocen por fuentes etnohistóricas.

Otro elemento que parece común a estas formaciones sociales aunque fueran de distintas ecologías es su constante interrelación y circulación además de una explosión de identidades expresadas en una infinidad de estilos cerámicos como se verá en el detalle de cada unidad social. En este sentido es sumamente importante subrayar el rol que jugaron los camélidos particularmente la llama como el producto más importante de la puna, no solamente porque proporcionan fibra y carne sino particularmente por servir como animales de carga y permitir una profusa circulación de bienes materiales y simbólicos. Varios autores (Troll, 1958; Browmann, 1991, 1990 y Núñez y Dillehay, 1995) llamaron la atención sobre la contribución de los rebaños en la conformación de la cultura andina. Estos últimos resaltaron los ejes de intercambio interregionales

que facilitaron la difusión de ideas y de técnicas en una vasta cadena productiva, la cual ponía en contacto a los pueblos de distintas ecozonas y presentaban una gran diversidad de organizaciones socio-políticas".

Los Señoríos y la ausencia del Estado

Si durante el periodo de Tiwanaku hubo en el altiplano un Estado cuya ideología se expandió con más o menos fuerza por toda el área, en el siguiente periodo encontramos unidades que es difícil denominarlas como Estados, no solamente porque tenían un carácter más restringido en cuanto al territorio, población y organización social sino que no tuvieron las instituciones que forman un Estado propiamente dicho. Siendo en gran medida pueblos pastoriles con la necesidad de moverse constantemente en el espacio tienen la tendencia a la autodeterminación en los aspectos básicos de su vida (económica, ritual, política…) lo que en cierta medida entra en contradicción con una organización estatal centralizada y territorializada (Khasanov, 1994; Barth, 1976). Sin embargo la participación en rutas de intercambio obliga, por lo menos a parte de ellos, a manejarse con un tipo de organización que tiene muchos atributos de los Estados: regulación de ciertas normas y soberanía interna necesaria para su desenvolvimiento.

En este periodo tuvieron lugar cambios profundos; es posible constatar en diversas regiones (valles de Chuquisaca, región intersalar, Potosí…) un importante aumento demográfico, mayor extensión de tierras cultivadas así como el uso de terrazas de cultivo y de canales de riego. También son evidentes el incremento de la construcción de pucaras o sitios defensivos y la presencia de enterramientos en chullpares que es la materialización del culto a los antepasados. Estos cambios, asimismo produjeron otros de carácter menos evidente como la forma de organización social que implicaban. La propuesta de Nielsen (2006) para la región circumpuneña y que se podría extender hacia el resto de los Andes, es que constituyeron prácticas de gobierno descentralizado y apropiación corporativa de recursos. Esta forma de ejercicio del poder y apropiación de recursos podría reflejarse en la organización segmentaria en ayllus que se evidencia en la documentación colonial temprana y que proviene de una larga data.

Los Señoríos se caracterizan por el dominio que ejercían sus autoridades sobre una población organizada en una cantidad variable de grupos de parentesco o ayllus que ocupaban un territorio básicamente en el altiplano pero con dominio discontinuo en otras ecologías, lo que John Murra (1975) ha llamado "control vertical" y Ramiro Condarco (1971) "simbiosis interzonal". Aunque se conoce menos. La situación en las Tierras Bajas, parece ser un periodo de masivos movimientos de población estando ausente algún tipo de organización estatal.

En el altiplano, las autoridades de los Señoríos ejercían el poder gracias a líneas de descendencia de un antepasado mítico heredando el cargo en líneas paralelas que iban de padre a sobrino, o hermano para luego retornar al hijo. El ejercicio de la autoridad era considerado como la consecución de un camino, taki, que implicaba haber seguido una serie de cargos menores hasta llegar al de mallku. Este señor étnico ejercía el cargo de manera paralela a su "segunda" o yanapaco que normalmente era la autoridad de una "parcialidad" secundaria denominada urinsaya. La parcialidad principal se denominaba aransaya, aunque según las zonas los términos podrían variar y también la organización dual pues a veces se organizaron en tres segmentos.

La independencia que se observa en cada uno de estos Señoríos, que no está sujeto a un poder superior, va a ser una de las particularidades de más larga duración entre los pueblos del altiplano. En este sentido el posterior dominio inca fue posible gracias a que incorporó bajo su Estado a grupos con un margen interesante de autogobierno y autosuficiencia. En el periodo colonial se pudo seguir una serie de estrategias de las poblaciones locales en busca de esta autonomía aun bajo las imposiciones de la Corona española.

¿Cuál es el término que mejor define a estas unidades sociopolíticas? ¿Denominamos "reino", "señorío", "nación", "curacazgo"? Las ciencias sociales y las humanidades encuentran que los límites del lenguaje son, al mismo tiempo, los límites discursivos donde la complejidad del mundo social sobrepasa la capacidad expresiva

del lenguaje convencional. Para referirse a las especificidades del mundo andino es preciso plantearse el problema de la originalidad social del mismo así como sus similitudes con realidades en otras partes del mundo. Señorío, queda como un término relativamente más adecuado, que enfatiza en el poder de un señor, entendiendo que el proceso andino tampoco es único en el mundo y tiene puntos en común con el desarrollo histórico que tuvo lugar en otras partes del planeta. Aquí tiene lugar un sistema de autoridades que gobernaron a un grupo social, más o menos numeroso, ubicado en un territorio dado sin llegar a constituir un Estado. La expresión "desarrollo regionales" tiene una mayor aceptación entre los arqueólogos, pues hace énfasis en procesos más ligados a la cultura material más que a la política y se aplica con mayor facilidad al discurso arqueológico, además el término es tan amplio que podría aplicarse a otras épocas. Finalmente Intermedio Tardío corresponde a una cronología arqueológica planteada en horizontes culturales por Rowe en los años '50 pero sigue en vigencia.

Recuadro 7

Control vertical o simbiosis interzonal

A mediados de los años 1970 Jhon Murra y Ramiro Condarco elaboraron un modelo de funcionamiento económico de la sociedad andina llamado por el primero Control Vertical y por el segundo Simbiosis Interzonal.

Este modelo implica un sistema de control de un territorio discontinuo que cubría distintas ecologías de modo que un pueblo cuya cabecera estaba en la puna podía acceder a productos de la costa, de los valles y yungas, y aún de los llanos. Este control se lo hacía directamente sin pasar por un sistema de intercambio o de mercado y por tanto tenía como base la organización social de los ayllus y descansaba sobre un sistema de parentesco.

Eran condiciones de este modelo el hecho de que el grueso de la población se encontraba en los pueblos de altura de donde se enviaban a los colonos o *mitimaes* a trabajar en las tierras distantes. Estos mitimaes terminaban viviendo en estos sitios lejanos pero no por ello perdían sus derechos en su lugar de origen, eran considerados para las fiestas, para los cargos, para las obligaciones y derechos como un originario.

Si el pueblo era muy numeroso podían mandar *mitimaes* a sitios muy distantes de hasta dos o tres meses de camino, pero si la población era escasa, los nichos ecológicos solían estar más cerca, por tanto la cantidad y variedad de bienes era menor. Por lo general el motivo de tener nichos ecológicos distantes tiene que ver con recursos agrícolas como maíz, coca, ají y otros, pero también otro tipo de bienes como sal, madera, miel, pescado, arcilla y aún acceso a minerales.

Los incas utilizaron este sistema de traslado de la población no solamente con finalidad econímica sino también política y hasta ritual. De este modo encontramos mitimaes puestos por los incas para poblar las fronteras como ocurrió en Oroncota o en Samaipata. También como cuña entre dos provincias que estaban en conflicto o para enseñar modos de vida a la población uru. Finalmente se encuentran mitimaes religiosos en espacios rituales como ocurrió en Copacabana. De todas maneras la finalidad económica era la central y, aún teniendo otras funciones, también eran agricultores. Precisamente el centro productor de maíz más importante del Collasuyu en tiempos de Inca fue Cochabamba, poblado por 14.000 mitimaes en tiempo de Huayna Capac.

Recuadro 8

Ponce Sanginés e Ibarra Grasso, dos perspectivas diferentes

Hemos querido enfatizar en dos personalidades que influyeron mucho en los estudios de arqueología de mediados del siglo XX. Aunque no son los únicos, interesa comparar sus figuras, pues dedicaron sus esfuerzos a dos concepciones diferentes pues mientras Ponce Sanginés contribuía a reforzar la idea de un Estado centralizado e incluso lo llamó "Imperio" a Tiwanaku, Ibarra Grasso se ocupó de los Desarrollos Regionales

Carlos Ponce Sanginés	Dick Ibarra Grasso
Biografía	
Nació en Bolivia en la ciudad de La Paz el 6 de marzo de 1925; se dedicó a la arqueología, a la historia y fue restaurador. Pionero en las investigaciones principalmente de las ruinas de Tiwanaku. Se desempeñó como jefe del Instituto Indigenista Boliviano en 1952. Fue posteriormente Director de Excavaciones de Tiawanaku (1957). Creó en 1958 el "Centro de investigaciones arqueológicas Tiwanaku" en Bolivia. Fue Director del Instituto de Investigación Arqueológicas (1958). En 1964 descubrió en Tiwanaku una de las estelas mejor conservadas de esa cultura a la que luego se conoció como "Monolito Ponce". Fundador del Instituto Nacional de Arqueología (1975). Restauró el templo de Kalasasaya e inició las excavaciones en el sitio de la Pirámide de Akapana. Consiguió la declaratoria de las ruinas del Iskanwaya como monumento nacional de Bolivia. En 1975 fundó el Instituto nacional de Arqueología de Bolivia. Entre sus galardones se encuentran: El Premio Nacional de Cultura (1977), Pergamino al Mérito de la Alcaldía de Tiwanaku (1989), Condecoración del Puma de Oro (1986), Condecoración Medalla de Oro (1978), Hijo Predilecto de Samaipata (1974) y Condecoración Pedro Domingo Murillo (1971). Finalmente en su lecho de muerte recibió el Cóndor de los Andes. Murió en su ciudad natal el 18 de marzo de 2005.	Nació en Argentina en Concordia, Entre Ríos, 17 de enero de 1917. Su estudio exploró la posibilidad de colonización de las Américas por varios grupos étnicos antiguos. Arribó a Bolivia en 1940, a sus 26 años, su primer lugar de destino fue Potosí. Llegó buscando la existencia de una escritura ideográfica andina que había visto mencionada en textos de Nordenskiold, Tschudi y Wiener. En 1963 creó la Escuela de Antropología y Arqueología, la primera en Bolivia y la tercera en Latinoamérica con 18 estudiantes. Sin embargo, no se logró homologar el nivel de licenciatura de la nueva carrera por problemas de personal y de financiamiento. Junto a sus estudiantes realizó muchas veces trabajo de campo obteniendo abundante material arqueológico (tejidos, objetos de piedra, cerámica) que incrementó notablemente la colección del Museo de la UMSS. Ibarra y sus estudiantes trabajaron en Mizque, Aiquile, Omereque, Tiwananku, Incarracay e Incallajta. Fundó tres museos arqueológicos: el de la Casa de la Moneda de Potosí (1940), el de la Universidad San Francisco Xavier (1944), y el Museo Arqueológico de la UMSS (1951). La Universidad Mayor de San Simón le otorgó el Doctorado Honoris Causa y el Estado boliviano el Cóndor de los Andes. Retornó a Buenos Aires donde murió el 13 de julio de 2000.
Principales obras	
• Cerámica tiwanakota (1948)0 • Arqueología boliviana (1957) • La Cerámica de Mollo y la Escultura de una Piedra Chiripa (1963). • Tunupa y Ekako (1969). • Catalogación del patrimonio arqueológico de Bolivia (1974). • Tiwanaku: espacio, tiempo y cultura (1981) • Tiwanaku: 200 años de investigaciones arqueológicas (1999). • Arqueología política. Tiwanaku un Estado precolombino (2000) • Los jefes de Estado de Tiwanaku (2000) • La cultura Tiwanaku y el sistema sociocultural prehispánico (ensayo, 2003) • Tiwanaku (2003)	• La escritura indígena andina (1953) Tiahuanaco (1956) • Mapa arqueológico de Bolivia (1962) • Lenguas indígenas de Bolivia (1964) • Prehistoria de Bolivia (1965) • Argentina indígena y prehistoria americana (1967) • La verdadera historia de los incas (1969) • Ciencias astronómicas y sociología incaica (1982) • Restos líticos y cerámica en el Sur de Bolivia (1991) • The Ruins of Tiahuanacu Parte I, II y III (1959) • Arqueología Boliviana (1952) • New Archaeological Cultures from the Departaments of Chuquisaca, Potosí and Tarija, Bolivia (1953) • Descubrimientos Arqueológicos en Potosí

Diversidad cultural y lenguas originarias

Aunque no existe una relación mecánica entre lengua y nación o grupo étnico, la diversidad y distribución de las lenguas originarias da una interesante base para establecer la diversidad cultural. Gracias a muchas investigaciones entre las que sobresale la obra de Alfredo Torero (1972/1992) tenemos un panorama de la sucesión de lenguas y culturas en los Andes, lenguas que van superponiéndose en el tiempo pero sin eliminar necesariamente a la precedente. Asimismo, aunque se conocen las principales lenguas también estamos conscientes de que hubo muchas otras que se perdieron en el tiempo. Las lenguas que sobrevivieron hasta el periodo colonial son la uruquilla, puquina, aymara y quechua en las tierras altas y valles. Sabemos que yampara y chuis en Chuquisaca y Cochabamba tenían lenguas propias, que se terminaron perdiendo, lo mismo que la lipe, atacameña y cunza en el altiplano seco del sur. En las Tierras Bajas el panorama es complejo con la presencia de algunas familias lingüísticas como la tacana, mataco, zamuco, pano, chapacura arawak y tupi - guaraní de la que se desprenden otras menores. Existen además otras lenguas de familia lingüística aislada o que carecen de familia lingüística conocida.

En las tierras altas y hasta donde se conoce, la lengua más antigua fue la uruquilla hablada por los urus aún hoy en día. Más tarde aparece en el escenario andino la lengua puquina hablada en el altiplano y hacia los valles orientales y occidentales de la cordillera. Confirmando lo afirmado se halla alguna toponimia en puquina en Arequipa, Charazani, la actual ciudad de La Paz y también en Chuquisaca. Gracias al catecismo en legua puquina del cura Francisco de Oré en el siglo XVII se estableció una relación entre las leguas puquina y kallawaya; Torero encuentra un 41.26% de raíces vinculadas entre ambas lenguas; cuando compara el puquina con otras lenguas originarias establece que el 33.73% comparte raíces con el quechua y el 26.98% con el aymara y sólo el 3.96% con la lengua uru-chipaya. Fuera de estas lenguas de gran difusión existieron un número de lenguas locales menos conocidas que terminaron perdiéndose.

Torero logró establecer además algo sumamente importante: durante el apogeo de Tiwanaku, la lengua preponderante en la región del lago Titicaca era precisamente la puquina. Esto no desecha que también se hablara aymara y uruquilla evidenciando una interesante diversidad lingüística en la región del Titicaca y parece estar ausente en los actuales departamentos de Oruro y Potosí; es más en la región de Potosí en el siglo XVI aparece solamente el aymara.

Más moderno que los anteriores es el aymara, uno de los tres dialectos (aymara, jaqaru y cauqui) de la lengua aru. Sobre ella se tiene la hipótesis que tuvieron su origen en la costa central del Perú. El aymara fue abarcando cada vez más zonas del el altiplano boliviano siendo fuerte especialmente en sector occidental del lago Titicaca y hacia el Sur de la actual Bolivia. Su extensión hasta el Cusco fue gracias al Imperio Wari (Torero, 1972). Y su difusión se debe en buena parte el tráfico de los caravaneros que circularon por la región intercambiando no solamente bienes materiales sino culturales.

El ámbito espacial del aymara ha cambiado en el tiempo, ganando algunas zonas y perdiendo otras. Por ejemplo en una parte de Cochabamba y Potosí se hablaba aymara y su quechuización data del siglo XIX (Albo, 1980). En Chuquisaca se hablaba una lengua particular, hoy perdida, pero hay toponimia puquina. De hecho, hubo muchas más lenguas y dialectos hoy perdidos a favor del quechua y el aymara.

El quechua ingresó a territorio boliviano inicialmente con los incas que lo promovieron como parte de su política expansiva. Primero la hablaron las autoridades locales, los caciques y su familia, pero desde el siglo XVI los españoles contribuyeron a su difusión gracias al trabajo minero, la constitución de haciendas y sobre todo a la evangelización. Es gracias a esta última que se escribieron los vocabularios en aymara y quechua antiguos.

En el altiplano Sur se encuentra una diversidad lingüística dependiendo del periodo. Hacia el siglo XVI en Lípez y Atacama se hablaban las lenguas lipe, cunza, atacama, uruquilla, aymara y quechua. Esta diversidad además está apoyada

por la alta movilidad de estas poblaciones de llameros y urus. Entender que la lengua es un elemento cultural vivo es indispensable para poner en perspectiva los procesos históricos e identitarios.

Recuadro 9

Las lenguas de las Tierras Bajas

La principal recopilación actualmente existente de las lenguas bolivianas es la coordinada por Pieter Muysken y Mily Crevels, con dos volúmenes ya publicados: *Lenguas de Bolivia* Plural Editores: vol. I, *Ámbito Andino* 2009 (incluyendo algunas de la Amazonía del pie Andino, como el Leco); y vol. II, *Amazonía*, 2012, más otros dos en proceso en Holanda III *Mojeño, Bésiro/Chiquitano y Chaco* y IV *Temas generales*.

El panorama precolonial era mucho más complejo que el actual y es aún muy hipotético. Los mencionados estudiosos piensan que del foco amazónico nor boliviano, donde persisten bastantes lenguas aisladas y en serio peligro de extinción, podrían haber surgido algunas de las actuales familias lingüísticas de Sudamérica, incluida la tupí guaraní que, en la Bolivia actual ya sólo está presente por migraciones posteriores de la lengua guaraní ya evolucionada, en períodos más cercanos e incluso coetáneos con la Conquista.

Lo que de la situación presente podemos colegir es lo siguiente: Varias de ellas pertenecen a familias lingüísticas mayores extendidas por otros varios países de Sudamérica, de las que en la Bolivia actual prevalecen

- *(tupi-)guaraní* (con los **GUARANÍ***, **guarayu**, sirionó, yuki y tapieté*), sobre todo en el Chaco y Oriente;
- *arawak* (Mojeño **trinitario** e ignaciano y baure) en la Amazonía central y que está en otros países amazónicos e incluso más al Norte;
- *takana* (araona, takana, ese ejja* y cavineño) en menor grado, también en nuestra Amazonía Norte,
- *pano* (chácobo, pakawara*, yaminawa* y cavineño).
- Hay además numerosas lenguas o algunas mini-familias aisladas, como la ayoreo/zamuco* y weenhayek/wichí (antes "mataco")* en el Chaco;
- **besiro**/chiquitano, en el oriente;
- Y, en diversas partes de la Amazonía: **chimán**/mosetene, movima, yurakaré, canichana, cayuvaba, itonama, leco y quizás algunas otras casi extinguidas.

Las que tienen asterisco tienen hablantes tradicionales (aparte de emigrantes recientes) en ambos lados de la frontera con alguno de los países colindantes. Limitándonos a su presencia en Bolivia, según el censo de 2001, la lengua más hablada era el guaraní 58000 hablantes. Sólo otras siete (aquí subrayadas) superaban los mil habitantes y las cuatro además en **negrilla** tenían entre 2000 y 9000. Pero, además, en muchas partes de las Tierras Bajas las lenguas originarias actualmente más habladas son el quechua y, en menor grado, el aymara por inmigrantes llegados de la región andina.

Xavier Albó, elaboración para este tomo, 2013.

Una situación similar se observa en las Tierras Bajas, donde la distribución de las lenguas, datos históricos y arqueológicos sugieren un proceso acelerado de desintegración social y división étnica. Este proceso parece haber estado acompañado por movimientos masivos de población entre regiones distantes. Alrededor del Rio Beni y en las orillas de los ríos Matos y Apere se asientan grupos pequeños y móviles muy similares a los modernos pano, chapacura y tacana. En contraste, en el área central de los Llanos de Mojos registros etnohistóricos sugieren la existencia de grupos mayores, con fuerte integración política, como es el caso de los mojo y los baure.

Actualmente no tenemos suficiente información acerca de cuál es la historia detrás de esta distribución. Desde el punto de vista lingüístico se trata en su mayoría de grupos con lenguas relacionadas de raíz arawak lo que sugiere un origen común. Sin embargo, más allá de los datos lingüísticos es interesante pensar cuál es

su relación con la desintegración de las grandes culturas agrícolas de los llanos y con la penetración inca en la zona.

Mucho mejor documentado está el masivo movimiento de población en la región Sureste de Bolivia. Desde el siglo XVI la región de Chiquitos en el departamento de Santa Cruz está dominada por la incursión de grupos con lenguas de raíz tupi-guaraní, algunas de las cuales se movilizaron hacia los Llanos de Mojos en tiempos históricos, como es el caso de los sirionó. El chaco está poblado por grupos cazadores de la pampa de la sub-familia Mataco, como por ejemplo los weenhayek y zamuco.

Territorialidad andina

A diferencia de Mesoamérica donde hubo una interrelación constante entre culturas del altiplano con las cálidas y exhuberantes del Este, la inmensidad del espacio en los Andes hace que esta frontera ecológico-cultural sea más marcada. En los Andes es más fluida la articulación de tierras entre altiplano, valles, costa y en menor medida los llanos orientales. Las Tierras Bajas del Este del territorio boliviano, más que otras zonas desarrollaron procesos independientes que serán tratados por separado en el capítulo correspondiente.

En el ámbito social y económico a lo largo de los siglos se fue constituyendo un sistema de control del espacio que estaba vigente cuando llegaron los españoles, cuyas principales características son: la apropiación y explotación del territorio en forma vertical y su organización de manera salpicada, segmentada y jerárquica.

Dadas las características del espacio andino, ya desde el Formativo optaron por una organización que incorpora tierras de diversas altitudes en un solo sistema. En el Intermedio Tardío las "cabeceras" de los Señoríos ubicadas en el altiplano controlaban tierras en valles, yungas y hasta los llanos de manera discontinua o salpicada como han mostrado John Murra (1975) y Ramiro Condarco (1971).

Las cabeceras o centros de poder tenían la mayor concentración demográfica en tanto que los espacios alejados estaban poblados por mitimaes o colonos. Los pueblos cuyo territorio se ubicaba al Oeste normalmente controlaban "nichos ecológicos" hacia la costa y los que se ubicaban al Este, accedían más bien a los valles y tierras orientales hacia el interior del continente. Esto se aplica desde el lago Titicaca hasta los Lípez.

Los límites de los territorios estaban en constante negociación y tensión por lo que una tarea de los incas fue establecer fronteras más claras evitando los conflictos que caracterizaron al periodo del Intermedio Tardío. Con la llamada "pax incaica" se permitió el acceso a nuevos nichos ecológicos ampliándose el sistema de mitimaes que cambió su carácter y fue utilizado con fines rituales, políticos e incluso militares.

Si el territorio incluía posesiones colectivas en distintas ecologías de manera salpicada, existió de manera paralela una tendencia a ocupar el territorio nuclear del altiplano de manera dispersa pero organizada en pequeños poblados o "estancias". Entonces la gente tenía más de una residencia que se ocupaba según los momentos del año. Esto ocurría especialmente entre los pueblos pastores que debían llevar su ganado de una estancia a otra según la época del año. Una intensa movilidad, entonces, caracterizó a los pueblos del altiplano. La movilidad de los urus fue distinta, cambiando de lugar siguiendo siempre a los recursos lacustres.

El aporte de Therese Bouysse (1987) fue fundamental para comprender que el eje acuático que cruza el altiplano de Norte a sur, fue un centro organizador del espacio. Este eje o taypi formado por el río Azángaro, lago Titicaca, río Desaguadero, lago Poopó, río Lakajahuira y los salares dividen el espacio en dos: al occidente el sector urcusuyu –seco, alto, masculino ¿aymara?- y al oriente umasuyu– húmedo, bajo, femenino ¿puquina? Cada uno de los Señoríos del Collasuyu se organizó a lo largo de este eje a pesar de la ausencia de un Estado que promoviera este orden. Todavía está en debate si esta división se extendió hacia el Sureste.

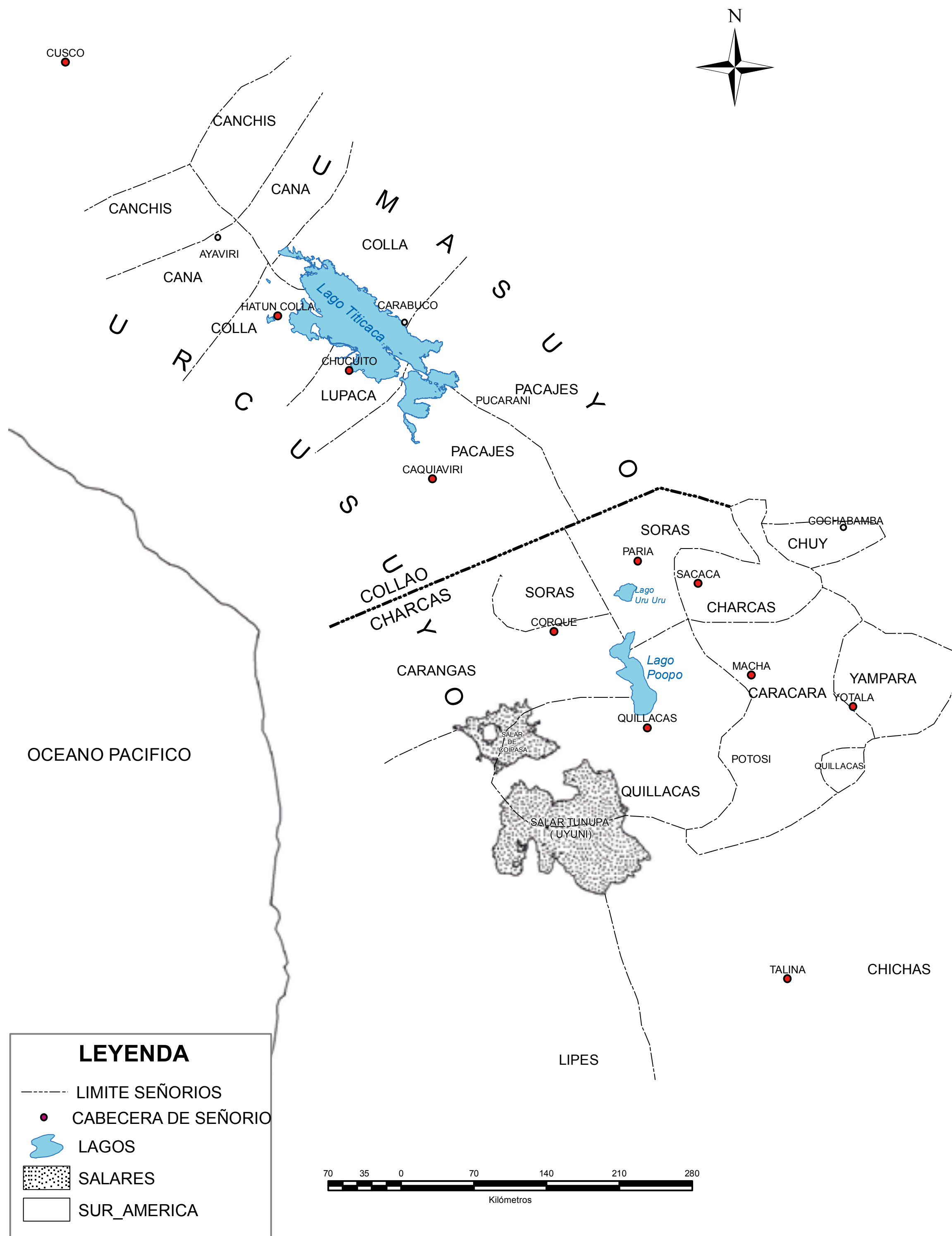


Figura 59 Mapa Distribución de los Señoríos en el territorio andino según la organización Urco-Uma. Las naciones del lago Titicaca se dividen cada uno en dos, en cambio al sur, solamente pertenecen ya sea a urco o a uma.

Fuente: Elaboración propia sobre la base de Arkush, 2009 y Platt et. al., 2006

	Nombre del Señorío	Urcusuyu	Umasuyu
Altiplano Norte	Canas	x	X
	Canchis	x	X
Circum Titicaca	Collas	x	X
	Pacaje	x	X
	Lupaca	x	
CircumPoopó	Soras	x	X
	Carangas	x	
	Quillacas		X
Charkas	Cara Cara	x	
	Charcas		X
	Chichas	x	
	Chuis		X
Noentranenelordenamiento Urco-Uma	Yamparaes		
	Lípes		

Figura 60. Distribución de los Señoríos según sectores Urcu-Uma

Fuente: elaboración propia en base a Bouysse, 1987 y documentos de archivo.

En la organización interna, los pueblos volvían a dividirse en segmentos o parcialidades llamadas por lo general hanansaya y urinsaya y luego en ayllus, cada uno de los cuales tenía un nombre propio. Este sistema de organización de población en segmentos inclusivos tiene funcionalidad territorial y poblacional.

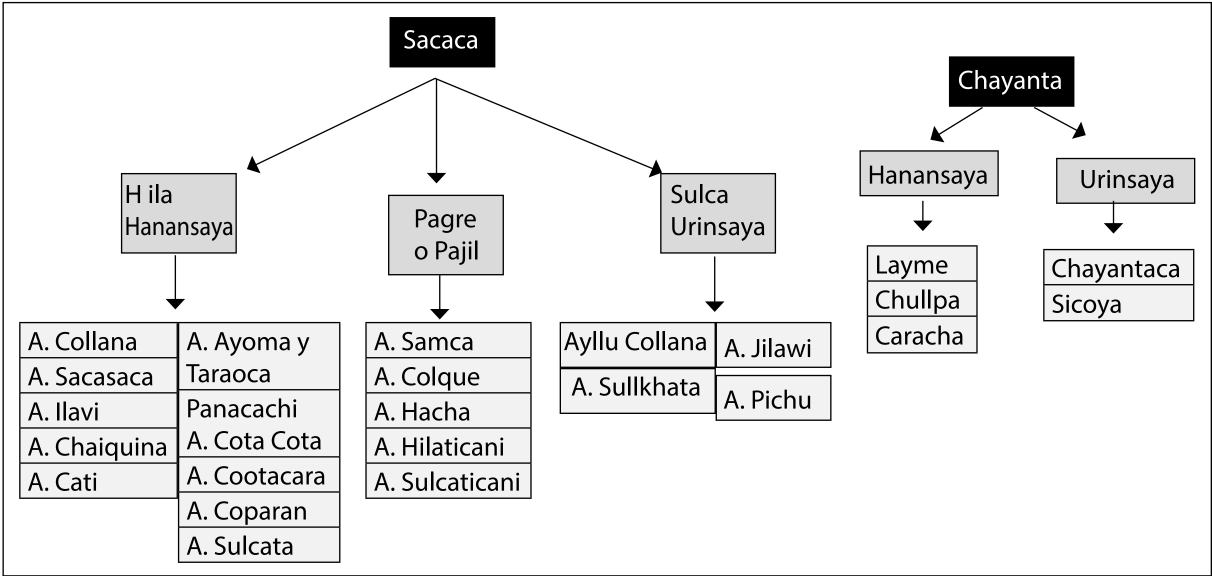


Figura 61. Ejemplo de organización hanansaya/urinsaya. Señorío Charca.

Fuente: elaborado en base a Arze y Medinacelli, 1991.

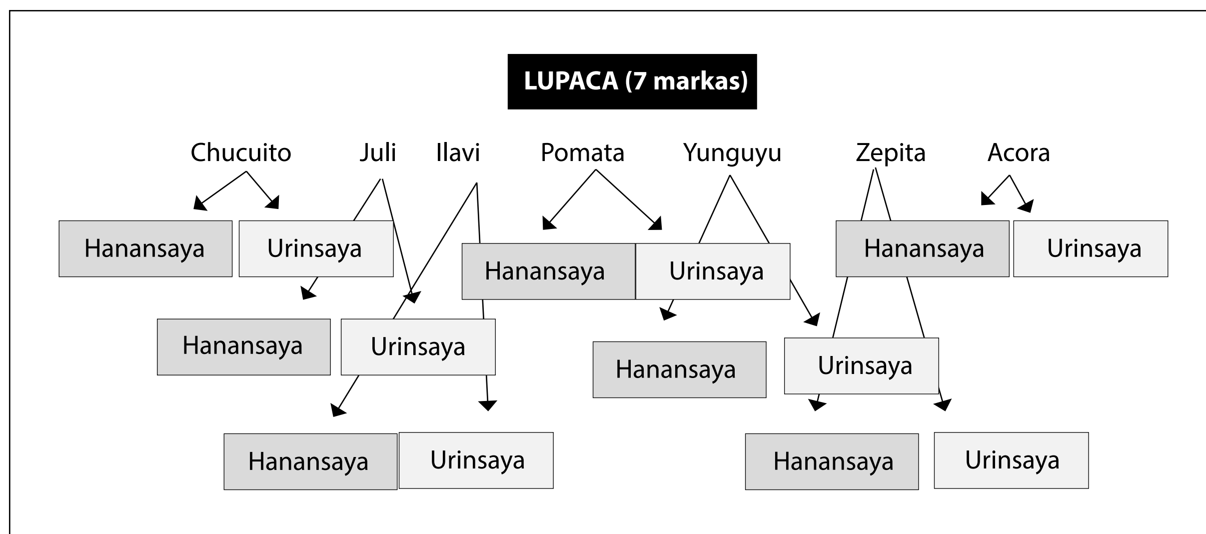


Figura 62. Ejemplo de organización en markas.
Fuente: elaboración propia en base a Diez de San Miguel, 1964 [1567].

Una variante de esta organización son las markas pues en ciertos casos, el Señorío podía dividirse primero en markas y luego recién éstas en urinsaya-hanansaya. La "marka" es un concepto que implica la articulación de una cantidad variable de asentamientos, "estancias" o "ranchos" dispersos. Se dividían internamente en hanansaya y urinsaya, utilizando a veces otras denominaciones locales, como alasaya y manqasaya, o samancha y uravi, pero siendo el concepto el mismo. Esa fue la situación por ejemplo de los lupaca y los carangas.

La división en Urco/Uma y Hanan/Urin ha llevado a que se sostenga que la organización del espacio fue siempre dual. Sin embargo, en tiempos prehispánicos frecuentemente se encuentran tres segmentos. Por ejemplo, los huanca se dividían en tres: Hanan Huanca, Hurin Huanca y Hatun Jauja y los Charcas que estaban divididos en Sacaca y Chayanta. Sacaca a su vez en tres: Hila, Pagre y Sulca.

Un elemento ordenador de este espacio es también la jerarquía ya que siempre uno de los segmentos debe ser superior al otro. Urco más que Uma y Hanan más que Urin, pero uno no puede existir sin el otro, por ello se habla de asimetría y complementariedad. Asimismo la marka, por definición es el lugar de mayor jerarquía de la cual dependían otras poblaciones menores junto con sus autoridades. El mismo principio se observa en los ayllus. Los ayllus "Collana" o "Hila" de donde provienen las autoridades principales se consideran de mayor jerarquía. Mientras ayllus, como "Sulca", son los "hermanos menores".

La información etnohistórica que se basa en crónicas y documentos coloniales recoge la situación de estos Señoríos bajo el dominio inca, cuando se transformaron en provincias del Tawantinsuyu. Entonces en las interpretaciones hay una constante tensión entre lo que habría sido preinca y lo que habría sido producto de reagrupaciones realizadas por los incas para su mejor administración y gobierno. Una provincia inca tenía territorio y autoridades bien establecidas, requería que su población no fuera menor a 5000 unidades domésticas ni mayor a 20.000. Por ello por lo general no formaron unidades monoétnicas y en muchos casos como entre los lupaca, pacaje o carangas estaban conformados por aymaras y urus y en otros, como los soras, estaban formados por soras, casayas y urus.

Cultura material

El periodo está marcado por la presencia de algunos restos materiales característicos: pucaras, (construcciones defensivas de altura), chullpas (torres funerarias) y unos tipos particulares de cerámica y de textiles. Una ausencia importante son las ciudades, pues se trata de un periodo y una región donde no se construyeron grandes urbes optando más bien por el poblamiento disperso, como ocurrió con muchas otras culturas pastoriles del mundo. Si comparamos con Mesoamérica, en este punto se encuentran las principales diferencias. Allí abundaban las grandes ciudades con sus respectivos monumentos y hay ausencia

de animales de carga que en los Andes fueron la base de la movilidad que caracteriza a su cultura.

Pucaras

Las pucaras eran construcciones defensivas ubicadas en elevaciones que tenían acceso a pastizales, agua y algunos sembradíos. Estudios arqueológicos han establecido que durante el Intermedio Tardío la población altiplánica abandonó los poblados de las planicies cercanas a los lagos para habitar en las alturas. Este cambio de asentamientos junto con la presencia de pucaras muestra un periodo de inestabilidad política y de conflictos entre grupos. Correspondería a lo que Guaman Poma llama el aucaruna o periodo de guerras. Varias crónicas y estudios posteriores dan testimonio histórico de la conflictividad de este periodo que puede atribuirse a la falta de tierras de cultivo y pastoreo, y por supuesto a la ausencia de un poder centralizador (Uhle, 1892, 1920, 1935; Tschopic, 1946, Hyslop, 1977; Rowe, 1982; Bouysse-Cassagne, 1987; Saignes, 1986; Albarracín-Jordan, 1996; Stanish 1997a ; Nielsen, 2002).

El elemento preponderante para la construcción de pucaras, fueron las peleas por los recursos que se vieron drásticamente disminuidos por el cambio climático ocurrido alrededor del 1250 d. C. -1310. La sequía fue tan radical que disminuyó notablemente el área cultivable y de pastoreo así como el potencial de pesca. Estas sequías provocaron también migraciones de pueblos del Sur que contribuyeron aun más a estas pugnas.

Las pucaras están presentes en los Andes del Norte y del sur, aunque con matices según las regiones. Al Norte y Noreste del lago, en región colla, abundan estas construcciones formando agrupaciones de defensa (Arkush, 2009). Muchas de ellas –aunque no todas– eran verdaderas comunidades con unas 500-600 viviendas. La mayoría de ellas fueron ocupadas entre 1300-1450 pudiendo haber sido construidas para defenderse del asedio inca. En cambio en la región pacaje de Caquiaviri la mayoría de los asentamientos post-tiwanaku se fundaron en la planicie desprotegida y no en las alturas como cabría suponer. El hecho de que los asentamientos en la pampa siguieran siendo la mayoría, hace pensar que las pucaras en esa zona no fueron de ocupación permanente. En esta región, por ejemplo, la pucara de Paucarpata se habría construido en el siglo XIII, unos 200 años después de la caída de Tiwanaku y fue ocupada solamente por un par de generaciones ya que hacia 1350 había sido abandonada. Al parecer en esta zona y en este momento aún no se construían las chullpas para enterrar a los difuntos, lo que indicaría al Sur del Titicaca las pucaras precedieron al sistema de chullpas (Pärssinen, 2009).

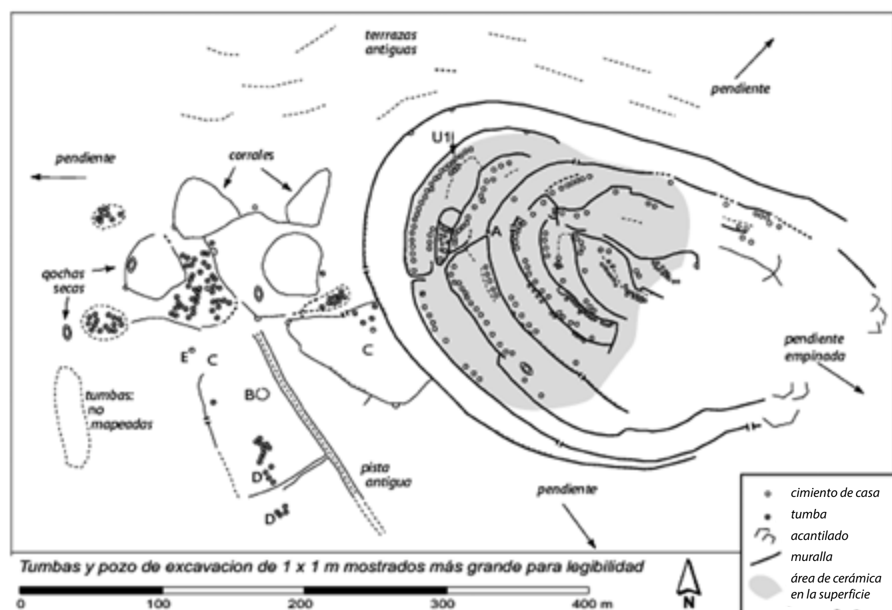


Figura 63. Apu Pucara, ejemplo de un sitio defensivo colla de tamaño medio. Según Arkush tenían vistas excelentes de otras pucaras cercanas. Posiblemente usaban señales como fuego y humo para comunicarse, este ejemplo es de una pucara colla de tamaño medio.
Fuente: Arkush, 2009.

En líneas generales, una pucara era una adaptación para habitar una altura, un cerro o serranía. Suele estar delimitada por profundas quebradas y es común que esté rodeada de uno o varios muros perimetrales dificultando el acceso y haciendo de éste un sitio defensivo. En su interior se encontraban viviendas generalmente redondas –entre unas cuantas hasta centenares de ellas– y a veces habitaciones rectangulares que podrían ser incorporaciones más tardías; asimismo depósitos para alimentos y vituallas. También tenían callejones, recintos y sectores funerarios en estos casos fueron comunidades completas, no solo guarniciones para guerreros. En ocasiones contaban con terrazas y muros de contención a los bordes de las quebradas, patios y lugares de observación hacia el camino. Habiendo no una sino varias pucaras –como se observa en la región colla– hubo una vista excelente entre una pucara y otra, pudiendo haber usado señales de humo (Stanish, 2003).

En la región del lago Poopó, hoy Oruro, se observa un patrón un tanto similar, por un lado, en tiempos paralelos a Tiwanaku el patrón de ocupación estaba centrado en lugares altos donde se registra población nucleada, por ende se registran sitios grandes y de ocupación densa. Este patrón se mantuvo hasta antes de la incursión inca; pero debido a la característica productiva de las poblaciones alrededor del Poopó también se advierte un patrón de movilidad, expresado en sitios pequeños y de uso temporal.

Es importante aclarar que en Oruro los sitios altos y nucleados no son siempre pucaras defensivas, sino más bien sitios de ocupación permanente. Sin embargo, en un período más tardío e incluso paralelo al inca se observan pucaras defensivas y con evidencias de uso militar o de conflicto. Se ha dicho mucho acerca de guerras entre grupos locales por el territorio para explicar la construcción de las pucaras, a pesar de ello lo que se observa en esta parte del altiplano es la construcción de fortalezas probablemente para la defensa de las poblaciones contra una injerencia mayor: ¿los incas? Ese tipo de estructuras fueron documentadas en la frontera entre el actual Oruro y Potosí. Un ejemplo es la fortaleza de Oroncota en el Pilcomayo (Alconini, 2002a). Otro tipo de pucaras, como las existentes en la región de Sajama, son de uso ritual. Presentan las características típicas de construcción, pero la evidencia muestra un uso relacionado a ritos con los cerros y con la muerte. Eso debido a la asociación de algunas de ellas con torres funerarias, como las observadas en la región del Río Lauca.

Torres funerarias o chullpas

El otro sello del periodo (1000-1440) son las chullpas, existiendo una relación estrecha entre el área lingüística aymara y las chullpas. Albarracín (1996) propuso que este tipo de sepulturas no implicó un cambio brusco del entierro en cistas característico de Tiwanaku, que se puede seguir una paulatina elevación de los enterramientos que sobresalieron primero apenas sobre la tierra para finalmente terminar en las torres funerarias. Esta hipótesis, sin embargo, no ha tenido total aceptación puesto que no se trata de un problema solamente constructivo sino del lugar que ocupan los difuntos en la cultura.

Las torres funerarias representan un importante cambio de mentalidad pues implican que los difuntos permanecen encima de la tierra en lugar de ser enterrados en cistas. Se enfatiza entonces en este periodo el culto a los ancestros, el cual parece complementarse con otro a los cerros, montes y volcanes, los cuales eran considerados huacas importantes. Es conocido por ejemplo el culto que se tenía a Tata Porco en Potosí (Platt et al., 2003). Esta devoción al cerro-mina encuentra Lecoq también para el cerro de Potosí y una continuación a lo largo de la historia de este culto encuentra Riviere (1986) en Carangas.

Aunque se sabe que no se abandonaron los entierros bajo tierra, la sepultura en chullpas se reservaba para las autoridades y personas principales que colocadas en posición fetal y momificadas se envolvían en cestería para depositarlas en estas torres. Se les hacía ofrendas y en ciertos momentos del año se sacaba al difunto en procesión. En realidad el nombre "chullpa" corresponde a la momia, pero por extensión se ha denominado así a su sepulcro. Implica evidentemente un culto a los ancestros que se consideraba merecían estar en el espacio del aquí y ahora, es decir en el Akapacha.

La introducción de chullpas no ocurrió inmediatamente después del colapso de Tiwanaku, sino dos o tres siglos después y al parecer fue un fenómeno repentino en el altiplano a partir del siglo XIII, periodo que coincide con un ciclo

de sequías intensas. Esta tradición funeraria implica importantes transformaciones respecto del periodo anterior en la visión del más allá y del destino humano. Además del tipo de tumba otros elementos remarcan esta ruptura, por ejemplo la ausencia de cerámica tiwanacota en las chullpas. En cierta medida este debate también es una controversia entre disciplinas, pues la arqueología tiende a sostener una continuidad con Tiwanaku, mientras que desde otras disciplinas el corte se ve con mayor nitidez pues se encuentran datos en los cronistas que hablan de migraciones y aún invasiones y desde la lingüística una presencia del puquina que luego no es tan contundente.

Más adelante, los incas continuaron con el uso de torres funerarias incorporando algunas modificaciones típicamente incas como por ejemplo el uso de piedra labrada tipo almohadilla, puerta y nichos interiores de forma trapezoidal y un decorado exterior con diseños similares a los textiles incas. Todo ello se puede observar en las chullpas de la Cordillera Occidental y el río Lauca (Gisbert et. al., 1996).

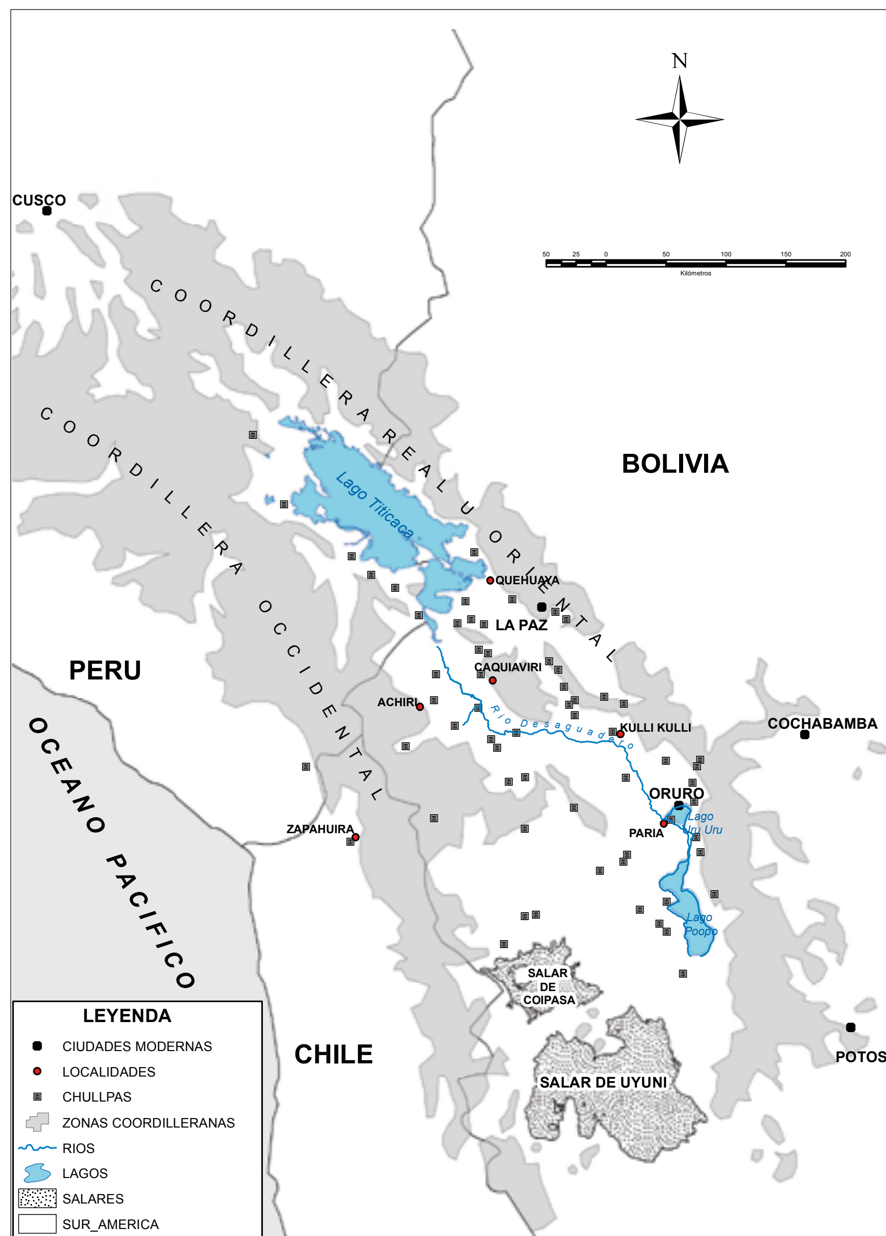


Figura 64. El mapa de las chullpas en el altiplano andino señala una clara relación entre esta forma de enterramiento y las tierras altas. Muchos chullpares están actualmente totalmente derruidos.

Fuente: Kesseli, Rossi, Lihua y Bustamante, 1999.



Figura 65. Chullpa de color del rio Lauca (Oruro), ubicada de espaldas a la Cordillera Occidental y orientadas a la salida del sol, conformando un santuario al aire libre.
Fuente: X. Medinacelli.



Figura 66. Chullpa de Pumiri. (Oruro), elaborada con material volcánico dando lugar a un estilo local. Existen decenas de ellas en una explanada.
Fuente: X. Medinacelli, 2010.

La pregunta de dónde surgió esta tradición plantea al mismo tiempo otras interrogantes como por ejemplo por qué alrededor del Cusco hay menos chullpas que en el altiplano boliviano y por qué los fechados de las torres adoratorias de Toconce (Loa Superior, Chile) presentan las fechas más tempranas (siglo X) (Pärssinen, 2009). Estas sugerencias de que el sistema chullpa pudo haber venido del Sur se corrobora con fechados, todavía parciales. Entre las más antiguas, (s. XIII) hasta donde se han recogido fechados radio carbónicos, están las de Chusaqueri (Oruro) y de Kulli Kulli (Sica Sica). También Parssinen compara cronologías y considera que el estilo de chullpas de piedra tallada se llevó de la región del lago hacia el Norte y no a la inversa. Es el caso de las espectaculares chullpas de piedra Pirapi (Pacajes) y de Sillustani (Lupaca), ambas presentan un tallado considerado "cusqueño"; sin embargo la datación revela que fueron construidas antes de la conquista de inca.



Figura 67. Restos de chullpa de piedra de filiación inca. Antin Curahuara (Oruro).
Fuente: P. Lima, 2012.





Figura 68. a) y b) Chullpas de Kulli Kulli, destaca una más alta y solitaria lidera el conjunto.
Fuente: X. Medinacelli, 2009.



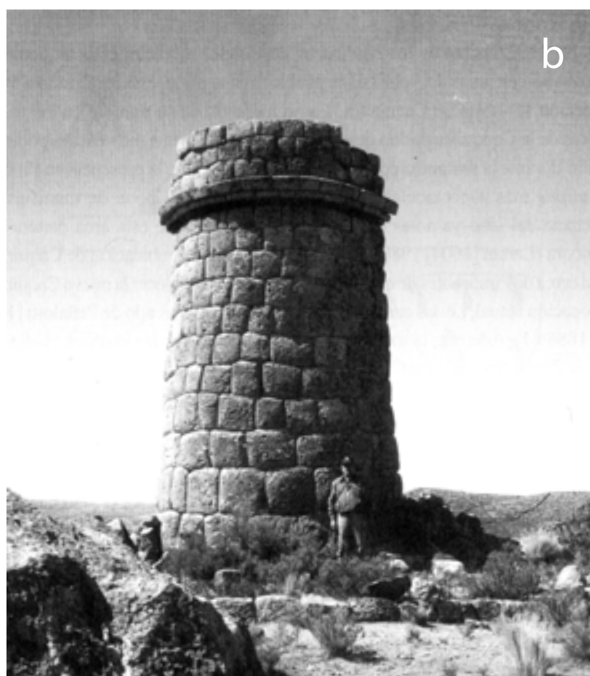


Figura 69. Chullpas de Pacajes. a) Torres gemelas de Visamaypata (1992) situadas cerca del camino inca posiblemente dividiendo los sectores Hanan y Urin de Caquiaviri. Visa es el nombre que en aymara se daba a uno de los gemelos varones. b) Torre circular de Pirapi, (1992) cerca de Caquiaviri en un importante centro preinca donde se encuentran algunas de las chullpas más espectaculares de la provincia Pacajes.
Fuente: Pärssinen, 2009.

Como prácticamente todas las chullpas de esta tradición estaban orientadas hacia el este se puede afirmar que eran objeto de un ritual solar. Las excepciones a ello son las que no corresponden a una tradición aymara como las chullpas de piedra laja de Quewaya (lago Titicaca) que pertenecen a una zona netamente puquina, como revela el topónimo.

Son raras las chullpas que se encuentran en medio de la población pues por lo general se ubicaron dispersas en las faldas de una serranía o siguiendo el curso de un río, como en Huachacalla que, mirando hacia el este, acompañan el curso del río Lauca. Las chullpas decoradas se hallan de espaldas a la Cordillera Occidental y tienen al frente al río Lauca, el cual divide el espacio ritual en dos segmentos. En algún caso, como en Pirapi y en Kulli Kulli, decenas de ellas se encuentran agrupadas en un solo lugar, como una necrópolis donde se observan pequeños muros agrupando a algunas de ellas.

La datación hecha por Pärssinen (2009) indica que la chullpa más antigua está situada en el núcleo de la necrópolis con una fecha promedio de 1279 d. C.

La mayoría de las chullpas son cuadrangulares pero hay algunas redondas. Estas últimas se ubican hacia el Norte del altiplano boliviano y Sur peruano. La técnica constructiva es también variable, aunque tienen en común que son las únicas construcciones en los Andes que utilizan bóveda por avance. Unas son de piedra labrada, otras de lascas pero la mayoría son de adobe o tepes de muy distinta factura y resultado estético. En ocasiones, como ocurre en Pumiri (Oruro) parecen de toba volcánica (Díaz, 2003). Las dimensiones también son diversas; las hay delgadas y altas, anchas, pequeñas o muy altas. El decorado con color se ha conservado en muy pocas de ellas, especialmente se halla en las más tardías, de modo que no se sabe si el decorado fue utilizado antes de la presencia inca. Lo que sí se sabe por el relato de algunos cronistas es que en ocasiones ceremoniales se cubrían con textiles. Consideramos que la combinación de las variables de tamaño, material, forma y decorado hacen que haya tradiciones locales pudiendo considerárselas como emblemas de identidad grupal. Además como por lo general se ubicaban en los márgenes del territorio, tenían la función de guardianes, demarcando el territorio social y ritualmente.

Cerámica y textiles

Probablemente debido a la conflictividad que caracterizó a este periodo y a la alta movilidad de estos pueblos pastores, no construyeron grandes poblados, por ello los restos de la cultura material son escasos y queda sobre todo cerámica y en menor cantidad textiles que por su material sobrevivieron menos en el tiempo.

Ya no se halla la sofisticada producción cerámica que hubo en Tiwanaku donde los especialistas no solamente dominaban las técnicas sino también la iconografía y sus complejos mensajes. Se pierde la policromía para dar paso a una cerámica dominantemente utilitaria mostrando una ausencia de especialistas; en el terminado domina el negro sobre rojo o naranja y los diseños simples.

En los estudios académicos se ha planteado un debate respecto a la relación cerámica- identidad étnica, es decir si a ciertos "Señoríos" corresponde un tipo de cerámica. Se discute si la cerámica expresa las identidades locales, y si la diferenciación que existe es más regional y más amplia que los "Señoríos" como ocurre en algunos casos, como se verá en detalle más adelante. Existen diferencias en cuanto a las técnicas de elaboración, la pasta, forma y sobre todo en los diseños del decorado. De este modo podemos distinguir los esquemáticos camélidos de la cerámica Pacaje, las volutas de Carangas diferenciada apenas de la de Quillacas. Asimismo el estilo Huruquilla (Ibarra Grasso, 1973) tiene una amplia distribución en el Este de Potosí y el Suroeste de Chuquisaca, lo que corresponde en parte con el territorio que fue ocupado por la confederación Caracara. (Ibarra Grasso, 1957; Rivera, 2011). Otra es la Yavi caracterizada por el material que dio como resultado objetos con diseño granulado entre blanco y negro que corresponde aproximadamente al territorio Chicha. Por su parte los diseños más abstractos y quizás más sofisticados son conocidos como estilo Yampara con motivos naturalistas y muy estilizados de seres antromorfos (Tapia, 2009) que sin embargo geográficamente se extendió mucho más allá que los límites del Señorío del mismo nombre, llegando hasta Cochabamba (Barragán, 1994). Precisamente en Cochabamba hubo una interesante tradición alfarera previa incluso a Tiwanaku que dio lugar al estilo conocido como Tiwanaku derivado y luego a una intensa producción local.



Figura 70. Cerámica yampara antropomorfa (posiblemente un mallku) con diseño geométrico en el cuerpo. Museo Arqueológico de Charcas.
Fuente: Platt, Bouysse-Cassagne y Harris, 2006.



Figura 71. Cerámica posiblemente ceremonial estilo yampara antiguo y yampara clásico.
Fuente: Tapia, 2009.

En Cochabamba se evidencia una tradición cerámica por lo menos desde el intermedio temprano (200 -700 dC.) donde se revela la coexistencia de tres estilos cerámicos: Tupuraya Tricolor, Sauces Tricolor y Cochapampa Tricolo

(Döllerer y Sanzetenea, 2011). Esta tradición se vincula con otra denominada Mojocoya tardío que corresponde también a los valles de Chuquisaca, Sureste de Cochabamba hasta Santa Cruz, cuyos cuencos y trípodes la relacionarían con la Amazonía y con el Chaco. Estas tradiciones coexisten con el fenómeno Tiwanaku por un tiempo (Tapia, 2009). Para el periodo del Intermedio Tardío, por tanto en los valles del sur, parece confluyeron influencias de las tierras altas desde el altiplano orureño, desde La Paz por la ruta del río Cotacajes, de Chuquisaca, la Amazonía y Chaco. Esta coincidencia se observa en la cerámica local de gran producción apoyada en una especial calidad de la arcilla local. Así se hallan en Santa Lucía, cerca de la ciudad de Cochabamba, enormes vasijas para enterramientos secundarios y restos de talleres de cerámica, también cuencos con los característicos "ojos grano de café" propios de la Amazonía.

A su vez, en la región del Chaco los fuertes regionales construidos después del ocaso de Tiwanaku sugieren una antigua amenaza de los pueblos tupi-guaraní sobre los valles contiguos (Saignes y Combés, 1995), siendo incluso posible suponer que esta presión pudo haber modificado las identidades previas, pues algunos de ellos comparten características comunes y estereotipos de las Tierras Bajas (Barragán, 1994). Sobre este punto, es notable la presencia de iconografías como espirales, comunes tanto a la cerámica asociada a Tierras Bajas, como a la cerámica de los valles fronterizos de Tarija y zonas adyacentes (estilo Yavi-Chicha) (Krapovickas, 1965, 1983; Angelo, 2003). Este rasgo común a ambos estilos cerámicos apunta a algún tipo de relacionamiento entre pobladores del pie de monte con grupos vallunos, o incluso con grupos de tierras altas. Lamentablemente no disponemos de fechados más definitivos (Rodríguez este volumen).

Probablemente debido a que la textilería no estaba únicamente en manos de especialistas sino también de las tejedoras de cada unidad doméstica, los textiles del periodo de los Señoríos conservan la calidad que caracteriza a este arte en los Andes. Se trata de un lenguaje panandino comprendido por los pueblos como expresión de identidad cuya antigüedad se pierde en el tiempo tanto así que según el mito de creación, Wiracocha mandó que cada pueblo tuviera el traje que debía llevar.



Figura 72. Chuspa carangas registrada en el sitio Huancarani en las inmediaciones del pueblo de Sabaya.

Fuente: Proyecto Restauración Integral del Complejo Martín Capurata (A.B.C., 2012). Foto D. Ulloa.

Son pocos los tejidos que se pueden datar específicamente del periodo de los Señoríos. Algunos de ellos se encontraron en tumbas correspondientes a un área muy seca del Sur andino que permitió que se preservaran por mucho tiempo. En el vocabulario de Bertonio (1612) se registra una importante cantidad de términos en lengua aymara que hacen referencia a una sofisticada producción textil pues se mencionan técnicas de hilado, teñido y de diseños que permiten constatar la importancia que tuvo la textileria entre los pueblos de lengua aymara.

Una de las prendas relacionadas con el textil que diferenciaba una nación de otra, son los tocados. Son también elementos diferenciadores los diseños, técnicas y colores. Su permanencia más adelante como señal de identidad local durante el dominio de los incas, nos da claras pautas de su exquisitez (Gisbert, Arze y Cajías, 1997).

Otros restos materiales

Aunque quedan pocos restos materiales, el vocabulario aymara de Bertonio presenta referencias acerca de diversas técnicas constructivas que se reflejan en el lenguaje. Bertonio registra la construcción de sepulturas, puentes, escaleras,

muros, viviendas, distintos tipos de adobes, techados de las casas, elaboración de cimientos, la bóveda (putu), mojones y empedrados.

Por otra parte, llama la atención que siendo el territorio del surandino típicamente minero la metalurgia hubiera dejado pocos objetos en este periodo. Por ejemplo los análisis de isótopo de plomo de los artefactos de bronce excavados en Tiwanaku y San Pedro de Atacama indican que los minerales de origen para la mayoría de estos artefactos estuvieron ubicados y fueron explotados en la puna y la sierra alta de Bolivia (Lechtman y Macfarlane, 2005). El Sur andino es también el espacio de la minería: plata, oro, estaño y cobre se encontraban en esta región y aunque sus habitantes eran hábiles mineros, no vieron la necesidad de utilizar objetos de metal ni para el transporte ni para la guerra (Lechtman); probablemente por ello se conocen solamente algunos objetos de metal para este periodo como pudieron ser los lauraques, quizás también topos y hachas cuyo centro de interés estaba en el aspecto simbólico, por ello seguramente estuvieron como ofrendas en los enterramientos que por lo general fueron saqueados.

Respecto al bronce estañífero, Lechtman (1984) sostiene que durante el Intermedio Tardío las poblaciones que habitaron el altiplano boliviano explotaron los ricos depósitos ubicados en la orilla oriental del lago Titicaca siendo uno de los depósitos de casiterita más ricos del mundo. Ellos abastecieron el estaño necesario para la producción de bronce estañífero desde Tiwanaku hasta los incas.

Comparativamente, en el Intermedio Tardío destaca de manera descollante la orfebrería de la costa Norte en el actual Perú; no sólo en trabajos de oro, plata, cobre y tumbaga, sino también el bronce estañífero y arsenical el cual se llegó a producir en escala industrial. Representativas de este periodo son la metalurgia y orfebrería Chimú. Este resultado venía de una tradición anterior representada por la cultura Moche con técnicas de granulado, cera perdida, filigrana e incrustaciones de piedras preciosas.

Durante los últimos 2,000 años, la producción de metales ha sido una actividad económica clave en los Andes del Sur cuya tecnología está siendo estudiada desde distintas perspectivas (Cruz y Vacher eds., 2008). Acerca de la tecnología indígena se conoce que se trabajaba a cielo abierto y combinando por lo general el trabajo minero con el agrícola y ganadero. También podemos conocer referencias a ciertas técnicas mineras que provienen del Sur más extremo, como por ejemplo las huayrachinas en las que se efectuaban los procesos de tostación, oxidación, reducción y fusión. Este sistema de hornillos de barro utilizaba al viento como elemento energético para avivar el fuego. Este trabajo implicó también una forma de organización social que tiene que ver con los requerimientos de los mineros (una logística e infraestructura detrás del trabajo minero) y por supuesto el conocimiento de la comunidad minera. Finalmente junto a la metalurgia van las categorías culturales y cosmovisión respecto de minas y minerales: por ejemplo la producción de objetos de metal va íntimamente unido al sistema de enterramientos.

Puesto que el Norte de Chile, el Noroeste de Argentina y el Sur de Bolivia fueron áreas prioritarias para estas actividades, en muchas regiones la expansión y presencia inca estuvieron vinculadas a la explotación minera. Pero para periodos anteriores según algunos autores las actividades mineras son difíciles de identificar en el registro arqueológico (Van Buren y Mills, 2005).

Valles del Norte: mollos y quirhuas

La mayoría de los Señoríos cuyas "cabeceras" se hallaban en el altiplano tenían sus territorios hasta los valles; algunos de manera continua y la mayoría de ellos discontinua. Se ha cuestionado esta mirada "altiplanocéntrica" reclamando que habría que ver estos procesos desde el desarrollo cultural de los valles. La realidad es que algunos de ellos tuvieron su centro político en los valles, tal es el caso de los yamparaes y de los chichas en Chuquisaca y Potosí-Tarija respectivamente. Otros pueblos de valle como chuis y cotas (Cochabamba) tenían una organización menos estructurada y no se conoce una cabecera visible. También algunas parcialidades de los soras eran netamente vallunas como los soras de Capinota y de Sipe Sipe. Todos ello, sin embargo, interactuaban constantemente con las tierra altas, tanto política, social como económicamente. Precisamente el sistema de control vertical, tan característico del mundo andino, es la relación indisoluble de puna y valle. Lo propio ocurría con

los mollo que, aunque el grueso de la población se ubicaba en una ecología de valle seco, controlaban también pisos de más altura.

De los desarrollos en los valles destacan en primer lugar la cultura mollo temporalmente más tempranos que los "Señoríos" y luego los quirhuas sobre los cuales todavía está planteado un debate.

Cultura mollo (1200-1480 d. C.)

A la desintegración de Tiwanaku le sigue una serie de Desarrollos Regionales que por un periodo de entre dos y tres siglos (1100/1200 -1400 d. C.) ocupó el territorio andino presentando características distintas a las tiwanakotas. Sin embargo uno de ellos destaca por no presentar una ruptura total, se trata de la cultura mollo que se distingue por algunos elementos: cronológicamente es anterior a los llamados Señoríos, geográficamente se ubica en los valles mesotermos del Norte del departamento de La Paz, se caracteriza por la construcción de ciudadelas de piedras y sobre todo presenta ciertas continuidades con Tiwanaku, incluso como un puente entre Tiwanaku y los incas. Meyers, por ejemplo, sostiene que la tumba del chamán tiwanakota de Niño Khorin (Wassen, 1972), en pleno territorio kallawaya sugiere que los mollo, eran los mediadores entre Tiwanaku y los incas (Meyers, 2002). La posición intermedia de Mollo entre el altiplano y las llanuras orientales, hace de esta tradición cultural una síntesis de conocimientos andino - amazónicos, característica que se refleja en la cerámica que comparte elementos del altiplano y de la selva.

El nombre de "Mollo" fue dado por Carlos Ponce Sanjinés quien desde el año 1957 trabajó en el sitio principal de Iskanwaya ubicado en la hacienda Mollo en la provincia Muñecas del departamento de La Paz. Antes que Ponce, Nordensnkiöld (1953) había ubicado sitios en Pelechuco y Keara y todavía Ibarra Grasso dice haber conocido su cerámica en 1943 gracias a una colección del Convento San Juan de Dios de La Paz (Michel, 2006).

La región histórica donde se desarrolló la cultura Mollo corresponde básicamente a las provincias Larecaja, Muñecas, Camacho, Saavedra y Franz Tamayo del departamento de La Paz. Presenta una compleja topografía vertical que incluye alturas superiores a los 5.000 msm hasta regiones localizadas a menos de 1.500 msm. Una importante cantidad de quebradas y valles que surgen en la Cordillera Oriental configuran numerosos ecosistemas. Esta diversidad ecológica permitió desde tiempos formativos desarrollar una economía complementaria e incluso excedentaria, así como la generación de circuitos de intercambio tanto con la región circuntiticaca como con las tribus del piedemonte y llanos genéricamente denominadas chunchos (Saignes, 1985). Al parecer se ha descartado ya la idea de una amplia difusión de esta cultura a lo largo de la Cordillera Oriental y más bien se acepta que se circunscribe a los valles orientales del Norte. Se pensaba que pudo haber una relación con la zona de la sierra de Arequipa donde se desarrolló el estilo cerámico churajón, con ciertas similitudes con el mollo (Faldín, 1985; Bustos Santelices, 1978).



Figura 73. Tableta de Niño Khorin de uso era ritual. Lleva diseños de origen tiwanakota.

Fuente: Goteborgs Etnografiska Museum, Sweden.

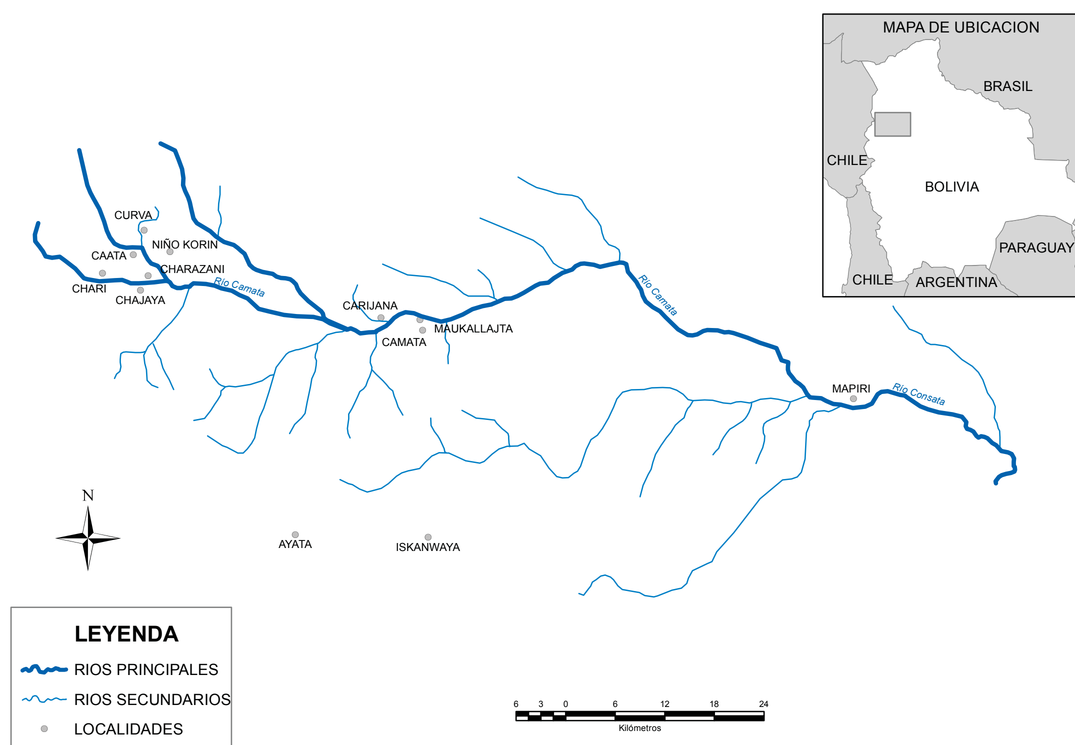


Figura 74. Área de desarrollo de la cultura mollo en una región de valles secos.
Fuente: Capriles Flores y Revilla Herrero, 2006.

Mollo cobró importancia cuando Tiwanaku estaba en crisis, incluso se considera la posibilidad de que gente de Tiwanaku hubiera migrado a esta región ante la crisis de orden climático. Como su ocaso fue anterior a la presencia europea la información es básicamente arqueológica resultado de investigaciones realizadas en más de 25 sitios de ocupación.

Estudios de algunos sitios en la región kallawaya revelan que un alto porcentaje de la población que poblaba el lugar era de origen yunga por lo que se ha denominado como una cultura yunga - kallawaya (Saignes, 1985). Tomando en cuenta las similitudes lingüísticas y culturales con grupos orientales se considera que estos grupos descendieron de migraciones antiguas de la vertiente oriental. Asimismo estos grupos controlaron complejas redes de intercambio que cruzaban a lo largo del altiplano y la región amazónica (Alconini y Kim, 2010).

En el periodo que nos ocupa –el Intermedio Tardío– algunos autores hablan del “Señorío Calabaya” con dos mitades: Hatun Calabaya y Lurin Calabaya; sin embargo esta organización parece estar integrada a los collas del Titicaca. Un sistema importante de agricultura que se evidencia en la construcción de terrazas parece tuvo lugar en este periodo, pero se incrementó notablemente posteriormente con la presencia inca. Esta vocación agrícola y de intercambio y articulación entre el altiplano y las llanuras de Beni, viene por lo menos desde Tiwanaku periodo que en la región presenta construcciones circulares, subterráneas o semi subterráneas para almacenamiento como las de Kallan Kallan. Este sitio fue paulatinamente abandonado y sus estructuras refuncionalizadas de modo que a fines de Tiwanaku su función principal fue funeraria y de culto, situación que continuaría en el siguiente periodo, dando cuenta que estaba en curso un cambio ideológico y político. Finalmente Kallan Kallan fue totalmente abandonado (Chávez, 2011).

Durante Tiwanaku el papel central parece descansar en forma de colonias o de circuitos de intercambio. Sirvió para facilitar la adquisición de material exótico tropical tan importante para Tiwanaku que también beneficiaba a poblaciones locales Más tarde, en el Intermedio Tardío se observa un incremento del número de sitios relacionados con actividades pastoriles y de altura y el énfasis de la economía pastoril. Se incrementaron los asentamientos en las zonas

altas y la cima de los cerros con sitios como: Jaramillo, Chuñuna y Collacbajpacha en el valle de Charazani, Toqonta en el valle de Amarete y Charazani Pata-Karilaya y Pukarani en el valle de Curva. Estos sitios presentan conjuntos de estructuras habitacionales y de almacenamiento con estructuras construidas con pizarra tosca y mortero de barro (Alconini, 2009).

Las terrazas de cultivo presentes en la zona se incrementaron en el periodo inca pero no construyeron grandes centros imperiales o de producción artesanal masiva. A juzgar por la arquitectura estos centros no tuvieron actividades militares típicas de otros sitios de frontera, más bien se acentuaron las funciones de tipo ritual provenientes del periodo anterior con culto a los achachilas (cerros) (Chávez, 2011).

Al arribo de los incas los kallawaya recibieron un trato privilegiado debido a su rol de intermediarios. Arellano (1985) señala que la tradición inca se habría superpuesto a la mollo, adaptando su arquitectura habitacional y doméstica. Rasgo común en ambas, son las puertas hornacinas de forma trapezoidal, que no se encuentran en Tiwanaku. El trabajo arqueológico muestra el carácter violento con que irrumpieron los incas en el valle, tal el caso del incendio de Iskanwaya y las talas e incendios de complejos agrícolas como Kunuraya y Pallayunga. Aunque está demostrado que el incario se asentó sobre veinticinco sitios pertenecientes a la cultura mollo, quedan en duda y abiertas a la investigación las causas que determinaron el final de esta cultura.

Características culturales

Se ha reconocido presencia mollo en zonas del altiplano lacustre colindantes con los valles como en Carabuco, Ancoraimes, Pucarani, Kachacacha y piezas aisladas en los sitios de Tiwanaku y Escoma. Sobre la base de similitudes de formas de la cerámica en varios sitios, Ponce Sanjinés (1957) postuló el "Horizonte Tricolor del Sur" como una expansión de cerámica Mollo hacia los valles mesotermos y de la costa, postulado que ha sido muy discutido. La difusión de artefactos de distintas regiones se explica por un intenso tráfico comercial entre estas regiones y estaría manifiesto en materiales de la costa encontrados en Mollo y artefactos del altiplano en la costa.

La importancia que se atribuyó a la cerámica mollo radica en que ha sido la base para establecer una posible expansión cultural o su relación con otras regiones. Ha sido diferenciada por Arellano en 1985 en distintos tipos: Mollo pintado e Iskanwaya pintado con decoración plástica. Mollo pulido e Iskanwaya pulido con decoración plástica, ennegrecida. Las formas comunes de esta cerámica son tazones dobles unidos con un puente, formas que adoptan pitón con puente. Son también de importancia las tabletas trabajadas en piedra y metalistería.

a







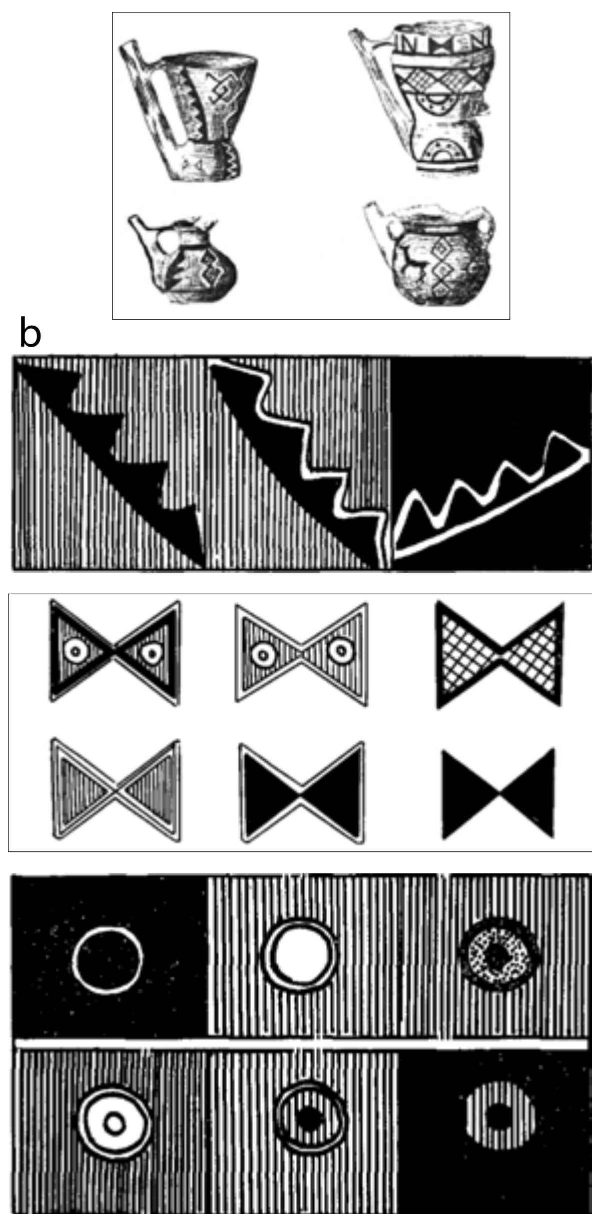


Figura75.a)yb)Formasydecoracióndelacerámicamollo.

Fuente: a) Chávez, 2011 y b) Cantería s.f.

Ciudadelas

El aspecto emblemático de esta cultura, a diferencia de los desarrollos del altiplano, son las ciudades que fueron edificadas en laderas de pendientes abruptas mediante la construcción de plataformas escalonadas y muros de contención. La ocupación de los valles apropiados para la agricultura con riego permitió un rápido desarrollo y un pleno urbanismo. Por ello una de las características primordiales de la cultura mollo son las ciudades con extensas construcciones de terrazas agrícolas en las laderas de quebradas de los ríos. Hechas de rocas comunes en su base, fueron recubiertas por humus y sujetadas por muros construidos de pizarras (Moreno, 1978). Sirvieron para el cultivo de maíz y especies altiplánicas como la papa. Las terrazas se complementaban con una red de canales en forma de V para el abastecimiento de agua a partir de depósitos en las partes altas y canales subterráneos cuadrangulares que servían para desagüe.

Las habitaciones estaban techadas con paja y las paredes albergaban hornacinas para contener objetos. Las habitaciones se construyeron de pizarra negra y cuarcita en doble hilera formando cuartos rectangulares que rodean un patio interior, callejuelas siguiendo la pendiente del terreno; también se construyeron plataformas que conectaban diferentes sectores. En el mismo espacio de las habitaciones se encontraban los entierros que se realizaban en cista (circular o rectangular), de lajas grandes colocadas en forma de mesa (Arellano, 1985; Nordenskiöld, 1953). Se menciona el entierro de párvulos en los pisos de las habitaciones.

Los tipos de asentamiento mollo han sido clasificados en urbano defensivo: Chunkawasioj, Mama-Khoru, Pucanwaya, Sacambaya, Chullpamarca; urbano con cementerio: Khari y Pallayunga; rural con habitaciones: Piñiko, Machacruz, Jawacollani y solamente cementerio: Pulla-Pullani, Palla-Palla, Kheara, Pelechuco. También se le atribuyen vías de comunicación como: Takesi, Yungacruz y Chucura.

Iskanwaya

Iskanwaya como el centro urbano de mayor importancia es una ciudadela que cubre unas 6.55 has. Su núcleo ubicado en Aucapata (Provincia Muñecas del departamento de La Paz) se ubica dentro del contexto que forma el valle del río Llica, cuyas aguas corren hacia las partes bajas orientales de la cuenca amazónica. Se han identificado 95 edificios que se calcula que podrían haber albergado a dos mil quinientos habitantes. Fue erigida sobre la superficie de una terraza natural y se advierte su finalidad defensiva, pues se la habría construido para evitar la incursión de grupos nativos selváticos y quizás también altiplánicos, a la vez facilitar una posible expansión hacia Tierras Bajas como a las altas mesetas, dominando un medio ambiente propicio para diversos cultivos.

A diferencia de las ciudades tiwanakotas o incaicas, Iskanwaya no presenta espacios monumentales de uso militar o religioso. Los edificios son en su mayoría viviendas unifamiliares compuestos por un vestíbulo con algunas habitaciones. Están construidas de piedra pizarra y revocadas con barro pintado de ocre rojo. Estos edificios están conectados mediante callejuelas que siguen la topografía irregular del terreno. El manejo hidráulico se expresa en la red de canales en forma de "V", construidos en piedra pizarra unida con mortero de barro de 15 cms. de profundidad; estos canales se usaron tanto para suministro de agua potable como para la evacuación de aguas servidas.



Figura 76. Ciudadela de Iskanwaya en la ladera de los profundos valles secos del Norte de La Paz.

Fuente: Gisbert, Arze y Cajías, 1987.

Sistema económico

Siguiendo el patrón de otras culturas andinas, Mollo tuvo su base económica en la agricultura complementada por cacería y crianza de animales domésticos; su principal fuente de sustento fue el maíz, corroborado esto por los frecuentes hallazgos de granos y mazorcas entre los restos arqueológicos. Los andenes agrícolas más amplios, con gran contenido de humus y ubicados en las cabeceras de valle, estaban destinados a la plantación del maíz, mientras que los más estrechos con contenido mínimo de humus, ubicados en zonas más bajas, estaban destinados a la producción de coca, cuyo uso frecuente está demostrado en las figuras antropomorfa realizadas en cerámica.

Se tienen evidencias de que la comunidad contaba con mamíferos como la llama y el cobayo, además de animales silvestres que hoy subsisten en la región, los que estaban incluidos en su dieta y en sus ritos funerarios. Los hallazgos de cerámica en las ruinas de Iskanwaya muestran un grado importante de especialización en la población, indicador de un desarrollo económico avanzado.



Figura 77. Panorámica de los valles de Charazani.

Fuente: Chávez, 2011.

Quirhuas

La identidad "quirhua", podría estar ligada a la ecología denominada "yunga" pues en el siglo XVI se ubicaban en los valles superiores del río Bopi con cabecera en el valle de Uyuni al Sur de La Paz, controlaban un cruce ecológico desde las altas pendientes de la cordillera real hasta los Chapi Yungas de Chulumani. En Cochabamba el Río Cotacajes constituía una especie de frontera natural entre los quirhuas de la ribera izquierda y los cotas de la ribera derecha al sur.

Según el diccionario de Bertonio quirhua en aymara es el mercader de coca pero también qherua son los valles templados. Carmen Beatriz Loza y Thierry Saignes proponen que son un grupo especializado en el cultivo, almacenaje e intercambio de la coca (Saignes, 1985; Loza, 1984a, 2007). Por lo expuesto, el caso quirhua plantea el problema de grupos especializados que no formaban necesariamente una identidad étnica y también el asunto del comercio, que se sostiene no hubo en los Andes, pues la coca constituía un bien de intercambio por excelencia.

Altiplano: del lago Titicaca al lago Poopó

Varios estudios de patrones de asentamientos en la cuenca del Titicaca señalan la posibilidad de un despoblamiento gradual, reducción poblacional y dispersión de la cuenca durante y tras el colapso de Tiwanaku (Janusek, 2003) las unidades conocidas como "Señoríos" se desarrollaron cronológicamente después de este despoblamiento pero a pesar de corresponder a un periodo de desintegración, luchas entre grupos y profundas sequías, lograron consolidar un sistema de referencia espacial, ritual y de parentesco de larga duración que se percibe aun hoy en día. Estas referencias se reflejan en la continuidad de las identidades regionales que se remiten al periodo del Intermedio Tardío. Uno de estos desarrollo, sin embargo, es cronológicamente anterior y ecológicamente tiene su centro en los valles secos del Norte de La Paz, se trata de la cultura mollo. También más temprana es la presencia de urus y choquelas que provienen de una historia de larga duración y que durante el Intermedio Tardío formaron parte de las nuevas unidades.

Las nuevas unidades, unas más estructuradas que otras y conocidas ahora como Señoríos surgieron alrededor del siglo XII, luego de la caída de Tiwanaku pero en muchos casos no es visible la interferencia de Tiwanaku y se encuentra una continuidad desde periodos muy remotos. Una cierta continuidad se evidencia frecuentemente en la tradición cerámica como la de Carangas o del valle de Cinti que no presentan un cambio abrupto desde aproximadamente el año 400 dC. (Rivera, 2003).

Además, la investigación arqueológica acerca de este periodo (aproximadamente 1100-1350 d. C.) encuentra un problema en la contradicción entre el registro etnohistórico y el arqueológico que frecuentemente difiere, de modo que los límites de ciertos grupos marcados por la información histórica no coinciden, por ejemplo, con la distribución de la cerámica que suele tener una amplia distribución abarcando a veces distintas zonas ecológicas.

A la llegada de los españoles, en el territorio del Collasuyu (hoy altiplano boliviano), se encontraban diversas unidades sociopolíticas cada cual con un nombre propio, detentando una identidad particular. Cada una de ellas tenía sus autoridades y su territorio con tierras en la puna, en los valles interiores y costeros según los casos y algunos probablemente hasta los llanos. En la mayoría de estos Señoríos se hablaba aymara, lengua de intercambio y de contacto, pero no todos tenían al aymara como idioma principal ni era el único, junto a él se hablaban por lo menos dos idiomas más antiguos: el uruquilla y el puquina.

Llama la atención que a pesar de la disgregación y los constantes enfrentamientos de unos grupos con otros, existía una organización espacial por encima de las unidades particulares. Hablamos de la división del espacio en dos sectores: umasuyu/urcusuyu (Este/Oeste) que se extendía a todo el altiplano, organización que parece ir en contra de la inestabilidad política y la dispersión del poder.

Estas unidades sociopolíticas, constituyeron más tarde provincias incas. Por tanto, es posible que, lo que registraron los cronistas de la colonia como "naciones", fueran en realidad estas provincias. Por ello tomaremos la información con este reparo pero teniendo presente también que los incas se basaron en elementos culturales y de identidad locales.

Cuadro 3. Población uru y choquela en los Señoríos del Altiplano

Altiplano Norte	Lago Titicaca	Lago Poopó	PotosíCochabambaTarija	ChuquisacayAltiplanoSur (Potosí)
Canchis	Collas (U)	Soras (U)	Charkas	Yamparas
Canas (U)	Lupacas (U)(CH)	Carangas (U)	Cara Caras	Lipez (U)
	Pacajes (U) (CH?)	Quillacas (U)	Chuis	
			Chichas	

(U) = incluye población uru.
(CH)= incluye población choquela.

Elaboración propia.

Ordenados de Norte a sur, en el Collasuyu se encontraban inmediatamente al Sur del Cusco, Canchis y Canas dos pueblos íntimamente relacionados, que aparecen en la documentación como una unidad complementaria. Alrededor del lago Titicaca se agrupan las naciones Colla, Pacaje y Lupaca –cuya distribución se replica alrededor del lago Poopó con soras, carangas y quillacas. Un tercer bloque forma la Confederación Charca –charcas, caracaras, chuis y chichas– y finalmente lípes y yamparas que ya no se ordenan en el eje Urco o Uma. Sin embargo son distintos entre sí; mientras los yamparas formaron un señorío, con autoridades propias, los lípes resultan ser un conglomerado de pueblos móviles con distintas identidades sin una centralidad política visible (Martínez, 2008).

En general se trata de unidades por lo menos biétnicas, unas veces con población uru y aymara y otras con los llamados choquelas o lari lari, Algún Señorío además agrupaba diversas identidades en su interior como el Quillaca que se presenta como una federación de varios pueblos.

Urus: cultura del agua

No se conoce con precisión su situación previa a la presencia inca. Es posible que mantuvieran independencia de la población aymara habitando las orillas de los ríos e incluso entre los totorales donde se refugiaban en momentos conflictivos. Entonces, mientras la población aymara construyó sus pucaras en las alturas, los urus se adentraron al lago con la misma finalidad de protección. En el siglo XVI, a la llegada de los españoles, constituían una cuarta parte de la población altiplánica.

Se trata de la población más antigua del mundo andino cuyos orígenes se pierden en la memoria, creando una cultura que se desarrolló a las orillas de ríos, lagos y salares a lo largo de unos 800 kilómetros. Su hábitat principal se ubica desde el río Azángaro, al Norte del lago Titicaca, hasta el lago Coipasa, en el departamento de Oruro, pasando por el río Desaguadero, el lago Uru Uru y Poopó así como en las islas del lago y las islas artificiales construidas por ellos. En el siglo XVI hay datos acerca de poblaciones urus en la costa del Pacífico (Hidalgo, 2004). Entre los lugares más poblados por urus está la región Norte del lago Poopó, cerca de la actual ciudad de Oruro. Excepcionalmente como en Lípez, (Potosí) , se sabe por el informe de Lozano Machuca de 1581, que vivían allí cerca de algunas ciénagas "unos mil indos uros" que se sustentan de la caza de guanacos, vicuñas y algún pescado y raíces (Wachtel, 2001).

Hoy en día los urus siguen conservando sus rasgos culturales y se distinguen por su idioma, vestimenta y modo de vida siendo una de sus características la movilidad en zonas con acceso al agua. En la región del lago Titicaca los urus se llaman a sí mismos kot'suns, es decir "hombres del lago", distintos de los hombres "secos" (Wachtel, 2001).

Formaron parte de varios Señoríos del altiplano que incorporaban población aymara y uru, situación que probablemente provenía del ordenamiento inca. Los aymaras, sin duda, constituían el grupo dominante y consideraban a los urus como parte de "otra humanidad". Ellos mismos se llamaban hombres del agua y a los aymaras "hombres secos". La lengua particular de los urus se mantuvo a pesar de la convivencia

continua con grupos de lengua aymara. Ha sido denominada por los lingüistas "uruquilla" y por los propios urus "puquina". Sin embargo, los vocabularios de lengua puquina del periodo colonial muestran que uruquilla y puquina son dos lenguas diferentes (Torero, 1972/1992).

No solamente su lengua era distinta también su economía y cultura se basaban en productos lacustres: patos, parihuanas, peces, algas y totora, principalmente. Eran excelentes navegantes, expertos en elaborar balsas de totora, puentes flotantes e islas artificiales. De ese material también hacían sombreros, ropa, cestas, redes, esteras y sus viviendas y alguna vestimenta. Cuando los incas conquistaron la región del lago Titicaca, sacaron a los urus de su hábitat y los organizaron en ayllus que, aunque mantenían sus propias autoridades, dependían de otra sea ésta inca o aymara.

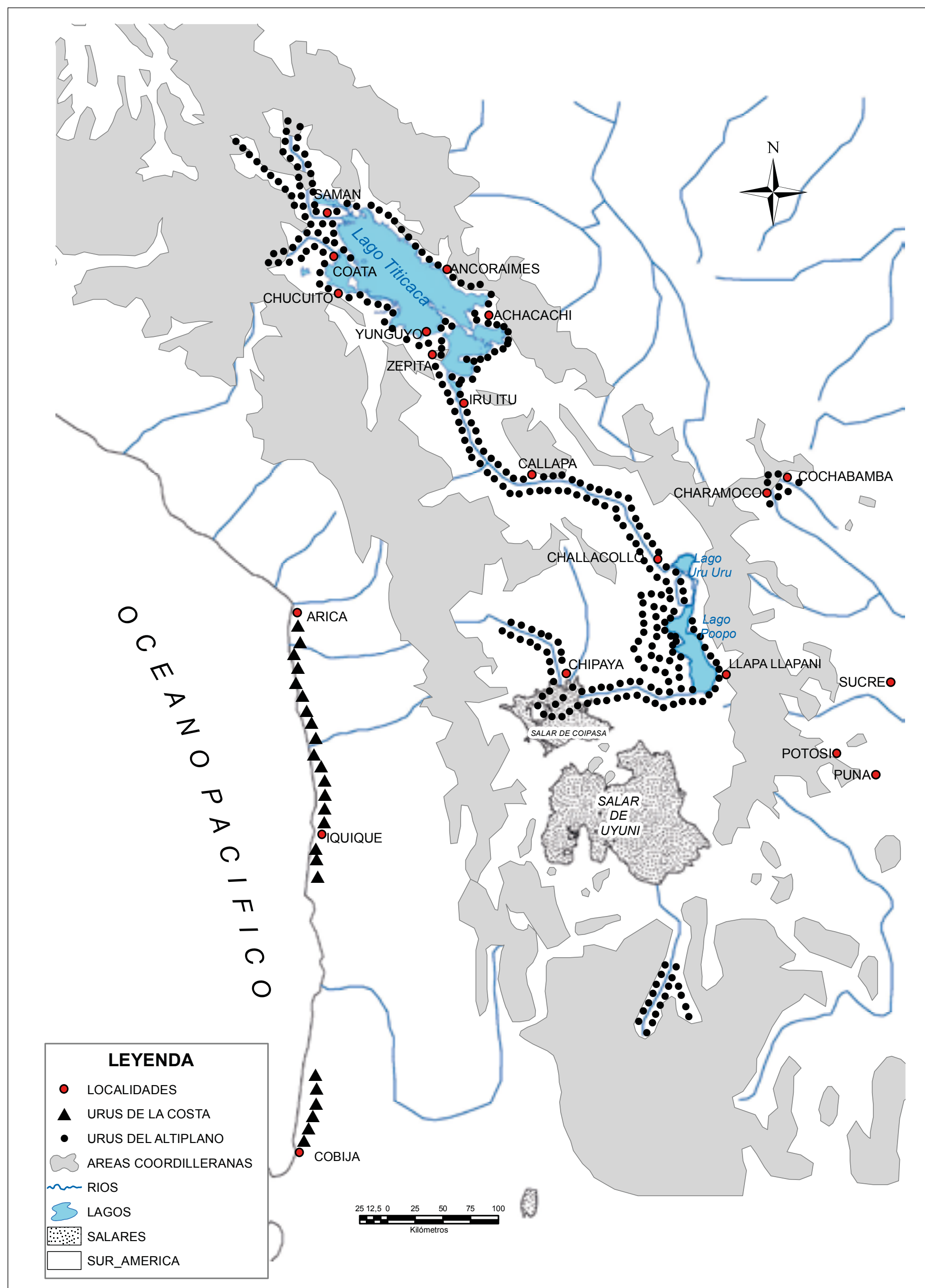


Figura 78. Mapa de distribución de los urus en los Andes del Sur en el siglo XVI.
Fuente: Wachtel, 1978.

Bajo el denominativo uru se reúne una variedad de grupos con nombre propio como los Iruito de Jesús de Machaca, los Uchusumas del Desaguadero, los Chillaguas dispersos desde el Sur de Oruro hasta Aria y Azapa; los Villi-Villi de Oruro, Uruquilla del Sur del Lago Poopó y los más conocidos Chipayas de Carangas (Oruro).

Nathan Wachtel (2001), experto en la historia de los urus, explica que a pesar de que en el periodo colonial fueron considerados como una sociedad inferior, no todos los urus tenían el mismo status. Algunos, como los de Yunguyo y Zepita (del Señorío Lupaca) tenían una categoría superior; otros datos informan que las principales autoridades Sabaya (Carangas) eran de origen uru por su parte los ochosumas del Desaguadero eran los más pobres y se alimentaban de peces y raíces de totora. Huellas de esta milenaria población se pueden encontrar en las deidades lacustres que probablemente fueron originariamente uru. Nos referimos a algunas deidades femeninas, por una parte Quesintuu y Umantuu dos hermanas y mujeres-peces con quienes "pecó" Tunupa (deidad de la región del Titicaca e hijo del Rayo) (Bertonio, [1612] 1984). Por otra parte, el "ídolo de Copacabana" y divinidad central del lago Titicaca también parece ser una deidad femenina de origen uru. El cronista Ramos Gavilán la describe como una piedra azul vistosa con un rostro humano y el cuerpo como pez, y añade: "a éste adoraban por dios de su laguna". Teresa Gisbert (2004) propone que esta deidad, habría sido sustituida por la Virgen de Copacabana.

Choquelas o larilari: sociedades de los márgenes

Desde el periodo formativo los cazadores (choquelas) muestran una historia larga de adaptación a las tierras más altas y áridas del altiplano, dedicados a la caza de vicuñas, guanacos y tarucas. De ellos dice el cronista Matienzo ([1567] 1967) que en el siglo XVI "hay pocos, y los que hay no entienden sino en matar ganado bravo y en idolatrar". Mientras, Bertonio sostiene que no tenían una organización estable ni caciques. Con los incas habrían sido incorporados al Estado formando ayllus como se lee en un padrón de los lupacas donde se registró un ayllu Chuquila de cazadores.

Posiblemente los larilari (Bertonio) o choquelas formaron unidades monoétnicas, dedicadas únicamente al uso de los camélidos, a la caza y otras actividades relacionadas con el ganado silvestre pero no al pastoreo. Sobre los choquelas hay poca información, pero la que hay permite caracterizarlos como una población marginal, que en su peculiaridad participaba del mundo pastoril. Esta situación hace que los choquelas sean considerados con poderes sobrenaturales y guardianes de las huacas (deidades andinas). El nombre "choquela" podría derivarse de "choque illa", elemento mágico de oro. Una de las traducciones de chuquila según el cronista Cobo podría ser "resplandor de oro", haciendo referencia al rayo, por lo que es muy probable fueran adoradores de Illapa. Otro grupo de cazadores se encontraban en la Patagonia donde hubo grupos de cazadores nómadas que se vestían con la piel de los guanacos y con esta piel cubrían sus chozas.

Canas y canchis: la complementariedad

Los documentos identifican a los habitantes del margen Sur del valle del río Vilcanota como canas y canchis. Se ubican al Norte del lago Titicaca, en el Perú actual. Información importante se tiene porque el cronista indígena Santa Cruz Pachacuti Yamqui (Siglo XVII) fue originario del lugar siendo su obra una muestra de la élite local. Ambos Señoríos formaron una suerte de federación; compartían no solamente la lengua aymara, según explica Bertonio y se corrobora por la toponimia, sino también la vestimenta, prácticas funerarias así como estrategias económicas y por supuesto autoidentificación. El cronista Cieza de León (1553) indica que tanto hombres como mujeres llevaban en la cabeza unos bonetes de lana grandes muy redondos y altos. Un elemento común es también su cultura guerrera. Canas y canchis actuaron en conjunto luchando contra los quirhuas ubicados en la frontera tropical de los Andes.

Tanto canchis como canas se ubicaban a ambos lados del lago ocupando los sectores urcusuyu y umasuyu. Precisamente a partir de los datos de esta organización brindados por Pachacuti es que Bouysse (1987) desarrolló la propuesta que muestra a los Señoríos del lago Titicaca organizados en estos dos suyus.

Como la mayoría de los Señoríos, controlaban también tierras en los valles. Se sabe que pequeños grupos de mitimaes canas fueron trasladados a diversas regiones de la actual

Bolivia, como los valles de Ambaná o sitios rituales como Copacabana. Lo mismo ocurrió con los canchis de quienes se sabe los ubicaron como mitimaes en Copacabana y también en Italaque.

La relación entre estos Señoríos con los del lago Titicaca ha debido ser muy estrecha ya que compartieron muchos elementos culturales. Un ejemplo es el trayecto mítico que siguió Tunupa –dios lacustre– que en su recorrido toca algunos sitios canas, como Cacha (hoy Rajchi ubicado cerca del volcán Quimsachata) donde dice el mito realizó algunos hechos extraordinarios. Rajchi fue un centro urbano inca o probablemente un tambo en la ruta hacia el Collasuyu (Medinacelli, 2010b).

Lupaca, una sociedad llamera

Un debate permanente se refiere a si las unidades que conocemos como "Señoríos" fueron tales antes del dominio inca. Lo más probable es que los conocidos lupaca, pueblo aymara hablante, ubicado en la orilla occidental del lago Titicaca (hoy Perú) cuya economía se basaba en el pastoreo, conformó una "provincia" dentro del Tawantinsuyu. Estudios de arqueología en la región permiten considerar que antes de los incas varios grupos o Señoríos locales habitaban la región, unidades que incluso podrían remontar su existencia antes de Tiwanaku (Stanish, 1997).

Los lupaca ocuparon únicamente en el lado urcusuyu del lago lo que podría ser la pauta de que "urcu" (zona seca y alta) era la región más pastoril del altiplano aunque se debe recalcar que esta vocación no excluye que también se cultivaran ciertos productos (Medinacelli, 2010).

Según el cronista Cieza de León los lupacas guiados por sus capitanes Cari y Cusi llegaron desde el Sur, tan lejos como Coquimbo y Copiapo (hoy Chile); de allí en diversas oleadas se fueron asentado en la zona del lago. En su afán por controlar la zona atacaron el centro ritual más importante –la Isla Titicaca (Isla del Sol)– que se hallaba en manos de los collas. Al parecer luego de atacar la isla, se retiraron a la orilla occidental del lago dejando establecida su supremacía guerrera. De hecho luego fueron aliados de los incas contra los collas. Asentados en la orilla occidental del lago, convivieron con la población uru y tal vez con otros grupos de lengua puquina los que tuvieron un status inferior. Como se trata de un pueblo de lengua aymara y economía pastoril que necesitaba moverse por el territorio para sobrevivir, estructuraron su territorio bajo una organización segmentaria dividida en markas.

Desde la arqueología se duda de este origen pues no existen evidencias materiales sobre esta migración y en Copiapó no existen restos de lengua aymara ni otros indicios, sin embargo los datos del cronista Cieza recogidos en el siglo XVI están ahí planteado las preguntas que por ahora no tienen otra respuesta. Lo que sí existe al Sur, es el sistema constructivo circular con techo embovedado típico de las construcciones de chullpas.

El estudio de Stanish en la zona lupaca particularmente en el eje Juli - Pomata establece varios puntos defensivos para el Intermedio Tardío llamado por su equipo Periodo Altiplano. En este momento constata el desarrollo de sitios fortificados en las cumbres de los cerros que representan un cambio radicalmente diferente del precedente patrón Tiwanaku y representa un cambio profundo en la organización política y económica. De los sitios estudiados la Pukara Juli parece fue el principal refugio de este periodo. Se trata deun enorme sitio fortificado que yace sobre el pueblo moderno de Juli. Sin embargo también existen sitios no fortificados que se tienden a concentrar cerca de las pucaras.

En cuanto a su organización interna, esta se conoce bastante bien gracias a la Visita realizada por Garci Diez de San Miguel en 1567 pero no se puede afirmar que correspondan necesariamente al periodo de los Desarrollos Regionales. Más bien lo que la arqueología considera es que no hay datos suficientes que permitan afirmar que hubo un sistema de poder centralizado en la región antes de los incas (Lawrence, 1997). Lo que el estudio sostiene es que el sistema constructivo (distribución espacial y diferenciación de construcciones más complejas), la ritualidad, el tipo de cerámica sin decorado y otros elementos no permiten sostener un sistema político centralizado. Sin embargo nuestras propias conclusiones son que al existir pucaras de enormes dimensiones como la de Juli Pukara con varias murallas y con cientos de estructuras habitacionales y tal vez de almacenamiento, son en si la muestra de un sistema de organización con autoridades con suficiente poder. En la región, Juli aparece como

el lugar preinca más importante y pudo haber sido uno de los lugares que aglutinaba poder. Por otra parte es indispensable tener en cuenta que una sociedad pastoril tiene un sistema político que no busca ni la construcción de ciudades ni la especialización, por tanto los restos materiales que deja son también diferentes (Medincelli, 2010b).

A partir de documentos coloniales como la Visita de Garci Diez, Murra (1975) elaboró el modelo de economía andina denominado "control vertical". Los lupaca estaban organizados en siete markas: Chucuito –que era la cabecera– Acora, Ilave, Zepita, Yunguyo, Pomata y Juli. También controlaban oasis en la costa desde Lluta hasta Sama y Moquegua. Cada una de estas markas se dividía en dos parcialidades: hansaya y urinsaya. Luego cada una de ellas en ayllus, la mayoría de los ayllus eran de población aymara pero algunos eran de urus.

Los nombres de sus autoridades étnicas Cari y Cusi, pasaron a ser el título de las siguientes autoridades. El primer Cari sería el que llegó de Coquimbo, pasó por Carangas y se estableció en Chucuito. Otro de los Cari, estableció una alianza con los incas para atacar a su vecinos los collas, de este modo vencen a Zapana, jefe de los collas. En estos enfrentamientos están también los quillacas que matan a gente de Hatun Colla que controlaban Machaca. Ya bajo el dominio inca se sabe que los lupaca fueron llevados al Cusco para realizar labrados en piedra.

Por otra parte, es común pensar que en el mundo andino no hubo propiedad privada y que los bienes, particularmente la tierra eran propiedad comunal. Sin embargo esta situación es diferente en lo que se refiere al ganado según se puede establecer en la Visita de Garci Diez (1567) que aunque se trata de una información tardía permite proyectar a la situación un par de siglos antes.

La propiedad del ganado se escalonaba desde los rebaños propios de las huacas pasando por los de la comunidad, los de familias privilegiadas, hasta los de propiedad individual como indica Polo de Ondegardo [1571]. Cada una de las "mitades" lupaca tenía cientos de miles de cabezas. En una escala inferior, sabemos que por ejemplo en la marka de Acora cada ayllu tenía su propio ganado. Entre los hombres más ricos figura Juan Alanoca de Chucuito, de quien se decía tenia en 1567 más de 50000 cabezas y del cual no se registra tuviera relación parental alguna con las autoridades lupaca. Las autoridades étnicas también tuvieron sus hatos como deja ver un padrón "…de los mil indios ricos" de Chucuito.

Puesto que carecer de animales limitaba las posibilidades de intercambiar y también de tejer, ambas actividades importantes para obtener otros productos, las familias se esforzaban por tener en propiedad algún ganado. Los padres legaban a sus hijos algún ganado y también se les regalaba en algunos ritos como en el primer corte de pelo. En la misma Visita se establece que los indios aymaras, aún los más pobres, tenían algún ganado. La cantidad de ganado marcaba el status social de su dueño y permitía a las autoridades ejercer con mayor holgura la reciprocidad con los miembros de su grupo. El ganado pastaba en amplios lugares donde a veces podían estar revueltos los animales de los caciques, principales y particulares en cambio los pastos eran compartidos. Para su registro se desarrollaron quipus que permitían anotar lo que cada cual poseía y que las autoridades podían controlar estrictamente. Todavía en el periodo colonial se encuentran datos de encargados de registrar el ganado en quipus (Medinacelli, 2010).

Como un pueblo dueño de mucho ganado desarrollaron finas técnicas textiles. Documentos coloniales estudiados por Murra evidencian la existencia de un importante núcleo textil en la región de Chucuito, capital de los lupacas, donde se realizaban tejidos de cumbi (tejido muy fino de lana de alpaca, vicuña y algunas veces de pelo de chinchilla). Este sitio parece fue establecido por los incas tomando la experiencia textil de los lupaca, para ello trasladaron mitimaes de otras zonas. El centro textil y también cerámico se instaló en Millerea cerca de Huancané, siendo un centro multiétnico dirigido por los lupacas. Según Gisbert, Arze y Cajias (1987) los cumbicamayos (especialistas en tejidos de cumbi) eran tanto de la parcialidad de anansaya como de urinsaya, formando una comunidad de tejedores dirigidos por personas de una elite estrechamente ligada al conocimiento religioso ya que debían tejer los símbolos de sus dioses, tanto así que en tiempos coloniales estuvieron presos por "hechiceros".

Collas y la herencia de Tiwanaku

Los collas como ningún otro pueblo del altiplano se relacionan con el desmoronamiento de Tiwanaku. La dispersión que siguió a la perdida de hegemonía de Tiwanaku afectó a los collas que

se instalaron al Norte y Noreste del lago y a los valles contiguos. Una memoria común, una lengua y autoridades de gran prestigio como fueron los Zapana, permitieron que –a pesar de los segmentos internos– se mantengan cohesionados y diferenciados de los pacajes al Sur y sobre todo de los lupacas a quienes consideraban advenedizos y con quienes se enfrentaban permanentemente.

Los incas aprovecharon estas diferencias para unir fuerza con los lupacas y conquistar a los collas. El jefe lupaca, Cari, atacó a Zapana en Paucarcolla y lo mató; el inca, entonces avanzó sobre la zona con sus tropas logrando vencerlos a pesar de la feroz resistencia. No conformes con este dominio a la muerte del Inca, los collas se rebelaron nuevamente; finalmente fueron sometidos y pasaron a formar parte del Tawantinsuyu. Es posible que fueran los incas quienes establecieron la división en dos sectores: Hatuncolla y Paucarcolla.

A pesar de haber contribuido a los incas con importantes conocimientos como sistemas de construcción, rituales y medicina, fueron excluidos de las festividades estatales e incluso recibieron el apodo peyorativo de "poquis millma rinri" (torpe oreja de lana), pues llevaban un bonete con orejeras de lana blanca (Guamán Poma, [1612] 1980).

Una lectura de larga duración ha permitido plantear que el surgimiento de lo que conocemos como "Señorío Colla" es el resultado de la presión que habría sufrido el pueblo de Tiwanaku en el periodo de inestabilidad alrededor del 1000-1100 d. C. Los tiwanacotas se refugiaron en el sector Nororiental y Noroccidental del lago Titicaca, y ya desligados del Estado se conocerían como el Señorío Colla (Bouysse, 1991).

Varios elementos apoyan esta propuesta: Los mitos de origen colla remiten a Tiwanaku y la isla del sol indicando que los collas se consideraban herederos del conocimiento y grandeza de Tiwanak. Esta memoria se apoya en el hecho de que la orilla umasuyu del lago, de dominio colla, es donde quedó mayor presencia del puquina, lengua dominante en Tiwanaku.

También el hecho de que collas e incas se consideraban con el mismo derecho a gobernar, este "derecho" se expresa en las imágenes de un keru (vaso ceremonial) donde los gobernantes colla e inca brindan una alianza, representados ambos con la misma categoría; incluso el colla tiene al sol como símbolo. De manera paralela el cronista Pachacuti presenta una invocación donde queda explícita la misma categoría de collas e incas.



Figura 79. Vestimenta colla. a) Chuco (gorro) probablemente colla, con ojales para insertar la característica medialuna que los distinguía étnicamente b) Así se observa en los dibujos de Martín de Murúa un sacerdote con el emblema distintivo en oro. En ese caso aparece en el brazo escrito "Vila oma", y en la pierna "el gran pontífice del inga"; se trata del sacerdote que estuvo a cargo del ingreso al Collasuyu cuando llegó Diego de Almagro. y c) Prisionero colla es sacrificado; según Guaman Poma.

Fuentes: a) Museo Nacional de arqueología, b) Murúa [1599-1610] y c) Guaman Poma [1612].

Probablemente por esta situación los collas no aceptaron el dominio inca y resistieron su dominio, prueba de ello las pucaras tardias en la región. Por ello los incas tuvieron que aliarse con los lupacas para conquistar a los collas. En castigo a su rebeldía una vez bajo el dominio inca, los collas estaban excluidos de los rituales estatales (Bouysse, 1987) aunque los propios incas consideraban a los "puquina - kolla" como la "primera generación inca".

Según Bouysse, "kolla" en puquina significa "esperanza" mientras que en aymara quiere decir "medicamento"; colla también era el título de la máxima autoridad que por su carácter religioso a veces fue llamado Colla Capac, Capana o Zapana, que se identificaba por un emblema en forma de media luna como muestran Guamán Poma y Martín de Murua en sus ilustraciones.

Los collas no habrían sido un Señorío unificado a lo largo del tiempo; uno de los grupos que forma parte de ellos de manera independiente fueron por ejemplo los kallawayas. En un estudio de arqueología Arkush (2009) muestra a sub grupos o federaciones sub regionales en el territorio colla asociados a pucaras y estilos cerámicos. Encuentra claramente cuatro estilos cerámicos principales: A) Collao, B) Collao Asillo, C) Sillustani (negro sobre rojo y blanco sobre rojo) y D) Pucarani. Además parece haber centros de poder autónomo sobre todo en el lado urcusuyu.

La información que se tiene del territorio colla corresponde al periodo inca, pero en general puede proyectarse hacia atrás. Ubicados al Norte del lago Titicaca se dividían en collas de umasuyu y collas de urcusuyu con dos cabeceras: Hatuncolla y Paucarcolla. La importancia de la primera queda confirmada porque se consideraba una suerte de Cusco local, contaba con palacios, acllawasi (casa de las mujeres escogidas) y otros sitios rituales. Hatuncolla y Capachica de los collas, son los únicos dos lugares en el altiplano donde en el siglo XVI se hablaba 100% puquina (Bouysse, 1987).

El límite entre collas y lupacas estaba en Chucuito, cerca de Puno y entre collas y pacajes cerca de Ancoraimes, donde los incas instalaron mitmas chinchaysuyus. Justamente Ancoraimes es uno de los lugares donde se hablaba preponderantemente puquina.

Por los menos en tiempos del Inca, las poblaciones de collas de Urcusuyu eran: Caracato, Juliaca, Nicasio, Lamba, Cabana, Cabanilla, Hatuncolla, Mañaso, Vilacache, Poco, Paucarcolla, Capachica, Vilque Grande, Cupi, Orurillo, Ñuñoa, Huancoayllu, Sangarara, Pucará, Macarí y Omachirí. Y las de collas Umasuyu eran: Asillo, Arapa, Ayaviri, Chichero, Carabuco, Cancara, Moho, Conima, Ancoraime, Huaycho, Huancasi, Vilque Chico, Huancané y Pusi. En el lado umasuyu hacia los valles se ubican los kallawaya que eran parte de los collas. También era colla el espacio sagrado de Copacabana y las islas sagradas de Titicaca (Isla del Sol) y Coati (Isla de la Luna) que espacial y simbólicamente se ubican en el taypi o centro. Mitimaes collas se encontraban dispersos por distintas partes del Tawantinsuyu, se conocen por ejemplo collas entre los carangas (en Huachacalla) en Combaya o en Larecaja. Controlaban tierras de valle sobre todo hacia el sector oriental de su territorio.

La nación Colla estaba formada por collas, urus y kallawayas. Tal vez anteriormente por una serie de agrupaciones menores, siendo los collas la población principal y con mayor poder. La lengua originaria era la puquina; la lengua aymara se superpuso y convivió con la primera. Estos datos son la base para que el lingüista Alfredo Torero y las historiadoras Therese Bouysse y Teresa Gisbert, propongan que los collas fueron un reducto de los antiguos tiwanakotas. Los urus por su parte, como población más antigua formaron parte de los collas manteniendo su propia lengua y modo de vida.

A su vez la situación de los kallawaya era distinta, manteniendo a lo largo del tiempo rasgos de identidad diferenciados y con un territorio ubicado hacia las estribaciones de la Cordillera Oriental (Larecaja). No ocupaban el lugar más bajo de la sociedad, como ocurría con los urus, sino diferente. En algún momento se puso en duda la antigüedad de la tradición médica de los kallawayas porque no hay referencias coloniales a esta actividad. Sin embargo últimamente Loza (2007) ha estudiado algunas ofrendas rituales, tan antiguas como Tiwanaku, que eran parte de las actividades de curación.

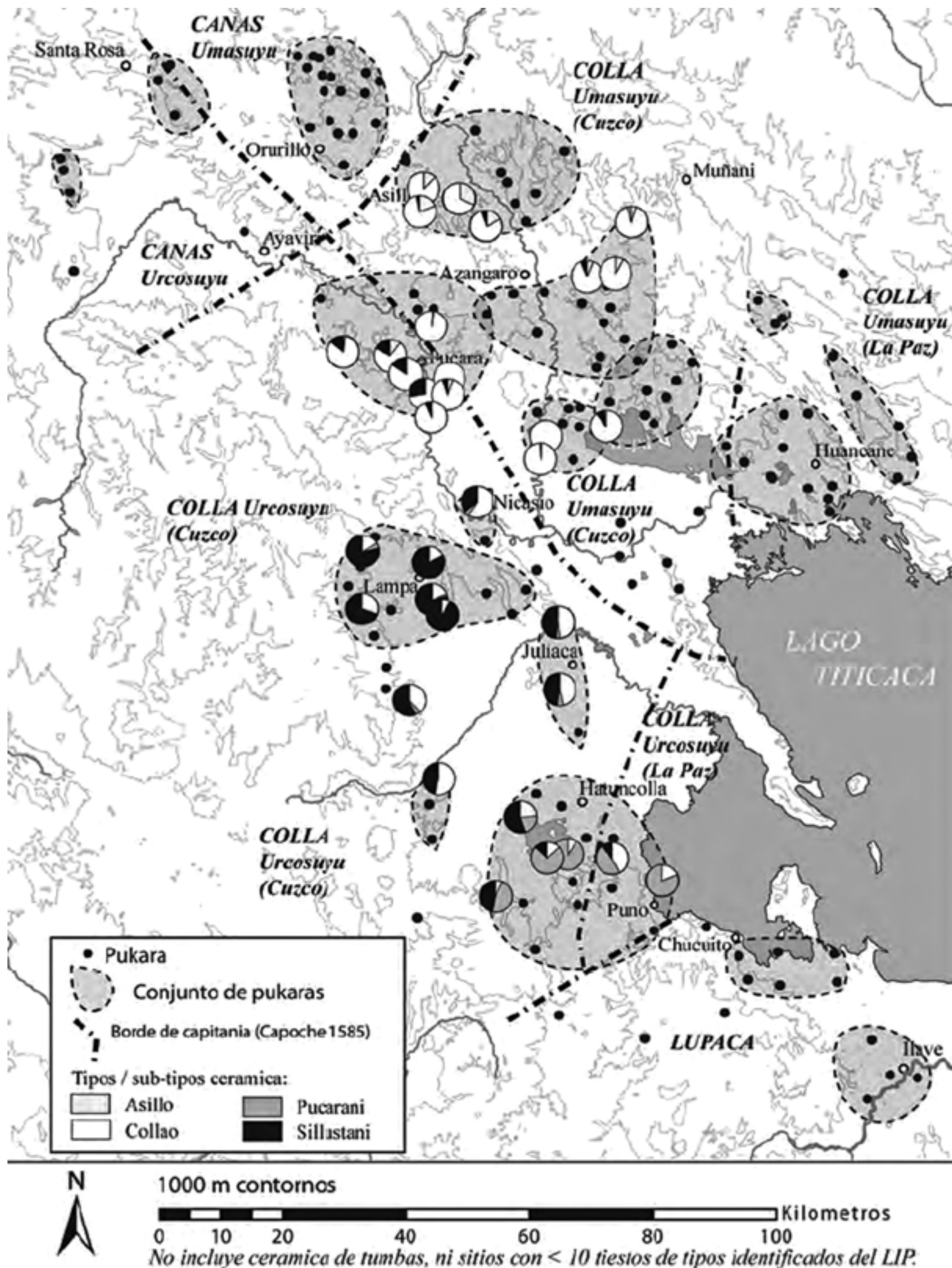


Figura 80 Distribución de tipos de cerámica colla en los conjuntos de pucaras. Se encuentran cuatro estilos subregionales principales de cerámica en el Intermedio Tardío lo que sería una muestra de que no hubo un Señorío Colla estable y unificado al momento del encuentro con los incas. Fuente: Arkush, 2009.

Tanto kallawayas como urus hablaban cada uno una lengua propia. Los primeros el idioma machchaj-juyai, lengua parecida a la puquina que hasta la actualidad se conserva por lo menos en algunos cantos y rituales en la zona kallawaya. Se hablaba también aymara, como lengua presente en todo el altiplano.

Pacajes, hombres águila de doble origen

En medio de las luchas comunes en el Intermedio Tardio, la marka de Machaca, estuvo un tiempo en poder de los collas; aprovechando los enfrentamientos internos, probablemente fue el Inca Pachacuti (el noveno Inca 1438-1471) quien conquistó a los pacajes.

Se puede encontrar en los pacajes una excelente muestra de cómo la desintegración de Tiwanaku afectó de manera diferenciada al altiplano pues en algunos casos hubo una ruptura total y en otros no la hubo. Los pacajes muestran en algunos sectores continuidad con Tiwanaku, así observa Albarracín (1996) en la cerámica que paulatinamente fue perdiendo calidad y complejidad. Pero en otros sectores de los pacajes hubo un cambio más brusco que se observa en el tipo de enterramientos en chullpas características del nuevo periodo. Tal vez por esta doble situación es que Mercado de Peñaloza ([1583] 1965) sostuvo que los pacajes tenían un doble origen, unos en el lago y otros al Sur del altiplano (Carangas). Esta misma ruptura se observa entre los lupacas, pueblo vecino a los pacajes, que aparecen en la documentación como invasores que se instalaron en zonas que antes estuvieron dominadas por Tiwanaku. Otros vecinos, como los collas, más bien fueron empujados hacia el Norte y los valles del Noreste del Titicaca.

Investigaciones arqueológicas en la región pacaje, encuentran que en el periodo tiwanacota la población se concentraba en el valle de Tiwanaku y áreas aledañas al lago. Luego del colapso de esa cultura, el número de asentamientos humanos experimentó un explosivo incremento, particularmente en ciertas áreas, como en Caquiaviri, pero estas poblaciones no se encontraban en sitios defensivos sino en plena pampa. La cerámica que se encontró en 30 asentamientos del lugar muestra presencia de cerámica pacaje, inca-pacaje y alguna con influencia de Tiwanaku, pero no Tiwanaku puro, lo que indicaría su poblamiento luego de su desmoronamiento.

Su territorio, ubicado al Sur del lago Titicaca, estaba dividido en dos sectores, uno umasuyu y otro urcusuyu; abarcaba un amplio espacio que incluía la antigua ciudad de Tiwanaku y la actual ciudad de La Paz. Limitaba al Este con la "provincia de Carabaya y Quirhuas", al Oeste con el lago Titicaca. Al Sudeste con los yungas y al Sur con Caracollo. En el centro principal, Caquiaviri, vivían las autoridades pacajes y también allí se construyeron sus enterramientos por lo que se encuentran restos de chullpas (torres funerarias) con algunos diseños. El resto de los asentamientos pacajes eran pequeños sitios dispersos por el territorio, típica forma de ocupación del espacio en el altiplano. A la llegada de los españoles contaban entre 18000 y 20.000 unidades domésticas, es decir unos 100.000 habitantes, que estaban divididos en markas o pueblos.

Cuadro 4. Probables markas de Pacajes a comienzos del siglo XVI

Markas Pacajes	
Pacaje - Urcusuyu	Pacaje - Umasuyu
Sicasica	Ayo Ayo
Callapa	Calamarca
Tiahuanaco	Viacha
Caquiaviri	Laja
Guaqui	Huarina
Caquingora	Pucarani
Machaca la Grande y la Chica	Achacachi
	Chuquiago

Fuente: Mercado de Peñaloza ([1583] 1965).

Al igual que otros Señoríos que accedían al lago, su economía se sostenía mediante pesquerías, totora, patos, otras aves acuáticas y algas, también contaban con gran cantidad de camélidos tanto domésticos (llama y alpaca) como silvestres (vicuña y guanacu). En el altiplano sembraban productos propios de la zona y accedían a otros mediante el "control vertical", sus mitmas o colonos, controlaban tierras en

los valles y yungas. Hubo colonias pacajes en Larecaja donde estaban junto con los collas y lupacas, también en Cochabamba, donde los incas establecieron un enorme centro productor de maíz; además tenían mitmas en Chaquí, cerca de la actual ciudad de Potosí, entre otros.

Los pacajaque; hombres-águila, hablaban un aymara que fue considerado por Bertonio ([1612] 1984) uno de los más ricos del altiplano; tenía alguna diferencia con el que hablaban los lupacas. Otro signo de identidad era su traje, de modo que los hombres llevaban un bonete de color amarillo que permitía distinguirlos fácilmente y las mujeres usaban una especie de capucha ligeramente levantada en la parte delantera.

El Señorío pacaje, incluía a urus, aymaras y algunos de habla puquina siendo este idioma entre los pacajes menos importante que entre los collas. Sin embargo, en ciertos lugares como en la ciudad de La Paz, se hablaba tanto puquina como aymara. Por otra parte se sabe que los urus estaban organizados en ayllus sin mezclarse con otras etnicidades, hablaban su propia lengua teniendo poco o ningún acceso a tierras, en cambio mantuvieron el dominio del lago y sus recursos. No existen referencias concretas sobre los lari lari o choquela (cazadores) pero es muy probable que formaran parte de los pacajes pues quedan resabios de una danza con este nombre. Se considera por tanto un Señorío multiétnico.

La tradición oral recogida en documentos coloniales refiere la existencia de una autoridad mítica denominada Apo Guarachi que tenía su "palacio" en Quillacas, al Sur del lago Poopó. Apo Guarachi tuvo dos hijos: Llanquetiti y Copatiti que figurarán como mallkus de los pacajes antes de la presencia inca. Al igual que entre los lupacas se administraron con doble autoridad siguiendo un sistema de sucesión que pasaba de hermano mayor al menor para luego regresar a otra línea familiar, a un sobrino o al tío; pocas veces heredaba directamente el hijo.

Soras y las relaciones interétnicas

En la región del Poopó (Oruro), se ubicaban tres Señoríos cuya composición étnica presenta una notable presencia uru, más importante quizás que en el lago Titicaca. Otra diferencia con esa región es que en Oruro se encontraban confederaciones de diversos pueblos, mostrando una organización flexible y aglutinante. Al Norte del lago Poopó se ubicaron los soras y al Este y Sur los carangas y quillacas estos últimos formaron la Confederación Quillaca.

El Señorío Sora plantea dos problemas: el de las relaciones interétnicas y el de influencia inca en la organización de los "Señoríos". En lo que se refiere a las relaciones interétnicas, los soras son un ejemplo interesante de relación entre pastores, agricultores y pescadores, cada uno de ellos con sus propios ayllus, autoridades y territorio.

Es posible que lo sora fuera una reorganización de la administración inca pues se conoce que al Sur de Cusco existía otro Señorío denominado también Sora, por tanto surge la pregunta si los de Oruro fueron trasladados por los incas. De hecho los soras de Oruro, tienen todas las características de ser el producto del reordenamiento inca de la región, ya que existen poblaciones de diversos lugares, que reorganizados en el territorio, formaron una nueva unidad que conocemos como Señorío Sora. Esto no quita que pudieron haber soras originarios del lugar como opina Mercedes del Río (2006) que ha estudiado con mucho detalle esta realidad y encuentra en el sitio Sora Sora chullpas de origen preinca.

El término sora adquiere dos sentidos: chicha muy fuerte que según el cronista Arriaga era una bebida que consumían los "hechiceros"; la otra traducción es hierba acuática, abundante en el lago Poopó.

El Señorío Sora ocupaba una franja territorial que comprendía tierras de altiplano y valle, desde el actual departamento de Oruro, pasando por Cochabamba hasta Ayopaya. La parte altiplánica llegaba hasta las orillas del lago Poopó siendo tierras en gran parte inundables y en otros casos aptas para la ganadería de camélidos. Las tierras del valle, en cambio brindaban recursos complementarios para la subsistencia. Su cabecera, Paria, estaba ubicada en el altiplano, en una zona que controlaba el ingreso a los ricos valles de Cochabamba. Esta cabecera fue instalada por los incas donde construyeron un importante tambo para vigilar el flujo de bienes entre altiplano y valle. En cambio

un importante centro preincaico fue Sora Sora, como indicamos, donde se encuentran chullpas de los antepasados fundadores del grupo cuyas tumbas no solo recibían el culto de la población sino que servían también de mojones. A partir del periodo colonial, la "capital" fue trasladada a Capinota.

La variedad de identidades se hace patente entre los soras que estaban formados por: soras, casayas y urus. La importancia política sigue este mismo orden, pues los soras, a pesar de ser los menos numerosos, eran el grupo dominante; los casayas ocupaban el segundo lugar en importancia y en número; finalmente siendo los urus, los más numerosos, eran el grupo de menor jerarquía política y social. Hubo también entre ellos diferencias en la actividad económica.

Las diferencias entre ellos residía tanto en la lengua como en su medio de subsistencia, mientras soras y casayas hablaban aymara, los urus tenían su propia lengua, la uruquilla. Los soras eran agricultores, los casayas pastores y los urus pescadores. A su vez, los soras se dividían en cuatro grupos: soras de Paria, de Caracollo, de Tapacarí y de Sipe sipe; los dos primeros formaban la parcialidad hanansaya mientras que los otros formaban urinsaya. Los soras altiplánicos (Paria y Caracollo) controlaron terrenos hasta los lagos Uru-Uru y Poopó, en tanto que los del valle (Sipesipe y Tapacarí) ocuparon el valle bajo cochabambino hasta Sacaba, donde compartían territorio con chuis, cotas y urus. Sus autoridades étnicas podían llevar el apelativo de "Inca", como el conocido Inca Achacata. Bajo el dominio incaico, los soras desarrollaron para el Estado las tareas de artesanos, plateros, yanaconas del inca, mitimaes cultivadores de coca (en Pocona), agricultores de maíz (en Cochabamba), yanaconas en el templo de Copacabana y mitimaes en Guarina y Achacachi. También fueron llevados como mitimaes militares al territorio chicha, fronterizo con los chiriguanos.

Por su parte los casayas, controlaban un territorio donde hoy se encuentra la provincia de Saucarí (Oruro). Su centro llamado primero Yanacachi , luego Saucari, hoy es el pueblo de Toledo, muy cerca de la ciudad de Oruro. El cronista Antonio de la Calancha, sostiene que los casayas fueron trasladados al Poopó por los incas para "instruyeran" a los urus. Calancha consideraba a los casayas indios "lustrosos, hábiles, políticos, limpios y bien agestados", además de acaudalados por la cantidad de ganado que poseían. La relación sora-casaya parece fue más fluida que con los urus pues se encontraban en varios poblados junto a la laguna, casayas mezclados con soras, pero no se encuentran juntos casayas con urus en un mismo poblado.

Finalmente los urus poblaban mayoritariamente la región húmeda de Caracollo en un sistema disperso de uso de su espacio. No quedan dudas que eran originarios del lugar y que fueron conquistados por los incas tras cruentas batallas. La reformulación de su espacio y sacarlos de la laguna, introducir a los casayas en su territorio y ponerlos bajo el dominio de los soras, es una muestra de que la incorporación de los urus del lago Poopó al Tawantinsuyu no fue pacífica.

Carangas: cultura pastoril de larga duración

¿Cuál es la antigüedad de este Señorío? Estudios arqueológicos basados en la continuidad del estilo de cerámica (llamado caranga en Bolivia y chilpe en Chile) proponen que los carangas provienen de una larga historia que se remonta hasta cerca al año 300 d. C. (Michel, 2000). Un equipo de investigación de la Universidad de Pittsburg sugiere que hubo continuidad de modelos cerámicos que no muestran interferencia tiwanakota. Esta continuidad también tiene que ver con la menor presencia que pudo tener Tiwanaku en la zona, pues, hasta el momento los estudios muestran que la huella que habría dejado esta cultura en Oruro es menor que en otras zonas.

En cambio los incas dejaron importantes huellas en el sector occidental del lago Poopó. Precisamente uno de los sitios arqueológicos más impresionantes de carangas es el de las chullpas decoradas del río Lauca, ubicado cerca de lo que fue la antigua cabecera. Todo indica que este sitio fue re-construido para conmemorar la alianza inca-caranga, en un espacio que es en verdad un santuario al aire libre. Esta alianza se traduce en la complementación de elementos incas con carangas; siendo las chullpas de origen preinca, el decorado de las mismas asemejan textiles incas; además en el lugar se construyó

una chullpa de grandes piedras talladas de estilo inca imperial y con vanos trapezoidales típicamente incas, pero las propias chullpas y la concepción de este espacio como un paisaje sagrado, son carangas.

Los asentamientos dispersos en carangas siguen una tradición que se desarrolló hasta aproximadamente el año 1000/1200 d. C. cuando los pobladores construyeron las pucaras o asentamientos defensivos en altura, que son la expresión de un periodo de inestabilidad y enfrentamientos que duraron hasta cerca de 1450 d. C., momento en que fueron conquistados por los incas. El territorio y la población fueron reacomodados por los incas con fines administrativos formando una provincia.

A la llegada de los españoles gobernaban a los carangas Condor Vilca (en la parte de Huachacalla, Sabaya y Turco) y Vilca Callisaya (en la parte de Totora), por encima de todos ellos estaba Chuquichambi que residía en Chuquicota. Es notable que los documentos denominen a Condor Vilca como uru, lo que indicaría que el status de los urus en esta zona no seguía el patrón de sometimiento de otras regiones.

Ubicados en el sector Urcusuyo del altiplano, los carangas ocupaban las provincias de Sajama, Caranga, Atahuallpa y Totora del departamento de Oruro aunque antiguamente su territorio era más extenso e incluía tierras en distintos pisos ecológicos. La cabecera preinca era Turco cuya ubicación original se desconoce debido a que en el año 1600 tuvo que trasladarse por la explosión del volcán Huayna Putina. Turco no fue el único poblado importante pues además de éste hubo en Carangas unos seis o siete poblados principales o markas: Corquemarca, Andamarca, Chuquicota, Sabaya, Totora, Orinoca y Huachacalla. Cada una de ellas se dividía en hanansaya y urinsaya; varias markas se agrupaban formando una “parcialidad”. La parcialidad principal estaba presidida por Turco y se denominaba Hatun Caranga.

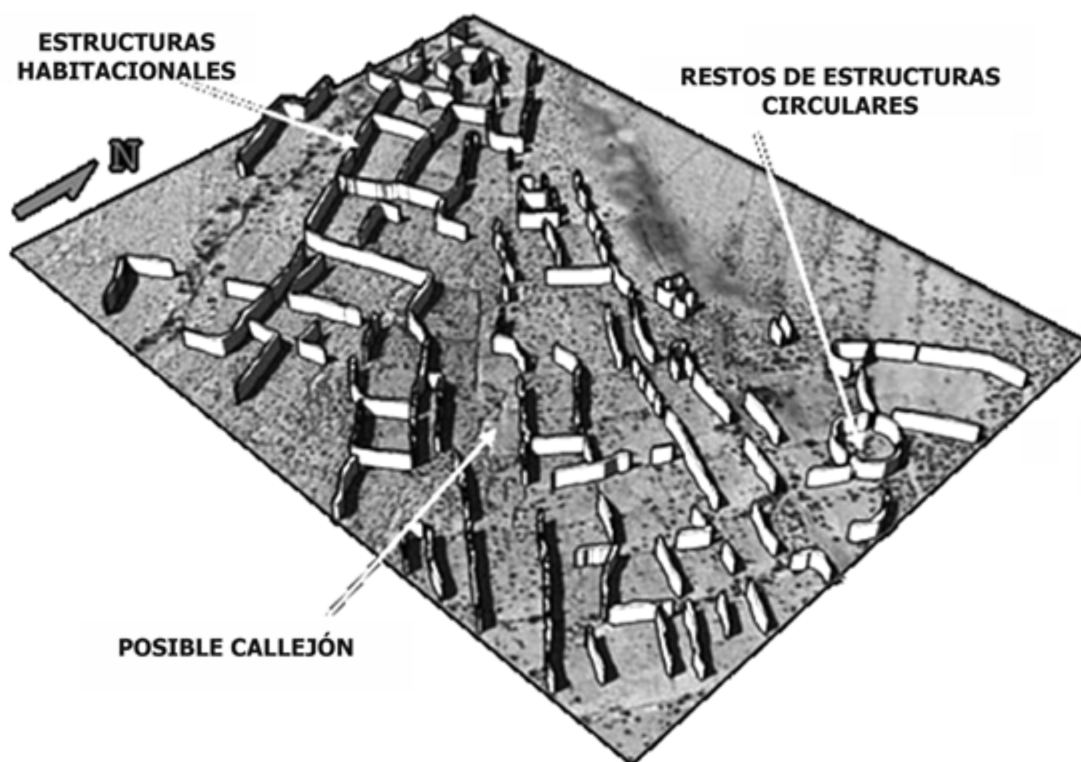


Figura 81 Reconstrucción del sitio de Caranguillas en las faldas de la cordillera Occidental. Ejemplo de sitio habitacional caranga reconstruido sobre la base de foto satelital del Google Earth.

Fuente: Medinacelli coord., 2012; elaborado por O. Porcel.

Las menores posibilidades de agricultura, limitada a algunas especies fuertes de papa y cañahua, se veían compensadas por la riqueza ganadera. En consecuencia, su organización social y territorial, así como el resto de su cultura se pueden considerar como expresiones de un pueblo pastoril andino que se movía constantemente por el territorio teniendo viviendas principales y secundarias. La población dispersa llegaba a la marka en momentos del año de importancia ritual y económica y se reunían en fiestas y ferias temporales.

Aunque la arqueología discute que los límites que señala la etnohistoria no coinciden con exactitud con los restos arqueológicos, los límites aproximados de la provincia de Carangas eran los siguientes: al Norte el río Mauri hacía de frontera natural con los pacajes. Al Noreste, la división entre carangas y soras era más difusa. Al Este, el lago Poopó separaba claramente a carangas de soras y al Sudeste y Sur nuevamente la frontera con los quillacas no era clara. El problema se presenta con la frontera Oeste; allí la Cordillera Occidental parecería ser un límite preciso, sin embargo hay datos que muestran que todavía en la provincia de Tarapacá al "otro lado" de la cordillera, los caranga tenían dominio discontinuo incluso hasta la costa donde interactuaban no solamente con otros Señoríos del altiplano (pacajes y lupacas) sino también con la población originaria local como los changos y camanchacas. Los recursos de esta zona eran no solamente coca, sino también pastizales irrigados y permanentes. Riviere (1986) propone que los lazos de complementariedad con la vertiente del Pacífico, que se encontraba entre tres y cinco días de camino, eran más antiguos que con los valles interandinos.

Precisamente accedieron a los valles de Cochabamba, Chuquisaca, Tarija y Lípez recién a partir del dominio incaico. Allí tenían tierras los de Totora, Andamarca, Urinoca, Corque y Chuquicota es decir las markas orientales de los carangas. En Tarija, se encontraban en la fortaleza de Aquilacha enviados por los incas como guardianes de frontera, una situación similar parece fue la de los carangas que se encontraban en Toco (Lípez). A su vez, encontramos en medio del territorio caranga a mitimaes provenientes de otros Señoríos y trasplantados en la época incaica: lupacas en el tambo de Cosapa; collas en la estancia de Choati de Huachacalla y charcas en el pueblo de Pacha.

A la llegada de los españoles, el centro de poder o "cabecera" donde residían las autoridades principales era Chuquicota, que desde los incas se convirtió en un importante tambo. Sin embargo esto no fue siempre así, en tiempos preincas fueron más importantes que Chuquicota, Corquemarca y Turco.

Los carangas estaban formados por los pueblos carangas y urus, los primeros eran llameros de lengua aymara y los segundos "hombres del agua", ambos compartían una alta movilidad en el espacio, aunque con distintas características. Los llameros circulaban intercambiando bienes, en cambio los urus se movían tras los recursos lacustres.

Ambos pueblos formaban las markas que generalmente eran biétnicas, estando bien definidos los ayllus de urus y los de aymaras. Los primeros se identifican por el carácter lacustre de su cultura, pero esta relación con los lagos, ríos y salares ha hecho que tanto ellos mismos como los demás, los vean como una cultura al margen del orden establecido, como si fueran parte de otra humanidad. Incluso sus mitos de origen, sostienen que son "chullpapuchos" (los restos de los chullpas), como recuerdan los chipayas que mantienen aún hoy su lengua, costumbres, viviendas y creencias.

Sin embargo, esta marginalidad no puede generalizarse a todas las regiones y a todos los tiempos. En los documentos más tempranos sobre Carangas figuran autoridades uru como jefes de parcialidades completas como el caso de Condor Vilca, quien, era un cacique uru de la parcialidad de Sabaya - Huachacalla.

Por su parte los pastores carangas desarrollaron una cultura que hizo del espacio motivo de culto y ámbito de lo sagrado. Muchos mitos y tradiciones locales dejan saber que las montañas eran consideradas deidades con características humanas, podían ser hombres o mujeres que protegían, proveían y castigaban. Las leyendas del Sajama, la Tunupa y del Tata Sabaya son sólo algunos ejemplos. Este espacio estaba señalado por rasgos de la propia naturaleza por ejemplo ciertas montañas, volcanes, lagos, ríos y vertientes eran expresiones

sagradas que los carangas resaltaron mediante construcciones de carácter religioso (tumbas de los antepasados) donde se realizaba una serie de rituales. Allí confluyeron elementos naturales y culturales demarcando los límites entre una parcialidad y otra; entre un Señorío y otro pero también entre los espacios sagrados y los profanos.

Recuadro 10

Mito de la Tunupa

Ramiro Molina Rivero

Las diferentes versiones del Mito de la Tunupa contemporánea se identifican claramente con un personaje femenino, a diferencia del personaje del siglo XVI que se caracteriza por un personaje de edad y masculino. Fueron recogidas principalmente en las localidades de Pampa Aullagas, Quillacas, Huari, Sevaruyo, Salinas de Garci Mendoza, Aroma, Ucumasi y Challapata. La versión que sigue es una de las más completas que incluye una serie de fragmentos existentes en las diferentes localidades estudiadas:

«Se dice que un día el viejo Asanaques se casó con la Tunupa y tuvieron varios hijos. El Asanaques era un viejo con barba blanca y el principal mallku de la región y la Tunupa una bella y joven mujer que llevaba doce polleras de muchos colores y doce enaguas.

El viejo Asanaques era muy celoso de la bella Tunupa ocasionándole muchos sufrimientos a la joven mujer. Así un día, tanto sufrir, la joven Tunupa decidió irse hacia la costa. En esa ocasión la Tunupa y el Asanaques tuvieron una riña, en la que el Asanaques comenzó a pegarla, mientras que la Tunupa pidió auxilio y salió a su defensa su hermana, Chullasi, que se encontraba al otro lado del lago cerca a Orinoca. Esta, para defender a su hermana Tunupa, le lanzó con una honda, una piedra a la cabeza del Asanaques, hiriéndole de esta forma al Mallku para siempre. Por esa razón el Mallku se encuentra inclinado hacia donde sale el sol y la piedra que le hirió se encuentra todavía en la pampa cerca al camino, que la llaman Pacokahua.

Mientras estaba herido el Asanaques, la Tunupa aprovechó de marcharse, dejando atrás a sus hijos: Wilacollo, Huatascollo, Huari y Sevaruyo (Cerro Gordo).

En su recorrido hacia la costa, la Tunupa se orinó en las pampas de Aguas Calientes, donde hoy en día aún existen brotes de aguas termales. Luego, de transitar por las pampas de Condo, la Tunupa decidió descansar en la localidad de Quillacas, donde se hizo un fogón para cocinar, formando así los cerros de Santa Bárbara y San Juan Mallku, donde luego se ubicaría el actual pueblo de Quillacas. Al día siguiente, dirigiéndose rumbo al Oeste, la Tunupa para cruzar el río Márquez, dejó una de sus abarcas, en lo que hoy en día es la pequeña loma Sato. Al otro lado del río, decidió descansar un poco dejando su aposento temporal (*jaraña*) en esa localidad, conocida con el nombre del cerro de Pedro Santos Willka y donde se encuentra, al pie de dicho cerro, el pueblo de Pampa Aullagas. Rumbo al sur, cerca de Tambillo, la Tunupa excavó la tierra para construir una *Tiwaraña* y beneficiarse su quinua, comida que se guardó para el resto del camino.

Continuando su trayectoria hacia el sur, en una localidad llamada *Jayu Cota*, excavó nuevamente la tierra para luego verter su leche y dejarla a su hijo menor que la seguía. Este lugar es actualmente un pequeño salar de color rojizo. Más adelante en su camino dejó a un hijo enfermo con viruela, llamado Salviano, nombre de un cerro que tiene muchos huecos.

Siguió su camino hasta llegar salir de Uyuni y perder de vista al Asanaques. En esta zona se encontró con dos jóvenes muy guapos, el Cora Cora y el Achacollo (o Cerro Grande), con los que tomó amistad, y quienes la convencieron que se quedase por esos lugares.

Muy pronto los jóvenes se enamoraron de la bella Tunupa. Su belleza atrajo la atención de conocidos y poderosos Mallkus como el Tata Sabaya y el Aconcagua. Algunos dicen que el Mallku Sabaya mandó su ejército para conquistar y robar a la Tunupa; en su intento fracasó. Mientras tanto los dos jóvenes pretendientes comenzaron a pelearse por la Tunupa hasta iniciar una guerra. Con un hondazo, el Cora Cora hirió el corazón del Achacollo, por lo que desangró mucho. Por ello este cerro hoy en día aparece totalmente seco. Por su parte, el cerro Achacollo también le lanzó un hondazo al Cora Cora, hiriéndolo en la vejiga y abriéndole muchos huecos. Este cerro hasta ahora tiene vertientes de agua que salen de su interior. Así ambos jóvenes pretendientes murieron por el amor de la Tunupa. Y desde entonces la Tunupa se quedó para siempre en esta región."

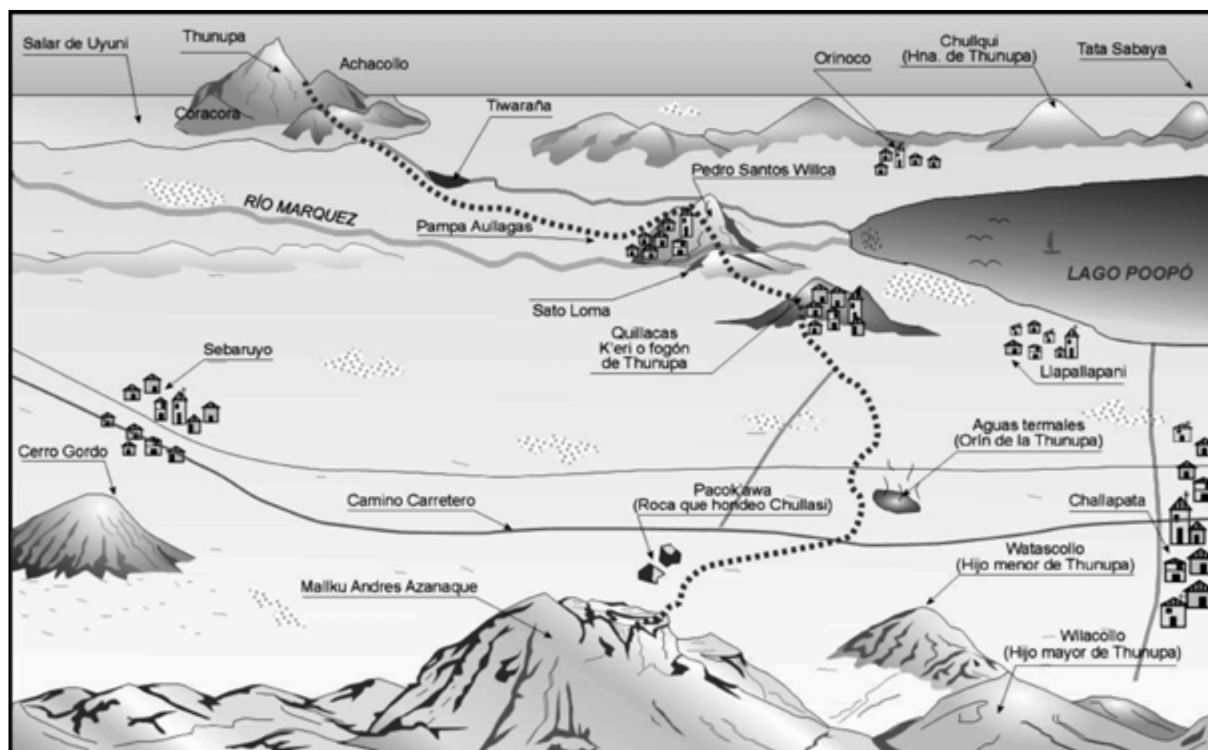


Figura 82. Ruta de la Tunupa según la versión recogida por Ramiro Molina en la década de 1980.
Fuente: Molina, 2006.

Quillacas y la Confederación de pueblos

Quillaca, más que un Señorío constituye una federación de varias naciones: quillacas, asanaques, sevaruyos - aracapis y aullagas-uruquillas, de las cuales los los quillacas eran la cabeza política. Junto con sus vecinos carangas formaron la llamada Confederación Quillaca. Cada una de estas naciones se dividía en parcialidades y luego en ayllus. Este fenómeno de aglutinación de segmentos de varias identidades, es más notorio aquí que en la región del lago Titicaca. La variedad de pueblos que veremos entre los quillacas es una muestra de la multietnicidad del altiplano boliviano en tiempos prehispánicos.

Los quillacas propiamente, formaron una unidad cuya cabecera era el pueblo de Hatun Quillaca, centro ritual de una amplia zona. El territorio Quillaca incluía tierras en Chuquisaca como, Pojpo, San Lucas de Paacollo y San Juan del Pedroso e incluso tuvieron tierras en los valles de Tarija. El sistema de autoridades era como en todos los Señoríos hereditario y binario; a la llegada de los españoles el mallku de los quillacas era Colque Guarachi.

La base de su economía descansaba en la cría de camélidos que les permitía un intenso intercambio con diferentes regiones donde posiblemente la sal fue un bien de primera importancia, pero además explotaban minas de plata y se dedicaban a la agricultura en la región de puna y también en sus tierras en los valles.

Los estudios arqueológicos en la región intersalar, Coipasa y Uyuni (Lecoq, 1997), indican que en el Intermedio Tardío (ca. 1200-1400) hubo una fuerte presión demográfica manifiesta en una gran cantidad de ciudadelas encontradas en la región. Esto refleja, además, un estricto control de la producción y de la distribución de bienes, que se corrobora por la presencia de silos de almacenamiento, tambos y red de caminos. También se encontraron fortificaciones en lugares elevados o en faldas de los cerros; ubicadas siempre en proximidades de pequeños riachuelos o fuentes de agua. Más adelante durante el periodo inca varios de estos sitios fueron reocupados.

Otra característica de la zona es que presenta indicios de una ocupación multiétnica, expresada en una variedad de inhumaciones (en torres funerarias, en cuevas y en cistas). Los ajuares funerarios con objetos provenientes de zonas limítrofes confirman relaciones interecológicas, con los valles orientales y los oasis del litoral

pacífico. Este panorama referido a la región intersalar, se podría extender a toda la región del Poopó. Es importante subrayar la menor incidencia de Tiwanaku en la región, por tanto la ausencia del dominio tiwanakota no afectó de la misma manera que al altiplano paceño.

Los sevaruyo - aracapi se ubicaban en Puna, Coroma y Tolapampa, teniendo además otros centros en Talavera de la Puna (Potosí) y Quiocalla (Chuquisaca). También accedían a tierras en el valle de Cochabamba desde tiempos del Inca Huayna Capac. En el siglo XVI, su población se encontraba dispersa en 28 pequeños pueblos a lo largo de 30 leguas españolas; estaba compuesta por 5968 sevaruyos y aracapis y 292 urus, todos ellos organizados en tres segmentos 1) Sevaruyo 2) Marca Soraga 3) Aracapi. Alguna documentación insinúa que los aracapis hablarían puquina. Los Choqueticlla, eran sus principales autoridades.

Los asanaques se ubicaron al Sureste del lago Poopó, teniendo como pueblos principales Condo Condo, Challapata y Culta (hoy de los qaqachaca). El cerro Azanaque figura en mitos modernos como el viejo que se enamora de la bella Tunupa un volcán ubicado en el salar de Uyuni. Su organización socioespacial presenta una división en tres segmentos. Hanansaya - Urus - Urinsaya, cada cual con varios ayllus. Sus autoridades eran los Copatiti.

Los aullagas - uruquillas: el Sur del Poopó cuenta con una tradición de larga data que da una cierta unidad a la región. Trabajos de excavación refieren que la región intersalar presenta diversidad de estilos cerámicos que podría efectivamente reflejar una ocupación pluriétnica o contactos interregionales constantes. De los restos, el tipo "Taltape" está particularmente bien representado en la región quillaca por ello han sido designados como Quillacas-Taltape. Este estilo parece inlfuir en regiones vecinas particularmente en Macha (Lecoq, 1997).

Lecoq (1997) se pregunta si es posible identificar cada una de las naciones que formaban parte de los quillacas a partir de restos arqueológicos y encuentra ciertos indicios, como por ejemplo que los quillacas tenían deformaciones craneanas aunque no fueran los únicos en hacerlo, pero en general es difícil establecer diferencias tajantes.

Algunos restos arqueológicos de la región intersalar se podrían asimilar al resto de la región quillaca como la arquitectura donde la mayor parte de los emplazamientos son pucaras defensivas que probablemente son bastante antiguas (600 - 900 d. C.) pero cuya difusión aumentó en el siguiente periodo (1000- 1350 d. C.). Las viviendas son de tipo cuadrangular distintas de las casas redondas típicas de la cultura wankarani, mucho más antigua y las colcas de almacenamiento probablemente de quinua eran pequeñas torres redondas y a veces cuadradas.

La cerámica de la región intersalar se cracteriza por ser utilizaria (jarras, tarros, tazones y escudillas) y algunas rituales como los kerus que proceden de tumbas saqueadas. El estilo cerámico mejor representado es el Cabuza que se caracteriza por una serie de pequeños triángulos y líneas onduladas pintadas en negro, cuya difusión llega por lo menos hasta Arica. Este estilo coincide con otros como el Taltape, Las Maytas y otros como el Puquí (Lecoq, 1997).

En la región Sur del Poopó existen restos de ciudadelas que tenían un carácter religioso y de culto a las huacas de origen pero conservan también el carácter defensivo de pucaras con muros de protección y circunvalación de los barrios que agrupaban a conjuntos de casas de planta circular. Su posición cerca de las planicies las diferencia de las pucaras de altura y difícil acceso.

Alrededor de los años 1000 - 1400 d. C. (Intermedio Tardío) la población se expandió gracias a una alta densidad demográfica, a partir de 1450 la región fue controlada por los incas, localizados en ciudadelas. Es probable que se hubiera producido una reorganización del sistema productivo, lo que no significa una ocupación directa. El modelo administrativo inca se evidencia por la construcción de tambos estratégicamente ubicados.

Los aullagas-uruquillas tenían como centro más importante el tambo de Aullagas al Sur del lago Poopó; en su territorio también se encuentra el importante tambo de Sevaruyo. En documentos coloniales del siglo XVII, los aullagas y uruquillas se denominaron "yucasas". Es difícil saber si hubo una diferencia entre urus y uruquillas. Uruquilla es un término que designa a la etnia del Sur del lago Poopó, a la lengua de los urus y a un estilo cerámico bautizado así por Ibarra Grasso. Abercrombie

(2006) considera que los uruquillas eran especialistas en labores mineras, tarea que los diferencia de la tradicional actividad de los urus pescadores. Su territorio llegaba hasta Salinas de Tunupa hoy Garci Mendoza. Tenían tierras de comunidad en Sause, Cainaca y Pocpo en territorio de los yamparaes (Chuquisaca) asimismo en Chulla (Cochabamba) y Tuctapari (Porco). Su organización socioespacial era muy compleja y fragmentada pues su población se movía constantemente. Tentativamente se puede suponer que se organizaba en la siguientes parcialidades: Hanansaya, Urus, Urinsaya, Huari y Salinas de Tunupa, cada cual con sus ayllus.

La información que se tiene sobre los quillaca proviene sobre todo de la etnohistoria, pues la mirada arqueológica, centrada en Tiwanaku y el lago Titicaca ignoró frecuentemente la situación del Sur y más aún de los sectores de valle que controlaban los quillacas como fueron los valles interandinos de Chuquisaca. Estos tratados como recipientes pasivos de las influencias de las tierras altas.

Recién a fines del siglo XX y principios del XXI se encuentran aportes que permiten un diálogo aún incipiente con la información etnohistórica. Una serie de estilos cerámicos y una compleja red de caminos da cuenta que hubo una fluida interacción entre las poblaciones del altiplano y la de los valles de Chuquisaca, algunos de los cuales, como el de San Lucas, eran controlados directamente por población quillaca (Rivera, 2006).

Norte de Potosí

El patrón de asentamiento del Período Intermedio Tardío en la región de Potosí ofrece un panorama de la ocupación regional antes de la conquista inca. Según Lecoq (2003) casi todos los sitios tienden a concentrarse alrededor de la fuentes de agua y de los ríos aunque los sitios se ubican hacia las alturas en la cima de los cerros desde donde se podía controlar las principales vías de acceso; se trata a veces de pucaras defensivas que muestran los restos de estructuras de piedra que pudieron ser viviendas rectangulares o también silos para el almacenamiento. También se encuentran corrales, muros y terrazas agrícolas con canales de irrigación.

Frecuentemente estos sitios están asociados a necrópolis localizadas fuera del pueblo y ubicadas cerca de un riachuelo. Los enterramientos se caracterizan por tener inhumaciones simples o múltiples, en cistas o en pequeñas construcciones en forma de chullpa, construidas debajo de los abrigos de roca, y que fueron ampliamente descritas por Ibarra Grasso (1965), antes de que fueran totalmente saqueadas.

Todos estos sitios tienen muchas similitudes con los asentamientos contemporáneos de las zonas del altiplano meridional de Bolivia o del Norte de Chile y de Argentina (Hidalgo et al. 1989; Lecoq, 1999).

En cuanto a la cerámica, el material se asemeja mucho a las formas del periodo anterior presentando grandes jarras y cántaros para preparar y guardar alimentos, cuencos, pucos y escudillas. La decoración que presentan es de estilo "Yura" o "Yura Poligonal" caracterizado por líneas negras con diseños geométricos y tiene muchas variantes.

Un importante sistema de circulación e intercambio no solamente con valles sino también en el mismo altiplano expresa la construcción de una identidad regional.

Siendo el territorio fuente de riqueza mineral se podría esperar una extendida actividad minera, sin embargo esta actividad se asemeja a una recolección de superficie que no requiere altas técnicas y como lo plantea Pablo Cruz (2003) en los Andes no hay 'sitios mineros' prehispánicos en el sentido europeo de la palabra; hay minas, hay huayrachinas, pero no existe una frontera marcada entre el mundo 'técnico' de la producción y el mundo 'domestico' y también sagrado de los trabajadores con sus pueblos ubicados cerca de las minas" (Lecoq, 2003).

En relación a la ocupación pre-inca e inca en el Sur de Potosí se puede afirmar que la conquista de la región no parece haber modificado mucho la organización que prevalecía antes de su llegada, al parecer los llamados luego caracaras. Su integración con el Tawantinsuyu ha debido ser un acto voluntario de los señores étnicos.

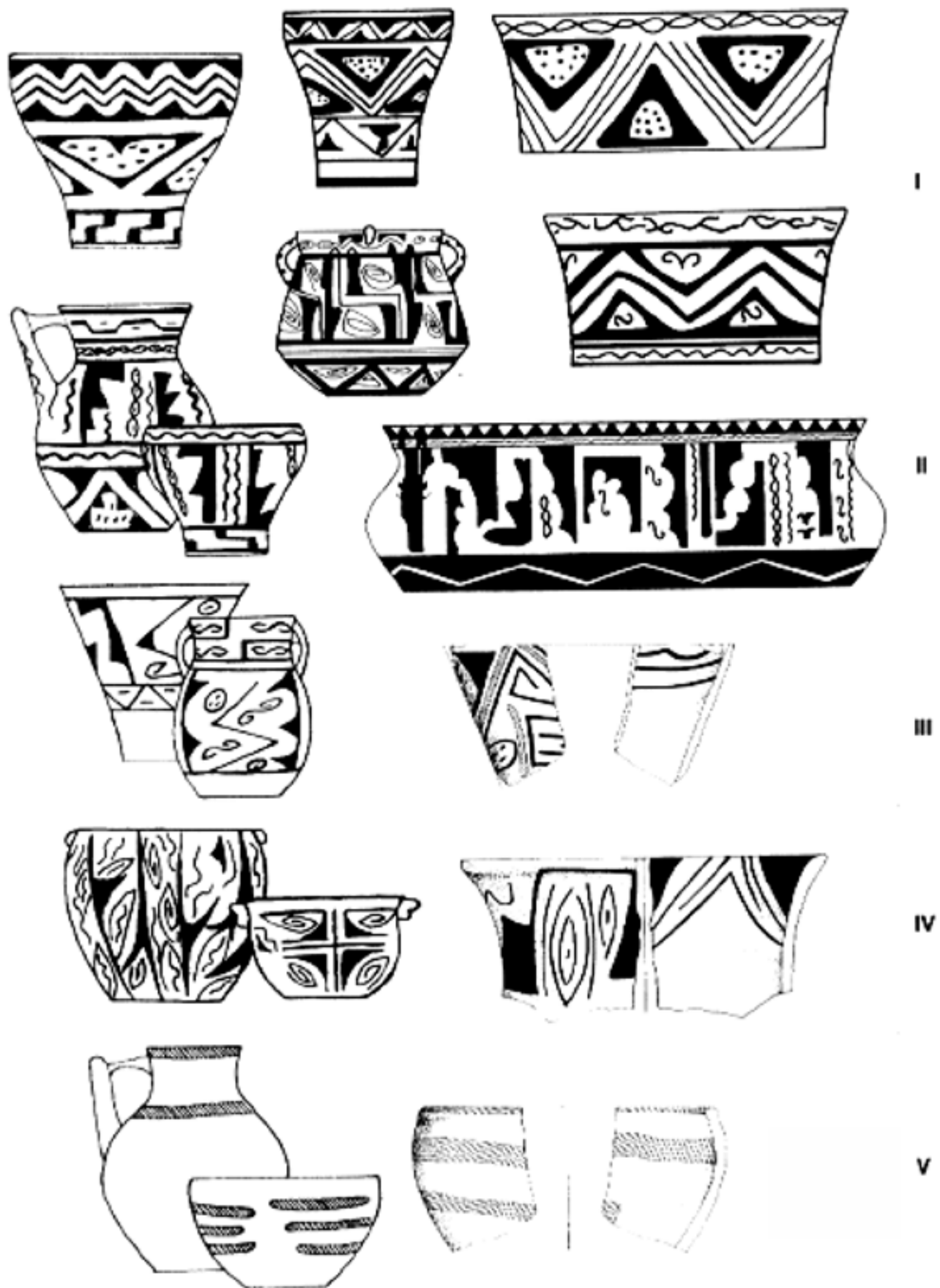


Figura 83. Cerámica del Horizonte Medio y del Intermedio Tardío en Potosí. Cerámica de estilos: (I) Yura Poligonal, (II) Yura Geométrico, (III) Ticatica-Puqui, (IV) Yura Foliáceo, y (V) Chaqui, sin escalas .

Fuente: Lecoq y Céspedes, 1997a.

Charcas y la tradición guerrera

De acuerdo a la tradición oral recogida en la probanza del Capac Ayllu del Cusco ([1569] 1985), cuando llegaron los tres hijos del Inca Pachacuti a conquistar las provincias al Sur de Paria, ingresaron hasta Charcas a la que conocían como "Vila Charka" y "Hanco Charka". Platt, Bouysse y Harris (2006) proponen que el "Vila Charka" o Charca Rojo corresponde a los charcas propiamente y Charca Blanco a los caracara.

El nombre de su capital, Sacaca, estaba inscrito en un escudo de armas que solicitaron a la Corona Española. A pesar de tratarse de una manera de mostrar la nobleza en tiempos coloniales, los charcas lo utilizaron para registrar su historia prehispánica. Representaron a Sacaca en forma de un pájaro de colores con rayos de fuego a su alrededor pues Sacaca es precisamente el nombre de "un pájaro de la puna de colores" y también de un cometa que presagia cambios profundos, tanto así que se dice vieron uno en el cielo cuando Atahuallpa estaba preso en manos de los españoles (Arze y Medinacelli, 1991).

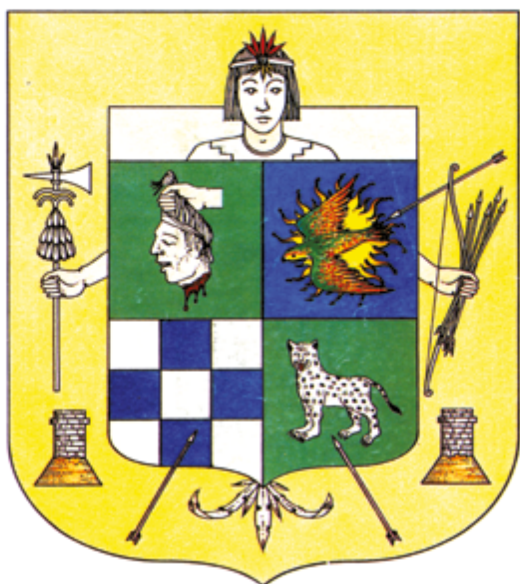


Figura 84. Escudo de armas de los Ayaviri, mallkus de Sacaca, usando símbolos andinos en un soporte hispano-colonial.

Fuente: Arze y Medinacelli, 1991.

Los charcas dejaron escrita en tiempos coloniales un memorial donde dejan claro que estaban orgullosos de haber sido "guerreros del Inca", lo propio se puede "leer" en el mismo escudo, donde en uno de los cuarteles aparece una mano tomando de los cabellos la cabeza cortada de un enemigo. Anotaron también que sus antepasados partieron hacia el Cusco para unirse al ejército inca e ir en son de conquista hasta el Ecuador. Para partir a la guerra vestían sus mejores galas, ropa bellamente tejida y tocados con adornos de plumas de aves. Tan importante como su calidad de guerreros era el culto a sus antepasados cuyos nombres se recordaban por generaciones. Los charcas recordaron a sus mallkus por varias generaciones (Memorial de Charcas, 1582):

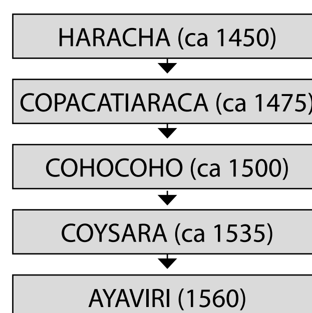


Figura 85. Genealogía de los Ayaviri Coysara de Sacaca remontando cuatro generaciones antes de la invasión española y dos antes de la inca.

Fuente: Aze y Medinacelli, 1991.

También participaban del culto al dios Tanga Tanga o Acatanga junto a otros pueblos de la región como lo registraron los cronistas Acosta y Garcilaso de la Vega. Se trata de un dios de naturaleza trinitaria representado con tres cabezas. Una de las huacas de Tanga Tanga se encontraba en La Plata en las faldas que separan los cerros Sicasica y Churuquella.

En el Norte de Potosí y extendiéndose hacia los valles de Cochabamba y Tarija se encontraba la Confederación Charca, formada por charcas, caracaras, chuis y chichas, es decir dos pueblos de puna y dos de valle.

Los charcas habitaban en una región de altiplano bajo que se conectaba directamente con los valles, en las actuales provincias de Bustillos, Ibáñez, Bilbao y Charcas. El pueblo de Sacaca, cabecera del Señorío, se ubicaba en la puna pero controlaba una cantidad de pueblos distribuidos de manera dispersa entre la puna y los valles que se despliegan hacia el actual departamento de Cochabamba: San Pedro de Buena Vista, Santiago del Paso, Moscarí y Acacio llegando hasta Totora

donde tenían chacras de coca. A partir del dominio inca también tuvieron tierras en el valle de Cochabamba. Ubicados en el sector umasuyu no accedieron a tierras en la costa como ocurría con los Señoríos del Urcusuyu. Los charcas tenían como vecinos a los quillacas, los caracaras y los yamparas y se relacionaban de manera conflictiva con los chiriguanos con quienes tuvieron algunos enfrentamientos.

Aunque la información etnohistórica se refiere sobre todo al periodo colonial, quizás se pueda extender hacia el periodo anterior a ellos. Sabemos que en el siglo XVI la nación Charca estaba organizaba en dos grandes parcialidades: Sacaca y Chayanta. Sacaca a su vez tenía tres parcialidades: Hila, Pagre y Sullca, en tanto que eran parte de Chayanta los Chullpas, Laymes, Carachas, Chayantacas y Sicoyas (Fig. 61).

Los charcas hablaban aymara y hasta donde han avanzado los estudios, no se encuentra en la toponimia de la zona ni en los documentos históricos referencia a que hablaran alguna otra lengua. Este dato tan importante debe relacionarse con lo que ocurre en los otros Señoríos donde hay presencia del idioma uruquilla y puquina, además de otras lenguas locales. Es posible, sin embargo, que las familias de los mallkus conocieran además el quechua, debido a la política inca de difundir su lengua entre las elites locales.

Caracaras, dueños de Potosí

Durante el Intermedio Tardío se supone un incremento de la población reflejado en la multiplicación de conjuntos habitacionales pequeños y medianos. También la región sufrió una importante modificación del paisaje gracias al desarrollo de la agricultura con terrazas de cultivo y canales de riego. Asimismo la importancia de la ganadería de camélidos continúa; hay sin embargo ausencia de registro de sitios mineros. Aunque no hayan muestras de una sociedad estratificada y con el poder centralizado, si se puede aseverar la existencia de una unidad cultural en el territorio de Potosí en forma de sociedades corporativas. No se observa un corte abrupto con el periodo anterior como en la región del lago Titicaca. En la cerámica sobresalen los estilos Yura-Potosí (negro sobre naranja), Caracara (rojo, púrpura, naranja y negro sobre color de la pieza) y Chaquí-Condoriri (Huruquilla), (Cruz, 2008).

Según el estudio realizado por Lecoq en los alrededores de Porco y de Potosí, se puede ejemplificar el tipo de ocupación de los caracara. Casi todos los sitios tienden a concentrarse alrededor de las fuentes de agua y de los ríos buscando controlar otras zonas ecológicas. Los sitios más tardíos se desplazan en las cimas de los cerros desde las que se podía controlar las principales vías de acceso.

En la mayoría de los casos, se trata de un conjunto de estructuras a veces defensivas o pucaras que muestran los restos de construcciones de piedra ubicadas sobre terrazas, como viviendas de planta rectangular. Asimismo pequeñas torres muy parecidas a los graneros o colcas de otras zonas que se construyeron alineadas a lo largo de las terrazas. Frecuentemente estos sitios están asociados con corrales, pequeños muros de fortificación y terrazas agrícolas con antiguos canales de irrigación. También quedan restos de enterramientos que suelen estar ubicados fuera de los límites del pueblo; no todas son en chullpas sino que existen otras en cistas (Lecoq, 2003). Estas características comparten con otros sitios de la región meridional de los Andes. Un ejemplo de sitio es el "Río Panagua" descrito por Chervin en 1908.

En cuanto a la ocupación espacial, se presentan algunos cambios en relación al periodo anterior; de los Desarrollos Regionales tardíos, como por ejemplo el abandono de algunos sitios como el de Palcamayu y crecen otros sitios como Jatun Talasa Huankarani con varios otros sitios secundarios. También se intensifica el uso de terrazas de cultivo con canales de riego y construcciones para el almacenamiento de productos así como la presencia de algunos sitios con muros. y los enterramientos en cistas y construcciones con patio. En la zona de valle fueron registrados pocos corrales y no se encontraron áreas de producción artesanal. Tampoco hay evidencia de fiestas o rituales (Rivera, 2006).

Estudios sobre la cerámica indican que se utilizaban grandes jarras y cántaros para preparar y guardar alimentos, cuencos en forma de campana invertida, ollas y platos de uso doméstico. Según Ibarra Grasso (1973) y Querejazu Lewis (1986) la decoración que presenta este material es de estilo Yura caracterizado por líneas negras con puntos o cruces. Otro material con fondo gris caracterizado como huruquilla ha preferido llamarse Yura Sobre Gris (Céspedes y Lecoq varios años).

La presencia en esta zona, de tantos pueblos contemporáneos con el mismo patrón de asentamiento, parece reflejar una misma organización socio-política y económica que controlaba los recursos regionales, agricultura, minerales e intercambio interregional. Este dinamismo de la circulación regional los hace parte de una cadena productiva que los ponía en contacto con otras regiones y donde el uso de la llama como animal de carga era un elemento clave (Núñez y Dillehay, 1995).

La mina de Porco, una huaca reverenciada por los pueblos del lugar, se encontraba en territorio caracara. En el periodo del Intermedio Tardío se encuentra ocupación en la zona ciertamente ligada a la explotación en pequeña escala de la mina. Sin embargo, como lo venimos observando para otros sitios mineros, la pequeña cantidad de sitios encontrados en los alrededores de Porco y su carácter exclusivamente habitacional y no minero, no corresponden al cuadro que brindan las fuentes etnohistóricas acerca de la mina de Porco (Lecoq, 2003; Van Buren, Cohen y Rehren, 2008).

Según la información etnohistórica, Porco fue célebre por haber sido entregada como botín a los españoles cuando la resistencia del Sur se rindió en 1536. Tata Purqu era considerado patrón sagrado de la minería, la guerra, la fecundidad y la salud. Al igual que Porco, Potosí que también estaba en su territorio desempeñaba el papel sagrado de puerta o "punku", separando el mundo luminoso del exterior donde se multiplicaban las plantas, los animales y los hombres del mundo oscuro interior de las raíces donde brillaba y crecía el metal (Platt, Bouysse y Harris, 2006).

Esta suerte de contradicción entre los datos arqueológicos y los históricos obliga a hacerse preguntas acerca del tipo de explotación minera que se llevaba a cabo en este lugar y periodo. Cruz (2008) plantea que no deberíamos esperar una separación estricta entre el mundo doméstico y el tecnológico minero. La cuestión queda abierta.

Acerca del significado del nombre de la nación, la posibilidad más cercana es que caracara signifique "el alba", título que les había concedido el Inca y por tanto se los conocería como Hanko Charka" o Charca Blanco. La idea del alba, al igual que en el escudo de armas que solicitaron los charcas al rey en el periodo colonial, el de los caracara incorpora una "flor blanca que florece". Se trata de una amancaya, flor de pétalos alargados que asemejan a Venus también representada en el escudo (Platt, 2013).

Hanko Tutumpi Ayra Kanchi, "flor blanca que brota", fue un jefe guerrero poderoso antes del Tawantinsuyu; este señor de los caracara intercambiaba regalos con Pachakuti Inka Yupanqui y más tarde su hijo Uchutuma recibió a la hija del Inca Wayna Capac, llamada Payku Chimpu, a cambio de su servicio militar en la campaña cusqueña contra Quito. Desde entonces los charcas blancos serían conocidos con el título honorífico que les dio el Inca: caracara que significa "el alba".

En tiempos del Inca Huayna Capac, el señor de la nación Caracara era Tata Paria, aliado de Coysara y de Gualca, señores de dos naciones cercanas: Charca y Sora. En alianza con los incas, se dice que los caracaras barrieron a los de Pilaya y Paspaya además de derrotar a los chuis, momento en que habrían ganado los cocales de Tiraque. La categoría de Tata Paria se refleja en el culto que le rindieron después de su muerte pues le hicieron dos sepulturas, una en Macha y la otra en Curata (del Río, 2006).

El territorio ocupado por los caracara abarcaba aproximadamente la región del actual Norte de Potosí; incluía lo que hoy es la ciudad de Potosí y se extendía por los valles del Sureste de Cochabamba llegando hasta los ríos Grande y Pilcomayo; colindaba al Norte con los charcas, al Oeste con los quillacas, al Sur con los chichas y al Este con chuis y yamparaes. Sus principales recursos fueron minerales y también los hatos de llamas y alpacas, con ellas se facilitaba el acceso a sus tierras distantes en otras zonas ecológicas consiguiendo en ellas lo necesario para su sustento.

Todo su territorio formaba parte del Urcusuyu y se hallaba dividido en dos mitades: Macha (hanansaya) donde se encontraba la capital y Chaquí (urinsaya) que ocupaba los alrededores de Potosí. Al mismo tiempo cada mitad se volvía a subdividir. Las poblaciones que eran parte de este Señorío fueron Aymaya (ubicada en medio de los charcas), Pocoata, Macha, Sullaga, Surumi, Carasi, Micani, Moscarí, Chaquí, Visisa, Cayza, Tacobamba, Colo, Caquina, Picachuri, Caracara, Moromoro y San Marcos de Miraflores. También el valle de Cinti parace haber formado parte de la confederación Caracara (Fig. 87)

Al igual que los charcas, los caracara formaron un grupo bastante homogéneo donde se hablaba solamente aymara. La diferenciación interna se puede plantear a nivel intermedio o pues la mitad Macha, estaba compuesta por pueblos con cierta unidad étnica, en tanto que la mitad Chaquí era más compleja pues incorporaba a diversidad de grupos con sus particularidades. El poblado central y más prestigioso era Macha.

Es precisamente en el periodo conocido como Desarrollos Regionales tardíos que se consolidan las grandes confederaciones. Este periodo se caracteriza por una intensa inter-relación entre la puna y los valles adyacentes, construyendo una identidad regional que se expresa en estilos cerámicos como el Huruquilla. Este estilo tiene una amplia distribución que corresponde en parte con el territorio que fue ocupado por la confederación Caracara siendo su rasgo principal el color gris de la pasta. Sin embargo los motivos parecen tener variaciones locales y regionales que podrían corresponder a los diferentes grupos sociales que conformaban la confederación. Fuera de la Huruquilla, la cerámica foránea más común es la chicha dando pautas acerca de una interacción en un eje Este - Oeste. Al igual que en otras áreas, las caravanas de llamas jugaron un papel central en la integración regional cuyas huellas y rutas se pueden seguir en los sitios de arte rupestre en lugares de descanso (Rivera Casanovas, 2003).

El inventario de ceramios realizado por Ibarra Grasso (1973) incluye jarritas con asa pitón o solamente pitón y un asa vertical, menciona que ellas se usaron para beber chicha basándose en observaciones etnográficas en los valles de Cochabamba.



Figura 86. Cerámica Huruquilla proveniente de contextos funerarios, valle de Cinti.
Fuente: Colección del Museo Casa Nacional de Moneda, Potosí, foto C. Rivera.

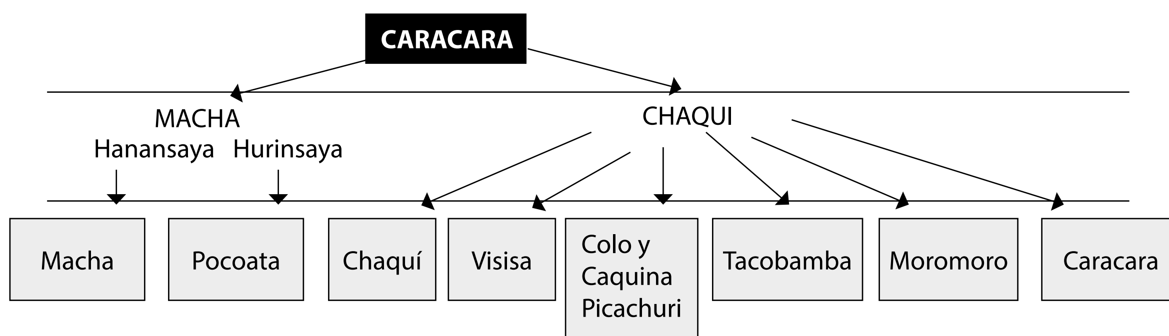


Figura 87. Probable organización socio-espacial caracara.
Fuente: del Río, 1989.

Resulta significativa la relación con los chiriguanos, por representar "el otro", con quien tuvieron una relación conflictiva debido a los constantes intentos de los chiriguanos por ingresar a territorio caracara y llegar a las minas de plata; su interés en Porco había sido tanto religioso - militar como económico pues debieron oír de la fama de su huaca.

Valles y altiplano sur

Chuis,cotasysipesipes:lafronteraecológicaypolítica

La población de los chuis se hallaba dispersa por los valles cochabambinos desde Potopoto hasta Canata y Sacaba. Se trata de un pueblo cuya lengua estaba emparentada con la yuracaré según Schramm. No se reconoce que tuvieran un centro específico aunque parece que hubo cierta concentración en Punata y Sacaba. Esta diversidad sugiere que su organización no debió estar ordenada de manera lineal sino que funcionaban sin la necesidad de un núcleo de control central, sin embargo su importancia se reconoce porque los documentos tempranos señalan a este valle como "tierra de los chuies". Desde una perspectiva histórica, la documentación los presenta junto con cotas y sipe sipes y también da indicios de una posible obediencia de los cotas hacia los chuis.

Una feroz resistencia a la conquista inca subraya su calidad guerrera y se sabe que entonces los chuis fueron prácticamente exterminados. Los que quedaron fueron sacados del valle y reubicados en Mizque, Pocona, Montepuco y Pucara, sitios de frontera donde cumplirían una misión defensiva en los fuertes incaicos contra los pueblos de Tierras Bajas. Durante un largo periodo los valles de Mizque y Cochabamba, fueron el punto de partida, lugar de tránsito o punto final de grandes movimientos migratorios (Schramm, 2012)

Mientras los cotas se encontraban junto a los chui, otro pueblo valluno, los sipe sipe, fue ubicado en tierras más altas convirtiéndose luego en "llameros del inca". Por su ubicación geográfica cotas y chuis podrían ser los pueblos que produjeron cerámica durante el periodo Intermedio Tardío (1100 - 1470 d. C.); cerámica característica de Cochabamba que lleva decoración geométrica en blanco, negro, café y naranja.

Como a todos los pueblos de Tierras Bajas, los chuis se conocían como indios de "arco y flecha", denominación compartida con los yamparaes, churumatas y chichas. Se relacionan también con urus, juries, yuracarés, amos, moyomoyos, chichas y charcas. Hay indicios sobre un idioma compartido entre los chuis y los yuracarés que se encontrarán luego en el Chapare denominado "idioma chui" (Schramm, 1990). Según fray Diego Martínez de Salazar residente de los conventos de Pocona en el año 1687 los yuracarés eran descendientes de los chuis de Mizque.

El valle de Cochabamba fue conquistado por el Inca Tupac Yupanqui (1471-1493) y luego reorganizado para convertirlo en un inmenso centro de producción agrícola del Tawantinsuyu. Con esta finalidad Huayna Capac, hijo de Tupac Yupanqui, pobló la zona con centenares de mitimaes trasladados de todas las zonas del Imperio. Luego de sometidos, los chuis pasaron a formar parte del ejército inca y participaron de algunas conquistas. Según Schramm (2012). los soldados del Inca no solo se reclutaban a los chuis sino también a los cotas que estaban a cargo de varias pucaras.

Formaron junto con los charcas, caracaras y chichas la llamada Confederación Charka. Cuando llegaron los españoles, los chuis juntamente con las "siete naciones" de la región resistieron su ingreso en el valle de Cochabamba. Por entonces el jefe de esta nación se llamaba Xaraxuri, quien también habría señoreado sobre los urus de la zona.

Chichas y la frontera con los Chiriguanos

Aunque como en la mayoría de los Señoríos existe un conflicto entre lo que el área que cubren se considera una unidad cultural y los restos arqueológicos intentaremos relacionar la información histórica con la arqueológica. Los chichas formaron una agrupación social integrada por una serie de grupos corporativos con diversas etnicidades conocidas como tales recién a partir del siglo XVI. Tienen como elemento común el papel activo que desempeñaron en la resistencia a los grupos chiriguanos. En el periodo que nos ocupa se caracteriza n por una

gran dispersión étnica aunque compartían como indicador característico el material cerámico definido como estilo chicha y/o Yavi. El estilo Yavi-Chicha se caracteriza por una cerámica de colores claros (naranja, rojo, morado,ante) con inclusiones blancas, cubierto de un engobe claro, anaranjado, rojo, morado y decorado con complejos motivos geométricos. Ha sido reportada para la región de Lípez, el valle del San Juan del Oro y el Altiplano de Sama. Sin embargo, la cerámica del Valle de Tarija pertenece a cánones decorativos y tecnológicos muy diferentes y en las regiones al Norte, el estilo Yavi-Chicha no está presente en el Período de Desarrollos Regionales Tardíos (Beierlein, 2008).

Los datos etnohistóricos acerca de los límites del territorio chicha son muy limitados pero de los datos obtenidos se puede rescatar la idea de que los caciques chichas ejercían un cierto grado de dominación sobre grupos chilenos, especialmente en el área de Atacama (Beierlein, 2008). Limitaban con diaguitas, juries, moyomoyos, umaguacas, casabindos y chiriguanos; es por esta razón que se los considera como la puerta de entrada a los territorios chiriguanos. De hecho el documento colonial conocido como memorial de Charcas sostiene que entre otros, los chichas se encontraban "en las fronteras y guarniciones en las fortalezas contra los chiriguanaes".

Michel (2006) planteó la hipótesis que la sociedad chicha se desarrolló inicialmente en el altiplano y valle de Tarija, constituyendo una identidad particular desde el periodo Formativo habiendo encontrado yacimientos de recolectores y cazadores en la zona del altiplano de Sama. Desde allí se expandieron hacia el Noroeste Argentino y hacia los Lípez y las costas del Pacífico mediante complejos sistemas de caminos y caravanas de llamas unidos por centros poblacionales. Por su parte Krapovickas (1989) cree que el centro de la tradición cultural chicha estaría en la región de Tupiza.

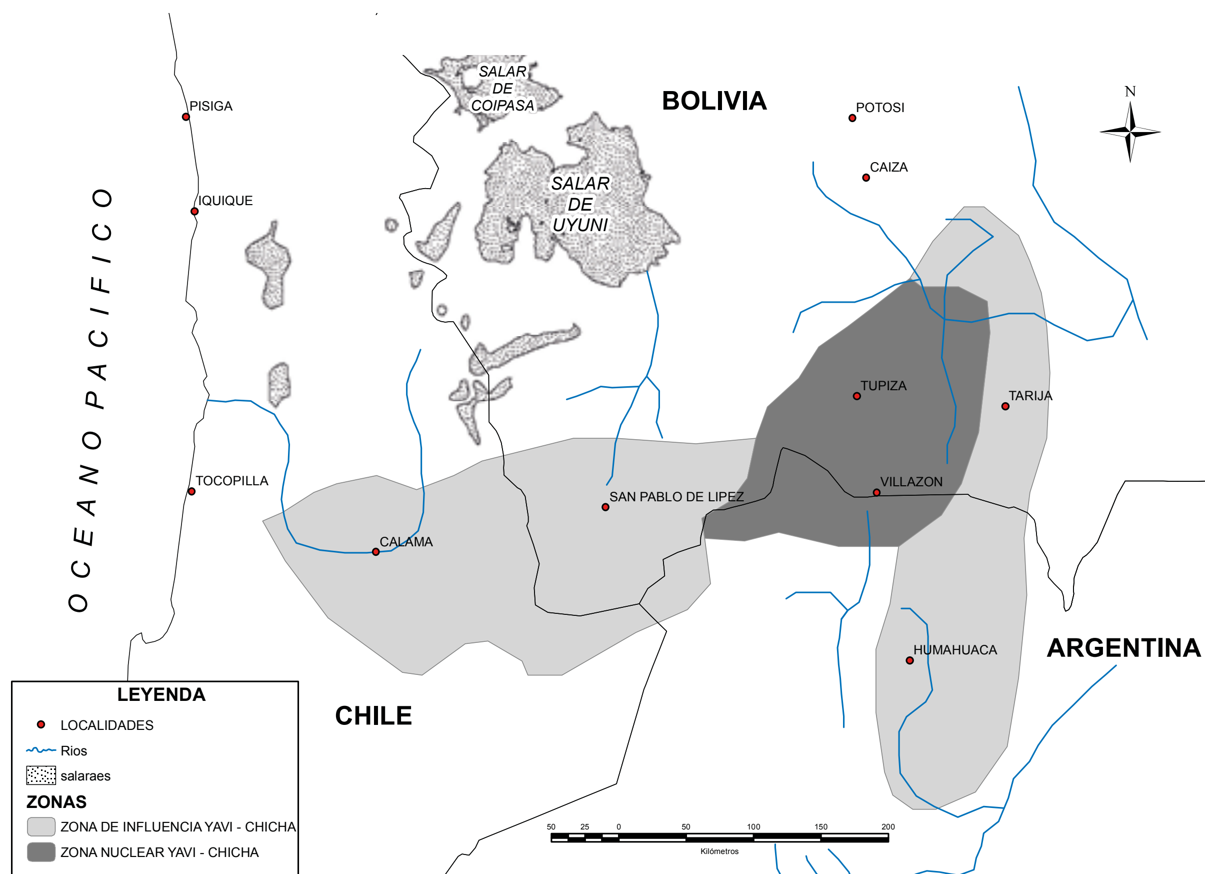


Figura 88. Distribución en espacio del tipo cerámico Yavi-Chicha.

Fuente: Beierlein, 2008.



Figura 89. Cerámica Yavi-Chicha. Contraste claro-oscuro del diseño en piezas enteras bicromas.
Fuente: Avila, 2011.

La expansión inca que se produjo, durante el reinado de Tupac Inca Yupanqui (1470), no tuvo características de ser pacífica. Por el contrario, la reacción ante el avance del Imperio provocó considerables conflictos que dejaron en evidencia la capacidad guerrera de los chichas y favoreciendo el surgimiento de elites locales particularmente relacionadas con lo militar. Entonces la presencia inca rediseñó la estructura social. Los chichas tuvieron un trato preferencial por parte de los incas, quienes los nombraron Orejones Chichas; esta alianza final revestía una importancia particular: garantizaba la paz en los márgenes del Imperio (Rodríguez, 2011).

Es posible que la política empleada por el Tawantinsuyu haya desestructurado importantes redes de interacción a través de la imposición de límites territoriales y fronteras. La presencia incaica asumió también un carácter de vigilante en la zona, cuyo objetivo era contener la latente amenaza de los habitantes del llano.

Ubicados en la región denominada área Meridional Andina que se extiende desde el altiplano Sur y valles mesotermos de Bolivia hacia el Noroeste argentino, los chichas habitaron una serie de valles interandinos que cortan transversalmente las serranías de montaña y comunican los valles con la región de la puna altiplánica al Oeste, y Tierras Bajas del Chaco al Este. Se distinguen por tener alturas entre los 2200 y 3200 m.s.n.m. presentando climas benignos y cálidos; de este modo la economía chicha tuvo un importante potencial agrícola. Estos valles constituyen una parte extensa de la cuenca del río San Juan del Oro, afluente del Pilcomayo (Rodríguez, 2011).

Estudios de arqueología sugieren que las ocupaciones chichas se ubican en las gargantas de ríos y rutas de tránsito natural. En este sentido, los chichas se presentan principalmente como un área de contacto entre distintas regiones ecológicas. Según Zanolli (1995) el territorio era vivido como una frontera ecológica y a la vez cultural

pues limitaba también con los chiriguanos de las Tierras Bajas. Cuándo éstos avanzaron hacia los valles altos en los otros márgenes limitaban con carangas y lipez.

Hay quienes circunscribieron la presencia chicha exclusivamente al sureste de Bolivia (departamentos de Tarija y parte de Potosí), en cambio otros autores consideran la existencia de una cuña étnica que desde Bolivia se habría extendido sobre territorio argentino llegando hasta la localidad de Casabindo, donde habrían estado en contacto directo con los diaguitas. La extensión de su territorio comprendía las localidades de Talina, Tupiza, Gran Chocaya, Santiago de Cotagaita, Calcha, Esmoraca, Vitichi y Suipacha (Rodríguez, 2011).

Pese a la ambigüedad existente en la jurisdicción del territorio chicha, se puede establecer que ocuparon una región que abarcaba desde Tarija hasta Lípez, de Este a Oeste, y desde Cotagaita hasta Umaguaca, de Norte a Sur. Los límites estaban definidos por fronteras naturales como los ríos La Quiaca y Quirhue que los separaba de Umaguaca y el río San Juan del Oro que lo dividió de Chuquisaca. Dentro de este territorio se encontraban los principales poblados chichas. Además especialmente desde el periodo inca se constata la existencia de territorios con ocupaciones multiétnicas los que no se pueden definir fácilmente como chichas pero formaron una provincia inca con este nombre.



Figura 90. Mapa étnico del Chaco en el siglo XVIII.

Fuente: Lozano, Pedro. [1733] 1941.

En cuanto a la organización interna, según la cédula de encomienda que otorgó Francisco Pizarro en 1539, la provincia de los chichas estaba organizada en dos parcialidades cada una con sus autoridades. Esta cédula muestra la situación aproximada de los chichas en momentos finales del Imperio incaico. Se observa a los mitimaes formando la parcialidad de hanansaya y Zanolli (2003) cree que éstos debieron ubicarse hacia el Sur y el Este, concretamente en las zonas de fronteras. Aunque sobre la base de documentos sobre encomiendas Thierry Saignes propuso que los chichas tuvieron dos parcialidades la una en Talina y la otra en Calcha, por el momento, es imposible determinar con exactitud los espacios correspondientes a las parcialidades de hanansaya y urinsaya. La movilización de estos mitimaes contempló, como primera instancia, el aspecto bélico y en menor medida el productivo.

Sin embargo, un conjunto de actividades agrícolas, mineras y ganaderas dieron a esta región un importante potencial económico. Los cultivos, especialmente del maíz, constituyeron la base de su economía aunque también la práctica de la minería fue llevada a cabo desde tiempos prehispánicos. Para los incas, la importancia del territorio chicha radicaba en el potencial agrícola y la riqueza de sus minas de plata y oro, que fueron explotadas por los propios chichas a favor del Estado. Cerca del río San Juan tenían minas de oro labradas por orden de Huayna Capac cuyas riquezas se trasladaban al Cusco.

No se tiene certeza de que los chichas hubieran sido una unidad étnica unificada antes de la conquista inca. Desde el punto de vista arqueológico, Ángelo (2003) considera a los chichas una sociedad conformada por una serie de grupos étnicos definida mediante las relaciones de parentesco, consanguinidad, alianzas y otros vínculos de tipo económico. A su vez desde un punto de vista histórico la documentación colonial muestra una amplia diversidad étnica con pueblos apatamas, casabindos, churumatas e incluso lípes y atacamas ocupando espacios reconocidos como chichas, compartiendo, como vimos, un estilo cerámico. Los apatamas, por ejemplo, parece que fueron un subgrupo de los chichas en tanto que los casabindos y cochinocas se los ha considerado unas veces como etnia chicha y otras como atacameña y aún diaguita. Esta diversidad sugiere que su organización no debió estar ordenada de manera lineal sino que funcionaban sin la necesidad de un núcleo de control estatal. Así se explica la complejidad de sociedades sin una estructura jerárquica y centralista.

Existen diversas teorías acerca de la lengua hablada por los chichas. Según el Memorial de Charcas hablaban el aymara; por el contrario, Ibarra Grasso considera que tuvieron una lengua propia y que adoptaron el quechua con el dominio incaico. Respecto a la toponimia, algunos autores llaman la atención a la frecuencia de topónimos que presentan el prefijo "es" (Escaya, Estarca, Esmoraca, entre otros).

Para la década de 1570 el cura Hernán Gonzáles realizó un proceso de "extirpación" de cierto culto clandestino ubicado en el pueblo de Caltama dependiente de la parroquia de Toropalca y Caiza al Sur de Caracara sobre la frontera con los chichas rebeldes. Se trataba de un centro religioso hacia el cual se dirigían las peregrinaciones de los devotos de los chichas junto a las otras "naciones" de la provincia de Charcas. Pedían fertilidad, salud y victoria sobre sus enemigos. El culto de origen preincaico se centraba en varios cerros agrupados alrededor de la mina y huaca principal de Porco, la cual se encontraba junto con otras cuatro, las cuales pertenecían a otros cerros y minas de la región llamadas Cuscoma, Chapote, Suricava y Aricava. La huaca de Porco estaba compuesta por tres piedras que pesarían una arroba. En la época prehispánica los altos cerros tenían dos tipos de huaca uno en la cumbre y otro escondido en el interior de la montaña (Platt, Bouysse y Harris, 2006).

Yamparáes ¿indios de arco y flecha?

Los restos más antiguos de cerámica yampara relacionan a este pueblo con una amplia franja cultural que llegaba hasta Cochabamba y a las estribaciones de la Cordillera Real al Este de Chuquisaca, evidenciando así que los yamparas compartían formas culturales con otros grupos étnicos de estos valles. La cerámica yampara temprana corresponde cronológicamente al Tiwanaku clásico y la yampara clásica al Tiwanaku tardío, el yampara tardío corresponde al periodo Intermedio Tardíos (1000-1400) (Alconini, 2002b), pudiendo colegirse que esta formación social tiene una larga profundidad temporal.

La formación social conocida luego como yampara estaba ubicada en una región de contención a los chiriguanos, pueblo considerado una amenaza por los pobladores de los valles, amenaza que se incrementó en el periodo que nos ocupa, pero corresponde también a un momento de incremento de la población.

Lo extraño es que en Oroncota no se encontró cerámica relacionada con los chiriguanos. Podría deberse a que no llevaron consigo estos artefactos en sus veloces incursiones pero también, y más probablemente, se debe a que las relaciones fueron más de "aculturación" entre los guaraní de llanos y los yampara de valles. Ser un pueblo de frontera podría implicar también relaciones socioeconómicas con poblaciones de los llanos. Por ello se discute acerca del modelo de frontera cultural y frontera militar. En esta frontera se ubicaron por lo menos dos sitios de contención como son las fortalezas de Oroncota a orillas del Pilcomayo y Cuzcotuyo 60 Km al Este de la primera, donde los incas hicieron fuertes; en Oroncota se evidenció asentamientos anteriores a los incas con cerámica yampara de alrededor de 800-1300 d.C, pero en Cuzcotuyo los asentamientos preincas son más bien de baja densidad demográfica y de origen tropical. (Alconini, 2002).

Información etnohistórica deja saber que los yamparas, juntamente con otros pueblos de la región, no se sometieron con facilidad al dominio inca y más bien organizaron una fuerte resistencia. Topa Inca Yupanqui logró dominar allí la resistencia multiétnica formada por más de 20000 indios procedentes de Carangas, Paria, Cochabamba y Yamparáes. La estrategia quedó registrada por su originalidad: el Inca logró vencerlos gracias a que preparó una danza de mujeres para distraer a los centinelas permitiendo así el ataque al fuerte (Cobo, [1653] 1964). Con los incas, Oroncota sirvió de refugio para la resistencia y fue el escenario de una campaña militar que garantizó el dominio de los incas sobre los territorios de Tucumán y Chile (Julien, 1995).

Una vez incorporados al Tawantinsuyu los caciques yampara reafirmaron su poder en la región pasando a conformar una elite local apoyada por los incas. Documentación colonial refiere que Aymoro, el último cacique de origen prehispánico, recibió los privilegios reservados para los aliados de los incas: tierras, yanaconas y símbolos de nobleza.

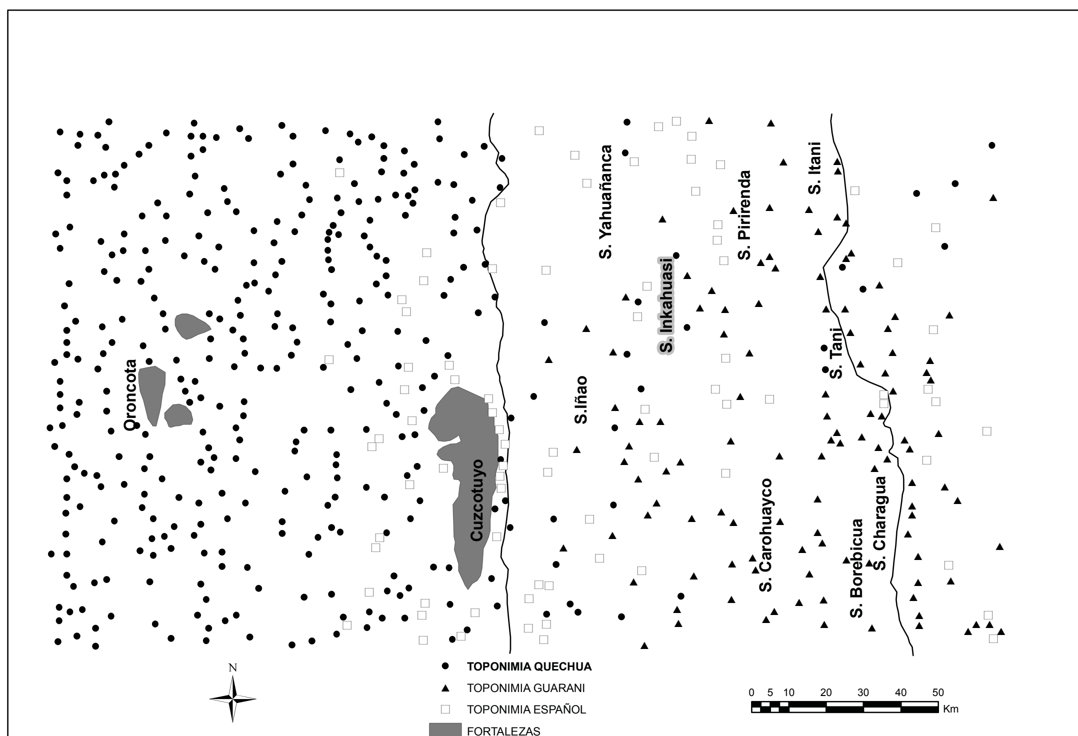


Figura91.Distribucióndetopónimosquechuas,guaraníyespañolalolargodelafronterainca-chiriguano,regióndefortalezasde Oroncotan. Cuzcotuyo.

Fuente: Alconini, 2002a.

Un panorama de las lenguas en la región indica la presencia del aymara entre varios de los pueblos de Chuquisaca pero existen indicios de que hubo también otras lenguas locales hoy perdidas e incluso quedan resabios en la toponimia local del puquina. Respecto a la lengua originaria de los yamparas solamente se sabe que tuvieron una lengua particular de la que no se tiene mayor información. Queda por investigar la relación de los pueblos vallunos con otros de los llanos con quienes tuvieron relaciones fluctuantes pues se sabe tuvieron constantes enfrentamientos pero también intercambios económicos.

El título del libro de Rossana Barragán (1994) se pregunta si los yamparáes o yampara podrían considerarse indios del altiplano o si por el contrario serían más bien de tierras cálidas distinguidos por el uso de arcos y flechas. Los yamparáes más que una etnia o nación eran también un conglomerado de distintos pueblos ubicados en lo que hoy es el departamento de Chuquisaca y en los alrededores de la ciudad de Sucre teniendo como centro principal Hatun Yampara ubicado a una legua del actual pueblo de Yotala. No tuvieron una cabecera en la puna ni tierras en el altiplano, siendo prácticamente totalmente un Señorío de valle organizados en dos mitades: la superior Yotala y la inferior Quilaquila. Hacia el Este de su territorio se demarca una línea fronteriza con el mundo chiriguano compuesta por el eje Tarabuco -Presto - Paccha.

Bajo el dominio inca, su territorio fue reestructurado y poblado por mitimaes de diversas partes del Tawantinsuyu como los huatas (incas de sangre real), también canches, collas, chichas y gente del Chinchaysuyu (Norte del Imperio). Es posible que la conquista de la zona fuera apoyada por los quillacas puesto que se encuentra importante presencia quillaca con una larga duración puesto que hasta la actualidad existen relaciones entre pobladores de Chuquisaca y el Sur de Oruro. Entre los yampara también se hallaban grupos considerados de menor desarrollo como los churumatas y moyos; por ello un mapa étnico del territorio yampara muestra un mosaico multiétnico característico de los valles.



Figura 92. Área de extensión del estilo cerámico Yampara.
Fuente: Barragán, 1994.

La recomposición inca del territorio ordenaba hacia el Oeste del territorio a la población propiamente yampara mientras que los mitimaes de diversas partes se ubicaron sobre todo hacia el Este. De ellos las poblaciones altiplánicas estaban hacia el Norte en tanto que churumatas y moyomoyos estaban al Sur, respetando parciamente su hábitat natural. A su vez, gente yampara fue trasladada a zonas como los valles de Ambaná y Combaya, en el departamento de La Paz (Barragán, 1994).

Las referencias encontradas acerca de la religiosidad local se refieren al periodo inca; Gisbert, Arze y Cajías (1997) señalan la presencia en la región yampara de dos huacas relacionadas con los incas: Mantocalla y Quiquijana. Según el cronista Cobo del siglo XVI, Mantocalla era una huaca del Cusco ubicada en el camino del Antisuyu. Además en el Cerro de Manturcalla sacrificaban diez carneros para el sol y diez para el trueno. Quiquijana, en cambio constituiría –según el cronista Calancha– un altar en el que se sacrificaba un ídolo de plata en forma de llama.

Lípes, la máxima dispersión

Se conoce como "altiplano de Lípez" a la región comprendida entre el Salar de Uyuni y la frontera Sur de Bolivia. Se ubica en la parte occidental del departamento de Potosí (hoy provincias Nor y Sud Lípez) fue escenario de desarrollos locales de los que no se puede afirmar que fueran una unidad sociopolítica con una organización que estructure a toda la región y con un solo sistema de autoridades. Esto no quiere decir que no compartieran con los otros Señoríos una serie de rasgos culturales como por ejemplo el enterramiento en chullpas de la élite local.

A partir aproximadamente del 900 d. C. los grupos del altiplano de Lípez experimentaron cambios en el tamaño, emplazamiento y estructura interna de sus asentamientos residenciales y en correspondencia con el estado generalizado de tensiones, alrededor de 1300 d. C., se construyeron poblados defensivos en toda la región. Según Nielsen (2002) este proceso de aglutinamiento defensivo estuvo acompañado por la consolidación de formaciones políticas multicomunitarias y posiblemente jerarquización social. En esta región no se ha registrado restos relacionados con Tiwanaku. Más bien quedan sitios habitacionales con viviendas circulares con corrales de formas irregulares. A pesar de la importancia de la ganadería también se registran restos materiales que refieren al trabajo de agricultura, probablemente de quinua. También quedan chullpas de planta cuadrangurlar y circular.

Las pucaras defensivas ubicadas en sitios estratégicos cuentan además con una o dos murallas protectoras como en Alto Lakaya. Las estructuras en las pucaras no son redondas sino elípticas como si se tratara de una transición entre las construcciones redondas y las cuadrangulares. Las viviendas se hallan aglutinadas separadas por estrechas calles que a veces conducen a espacios abiertos como en Cruz Vinto y Churupata. Las pucaras también cuentan con chullpas que a veces llegan a varios centenares que normalmente se encuentran en la periferia del núcleo. Estos enterramientos y excavaciones en las viviendas dan cuenta que fueron sitios de habitación no ocasional sino permanente (Nielsen, 2002).

Existen distintas versiones sobre el significado del nombre lípes; en quechua sería "cosa que da resplandor" y según diccionarios del siglo XVI, el término se aplica también a aquello que parece "pelado de todo" como un territorio desierto. Justamente el cronista Capoche en 1585 escribe: "En el verano se enjuagan estas aguas y se descubre la tierra que queda hecha un salitral y con los rayos del sol hace reverberación en lo blanco muy perjudicial a los ojos". En aymara, por su parte, "lipi" deriva de la técnica para cazar guanacos y vicuñas, animales que abundaban en la región. Por otra parte según el cronista Vázquez de Espinosa, "Hay en esta provincia además de las minas de plata de que esta lastrada toda ella, minas de piedra lipes de donde toma el nombre la provincia y de piedra imán".

Por habitar un medioambiente muy árido constituye una sociedad netamente pastoril que se caracteriza por un poblamiento disperso con asentamientos humanos de varios siglos de antiguedad en las cercanías de fuentes de agua y una constante movilidad. Estos asentamientos pudieron ser talleres líticos situados en las nacientes de aguas, paraderos o campos de caza ubicados en el interior de la planicie (Arellano y Berberian, 1981).

En inmediaciones de los ríos protegida por un cerro, se encuentra una serie de construcciones dedicadas al cultivo que combinan recintos

circulares con rectangulares conocida como Puca Pucara. Los sitios de sembradíos tienen forma oval y están protegidos por paredes para evitar el viento. También se construyeron corrales cerca a una pucara que se encuentra en las inmediaciones. El sustento principal descansa en el manejo de los camélidos domesticados pero también la existencia de animales silvestres. Según el cronista Vázquez de Espinosa (1983[1628])

> Toda esta provincia como tiene grandes despoblados está llena, y cubierta de ganados silvestres, como son guanacos, vicuñas, venados, vizcachas y otros animales de que también se sustentan los indios.

Es probable que bajo el nombre de lípes se incluyera a diversos grupos que habitaban de manera dispersa esta región, población que mantenía estrechas relaciones tanto con Tarapacá y Atacama en la puna hasta la costa del Pacífico particularmente hacia la zona actual de Iquique (Chile).

En algunos mapas etnohistóricos los lípes aparecen como un grupo aymara con una cierta presencia uru, caracterización que proviene de informaciones coloniales (Capoche y Lozano Machuca) que señalan que los lípes eran un grupo con una población de unos 3000 a 4.000 aymaras junto a los que vivían cerca de 1.500 urus. Los pobladores de lengua aymara estaban concentrados en los bordes Oeste y Norte del salar de Uyuni, en cambio al Sur estaban los urus. Es posible, sin embargo, que estos "aymaras" fueran urus aymarizados pues su sistema de producción se basaba en la caza, pesca y recolección de raíces, características de la cultura uru. A los urus locales se los conoce con distintos nombres: pololos, notumas, sochusas y urumitas, por lo que probablemente no formaron una unidad. Fuera de urus y aymaras, se registraron también los llamados condes, cochabilcas y moyomoyos, y en los bordes del territorio, estaban los chichas. Esta presencia multiétnica se reproduce también en el panorama lingüístico ya que para la zona se consigna además del aymara y el uruquilla, por lo menos las lenguas cunza y atacama.

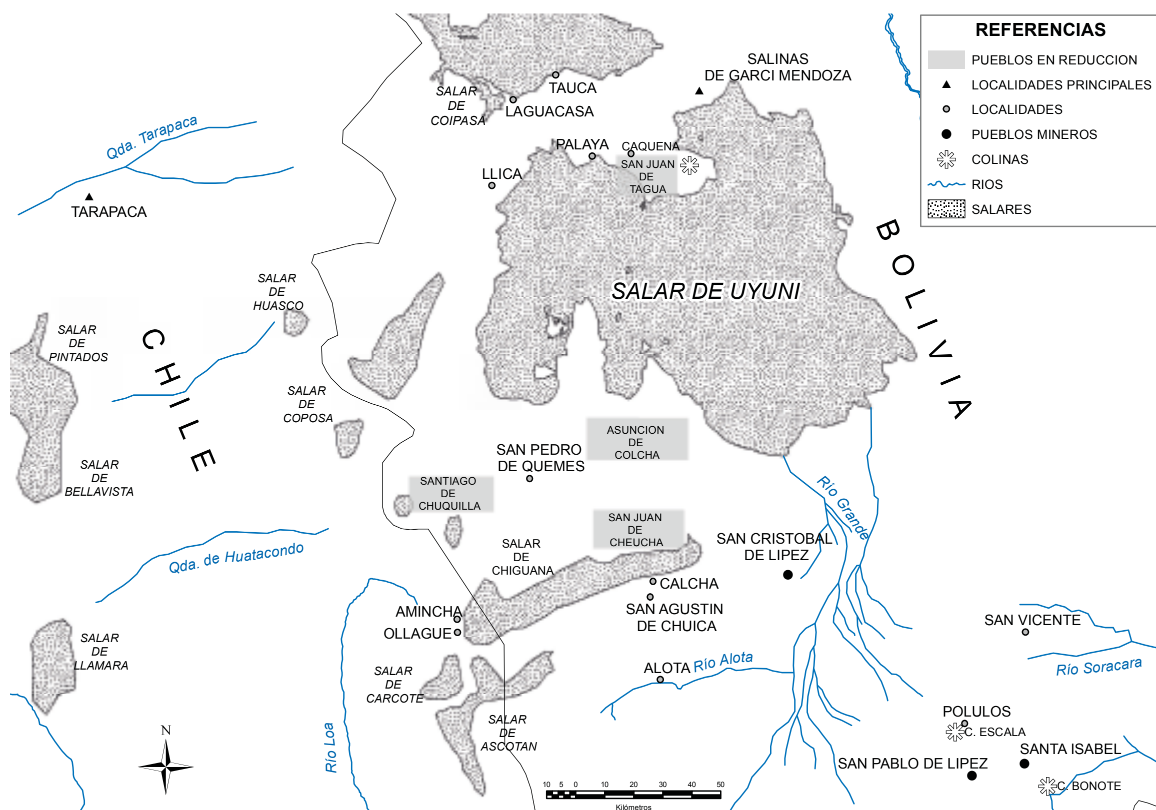


Figura 93. Región de los lípez.

Fuente: Martinez, 2008.

Desde una perspectiva arqueológica Arellano y Berberián (1981) señalan la existencia de una organización con características de un Señorío que denominaron Mallku que se habría desarrollado durante el período Intermedio Tardío (900 - 1200 d. C.) denominado así por encontrarse en las cercanías de una comunidad de ese nombre en la provincia Nor Lípez casi limítrofe a la de Sud Lípez. Varios datos de su trabajo de campo son importantes: establecen que la mayoría de las poblaciones actuales se encuentran muy cercanas da asentamientos correspondientes a lo que llaman cultura mallku, ubicados en sitios próximos a los valles formados por los ríos Lípes, Quetena y otros que finalmente desembocan en el Salar de Uyuni. Ubicaron enterramientos tanto en chullpas como en aleros y asociados a ellos diversos objetos como agujas, estacas de madera, husos, collares de conchillas, cerámicas, cestería y textiles (cuerdas, chuspas y mantas en rojo, verde y negro). Sin embargo, la propuesta de haber formado un Señorío no ha sido posteriormente desarrollada dejando la propuesta pendiente futuros estudios.

Se sostiene que Tupac Inca Yupanqui (1471-1493) conquistó la región en su paso a Chile y la incorporó como una provincia del Imperio pero no mantuvo sus autoridades originarias; más bien les impuso incas orejones para vigilarlos a pesar de que no se consideraban grupos particularmente belicosos. Al parecer hubo algún tipo de autoridad regional, que abarcaba desde Lípez hasta Atacama, cuyo nombre o título era Viltipoco (Sica y Sánchez, 1996).

Una de las manifestaciones artísticas con fines rituales en la región de los lipes, son las pinturas rupestres ubicadas en aleros y cuevas que, por lo general, fueron elaboradas en color rojo púrpura y algunas pocas en color verde. Sobresale un sitio en particular con más de 18 escenas con motivos antropomorfos y realistas, zoomorfos estilizados y geométricos abstractos. La importancia ritual de estas pinturas se refuerza por la presencia de enterramientos y ofrendas cerámicas del estilo "mallku", al pie de los aleros (Arellano y Berberian, 1981).

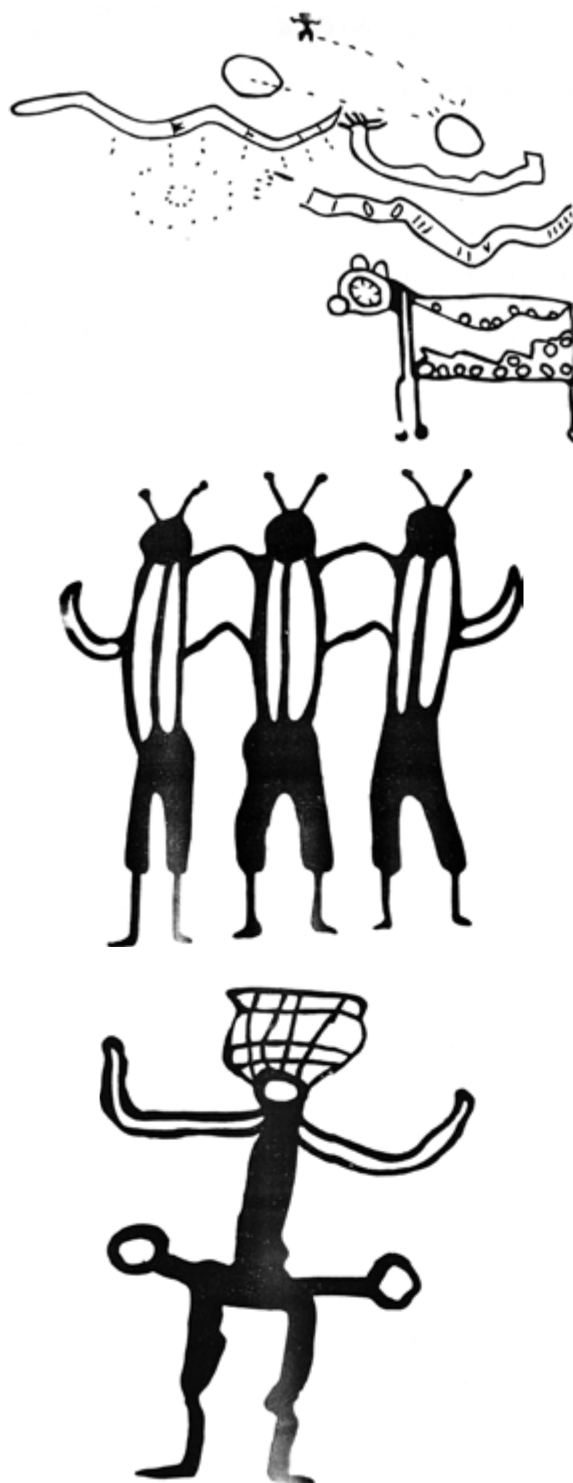


Figura 94. Pintura rupestre en Lípes, una de las manifestaciones religiosas en esta región de Lípez es el arte rupestre ubicado en aleros y cuevas que se encuentran próximos a tumbas donde también se encontraron fragmentos de cerámica. La pintura rupestre fue elaborada en su mayoría en color rojo púrpura. La primera muestra a un felino en medio de algunos símbolos y las otras dos figuras parecen representar una danza ritual.

Fuente: Arellano López y Berberían, 1981.

Una de las figuras muestra una representación antropomorfa estilizada donde se observa un personaje con un gran tocado y un taparrabo con adornos circulares con los brazos arriba. En otra se observa tres figuras en cadena probablemente en danza ritual.

Fin del periodo

El fin del periodo está marcado por la irrupción de los incas en el territorio, alrededor de la década de 1450. Es un tema de discusión la manera en que los incas dominaron el extenso territorio. Como fuera, el cambio significó la instauración de un sistema no solamente estatal sino imperial y por tanto un proceso de estandarización de muchos aspectos de la sociedad, desde la organización en ayllus, un sistema de control y aprovechamiento del espacio, tecnologías en muchos sentidos: textil, constructivas, de cerámicas, etc. Es decir una transformación de la gran diversidad previa a una cierta uniformidad, aunque este proceso fue tan complejo que no llegó a concluir cuando irrumpieron los europeos. También cabe recalcar que el dominio inca no fue igual en todas las regiones, como se podrá ver en el siguiente capítulo. En algunos lugares como entre carangas, quillacas o charcas los antiguos señores étnicos pasaron a formar parte de la burocracia imperial. En otros la resistencia fue mayor, como entre los chuis quienes finalmente por medio de la guerra, fueron incorporados al Imperio. En este sentido, el cambio de periodo históricos, aunque escalonado en el tiempo, tuvo lugar a lo largo de todo el mundo andino incluyendo los valles.

La frontera étnica fue marcada con más nitidez entre un mundo inca "civilizado" y los "otros", los chirguanos o los chunchos que mantuvieron a raya a los incas lo cual afectó a las antiguas relaciones de relación e intercambio que parece tuvieron lugar, por ejemplo, en la región de los chichas. Del mismo modo, la ocupación del espacio sufrió dramáticos cambios con la inclusión de mitimaes llevados por los incas de un lugar a otro, con lo que el mapa social y étnico del periodo será muy distinto al de los Señoríos.

Recuadro 11

Los estilos cerámicos en arqueología

Claudia Rivera Casanovas

Estilo es un término que se refiere a una cierta manera de hacer las cosas, siguiendo límites y normas para alcanzar un producto final. En arqueología el estilo se relaciona con la cerámica, los líticos, los textiles, la arquitectura, la escultura, entre otros elementos. Como Margaret Conkey señala (1990: 8) el concepto de estilo está intrínsecamente ligado con el reconocimiento de patrones y la centralidad de los objetos. Los arqueólogos de fines del siglo XIX y gran parte del XX estudiaron objetos como la cerámica por dos razones principales: para establecer cronologías y para equiparar los estilos con culturas o grupos sociales. A fines de los años 60 del siglo pasado, cambios en los paradigmas de investigación dejaron de enfocarse en los objetos en si para centrarse en la explicación de procesos sociales y de sistemas adaptativos. En este nuevo contexto el estilo se entendía como un producto cultural que contenía códigos que debían ser descifrados por los arqueólogos entendiendo su contexto social de producción y uso. Dentro de las nuevas corrientes los estudios de estilo están centrados en entender si este es capaz de revelar grupos sociales, identidades étnicas, unidades sociales o entidades históricas entre otros temas (Conkey, 1990: 11). Los fenómenos sociales detrás del estilo se relacionan con procesos de interacción, ideologías, afiliaciones grupales, diferenciación social y por supuesto identidad. Sin embargo, establecer una correlación directa entre estilo, grupos sociales o identidades étnicas no siempre es posible ya que el estilo no necesariamente se intersecta con grupo social o identidad. Por tanto se requiere de metodologías específicas para tratar estos temas y corroborar si es posible establecer este tipo de relaciones.

En Bolivia, arqueólogos durante el siglo XX han usado los estilos cerámicos para caracterizar a culturas determinadas, basándose en el supuesto que estos materiales y sus atributos morfológicos, técnicos y estilísticos expresan de forma material y visual aspectos de identidad grupal. Es decir que una sociedad produce cerámica distintiva que puede ser usada para identificarla como en el caso de Tiwanaku y los Incas.

Es así que durante la primera mitad del siglo XX y al influjo de la escuela histórico cultural los arqueólogos como Dick Ibarra Grasso (1973) equiparaban estilo cerámico con una cultura específica. Así es común encontrar términos como la cultura Lípez o Tarija inciso. Sin embargo, con el desarrollo de nuevas visiones sobre la cultura material y su relación con lo social, ya no se plantea automáticamente que el estilo refleja identidad o etnicidad. Pese a ello, se reconoce que la cerámica es producida dentro de contextos sociales particulares y que expresa cosmovisiones e ideologías imperantes en ciertos períodos históricos. Por tanto, es una herramienta útil para identificar grupos sociales, pudiendo expresar, a través de sus características técnicas y estilísticas, aspectos de identidad grupal. Estos aspectos pueden ser intencionales y muy evidentes o muchas veces mucho más sutiles.

En Bolivia las investigaciones muestran que la gran diversidad de estilos y sus variantes en ciertos períodos se relacionan con entidades políticas y culturales de gran dimensión, expresando elementos estandarizados de ellas como en el caso de Tiwanaku. En otros casos, esta situación no es tan evidente y los estilos tienden a ser más generales y pudiendo ser usados por distintos grupos sociales que comparten tradiciones tecnológicas comunes. Este sería el caso de la cerámica de la Tradición Estampada e Incisa de Bordes Doblados común en los valles interandinos y ceja de selva del Centro y Sur de Bolivia o la cerámica del período Formativo en el Sur de Bolivia.

Para períodos arqueológicos tardíos en los que los documentos coloniales brindan información sobre distintos grupos étnicos o sociales, en muchos casos se pudo correlacionar estilos cerámicos y grupos sociales, considerando que el estilo expresa aspectos de identidad grupal. Por ejemplo, se han realizado correlaciones entre la distribución de estilos cerámicos y los territorios que ocuparon entidades políticas como los lupacas, los pacajes, los carangas, los chichas, los yampara o Confederaciones como los Quillaca-Asanaque o los Qaraqara-Charka. El estilo Pacajes es bastante estandarizado, presenta dibujos de llamitas y motivos geométricos: líneas onduladas, asteriscos, puntos y reticulados, entre otros, sobre superficies de tonos rojizos, marrones y naranjas, asociados a formas cerámicas típicas como cuencos, jarras, cántaros y ollas que se distribuyen en un territorio aproximado al conocido etnohistóricamente para este grupo. Sin embargo, existen variaciones regionales (Albarracín-Jordan, 1997; Janusek, 2003). Lo mismo sucede en el territorio Carangas donde el estilo asociado a este grupo tiene como motivo distintivo dibujos de espirales además de líneas onduladas en negro (Lima, 2014). La confederación Quillaca-Asanaque presenta una diversidad de estilos en su territorio que corresponden a grupos particulares (Lima, 2014).

En el caso de las confederaciones del Sur como los Qaraqara, que incluyen dentro su estructura política a varios grupos con identidades particulares, se evidenció una mayor variabilidad. Es decir que existe una distribución territorial específica de tres o más estilos cerámicos particulares que corresponden a uno o varios grupos que componían esta confederación. Por ejemplo la cerámica Yura estaría relacionada con los visijsas del Este de Potosí, mientras que la cerámica Huruquilla (de color generalmente gris) se relacionaría con otros grupos del Centro Este de Potosí y el Suroeste de Chuquisaca. La cerámica Chaquí se relacionaría con grupos del centro de Potosí, todos parte de esta confederación (Cruz, 2007; Lecoq, 1999; Rivera Casanovas, 2004, 2014). Por otra parte, están los yampara que incluirían en su estructura política diversos grupos sociales cuya cerámica refleja gran variabilidad dentro de un estilo generalizado como el Yampara y sus variantes. En el caso de los chichas del Sur del país, su cerámica roja o guinda con diseños negros es tan distintiva que ha sido denominada Chicha. Durante la presencia inca en Bolivia la mayor parte de estos estilos se mezclaron con elementos tecnológicos y decorativos incaicos dando lugar a estilos mixtos: Pacajes-Inca, Carangas-Inca, Quillacas-Inca o Quillacas Tardío, Huruquilla-Inca, Chicha Tardío, entre otros.

QUINTA PARTE

La impronta inca en Bolivia

Pilar Lima

La impronta inca en Bolivia
(1470-1540 d. C.)

Mito e historia del origen de los incas

> En la vida de Mango Capac, que fue el primer ynca de donde empezaron a jactarse y llamarse hijos del Sol y a tener principio la idolatría y adoración del Sol y tuvieron gran noticia del diluvio, y dicen que en él perecieron todas las gentes y todas las cosas criadas, de tal manera que las aguas subieron sobre los más altos cerros que en el mundo habían, de suerte que no quedó cosa viva excepto un hombre y una mujer que quedaron en una caja de un tambor y que al tiempo que se recogieron las aguas, el viento hechó a éstos en Tiahuanaco … y que el Hacedor de todas las cosas les mandó que allí quedasen por mitimas y que allí en Tiahuanaco, el Hacedor empezó a hacer las gentes y las naciones que en esta tierra hay … (Cristóbal de Molina, 1585)

El lago Titicaca es considerado un lugar sagrado por todas las culturas que habitaron sus orillas, desde los tiempos más remotos hasta el presente. Los estudiosos de las religiones concuerdan en que un espacio es sagrado por su directa asociación con una o varias divinidades, un lugar donde los seres humanos pueden comulgar con lo divino y por tanto posee un profundo significado religioso para sus miembros.

Desde un punto de vista geográfico y político, el lago marca el centro del espacio y organiza el altiplano en dos sectores simbólicos. Constituirse en el taypi del mundo cultural andino hace que allí se manifiesten los mitos y se funden las bases de creencias religiosas. Los cronistas coinciden en situar los mitos en la Isla del Sol o Titicaca y en Tiwanaku, ubicado a pocos kilómetros del lago. Las versiones recogidas entre 1552 y 1653 hacen referencia a dos tipos de mitos, uno de origen de los incas y otro de creación de los hombres; a veces ambos se funden en un solo relato, indicando que hubo un hacedor del universo que creó el cielo y la tierra con las diversas naciones de hombres que la habitaban y, entre ellos, de manera especial mandaron a sus hijos como sus mensajeros. Uno de los mitos de creación asegura que el Sol y la Luna se refugiaron en sus aguas, en la oscuridad, durante los días del diluvio, y allí se encontraron los dioses que dieron origen al mundo.

El Inca Garcilaso, mestizo de origen cusqueño, recogió un mito que recordaban sus parientes, indicando que el dios Sol hizo salir del lago Titicaca a una pareja de hermanos esposos, Manco Capac y Mama Ocllo. Ellos tenían el encargo divino de llevar una vara de oro para establecerse allí donde ésta se hundiese. La vara se hundió en Cusco, donde enseñaron a tejer, sembrar maíz, a adorar al Sol y otras actividades civilizadoras a la gente del lugar, a quienes anunciaron su origen divino. Algunos autores son más precisos indicando que Manco Capac y Mama Ocllo salieron de la Roca Sagrada de la isla Titicaca y subrayan que antes de ellos la gente vivía sin orden ni gobierno. El culto al Sol, entonces, dio origen a una religión con formas más relevantes para la vida cotidiana. Es importante señalar que el lago Titicaca era un centro estratégico sumamente prestigioso a nivel regional, por tanto, vincularse a este espacio significaba para los incas la validación de su poder simbólico y político.

Ramos Gavilán (1988 [1621]), el cronista agustino de Copacabana, relata que los habitantes del lugar mandaron a un sacerdote a Cusco para solicitar la protección del Inca para este lugar sagrado. El Inca Yupanqui (Pachacuti) fue parte

de la primera dinastía en visitar el sitio. Cuenta Ramos que cuando vio la peña sagrada, no pudo menos que adorarla como si viera a Dios en persona, mandando a construir allí un centro de peregrinación.

Otros mitos hablan de cuatro parejas de hermanos que salieron de la cueva de Pacaritambo, cerca de Cusco. Ellos fueron Ayar Cache-Mama Guaco, Ayar Oche [Uchu]-Cura, Ayar Ayca-Ragua Ocllo y Ayar Manco-Mama Ocllo. Algunos de los hermanos se quedaron en el trayecto, quedando finalmente Manco Capac y Mama Ocllo. En estas versiones, los personajes se encontraban vestidos con cumbis (finísimos textiles) y adornados con joyas y objetos de oro.

Manco Capac y Mama Ocllo, como hijos del Sol, aparecen entonces como los fundadores de una dinastía gobernante de origen divino, que el mito sitúa en Tiwanaku o en la isla Titicaca, los mismos lugares donde se sitúan los mitos de creación del mundo. De este modo, este mito se une al de origen de la dinastía Inca.

Los estudiosos de las religiones explican que la solarización de los supremos inicios en todas las religiones conecta una teología solar con una élite gobernante, justificando el dominio de una minoría elegida. El mito del lago Titicaca y el de la cueva de Pacaritambo son versiones que parecen haber sido resaltadas según se tratara de una u otra panaca (grupo de élite) Inca. Al parecer, esta vinculación del origen en el Titicaca asociada a la deidad solar hizo de esta parte de los Andes uno de los lugares más importantes a nivel simbólico y mítico para los incas, como se verá más adelante. De cualquier forma, estos mitos de origen son parte de las explicaciones para entender la conformación de uno de los desarrollos prehispánicos más importantes de América.

En cambio para los cronistas españoles los incas emergieron de la oscuridad, alrededor del siglo XV, durante el reino del Inca Viracocha y de su hijo Pachacuti Inca Yupanqui. Estos dos líderes habrían logrado la unificación de los diferentes grupos étnicos que habitaban el valle de Cusco, promoviendo una decisiva e histórica victoria sobre sus tradicionales rivales, los chancas. Antes de la década de 1970, ésta era la explicación más acertada para explicar el origen de los incas.

Sin embargo, nuevas investigaciones arqueológicas (Bauer, 1992, 1998, 2006) realizadas en la región de Cusco durante las décadas de 1980 y 1990 ofrecen nuevas líneas de evidencia para entender su origen. Luego de la caída del Imperio Wari, se produjo un cambio radical en la forma de ocupación del territorio, con el consiguiente crecimiento de la población de la cuenca de Cusco. Múltiples grupos étnicos, reconocidos también a partir de los documentos coloniales, poblaron esta próspera región. Entre ellos se encontraban los pinahua y mohína, al Este; los chillque, masca y tambo, al Sur; Huayllacán y Cuyo, al Noroeste, y dos poderosos grupos: Anta y Ayarmarca, al Oeste de Cusco (Fig. 95).

Estas poblaciones interactuaron durante el denominado período Killke, que se desarrolló en el Intermedio Tardío. La evidencia material registrada es la existencia de un estilo de cerámica, al que John Rowe (1944) denominó Killke (1000-1400 d. C.) y que es considerado el antecedente inmediato de la cerámica Inca en la región de Cusco (Bauer, 2006) (Fig. 96). Múltiples muestras fueron registradas en las excavaciones realizadas en los sitios arqueológicos de la ciudad de Cusco, demostrando que antes de la consolidación del Imperio Inca existía una considerable población identificada por el estilo cerámico Killke.

El paisaje también fue transformado, incrementando la producción agrícola, sobre todo de cultivos de maíz, uno de los más importantes en la región. Este panorama ofrecía condiciones estables para darle autonomía y poder al grupo que lograra el control regional.

El acceso a esos recursos y la competencia por el control territorial produjeron rivalidades entre los grupos étnicos, haciendo que las poblaciones entren en conflicto. Según los datos de cronistas como Sarmiento de Gamboa (1572), una forma de solucionar estas rivalidades para unificar a los grupos fue la serie de matrimonios entre miembros de las élites locales.

En opinión de los investigadores, como resultado de los conflictos, matrimonios y alianzas étnicas, se formó una compleja jerarquía social y política en la región de Cusco. Así también, la unificación y eliminación de las poblaciones redujo la diversidad étnica y la competencia política en el transcurso de varios siglos. Puede decirse que la población inca es la conjunción de múltiples etnicidades, las que participaron indistintamente en su formación, dando como resultado el surgimiento del Imperio Inca.

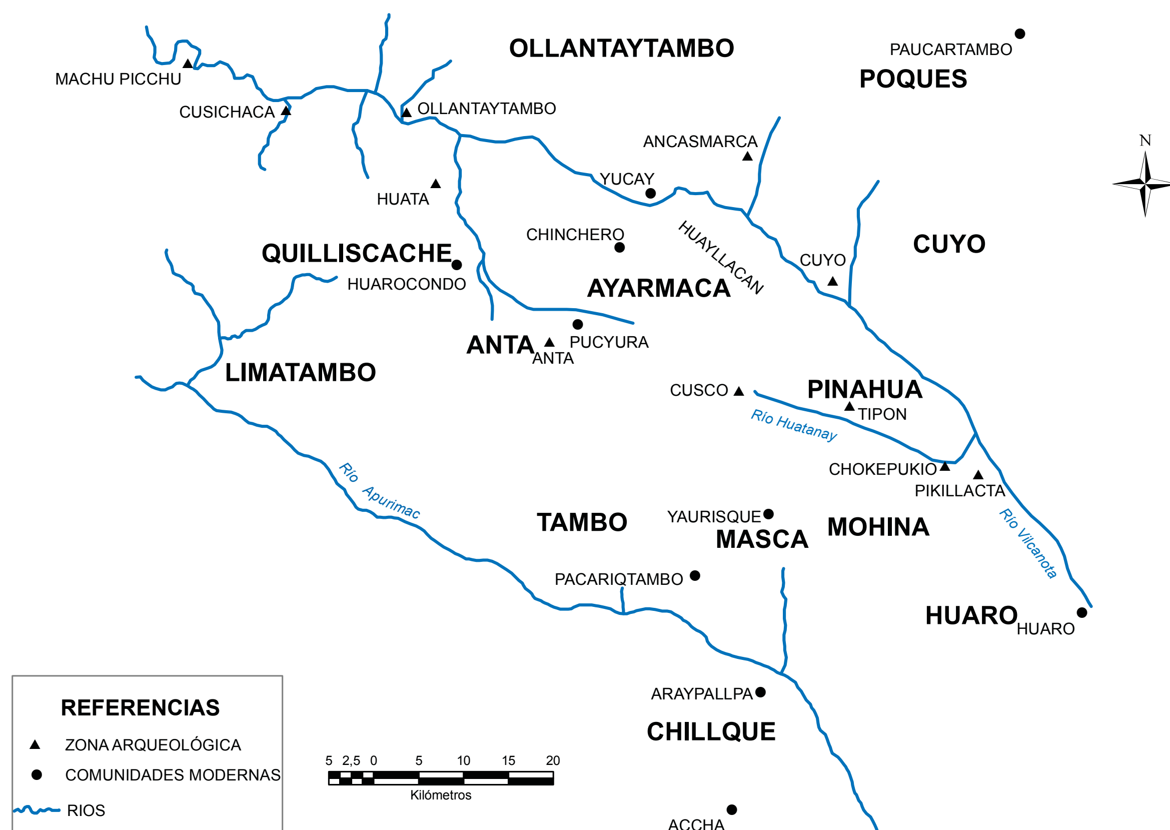


Figura 95. Mapa de disposición de las diferentes etnias alrededor de Cusco, antes de la emergencia del Estado Inca.
Fuente: Bauer, 1996.



Figura 96. Resto de vasija del estilo Killke registrada en los alrededores de Cusco, nótese la matriz del estilo decorativo que luego constituirá el estilo Inca imperial.
Fuente: Bauer, 1996.

Otra línea de análisis para entender su origen tiene que ver con la lingüística. Alfredo Torero (1987) propone que la difusión del idioma de los incas, el quechua, habría sido una estrategia de los españoles. Sin embargo, los incas habrían utilizado el aymara como idioma general en su proceso de expansión, aspectos que resultan muy sugerentes en cuanto a la desaparición de otros idiomas y dialectos existentes en los Andes, previo al proceso expansivo imperial.

De la misma manera, los cronistas del siglo XVI relatan sobre la existencia de un idioma secreto de los incas, el cual sólo era conocido por los más altos jerarcas y la clase sacerdotal, asumiéndose que este idioma pudiera haber sido el puquina. Éste es procedente del área del Titicaca, ya que se plantea que fue la lengua de Tiwanaku, correspondiéndose con el mito de origen que habla del nacimiento de los fundadores en la Isla del Sol. Entonces, es posible que el puquina pudiera mantenerse como el idioma de élite, debido a su importancia genealógica.

Un balance de las diferentes posturas que se tienen para entender el origen de tan importante

desarrollo nos lleva a identificar dos claras posturas. Por un lado, la visión mítica y la lingüística proponen el origen de los incas relacionado al Titicaca, e incluso relacionado a Tiwanaku como cultura antecesora que luego les hereda parte de su bagaje tecnológico. Por otra parte, se identifica un origen más evidente y muy similar a lo observado en la cuenca del Titicaca durante el Formativo, donde diferentes grupos de la cuenca de Cusco pelearon por la hegemonía política. Por lo que muestran los datos, son los killkes los que se impusieron, dando origen a un desarrollo regional, que luego –durante su fase expansiva– se convirtió en el Imperio Inca.

Los datos arqueológicos proporcionan insumos muy relevantes para la discusión de las diferentes posturas. Por un lado, en el Titicaca se identifican los mayores santuarios del periodo Inca, pero sin evidencias muy claras de una ocupación en su fase inicial. En cuanto al tema lingüístico, es más difusa la información, ya que los topónimos de la cuenca del Titicaca y los de las cercanías de Cusco son de origen aymara, no quedando evidencias del llamado idioma secreto de los incas. Por último, las evidencias arqueológicas en la cuenca de Cusco muestran la existencia de una diversidad de desarrollos antes de la etapa imperial, uno de los cuales –los killkes– parece haber asumido la hegemonía política regional.

El paso subsecuente de este proceso es la formación del Estado en Cusco, el cual –siglos más tarde– diera lugar a la formación del Imperio Inca. Desde esa perspectiva, podemos asumir que la evidencia arqueológica es la que mayores elementos aporta en la resolución de la problemática del origen de los incas.

La formación del Estado en Cusco hasta la conformación del Imperio

La formación de un Estado implica niveles de centralización política, jerarquización social y delimitación territorial. Según Brian Bauer (2006), este proceso se dio alrededor del año 1000 d. C., a partir de las óptimas condiciones que ofrecía el valle de Cusco para la producción agrícola –principalmente de maíz– y de la realización de múltiples alianzas políticas que lograron los killkes con otros grupos vecinos. Esto posibilitó un soporte político para el grupo dominante y la generación de excedentes económicos que luego eran redistribuidos entre las jefaturas locales.



Figura 97. En la imagen del actual centro urbano de Cusco fueron ubicados los principales sitios Inca. Esa disposición dibuja la silueta de un animal, que muchos curiosamente plantean se trata de un puma.

De la misma forma, se fue consolidando el crecimiento del asentamiento central en Cusco. Prueba de ello es la documentación de cerámica Killke en los contextos estratigráficos más antiguos del Coricancha, Sacsayhuamán y San Agustín. A partir de este centro se construyó un complejo urbano que fue la primera ciudad inca, además de otros centros satelitales ubicados en sus alrededores. Ese hecho también implicó un sistema estructurado de control político y económico, incluyendo la consolidación de una clase gobernante.

En la fase de Estado, los incas desarrollaron todo tipo de estrategias para incorporar y administrar nuevos territorios y grupos étnicos, con el objetivo de extender su control territorial regional. El producto fue la conformación de una compleja jerarquía social y política que redujo la diversidad étnica y la competencia política (Bauer, 2006).

Por otro lado, debido a las condiciones favorables mencionadas, se advierte un dramático incremento de la densidad poblacional en la ciudad, así como una transformación del paisaje local, gracias al incremento de áreas destinadas a la agricultura. Esto también implicó la necesidad de mano de obra destinada a los cultivos y a la producción de excedentes para el Estado, por lo cual era necesaria la inserción de otras poblaciones que pudieran realizar esos trabajos. Todo ello fue parte del establecimiento de una rígida jerarquización social local y regional.

Naturalmente, los grupos aliados de la élite contribuían a la consolidación de ese sistema socio-político. Sin embargo, existían otras poblaciones que mostraban su desacuerdo con la centralización regional existente, convirtiéndose en rivales de los incas. Entre ellos se encontraban los pinahua y los mohína, de la cuenca de Lucre; los ayarmarca, de Chinchero, y los chancas. El conflicto con estos últimos fue un hecho sin precedentes, pues determinó un viraje político para los incas, insertando una lógica expansionista.

A partir de ese tiempo y en adelante, los incas se preocuparon por ampliar sus límites territoriales. Como parte de todos esos sucesos, parece haber existido también una motivación por llegar al Titicaca y a Tiwanaku, área mítica de origen de los primeros gobernantes. Como parte de la expansión de Túpac Yupanqui, el Imperio llegó a estos territorios, creando uno de los santuarios más simbólicos e importantes de la época. Este hecho precede la importancia que Tiwanaku ya le dio al lago Titicaca y, por otro, lado también refuerza la pervivencia de una memoria histórica y cultural que ve en este Estado prehispánico uno de los desarrollos culturales más importantes de los Andes.

Recuadro 12

Las guerras entre incas y chancas

Durante fines del siglo XII y principios del siglo XIII, el Estado Inca empezó a expandirse en la región de Cusco, siendo uno de los eventos más notables para su expansión la guerra con los chancas.

La etnohistoria relata de manera muy vívida el proceso bélico sostenido entre incas y chancas, uno de los hitos más importantes para el surgimiento del Imperio. Hasta ese tiempo, los incas todavía eran uno de los grupos regionales que pugnaban por el control de las etnias vecinas; mientras que los chancas –población proveniente de la sierra- pugnaban con otros grupos por el dominio regional.

Según Maria Rostworowsky (2010), las primeras batallas fueron desarrolladas alrededor de 1438, durante el gobierno de Huiracocha. El episodio de conflicto fue originado por el ataque de los chancas a la ciudad de Cusco, culminando con una victoria inca que obligó al ejército chanca a replegarse a Ichupampa.

Tiempo después, una respuesta ofensiva a la cabeza de Pachacuti, en la mítica batalla de Yahuarpampa, posibilitó la victoria definitiva. Se sumaron los restos del ejército chanca al de los incas, consolidando con este episodio el total dominio del valle de Cusco, además de su poderío bélico.

Maria Rostworoswki también explica que fue el botín recogido de los chancas lo que le permitió al nuevo Imperio iniciar su política de reciprocidad y redistribución. Con estas estrategias lograron –además- tener la hegemonía económica y política en la región, expandiéndose posteriormente hacia diferentes partes de los Andes.

El Imperio de los incas

Mucho se ha discutido sobre la pertinencia de denominar a los incas como un Estado o un Imperio, pero en los últimos años parece existir

un acuerdo entre arqueólogos e historiadores para aceptar su denominación como Imperio. La teoría política señala que los Imperios son la expresión máxima del poder sobre otras sociedades, tanto a nivel político como económico. Las poblaciones quedan supeditadas a ese aparato, el cual ejerce soberanía y control manipulando su estructura social.

Según Schreiber (1992), el tipo de control que ejercen un Estado y un Imperio es diferente en naturaleza; su diferencia radica en el nivel de organización y la forma de expansión. Los Estados pueden llegar a expandirse sin ejercer control total, éstos deben incluir territorios continuos; sin embargo los Imperios denotan un control más rígido sobre las poblaciones sometidas y pueden ser territorialmente discontinuos, contemplando de esta forma un dominio ecológico mayor. Ambos emplean tanto la diplomacia como la fuerza militar en su expansión.

Por otro lado, tanto los Estados como los Imperios difieren en términos de diversidad cultural. Esto significa que la conformación de ambas estructuras políticas no está supeditada al criterio de identidad étnica. Los Imperios pueden ser multiétnicos, multilingüísticos y multinacionales; en cambio el Estado puede ser multiétnico pero no multinacional (Ibid.).

Tomando en cuenta esos lineamientos, podemos decir entonces que un Imperio presenta algunas características específicas. Una de las principales es que se expande rápidamente a nivel territorial, usando –algunas veces– la fuerza militar. Dicha incursión implica la manipulación de los sistemas políticos locales para servir a las necesidades imperiales, aunque no siempre se imponen reglas directas (Doyle, 1986).

Este tipo de desarrollo centra su atención en intereses económicos y controla la producción y distribución de todos los recursos necesarios. Su nivel de organización política centralizada le permite tener control económico e ideológico de las poblaciones sometidas. Para ese efecto utilizan determinadas estrategias, las cuales garantizan el control hegemónico del territorio (Dillehay y Netherly, 1988; Pease, 1982).

Otro rasgo que caracteriza a los Imperios es el uso del poder, el mismo que tiene una incidencia directa tanto a nivel simbólico como económico y social. En cualquiera de los casos, implica la subordinación de la población frente a un escaso grupo de la misma. Los resultados del manejo del poder siempre derivan en desigualdad social, la que se hace más evidente mientras más consolidado está el poder político (Balandier, 1969; Cohen, 1976; Schreiber, 1992; Wright y Johnson, 1975). Los Imperios son la expresión máxima del poder sobre otras sociedades, tanto a nivel político como económico. En un contexto imperial, las poblaciones quedan supeditadas a ese aparato político, el cual ejerce soberanía y control manipulando su estructura social.

Una última característica que debe considerarse es que los Imperios no pueden ser permanentes y tienen una vigencia temporal corta, manteniéndose por pocas generaciones. En cambio, los Estados pueden durar más en el tiempo, uno de los ejemplos para entender ese proceso de permanencia política es Tiwanaku (600-1100 d. C.). Este importante Estado prehispánico de los Andes tuvo una duración de alrededor de 500 años, basado en una estrategia de cohesión ritual-religiosa que aglutinaba a poblaciones de diferentes procedencias.

Claramente, los incas cumplían a cabalidad todas las características mencionadas, estableciéndose como el Imperio más grande de la América del Sur. Sin embargo, es importante mencionar que no fue el primer Imperio prehispánico de esta parte de América. Un desarrollo imperial precedente fue Wari, que durante el Horizonte Medio dominó y se expandió por la sierra del actual Perú, siendo contemporáneo con Tiwanaku. Ya en tiempos más tardíos, en Norte América se desarrolló el Imperio Azteca, el cual –al igual que los incas– fue interrumpido por la colonización ibérica.

Como desarrollo imperial, los incas manifestaron una tendencia a la centralización política regional, aspecto que se reflejó en la creación de centros administrativos. El centro y capital política fue establecida en Cusco, pero también se reconoce la tardía capital establecida en Quito. Este hecho muestra una bipartición conflictiva de la centralidad debido a la emergencia de poderes duales, como se manifestó en el gobierno de los dos hijos de Huayna Capac: Huáscar y Atahuallpa. El primero estableció su centro en Cusco, mientras

que Atahuallpa gobernaba el Norte, a partir de su centro en Quito.

Un segundo nivel serían los centros regionales, pertenecientes –en algunos casos– a los centros políticos de los pueblos anexados al Imperio. Dichos centros fueron construidos en los diferentes momentos de la expansión política, entre los que se puede mencionar a Ollantaytambo, donde se registra evidencia de la influencia de la arquitectura Tiwanaku en las construcciones Inca. También son relevantes los centros de Hatun Colla, donde en el siglo XVI todavía se hablaba puquina, y Hatun Jauja, centro reconstruido sobre las cenizas de la capital Huanca. En el área circunlacustre, dos sitios fueron los más importantes, Tiwanaku y Copacabana; el primero era el principal centro religioso del Horizonte Medio, además de haber sido el sitio de origen mítico de los incas. En Tiwanaku establecieron un asentamiento ritual y administrativo que no se sobrepuso al sitio más temprano, probablemente respetando su importancia religiosa. Por su parte, Copacabana era un centro ritual y multiétnico donde se concentraban poblaciones provenientes de diferentes partes de los Andes.

Fuera del área del Titicaca, se reconoce la importancia de varios centros, como los de Incallajta e Incarracay, áreas relacionadas a la producción agrícola; Paria y Sevaruyo, como parte de los centros administrativos relacionados al Capac Ñan (Camino Real), a partir de los cuales se propiciaron múltiples contactos interétnicos.

Este nivel de centralización política y poblacional también centralizó los poderes locales. El efecto de ese hecho fue la anulación de la fuerza y decisión política e individual de las poblaciones anexadas al Imperio.

Otro aspecto que caracterizó la política imperial inca fue la emergencia o consolidación de niveles de jerarquía, ya fueran éstos locales o externos. Durante su vigencia, como desarrollo político se estableció una forma de administración que, si bien estaba centralizada simbólicamente en el Sapa Inca, contaba con un esquema social y político que definía claramente la toma de decisiones en todo el Imperio.

En ese sentido, según Rostworowsky (1988), se pueden reconocer cuatro niveles de mando: incas de sangre real pertenecientes a cada una de las dieciséis panacas o grupos de poder reales, de entre los cuales se elegía a los gobernantes cusqueños; los Hatun Curacas, que eran los enviados para la administración de los territorios anexados, vivían en las capitales de los diferentes curacazgos, y cuyo nivel de autoridad estaba relacionado al tipo de organización política y territorial que tenía la población local anexada; los incas de privilegio que pertenecían a las élites locales y que, sin embargo, contaban con mayores beneficios a nivel social y político, entre los que se puede mencionar a los Chichas Orejones y a los Huallpa Rocas. Otros cargos de menor jerarquía eran los curacas eventuales, designados por cualquier miembro de la élite inca para servir en tareas administrativas, así como los curacas yana, figura no muy usual en la que un yanacona podía fungir como administrador eventual en caso de ausencia del delegado imperial. Esta categoría de jerarcas constituía la élite inca y se encargaba del manejo administrativo del Imperio.

Recuadro 13

Sistema social imperial

Según Maria Rostworowsky (1988), el Imperio Inca estaba constituido por los siguientes niveles sociales:

Panacas reales
Administradores
Sacerdotes, hechiceros y adivinos
Mercaderes y comerciantes
Artesanos
Hatun runas o campesinos
Pescadores
Mitmaqunas o poblaciones trasladadas
Yanaconas o servidores
Mamaconas o mujeres escogidas
Piñas o prisioneros de guerra

Esta drástica estratificación social implicó también el surgimiento de instituciones económicas como la mit'a, las cuales cambiaron la vida de las poblaciones sometidas al Imperio. Si bien la mit'a fue una forma de trabajo comunal para las poblaciones locales, durante la égida del Imperio se convirtió en una forma de ofrecer tributo en especie a los gobernantes. Se dice

que existía una mit'a de trabajo, una agraria, una pesquera y otra minera; de esta forma, la élite y los señores locales aprovechaban los diferentes recursos provenientes de todo el territorio.

De la misma manera, a través de la mit'a se logró la construcción de los magníficos monumentos arquitectónicos Inca que ahora son objeto de admiración. Este tipo de tributo estaba destinado al trabajo de la tierra en diferentes niveles: las tierras del Inca o del Imperio, las tierras privadas del Inca, las tierras de las huacas y las tierras del ayllu. Salta a la vista que no existía propiedad ni producción privada.

Bajo estos lineamientos políticos, sociales y económicos, los incas se expandieron por todo los Andes, instaurando –durante casi un siglo– un sistema administrativo y de control sin precedentes.

Expansión imperial de los incas en los Andes

La lógica territorial expansiva de los incas se desarrolló en diferentes espacios temporales. Según los documentos coloniales y en base a los relatos de los cronistas, se reconocen cuatro expansiones:

- La primera expansión de Pachacuti entre 1438-1463, en los alrededores de Cusco.
- Las expansiones de Pachacuti y Túpac Yupanqui entre 1463-1471, que extendieron el territorio hacia el Norte.
- La expansión de Túpac Yupanqui entre 1471-1493, que extendió su territorio al sur, contemplando la llegada al altiplano y todo lo que corresponde a Bolivia.
- La expansión de Huayna Capac entre 1493-1525, que se extendió al territorio de los chachapoyas (Fig. 98).

Las expansiones definieron su área territorial y poblacional, la que rebasaba el millón de habitantes y que posteriormente fue homologada con el territorio de los Andes. Como unidad política, se conocía a ese territorio como Tawanatinsuyo, dividido en cuatro partes: Chinchasuyo, Contisuyo, Antisuyo y Collasuyo.

Sin embargo, a pesar de estar reconocido el marco cronológico propuesto a partir de documentos coloniales para el proceso expansivo, en todo los Andes surge información que sale de ese marco. Por ejemplo, hay que mencionar una cantidad considerable de fechados tempranos del periodo Inca que se encuentran en áreas marginales del Imperio, tal el caso de instalaciones registradas en zonas de los actuales Chile y Argentina (Stehberg, 1995). Otro aspecto que marca esta diferencia temporal es la existencia de cierta información etnohistórica que alude la presencia Inca en áreas como las de Chuquisaca, con anterioridad a su presencia imperial y a manera de proceso de interrelación con las poblaciones locales (Sores de Ulloa, 1595). Esto nos lleva a cuestionar si la presencia imperial en los Andes se dio realmente a partir de las diferentes campañas expansivas, o si existió un proceso previo de interrelación con los grupos locales para luego implementar un proceso político único en los Andes.

Por los datos que se registran en diferentes partes, tanto a nivel arqueológico como etnohistórico, es posible pensar en un proceso previo y de contacto de los incas con otros grupos o con otras etnias. Según la etnohistoria, la presencia incaica en los Andes Centro Sur se habría dado después de 1470, con la expansión de Túpac Yupanqui, pero los fechados de numerosos contextos del Sur datan de tiempos anteriores, problematizando ese hecho.

Entonces, las preguntas que surgieron en el ámbito arqueológico eran si los fechados estaban correctos o fueron alterados, o si los datos de la etnohistoria fueron tergiversados por los cronistas. Por otra parte, es un hecho que al estar basada la cronología Inca en datos históricos, éstos deben ser considerados relativamente.

Una u otra suposición lleva a un error técnico o de interpretación; pero una tercera alternativa, planteada como hipótesis, es la que considera un contacto previo de los incas con otras poblaciones. Ese hecho pudo permitir una "planificación" para reconocer los territorios que eran de su interés y hacia donde luego se expandieron. De esa forma también podría explicarse que no sólo utilizaron la fuerza para conquistar a determinada población, sino que una de las variables más constantes fue la alianza con las élites locales. Por tanto, a pesar de no ser conclusivos con ese tema, es importante la consideración de diferentes etapas para un proceso que cambió la vida de los diferentes pueblos en esta parte de América.

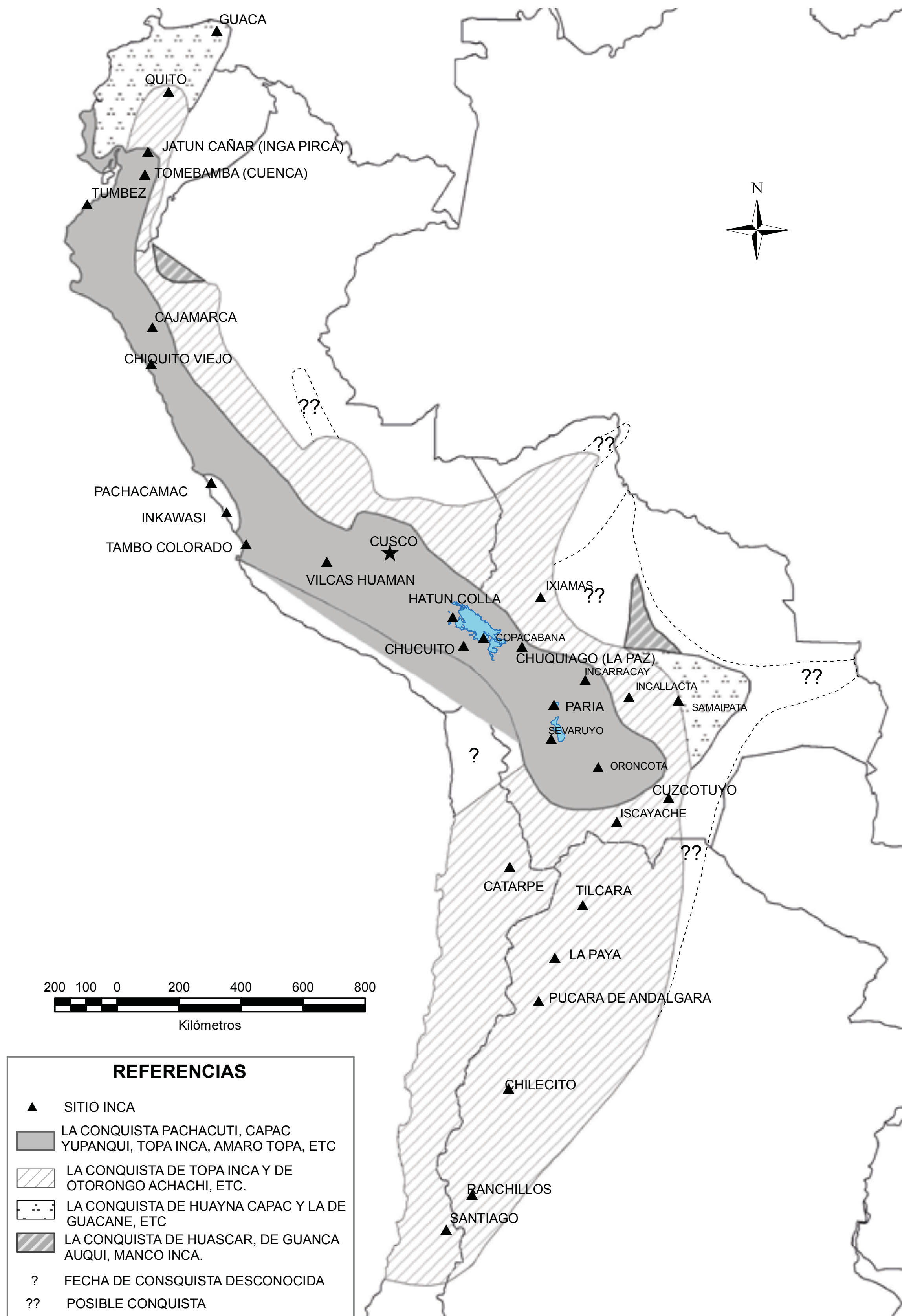


Figura98.Enestemapasepuedendiferenciarlosdiferentesmomentosdelprocesoexpansivolnca,asícomolasprincipalescapitalesycentros políticos del Imperio.

Fuente: Pärssinen, 1992.

Recuadro 14

Contactos previos de los incas. Registros de la región de Quila Quila - Chuquisaca

Los contactos iniciales de los incas con otras poblaciones pudieron darse a nivel protocolar y posiblemente les sirvieron para focalizar algunas 'áreas estratégicas'. Un caso interesante es el de Quila Quila, donde se asume que el motivo de la presencia imperial fue la explotación de algunos recursos específicos (Lima, 2000). Debido a ello, llama la atención que algunos documentos mencionen:

> Fue el Inca Kapac Yupanqui, que paseando sus huestes conquistadoras, llegó hasta las tierras de Quilaquila…(sic)…Según cuenta una tradición el Inca pasábase meses íntegros en estas orillas del Pilcomayo y cuando alguno preguntaba donde se encontraba el Inca, solían responder sus vasallos que el Rey Inca, se las pasaba meses y meses en las aguas termales. (sic) Quilaquila merecía la preferencia del Inca, por las propiedades medicinales de sus aguas termales que corren en un riachuelo llamado Talula, a la orilla del Pilcomayo y a sólo 10 km del pueblo, convertida por el Monarca Indio en balneario real ante la prescripción de los Yatiris, los médicos del Imperio Incaico (García, 1965: 121-122).

La referencia de Capac Yupanqui es sugerente. De acuerdo con Pärsinenn (1992), este personaje fue parte del gobierno Inca en la época de Pachacuti, en un período anterior al que se identifica como el tiempo de conquista de esa región:

> Capac Yupanqui fue el conquistador de Jauja y Vilca… también conquistó el valle de Chincha en la costa peruana… al tiempo de Pachacuti. Esto también aclara que el llamado quinto Inca por los clásicos cronistas es la misma persona que otro Capac Yupanqui quien dijo haber sido "capitán de la armada Inca" y quien también conquistó Vilca y Jauja para su "hermano" Pachacuti; esa historia es bien conocida por Betanzos, Cieza, Sarmiento, Cabello, Murúa, Garcilaso y Cobo. Entonces él no fue un rey Inca que gobernó antes de Pachacuti, pero si un líder militar y "otro Inca" del tiempo de Pachacuti (Pärsinenn 1992:81).

Este dato muestra que los contactos de los incas con los pobladores de Quila Quila fueron anteriores a 1470. Posiblemente, situaciones similares se desarrollaron en otras regiones, las cuales luego fueron parte del territorio imperial.

Como es de suponer, dicho proceso implicó una serie de estrategias que fueron utilizadas para lograr el control del territorio y su relacionamiento con las poblaciones locales. La literatura arqueológica sistematizó este relacionamiento a partir de tres tipos de control, que el Imperio habría implementado en las áreas que le fueron anexadas. Dichas estrategias consistían en un control directo, que plantea la implementación de un sistema imperial a través del relacionamiento –también directo– con los grupos locales (Fig. 99).

Niveles de control político imperial

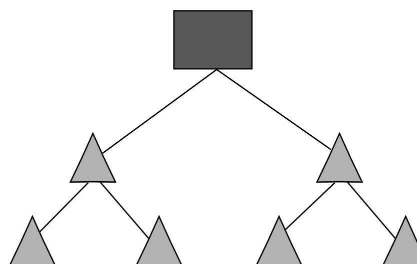


Figura 99. Control directo.

En este caso, la población era sometida y se le imponía una jefatura externa proveniente del nivel centralizado. El ejemplo más claramente registrado etnohistórica y arqueológicamente es el caso de los huancas, en la sierra peruana. Los acontecimientos desarrollados en el valle de Mantaro durante la incursión inca fueron desastrosos para la población Huanca.

Su capital Hatun Jauja fue tomada por la fuerza, luego de haber sido vencidos por los ejércitos Inca hacia 1450. Se dice que los mismos fueron dirigidos por el general Capac Yupanqui, considerado hermano del Inca Pachacuti. Después de cinco años de resistencia, su ciudad fue arrasada, quemando sus estructuras y movilizando a su población a otras áreas en calidad de mitayos del Inca. Dicho evento fue registrado en las excavaciones realizadas en Hatun Jauja, donde se comprobó tan violenta incursión, verificando los contextos de quema del asentamiento principal y la sobreposición de las estructuras incaicas en relación a las del período precedente (D'Altroy, 1984, 1992). Éste es uno de los pocos casos en los que la presencia imperial es impuesta física e ideológicamente. El

rencor de los huancas parece haber conservado una resistencia, plasmada en una venganza histórica contra los incas, ya que se convirtieron en los primeros aliados de los españoles cuando éstos ingresaron al Collasuyo, contribuyendo a la caída del Imperio (ver Espinoza, 1971).

Una segunda forma de entender el relacionamiento de los incas con las poblaciones locales es el modelo de control indirecto. En este caso, el control de dichas poblaciones se daba a través de una supervisión imperial, mediada por un acuerdo o alianza con las jefaturas locales (Fig. 100). Bajo este modelo se plantea también que dichas alianzas se daban con poblaciones que denotaban niveles consolidados de organización política.

Niveles de control político imperial

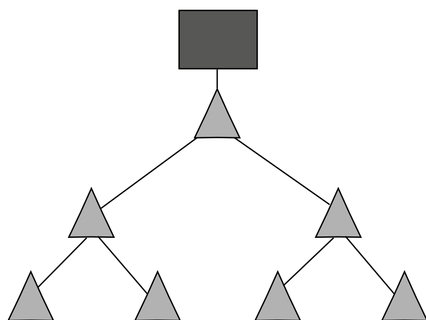


Figura 100. Control indirecto.

Algunos ejemplos de este modelo se observan en las alianzas que realizaron los incas con los jefes de algunos pueblos aymaras, como se observa en el caso de los lupacas y los collas (Pease, 1978, 1982) o de los Carangas (Lima, 2012). Durante el reinado del Inca Viracocha, Cari, el señor de los lupacas, y Zapana, el señor de los collas, se encontraban en conflicto, por lo cual se dice que enviaron emisarios al Inca buscando su apoyo en la guerra. Cuando Viracocha llegó cerca de Hatun Colla, fue informado de la victoria de Cari, razón por la que estableció un pacto amistoso con él. Esta alianza constituyó un paso fundamental para la posterior expansión hacia el Collasuyo y la región adyacente al Titicaca, posibilitando el establecimiento de los santuarios en las islas del lago. Es así como los señores locales luego formaron parte de una élite local vinculada al Imperio.

El caso de los carangas resulta también bastante interesante, ya que el paso por su territorio les permitió a los incas la derrota de los pacajes en tiempos del Inca Túpac Yupanqui. Como mencionan Gisbert et. al. (1996), el Imperio se encontraba en guerra con los pacajes, quienes se oponían a la incursión política de su territorio. Luego de varios enfrentamientos, los incas diseñaron una nueva estrategia para enfrentarlos, rodeándolos por la parte Sur del territorio.

Para ello, bordearon el lado occidental del Titicaca, bajando a tierras de los carangas, quienes cedieron el paso a los ejércitos del Inca. Esa inesperada arremetida logró el sometimiento de los pacajes, para luego ser anexados al Imperio. Como se verá más adelante, los restos materiales de la alianza con los carangas son las chullpas (torres funerarias) de color, registradas en la región del Río Lauca, cerca de la frontera del actual Oruro con la República de Chile.

Una variante de ambos modelos es la que Katharina Schreiber (1992) denomina control mixto, ya que denota niveles de control directo e indirecto al mismo tiempo (Fig. 101). Este nivel de control parece haber sido ejercido por los incas a través de un grupo dominante en determinada región, el cual estaba directamente relacionado con el Imperio.

Niveles de control político imperial

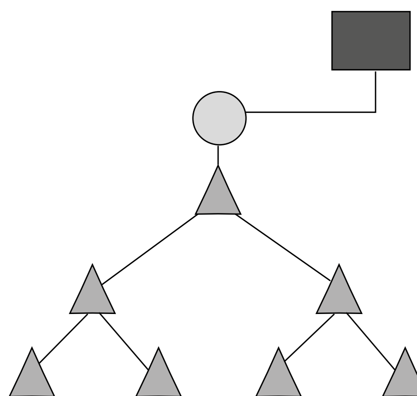


Figura 101. Control mixto.

Un ejemplo de esta forma de control político es el que desarrollaron los incas en el Norte de Chuquisaca. Durante el Horizonte Tardío, el desarrollo regional más importante correspondía a los yamparas, quienes tenían a Francisco Aymoro como su cacique principal. Los documentos coloniales relatan sobre la alianza de los incas con el mencionado cacique, quien en el siglo

XVI reclama esas tierras a la corona española (Barragán, 1994).

A través de las investigaciones arqueológicas se ha establecido que la consolidación de una de sus capitales, ubicada en Quila Quila, corresponde a los tiempos del Inca y es reconocida en los documentos del siglo XVI. A pesar de ello, la presencia Inca es casi inexistente en Quila Quila, siendo relevante sólo una ocupación Yampara Tardío. Ese hecho muestra que la alianza con el cacique Aymoro posibilitó el control de las poblaciones locales para el Imperio, posicionando al mismo como una autoridad regional. Por tanto, los yamparas se constituyeron como la élite local en el Norte de Chuquisaca, sobreponiéndose a los otros grupos de la región (Lima, 2000).

En todos los casos descritos, se observa que los efectos políticos que tuvo la incursión inca, a pesar de la estrategia de control que fuera utilizada, cambiaron el panorama político y social local. Por otro lado, la forma de sistematizar los tipos de control ejercidos por el Imperio sobre las poblaciones locales fue estructurada a partir de modelos planteados como estrategias políticas. Dichos modelos denotan un relacionamiento vertical entre el Imperio y los grupos locales, perspectiva que resultó apropiada para la mayor parte de los arqueólogos andinistas, quienes durante los años 90 se enfocaron en contrastar sus datos con dicho esquema.

Sin embargo, esta forma de entender el relacionamiento imperial va siendo lentamente discutida y re-analizada a la luz de las nuevas investigaciones que se realizan en torno a la problemática inca (Alconini, 2002; Angelo, 1999; Lima, 2000; Vranich et. al., 2002). Lo que está mostrando esa nueva información es un panorama más complejo de lo que plantean los modelos procesuales, ya que cada caso muestra alternancias no contempladas en los esquemas descritos, así como diferentes niveles de interacción con las poblaciones.

Por otro lado, las manifestaciones materiales registradas en algunos sitios permiten inferir estrategias de dominio o relacionamiento como formas políticas y rituales imbricadas. Ese es el caso, por ejemplo, del sitio Inca registrado en Tiwanaku, el mismo que parece responder a un nivel de ritualidad continuado desde el Horizonte Medio (Vranich et. al., 2002). Lo mismo sucede con los asentamientos del lago Titicaca, que si bien eran parte de un eje administrativo de las poblaciones locales, su función principal estaba relacionada al ritual a partir de la peregrinación.

Recuadro 15

La guerra en tiempos del Inca

Una de las formas de expansión de los incas se dio a través de la guerra. Para ello, el Imperio contaba con todo un aparato compuesto por escuadrones de población, organizados según la etnia de los soldados (*auca runas*). Dichos soldados se armaban y adornaban con cueros, telas, escudos, plumas, joyas o con pinturas corporales para el enfrentamiento, siendo estos elementos el reflejo de su procedencia étnica.

Los ejércitos tenían como unidades máximas a divisiones de 10 000 hombres, al mando de un *Apusquin Rantin*, equivalente a un teniente general. El general en jefe se denominaba *Apusquispay*, y al general de brigada lo llamaban *Hatun Apu*. Para comunicarse con los lugartenientes y los soldados se utilizaban conchas, trompetas y tambores.

Las principales armas defensivas eran los escudos (Hualcana), los cascos (Uma chucu o prenda de cabeza), las pecheras que solían tener grabados simbólicos de adorno y las armaduras, consistentes en túnicas de algodón muy gruesas y acolchadas. En cambio, las armas ofensivas eran la macana, la estólica (*cumana*), la honda *(huaraca)*, la boleadora (*liwi*), la lanza (*Suchuc Chuqui*), la maza (*Chaska chuqui* o lanza con punta de estrella), los arcos y flechas de tradición selvática, los mazos (*Chambi*) y las hachas (*Cunca chucuna*).

Algunas de estas armas eran de metal, pero en general eran de piedra y madera. Esa es una diferencia clara con respecto a los europeos en el uso de los metales en situaciones bélicas. Pero en la etapa de contacto, se dice que los incas fueron influenciados militarmente por el uso de caballos, espadas y armadura. Como dato anecdótico se puede mencionar que cuando *Manco Inca* se rebeló contra los españoles formó un batallón de soldados montados a caballo y que él mismo utilizó armamento español (Espinoza, 1997).

En otras partes –en cambio– se observa la injerencia del control imperial sobrepuesta a las estructuras locales, influyendo en la re-estructuración poblacional y territorial. Ese podría ser el caso de la organización de los quillacas, cuya estructura confederativa no tiene un correlato arqueológico, interpretándose como una re-estructuración incaica a partir del movimiento de poblaciones (Lima, 2008). En un caso contrario, se advierte la alianza que realizaron con los caciques locales de las Tierras Bajas, a través de matrimonios, para lograr su avanzada hacia la Amazonía y el Chaco (Tyuleneva, 2010).

Estas nuevas miradas del fenómeno inca configuran un mosaico de estrategias que no pueden ser sistematizadas de forma tan esquemática. Por tanto, tampoco son viables ahora los estudios de contrastación de los modelos, ya que cada caso presenta sus particularidades; posiblemente, éste sea uno de los aportes más importantes al tratamiento de la problemática inca en los Andes.

Expansión inca hacia el Norte

Según Meyers (1998), el proceso expansivo descrito se dio en tres etapas, luego de enfrentar la resistencia de los grupos locales. En una primera etapa se anexaron los territorios de la sierra septentrional peruana y el nudo de Azcuay. El grupo más importante que sometieron fueron los cañaris, área en la que establecieron sitios donde se observa arquitectura imperial y donde no se registraron evidencias de carácter militar. Al parecer, mandaron a los cañaris como mitmas a otras regiones del Tawantinsuyo, llevando también colonias foráneas para desestructurar al grupo local.

En la segunda etapa se incorporaron al Imperio los territorios de alrededor de Quito, teniendo una alta resistencia por parte de los grupos étnicos locales y la confederación formada por el cacique de Tomebamba y el cacique de Quito. Túpac Yupanqui promovió la exploración de los territorios ubicados entre Quito y el mar, pasando por la zona de Chimbos; luego llegaron hasta Huancavilca, avanzando al valle de Jipijapa y a la costa de Manta.

En una tercera etapa, Huayna Capac, entre 1493 y 1525, habría incorporado los territorios ubicados al Norte de Quito, sometiendo a cayambes y caranguis, quienes habrían presentado alta resistencia. En este territorio fueron identificadas muchas fortificaciones que permiten suponer una agitada actividad por la conquista, pero cuyas evidencias muestran una ocupación temporal más corta.

Parte de las estrategias utilizadas por Huayna Capac para consolidar la conquista de este territorio fueron las alianzas logradas con los jefes locales. Es así como desposó a una "señora principal" del cacicazgo de Carangui, con la que tuvo un hijo al que llamó Atahuallpa, quien a la muerte de Huayna Capac se convirtió en el gobernador de Quito. De esta forma se oficializó la división política del Tawantinsuyo en el territorio del Norte, con capital en Quito, y el territorio del sur, con su centro político en Cusco.

Ambas regiones respondían a realidades sociales, económicas y étnicas muy disímiles, aspectos patentizados en posteriores y sangrientos combates por la sucesión del mando imperial entre los dos hijos herederos de Huayna Capac. Atahuallpa venció en dicho conflicto, ejecutando a su medio hermano Huáscar, gobernante de Cusco, pero antes de consolidar su triunfo fue ejecutado por el español Francisco Pizarro, en 1533.

Recuadro 16

¿Quienes eran los mitmas?

Mitma o *mitmaquna* es un término quechua que define a grupos de población que frecuentemente movían los incas por largas distancias. Los incas establecían colonias de poblaciones foráneas como una estrategia de ruptura o desplazamiento de las estructuras organizativas locales, con el objetivo de evitar rebeliones.

Los *mitmas* también fueron utilizados para colonizar nuevos territorios o para volverlos productivos. Un caso muy conocido en Bolivia es el de los *mitmas* de Cochabamba, que se encargaron de la producción agrícola para sostener a esta parte del Imperio (Wachtel, 1982).

Expansión inca hacia el Collasuyo

El Collasuyo fue el suyo austral del Tawantinsuyu, además de ser el mayor de sus territorios. Se extendía al Sur de Cusco (Perú), los Andes y altiplano de Bolivia, hasta las riberas del río Maule, al Sur del actual Santiago de Chile; y desde las costas del Pacífico hasta los llanos de Santiago del Estero, en la actual Argentina. El centro neurálgico de este territorio estaba situado en el altiplano, en torno al lago Titicaca, una de las

regiones más densamente pobladas de los Andes en tiempos prehispánicos.

El nombre de Collasuyo proviene de los pueblos de habla aymara y de una serie de desarrollos independientes que se asentaban en los que eran conocidos por los incas bajo el nombre genérico de collas. El territorio colla, en torno a la orilla Norte del Titicaca, fue para los incas el más significativo en los inicios de su gran expansión imperial hacia esta parte de los Andes. En tiempos del Inca Pachacuti, se tomó Hatun Colla, antigua capital del reino colla, hecho con el cual el Imperio reforzó su dominio sobre el Collasuyo. La expansión propiamente dicha fue realizada por Túpac Yupanqui entre 1471 y 1493, según los documentos coloniales. Sin embargo, las fechas obtenidas en la cuenca del Titicaca para las primeras incursiones están entre 1450 y 1475, situando este evento durante el reinado de Pachacuti (Stanish, 2003).

Por otra parte, antes de la llegada de los incas, la cuenca del Titicaca estaba viviendo un período de conflicto debido a las batallas entre lupacas y collas. Cari, el jefe de los lupacas, había hecho una alianza con el Inca Túpac Yupanqui, con cuya ayuda destruyó Ayaviri y se declaró victorioso en esa batalla. Entonces, se estableció una capital inca en Chucuito, donde el jefe lupaca fue nombrado cacique del Collao. Luego, se realizó la conquista de los territorios de Pacajes, Paucarcolla, Omasuyo, Azángaro y de las islas del Sol y de la Luna, para posteriormente emprender la conquista de los valles del sur.

El interés del Imperio en esta región de los Andes estaba centrado en la fertilidad del lago Titicaca y en la sacralidad de esta huaca natural. Adicionalmente, el oro de Chuquiago (actual La Paz) concitó el interés por el establecimiento de minas. Pero, sin duda, el aspecto más llamativo para esta ocupación fue que era el ingreso a la zona de valles y yungas, para el aprovechamiento de maíz y de la preciada coca. De la misma forma, la alianza con los jefes collas y lupacas implicó un logro político que permitió su ingreso e interrelación con otros grupos de la región.

Los aspectos señalados, sin duda, fueron efectos ocasionados por la incursión y el establecimiento de nuevas políticas en los Andes durante el período Inca. Sin embargo, la generación de nuevos estudios arqueológicos en áreas marginales del Imperio nos está mostrando otros aspectos y variantes en cuanto a su relacionamiento con los grupos locales. Dichos efectos son advertidos tanto a nivel del Imperio como de las mismas poblaciones anexadas, en una dinámica de retroalimentación constante.

Una característica que cambió el patrón de asentamiento previo es que los asentamientos principales estaban integrados a una red que contemplaba caminos, tambos y áreas administrativas. Por tanto, se establecieron "capitales" en diferentes partes, desde donde se expandió la actividad regional, y las que fueron ocupadas específicamente durante ese periodo. Las más importantes en la cuenca del Titicaca fueron Hatun Colla, en territorio colla, y Chucuito, en territorio lupaca.

El centro panregional seguía siendo Cusco, pero en el área del Titicaca se establecieron centros regionales secundarios que estaban en un rango de entre 20 y 80 hectáreas, entre los que figuraban los centros de Hatun Colla y Chucuito, pero también Paucarcolla, Acora y Juli, en territorio lupaca del actual Perú (Stanish, 2003). En cambio, hacia lo que hoy es Bolivia se establecieron centros regionales más pequeños, los que en opinión de Stanish (2003) no rebasaban las 11 hectáreas de extensión, ubicados en Pucarani, Guaqui, Tiwanaku, Sullkamarca, Copacabana, las islas del Sol y de la Luna, además de Huancané (Fig. 102). Todos estos territorios correspondían tanto a los pacajes como a los collas.

Es interesante notar que, según las visitas de los primeros tiempos de la Colonia, estas poblaciones tenían miles de tributarios, ratificando su importancia como centros regionales del período Inca, pero también como poblados mantenidos durante la Colonia.

A pesar de la importancia del área del Titicaca para los incas, debemos decir que el territorio del Collasuyo era un espacio más amplio, en el cual se desarrolló una serie de cambios estructurales a nivel político, económico, social y, sobre todo, territorial. El territorio fue dividido en guamanis o provincias (compuestas por 10000 familias), las mismas que fueron la base de los corregimientos en tiempos coloniales, y de las provincias de la época republicana. Esta división territorial fue la que encontraron los españoles, la cual fue luego registrada en los documentos del siglo XVI y reconocida hasta la actualidad como parte de las tierras de los grupos preincaicos (ver Bouyssé-Cassagne, 1987).



Figura 102. Al ser el lago Titicaca un espacio sagrado para los incas, se establecieron sitios de gran importancia en los alrededores. En este mapa se observa la distribución de los principales sitios de este periodo.
Fuente: Stanish, 2003.

La incorporación de las poblaciones al Sur del Titicaca comprendió una serie de sucesos y alianzas con las jefaturas de las poblaciones locales. Como ya fue mencionado, la anexión de los carangas se dio a partir de la alianza para someter a los pacajes, creando la provincia Hatun Caranga. Una vez que fueron sometidos los pacajes, se procedió a la conquista de los reinos del sur, los charcas entre ellos. La indomable estirpe guerrera de los charcas los convirtió luego en parte de los ejércitos del Inca para conquistar las Tierras Bajas del Chaco y de la Amazonía (Saignes, 1985).

Posteriormente, las tratativas realizadas con el cacique Guarachi de los quillacas posibilitó su anexión y la creación de una confederación multiétnica (Lima, 2008). El ingreso a esta región permitió la posterior anexión de los chichas y la explotación de sus recursos minerales, por lo que allí se estableció un grupo de incas de privilegio, los denominados Orejones (Angelo, 1999). Hacia el este, el establecimiento del centro administrativo de Paria posibilitó el ingreso a los valles de Cochabamba, con el traslado de una gran cantidad de mitmas que se dedicaban a la producción agrícola (Wachtel, 1982), aspecto que incidió en su denominación como "granero del Inca".

La alianza con el cacique Francisco Aymoro permitió el establecimiento de Hatun Yampara como centro desde donde se controlaba todo el Norte de Chuquisaca y a sus diferentes poblaciones (Barragán, 1994). Esta avanzada pretendía extender los dominios del Imperio hacia el Chaco, a partir de la construcción de fortalezas en la denominada frontera oriental para conquistar el territorio de los guaraníes.

Más al Sur de este territorio, el Imperio conquistó el occidente de la actuales provincias de Catamarca, Tucumán, Salta, Jujuy, La Rioja, San Juan y el extremo Noroeste de Mendoza, incorporándolas al Collasuyo. Los pueblos que habitaban esa región: omaguacas, diaguitas, calchaquíes, huarpes, entre otros, intentaron

resistir, pero fueron sometidos. Es así que se establecieron las provincias de Humahuaca, con probable cabecera en Tilcara y habitada por mitmas chichas; de Chicoana o Sikuani, habitada por los pulares; de Quire-Quire o Kiri-Kiri, ocupada por calchaquíes y yocaviles, además de un gran número de mitmas de Tucumán o de Tucma; y la más meridional conocida como Cuyo (Palma, 1998; Williams, 2000).

Los sitios inca más importantes en esta región son: el Potrero de Payogasta (Salta), la Tambería del Inca (La Rioja), pucará de Aconquija y el Shincal de Londres (Catamarca), pucará de Tilcara (Jujuy) y las ruinas de Quilmes (Tucumán) (Raffino y Alvis, 1993). Según los estudios, la mayoría de estos sitios presentaba ocupación preincaica, siendo organizados por los incas en una red de puestos de control militar.

En territorio del actual Chile, Túpac Yupanqui conquistó a los diaguitas de los valles del Norte. Hacia el sur, sometió a parte de las poblaciones Norteñas del territorio picunche (Pikun Mapu) que habitaban el valle de Aconcagua, donde se piensa se establecieron los límites del Imperio, aunque éstos fueron luego extendidos hasta el río Maule.

Esta nueva configuración territorial del Imperio conllevó –como en otras partes de los Andes– una nueva jerarquización social. Pero su control fue posibilitado por la implantación de una red de comunicación y circulación de bienes y productos, asociada a un sistema de centros administrativos (tambos), áreas agrícolas (qollqas y takanas) y de producción de tejidos, asentamientos, fortalezas (pucaras) y santuarios de altura. Dicha red conformó parte del llamado Camino Real o Capac Ñan.

Sin duda, a nivel constructivo, el Capac Ñan es la infraestructura vial más monumental de los Andes, siendo una red de caminos que se extendía por todo el territorio, desde Ecuador hasta Argentina, institucionalizando la vialidad en tiempos prehispánicos para el aprovechamiento de recursos de las diferentes regiones del Tawantinsuyo. Cuatro eran las vías que a lo largo y a lo ancho integraban todo el Imperio: Cusco a Quito, con un ramal hasta Pasto (Colombia); Cusco a Nazca y a Tumbes (frontera Perú-Ecuador), Cusco a Chuquiago, Cusco a Arica y Atacama, con ramales hasta el río Maule y a Tucumán (Fig. 103). A partir de esas cuatro vías se desprendían ramales en todas las direcciones y hacia las áreas que estaban bajo la égida del Imperio. Gran parte de esas ramificaciones han sido registradas en Bolivia y los países vecinos, siendo reconocidas por la UNESCO como Patrimonio Cultural de la Humanidad (2014).

El trabajo de ingeniería de esta red vial muestra el avance tecnológico de este periodo, así como la capacidad de movilización de gente que tenían los incas. Los datos de registro del Capac Ñan muestran tipos de soluciones para efectivizar la movilidad en diferentes momentos del año y por diferentes tipos de ambientes. La red está dispuesta en llanuras, crestas de cerros, sobre bofedales, ríos, etc., haciendo uso de recursos como puentes, empedrados, graderías y descansos. De la misma forma, parte de su mantenimiento tenía que ver con la construcción de canales, controles de paso, señalización, aspectos que permitían la ágil circulación de productos y de información por todo el Imperio (Espinoza, 2004). Debido a estas características, el Capac Ñan también es conocido como la vía más directa para llegar a Cusco.

La vía más larga contaba con una longitud de 5200 kilómetros, desde Quito (Ecuador) pasando por Cusco, hasta Tucumán (Argentina). A lo largo de esa ruta, se establecieron tambos y postas o lugares de paso para el almacenamiento de granos y otros alimentos, además de dar cobijo a los viajeros. En su recorrido también se encuentran apachetas asociadas, simbolizando la sacralidad que los antiguos habitantes le dieron al paisaje andino.

Como infraestructura, presenta tres elementos que permiten su identificación: 1) el registro de su presencia en documentos coloniales; 2) su dirección, ya que todos conectaban sitios prehispánicos entre sí, y 3) sus características constructivas (Espinoza, 2004). Así se diferencian rutas principales y caminos transversales, siendo las primeras las que definían el tránsito Norte-sur, y las otras las que unían los poblados más pequeños por todo el territorio. Por ejemplo, cerca del lago Titicaca, la ruta principal se dividía en dos ramales (Urcosuyo y Umasuyo), para retomar su curso hacia el sur; de ella se desprendían rutas transversales que se diseminaban por toda la cuenca y conectaban esta región con poblaciones de valles calientes, costa e incluso otros pueblos del altiplano.



Figura 103. La red vial del Cápaq Ñan fue una de las infraestructuras más monumentales del mundo antiguo en los Andes. Se trataba de ramales de caminos construidos a lo largo de todo el Imperio, comunicando el centro político de Cusco con sus diferentes territorios.

Fuente: Hyslop, 1992; Estévez, s/f.

Esos caminos, que se encuentran en todo el territorio andino, fueron mejorados con infraestructura imperial a partir de rutas pre-existentes, lo cual denota la movilidad de las poblaciones mucho antes de la presencia de los incas. En ese ámbito, podría decirse que el Imperio únicamente institucionalizó la dinámica existente, con el objetivo de organizar el movimiento de los productos.

El efecto de la correcta administración del sistema económico-social descrito fue el lograr que el Imperio tenga la producción necesaria para la redistribución. Dicha producción provenía de la agricultura, la ganadería, la pesca, la artesanía y la caza, generándose espacios y poblaciones especializadas que mantenían la provisión de esos productos, tanto para el consumo de la élite como para la manutención de sus ejércitos. Todos esos aspectos representaron una nueva dinámica para las poblaciones del Collasuyo y del resto de los Andes; algunos de esos cambios registrados en lo que actualmente es el territorio boliviano son descritos a continuación.

Recuadro 17

La conquista de las Tierras Bajas ¿Hasta donde llegaron los incas?

Como dato sin referencia, se debe mencionar que en el actual territorio brasilero existen dos caminos que parecen corresponder a la época Inca. Uno parte del Noreste, desde Quito llegando al actual Estado de Roraima. El más conocido es el llamado camino de Peabiru, que conecta las costas del océano Atlántico, en el actual Estado de Sao Paulo, con la ciudad del Cusco.

Esta información lleva a cuestionar el verdadero ámbito de interacción de los incas, siempre restringido a los Andes. Al parecer, los contactos con poblaciones de Tierras Bajas tuvieron mayor alcance del que la historia y la misma arqueología han podido corroborar.

La impronta inca en Bolivia

El contexto descrito para la presencia de los incas en los Andes se dio también para su expansión hacia los Andes Centro Sur. La misma lógica fue empleada en cuanto al aprovechamiento de los diferentes recursos que esta parte del territorio le ofrecía. Por otro lado, fue también esta región la que posibilitó que el Imperio tuviera contacto o llegara a las Tierras Bajas, por tanto, su importancia dentro de la política imperial fue muy grande.

Ya se mencionaron los cambios a nivel social, con una jerarquización muy estricta que tuvieron que aceptar las élites de los pueblos sometidos. Otro aspecto determinante fue la nueva concepción de territorialidad que impusieron los incas, interdigitando un movimiento Norte-Sur a partir del Capac Ñan, contrapuesto al movimiento transversal que hasta ese tiempo habían desarrollado los pueblos de esta parte de América. Pero, sin duda, el aspecto más relevante de este influjo fue el movimiento de bienes y servicios; el aprovechamiento de los recursos de estas regiones contribuyó en la consolidación del sistema imperial en sus últimos tiempos.

Como parte de los cambios que los incas realizaron con las poblaciones locales se estableció la movilización de pueblos enteros a determinados territorios; en algunos casos, para el aprovechamiento de los recursos y la guerra y, en otros, para propósitos ceremoniales. Fue precisamente el Inca Huayna Capac quien impuso una movilización de mitmas sin precedentes en los Andes Centro Sur, la cual condicionaba su presencia a los cambios territoriales y aprovechamiento de recursos delineados por el Imperio.

Aunque no existe un mapa de mitmas en Bolivia, se sabe que existieron poblaciones trasplantadas en Copacabana, Chuquiago, el lago Poopó, hacia Norte del actual Potosí y en Porco para aprovechar la explotación minera. De la misma forma, muchas áreas de Yungas fueron re-pobladas con mitmas, así como Pocona y Samaipata en los valles orientales. Esas poblaciones trasplantadas eran formadas por habitantes de tierras altas (carangas, quillacas, pacajes, cotas, etc.), provenientes de la costa y de territorios del Norte del Imperio, como los chuis y los cañaris.

En función de esta nueva situación, como en todo el Imperio, el tipo de presencia de los incas estaba relacionado con el tipo de actividades que desarrollaban o con el tipo de recursos que aprovechaban en las diferentes regiones de los Andes. Es así que su denominada impronta puede ser caracterizada a partir de la construcción de sitios monumentales y de la realización de alianzas con los grupos locales, aspectos que marcaron diferentes niveles de importancia política y ritual para el Imperio.

Para analizar esos niveles es preciso demarcar algunas de las formas en las que los incas desarrollaron su influjo en diferentes partes de los Andes Centro Sur. En orden secuencial y de importancia, se puede mencionar el establecimiento de un área ritual y religiosa en el lago Titicaca; el aprovechamiento de las minas de oro del valle de Chuquiago y de Porco; la consolidación del control de la movilidad a través del Capac Ñan y de los caminos secundarios vinculados a la red principal, con el consiguiente establecimiento de tambos y áreas administrativas; el aprovechamiento de la producción agrícola en el valle de Cochabamba, con la creación de áreas de almacenaje que mantenían a los ejércitos del Inca; el dominio de la población Uru y el aprovechamiento de los recursos acuáticos; así como la expansión imperial hacia las tierras bajas a partir del establecimiento de fortalezas que demarcaron una frontera entre el mundo andino y el de la Amazonía y el Chaco.

Toda esta dinámica, desarrollada en alrededor de un siglo, cambió estructural y diametralmente la vida de las poblaciones locales. Las connotaciones materiales y sociales de estos cambios se plasmaron de distintas formas y en diferentes sitios de este periodo, así como los tipos de relacionamiento con las poblaciones locales implicaron diferentes niveles. Esta diversidad de matices hace que el fenómeno Inca en Bolivia sea estudiado de manera particular en cada caso, en contraposición a los modelos propuestos teóricamente, como se verá en adelante.

Complejo ritual en el lago Titicaca

Un complejo ritual de gran envergadura para los incas fue el lago Titicaca, conformado por Copacabana, la Isla del Sol y la Isla de la Luna, donde se erigieron los principales templos y palacios de esta parte de los Andes (Fig. 104). Este complejo estaba relacionado a las rutas de peregrinación y purificación que hacían los incas hacia la Roca Sagrada, lugar de su origen mítico.

El cronista agustino de Copacabana, Ramos Gavilán (1988 [1621]), escribió que el Titicaca era un lugar sagrado, mencionando que fue Túpac Yupanqui quien le devolvió a la Roca Sagrada su antigua categoría, convirtiéndola en un centro de peregrinación.

Al parecer, Copacabana fue un lugar central, pues concentraba a poblaciones de mitmas provenientes de alrededor de 40 naciones de los Andes y de todos los confines del Imperio. Ramos Gavilán escribía que para 1589:

> aquí el Inca transplantó (tomándolos de su lugar de nacimiento) Anacuscos, Hurincuscos, Ingas, Chinchaisuyos, Quitos, Pastos, Chachapoyas, Cañares, Cayambis, Latas, Caxamarcas, Guamachucos, Guaylas, Yauyos, Ancaras, Quichuas, Mayos, Guancas, Andesuyos, Condesuyos, Chancas, Aymaras, Ianaguaras, Chumbivilcas, Padrechilques, Collaguas, Hubinas, Canches, Canas, Quivarguaros, Lupacas, Capancos, Pucopucos, Pacajes, Iungas, Carangas, Quillacas, Chichas, Soras, Copayapos, Colliyungas, Guánucos y Huruquillas. (1988 [1621]:60)



Figura 104. El Iñacuyo, ubicado en la Isla de la Luna, era el templo de las ñustas o vírgenes. Durante la época de los incas fue uno de los santuarios más importantes del Titicaca; actualmente se observa parte de la estructura en buen estado de conservación, ya que la población local continúa haciendo ritos allí.

Fuente: P. Lima.

En tiempos de los Incas Pacachutec y Túpac Yupanqui, esta región fue transformada en una huaca o centro espiritual de adoración panandina, de igual importancia que el Korincancha en Cusco y Pachacámac en la costa, los mayores centros de culto prehispánico de los Andes.

Esa dinámica hizo que se construyeran santuarios en medio de una impresionante red de caminos, que convergían en la península de Yampupata, considerada la entrada ritual al lago Titicaca. Pero para entrar en este espacio, conceptualizado sagrado, se debía pasar por un muro ubicado en el actual Yunguyo, que dividía el espacio profano del sagrado. En el muelle que aún hoy se observa a la entrada del lago, los fieles tomaban balsas de totora hacia la Isla del Sol, pasando –según los relatos de los cronistas coloniales– sólo las personas purificadas, ya que entrar en las aguas del Titicaca implicaba el ingreso a un espacio sagrado (Ramos Gavilán, 1988 [1621]).

La sagrada ruta presentaba puertas o punkus de purificación, descritas por los cronistas de fines del siglo XVI. Ramos Gavilán (Ibid.) menciona que antes de llegar al adoratorio principal de la Roca Sagrada, se tenía que pasar por tres puertas, en cada una de las cuales existía un sacerdote que imponía penitencias de acuerdo a las culpas:

> Antes de llegar a este adoratorio, se había de pasar por tres puertas, que distaban las unas de las otras poco más de veinte pasos; la primera se llamaba Pumapuncu, que suena lo mismo que puerta del León, porque había allí un León de piedra, que decían guardaba la entrada, y en ésta antes de pasar, se hacía una expiación de pecados, confesándolos al sacerdote que allí residía… La segunda puerta tenía por nombre Kentipunco, por estar matizada toda de plumas de tominejos, a quien ellos llaman Kenti… De la tercera puerta era el nombre, Pillcopuncu, que fuera puerta de esperanza, estaba adornada con plumas verdes de un pájaro muy estimado que se trae de los Chunchos llamado Pillco… (Ramos Gavilán 1988 [1621]: 48-49).

Toda esta mística registrada en el siglo XVI fue constituida en tiempos de los incas, mostrando la veneración de un elemento natural y la institucionalización de una tradición ritual sin precedentes en esta parte de los Andes. Ya sea como un elemento natural o un lugar consagrado culturalmente, el lago Titicaca inspiró la construcción de una ideología que tiene repercusiones hasta la actualidad. La peregrinación sagrada hacia el lago, cubierta por el velo del sincretismo católico, se reproduce cada año en la fiesta de la Candelaria (2 de febrero), en Semana Santa y en el aniversario de Copacabana (6 de agosto), con los miles de fieles que peregrinan hasta el santuario prehispánico.

Las excavaciones arqueológicas realizadas en el área sagrada de la Isla del Sol, y siguiendo las descripciones realizadas en 1653 por Bernabé Cobo, mostraron datos muy interesantes. Aunque ya no se aprecian los ornamentos de la Roca Sagrada, la deposición existente cerca del altar principal permitió registrar una especie de canales elaborados en piedra que –al parecer– eran los receptáculos de la chicha que se ofrecía en el santuario (Stanish, 2003). Esta misma importancia fue atribuida a la Chinkana o laberinto Inca, construida en las inmediaciones de la Roca Sagrada, lugar donde se lograba la purificación de los fieles. Al parecer, la construcción laberíntica de la estructura y sus múltiples puertas propiciaban estados de introspección en los individuos, permitiendo una comunión entre las divinidades y ellos.

Todo ese ámbito de ritualidad y religiosidad parece haber sido la razón por la que en Copacabana viviera un sacerdote, el cual gobernaba el Collasuyu; a la llegada de los españoles éste era Chalco Yupanqui. Así también en esta zona residía la corte inca, registrándose la presencia de varias panacas, razón por la que tal vez también existían mitmas de todo el Imperio. ¿Habría sido Copacabana una muestra de lo que fue el Imperio? La cita textual de Ramos Gavilán es muy ilustrativa al respecto:

> El Inga Guaynacapac, fue el que más nombre dio a la isla Titicaca y a las demás convecinas porque se aventajó a su padre, y así por señalarse de dos hijas que tuvo en el Cusco, la una dellas mandó traer a esta isla y la puso en una de las casas de las Vírgenes dedicadas al Sol y que como prefecta y mayor cuidase de las demás. Cuando los españoles habían ya entrado en la tierra, uno de los hijos de Guaynacapac que estaba en el Cusco, llamado Paullo Topa Inga, vino a este asiento de Copacabana en busca de su hermana y al modo y usanza de los Ingas (sacándola del recogimiento) se casó con ella y tuvo algunos hijos y esta es causa de que muchos indios de Copacabana se aventajan en la nobleza a los demás… (Ramos Gavilán 1988 [1621]: 185).

Por tanto, se observa que la importancia ritual de Copacabana también pasó al nivel político, ya que en la época de persecución de Paullu Inka, la Isla del Sol fue su lugar de refugio. Al parecer, toda esa relación mítica de origen y posterior ritualización de las islas del Titicaca fue muy bien aprovechada por el Imperio para su consolidación política y social en esta región de los Andes.

Recuadro 18

La ritualidad de Copacabana en diferentes periodos

Para algunos autores, Copacabana probablemente deriva de los vocablos aymaras *kupak* ("azul lacustre que refleja como turquesa"), y *k'awa* (lugar o canal), significando "canal abierto de color turquesa". Esa denominación parece cobrar sentido si consideramos que en tiempos de Tiwanaku, ese era el santuario de un ídolo de piedra de color turquesa.

Con la llegada del cristianismo, el ídolo turquesa de la *huaca* fue reemplazado por la imagen de la Virgen de la Candelaria, tallada como una imagen indígena por Tito Yupanqui, durante la época colonial. Esta sacralidad, rodeada de un paisaje de belleza escénica, fue consolidada con una de las tradiciones más famosas del Titicaca: las rutas de peregrinación y purificación hacia la Roca Sagrada.

Las minas de Chuquiago y de Porco

La actual La Paz era parte de un valle muy rico en oro, por lo cual se denominó Chuquiago Marka. Durante el período prehispánico, este próspero valle fue el asentamiento de poblados correspondientes a Tiwanaku, a los desarrollos aymaras y posteriormente a los incas. Es por ello que varios lugares de la actual ciudad presentaron y aún presentan evidencias arqueológicas que comprueban este hecho (Aranda y Lémuz, 2010).

En un trabajo arqueológico reciente, se sistematizaron los diferentes periodos de asentamiento desde el Formativo (1500 a.C.-400 d. C.) hasta la época Inca (1471-1500 d:C.) (Ibid.), constatando alrededor de 3000 años de poblamiento de este valle. En los periodos más tempranos, la dinámica prehispánica parece corresponder a lo que ocurría a nivel de la cuenca del Titicaca. Sin embargo, en el denominado periodo de Desarrollos Regionales (1200-1400 d. C.), luego de la caída de Tiwanaku, se empieza a observar un panorama multiétnico:

> Entidades Pacajes, Lupacas, Chinchas, Canas y Canchas habrían de asentarse en zonas como Achumani, Aruntaya, Mallasilla, Chicani, Hampaturi, Apaña, Miraflores y Ovejuyo, dejando como evidencia torres funerarias elaboradas en adobe y piedra… un símbolo de poder étnico… (Aranda y Lémuz. 2010: 61)

Como es posible observar, ni la presencia de Tiwanaku marcó la identidad local, la cual estuvo siempre ligada a una multietnicidad que se distingue ya en el periodo de Desarrollos Regionales. Este aspecto se hizo más evidente en el periodo de ocupación Inca, el que se caracterizó por el desplazamiento y asentamiento de mitmas de diferentes Señoríos, impuestos por la administración imperial (Fig. 105). En esa época existía un manejo dual del espacio en La Paz, a cuya cabeza, Anan y Urin, estaban los caciques Quirquincho y Otorongo (Torres, 2004). En versión de Aranda y Lémuz:

> La incursión Inca en el entonces denominado valle de Chuquiapo, habría de caracterizarse por el desplazamiento y asentamiento de mitimaes de diferentes Señoríos impuestos por la administración incaica… La fuerte resistencia que se presentó al avance incaico en la región determinó el traslado de grupos étnicos lupacas (provenientes del área circunlacustre), pacajes (nativos del Sur del lago Titicaca), canchas (oriundos del altiplano), cañaris (originarios de la región del Cañar en Ecuador), canas (procedentes del Norte del lago Titicaca), chinchaysuyos (naturales del Norte peruano) entre otros… (Aranda y Lémuz, 2010: 61).

El motivo de esta dinámica fue el aprovechamiento del recurso aurífero del río Choqueyapu, recurso probablemente utilizado desde tiempos de Tiwanaku, el cual motivó la presencia imperial en la región. Son los documentos del siglo XVI los que relatan acerca del desarrollo de la actividad minera en La Paz, pero se registran también algunos restos arqueológicos que denotan la importancia del valle para los incas, como los asentamientos registrados en la actual zona de San Sebastián y de Inca Llojeta (Fig. 106).

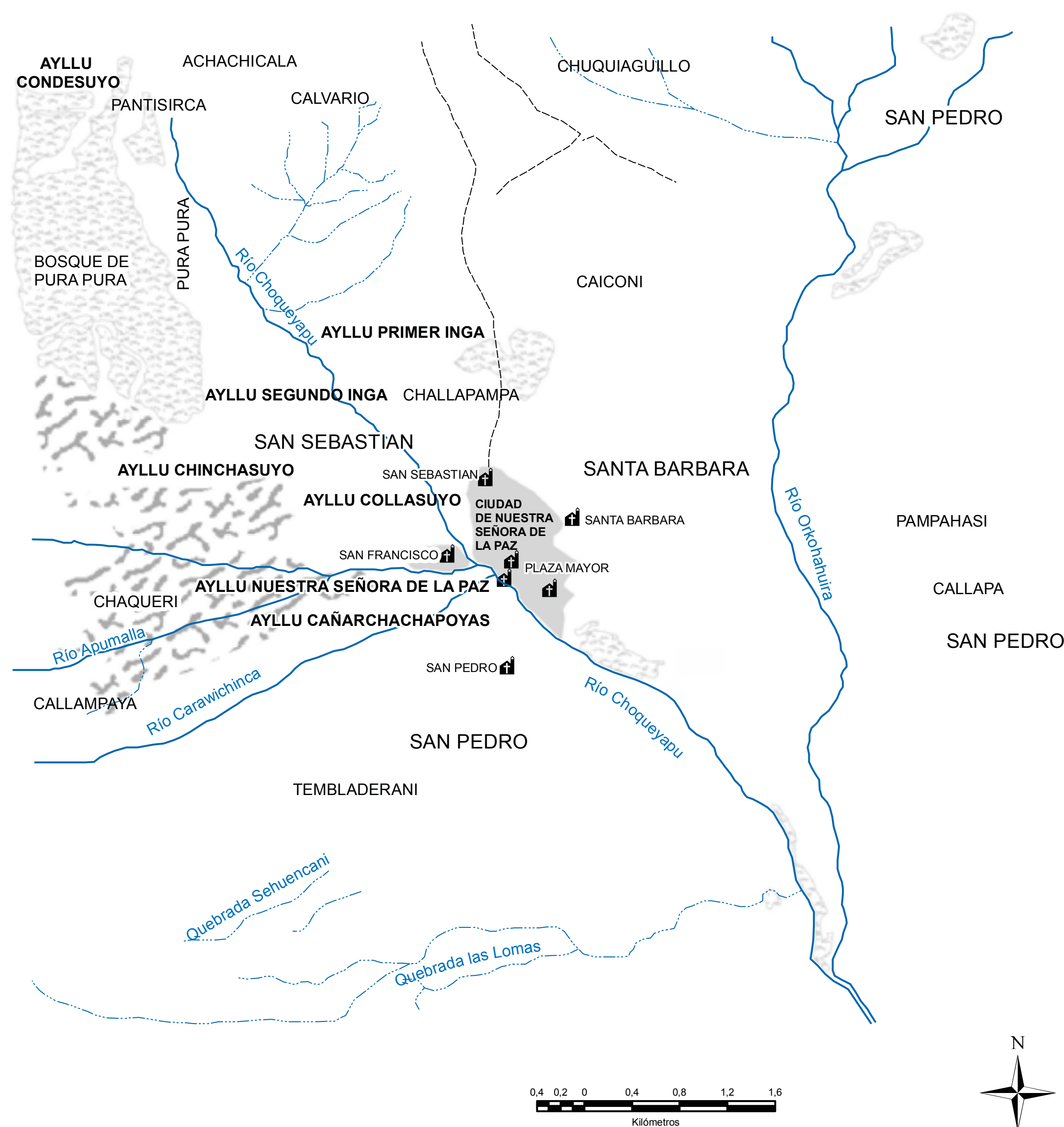


Figura 105. Población multiétnica en el valle de La Paz, registros del siglo XVI.
Fuente: Arze, 1994.

Este último sitio es donde a mediados del siglo XX se registraron artefactos de élite. Los importantes hallazgos realizados dan cuenta del establecimiento de grupos sociales de alta jerarquía, los cuales probablemente eran parte del aparato de control de la actividad minera en tiempos de los incas.

Durante ese tiempo, los caciques indígenas dependían del Inca, quien había conquistado estas tierras, haciendo que el asiento aurífero de Chuquiabo perteneciera a la momia de Huayna Capac. La noticia más antigua que se tiene sobre esos hechos data de 1535, pues Sancho de la Hoz menciona:

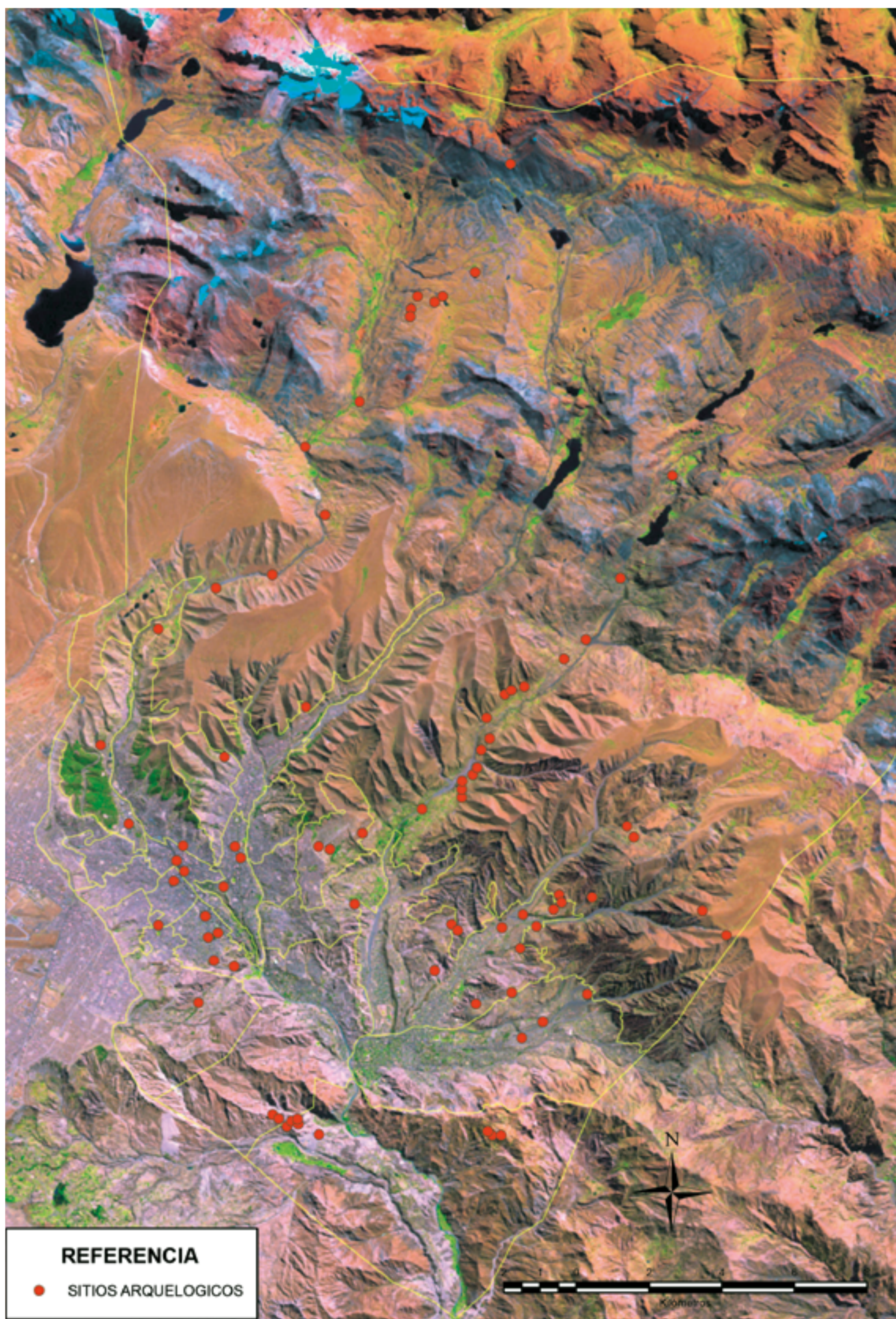


Figura 106 Recientes trabajos arqueológicos desarrollados en el valle de La Paz han demostrado la densidad de ocupación que existió en esta ciudad en tiempos prehispánicos. El mapa que se observa muestra gran parte de los sitios registrados, los mismos que corresponden a diferentes periodos. Fuente: Aranda y Lémuz, 2010.

> las ricas minas de oro de aquella provincia del Collao están más allá del lago (en un lugar) que se llama Chuquiabo. Están las minas en la caja de un río… hechas a modo de cuevas a cuya boca entran a escarbar la tierra… (tomado de Torres, 2004: 1).

Desde 1534, Francisco Pizarro se adjudicó las minas y continuó su explotación en tiempos coloniales. Sin embargo, se sabe que para 1548, año de fundación de la ciudad de La Paz, las vetas de oro estaban completamente agotadas y las bocaminas abandonadas (Torres, 2004).

Al parecer, las razones para elegir el sitio de fundación de la actual La Paz fueron la provisión de agua y leña, y su posición en el límite étnico y punto de encuentro entre cuatro de los corregimientos indios: Larecaja, Sica Sica, Omasuyos y Pacajes. Su ubicación geográfica y ecológica también fue relevante, pues el valle se encontraba cerca del altiplano y del lago Titicaca, y en la ruta del camino principal Urcosuyo del Capac Ñan, que era paso obligado para ir desde Lima hasta Potosí. Al mismo tiempo, este espacio posibilitaba el contacto con el mundo amazónico a través de los Yungas, aspectos que también explican la multietnicidad antes mencionada.

En Churubamba se encontraba un poblado indígena, el que al parecer correspondía a una élite local gobernada por el cacique Quirquincho. Sobre este poblado se fundó el barrio de San Sebastián, con pobladores originarios y mitmas collas traídos por los incas, muchos de los cuales eran forasteros que trabajaban en los obrajes de telas de los jesuitas. Los resabios de población quechua, resto de la dominación inca, fueron reducidos en la –hoy desaparecida– parroquia de Santa Bárbara (Ibid.).

Entonces, la nueva ciudad fue estructurada en una lógica dual india-española. El centro criollo fue establecido en torno a la Plaza Mayor (hoy plaza Murillo), habitado por los criollos, españoles y mestizos. En cambio, la periferia estuvo limitada por los ríos Choqueyapu y Mejavira, área habitada por los indios, al otro lado de la actual avenida Mariscal Santa Cruz, donde se encontraba la iglesia de San Francisco. Este panorama poblacional es el que se observaba a mediados de 1500 en el valle de La Paz.

Similar situación parece haberse dado en otras regiones de los Andes Centro Sur por la explotación de oro. Casos concretos son las minas Chichas y las de Porco, las que según Pedro Sánchez de la Hoz, secretario de Francisco Pizarro, fueron las que más se explotaron durante este periodo. Según las investigaciones históricas, en Porco estaban ubicadas las minas de plata, al igual que un importante centro ritual que atraía peregrinos de los Andes del Sur (Van Buren, 2003). Al parecer, el mineral existente y todo el contexto natural de la huaca gozaban de una importante significación espiritual para los indígenas prehispánicos.

La conquista de la región por parte de los incas estuvo motivada fundamentalmente por los abundantes recursos minerales. Las investigaciones arqueológicas han corroborado el desarrollo de la actividad minera imperial, la que –según cronistas españoles– produjo buena parte de la plata que se utilizó para decorar el Templo del Sol en Cusco (Van Buren, s/f). Los restos registrados en Porco muestran una infraestructura centralizada, con instalaciones para la vivienda, el almacenamiento, la administración, la minería y procesamiento de minerales (Ibid.). También en función de datos históricos, se plantea que en Porco existían trabajadores de la mit'a, reclutados en forma rotativa de entre los grupos conquistados, además de yanakunas.

Recuadro 19

Minería en tiempos del Inca

La producción de metales en tiempos del Inca se caracterizó principalmente por el uso del cobre, la reducción del mercurio y la aleación del bronce. Se dice que gracias a la extracción del oro y las aleaciones hechas con plata y cobre se obtuvo un producto muy similar al platino.

Como el Imperio dedicó mucho tiempo y esfuerzo a la extracción de minerales, se construyeron estructuras subterráneas, desarrollando elaborados trabajos de ingeniería. Sin embargo, en muchos casos, los minerales se extraían de la superficie o de los ríos.

Los registros coloniales mencionan que para excavar la tierra, los obreros usaron cuernos de ciervo, y que para sacar el mineral usaron cuernos cosidos en forma de sacos. Toda esta tecnología denota niveles de especialización, mostrando la complejidad de la actividad y el afán imperial por su desarrollo.

Cada sitio construido por los incas parece haber sido re-ocupado por poblaciones relacionadas con el procesamiento de metales, siendo muy variada la tecnología que se utilizaba para el beneficio y refinado de los minerales. Tanto el registro histórico como el arqueológico indican que la explotación de los depósitos de plata era descentralizada y se realizaba en pequeña escala (Van Buren, s/f). Parte de la tecnología empleada consistió en el uso de huayrachinas u hornos de viento, que servían para fundir el mineral de plata. Dicha tecnología fue utilizada también durante la época Colonial, teniéndose incluso registros contemporáneos de su uso.

Aprovechamiento de la producción agrícola

Ya se ha mencionado que los incas tuvieron mucha incidencia en el fomento de la actividad agrícola. Eso se debió a que ese tipo de producción, como se observó en Tiwanaku, pudo mantener al Imperio y a sus ejércitos.

En ese sentido, se puede decir que, en ese tiempo, eran tres las formas más comunes para el desarrollo de la agricultura: la construcción de andenes o takanas, la reutilización de camellones o suka kollus y el uso de qochas o lagunas artificiales. Sobre todo en los dos primeros casos, se demandaba de la movilización de grandes cantidades de mano de obra, aspecto que fue asegurado por la política imperial.

Los andenes son también conocidos como terrazas agrícolas o takanas; permitían aprovechar mejor el agua, tanto en lluvia como en regadío, haciéndola circular a través de los canales que comunicaban sus diversos niveles. Este sistema era adecuado, sobre todo, a los lugares escarpados, por lo que sus restos son registrados en las laderas de cerros.

En cambio, la tecnología de los sukakollus es propia de las riberas del lago Titicaca, habiendo sido utilizados durante el periodo Tiwanaku. Son montículos de tierra que permitían almacenar y aprovechar mejor el agua en áreas de frecuentes inundaciones a causa de las lluvias. Se componen de un gran número de surcos simétricos que recolectan el agua y la conducen entre sus canales, permitiendo la fertilización de la deposición adyacente. Esta forma de cultivo fue complementada con la construcción de qochas o lagunas artificiales, utilizadas para cultivar y dar de beber al ganado.

Todos los complejos agrícolas fueron complementados por elaborados sistemas hidráulicos y áreas de almacenaje. Los primeros estaban constituidos por canales y bocatomas, que permitieron la irrigación y el cultivo; en cambio, las áreas de almacenaje estaban relacionadas a una cantidad ingente de silos o qollcas asociadas a las áreas agrícolas. Evidencias de estos sistemas fueron registradas en diferentes regiones de los Andes.

Aunque en muchos sitios se observó el crecimiento de producción agrícola en el último período prehispánico, el amplio valle de Cochabamba fue –en Bolivia– el área más importante. Su importancia radicaba en que era la zona de mayor producción de maíz, considerado éste un recurso de primera necesidad para la elaboración de chicha, además de ser un producto de tipo suntuario que otorgaba prestigio, por lo que también era cultivado con fines burocráticos, militares y ceremoniales. El maíz estaba relacionado a los ritos y fiestas que desarrollaban los incas en honor al dios Sol, a quien le hacían libaciones en vasos rituales de cerámica con esta sagrada bebida.

Con ese fin, una gran cantidad de población fue movilizada al valle (Wachtel, 1982) en calidad de mitmas agricultores, poblaciones foráneas que constituyeron una adecuada fuerza de trabajo. Esas poblaciones provenían de diferentes partes del altiplano y, con el tiempo, se sincretizaron a la población local.

Los centros agrícolas estaban distribuidos en gran parte del valle de Cochabamba, consistiendo en inmensos campos de terrazas, asociados a áreas de almacenaje que mantenían a la élite y a los ejércitos del Inca. Entre los más famosos se encuentran los sitios de Cotapachi y Colcapirhua, áreas donde se almacenaba toda la producción para luego redistribuirla. La evidencia arqueológica permitió el registro de más de 2000 silos en un solo sitio, lo cual da una idea de la magnitud de la producción agrícola en la región.

En función de la documentación etnohistórica, se sabe que esa producción era llevada a los silos para luego ser transportada, por los llameros del Inca, desde Sipe Sipe hasta Cusco (Wachtel, 1982), es decir que el maíz del valle era consumido por la élite imperial. Esto a pesar de que la producción de áreas adyacentes servía para el sustento de los ejércitos imperiales, apostados en las inmediaciones con el objetivo de avanzar por los valles hacia el Chaco y la Amazonía.

Tal vez debido a ello, la construcción de Incallajta muestra la importancia que tenía el valle de Cochabamba para los incas. Ya se ha mencionado que con la incursión de Huayna Capac el valle cobró mayor relevancia, por lo cual en esa región fue construido uno de los centros administrativos más importantes del Imperio. Las fuentes coloniales mencionan la presencia del palacio de este Inca en Incallajta, aspecto que fue corroborado por las excavaciones arqueológicas.

En la parte central del sitio fue registrada una estructura de doble planta que contaba con un espeso revoque blanco, identificándose como el palacio de Huayna Capac. Asociados a este rasgo, se registraron una plaza central, varias kallankas y un ushnu, que denotan la presencia imperial (Muñoz, 2012).

El Capac Ñan en Bolivia

También se ha mencionado de la importancia que tenía el Capac Ñan para los incas y la movilización de poblaciones, información y producción. Parte de esa red de caminos fue registrada en Bolivia, patentizando la presencia imperial en este territorio. Como se dijo, esta red permitía el aprovechamiento de productos como la coca, metales preciosos, piedras y productos exóticos, y sus registros muestran que estaba dispersa a lo largo de todo el país, definiéndose principalmente dos áreas: el sector Uma y Urco del territorio.

El Cápaq Ñan empieza en Cusco, presentando varias bifurcaciones que luego se extienden a manera de red por todo los Andes. En esta parte, es el eje acuático, el lago Titicaca y el lago Poopó, el que define la red. La entrada del Capac Ñan en territorio boliviano se da a partir de Desaguadero, por el lado Uma, y por el Norte del Titicaca hacia el sector Urco. Los caminos corren en dirección Norte-Sur hasta encontrase en las márgenes del lago Poopó, donde también divergen para luego unirse y llegar al Sur de Bolivia, ingresando a territorio de la actual Argentina (ver Fig. 103).

Paralelamente, se observan caminos transversales que son parte de la red, los cuales comunican los diferentes ambientes ecológicos. Por ejemplo, del camino Uma se desprenden ramales que derivan a la costa y hacia la región de los salares. De la variable Urco se desprenden ramales hacia la región de los valles, tanto al Norte de Bolivia como hacia el este.

Todo ese movimiento estaba relacionado con la circulación de bienes y productos, tanto de orden doméstico como de orden suntuario. Es por ello que el Capac Ñan es entendido como una red y no sólo como un camino real, establecido sobre las antiguas rutas de los llameros, los que desde tiempos tan tempranos como el Formativo circulaban los productos a través de los Andes.

Debido a su importancia, el Imperio invirtió una gran fuerza de trabajo en su construcción. Se puede decir que gran parte de la monumentalidad arquitectónica observada en Cusco es posible de ser apreciada en la elaboración de algunos de los caminos en Bolivia (Fig. 107). De la misma forma, la construcción de estas vías estaba relacionada a un sistema de ingeniería muy elaborado, consistente en la construcción de imponentes



Figura 107. Ramal del Capaq Ñan registrado en la región de Huachacalla-Sabaya. Este camino comunicaba el territorio de los Carangas con la región de los salares.

Fuente: P. Lima.

plataformas que eran adecuadas a la topografía de los Andes, las cuales tenían un ancho de entre 3 y 10 metros. Esas plataformas eran empedradas y contaban con canales, áreas de drenaje, pasos de agua, etc. adecuados tanto a zonas secas como a áreas de inundación.

Por otro lado, debe mencionarse que los caminos siempre estaban orientados en dirección Norte-sur, por lo cual se consideraban las rutas más directas para llegar a Cusco. Se asociaban a apachetas en las abras de cerros y en algunos casos parecen estar marcados por sitios de torres funerarias (chullpas), como se observa en Oruro. Lo que se concluye de estas características es que el Capac Ñan también implicó una transformación del paisaje, tanto visual como ritual, de las poblaciones prehispánicas.

La inmensa red de caminos registrada en Bolivia permitió lograr un amplio dominio territorial, así como el abastecimiento y dinámica de diversos productos materiales, rituales e ideológicos, entre centros poblados ubicados en lugares estratégicos para la agricultura, la ganadería y la minería, principalmente.

Sitios relacionados a los caminos incas son los tambos y las postas, lugares donde se cobijaban los viajeros en sus largas caminatas por los Andes. Los tambos grandes, algunos de los cuales se constituyeron en áreas administrativas debido a la congregación de poblaciones que registraron, se ubicaban cada dos días de caminata. En cambio, las postas se ubicaban a cada día, estando algunas de las veces asociadas a sitios con aguas termales (Lima y Michel, 2005). Algunos de estos sitios presentaban una inmensa plaza rodeada de kallankas, con un ushnu o pirámide trunca en el centro. Este tipo de enormes centros abiertos son también una característica fundamental de la ruta principal.

La ruta por el altiplano se relacionaba a una estrategia cuya finalidad era la de lograr mayor aprovechamiento del camino para la obtención de recursos de humedales alto andinos. Sin embargo, algunos ramales que se bifurcan de la red principal se internan hacia valles mesotermos de producción de granos y otros productos típicos de ese ambiente. Toda esa dinámica, como se puede observar, está interrelacionada con la construcción de áreas administrativas, con la estructuración de complejos sistemas agrícolas y con el aprovechamiento de regiones ricas en minerales.

Tambos y áreas administrativas

Asociadas a la red principal de caminos, se construyó también una red de edificaciones administrativas, las cuales fueron denominadas tambos, y que mostraban la indudable presencia imperial. Los tambos eran concentraciones constructivas y de poblaciones, que tenían el objetivo de congregar a las elites y administradores de los lugares conquistados por los incas. Contaban con arquitectura monumental y en la mayor parte de los casos estaban asociados al camino principal inca, seguramente en la lógica de controlar el movimiento de poblaciones y de productos locales (Fig. 108).



Figura 108. El gráfico ejemplifica la distribución del tambo de Quillacas, sitio administrativo Inca del Sur del lago Poopó.
Fuente: P. Lima.

Las principales estructuras de un tambo eran las kallankas, grandes construcciones rectangulares, de hasta 70 metros de largo. Se piensa que fueron edificios públicos que servían para el hospedaje de gente, administradores y funcionarios imperiales. Dichas construcciones también estuvieron vinculadas a actividades ceremoniales y a la administración de almacenes. Por lo general, presentan varias puertas, nichos y ventanas en forma trapezoidal, típico signo constructivo imperial. De acuerdo a los registros realizados en gran parte de los sitios, se plantea que las kallankas habrían sido cubiertas con un techo a dos aguas.

Dentro de los tambos más importantes, también se observa la existencia de una plaza central en la que se edificó un ushnu o asiento

imperial; se dice que el Inca visitaba los tambos y ese era el lugar en el que tomaba posición para dirigirse a la población. Su arquitectura generalmente corresponde a un estilo arquitectónico local, pero –en relación al grado de importancia que tenía– se observan algunos rasgos sobresalientes. Entre ellos, podemos citar su asociación a torres funerarias de estilo cuzqueño, como las encontradas en el territorio de los carangas. En algunas de las estructuras, también se pueden registrar restos de enlucidos de color, como se observa en Incallacta, sitio administrativo de central importancia. En Bolivia, los tambos más relevantes se encuentran en Paria, Incallacta, Incarracay, Sevaruyo, Opoco, entre otros (Fig. 109).

A manera de balance, puede decirse que la red regional de caminos cambió el patrón de manejo del espacio para adecuarse a la administración incaica, observándose una clara relación entre los caminos, tambos, áreas agrícolas y de almacenaje para abastecer los sitios administrativos. Del mismo modo, dichos sitios se asocian a cerros o huacas, dejando claro que los aspectos rituales, económicos y administrativos formaban un todo indisoluble. Otro aspecto que cabe resaltar es la articulación con la población conquistada, como se evidencia en los restos materiales típicamente Inca o en los restos que son producto del sincretismo entre el estilo imperial y los estilos locales.

A la pregunta de quiénes habitaban esos sitios, se puede indicar que hubo población de distinta jerarquía, compuesta por dignatarios imperiales (hatun curacas), élites locales, funcionarios encargados de la administración económica y sirvientes. Adicionalmente, debido a la naturaleza de los tambos, se observa una población itinerante que era movilizada por los caminos y que se refugiaba momentáneamente en esos sitios. Una imagen congelada de esa dinámica mostraría a los tambos como un pueblo grande, diverso y con mucha actividad.

Un análisis regional de estos sitios muestra que una gran mayoría de los mismos se ubican en áreas de frontera de los grupos locales. Este hecho –en algunas regiones– parece haber demarcado una concentración de poblaciones y de contactos multiculturales, propiciando un fenómeno intercultural y de globalización, en desmedro de las identidades étnicas locales. Tal caso parece observarse en la región de Quillacas (Lima, 2008).

Los tambos tenían gran importancia para el Imperio, ya que eran parte de la avanzada política hacia el sur, lo que explica la inversión en edificación de infraestructura administrativa. En relación a los datos de fines del siglo XVI, las negociaciones con los grupos locales para el establecimiento de esos sitios parece haber sido muy compleja. Los documentos mencionan niveles de alianza de los jefes locales con los incas; pero lo que se observa es una evidente política de desestructuración, manifestada en la implantación de tambos en zonas que teóricamente eran multiétnicas, así como en la emergencia y difusión de elementos globalizantes u homogeneizadores.



Figura 109 a) y b) Las kallankas eran las estructuras administrativas más importantes de un tambo. Varias de ellas todavía se encuentran en pie, y son registradas a lo largo del Capac Ñan en diferentes partes de Bolivia.

Fuente: a) P. Lima y b) A. Muñoz.

Es muy difícil saber cuál fue la reacción de las poblaciones locales frente a esos cambios, aunque puede inferirse que tuvo diferentes expresiones. Sin embargo, el proceso mencionado parece haber sido lento y, en algún momento, pudo ocasionar una crisis interna, sobre todo a nivel socio-cultural. La masificación de los símbolos de la presencia imperial parece marcar el surgimiento de nuevas identidades sociales y/o políticas, debilitando los niveles de autoadscripción étnica. Este es un aspecto que merece ser profundizado en el análisis del impacto que ocasionó la presencia del Imperio en los Andes Centro Sur.

En relación a ese tema, un ejemplo son las alianzas políticas logradas con las élites locales de algunos grupos, como los carangas, que tuvieron como resultado la construcción o edificación de diferentes símbolos, tales como las chullpas de color del Río Lauca (Fig. 110). Estos elementos no sólo muestran una alianza política, sino también la pervivencia de una costumbre y tradición mortuoria que fue conservada por los incas y que se mantiene hasta la actualidad.

Por lo observado, los incas lograron una incursión sutil, pero políticamente respaldada por las jefaturas locales en sus territorios. Los centros administrativos parecen haber centralizado los poderes locales, siendo los sitios desde donde se implementó toda la estrategia para debilitar social y políticamente a las poblaciones. Por tanto, es posible confirmar la generación de sistemas de control, políticamente sustentados en toda la región.

La conquista de otros territorios

Una vez establecido el Imperio y sus estrategias de control en los Andes y los valles mesotermos, se inició una campaña militar esforzada en establecer control político y económico en otras regiones. Esas regiones eran parte de las Tierras Bajas de la Amazonía y el Chaco, zonas muy ricas en recursos como madera, alucinógenos, plumas, productos exóticos y psicotrópicos. La conquista o expansión hacia la Amazonía y el Chaco fue uno de los últimos eventos desarrollados por los incas en esta parte de los Andes.

En este ámbito es que como parte de las políticas de avance se construyeron fortalezas para albergar a los ejércitos incaicos, compuestos por pobladores andinos. Ese hecho posibilitó la demarcación de una frontera entre el mundo andino y el de la Amazonía y el Chaco, consolidada a partir del establecimiento de ese tipo de sitios.

En ese mismo sentido, debe decirse que el concepto de frontera fue mal entendido, tanto por la etnohistoria como por la arqueología. Desde una lógica positivista, se entiende como un espacio de conflicto constante y donde las variables de interrelación son anuladas por acciones bélicas o de sometimiento. Sin embargo, la denominada frontera de los incas, a más de contar con esas características, también mostraba una dinámica cultural y poblacional que permitía la circulación de bienes y la interacción de las poblaciones en conflicto.



Figura 110. Uno de los elementos más significativos de la presencia Inca en Bolivia fue la construcción de torres funerarias de color. Esas estructuras fueron registradas en la región del Río Lauca, como muestra de la alianza que el Imperio realizó con los Carangas.

Fuente: P. Lima.

Es así que se estableció una organización distinta en estas zonas, con niveles de control diferenciados. Éstos tenían que ver con las alianzas que en muchos casos los incas lograron con algunos grupos para permitir el paso de sus ejércitos, lo cual no necesariamente se plasmó en el sometimiento de dicho grupo. Un caso visible de ese hecho es la relación de los incas con los tacanas para acceder a las llanuras de Mojos; se estableció una interacción socio-política que, a la postre, se manifestó en una influencia cultural quechua sobre este pueblo amazónico (ver Tyuleneva, 2010).

Por otra parte, también se advierte que en algunas áreas, el control fue reforzado con la presencia de mitmas, como en Oronkota, para posibilitar el mantenimiento de la dinámica fronteriza (Alconini, 2002). Pero, como en todos los casos de la presencia inca en los Andes, el establecimiento de esta red de puestos fronterizos también respondió a particularidades de cada uno de los casos. Dado que el tema fue escasamente estudiado, el análisis de la organización de zonas de frontera en Bolivia aún está incompleto.

Sin embargo, a partir de los datos etnohistóricos, se conoce que los conflictos y la avanzada hacia las Tierras Bajas por territorio de Charcas (cara caras, yamparas, chichas) motivaron la conformación de los ejércitos expansivos. Este hecho derivó en el establecimiento de una frontera étnica entre los Andes y las Tierras Bajas, denotando un relacionamiento de conflicto que tuvo sus repercusiones hasta el período colonial (Saignes, 1985).

Los principales sitios registrados en esa frontera son Oronkota, Cusco Tuyo e Incahuasi, en Chuquisaca; Samaipata (Fig. 111) y Saipina, hacia Santa Cruz; La Yunga, en Cochabamba, y también varios sitios de Ixiamas, en el Norte de La Paz. Sin embargo, sitios como Las Piedras, en Riberalta (Beni), muestran que los incas ya habían logrado una gran avanzada por el Norte, probablemente a partir de su incursión en Mojos por territorio kallawaya (Fig. 112).

De la misma forma, este hecho sacó a la luz la existencia de un conglomerado poblacional hasta ese entonces mimetizado en su propia dinámica, el cual había desarrollado características y patrones culturales particulares, pero también complejos. Estas poblaciones, consideradas "salvajes" por los documentos coloniales, desarrollaron una dinámica muy interesante en ese último período.

Son muy conocidas, por ejemplo, las invasiones desarrolladas por los chiriguanos en los Andes, quienes nunca fueron sometidos y pelearon hasta tiempos coloniales. Otro caso registrado por los documentos son las alianzas logradas entre los capitanes incas y el cacique Grigotá, quienes sellaron el pacto con la entrega de mujeres a los jerarcas andinos.

Para lograr este impacto sobre los grupos locales, los incas tuvieron que movilizar una gran cantidad de poblaciones, las que generalmente estaban constituidas por mitmas destinados a la guerra y que conformaban sus ejércitos. Todo ello nos muestra que la presencia del Imperio tuvo diferentes matices en las diferentes regiones, haciendo uso de las potencialidades materiales y humanas disponibles, ya que cambiaron y reestructuraron la dinámica existente para lograr un fenómeno político y social no igualado hasta ahora.



Figura 111. Un sitio monumental es la roca esculpida de Samaipata, ocupado también por los incas. Por su monumentalidad fue denominado como Patrimonio Cultural de la Humanidad por la UNESCO y representa uno de los ejemplos más impresionantes del arte rupestre prehispánico.

Fuente: R. Alcázar.



Figura 112. En su proceso de conquista de las tierras bajas, los incas establecieron sitios de avanzada. Debido a que la Colonia se sobrepuso a este evento, los sitios mencionados ahora nos muestran la frontera del Imperio, tanto hacia la Amazonía como hacia el Chaco. Fuente: P. Lima y C. Jaimes.

Sistema adiministrativo y organización política

Como se vio en el capítulo precedente, en el período que va entre Tiwanaku y los incas, las sociedades andinas estaban organizadas de formas muy simples, con niveles de jefaturas que no implicaban organizaciones centralizadas o estatales. Con las fases expansivas de los incas esta situación fue cambiando paulatinamente, ya que necesariamente implicó la vuelta a un nivel de centralización política con grandes cambios de orden social y económico.

Por ejemplo, los señores del altiplano y los jefes de los pueblos de las Tierras Bajas tuvieron que establecer diferentes niveles de relaciones con el Inca, ya sea para acceder a sus favores y ser parte de la élite gobernante, o para negociar la anexión de sus territorios al Imperio. Ahora bien, esta anexión fue secuencial y se dio a partir

de una re-estructuración que implicó el establecimiento de un "tributo" y la organización de las poblaciones en la mit'a para la producción, la edificación de arquitectura pública o el servicio a la élite gobernante.

De la misma forma, la anexión de determinado territorio no era un caso fortuito, pues implicaba la construcción de un centro regional, la vinculación de una red de caminos a la principal (Capac Ñan) y la obtención de algún recurso que pudiera fortalecer los intereses del Imperio. Esos recursos eran de tipo productivo o poblacional; en el primer caso, relacionados a la agricultura, minería o ganadería y, en el segundo, como parte de la gente que fortalecía los ejércitos imperiales o que era enviada a otros territorios como mitmas.

El resto de la población, dependiendo del tipo de alianza que habían logrado los jefes locales, estaba destinada a pagar al Imperio con mano de obra y, excepcionalmente, con excedentes de producción. Todas las poblaciones dedicadas a la agricultura debían abastecer a los ejércitos imperiales; por su parte, los especialistas a nivel de textilería, metalistería, orfebrería, manufactura de cerámica y construcción de obras públicas contribuían con su mano de obra. Por último, una población más restringida, como la de las ñustas (princesas incas) o los niños, era dedicada a actividades sacerdotales o al sacrificio, a pesar de que salían de la contabilización de sus lugares de origen, pues estas personas eran trasladadas a los santuarios principales.

Un fenómeno similar no se había dado antes, y los pobladores andinos estaban en un proceso de asimilación y/o reacción hacia esa nueva situación socio-política. Luego de casi un siglo en este estado, había disconformidad en las poblaciones locales, ocasionadas en algún sentido por tensiones internas vinculadas al acceso al poder. En esta situación se encontraba gran parte de los Andes cuando irrumpió la Colonia, que cambió –en parte– el panorama, pero aumentó grandemente dichas tensiones.

El aporte tecnológico

Los incas tuvieron el desarrollo más complejo que existió en los Andes; para muchos investigadores, haciendo una analogía con civilizaciones como la de los aztecas o los romanos, este desarrollo puede ser considerado imperial (Bauer, 1992; D'Altroy, 1992; Julien, 1982; Pärsinnen, 1992; Pease, 1978, 1982; Presta, 1995; Rostworowsky, 1988; Saignes, 1985, 1990; Schreiber, 1992; Stanish, 1997). Esto está relacionado –como ya se dijo- sobre todo a su afán de expansión territorial y política, aspecto no observado en ningún desarrollo precedente en los Andes.

El proceso expansivo en todo el Imperio implicó cambios radicales para los grupos locales, pero también se invirtió en la creación o rehabilitación de un sistema de caminos, la construcción de tambos y el reasentamiento de colonias (mitmas) hacia diferentes partes del Tawantinsuyo, dando la opción de detentar poder a las autoridades locales administrando y controlando la movilidad para su beneficio. Su sistema organizativo y la construcción de la infraestructura pública utilizaron la fuerza de trabajo, basándose en un sistema decimal, como indica Julien (1982). Un aspecto que lo diferencia de Imperios como el Azteca u otros en el mundo es el hecho de que la extracción de riqueza también utilizó la fuerza de trabajo y no el tributo en especie (Murra, 1975).

A nivel tecnológico, su presencia es la síntesis del conocimiento de los grupos precedentes, por lo cual está marcada por elementos representativos que fueron registrados arqueológicamente en muchas partes de su territorio. Entre ellos, es relevante la arquitectura de este periodo, que si bien denota un patrón muy particular, estaba basada en la tradición arquitectónica de Tiwanaku, denotando su influencia. Los elementos más representativos son estructuras como kallankas, ushnus y torres funerarias, construidas en piedra, con formas y técnicas particularizadas de acuerdo a las regiones. Dicha infraestructura es registrada en diferentes partes de los Andes, sobre todo asociada a centros administrativos.

A ello se debe añadir la infraestructura agrícola, basada especialmente en la construcción de inmensos campos de terrazas y silos, que eran lugares de producción y almacenaje. Este tipo de construcción implicaba trabajos de ingeniería, hidráulica y conocimiento de los ciclos de la naturaleza. Una de sus características fue el establecimiento de un sistema de riegos asociado, al igual que el funcionamiento a secano de este sistema.

Las terrazas o takanas, sistema más utilizado en ese período, consideraban la fertilidad del

suelo, el drenaje del agua y prevenían la erosión, para lo cual fueron construidas utilizando rocas grandes que eran colocadas en la base para nivelar el terreno. Con una capa de piedras más pequeñas se generaban conductos reguladores de agua que evitaban que la tierra fértil, donde se sembraba, se escurra entre las rocas; para darle mayor seguridad, se levantaban paredes de piedra. Estas paredes pueden conformar altas y extensas plataformas, como las observadas en muchas partes de los Andes.

Por su conformación y arquitectura, las terrazas agrícolas definen un paisaje nuevo, donde se cultivaban alimentos tan esenciales como el maíz, uno de los principales productos agrícolas de la época. Debido a su funcionalidad, esas antiguas construcciones aún se utilizan para cultivar alimentos tradicionales, a los cuales se sumaron nuevos productos, como el haba, el trigo, las arvejas y la cebada, introducidos con la llegada de los españoles y que actualmente se incluyen en las tradiciones culinarias en esta vasta región.

Recuadro 20

Arquitectura inca

El principal material utilizado en la arquitectura Inca fue la piedra. En las construcciones más simples era colocada sin tallar, más no así en las estructuras complejas e importantes.

Los constructores de la época desarrollaron técnicas para levantar muros enormes, verdaderos mosaicos formados por bloques de piedra tallada que encajaban perfectamente, sin que entre ellos pudiera pasar un alfiler. Muchas veces, esos bloques eran tan grandes que resulta difícil imaginar su colocación, estando las mejores muestras de esa habilidad en Cusco. Se sabe que los mejores talladores de piedra eran collas, provenientes del altiplano, posiblemente como parte de la herencia que dejó Tiwanaku en esas poblaciones.

Es por ello que se dice que la arquitectura Inca fue influenciada técnicamente por Tiwanaku, y el lugar donde se hace evidente ese hecho es en Ollantaytambo - Cusco.

Las expresiones materiales registradas en los sitios arqueológicos son los restos de trabajo en cerámica, líticos, textiles y metalurgia, en los cuales se lograron grandes avances tecnológicos y artísticos. Como se observa en lo referente a la arquitectura, la tecnología empleada para la producción de esos artefactos fue una herencia de culturas precedentes, pues los incas rescataron las mejores tecnologías de los Andes como parte de su acervo cultural. La elaboración de los mismos correspondía a especialistas, localizados en diferentes partes de los Andes.

La elaboración de cerámica también fue una herencia de Tiwanaku, localizándose sus principales ceramistas en las márgenes del lago Titicaca, considerados los "olleros del inca", como menciona John Murra (1982). Luego de un periodo donde resaltaba el negro/ rojo en las vasijas, vuelve la policromía en la elaboración de finos artefactos, los cuales eran un símbolo del prestigio de los incas y de los señores locales.

Las formas más típicas y rituales de la cerámica Inca fueron los aríbalos, los kerus (vasos ceremoniales) y los platos playos con decoración geométrica polícroma, producción sumamente estandarizada. Los colores más usados fueron diferentes tonos de marrón y sepia, además de rojo, negro, blanco, naranja y morado, los que producían una gama relativamente variada de combinaciones. Se aprecia en esta alfarería la predilección por los diseños geométricos, predominando rombos, barras, círculos, bandas y triángulos. Este tipo de artefactos se encontraron en los Andes, presentando manifestaciones particulares de acuerdo a las diferentes regiones (Fig. 113).

Paralelamente, se registra material doméstico, el mismo que no presenta decoración y que responde a las características tecnológicas de las diferentes regiones anexadas al Imperio. A este tipo de materiales se los define como estilo Inca local, cuya característica es el uso de un profuso engobe de color rojo.

Por último, también se advierte un sincretismo tecnológico entre el estilo cerámico imperial y los estilos locales. Su característica es la conservación de las formas emblemáticas como el aríbalo o el plato playo, pero el decorado presenta un estilo local. Este tipo de artefactos es registrado, sobre todo, en las áreas marginales del Imperio, siendo uno de los indicadores para establecer el tipo de relación de las poblaciones locales con los incas. Como ejemplo, podemos mencionar los estilos Inca Pacajes, Inca Carangas e Inca Quillacas, registrados en el altiplano de La Paz y Oruro (Fig. 114).





Figura 113. a y b. Los aríbalos y platos playos son formas típicas de la cerámica Inca. Fragmentos de estas piezas son registradas en los sitios arqueológicos que fueron ocupados durante ese periodo.
Fuente: Museo Nacional de Arqueología.

A nivel de artefactos líticos, sobresale el fino trabajo pulido, sobre todo de hachas y armas o instrumentos de guerra, los cuales fueron registrados en muchas partes de nuestro territorio. La tecnología lítica era más elaborada que en tiempos anteriores, haciendo mucho uso de finos acabados. Las formas más representativas son las hachas líticas y las azadas, las que se registran en muchas partes del territorio; son artefactos que fueron utilizados a nivel ritual y para la agricultura, respectivamente (Fig. 115). Otro tipo de artefactos líticos son las armas o herramientas vinculadas a los conflictos ejercidos por los incas en su proceso expansivo. Estas armas consisten, sobre todo, en macanas y boleadoras que eran utilizadas junto a las hondas.

En cuanto a la escultura, son relevantes las representaciones zoomorfas de auquénidos, llamas, vicuñas y alpacas, así como algunas representaciones fitomorfas, y numerosos cuencos y recipientes llamados popularmente morteros. En este tipo de expresión se observa la simplificación de las formas por medio de volúmenes geométricos sencillos y una esquematización de los motivos decorativos. La escultura de este periodo se caracterizó por la sobriedad, la geometría y la síntesis, tendiendo más a lo práctico y funcional que a lo formal.

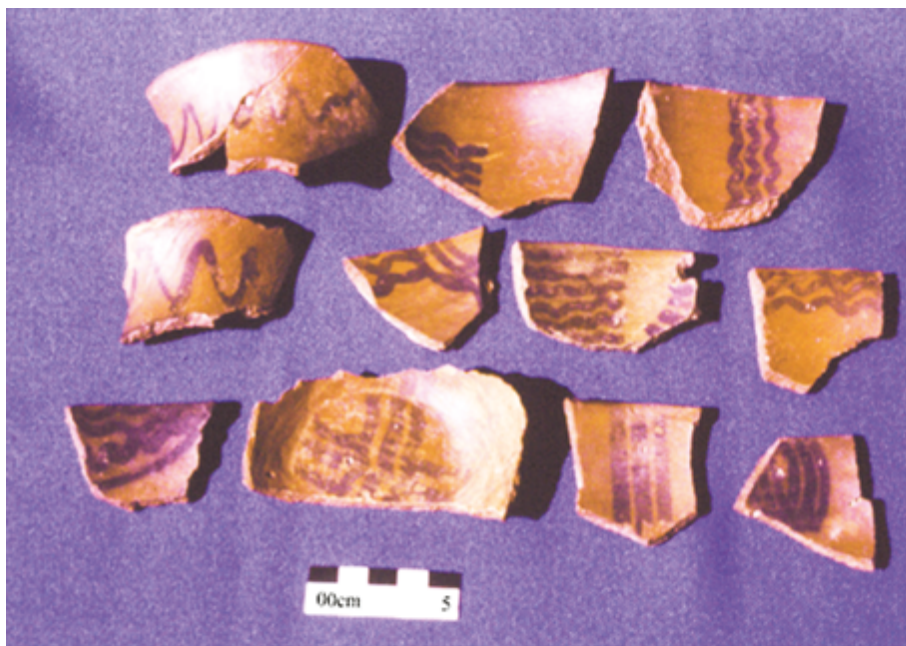


Figura 114. El sincretismo de la cerámica Inca con los estilos y formas locales produjo un tipo especial de alfarería. En la fotografía se observan fragmentos de cerámica Inca Quillacas, representando tecnología Inca y decoración del estilo Quillacas de Oruro.
Fuente: H. Catacora.



Figura 115. El trabajo en piedra también fue uno de los elementos tecnológicos relevantes del período Inca. Una muestra de ello es esta hacha lítica procedente de Cala Cala - Oruro.
Fuente: P. Lima.

La tecnología metalúrgica fue una de las más relevantes en el periodo Inca, dado que el área andina fue la cuna de la metalurgia. En toda la costa existieron expertos plateros, como una herencia de los poblados de Chimú, Pachacámac, Ica y Chincha, los que eran considerados como los mejores orfebres de los Andes. Durante el apogeo imperial, se enviaron mitmas a Cusco para la producción de objetos suntuarios. Entre ellos, fueron relevantes los artefactos utilizados por las élites, destacándose las diademas, orejeras, pendientes, anillos, pecheras, tobilleras, tupus, (prendedores) etc. Por otro lado, se consignan pequeños elementos rituales y de ofrendas, finamente elaborados en oro y plata, como regalo a las deidades naturales. Algunos de estos objetos fueron registrados en el lago Titicaca y en diferentes contextos rituales. Sin embargo, los más recurrentes son los tumis (cuchillos ceremoniales) y las hachas rituales, artefactos de aleaciones que se registraron en muchos sitios de esta región (Fig. 116).

Es importante mencionar la importancia que tenía el oro para los incas, ya que reflejaba su relación con lo divino, y cuyo trabajo de acopio fue delegado a los mitmas. Para realizar su fundido utilizaban las huayrachinas, donde se realizaban diferentes aleaciones que luego dieron paso a impresionantes artefactos de oro, plata y tumbaga.

Para la creación de armamento se utilizaba cobre y sus aleaciones. Con el bronce elaboraban sobre todo cuchillos ceremoniales y hachas para la nobleza, además de mazas, entre otros objetos militares. Las mazas tenían forma estrellada con un orificio al centro, a fin de colocarla en un palo, por lo cual recibían el nombre de macanas. También se cree que utilizaron platino y hierro, aunque sólo para la elaboración de pequeños ornamentos.





Figura 116 Piezas ornamentales de metal del período Inca, se observan tupus de plata y de oro.
Fuente: Museo Nacional de Arqueología.

En relación a los textiles, es remarcable el hecho de que los incas aprovecharan finas fibras, como las de vicuña, para la elaboración de suntuosas prendas. A la tradición textil existente, cuyos principales representantes fueron las culturas de la costa central –en las poblaciones de Paracas y Nazca–, los incas incorporaron figuras geométricas: cuadrados rectángulos o rombos, ordenados vertical u horizontalmente. Esta nueva forma de representación corresponde a una iconografía centrada en símbolos conocidos como tokapus, significativos de la heráldica prehispánica y mantenida hasta la Colonia.

Los textiles se elaboraban en telares, los que prensaban la trama y la urdimbre con la ayuda de una wichuña, hueso de llama pulido al que le sacaban una punta. Las fibras utilizadas correspondían sobre todo a camélidos, como llamas, alpacas y vicuñas, las cuales tomaban color a partir del tinte de plantas y minerales.

Es justamente en este período en el que prevalece el rol de la fibra de vicuña como elemento suntuario de alto prestigio. Los incas instituyeron el chaku como forma sostenible de obtención y aprovechamiento de la vicuña, es decir que se esquilaba a los animales en vivo para la obtención de la fibra.

Para los incas, la importancia de los textiles fue religiosa, social y política. En ellos expresaban su cosmovisión, su sentido del espacio y de sus divisiones, además de ser símbolos que denotaban el rango social. Los famosos ponchos dameros, blancos con negro y rojos al centro, se destinaban sólo a los orejones o generales allegados al Inca. Se dice que los diseños geométricos, que aparecen en algunos tejidos, servían también para identificar a los incas y a sus familias (Fig. 117). Desde la visión política, los tejidos representaban bienes que se podían intercambiar y/o tributar para cohesionar al Imperio.



Figura 117. Textil Inca con diseños de tokapus, procedente de la Isla del Sol. Algunos de estos símbolos de la heráldica andina son registrados también en las torres funerarias de color de Oruro.
Fuente: Bandelier, 1910.

A ello se deben sumar las prendas elaboradas con plumas de aves exóticas, que manifiestan un gusto estético por el color y por los recursos de otros ambientes ecológicos. Esta técnica de manufactura se utilizó en mantas, unkus, abanicos y sombrillas, mostrando la relación de los incas con las poblaciones de origen selvático para la adquisición de esa materia prima.

Por otra parte, conceptos y cálculos matemáticos fueron aplicados principalmente en actividades económicas. Los sistemas de registro y cálculo más conocidos eran los quipus y los yupanas. Los quipus eran sistemas nemotécnicos que consistían en tiras anudadas; sólo se anudaban los resultados de las operaciones realizadas anteriormente en los ábacos o yupanas. Los cronistas españoles narran que en este sistema se guardaban fragmentos de la historia de los incas, relatando nacimientos, guerras, conquistas, nombres de los nobles y tiempos de tales eventos.

Los registros arqueológicos realizados en los Andes dan cuenta de innumerables artefactos que prueban el avance de la tecnología incaica. Algunos de esos aspectos también son corroborados en los documentos de la Colonia temprana, donde se describen con detalle algunas tradiciones prehispánicas. Sin embargo, las viejas tradiciones fueron cortadas con los españoles, denotando un nuevo periodo en el que la estética y la tecnología fueron reemplazadas por la funcionalidad de los artefactos y de las construcciones.

Recuadro 21

Curiosidad tecnológica



Son muy conocidas las estatuillas de oro y plata ofrendados en tiempos del Inca al lago Titicaca dentro de urnas de piedra, como las que se observan al lado derecho de la fotografía. Algunos de estos preciosos ejemplares se conservan actualmente en el Museo del Oro de la ciudad de La Paz. Estas piezas muestran la habilidad de los orfebres de la época por la representación de esculturas antropomorfas en posiciones específicas.

Sin embargo, la pieza de madera del lado izquierdo, procedente de Nueva Guinea y registrada en la colección etnográfica de Ralf Buschardt - Berlin (2014), nos muestra mucha similitud con los ídolos de oro. La escultura corresponde a un bastón, cuya terminación es una representación antropomorfa del mismo tamaño y similar posición a las estatuillas referidas.

Sin el afán de interpretar difusiones o paralelismos culturales, llama la atención que en diferentes espacios geográficos y momentos de la historia se registren aspectos como éstos. Si se observara con detenimiento la producción tecnológica de las diferentes culturas en el planeta, sin duda se encontrarían aspectos particulares que podrían motivar muchos análisis e hipótesis sobre las representaciones del imaginario colectivo actual y del pasado.

Balance

Según la información etnohistórica, la presencia imperial no es mayor a un siglo en esta parte de los Andes. Sin embargo, son grandes los cambios desarrollados por las poblaciones locales en ese tiempo. Uno de los más relevantes fue el nuevo orden territorial que experimentaron las poblaciones en relación a los cambios políticos desarrollados. Una muestra tangible de esos cambios es la presencia de la red vial inca y el establecimiento de tambos como áreas de congregación poblacional para la formación de provincias y nuevas estructuras territoriales de las poblaciones anexadas al Imperio.

Otro de los aspectos llamativos fue el crecimiento de la producción a todos los niveles, muy significativo en términos de agricultura, ganadería, minería y, seguramente, también en relación a la producción de bienes y artefactos que demandaron altos niveles de especialización.

Ese hecho hizo que los afanes expansivos y la obtención de nuevos productos se convirtieran en la motivación del nuevo orden imperial. Por ello, el establecimiento de fortalezas y el traslado de gente foránea fue uno de los hechos que marcó la dinámica del último tiempo y el momento en el que irrumpió la colonia española.

A nivel social, el impacto del Imperio produjo un ambiente globalizador, a partir del establecimiento de símbolos homogéneos y la circulación de bienes y servicios que trataban de anular las características mantenidas por los grupos en tiempos anteriores. Uno de los rasgos más llamativos tiene que ver con el aparato religioso y la institucionalización de un nuevo orden ritual que marcó a dichas poblaciones, incluso hasta ahora. Las peregrinaciones a la Roca Sagrada en el Titicaca fue uno de los elementos simbólicos más relevantes en ese sentido.

Por otra parte, la homogeneización de los materiales y el sincretismo que el Imperio logró de las tradiciones andinas más relevantes, convierten a los incas en la síntesis de la cultura y la tecnología acuñada en más de un milenio en los Andes. Por todo ello, y por el tiempo en que esto fue logrado, se constituyen en el desarrollo político más relevante de esta región de América.

Sin embargo, por su fuerza e impacto, el sistema imperial no podía mantenerse mucho en el tiempo. Debido al grado de organización y al impacto ocasionado en las poblaciones locales, es un sistema que estaba produciendo reacciones adversas en muchas partes del territorio. Un ejemplo claro es la rebelión de los huancas, quienes lograron realizar alianzas con los españoles en contra del sistema establecido. Esa situación –sin duda– se dio en muchas partes de los Andes, implicando aspectos desestabilizadores que no se podían controlar.

Dicho panorama es el que encontraron los españoles, sumado a conflictos políticos al interior de la élite gobernante y a un afán expansivo hacia las Tierras Bajas que estaba en su auge. Probablemente, todos esos aspectos mostraban una estructura debilitada y/o vulnerable para la avanzada de un nuevo orden. A ello se debe agregar el aspecto mítico, que planteaba la llegada de un nuevo líder, el cual fue mimetizado con los españoles.

Muchas son las teorías acerca de cómo 200 hombres en Cajamarca sometieron a un Imperio de millones de habitantes. Lo cierto es que si todo hubiera estado a favor del sistema en el que las poblaciones vivían, los españoles no habrían logrado el control del Imperio. Como se verá en el siguiente volumen, la Colonia marcó un nuevo contexto para las poblaciones andinas, seguramente como parte de un destino que no se podía evitar, y que era parte ineludible de la secuencia diacrónica en los Andes.

La llegada de los españoles

El último tiempo del Imperio, luego de la muerte de Huayna Capac, estuvo plagado de conflictos políticos y bélicos entre sus dos hijos: Huáscar y Atahuallpa, a quienes se les había delegado el gobierno de Cusco y Quito, respectivamente. Todos los hechos acaecidos por Huáscar, a quien su hermano mandó matar, fueron utilizados luego por los españoles como excusa para acusar a Atahuallpa de fratricidio.

Según los relatos históricos, el Inca tenía mucho interés de conocer a los españoles. Por ello, se dirigió a Cajamarca donde ellos lo esperaban. Los españoles se escondieron en los principales edificios de la plaza principal, donde observaron su fenomenal ingreso, junto a cientos de bailarines, nobles y guardias. El único español que salió al encuentro de Atahuallpa fue el fraile Vicente

de Valverde, quien a través de un intérprete habló con el emperador, compartiendo chicha en un vaso keru.

En esa oportunidad, se ordenó que el Inca aceptara el cristianismo como religión verdadera, sometiéndose a la autoridad del rey Carlos I de España y al papa Clemente VII (Dejo Bendezú, 1993). La indignación del Inca y el desagravio del cura fueron el detonante para que se iniciara la masacre de los súbditos quechuas, a manos de la artillería y los fusiles españoles. La matanza fue sangrienta, ya que miles de sirvientes imperiales murieron en esa oportunidad.

Atahuallpa fue apresado en un palacio de Cajamarca. Los relatos de los cronistas cuentan que lloraba mucho, comía y dormía poco (Poma de Ayala, 1988); pero tuvo fuerzas para organizar dos ejércitos, uno bajo el mando de Chalcuchímac, para que fuese a Cajamarca a liberarlo, y el otro bajo el mando de Quisquis, para que tomase Cusco y eliminara cualquier vestigio de Huáscar. La versión tradicional menciona que el Inca habría mantenido algunos privilegios en prisión, como seguir administrando el Imperio, aprender a leer y escribir y a hablar castellano. Se cuenta también que mantuvo una relación amistosa con Francisco Pizarro.

Cuando estaba preso, es muy conocido el hecho de que Atahuallpa ofreció llenar dos habitaciones de plata y una de oro a cambio de su liberación. La codicia de los españoles hizo que aceptaran y de inmediato se mandó la orden a todo el Imperio para enviar la mayor cantidad de oro y plata hacia Cajamarca. A pesar de haber cumplido su parte, el Inca fue sentenciado a muerte por los cargos de idolatría, fratricidio, poligamia e incesto. Su última concesión fue ser bautizado como cristiano con el nombre de Francisco, para luego ser ahorcado. Su ejecución se realizó el 25 de julio de 1533, enterrándose en la iglesia de Cajamarca. Se cree que Francisco Pizarro lloró la muerte del soberano.

La noticia de la desaparición del Inca tuvo varias repercusiones; entre ellas el que muchas etnias dominadas se sublevaran e intentaran recuperar su independencia. Por su parte, los partidarios de Huáscar (como Manco Inca) se unieron a los españoles para derrotar a Chalcuchimac, a Quisquis y a los demás partidarios de Atahuallpa.

Con estos acontecimientos un nuevo orden se estableció en los Andes, con los consiguientes cambios económicos, sociales y políticos; temas que serán abordados en el siguiente tomo de esta Historia de Bolivia.

SEXTA PARTE

Arqueología y etnohistoria de las Tierras Bajas de Bolivia

Carla Jaimes Betancourt / Heiko Prümers

Isabelle Combès / Mariela Rodríguez

Arqueología y etnohistoria de las Tierras Bajas de Bolivia

Introducción

En la percepción de mucha gente, Bolivia es un país andino. Sin embargo, dos terceras partes del territorio boliviano corresponden a las Tierras Bajas, las cuales se extienden al Este de los Andes. Con aproximadamente 684.000 km^2, las Tierras Bajas de Bolivia son más extensas que el territorio Paraguayo y geográficamente muy diversas.

Lamentablemente, la mayor parte de estas regiones carecen de investigaciones sobre el pasado prehispánico y estamos lejos de poder reconstruir la larga historia de las ocupaciones humanas en las Tierras Bajas de Bolivia. De todas formas, en este capítulo se exponen los estudios tanto arqueológicos como etnohistóricos realizados hasta la fecha en cada una de las tres macro regiones que conforman las Tierras Bajas: Amazonía, Oriente y Chaco.

Lógicamente, existen diferencias cuantitativas y cualitativas de las investigaciones arqueológicas y etnohistóricas desarrolladas en cada una de las regiones mencionadas. Los Llanos de Mojos, por ejemplo, han recibido la mayor atención por parte de los arqueólogos, y gracias a esos estudios se dispone de los datos más antiguos y detallados de las poblaciones que ocuparon la Amazonía boliviana antes de la llegada de los españoles.

En el oriente boliviano, las investigaciones arqueológicas en los Llanos de Grigotá permiten formarse una primera idea sobre algunos acontecimientos puntuales de la historia prehispánica de la región, la cual es enriquecida por estudios etnohistóricos que reconstruyen el complejo paisaje cultural de Santa Cruz indígena.

El Chaco boliviano es en gran parte una región arqueológicamente inexplorada y los datos disponibles sobre la diversidad cultural y étnica de sus habitantes, así como la relación que estos grupos mantenían con las zonas vecinas en épocas prehispánicas, son temas abordados por los especialistas en base a fuentes históricas y datos lingüísticos.

Esperamos que la lectura de esta parte sirva para ampliar su conocimiento del pasado prehispánico de las Tierras Bajas y se constituya en fuente de inspiración para valorar, cuidar y proteger la riqueza del patrimonio arqueológico de estas regiones.



Vista del Fuerte de Samaipata. Santa Cruz.
Fuente: I. Combès.

Los Llanos de Mojos

Carla Jaimes Betancourt y Heiko Prümers

La investigación arqueológica en los Llanos de Mojos está estrechamente ligada tanto a algunos desarrollos culturales en Brasil, como a las corrientes académicas que influyeron la investigación arqueológica en la Amazonía (Ver recuadro de Arqueología Amazónica). Por eso se mencionarán también algunos hallazgos relevantes hechos en territorio brasileño, colindante con Bolivia.

Recuadro 22

Arqueología Amazónica

Carla Jaimes Betancourt

Existen muchas razones por las cuales el pasado de la región amazónica fue y es todavía menospreciado. Posiblemente las descripciones etnográficas del siglo pasado son las directas responsables para que las sociedades de los Andes sean vistas como "civilizadas" y las sociedades de las Tierras Bajas como "barbaras".

Entre 1940 y 1947, Julian Steward editó un compendio de seis volúmenes de los pueblos indígenas de Sud América *(Handbook of South American Indians),* que fue publicado por el Instituto Smithsonian. En esta obra se clasificaron las áreas culturales de acuerdo a su medio ambiente y potencial agrícola. De esa manera, el área de la cultura andina fue clasificada dentro de los tipos 3 y tipo 4, áreas con potencial agrícola ilimitado o con potencial agrícola en crecimiento, mientras que las áreas culturales de bosque tropical y selva correspondían al tipo 1 y 2, es decir, áreas sin potencial agrícola o con un limitado potencial agrícola. Esta clasificación determinaba al mismo tiempo el desarrollo cultural de sus habitantes. Así, se postuló que las sociedades del área andina tenían el más alto desarrollo cultural de América del Sur, mientras que en la Amazonía se tenían, por un lado, "tribus marginales" de cazadores recolectores y, por otro, sociedades de floresta tropical. Estas sociedades estaban caracterizadas por tener una limitada agricultura de autoconsumo, que si bien permitía el establecimiento de una población más densa y permanente, se encontraban limitadas por un ambiente improductivo, en el que era imposible la producción de excedentes que conlleve a una especialización y división del trabajo, estratificación social y organización política centralizada.

Las claras diferencias que presentaban las poblaciones de distintas áreas geográficas influyeron en gran medida en la lectura de los datos arqueológicos. A mediados del siglo pasado, la arqueóloga Norteamericana Betty Meggers (1954) proponía que el medio ambiente era una condicionante importante de la cultura ya que, según ella, el nivel de desarrollo cultural dependía del potencial agrícola del medio ambiente ocupado. Aunque algunos sitios arqueológicos de importante antigüedad eran encontrados en la región Amazónica, Meggers (1979, 1996, 1997) trataba de explicarlos mediante teorías medio ambientales o difusionistas. Por ejemplo, ella creía que las innovaciones tecnológicas y culturales como la cerámica, la agricultura o la complejidad social, habrían llegado a la Amazonía procedentes de los Andes o Mesoamérica. También postuló que las culturas asentadas en la Amazonía, como por ejemplo la cultura Marajo, en la boca del Amazonas, se habría deteriorado debido a que el medio ambiente tropical no ofrecía los recursos suficientes para mantener grandes poblaciones, lo que limitaba y degradaba sus condiciones sociales.

Continúa en la siguiente página

No obstante, estas teorías no podían explicar las evidencias arqueológicas que de manera más frecuente se iban encontrando en la Amazonía ni tampoco servían para objetar los escritos de los primeros europeos que ingresaron al Amazonas a mediados del siglo XVI e inicios del siglo XVII. Escritos como el del padre Carvajal (1542), quien acompañó en su expedición a Francisco de Orellana, hacen referencia a grandes aldeas, algunas ocupadas por miles de personas, integradas en amplias redes interregionales de comercio y confederaciones políticas regionales. Tales referencias desaparecen de los escritos históricos a inicios del siglo XVIII, posiblemente porque en los primeros cien años de contacto las poblaciones quedaron diezmadas por las epidemias, la guerra y la esclavitud. Sería imposible negar el impacto que tuvo la colonización europea en la densidad demográfica y los modos de vida de los pueblos que habitaron todo el continente Americano.

Retomando nuevamente la explicación sobre las posturas teóricas que influyeron la historia de la arqueología amazónica, se debe aclarar que la mayoría de los antropólogos estaban convencidos de que no era la agricultura sino el medio ambiente en general, lo que influía a las poblaciones. En este sentido, las diferencias en el grado de fertilidad de los suelos y el clima determinan el grado de productividad agrícola, que al mismo tiempo influye en el tamaño de población, la organización política y el desarrollo tecnológico de la cultura.

Un fuerte oponente de estas teorías fue Donald Lathrap (1970). Este arqueólogo Norteamericano propuso que los grupos amazónicos habían tenido un desarrollo autóctono y que su medio ambiente era el adecuado para la agricultura intensiva de raíces, como por ejemplo la yuca (*Manihot esculenta*) domesticada en las llanuras inundables entre los 5000 a 3000 a.C. Lathrap creía además que el aprovechamiento de recursos alimenticios de los ríos amazónicos habría permitido el asentamiento de densas poblaciones, las cuales poseían una notable complejidad social, una sofisticada industria alfarera y una red intercambio de bienes de prestigio a larga distancia.



1. Pedra Pintada
2. Minas
3. Taperinha
4. Marajo
5. Xingú
6. Proyecto Amazonia Central
7. Dourado
8. Periquitos
9. Monte Castelo
10. Geoglifos del Acre

Figura 118. Mapa de la cuenca Amazónica con las áreas y sitios mencionados.

Fuente: C. Jaimes Betancourt.

Los hallazgos arqueológicos no se dejaron esperar (Fig. 118). Efectivamente, en el sitio de *Caverna da Pedra Pintada*, en el Bajo Amazonas, Estado de Pará, Brasil, se encontró instrumentos líticos datados alrededor de 9000 años a.C. pertenecientes a grupos dedicados a la caza, pesca y recolección de frutas. (Roosevelt et al. 2002). Cabe señalar que éste no es un hallazgo aislado y que en diferentes áreas de la Amazonía de Brasil, Colombia y Venezuela se tienen registros de diversas ocupaciones en torno al 7000 a. C. También cerca de Bolivia se tienen noticias de sitios arqueológicos muy importantes, como los encontrados en los estados de Mato Grosso y Rondonia, cerca del río Guaporé. En los sitios denominados Dourado y Periquitos, diferentes artefactos líticos fueron fechados entre 12000 y 9000 a. C. (Miller, 1987; Meggers y Miller, 2003).

En la Amazonía también se llevaron a cabo importantes innovaciones tecnológicas que incluyen la temprana producción de cerámica. En sitios de conchales ubicados en la desembocadura del río Amazonas, se identificó en los años sesenta una cerámica muy temprana denominada Mina, la cual fue fechada alrededor de 3500 a. C. También en el bajo Amazonas, en el sitio de Taperinha, se produjo el hallazgo de la cerámica más antigua de todo el hemisferio Sur, datada alrededor de 5000 a. C. (Roosevelt, 1991, 1995), y en la cuenca del Alto Madeira, frontera con Bolivia, se tienen evidencias arqueológicas de pueblos sedentarios, que alrededor de 3500 a. C. domesticaron la yuca (*Manihot esculenta*) y una palma de gran tamaño, conocida en Bolivia con el nombre de *tembé* (*Bactris gasipaes*) (Neves, 2011).

Además, en los últimos años se han investigado sitios arqueológicos tan extensos que corroboran la alta densidad demográfica en tiempos prehispánicos, como por ejemplo en la Isla Marajo, en la boca del río Amazonas, donde se documentaron largas ocupaciones en montículos artificiales con áreas públicas y cerámica exquisitamente decorada entre el 400 y 1350 d. C. (Roosevelt, 1991; Shaan, 2004, 2008). En la cuenca del Alto Xingú, se tienen claras evidencias de grandes pueblos conectados por caminos radiales que florecieron alrededor de 1200 d. C. (Heckenberger et al., 2003, 2008). En la Amazonía Central, en el área de confluencia entre los ríos Negro y Solimões, el proyecto PAC ha investigado enormes asentamientos asociados a suelos fértiles, conocidos como "*terras pretas*" (Neves et al., 2003, 2004, 2006) (Fig. 119) y en el Acre, antiguo territorio de Bolivia, la acelerada deforestación ha hecho visible zanjas circulares, cuadradas y trapezoidales, denominadas "geoglifos", cuya construcción habría empezado a principios de nuestra era (Shaan et al., 2010; Saunaluoma et al., 2012) (Fig. 120).



Figura 119. Excavaciones arqueológicas en el sitio Hatahara, Amazonía Central.
Fuente: E. Neves.

Continúa en la siguiente página

Las nuevas corrientes teóricas ya no ven al medio ambiente amazónico como una limitante; por el contrario, se da importancia a la abundancia de sus recursos naturales en los ríos, lagos y selvas y se analizan los procesos culturales de manejo ambiental (Neves, 2011). Una nueva línea teórica, denominada "ecología histórica" (Balée & Erickson, 2006), postula que las sociedades prehispánicas, lejos de adaptarse al ambiente amazónico, transformaron su entorno y modificaron las condiciones naturales de los lugares en las que vivían.



Figura 120. "Geoglifos" encontrados en el Acre, Brasil.
Fuente: Imagen de base Google Earth.

Geografía

Los Llanos de Mojos, en el departamento del Beni, constituyen las sabanas tropicales más grandes de Sudamérica inundadas periódicamente. Su extensión, cerca de 130.000 km^2, es tan grande como todo el departamento de La Paz. Su característica principal es la pronunciada diferencia entre la estación seca, de junio a octubre, y la estación de lluvia, de noviembre a mayo. Las precipitaciones anuales oscilan entre 1.200 a 2.000 mm, es decir que en el Beni llueve cuatro veces más que en La Paz. Incluso existen años donde las precipitaciones pluviales pueden ser aún mayores. Estas acentuadas diferencias ocasionan que el paisaje de los Llanos de Mojos se transforme radicalmente y se encuentren, en época seca, canoas estacionadas en medio de la pampa, o en época de lluvias bosques inundados que se van transformando paulatinamente en ríos o lagunas (Fig. 121).



Figura121SabanasinundadasalSuroestedeTrinidad;marzo2007.
Fuente: H. Prümers.

El paisaje de los Llanos de Mojos parece a primera vista geográficamente uniforme, compuesto por extensos pastizales, islas de bosques, humedales y bosques de galería. Sin embargo, se trata de un mosaico de sabanas

geoecológicamente muy diferentes (Hanagarth, 1993). Una característica común de todas estas sabanas son los suelos de sedimentos finos del cuaternario con un alto contenido de arcilla. Estos suelos, en combinación con períodos de sequía severa y lluvias intensas y prolongadas, originan un inadecuado suministro de oxígeno, que impide el crecimiento de árboles y que hace fuertemente visible los límites entre bosque y sabana (Mayle et al., 2007, Lombardo et al., 2013). Un aspecto importante de la conformación aluvial de los Llanos de Mojos es la falta de piedras. Este hecho obligó a los habitantes de la región a conseguir piedras mediante trueque o comercio, o a fabricar sus implementos de materiales sustitutos. La inexistencia de artefactos de piedra en la región influye determinantemente en el reconocimiento de los cazadores y recolectores tempranos en el registro arqueológico.

Los datos etnohistóricos de los Llanos de Mojos

Mucho de lo que sabemos de las culturas que existieron en América antes del período colonial es gracias a los escritos que dejaron los cronistas. En el caso de los Llanos de Mojos, los datos etnohistóricos corresponden al siglo XVII, es decir, son muy tardíos y sus descripciones hacen referencia a poblaciones diezmadas por las enfermedades, la esclavitud y la conquista (Block, 1997; Lehm, 1999).

Aun así, destaca la envergadura de los Llanos de Mojos como centro de importantes culturas, aunque por lo general se hace alusión a un ámbito geográfico inmenso y no claramente delimitado, caracterizado por un número infinito de pobladores (Lizarazu, 1906 [1636]: 121). Es a partir de 1667 que se cuenta con fuentes jesuitas; de ellas, una de las más conocidas es la del hermano Joseph del Castillo, de la Compañía de Jesús, escrita en 1676. Estas fuentes describen un patrón de asentamiento disperso y frágil, de poblaciones reducidas y de una gran diversidad étnica, reflejo de una conquista lenta y avasalladora. Por lo que podemos concluir que los datos etnohistóricos no sólo estaban impregnados de una mentalidad eurocentrista y evangelizadora, sino que el paisaje social en los Llanos de Mojos ya había sufrido fuertes procesos de cambio antes de que los primeros relatos jesuitas hubieran sido escritos.

A pesar de estas desfavorables circunstancias esta información nos lleva a profundas reflexiones. Por ejemplo, que en todas las fuentes escritas se recalque la diversidad cultural y lingüística de los Llanos de Mojos:

> La provincia de los Mojos, que consta hoy de más de 6,000 personas repartidas en más de 70 pueblos, unos de 30 personas, otros de 40, los más de 60 á 80, algunos de más de ciento y algunos aunque muy pocos de más de 200 personas, no son éstos más que dos ó tres […] Y por excusar la prolijidad digo que á este modo prosigue lo restante de la provincia sobre este río Mamoré á una banda y otra. Satirnonos, apereanos, mayuncanos, siyoboconos, cubuquinianos, boseonos, muboconos y otros nombres y remata la provincia en los mopereanos que colinda con los canesies distinta provincia que prosigue sobre el río y son enemigos como también lo son los mujanaes que éstos llaman mojrono de donde pueden ser que les diesen á estos indios nombre de mojos, porque á la verdad mujuono suena lo mismo que mujus en lengua moja por ser el o no la nota de su plural. Y este nombre de mojos no lo usan entre ellos, los de Santa Cruz los llaman mojocosi que es lo mismo que mojos por la misma razón de ser el cosi, nota de su plural. (del Castillo, 1906 [1676]: 294, 298-299)

Esta cita, como muchas otras, nos demuestra que los "Mojos" o "Moxos" nunca existieron como una entidad cultural, sino más bien que el nombre aglutina a un gran número de naciones. Del surtido de nombres que menciona del Castillo no quedó ninguno en uso ni tampoco se tiene mayor información sobre la localización de los mismos, ni cómo se diferenciaban los unos de los otros. Por eso, lo que se puede discernir del paisaje cultural que encontraron los jesuitas en el siglo XVII se reduce en el contenido de la siguiente cita:

> Por Mision de los Moxos entendemos un agregado de muchas Naciones de Gentiles, que por haber sido la de los Moxos la primera, que solemnemente recibió el Sagrado Bautismo, dio la denominación a todas las demás, que con ella la continúan (Orellana, 1970 [1704]: 28).

Las "naciones", que con poco detalle aparecen en los escritos tempranos, sólo son los últimos representantes de un proceso histórico largo que comenzó con la llegada a los Llanos de Mojos de los primeros grupos de cazadores y recolectores alrededor de 8000 a.C.

Cazadores y recolectores tempranos (aprox. 8000 - 3000 a. C.)

Los restos más antiguos de la presencia humana en la región provienen de un sitio ubicado en el estado de Rondonia (Brasil), cerca de la frontera con Bolivia. Los restos fósiles humanos encontrados por buscadores de oro estaban asociados a megafauna y material lítico. Según Miller (1987), estos restos probablemente datan de la transición entre el pleistoceno y holoceno, alrededor del 11000-9000 a.C.

En los Llanos de Mojos las evidencias más antiguas de la presencia del hombre tienen casi la misma edad. Sin embargo, comprobarlo resultó difícil ya que la ausencia de piedra en la región, anteriormente mencionada, nos priva de los hallazgos que normalmente se asocian con esta etapa en el desarrollo de la humanidad, es decir, las puntas de proyectil hechas de piedra.

Las huellas, que en vez de esto dejaron los primeros pobladores en los Llanos de Mojos, fueron montículos de conchas de caracol. Tres de estos montículos, en gran parte cubiertos por sedimentos de eventos aluviales posteriores, han sido estudiados por un equipo multidisciplinario guiado por Lombardo (et al., 2013). Dos de las islas están situadas al Este de Trinidad y una al Sur de la misma, en el lado Oeste del Mamoré.

Los estudios geoarqueológicos revelaron una secuencia estratificada de depósitos acumulados de gasterópodos de agua dulce, caracoles que pertenecen al género Pomacea, que fueron consumidos por grupos de cazadores-recolectores desde por lo menos 8000 a. C. según fechados radiocarbónicos. Además, se encontraron restos de fauna correspondientes al venado (Mazama sp.) y ciervo de los pantanos (Blastocerus dichotomus), así como huesos de otros mamíferos, peces, reptiles y aves, algunos de los cuales habían sido quemados. Los estratos contenían también mucho carbón vegetal y el análisis de los sedimentos reveló una entrada elevada de heces humanas en esta formación.

Según los investigadores, el predominio de caracoles manzana en uno de los sitios apunta a que los cazadores de ese período tenían una economía de subsistencia que dependía del bajo consumo de energía, con recursos fácilmente disponibles y altamente predecibles. Se supone que por esta misma razón ninguno de estos sitios fue permanentemente ocupado, aunque se observó que los sitios evidenciaban una dinámica de reocupación, que se traduce muchas veces en el crecimiento del tamaño del sitio, como el detectado en uno de ellos, alrededor del 3000-2000 a. C. (Lombardo et al., 2013).

Mayores excavaciones arqueológicas en estos sitios son necesarias para poder documentar contextos arqueológicos que nos den mayor información respecto al modo de vida de los habitantes de este período de tiempo.

Desarrollos formativos (aprox. 3000 a. C. - 300 d. C.)

El período Formativo, que según el esquema clásico incluye los procesos de sedentarización (primeros pueblos), inicios de la agricultura y aparición de la alfarería, parece iniciarse en la Amazonía más tempranamente que en los Andes. Las primeras evidencias de producción alfarera en montículos de conchales que se da en las fases Minas y Taperinha, de sitios cerca de la boca del Amazonas, datan alrededor del 3500 a. C. o incluso antes.

En el río Itenéz o Guaporé, actual frontera entre Bolivia y Brasil, se tienen las evidencias más antiguas de terras pretas (5000 a. C.), que son el producto de asentamientos prolongados (ver recuadro 22). Las excavaciones de Eurico Miller en la década de 1970, en uno de los conchales del Guaporé Medio, denominado Monte Castelo, pusieron al descubierto restos ocupacionales de varios miles de años. En una estratigrafía de 7 m de profundidad, se documentaron entierros humanos, bienes funerarios, hoyos de poste, material cerámico decorado y artefactos líticos, datados cerca del 1800 a. C. (Neves, 2006).

En los Llanos de Mojos, este período todavía carece de datos. Es posible que los sitios del Formativo se encuentren cubiertos por metros de sedimentación aluvial y algún día uno de ellos sea descubierto casualmente en el barranco de un río o al excavar una noria. Sería lógico que si existen sitios arqueológicos para el período de los cazadores y recolectores, estas evidencias continúen y no desaparezcan. Aún más porque a partir del 300 d. C. se tienen numerosas pruebas de la existencia de sociedades sedentarias, agrícolas, muy bien establecidas en las pampas de los Llanos de Mojos.

Recuadro 23

"Terras Pretas" o "Tierras Negras"

Como su nombre lo indica, son extensiones de suelos oscuros que han resultado de la actividad humana. Estos suelos se diferencian notoriamente de los suelos amazónicos (que en muchos casos son *oxisoles*), considerados pobres en nutrientes y generalmente de colores rojizos o amarillentos (Fig. 122). Numerosas y amplias extensiones de *terra preta* han sido encontradas en territorios altos, no inundables, en la mitad oriental de la cuenca del río Amazonas. Al estar los suelos enriquecidos principalmente con material vegetal carbonizado y otros componentes identificados (calcio, fósforo, manganeso, potasio, estroncio y zinc), su fertilidad es más alta y hoy en día son muy codiciados para prácticas agrícolas (Arroyo-Kalin, 2014).

Los investigadores distinguen entre: tierras negras, suelos oscuros con mucha presencia de artefactos de cerámica y cuyo estrato tiene una profundidad mayor a ca. 60 cm, y tierras mulatas, que cubren extensiones adyacentes, de mayor tamaño pero que carecen de artefactos arqueológicos, con niveles de nutrientes no tan altos como los de la *terra preta*, pero todavía mejores que los suelos sobre los que se han formado. Como está comprobado, que la formación de tierras negras, es el resultado de los asentamientos de sociedades precolombinas, su disposición, profundidad y extensión nos dan pautas importantes sobre la intensidad de la ocupación humana en esos asentamientos (para mayor información al respecto, se sugiere Arroyo-Kalin, 2010; 2014).



Figura 122. Terra Preta en el sitio arqueológico Laguinho en la Amazonia Central.
Fuente: E. Neves.

Desarrollos Regionales en los Llanos de Mojos (aprox. 300 - 1400 d. C.)

En la región de los Llanos de Mojos se identificaron un número impresionante de obras de tierras correspondientes a épocas precolombinas: cientos de grandes montículos de tierra, miles de kilómetros de campos elevados, obras de drenaje sofisticados, terraplenes, diques y zanjas. Sin embargo, las investigaciones arqueológicas han demostrados que estas obras se encuentran distribuidas en áreas específicas que presentan su propia dinámica cultural e histórica.

Tanto el número de áreas culturales como la superficie que ocupan están constantemente modificándose de acuerdo a los nuevos datos recopilados.

Al principio de las investigaciones, Nordenskiöld (1913) distinguió tres áreas: los terraplenes concentrados alrededor de Baures, los montículos de diferentes tamaños y formas esparcidos cerca del río Mamoré y río Ibare, y las obras de drenaje entre San Borja y San Ignacio. En los años sesenta, gracias a la disponibilidad de fotos aéreas y la posibilidad de realizar sobrevuelos en la región, Denevan (1966) propuso cinco áreas: los grandes montículos al Sureste de los Llanos de Mojos, los canales y campos elevados de cultivo al Suroeste, largas plataformas de cultivo alrededor de Santa Ana del Yacuma y lago Rogaguado, y pequeños montículos circulares de cultivo entre las dos últimas zonas mencionadas. El mapa de Denevan sirvió de base para futuras investigaciones, y poco a poco se van afinando y consolidando las fronteras (Jaimes Betancourt, 2013).

Actualmente se reconoce la existencia de por lo menos siete áreas culturales (Fig. 123), aunque para la mayoría de ellas los datos arqueológicos son sumamente escasos. Además, estas áreas no siempre colindan una con la otra y entre las mismas existen regiones sin ninguna información arqueológica. Los datos más completos son del Sureste y Noreste de los Llanos de Mojos. En la región Sureste se concentran las lomas altas o monumentales y en el Noreste los sitios asociados con zanjas. Del lado Oeste del Mamoré, solamente la región del Iruyáñez ofrece datos sustanciales y, por ende, será la tercera región considerada en la presentación que sigue.

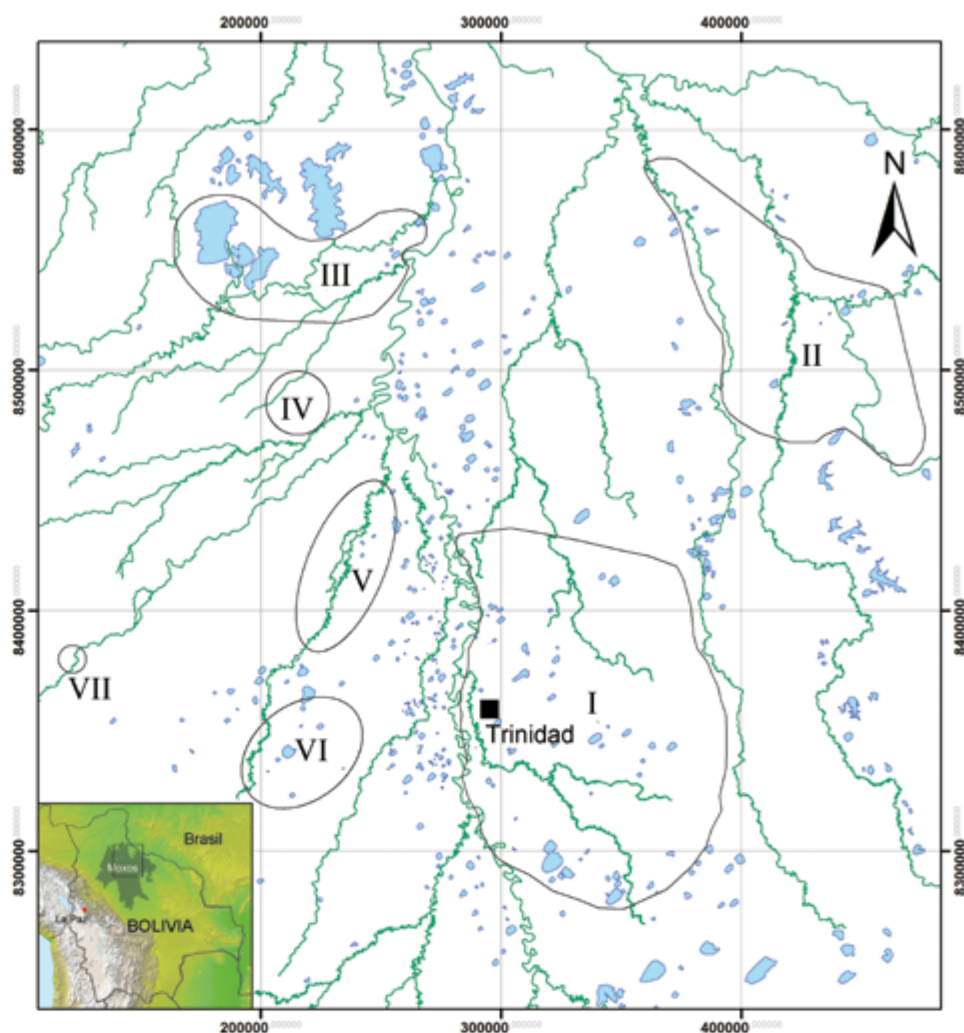


Figura 123. Áreas culturales de los Llanos de Mojos: I Las lomas altas del sureste, II Zanjas, diques y trampas de pescado en Baures y el Iténez, III Asentamientos y camellones Lago Rogaguado y río Iruyañez, IV Zanjas al sur de Santa Ana de Yacuma; V Lomas del Apere Central; VI El centro-sur San Ignacio; VII Asentamientos en San Borja.

Fuente: H. Prümers

Las lomas altas del Sureste de los Llanos de Mojos

La mayoría de las "lomas", como se conocen localmente a los montículos cubiertos por monte, guarda restos de unos mil años de ocupación en su interior. Recién cuando son liberados de la vegetación se puede reconocer que estos montículos son los restos, lavados por las lluvias tropicales, de plataformas y pirámides truncas de tierra maciza. Algunos de estos edificios cubren varias hectáreas y las pirámides truncas más altas superan los 20 m de altura.

Por mucho tiempo se pensó que los antiguos habitantes de estas lomas construyeron las plataformas para protegerse de las inundaciones periódicas, comunes en los Llanos de Mojos. Sin embargo, las lomas altas se encuentran en una región que no se inunda ni en años con lluvias excepcionales, y faltan por completo en las regiones con mayor riesgo de inundación, como la del río Iruyáñez. Por esto hemos postulado, ya años atrás, que la lógica tenía que invertirse. Las lomas no fueron construidas como respuesta al peligro de posibles inundaciones, sino porque este peligro en los lugares donde fueron erigidas no existió nunca. En años recientes se ha demostrado la razón por la cual el área de la distribución de las lomas altas es más elevada. Durante el Holoceno medio (ca. 2000 a. C.), una avulsión del río Grande formó albardones de hasta 3 m con relación a la sabana. Además, el río Grande depositó finos sedimentos en las llanuras inundadas entre paleo-canales, lo que ha dado como resultado una topografía con relieve que mejora las condiciones de drenaje. La combinación de todos estos aspectos permite que los suelos en esta área tengan un mejor potencial agrícola (Lombardo et al., 2012, 2013). Tales condiciones han permitido un asentamiento largo, estable y seguro en la región, de lo cual dan testimonio las aproximadamente 400 lomas que probablemente existen en el Sureste de los Llanos de Mojos.

Cada una de estas lomas tiene que ser vista como un poblado, en cuyo centro estaban las construcciones de tierra maciza. El tamaño de las lomas difiere considerablemente y es de suponer que esto sea el reflejo de diferencias de poder y de funciones sociopolíticas. En algunos casos esto parece más que evidente. La Loma Cotoca, por ejemplo, ubicada unos 4 km al Este del pueblo Perotó, controla un área de aproximadamente 500 km^2. La plataforma en el centro del sitio cubre más de 10 hectáreas y sobre la misma se levanta una pirámide trunca de unos 20 m de altura. De este centro con arquitectura monumental irradian canales y calzadas en todas las direcciones conectándolo con los sitios menores, que supuestamente dependían de él. Otro ejemplo de un probable centro regional con una configuración casi idéntica es el sitio La Loma (Fig. 124), cuyo centro con arquitectura monumental abarca 19 hectáreas. El sitio está rodeado por tres calzadas, la del medio encierra 75 hectáreas y la externa 300 hectáreas.

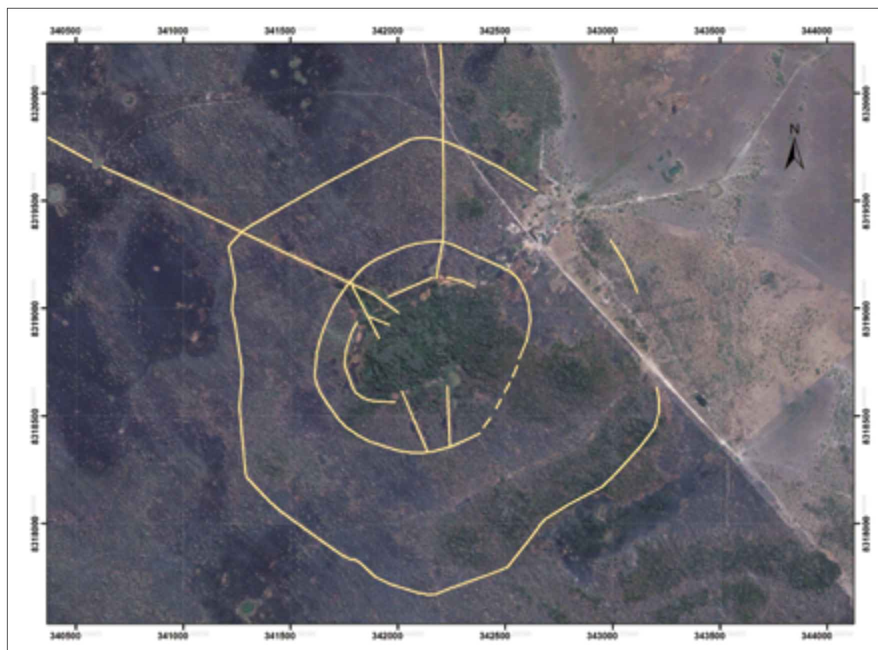


Figura 124. El sitio La Loma cuenta con 3 terraplenes poligonales concéntricos y un foso ancho al interior de la primera calzada. El terraplén externo encierra 300 hectáreas.

Fuente: Gráfico: KAAK; Imagen de base: Google Earth.

Estas inmensas áreas probablemente tuvieron múltiples usos, lo que dio lugar tanto a viviendas como a huertas, plazas y cementerios. De este sitio también irradian calzadas y canales que lo conectan con su entorno.

Recientemente se tiene la certeza que los centros de estos sitios responden a una arquitectura. Los planos detallados de algunos de estos montículos permiten ver la estructura planificada de los sitios, que se expresa en el ordenamiento de los cuerpos arquitectónicos, en patrones repetidos y en una orientación idéntica de edificios en sitios diferentes.

Las características mencionadas se pueden apreciar de forma ejemplar en el plano de la Loma Salvatierra (Fig. 125). El centro del sitio está ubicado en la ribera izquierda de un río desecado y el área central está conformada por una terraza artificial de 2 hectáreas de superficie que se eleva aproximadamente 1,5 metros sobre la planicie. Sobre esta terraza se elevan varias plataformas, la del Noreste es la más alta (Montículo 1). Sobre esta última, que alcanza siete metros de altura, se encuentran tres plataformas bajas dispuestas en forma de “U” que delimitan una plaza abierta hacia el Noroeste. El eje de este conjunto arquitectónico muestra una desviación aproximada de 30º hacia el Oeste con respecto a los ejes cardinales. Esta orientación se repite no solamente en las otras construcciones del sitio, sino también en otros sitios y, como se verá a continuación con más detalle, en las tumbas. Sin duda, esta disposición está relacionada con alguna noción de la cosmovisión de los antiguos habitantes, de la cual, lamentablemente, no sabemos nada. A una distancia de aproximadamente 120 metros, el centro del montículo está rodeado por un terraplén poligonal, el cual podría haber cumplido una función defensiva, marcando el límite de lo que era el pueblo propiamente dicho. Podemos imaginarnos que todo su espacio interior era aprovechado, probablemente, tanto para viviendas como para huertas.

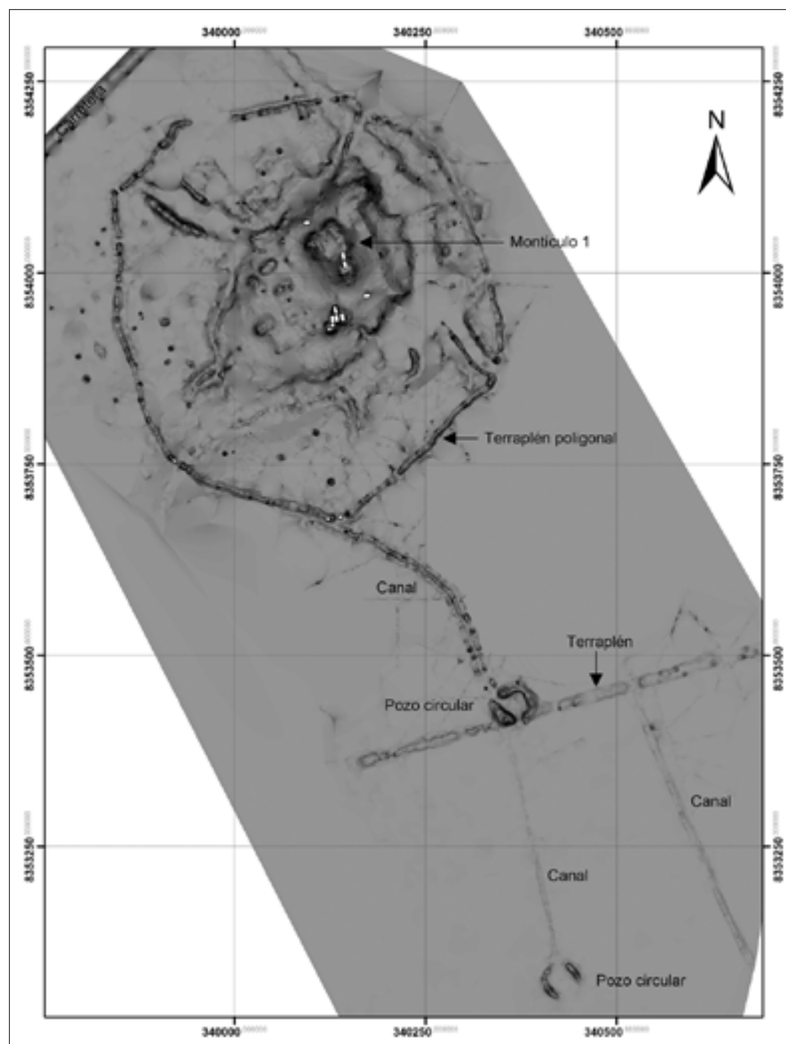


Figura 125. Plano de la Loma Salvatierra y del área adyacente hacia el sur. El centro del sitio está conformado por una terraza artificial sobre la cual se construyeron las plataformas macizas (mounds 1 y 2).

Fuente: H. Prümers.

Al Sur del sitio se extiende una pampa grande y dentro de la misma se encuentran canales, pozos circulares y un terraplén que corta el paso del agua desde el Sur. Todas estas obras de tierra parecen destinadas al manejo del agua captada en la pampa. El canal que corre del pozo circular asociado al terraplén en dirección al montículo podría haber servido para suministrar agua al sitio durante la estación seca.

Sobre la gente que construyó estos pueblos, sus gustos culinarios, enfermedades, artes, ritos funerarios y otros detalles más, tenemos datos de varias excavaciones. Los primeros resultaron de los estudios pioneros del barón Erland Nordenskiöld, quien en 1913 efectuó excavaciones en tres lomas ubicadas en el antiguo camino entre Trinidad y Santa Cruz de la Sierra (Velarde, Hernmarck, Masicito). A estos se añadieron algunos datos de excavaciones limitadas hechas en diferentes lomas cerca de Trinidad por Víctor Bustos Santelices (1976b) y, posteriormente, la Misión Argentina de la Universidad de la Plata, compuesta por Bernardo Dougherty y Horacio Calandra (1981-82, 1984). Los datos más completos, sin embargo, provienen de las excavaciones del Proyecto PABAM en las lomas Mendoza y Salvatierra, ambas ubicadas unos 50 km al Este de Trinidad, cerca del pueblo de Casarabe (Prümers, 2009, 2012).

La pregunta más importante gira en torno a la cronología de estos sitios. Todos los fechados de radiocarbono disponibles indican que los sitios tuvieron una ocupación estable durante 1000 años, iniciada por el 400 d. C. y desaparecida alrededor del 1400 d. C. (Dougherty & Calandra, 1981-82, 1984; Prümers, 2013). Es importante resaltar el hecho de que varias lomas compartían la misma secuencia ocupacional, es decir que fueron ocupadas al mismo tiempo (Jaimes Betancourt, 2012a, c), lo que significa que esta área estuvo densamente poblada. El único caso de una ocupación anterior a la construcción de la loma podría ser la fase Velarde Inferior, aunque las evidencias no son del todo concluyentes. Lamentablemente, Nordenskiöld no dejó ningún mapa lo suficientemente preciso para poder ubicar la Loma Velarde y reestudiarla. Igualmente frustrante resultó un intento de revisar la colección de la Loma Velarde, que desde hace más de 100 años descansa en el Museo Etnográfico de Estocolmo. El museo negó el permiso en 2010 argumentando que el material se encontraba todavía embalado desde el último traslado del museo, hace 25 años (Jaimes Betancourt, 2012b).

Todavía se desconoce la razón por la cual fueron abandonados estos pueblos unos cien años antes de la llegada de los españoles. Sin embargo, cuando llegaron los jesuitas a la región a finales del siglo XVII, habían dejado de existir y ningún montículo o loma se menciona en las crónicas.

A lo largo de los mil años de su ocupación, las lomas han sido modificadas constantemente y así también cambiaron los gustos y costumbres de sus moradores. Un reflejo de esto son los cambios que se observan en la cerámica, que ha servido para proponer una cronología de 5 fases (Fig. 126). Los cambios, sin embargo, se dieron de forma constante pero no abrupta, y se mantuvo la misma tradición artesanal (Jaimes Betancourt, 2004, 2012a, c). El único cambio significante, cuyas causas se sigue investigando, parece haber ocurrido entre el 1000 y 1200 d. C. En este tiempo suceden varias transformaciones simultáneas. Por ejemplo, se encuentran los primeros casos de entierros de niños en urnas, algunos utensilios muy frecuentes en las fases anteriores dejan de ser utilizados y en la dieta se nota una disminución en el consumo del maíz. Además, aparece una cerámica finamente pintada (Fig. 127), cuyo uso posiblemente era restringido a eventos especiales. Cabe recalcar que sucedieron similares transformaciones en varios sitios de la cuenca Amazónica, asociados todos ellos a lo que se conoce como la Tradición Polícroma.

Se postula que este fenómeno, netamente amazónico, comienza en el siglo IV en la boca del Amazonas, en el siglo IX en la Amazonía Central, a mediados del siglo XII en el río Silomões y, hasta el siglo XIII, se habría expandido hacia el alto Amazonas. Todavía no se puede precisar si este cambio indica un proceso de expansión demográfica y colonización de nuevas áreas o quizá sólo la intensificación de relaciones de intercambio y comercio entre estas áreas (Neves, 2006).

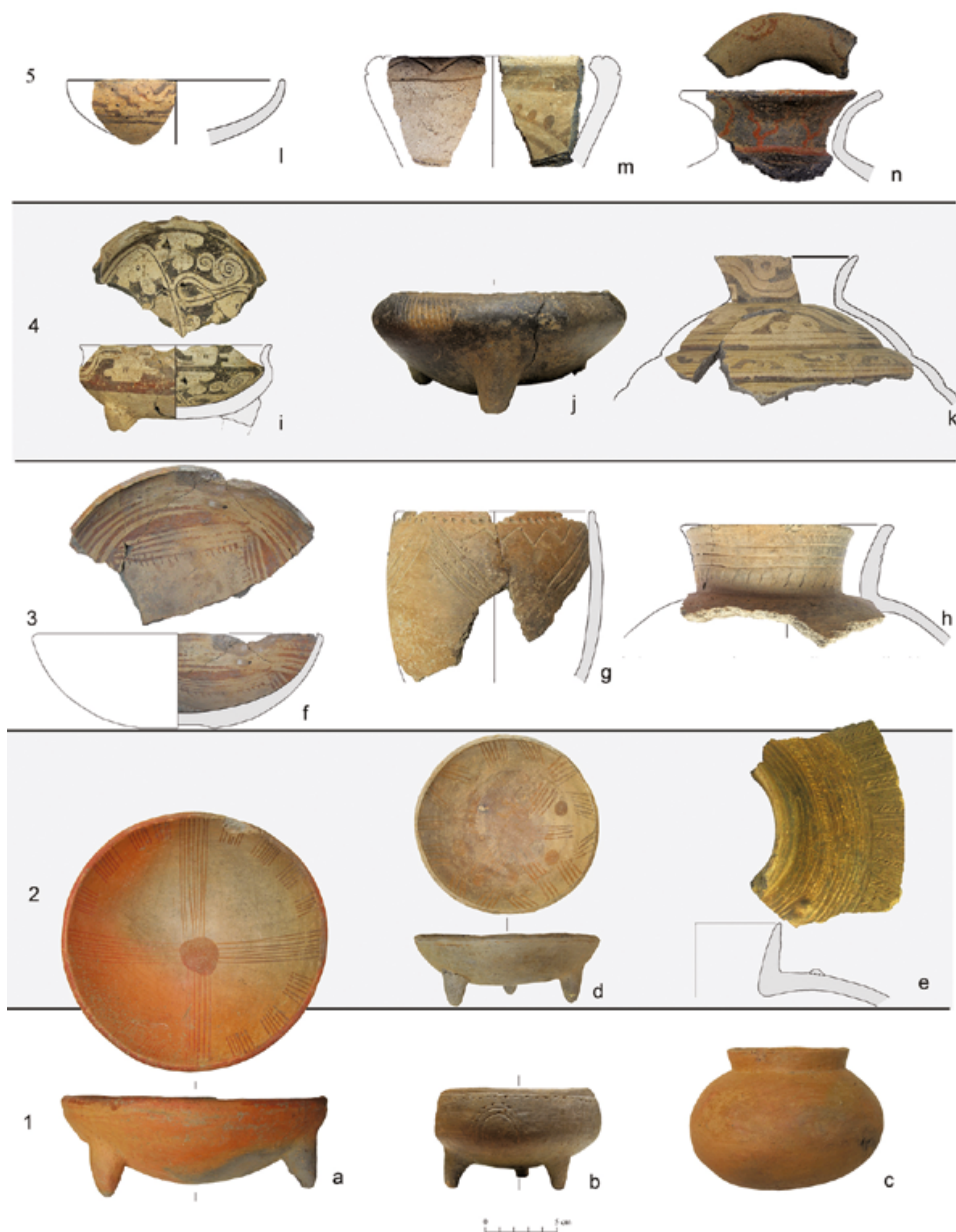


Figura 126. Cronología cerámica de la Loma Salvatierra.
Fuente: C. Jaimes Betancourt.



Figura 127. Cerámica finamente pintada correspondiente a la Fase 4 de la Loma Salvatierra. Museo etnoarqueológico Kenneth Lee, Trinidad. Fuente: C. Jaimes Betancourt.

En la Amazonía, como en el resto de las Tierras Bajas, la mayor parte de la cultura material fue y está hecha de materiales perecederos. La mala preservación del material orgánico en la Amazonía limita a la arqueología conocer un gran porcentaje de las características culturales de los antiguos habitantes, ya que todos los artefactos hechos de madera, cestería, cuero, plumas, algodón, cortezas y frutos desaparecen con el paso de los años.

Un claro ejemplo son los restos de sus casas. A pesar de que se excavaron áreas relativamente amplias de 5 x 10 m, los huecos de postes documentados constituyen evidencias aisladas que no permiten reconstruir la planta de una casa, lo que significa que las viviendas eran bastante grandes. Además, podemos suponer que tenían paredes de bahareque revestidas con barro porque en las excavaciones se han encontrado fragmentos ladrillados del revoque. Algunos de los fragmentos del revoque aún conservaban impresiones de las ramas que habían formado parte de la armadura de madera. Quizás las casas eran como las que describe en el año 1676 el padre del Castillo, aunque su texto no aclara a cuál región de los Llanos de Mojos se refiere:

> Así mismo saben hacer sus casas con harta curiosidad, las redondas según lo capaz de la materia. Pero son estas redondas donde duermen, más capaces y mejores que las del Perú, donde los indios caben con desahogo, seis ú ocho hamacas en cada una y á veces más. Fórmase estas con un pié derecho no con pequeño artificio descansando sobre él todas las maderas, que no me admiró poco cuando lo ví y no sabía el modo; despues la cubren con paja larga de un estado de mejor parecer que el icho y con esta curiosidad. Cocinan en casas cuadradas sin embarrar y aquí guardan sus comidas y en las redondas sus arreos y ropa, pero todo sin llave ni puerta, las paredes son de caña, embarradas las redondas, las maderas menos los orcones y pies derechos de las gruesas de Guayaquil (Castillo, 1906 [1676]:319).

Los análisis arqueobotánicos (Bruno, 2010; Dickau et al., 2012) y de isótopos en los huesos humanos revelaron que la dieta de los habitantes de la Loma Salvatierra estaba basada en plantas, especialmente maíz (Prümers et al., 2012). El consumo de carne era reducido, y aunque eran cazadores oportunistas, pues cazaban todo tipo de animales, los análisis arqueozoológicos revelaron una preferencia por la carne de ciervo, que llegó a constituir más del 80% de la carne consumida (Driesch & Hutterer, 2012: 347). Los huesos de los ciervos eran utilizados con preferencia en la fabricación de puntas de flecha, agujas, adornos y otros utensilios (Fig. 128) (Kühlem, 2012). Muy estimada era también la carne del pato negro o pato criollo (Cairina moschata), y hay indicios para suponer que criaron esta ave.

Del estudio de los restos óseos se sabe también que los individuos estaban bien alimentados y eran bastante altos (algunos de los hombres superaron los 170 cm). Sin embargo, su esperanza de vida era baja. Más de la mitad había muerto antes de alcanzar los 20 años de edad y el 20% no sobrevivían el primer año de vida. Tal mortalidad de preadultos podría parecer muy alta, sin embargo, es acorde con los datos que la ONU (Organización de las Naciones Unidas) publica para sociedades no urbanas pre-industrializadas (com. personal Martin Trautmann).

Los cambios culturales, que ya se mencionaron arriba, se reflejan también en el patrón funerario. Los entierros más antiguos siempre están orientados conforme al eje central de las plataformas, o sea el eje del cuerpo está desviado del eje Norte-Sur por unos 30° hacia el oeste. Después prevalecen los entierros orientados en un ángulo de 90º respecto a los entierros precedentes, y al final de la ocupación los niños son enterrados en urnas y muchos de los adultos sentados.

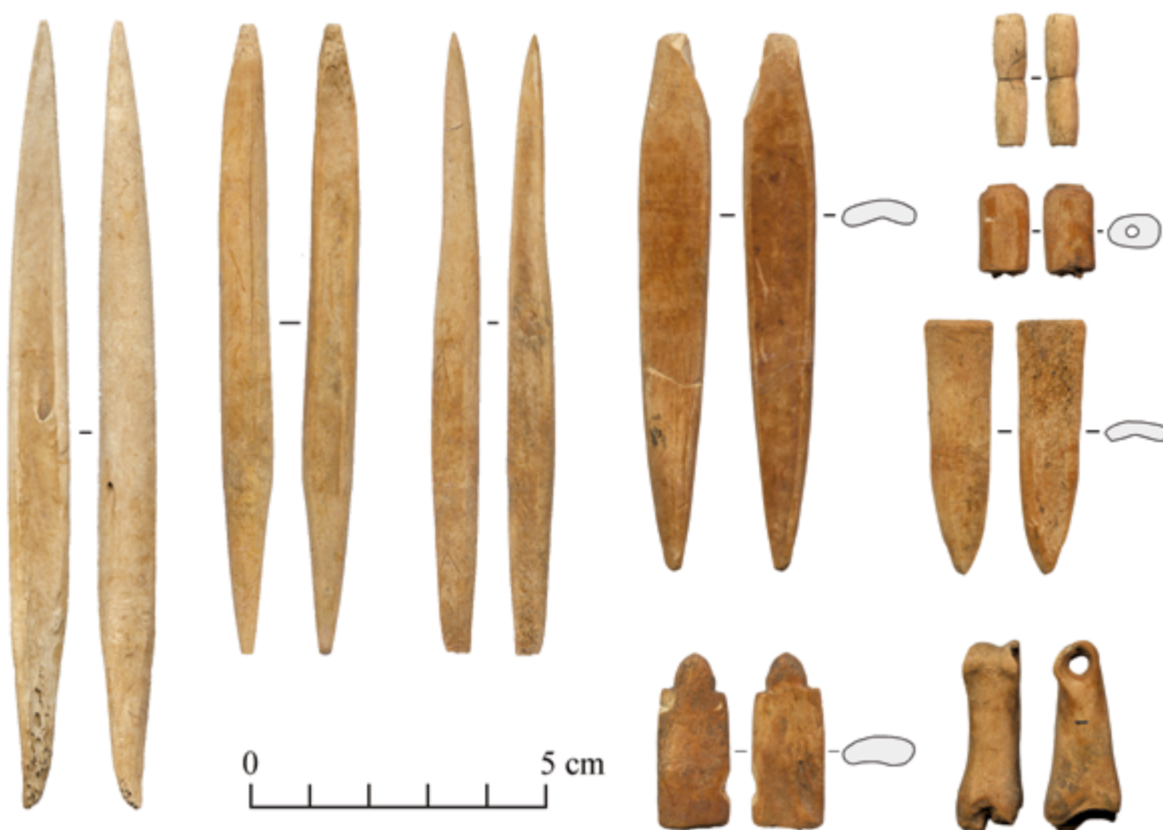


Figura 128. Artefactos de hueso encontrados en la Loma Salvatierra. Actualmente depositados en el Museo de Etnografía y Folklore, La Paz. Fuente: H. Prümers.

Se encontraron entierros en todos los sectores de las lomas, pero en el caso de la Loma Salvatierra había una pequeña plataforma que aparentemente sirvió de cementerio (Fig. 129). Unas 42 tumbas fueron descubiertas allí, la mayoría de ellas sin ofrendas. Destacada fue la tumba encontrada en el centro de la estructura a una profundidad de 3 m, de un hombre de entre 35 y 40 años de edad, enterrado con sus atuendos personales (Fig. 130a). Sobre la frente reposaba un disco de cobre que había sido perforado con fuerza en dos lugares opuestos del borde. En una de las perforaciones se ha podido detectar restos de un cordón. Además, en el reverso del disco se percibe en la capa de corrosión la impronta de una hoja, lo que podría indicar que el disco formaba parte de un tocado hecho de elementos vegetales. Otros dos discos de cobre eran partes de orejeras que, al otro lado, lucían partes recortadas del caparazón de un armadillo (Fig. 131). Una tembetá de amazonita fue encontrada en el lado derecho del cuello, hacia donde había resbalado. En el húmero izquierdo se encontró un conglomerado de conchas de caracol junto con chaquiras hechas de hueso. Es probable que se trate del contenido de una pequeña bolsa que no se ha conservado. En la muñeca izquierda había una pulsera de tres hileras compuesta de segmentos de hueso pulido (Fig. 130d). Además, el hombre tenía puesto collares de pequeñas cuentas blancas de hueso o caracol. En la parte central de uno de estos collares había cuatro colmillos de jaguar (Fig. 130c); a otro se le había integrado una cuenta grande de sodalita. Una coloración circular rodeaba la zona de las rodillas (Fig. 130a), que estaban hundidas por debajo del eje del cuerpo. Esto indica que se había depositado por debajo de las rodillas una canasta con ofrendas elaboradas con materiales orgánicos, igualmente desvanecidos (Prümers, 2013). Indudablemente, la ubicación central de la tumba, su profundidad descomunal y los adornos personales del muerto son indicios del estatus prominente que el personaje habría tenido en la sociedad.



Figura 129. Vista del montículo 2 de la Loma Salvatierra desde el Norte.
Fuente: H. Prümers.



Figura 130 Entierro de un hombre de estatus elevado encontrado en el centro del montículo 2 de la Loma Salvatierra.
Fuente: H. Prümers.

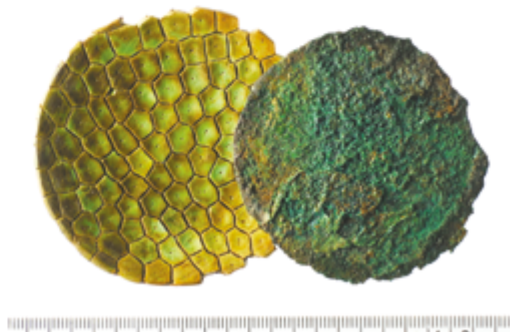


Figura 131. Orejera derecha del entierro de la figura 130, después de su restauración.
Fuente: H. P. Wittersheim.

Mientras que durante los últimos tres siglos de su ocupación las lomas del Sureste de los Llanos de Mojos seguían creciendo antes de ser abandonadas, en la región de Baures y del Iténez portadores de una cultura diferente vivían en pueblos rodeados por zanjas. De estos tratarán los párrafos siguientes.

Los sitios con zanjas del Noreste (Baures e Iténez)

A comienzos del siglo XVIII estuvieron en la región de Baures dos misioneros afanosos, no solamente en „salvar almas“, también en escribir. Dejaron crónicas y cartas, que sin duda son las descripciones más detalladas que se tienen de alguna de las regiones de los Llanos de Mojos del tiempo misional (Eder, 1985 [1772]; Mayr, 2002 [1717-1740]). Para la interpretación de los restos arqueológicos de la región dan muchas pistas, como por ejemplo en las siguientes dos citas:

> La mejor zona de la region es la llamada de Baures, pues hasta ahora no ha sufrido jamas ningun daño de las aguas, ya que asi como las reducciones del Mamoré la aventajan en que sus sabanas son mas elevadas, asi ella las supera en tener tierras aptas para la siembra, pues se cultivan aquellos lugares mas elevados, pero no en las sabanas. La tierra por lo general es negra y muy suave al tacto (Eder, [1772]: 73).

> … toda la sabana queda cubierta por las aguas la mayor parte del año, por lo que solo en canoas se puede transitar por ella de una a otra isla. No contando con ellas la mayoría de las etnias, por su pereza o por su ignorancia en fabricarlas, pero necesitando o gustándoles al mismo tiempo visitar de vez en cuando a sus amigos cercanos (principalmente para beber), levantaron una especie de puentes con tierra excavada por los lados, que quedaron por encima de toda inundación; su anchura era suficiente para que circularan dos coches nuestros juntos. Con estos puentes tambien lograron que las primeras lluvias anuales se almacenaran en el hueco dejado por la tierra excavada y, cuando en verano las sabanas ya estan secas y casi quemadas, que quedara allí suficiente cantidad de agua para transportar por aquellos canales su maiz y demás cosas necesarias. Los Baure hacían gran uso de estos puentes, encontrándose alli por doquier, aunque en la actualidad casi no se utilizan, a causa tanto de la abundancia de canoas como de que los puentes se han inutilizado e interrumpido con el paso de tanto tiempo (Eder, [1772]: 105).

La primera cita describe perfectamente la ubicación de los pueblos y de sus sembradíos en las alturas. Además, la referencia a la presencia en estos lugares de una tierra negra y muy suave al tacto“ debe ser la primera mención

de las terras pretas tan estudiadas actualmente (ver recuadro 23). La segunda cita nos informa sobre la cohesión social de los grupos que, no obstante de vivir en diferentes islas, conformaban una entidad mayor, que correspondería a lo que los españoles del tiempo hubieran llamado una „nación" y nosotros hoy en día un grupo étnico. Nos informa, además, de la red de terraplenes construida por los Baure para mantener el contacto dentro de su sociedad y que ellos carecían de canoas.

La ubicación de los asentamientos en las islas de bosque, así como la red de terraplenes y canales que las comunica, resalta perfectamente en el mapa que hemos elaborado de la región, en el cual se han omitido muchos detalles (Fig. 132). El trabajo invertido en construcción y mantenimiento de este sistema complejo, que conecta asentamientos por distancias de 50 km y más, debe haber sido enorme. Igual de laborioso debió haber sido excavar los fosos con los cuales intentaban protegerse contra sus enemigos. De estos fosos, Eder dice lo siguiente:

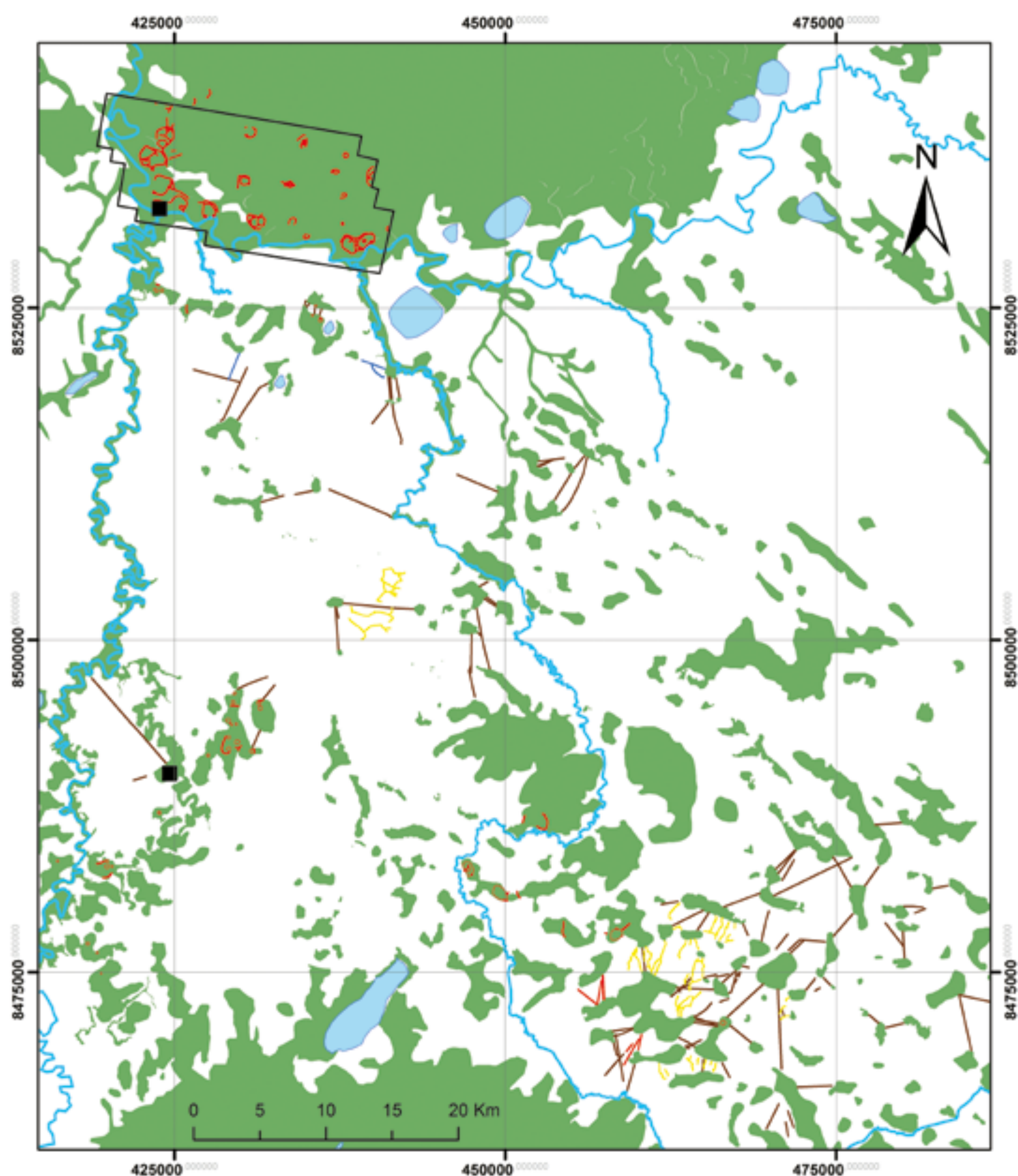


Figura 132. Mapa de distribución de las obras de tierra en la región de Baures (rojo: zanjas; amarillo: „trampas de pescado"; marrón: terraplenes). El área delineada en negro es la mapeada por LIDAR (ver fig. 133).

Fuente: H. Prümers.

Habiendo aterrorizado los Guarayo toda la región, consiguieron que los Baure se comprometieran a entregarles anualmente cierto número de muchachos y muchachas: pero ni siquiera así estaban a salvo de sus frecuentes e inesperados asaltos. Así pues, para solucionar sus problemas de otra forma, decidieron rodear sus islas con fosos (que subsisten hasta hoy y que demuestran la gran población que por entonces debía haber). Conocí islas [de monte] cuya circunferencia llegaba a tres millas [equivale, aproximadamente, a 5.4 km] y que estaban rodeadas de dos o tres fosos. Estos son tan anchos y profundos, que se pueden comparar con los de Europa. Iban amontonando la tierra excavando en las espaldas del foso, formando una pared de declive muy abrupto y de difícil subida para el hombre. De esta forma hicieron más difíciles al enemigo sus asaltos. De todas formas, estos proseguían, bien porque los que salían afuera de los fosos eran víctimas de emboscadas, bien porque no podían excavar tales fosos por todas partes, dejando siempre algún resquicio por el que se introducían sin ser apercibidos (Eder, 1985 [ca. 1772]: 106).

La descripción es bien clara en resaltar que las zanjas son obras defensivas, y por eso pasaremos por alto las otras funciones que se han postulado para ellas. Además, la cita de Eder aclara que los fosos rodeaban islas de monte enteras y que excavarlos era tan laborioso que a veces no eran completados. Sin embargo, algunos arqueólogos han relacionado esta descripción con las zanjas circulares que se encuentran en el centro de la mayoría de las islas de monte, que deben ser interpretadas como defensas adicionales para los poblados propiamente dichos. Los sistemas de fosos, de los cuales estas zanjas circulares constituyen sólo una parte diminuta, se están reconociendo recién. En una área de 200 km^2, cerca del pueblo de Bella Vista, que se mapeó con LIDAR (Escáner Láser Aerotransportado), una tecnología que permite "eliminar" en el relieve del terreno la vegetación, se han detectado unos 20 sitios con zanjas. Casi todos están compuestos por varias zanjas y los sitios grandes, con fosos que encierran más de 200 hectáreas, tienen por lo menos dos zanjas circulares pequeñas como partes del complejo (Fig. 133).



Figura 133 Zanjas prehispánicas de la región de Bella Vista visibles en el modelo digital del terreno elaborado en base al mapeo con LIDAR.

Fuente: H. Prümers.

Con esta evidencia se ha adelantado una parte de la historia de la investigación en la región, que igualmente comenzó con los trabajos del barón Erland Nordenskiöld. En sus viajes por el río Guaporé, entre 1914 y 1915, Nordenskiöld constató la presencia de sitios rodeados por zanjas en todas las alturas de la ribera. Recolectó material arqueológico de superficie en diferentes lugares, que ha sido estudiado recién unos cien años más tarde (Jaimes Betancourt, 2012b). Después hicieron estudios en sitios situados en la banda brasileña del Guaporé la antropóloga austriaca Etta Becker-Donner (1956a, b) y el arqueólogo Eurico Miller (1983), y en la provincia Iténez los argentinos Dougherty y Calandra (1984: 187-190; 1984-85; 1985). De estos trabajos, el de Miller es el más puntual, ya que llevó a una periodización del material. A partir del año 1995, el arqueólogo norteamericano Clark Erickson ha efectuado prospecciones arqueológicas en la región de Baures. Sus estudios se enfocaban en la documentación de las transformaciones del entorno natural por los habitantes prehispánicos y en la documentación de las obras de tierra (Erickson, 2000a, b; 2006, 2008, 2010).

Las primeras excavaciones de mayor escala en la región fueron las que hicimos en el interior de una zanja circular al Norte del pueblo de Bella Vista (Prümers, 2010; 2014; Prümers / Jaimes Betancourt / Machicado, 2009). En este sitio, conocido como la Granja del Padre, se excavaron unos 600 m^2 (Fig. 134) sin encontrar ni un hueco de poste. Con esto no queremos decir que en el lugar no vivía gente, ya que una capa de color negruzco llena de restos culturales que se extendía por toda el área excavada prueba lo contrario, sin embargo, queremos llamar la atención al hecho de que las casas, por lo menos de esta ocupación que data entre 1200 - 1400 d. C., probablemente estaban construidas de adobe. Dentro del área de excavación se hallaron también unos 16 entierros en vasijas. En la mayoría de los casos el cuerpo había sido depositado en una vasija grande. Para poder hacer entrar el cuerpo en la vasija tuvieron que sacar la base y cubrir la abertura con fragmentos grandes de otras vasijas (Fig. 135).



Figura 134. Vista del sitio BV-2 (Granja del Padre), durante la excavación.
Fuente: H. Prümers.



Figura 135. Vista lateral de un entierro en urna durante la excavación. Granja del Padre, Bella Vista.

Fuente: H. Prümers.

La cerámica era en todos los aspectos diferente a la del área de las lomas altas (Fig. 136) y mantenía una mayor relación con la cerámica encontrada en el lado brasileño del Guaporé (Jaimes Betancourt, 2014).

Siendo las islas de bosque o las alturas formadas por las estribaciones del escudo brasileño al Norte de Bella Vista los únicos lugares habitables de la región, es de extrañar que hasta ahora no se tengan evidencias de ocupaciones largas. Todos los sitios que se han investigado hasta ahora tenían una capa de ocupación delgada que, hasta donde los datos publicados nos permiten decirlo, parecen corresponder al mismo período de tiempo que la ocupación de la Granja del Padre. Por eso, el hallazgo reciente de una cultura mucho más temprana en la isla de monte de Jasiaquiri, ubicada unos 8 km al Suroeste de Baures, es de suma importancia. Los restos salieron a la luz durante la construcción de una nueva cancha de básquet en el terreno de la escuela. Entre los pocos contextos arqueológicos que pudimos documentar durante



Figura 136. Vasijas finamente decoradas de Baures (a), BV-2 (b, c, g, h), BV-3 (e) y Jasiaquiri (d, f) pertenecientes al período tardío de ocupación (1200-1400 d. C.). Actualmente depositadas en la Iglesia de Bella Vista y en la Alcaldía de Baures, Beni.

Fuente: C. Jaimes Betancourt.

los trabajos de rescate había el entierro extendido de una mujer (Fig. 137). La cabeza ya había sido removida o destruida, y de una vasija que había sido depositada como ofrenda se había conservado solo la base. No obstante estas perturbaciones, se pudieron documentar in situ cuatro torteras que habían sido depositadas a la altura de los pies. Para la ocupación a la cual pertenece este contexto tenemos dos fechados de radiocarbono entre 350-550 d. C., lo que significa que es unos 1000 años más antigua que la ocupación cuyos restos se había excavado en la Granja del Padre y en Jasiaquiri. Se sobreentiende que la cerámica de esta nueva cultura es bien diferente de todo lo que se conocía hasta ahora de la región. Entre las formas dominan cuencos con bordes anchos que están decoradas con gruesas líneas incisas rellenadas de una arcilla blanca, con motivos de zig-zag (Fig. 138 d), triángulos con hachurado vertical (Fig. 138 b, g) y grecas (Fig. 138 c, e) (Jaimes Betancourt, 2014).



Figura 137. Entierro extendido disturbado encontrado en el corte 3 de Jasiaquiri.
Fuente: C. Jaimes Betancourt.

El hallazgo fortuito de Jasiaquiri demuestra plenamente los vacíos que todavía existen en nuestro conocimiento del pasado prehispánico de la región. No sólo porque es el único sitio de su género que se conoce, sino también porque entre su ocupación y las ocupaciones tardías que se conocían hasta ahora existe un lapso, de aproximadamente 1000 años, del cual no sabemos absolutamente nada.

Camellones y asentamientos prehispánicos al Oeste del Mamoré (Iruyáñez)

En los Llanos de Mojos, al Oeste del Mamoré, se han estudiado principalmente camellones o campos drenados (Fig. 139). Los camellones son grandes plataformas de tierra, de tamaños y alturas variables, que fueron construidas para sembrar. A lo largo del río Iruyáñez estas obras tienen entre 5 y 20 metros de ancho, 300 metros de largo y 0,5 a 1,0 metros de altura (Denevan, 1966; 2000; Erickson, 2006; Walker, 2004).

Los estudios de Walker (1999, 2000, 2004, 2012) y Lombardo (2010) han demostrado que los camellones en la región del Iruyáñez están situados en los albardones de los ríos, es decir, en las partes más altas que el entorno geográfico ofrece. Los camellones cubren casi el 6,4% de la superficie estudiada, que es un valor muy alto si se considera que en la actualidad se cultiva solamente un 3,5% de la superficie. El trabajo invertido en la construcción de estas obras de tierra ha sido aún mayor que el necesario para levantar las lomas altas del Sureste de los Llanos de Mojos (Lombardo et al., 2013). Aunque por el momento no se sabe exactamente cuántos de los campos drenados que actualmente se pueden apreciar hayan funcionado al mismo tiempo ni cuándo fueron construidos o cuán largo ha sido su tiempo de uso, podemos estar seguros de que su importancia para la economía de sus constructores fue fundamental.

La literatura sobre los camellones es larga y existen posturas divergentes en cuanto a su funcionamiento . Sin embargo, tenemos que resaltar que la mayoría de los estudios llegaron a la conclusión de que funcionaron como en muchas otras partes de la Amazonía: para drenar y, de esta forma, crear superficies aptas para la agricultura. Esta función era tan obvia para Denevan (1966, 2001) que continuamente utiliza en sus obras el término drained fields. Los campos drenados son útiles sólo bajo condiciones ambientales determinadas que todavía requieren ser investigadas mediante estudios paleoclimaticos y paleoecológicos en la región.

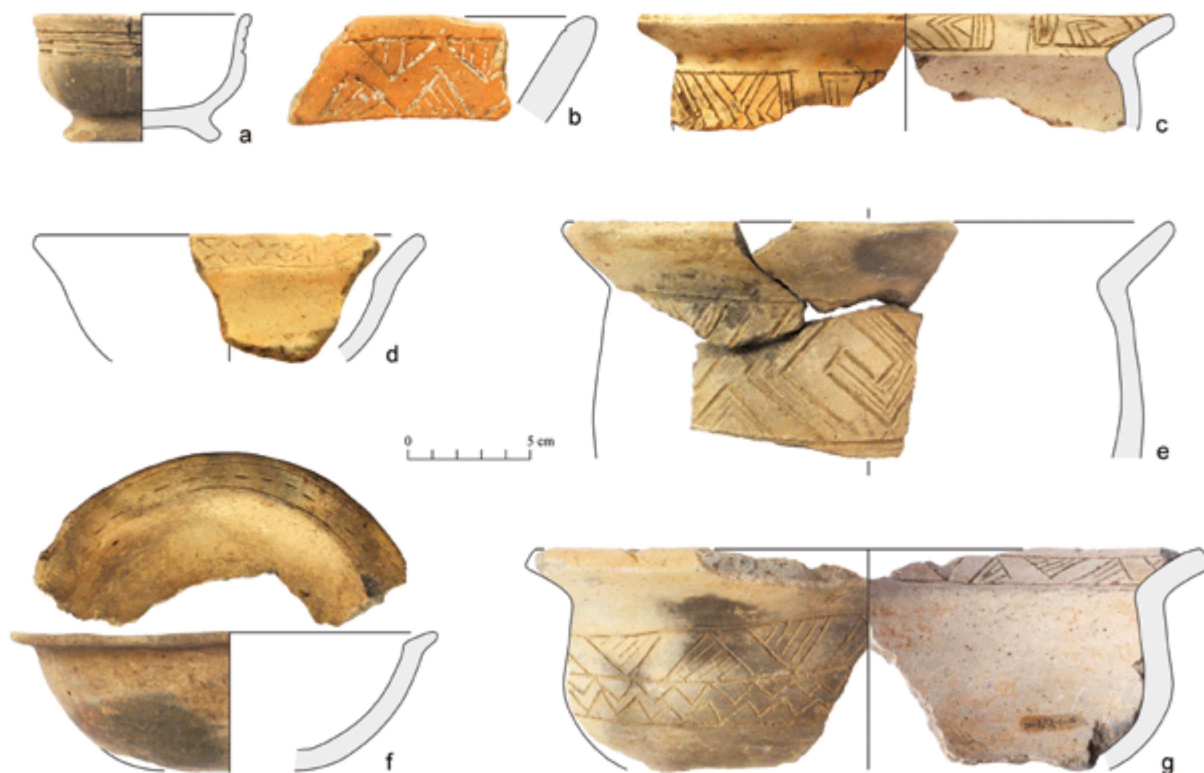


Figura 138. Vasijas de Jasiaquiri pertenecientes al período temprano de ocupación (350-550 d. C.).
Fuente: C. Jaimes Betancourt.



Figura 139. Campos drenados (camellones) en la región del río Iruyañez.
Fuente: H. Prümers.

También se debe aclarar que los camellones no aparecen en el Sureste, en la región de los montículos altos, ni tampoco en el Noreste, en la región de Baures e Iténez. Esto significa que la población prehispánica de la mitad este de los Llanos de Mojos ha sabido sobrevivir perfectamente sin ellos.

La investigación arqueológica al Oeste del Mamoré se ha concentrado tanto en los camellones que de los sitios habitacionales asociados se sabe muy poco. En toda la región del Iruyáñez sólo dos sitios habitacionales han sido muestreados y fechados entre 400-650 d. C. (San Juan) y 1270-1500 d. C. (El Cerro) (Walker, 1999, 2000, 2012). Carecemos de datos sobre el patrón de asentamiento, el tamaño de los sitios y el desarrollo que ellos habrían tenido a lo largo de los siglos. Intentar una reconstrucción de la historia prehispánica de la región sin estos datos sería un esfuerzo vano.

A menudo las investigaciones arqueológicas en los Llanos de Mojos se han enfocado en cuantificar las obras de tierra y calcular el trabajo invertido en su construcción, y se ha descuidado lo más importante: la gente que hubo detrás de todo esto. Si se lee cuidadosamente las crónicas, se verá que los relatos evocan a pueblos de gente muy sociable, que cultivaba la hospitalidad y les gustaba estar con sus familiares y amigos compartiendo festejos, bailes y bebida…. como lo demuestran las quejas constantes de los misioneros. La reconstrucción de la vida cotidiana de los pueblos que habitaron los Llanos de Mojos es una de las tareas que le espera a la arqueología boliviana.

II. Los Llanos de Grigotá

Heiko Prümers

La vista desde el promontorio rocoso es espectacular. Se divisa una planicie que se extiende hasta el horizonte; en medio de la misma se encuentra la ciudad de Santa Cruz de la Sierra. Cuando los incas construyeron La Fortaleza en esa parte del cerro Parabanocito (Fig. 140), ubicado al Sur de La Angostura, los Llanos de Grigotá, que se extendían frente a ellos, estaban densamente poblados por agricultores que vivían en pueblos estables. No sabemos casi nada sobre estos pueblos, ni siquiera si fueron incorporados al Imperio Inca, como dice la crónica de Alcaya.



Figura 140. Restos de muros de piedra inca en el sitio La Fortaleza, ubicados sobre un promontorio del cerro Parabanocito, al Sur de El Torno. Fuente: H. Prümers.

La falta de datos arqueológicos y la gran cantidad de diferentes pueblos indígenas que se mencionan en las fuentes coloniales (véase la contribución "Santa Cruz Indígena" de Isabel Combès en este libro), hacen imposibles por el momento una reconstrucción del pasado prehispánico de esta región y nos obligan a limitarnos a la presentación de facetas sueltas del mismo.

El sitio Grigotá

El sitio más temprano hasta ahora investigado en el Departamento de Santa Cruz está ubicado justamente en la misma urbe de Santa Cruz, en el barrio de los Ángeles, entre el segundo y tercer anillo (Fig. 141). Fue descubierto al poner el alcantarillado y reportado a las autoridades correspondientes por el pintor cruceño Tito Kuramoto.



Figura 141. Vista del cruce de las calles Curucusis y Tiluchis en pleno sitio „Grigotá". Uno de los cortes de excavación del año 1998 estaba ubicado en la vereda a la altura de las personas paradas en la calle. Fuente: H. Prümers.

Gracias a esta intervención, el Instituto Nacional de Arqueología envió en 1976 al arqueólogo Bustos Santelices para efectuar excavaciones en el lugar bautizado como "sitio Grigotá". En base a observaciones geomorfológicas, paleoclimáticas y culturales se propuso que el sitio había sido ocupado desde 850 d. C. hasta el incanato (Bustos Santelices, 1976a, 1977). Fechados de radiocarbono de muestras recuperadas del sitio

por un equipo boliviano-alemán en 1998 corrigieron la edad a 400 a.C. - 100 d. C. (Prümers, 2000), con lo que el sitio resultó ser del período Formativo, coetáneo a las culturas andinas chiripa y wankarani.

Los vestigios arqueológicos del sitio Grigotá se hallaron en un área bastante extendida y los fechados de radiocarbono, que arrojaron las muestras de carbón vegetal asociados a estos restos culturales, variaban por sectores. Una posible explicación de esto podría ser un desplazamiento paulatino del sitio habitacional, el cual pudo haber estado constituido por casas de planta circular, de las cuales algunas huellas de postes de madera descompuestos habían aparecido durante las excavaciones de Bustos Santelices.

Sobre los habitantes del sitio, su vida diaria, ritos y creencias, no sabemos nada ya que no fueron encontrados ni restos botánicos o zooarqueológicos, ni tumbas. El único legado de ellos es una cerámica particular, de la cual se encontraron más de mil fragmentos diagnósticos en nuestras excavaciones (Prümers, 2000). La uniformidad de esta cerámica, en cuanto a la materia prima utilizada (pasta), el acabado de superficie y las formas de vasijas, era muy grande. Entre las formas predominaban los cuencos con pedestal, que por lo general tenían bordes engrosados (Fig. 142). Además, eran frecuentes cuencos con base plana o redondeada y ollas, mientras que de platos bajos y botellas se hallaron muy pocos ejemplares.



Figura 142. Cuenco con pedestal y borde engrosado encontrado en el sitio Grigotá (Colección de Tito Kuramoto).
Fuente: H. Prümers.

Pailón

A una hora al Este de Santa Cruz, al otro lado del río Grande, está el pueblo de Pailón, primera estación del tren que sigue rumbo hacia la frontera con Brasil. Cuando se construyó el ferrocarril, en los años 50 del siglo pasado, en un préstamo de tierra para el terraplén ubicado al Suroeste de Pailón, salieron a la luz algunas tumbas y objetos cerámicos. Así se llegó a conocer la existencia de sitios arqueológicos en el lugar, que mucho después fueron estudiados por un equipo boliviano-alemán (Prümers, 2002).

La ocupación prehispánica en los alrededores de Pailón parece haber comenzado alrededor de 500 d. C. y continuado por aproximadamente 800 años, hasta el 1300 d. C. Sin embargo, los restos de esta ocupación, o de estas ocupaciones, no se encuentran en un solo lugar sino esparcidos en un sector amplio entre el actual pueblo y la ribera del río Grande, que corre a unos 7 km al Oeste de Pailón. Los restos más recientes se hallaron cerca del curso actual del río Grande. Como este río suele desbordarse de vez en cuando, es posible que las ocupaciones más antiguas se encuentren bajo capas gruesas de sedimentos aluviales.

Los restos de la fase más antigua, denominada Pailón A (500-1000 d. C.), fueron encontrados en un área de excavación de 120 $m^{2,}$ ubicado a unos 500 m al Oeste de la circunvalación de Pailón, en un cultivo de yuca (Fig. 143). Ahí se hallaron, a algo más de 1 m de profundidad, los restos quemados de dos casas con paredes de bahareque. Sobre los pisos de tierra quemada compactada de estas casas existían concentraciones de carbón vegetal y fragmentos quemados del enlucido de las paredes. Del nivel de ocupación al cual pertenecían las casas, los habitantes prehispánicos habían excavado algunos pozos, la mayoría de los cuales contenía deshechos. Sin embargo, en tres casos se trataban de entierros, que correspondían a una mujer de 18-20 años, un neonato y un hombre de 30-40 años (Fig. 144). Los muertos yacían en posición extendida decúbito dorsal y orientados de este-oeste sobre un lecho de fragmentos de cerámica. La cabeza de los dos adultos había sido cubierta con platos trípodes y su torso tapado con fragmentos grandes de vasijas quebradas. En el caso del neonato, tres platos trípodes cubrían el pequeño cuerpo.



Figura 143. Vista del sitio Pa-5 (Pailón) durante la excavación. En el centro del área de excavación se distingue partes del lecho de cerámica sobre el cual descansaba la mujer encontrada en la tumba 2.
Fuente: H. Prümers.



Figura 144. Vista de la tumba 3 del sitio Pa-5 (Pailón) durante la excavación. En ella se hallaron los restos de un hombre adulto. De los fragmentos de cerámica se reconstruyeron dos vasijas grandes con base cónica, una de las cuales se ilustra en la figura 145.
Fuente: H. Prümers.



Figura145.Vasijareconstruidade204fragmentosdecerámicaencontradosenlatumba3.Mide67,5cmdealtoypesaunos12,5kg.Las huellasdefracturaindican,quefuerotaconungolpeenlamáxima circunferencia.

Fuente: H.Prümers.

Dos cántaros con base cónica tipo ánfora (Fig. 145) fueron reconstruidos con los fragmentos de cerámica encontrados en la tumba del hombre. El más grande de estos cántaros tenía casi 90 cm de altura, pesaba alrededor de 20 kg y fue reconstruido con 285 fragmentos. Ambos cántaros fueron destruidos con un golpe fuerte; el hecho de que casi todos los fragmentos llegaron a ser depositados en la tumba pone en evidencia que esto pasó con ocasión del entierro.

Los restos de la ocupación más tardía (Pailón B), hallados a unos 500 m más al oeste, en el borde de un antiguo curso del río Grande, se limitaron a una delgada capa de ocupación. La misma contenía sobre todo cerámica fragmentada y otros desperdicios, como huesos de animales y ceniza. Varios fogones en pequeños pozos contenían carbón vegetal fechados entre 1050-1300 d. C. Varios huecos de poste indican la presencia de construcciones en el lugar, pero la disposición general de los restos hace dudar de que haya durado mucho. La cerámica de esta fase, con decoración incisa, es tan diferente de la anterior que podría interpretarse como un cambio en la población. De esta cerámica se han hallado ejemplares también en Santa Cruz de la Sierra, como reocupación tardía en el sitio Grigotá y en el barrio El Bosque (Prümers, 2002).

Otros sitios

Restos arqueológicos han sido reportados también de Basilio (Pia, 1993) y Guayabas (Métraux, 1933), al Sur de Sta. Cruz, así como de Santiago del Torno (Pia, 1983). En algunos casos se han recuperado cerámicas muy bellas (Fig. 146), que al carecer de su contexto arqueológico se han convertido en objetos mudos para la ciencia. Esto es válido también para los aproximadamente 350 objetos arqueológicos que se exponen en el Museo Arqueológico Comunitario de San Carlos (El Nuevo Día, 2005). Sin embargo, estos hallazgos subrayan la importancia de efectuar más investigaciones en los llanos de Grigotá.



Figura146.Vasijaglobulardeafiliaciónculturaldesconocidaquefueencontrada en El Torno.

Fuente: H. Prümers.

Santa Cruz indígena

Isabelle Combès[1]

A medio camino entre el Pantanal al Este y el río Grande o Guapay al oeste, la primera ciudad de Santa Cruz de la Sierra no se fundó en un lugar virgen y vacío de gente, todo lo contrario: su ubicación exacta, según una relación de 1561,"en lugar cómodo de grandes labranzas y comidas frutales y pesquerías y casas", se debió en gran medida al impresionante número de indígenas que vivían en sus alrededores. La misma fuente habla de "muchos indios con diferentes nombres y lenguas, grandes labradores, de 80.000 fuegos [hogares]" a 40 leguas a la redonda o de "muchas provincias y ayllus de naturales" (Relación de los casos… 2008 [1561]: 69). Poco menos de dos meses después de la fundación, el 20 de abril de 1561, un gran número de naturales, estimado en algunas partes en 60.000, fue distribuido en encomienda a los pobladores españoles, en una interminable lista de nombres extraños de "principales" (jefes), "generaciones" (naciones, grupos étnicos) y "parcialidades" (sub-grupos, aldeas): Haquihmoracoçi, Caparxoro, Maraibo, Aaturay, Macaraecoçi, Chabocoçi, etc. Sin contar las repeticiones ni los casos poco claros, esta lista arroja un total de 268 aldeas o grupos repartidos entre los fundadores de Santa Cruz. Sin duda alguna: la ciudad de Chaves fue antes también la de los Tuçi, Morotoco y demás caciques indígenas de la región.

Estos personajes y sus grupos no son nada fáciles de rastrear en las fuentes de la época. Los españoles conocieron sus nombres mediante sus guías, baqueanos e intérpretes indígenas, y a su vez los interpretaron (y los escribieron) como pudieron. Esto significa que rara vez (casi nunca) son nombres "propios" o "auto-denominaciones". Por ejemplo, encontramos en las fuentes muchos nombres que llevan el sufijo coci, antigua marca del plural, probablemente en el idioma gorgotoqui: tamacoci, panecoci, jamarecoci, etc. Este hecho no significa necesariamente que los grupos así nombrados hablaban el gorgotoqui, sino más bien que fueron llamados así por gorgotoqui-hablantes. Lo mismo puede decirse de los también numerosos gentilicios terminados en ono, marca arawak (chane) del plural. Esto significa que, según los guías e intérpretes, pueden existir dos, tres o hasta más nombres diferentes para designar un solo grupo humano. Sabemos, por ejemplo, que los tapuy-miri (así llamados por guaraní-hablantes) son los mismos que los españoles llegaron a llamar chiquitos, y los mismos también que se autodenominan como tovasicoci. Sin embargo, en muchos casos las fuentes no aclaran estos problemas, y corremos el riesgo de contabilizar varios grupos donde existió uno.

Otro problema es la existencia de numerosos nombres "genéricos" que pudieron aplicarse a diferentes grupos, en diferentes épocas y diferentes lugares: timbú por ejemplo, término guaraní que podía aplicarse a cualquier grupo humano que tenía costumbre de horadarse el labio; nambikua y variantes, del guaraní nambi: "oreja", que se aplicaba a los diferentes grupos que los españoles llamaron "orejones", sin que estos diversos grupos tengan ninguna relación entre sí. Entre los nombres genéricos se deben contemplar términos como "cario", "guaraní" o "chiriguanaes" por ejemplo, que fueron aplicados, a veces al mismo tiempo y por los mismos cronistas, a cualquier grupo guaraní-hablante. Esto no implica, ni mucho menos, que estos diferentes grupos se conocían o que constituían "parcialidades" de una "misma nación".

1 Estas páginas son una versión resumida de un libro publicado en 2010 (Combès, 2010), al cual remito para mayores informaciones.

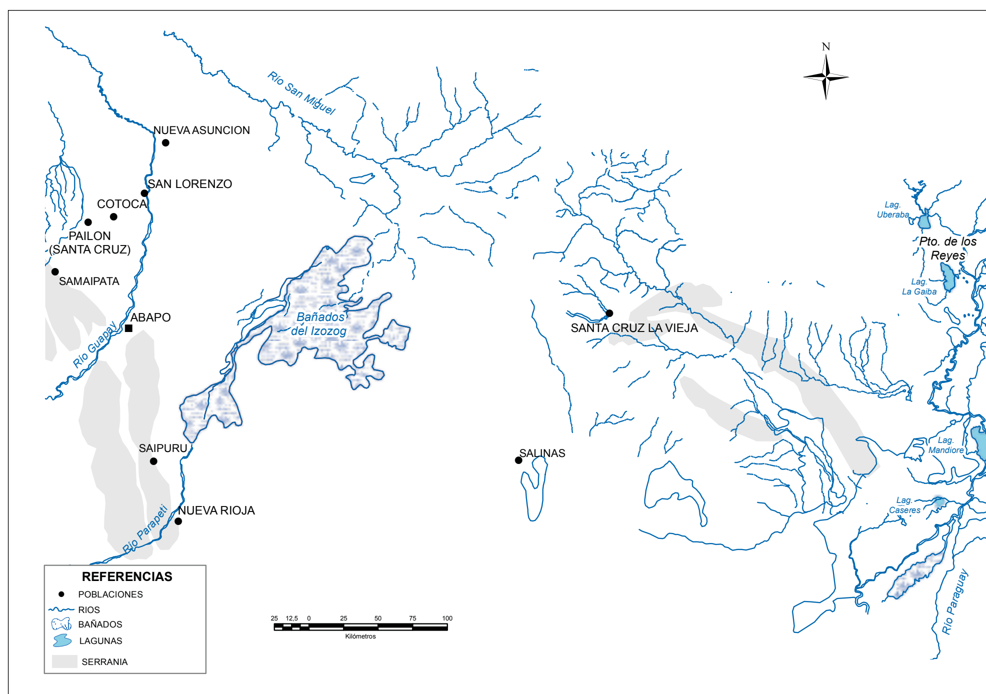


Figura 147. Mapa de Santa Cruz prehispánica.
Fuente: Combès 2010.

Finalmente, debemos contar también con los autores de nuestras fuentes, es decir, los españoles. Ellos estaban interesados en los servicios que les podían prestar los indígenas (comida, etc.) o en buscar las riquezas de las tierras fabulosas que perseguían. Las costumbres de los "naturales" poco interesaban si no tenían un impacto inmediato sobre los españoles: de esta manera, podemos saber que los tovasicoci utilizan flechas envenenadas… pero nada en las fuentes nos informa sobre sus creencias por ejemplo, u otros aspectos de su cultura.

Nuestro conocimiento sobre los indígenas que vivían en la primera Santa Cruz es entonces limitado. Los párrafos que siguen sólo pretender esbozar un panorama general a partir de los datos existentes.

Santa Cruz y treinta leguas en contorno

La ciudad de Santa Cruz fue erigida, según los testimonios, en tierra de los quibaracocis, chanes, gorgotoquis y/o paroquis. Estos datos no son contradictorios entre sí, pues todo muestra que varios grupos diferentes moraban en esta zona. Entre ellos los más citados (y probablemente los más numerosos) son sin duda los chanes y los gorgotoquis.

"Chane" significa "hombre, gente, persona" en las lenguas arawak de la rama mojo-baure. Los españoles quinientistas solían identificar a los grupos que encontraban a partir de su lengua, por esta razón, términos como "guaraní" (encontrado en las islas del Paraná), "cario" (en Asunción) y "chiriguanaes" (en el piedemonte andino) acabaron siendo sinónimos. Esto no impedía la identificación de varias "parcialidades" guaraní-hablantes por un nombre propio: "los guatucos", "los temeonos", etc., lo mismo que ocurría con "los chanes". Lo que nos presentan las fuentes son núcleos chanes diferentes, dispersos a lo largo y ancho de una extensa zona que iba desde el Pantanal hasta el río Guapay, y que al Sur abarcaba parte del Chaco boreal y la "cordillera Chiriguana". Algunos tenían nombres propios: en Santa Cruz misma, por ejemplo, los tipionos y ariticoci eran respectivamente la gente de una aldea y de una parcialidad "chane"; los payzunos, çimeonos o tamacocis eran también, muy probablemente, chane-hablantes. Fue de hecho un chane quien explicó a Irala que "así se nombraban en los dichos chanes cada pueblo su nombre aunque todo era una generación", o también: "aunque son chanes todos se llaman cada casa de su nombre" (Irala, 2008 [1543]).

Los chanes y sus vecinos eran todos "gente labradora", tenían "grandes pueblos y muchas gentes y mantenimiento" (Cáceres, 1941 [1544]),

ésta era una característica muy bienvenida para los colonos españoles. Los gorgotoquis de la región respondían también a esta descripción. Schmidel habla de ellos como de una gran nación, como no ha visto otra en todo su viaje a través del Gran Chaco, como que su gran número infundió incluso miedo a los españoles. Indica que "los hombres llevan en los labios una piedra azul redonda, tan ancha como ficha de tablero; y sus defensas o las armas son dardos y flechas, a más paveses hechos de antas o rodela. (También) las mujeres tienen hecho en el labio un pequeño agujerito y tienen una piedra verde o gris hecha de cristal que meten en ese agujerito; llevan ellas, estas mujeres, un tipoy que está hecho de algodón; es tan grande como una camisa pero no tiene mangas (…) no hacen otra cosa que coser y proveer la casa, quedan en la casa y el hombre debe ir al campo labrantío para procurar el alimento que ahí se necesita en la casa" (Schmidel, 2008 [1567]). Otros describen la "provincia gorgotoqui" como "la mayor y más poblada que en aquellas partes habían visto" (Calvete de Estrella, 1963 [1571]).

Las fuentes mencionan al menos una veintena de grupos étnicos en las cercanías de la primera Santa Cruz, como se podrá apreciar en la figura 147. El número total de grupos era incluso probablemente mayor, si tomamos en cuenta el altísimo número de aldeas o "parcialidades" citadas; en la mayoría de los casos, sin embargo, son pocos los datos que tenemos sobre cada uno. No podemos saber con exactitud si un nombre sólo se refería a un asentamiento particular o a un grupo mayor.

Los idiomas hablados en la región reflejan esta diversidad. Las lenguas principales y más difundidas, que debían aprender los misioneros, eran tres: el chane, el chiriguano (guaraní), y el gorgotoqui. Pero existen muchas más. En 1601 el padre Diego Martínez cuenta:

> Fuera de la lengua gorgotoqui que aprendí, en la cual confesaba y predicaba, aprendí la lengua chane un poco, en la cual confesaba y catequizaba. También traduje toda la doctrina en la lengua capayxoro y en la lengua payono (Crónica anónima 1944, [c. 1600]: 500-501).

En la misma época, el padre Anello Oliva apuntaba que "son innumerables las lenguas diferentes" que se hablan en la provincia de Santa Cruz:

> Algunas veces hallé en un solo pueblo tres y cuatro diferencias de lenguas tan distinta la una de la otra que no se parecían en nada, pues demás de la guarayú [guaraní itatín] y gorgotoqui que son las generales de aquella gobernación, hay la chane, pane, paisano, xarace, yuracase, touaçicoçi, con otras (Anello Oliva, 1895 [1631]).

Un ejemplo de aldea multilingüe podría ser el de Bitapana, aldea o grupo entregado en encomienda a Hernando Salazar y Anton Cabrera. Sabemos, en efecto, que Bitapan tenía tres jefes: Paubo, Boalla y Allati. En la misma lista de encomiendas, Paubo aparece como el nombre de un jefe panecoci y Allati como un jefe capayxoro. Todo parece mostrar que varios grupos convivían en esta "parcialidad".

En términos de idioma, no se menciona el chiquito como una lengua "general"; es verdad que los tovasicocis, es decir los chiquitos stricto sensu, vivían bastante más al Norte. Sin embargo, varios de los grupos y aldeas de Santa Cruz pueden razonablemente ser identificados como chiquito-hablantes. Es el caso, por ejemplo, de los jamarecoci, y de las aldeas nombradas Borocoçi, Totarcoci, Coricoci, Quimorecoci, Tavicoci, Totaycoci y Turubococi, sus nombres o bien recuerdan a los de grupos chiquitanos del siglo XVIII o bien están construidos a partir de un radical chiquitano. En todo caso, lo que puede apuntarse con bastante claridad es que "los chiquitos" no están, en esta época, identificados por los españoles como una "generación" mayor que engloba a diferentes "parcialidades", como lo son por ejemplo los chanes.

La lengua gorgotoqui, tan difundida en esta época, ha desaparecido completamente hoy. Algunos investigadores piensan que podría tratarse de la misma lengua chiquitana, o de un dialecto de ella (Tomichá, 2006: 640). Sin embargo, la cuestión está lejos de ser clara. Sabemos en efecto, que el gorgotoqui tenía algo de semejanza con el chiquito, pero se trataban de dos idiomas diferentes. Anello Oliva también distingue, como vimos, las lenguas tovasicoci y gorgotoqui. Otra hipótesis es que los gorgotoquis hayan sido miembros de la familia lingüística otuqui-bororó: la grafía borogotoqui podría referirse a los bororós. Los grupos de esta familia lingüística estaban muy presentes en el siglo XVIII al Sur del Pantanal (bañados de Otuquis) y en el Mato Grosso, pero fueron señalados también, hasta

el siglo XIX, muy cerca de la vieja Santa Cruz, en las salinas de Chiquitos. Sólo diré que, a favor de esta sugerencia, Branislava Susnik (1978) señala que "el prefijo 'gor-' [de gor-gotoqui] parece corresponder al 'kur-' en algunos apelativos tribales de origen otuqui". Lo más probable es que ambas hipótesis, chiquitana y otuqui, sean acertadas: el gorgotoqui parece haber sido una lengua originalmente otuqui, pero fuertemente "chiquitanizada" (Combès, 2012).

Cuadro 5. Familias lingüísticas en las Tierras Bajas

Principales grupos étnicos de Santa Cruz la Vieja

Las fuentes no siempre precisan si un nombre se refiere a una simple aldea, un sub-grupo (lo que los españoles llamaban "parcialidades") o a un grupo mayor ("generación"). En el cuadro siguiente, sólo tomamos en cuenta a estas "generaciones". Intentamos reagruparlas por familia lingüística, pero los datos no siempre están claros. Así, con el signo "+", se indica una pertenencia lingüística confirmada; con "+/-", una identificación probable, y con "?", una hipótesis tentativa.

Grupo lingüístico		Grupo
ARAWAK	+	Chane
	+/-	çimiono payzuno quivaracoci quibichicoci
	?	vrciquci etones
GUARANÍ	+/-	xariono/goligoli
CHIQUITO	+/-	paroqui jamarecoci
	?	quibichicoci tarapecoci
ZAMUCO	+/-	capayxoro
GUAYCURÚ	+	Mayaes
OTUQUI-CHIQUITO	?	gorgotoqui
Sin datos		panecociporronomoriono machacara

En cuanto al idioma guaraní, se trata ante todo, como lo subraya Anello Oliva ([1631] 1895), del "guarayú", es decir del idioma de los chiriguanaes itatines. El idioma parece ser "general" en la provincia, mucho más que en la ciudad misma de Santa Cruz, donde el padrón de encomiendas, por ejemplo, no arroja demasiados nombres identificables como guaraníes.

Otra familia lingüística presente al Sur de la ciudad es la guaycurú, con el grupo de los "mayaes" (mbayá) chaqueños, una fracción de ellos fue encomendada al mismo Ñuflo de Chaves (Repartimiento… 2008 [1561]). Finalmente, no mencionada con este nombre en las fuentes quinientistas pero sí identificable bajo la etiqueta de "capayxoro" o "caparxoro", está presente la lengua zamuca en la zona. Con estos diferentes idiomas seguramente no se cierra la lista ni mucho menos, pero las otras lenguas de la región, aisladas o pertenecientes a alguna de las familias ya mencionadas, no son identificables en las fuentes. Muchas desaparecieron desde entonces y, probablemente, nunca sabremos cuáles fueron.

Una región bisagra

A medio camino entre Andes y Pantanal, la ciudad de Santa Cruz se ubicaba "en frontera de dos provincias de chiriguanaes" (Suárez de Figueroa, 1965 [1586]): al Este de la ciudad, los chiriguanaes de Itatín y, al oeste, los de la "cordillera". Según las fuentes, los itatines se ubican a 25 ó 30 leguas "al levante". Al Oeste y Suroeste de la ciudad se ubicaban los chiriguanaes de Vitupue y Condorillo, y los tamacocis; al Norte, los chiquitos, "gente muy belicosa y de guerra", que utilizan flechas envenenadas; y al Sur "está la provincia de morotocos", también "gente belicosa" a causa de quienes no se trajina más el camino que llevó a Irala, en 1548, hasta los gorgotoquis.

De hecho, los grupos indígenas de la primera Santa Cruz no pueden entenderse como núcleos aislados. Las fuentes evidencian intensos contactos entre los grupos de la región y sus vecinos, contacos que tejían como una inmensa telaraña entre el Pantanal y el río Guapay, o entre la Chiquitania y el Chaco boreal.

Una primera red de contactos la constituye el comercio (o el robo, el trueque, etc.) del metal andino a través de las Tierras Bajas. Oro y plata se conseguían principalmente de la gente llamada "los candires" y "los caracaras", es decir, los incas y sus yanaconas de los centros de Samaipata en los valles y de las minas de Saypurú en la "cordillera

Chiriguana". El comercio o el robo de metal entre los diferentes grupos es lo más sobresaliente de las informaciones y relaciones españolas, pues era también el principal punto de interés de los exploradores. Lo importante es que mediante este comercio, todos los grupos indígenas de una extensa región están interconectados: los tarapecocis reciben por ejemplo metal de los payzunos, quienes a su vez lo obtienen de los chanes y otros grupos; los gueno, ymore y xarayes distribuyen el metal, conseguido al Oeste a lo largo del río Paraguay, a grupos como los xaquides, xacota, chanes, quigoaracoçi, yriacoxi, xabacoxi, deycoxi, turucoxi y guarhagui.

Oro y plata pueden conseguirse mediante trueque –los tarapecocis los obtienen "a trueco de arcos y flechas de esclavos que toman de otras generaciones"–, comercio en el cual los grupos chanes y payzunos ocupan un lugar privilegiado de intermediarios; o mediante robos a los productores, o incluso aliándose varios grupos "para ir a buscar el metal". Así tenemos conocimiento de expediciones multiétnicas, que integraban guaraní-hablantes, xarayes y otros pueblos, hacia el occidente en la época inmediatamente prehispánica.

Se trataba entonces de una región en plena efervescencia, donde todos los grupos estaban interconectados y donde los contactos directos o mediatizados con los pueblos andinos y los asentamientos incaicos fronterizos eran constantes. Sean pequeños grupos pescadores o grandes núcleos agricultores, sea la que fuere su pertenencia lingüística, prácticamente todos los grupos de esta macro-región tenían relaciones entre sí por el trueque o el robo del metal, por su participación en expediciones guerreras, por alianzas matrimoniales, por relaciones de amos a esclavos. Más allá, esta red se extiende, por ejemplo, río Paraguay abajo (y de allí al Atlántico), al occidente hasta los Andes. Si la ciudad de Chaves se fundó precisamente en este lugar fue por la "gran cantidad de naturales" presentes; fue porque, en la línea borrosa e indefinida que separa al Gran Chaco del macizo chiquitano, a medio camino entre el Pantanal y los últimos estribos andinos, Santa Cruz se erige en un punto bisagra, bisagra geográfica, bisagra ecológica, crisol donde se encuentran varias tradiciones, lenguas diversas, "generaciones" plurales.

Más allá de Santa Cruz

Podemos esbozar, a grandes rasgos, el panorama étnico de la vasta región a la cual pertenecía Santa Cruz de la Sierra. Al este en el Pantanal, allí donde los españoles de Asunción establecieron el "Puerto de los Reyes" (probablemente la laguna Gaiba), vivían grupos a quienes los españoles dieron el nombre genérico de "orejones", por los pendientes que llevan como adornos. Todos ellos son descritos como grandes agricultores, al contrario de muchos de sus vecinos "canoeros" y pescadores : guaxarapos, guatos, acheres o yacarés, etc. Finalmente, se señala también al menos una aldea guaraní en Puerto de los Reyes, al mando del "principal" Yandarupia, quien dice conocer la ruta del metal hacia el occidente.

De Puerto de los Reyes, siguiendo río arriba, en las profundidades del Pantanal, se llegaba a la región dominada por los grupos xarayes. Los xarayes pertenecían a la familia lingüística arawak, pero a una rama diferente de la mojo-bauré o chane: la rama paresi (Paul Rivet citado por Métraux, 1942). Lo más sobresaliente de esta zona es, sin duda, el complejo sistema jerárquico establecido entre los diferentes grupos xarayes y sus "sujetos", grupos muy diversos que incluían tanto a los ortueses agricultores como a los tiyues e yayna, "gente de canoa". La red de clientelismo xaray se extendía hacia el occidente, y existen datos sobre matrimonios interétnicos entre mujeres xarayes y hombres "chiriguanaes" de la parcialidad Bambaguasu; ya mencionamos también el papel de los xarayes en la distribución del metal andino Paraguay abajo y su participación en expediciones multiétnicas hacia el oeste.

Las noticias son parcas sobre la región que se extiende entre Puerto de los Reyes y la futura Santa Cruz. Irala menciona a varios grupos guaraníes, "de la misma generación" que los de Puerto de los Reyes y la tierra (mejor dicho el cerro) de Ytapua, un poco más al occidente. Se mencionan también a tarapecocis, chanes y payzunos en esta región. Todos son parte de la gran cadena del metal.

Más al Norte, al Oeste de los xarayes, la tierra parece haber sido bastante más poblada. Dos conjuntos dominan la región: primero una serie de grupos guaraní-hablantes, por ejemplo los pitaguaris más occidentales, los bambaguasu y luego el conjunto conocido como "itatines",

llegados a esta tierra en busca del metal, y segundo el grupo, bastante belicoso, de los tapuy-miri, es decir de los chiquitos.

El occidente de la ciudad parece haber sido muy poco poblado hasta llegar al río Guapay o Grande. De manera interesante, Schmidel menciona a los tamacocis del río Guapay inmediatamente después de los gorgotoquis, cuando una considerable distancia (unas 50 leguas) los separan. No se trata de una negligencia del mercenario alemán, pues otras fuentes confirman que toda la tierra entre Santa Cruz al Este y el río Grande al Oeste era “un desierto de 55 leguas”, sin agua y, por ende, sin gente.

En la región misma del río Guapay, el grupo más importante era el de los tamacocis, con su jefe Grigotá, muy probablemente chane-hablantes (Sanabria, 1949; Combès e Hirtzel, 2007). En el margen izquierdo del río, los “llanos de Grigotá” estaban ubicados entre la “provincia de chiriguanaes” del cacique Vitupue y, más al oeste, la tierra donde vivían grupos jores y yuracares. Junto con los tamacocís, estos últimos eran “tributarios” de los chiriguanaes, a quienes proporcionaban particularmente palma de “la provincia del Çiriti” para la fabricación de flechas. .

Como lo indica el nombre dado por los españoles, la “cordillera Chiriguana”, que se extendía a lo largo de los últimos estribos andinos, era una región dominada por estos grupos guaraní-hablantes, que tenían “tributarios”, como los yuracares o los jores, y “esclavos”, como los chanes. Pero fue también, en el período inmediatamente prehispánico, lugar de asentamiento de pueblos andinos (los “candires” y “carcaraes” de las crónicas), particularmente en Samaipata (a escasas leguas del “asiento de Vitupue”) y probablemente también en Saypurú, entre los ríos Guapay al Norte y Parapetí al Sur. Mal llamado “el fuerte”, el complejo de Samaipata era más bien un centro a la vez religioso y administrativo incaico, quizás incluso con rango de capital provincial, aunque probablemente edificado sobre asentamientos preincaicos (Meyers, 1999; 2005; Meyers y Ulbert, 1997).

En términos lingüísticos, son varios los grupos (con sus respectivas familias, lenguas particulares y dialectos) que se pueden identificar en toda la macro-región: arawak, con al menos dos familias distintas, la llamada “mojo-baure”, que incluye a la lengua chane y la paresi, presente principalmente en el Pantanal; guaycurú al Sur, con los mbayás chaqueños; guaraní, familia representada sobre todo por los dos conjuntos de “chiriguanaes” itatín y de la cordillera; chiquito o chiquitano, con los tovasicosi, al Noreste de Santa Cruz; probablemente otuqui-bororó, particularmente en la región del Pantanal. Sin embargo, en muchos casos, no tenemos información sobre los idiomas hablados por los diferentes grupos.

Cuadro 6. Principales grupos étnicos del entorno de Santa Cruz

Grupo lingüístico		Puerto de los Reyes	Xarayes	Oeste de Xarayes	Oeste de Pto de los Reyes	Chaco	Guapay	Cordillera Chiriguana
ARAWAK	+	chane	xarayes siberis perobazanes		chane	chane layonos	chane morococi	chane
	+/-	quivaracoci			payzuno	çimiono, payzuno	tamacocis abaionos xo-boyonos	
	?		cayguarare	etones		queliaquiano toyanas		
GUARANÍ	++	guarany	guaraníes de las montañas	chiriguanaes itatines, guarayu	guarany itatines		chiriguanaes	chiriguanaes chane (guaranizados)
	+/-						xariono/goligoli tacuanbucu	
	?						jores siriosi, sivicosis	
CHIQUITO	++			tovasicoci				
	+/-			jamarecoci				
	?	tarapecoci			tarapecoci			
GUAYCURÚ	++					guaycurú mayaes		
Sin datos		sacocis, xaques (ore-jones) guatos	arencoçies arienes arrianicosies ortueses			porrono mayágonos siberis moriono payono	yuracares	comiches copores

Acabados y consumidos

Los primeros años de la conquista española tuvieron un fuerte impacto sobre los indígenas de la región, pues sunúmero menguó rápidamente. Las cifras suelen variar, incluso del simple al doble: según las fuentes, el número de indios empadronados en 1561 oscila entre 30.000 y 60.000. Sea lo que fuere, las bajas son en todo caso espectaculares. En 1586, el gobernador de Santa Cruz, Lorenzo Suárez de Figueroa, habla de sólo 8.000 indios "de visita y servidumbre, sin más de 3.000 indios e indias que hay de servicio personal dentro de la ciudad" (1965 [1586]: 402). Un año después, se habla de un total de 10 a 20.000 indios en los alrededores (Crónica anónima, 1944 [c. 1600]: 502). Como lo nota García Recio (1988: 157), si bien en la década de 1570 el mercedario Diego de Porres empadronó 15.700 "indios varones", en 1601 sólo se cuentan 4.000. A inicios del siglo XVII, Díaz de Guzmán puede escribir que Irala "halló en aquella tierra mucha multitud de indios labradores en grandes pueblos, aunque el día de hoy los más son acabados y consumidos" (1835 [1612]: 14).

Las causas de este descenso son, primero, las epidemias y enfermedades que achacan a los indígenas a raíz del contacto con los europeos, principalmente la viruela y el sarampión. Otros muchos simplemente huyen hacia el bosque y escapan así a los censos y repartimientos. Otros más son víctimas de las "malocas" de los cruceños, verdaderas cacerías de indígenas para venderlos luego "al Perú" como esclavos. Ya en 1571 el virrey se queja:

> He sido informado de que muchas personas que han salido de la provincia de Santa Cruz de la Sierra a estos reinos del Perú han sacado cantidad de piezas de indios de aquella tierra y los han dado y vendido y rescatado con color que son indios chiriguanaes y de guerra (Toledo, 1571 en Mujía, 1914 t. 3: 33).

Otros pocos, finalmente, siguen la suerte de sus amos y los siguen hasta la sede de la Audiencia u otras partes "del Perú".

La fundación de San Lorenzo en 1590 y el posterior traslado de Santa Cruz hacia el río Guapay tuvieron sus consecuencias sobre los indígenas de la región. Ya en 1584, Suárez de Figueroa prevé que poblando en Grigotá, y hasta lograr "pacificar" a los indígenas locales, se tendrá que utilizar a "indios de servicio" de Santa Cruz. Efectivamente, documentos posteriores señalan que "indios de repartimiento" de Santa Cruz fueron trasladados a Grigotá para contribuir a la edificación de San Lorenzo. En el viaje hasta el Guapay, sea en esta época temprana, sea luego cuando se mudó definitivamente Santa Cruz, muchos indígenas aprovecharon para retornar a sus lugares de origen o incluso huir a Charcas, hacia el oeste. A inicios del siglo XVII, se habla de unos 3.000 indios originarios de Santa Cruz en Charcas (García Recio, 1988).

Sin embargo, y sin querer menospreciar sus impactos, la alteración española en la zona de la primera Santa Cruz duró, finalmente, poco tiempo. Aunque víctima de "malocas" y correrías en busca de esclavos tanto por parte de los cruceños como de los bandeirantes de Brasil, la zona no sufrió de una presencia española permanente y cayó en el olvido con el traslado de la ciudad. Fueron las misiones jesuitas, iniciadas a fines del siglo XVII, las que realmente cambiaron de manera drástica este panorama, y su acción homogeneizadora fue continuada luego en los pueblos criollos de la Chiquitania del siglo XIX. Chiquitanos y ayoreos sólo son dos las etnias identificables hoy en la vieja Santa Cruz, antaño hogar de tantos "naturales".

El Chaco

Mariela Rodríguez

Introducción

El Chaco es una extensa y árida región con singulares características históricas y culturales. A menudo mencionado como el mediterráneo de la América Austral por los españoles, el Chaco ha sido tradicionalmente visto como un territorio periférico y marginal, alejado de los centros de poder colonial y nacional. El término "Chaco" proviene del quechua chaku, que en quechua significa "territorio de cacería" (Bertonio, [1612]). Conocido como Gran Chaco Gualamba hasta finales del siglo XIX, esta dilatada región boscosa y espinosa se caracteriza por tener un ecosistema eminentemente seco y sujeto a variaciones térmicas extremas (en invierno las temperaturas pueden descender a 0 °C, mientras que en verano pueden llegar a los 45°C), lo que hace que las condiciones de vida sean difíciles; la subsistencia de quienes allí habitan depende de una constante lucha por la obtención de alimentos y recursos acuíferos.

Como espacio geográfico, se puede decir que la región chaqueña es una vasta planicie semiárida ubicada en el centro de Sudamérica, que tiene alrededor de un millón de kilómetros cuadrados de superficie que se extiende por parte de los territorios de Argentina (al Norte), Bolivia (al Sureste) y Paraguay (al Oeste y Noroeste), entre los ríos Paraguay y Paraná y el altiplano andino. Por el lado boliviano, si se penetra desde los valles subandinos de Tarija y Chuquisaca en dirección al Este, las elevaciones pueden llegar hasta a los 2.000 m.s.n.m. A este ecosistema de transición que es una zona que comparte características físicas y climáticas similares a las de los contrafuertes andinos se lo conoce como pie de monte. A medida que avanzan hacia el este, las estribaciones del pie de monte descienden hasta llegar a los 250 m.s.n.m. y abren paso a la llanura chaqueña, un vasto espacio con una topografía casi plana que solamente se ve interrumpida por dunas estabilizadas por la vegetación y por zonas depresivas conocidas como bañados.

Contrariamente a la visión tradicional de un espacio considerado marginal y aislado, lo cierto es que el Chaco ha sido históricamente una zona de intercambio e influencia recíproca de zonas adyacentes y, a su vez, de contactos entre los diferentes grupos que lo habitaron (incluidos los no indígenas) (Combès, Villar y Lowrey, 2009). Si bien algunas de sus vías fluviales constituyen un vínculo natural entre los enclaves andinos y los ríos amazónicos, los pantanos y arenas movedizas que dejan a su paso dificultan el tránsito humano durante gran parte del año. Esto explicaría por qué el Chaco aparece en las fuentes históricas como una tierra fragosa, mientras que la multitud de naciones que ahí habitaban son calificadas como fieras indómitas salvajes en permanente guerra con los españoles (Lozano, [1733] 1941: 15).

La indiscutible problemática de fondo en el quehacer histórico y etnográfico del Chaco ha sido la diversidad cultural y étnica de sus habitantes, así como las influencias y aportes externos que pudieron haber asimilado de zonas vecinas, como los Andes al oeste, la franja chiquitana al Norte o el Pantanal al Noreste. A la complejidad misma que supone abordar el poblamiento étnico de una región de por sí poco conocida y habitada por numerosas "naciones", a menudo confundidas por los colonizadores, se suma la parquedad de las informaciones contenidas en las fuentes escritas tempranas, sobre todo para el interior del Chaco, donde son prácticamente nulas y

Figura 148. Mapa étnico del Chaco para el siglo XVIII.

Fuente: Lozano [1733] 1941.

vienen "filtradas" por diferentes intermediarios chiriguanos y chanés asentados en los márgenes chaqueños, y que fueron los que mantuvieron contacto directo primero con los incas y después con los españoles.

A pesar de estas limitaciones y desafíos, durante las dos últimas décadas los chacólogos han venido realizado significativos avances que han permitido indagar desde una especificidad regional cada vez mejor precisada la evolución de los indígenas (incluidos aquellos asentados en las zonas más alejadas) en términos de composición étnica, fusiones, divisiones, mediaciones y contactos, especialmente al prestar atención al impacto misional sobre las diferentes colectividades. En un esfuerzo interdisciplinario conjunto, se ha empezado a considerar las identidades del Chaco como fenómenos cambiantes en el tiempo, resultado de complejos procesos históricos transcurridos en un espacio donde convergieron diversas corrientes culturales de regiones vecinas.

El Chaco como espacio geográfico y cultural

El confinamiento del Chaco y la débil influencia política que Charcas ejercía sobre éste, pueden corroborarse en las fuentes coloniales tempranas, que hacen referencia a su situación de marginalidad e impenetrabilidad, asociada a menudo al extremo salvajismo de sus moradores. Si bien la situación en la frontera se tornó especialmente violenta poco después de la conquista del Perú, se tienen noticias sobre las tensiones entre incas y chiriguanos al menos desde tiempos de Túpac Yupanqui (1417-93), cuando éste intentó fallidamente ampliar sus dominios desde el Collasuyo; asimismo, es también sabido que al menos desde el siglo XV un ancho arco fronterizo neutral que no pertenecía a nadie, podía ser transitado, separando los dominios territoriales del Tawantinsuyu de la Cordillera Chiriguana (Pifarré, 1989).

La "barrera chiriguana", entonces, habría impedido en gran medida la penetración incaica en el Chaco de manera formal, y así contribuir a forjar en el imaginario cusqueño la representación de una tierra lejana y agreste. Esta noción puede encontrarse en las obras de varios cronistas y aparece evidentemente filtrada por un paradigma civilizador incaico, donde el mítico Antisuyo y su gente reproducen la convicción de superioridad de valores de los incas frente a otros grupos y sitúan a los chiriguanos en el estrato más bajo de la jerarquía como indican algunos cronistas (Poma de Ayala, [c. 1615]; Garcilaso, [c.1609] 1943).

Registros materiales y escritos para una etnohistoria chaqueña

Al indagar en la complejidad del poblamiento étnico del Chaco, el panorama general que nos ofrecen las fuentes materiales y escritas deja grandes lagunas para la época prehispánica. En efecto, es tal la fragmentación social y étnica de los diferentes grupos a lo largo del tiempo que la profusión de etnónimos en la documentación ha generado gran confusión entre los autores, quienes a menudo han buscado signos de equivalencia del presente con el pasado para explicar las identidades actuales, negándoles así historicidad (Combés, 2009b). A esto se suma la poca precisión con la que usualmente se manejan conceptos, como "grupo étnico", y se los asocia a secas a una organización socio-política, cuando en realidad no sabemos a ciencia cierta a qué nos remiten (Barragán, 1994).

La escacez de investigación de la arqueología chaqueña en nuestro país, hace que necesariamente acudamos a los estudios realizados en el Chaco argentino, que presentan mayores avances, sobre todo en relación a dataciones y hallazgos de urnas funerarias. A pesar de que los datos no son definitivos, los mismos han permitido conjeturar la presencia de una cultura prehistórica "netamente chaqueña" influenciada por los grupos calchaquíes provenientes del Oeste (Boman, 1908; Nordenskiöld, [1903]; Lima, comunicación personal).

Ante los grandes vacíos derivados de la ausencia de información escrita y estudios arqueológicos pormenorizados, los autores se refuerzan con ayuda de filólogos y lingüistas, que han clasificado a los grupos "típicamente chaqueños" en distintas "familias lingüístias": Mataco, Guaycurú, Lule-Vilela, Lengua-Maskoi, Zamuco, Arawak y Tupí-Guaraní (este último también hablado en Argentina y Paraguay, aunque el mayor número de hablantes se encuentra en Bolivia).

Cuadro 7. Lenguas mencionadas en el Chaco Boreal para el siglo XVIII (Lozano, [1733] 1941)

Lengua	Variantes	Grupos o parcialidades	Ubicación
Quechua	-	Chichas orejones Mataguayos churumatas	Sureste de las serranías andinas (orilla izquierda del Pilcomayo)
Guaraní	-	Chiriguanos	cordillera Chiriguana
Guaycurú	Condollate Napinyiqui Epicayiqui	Guaycurús (Condollate) Guaycurutís (Napinyiqui) Guaycurús guazús (Epicayiqui) Mataguayos churumatas	Vértice suroriental, en dirección a Asunción
Toba	-	Tobas Mocovíes Yapitalaguas	Sur de la cordillera Chiriguana, al Oeste del Pilcomayo
Otras lenguas (no especifica)	-	Churumatas	Sureste de las serranías andinas (orilla izquierda del Pilcomayo)

Aun cuando la mayoría de estas categorizaciones han sido formuladas a partir de fuentes históricas bastante más tardías, no pasa desapercibido el hecho de que en el Chaco nos encontramos ante una pluralidad de troncos lingüísticos; algunos de ellos vinculados a los grupos del Sur, como es el caso de la lengua Lule-Vilela; otros, más bien, a los grupos amazónicos de lengua arawak del Norte. Los chiriguanos vendrían a ser parientes lingüísticos de los grupos guaraní del Brasil, lo que sugiere que en el Chaco convergieron lenguas de regiones vecinas.

Migraciones guaraníes y la búsqueda de Candire

Desde que el adelantado Juan Díaz de Solís se adentrara por primera vez en el continente sudamericano siguiendo el curso del Río de la Plata entre 1515 y 1516, los españoles recogieron noticia de la existencia de oro y plata tierra adentro (Relación anónima [c. 1545] 2005, citada en Combès). A partir de entonces, los europeos procedentes de la costa atlántica, al igual que aquellos provenientes del Pacífico por el oeste, se lanzan a la aventura colonizadora internándose en el territorio de Charcas, todos en busca de las codiciadas fuentes de metal.

Desde el frente colonizador andino, las fuentes tempranas señalan que el objetivo era alcanzar el mítico Paitití. Los documentos paraguayos del siglo XVI, por su parte, hablan de la tierra de los "candires" vinculada a los incas y de los "carcaraes" dueños del metal", que parecería designar a los qaraqara, cuyo territorio albergaba las minas de Potosí (Julien, 1997; Combès, 1995). Cuando en 1540 los conquistadores del Paraguay se adentraron en territorio de Charcas y entraron en contacto con sus semejantes provenientes de la sierra andina comprendieron que las ricas tierras soñadas ya habían sido alcanzadas por otros españoles, en consecuencia desplazaron geográficamente su objetivo conquistador hacia el Norte, en la actual Amazonía boliviana (Tyuleneva, 2004; Combès, 2006).

Es posible pensar que el desplazamiento geográfico de las míticas riquezas incaicas al Norte amazónico haya dado lugar a una nueva versión del mito del Paitití, esta vez asociado a la tierra de los "candires". El padre Giannecchini, de hecho, sostiene que el término Candire, presente en los testimonios de los cronistas, se referiría a un héroe guaraní identificado también como la tierra de oro en una dimensión incaica, y que la presencia del dios civilizador Tamoi en las tierras nororientales de los guarayos (contiguas a Mojos, en la actual Amazonia boliviana) es seguramente la prueba del nexo entre el mito de Candire con el del Paitití. Al respecto, Combès ha sugerido que la inserción de Candire en un complejo de creencias religiosas sólo podría ser evidenciada entre los chiriguano itatín (antepasados de los guarayos) (Combès, 2006).

Esta suerte de fusión mítica con destellos religiosos fue engendrada durante los primeros años de conquista y no tenía otro objetivo que reafirmar la virtual presencia de metales en alguna parte, tal vez al oeste, lo que a su vez

habría creado corredores de contactos a partir de los testimonios de indígenas, quienes desde sus primeros contactos con los europeos se desenvolvieron como informantes de las viejas rutas que conducían a las riquezas (Giannecchini, [c. 1898] 2006). Alcaya señala que Juan de Ayolas se enteró de la presencia de metales al Oeste a través de los indios guaraníes del Paraguay que mantenían contacto con los chiriguanaes de occidente. Es muy probable que se trate de los "chiriguanaes" itatín y otros grupos vecinos y parientes asentados en los alrededores de la primera Santa Cruz de la Sierra, claramente diferenciados por los españoles de los "chiriguanos de la cordillera", asentados más al Sur. Es posible pensar que estos guaraníes del Paraguay mantuvieron contactos con estos chiriguanos itatín de la Amazonía durante la época prehispánica, puesto que en el siglo XVI son los itatín, y no los chiriguanos de la cordillera, los únicos que relacionan el pueblo de los candires y el dios Candire a las riquezas ubicadas al Oeste (Combès, 2006).

En todo caso, lo esencial es preguntarse si al igual que para los europeos el motor que condujo las migraciones tupi-guaraní a occidente fue la búsqueda de las riquezas asociadas a Candire, ya sea en un sentido religioso o más bien ligada a los incas. El tema ha sido discutido y abordado por diferentes autores desde una perspectiva principalmente religiosa, en la que Kandire aparece como la búsqueda profética de una tierra sin mal que los tupi- guaraní del Paraguay ubicaron al Oeste (Metraux; Pifarré, 1989; Combès y Saignes, 1995). Para otros, Candire va más bien asociado a la presencia de metales y puede haber sido una representación del Imperio Inca así como también de los llanos amazónicos de Mojos (Nordenskiöld). Consideramos aquí que lo fundamental de ambas interpretaciones es que al igual que los europeos, que se adentraron en territorios desconocidos en busca de riquezas metálicas, las incursiones tupi-guaraní obedecieron en cierto modo al mismo objetivo, aunque esto no significa de ningún modo desconocer otros aspectos –incluido el religioso– que provocaron durante generaciones este éxodo de gente hacia el oeste.

Uno de los rasgos fundamentales de las sociedades tupi-guaraní es la actividad bélica, siempre acompañada por ritos de canibalismo en un círculo sin fin movido por la venganza (yeepi); de hecho, guaraní no quiere decir otra cosa que "guerrero" (Combès, 1986; Langer, 1996). Si bien todo parece indicar que al momento de la llegada de los españoles estos grupos tupi-guaraníes intentaban asegurar su poder en la cordillera, las sucesivas oleadas migratorias a lo largo de varios siglos, lejos estuvieron de estar exentas de obstáculos y penosas travesías de las que poco o nada se sabe (Saignes, 1995).

Hélène Clastres sugiere que las migraciones respondieron a una situación de crisis política en contra del surgimiento de un "Estado", con las consecuentes disputas entre líderes religiosos y jefes; interpretación seguida por Pifarré, quien además señala que el crecimiento demográfico y las limitaciones productivas pudieron haber jugado un rol importante. Otros autores descartan esta visión predominantemente política y señalan que es probable que cada migración haya respondido a una serie de motivos en particular, y con seguridad debieron haber variado según los grupos y las épocas (Bossert y Villar, 2001, citados en Combés). Por lo tanto, desacuerdos políticos e incluso tensiones religiosas originados de las constantes contiendas bélicas entre los diferentes grupos tupi-guaraníes pudieron haber sido de principio las causas de las sucesivas oleadas migratorias hacia occidente en busca de nuevas tierras a través de varios siglos.

La ruta al Norte, que va del Paraná al Pilcomayo, la del Noroeste, desde el Alto Paraguay al Guapay, y la ruta central, a través de los llanos del Chaco con procedencia de Asunción, fueron los itinerarios utilizados, esto al menos en las entradas del siglo XVI. Los arqueólogos apuntan a fechados mucho más tempranos y sugieren que las migraciones tupi-guaraníes penetraron en el actual territorio boliviano a través del Chaco provenientes de la costa atlántica del Brasil y el Paraguay hacia el 400 d. C., es decir mil años antes de lo que las fuentes históricas señalan.

A partir de fechados asociados al estilo cerámico denominado corrugado y con marcas de uñas, relacionado a estos movimientos poblacionales, Pärssinem y Siiriäinen (2003) sugieren que el mismo bien pudo haber aparecido en las serranías andinas incluso antes que en el Perú, Uruguay y Argentina. Si bien nada de esto ha sido confirmado, los resultados preliminares de excavaciones realizadas en el área fronteriza incaica de Oroncota (Chuquisaca) parecerían probar la

correspondencia entre el estilo cerámico corrugado y la evidencia lingüística e histórica de los asentamientos tupi-guaraní del siglo XVI en un arco que se extiende desde la cuenca amazónica hasta el Pilcomayo, así como una tradición de las Tierras Bajas en algunos complejos funerarios. Aunque por el momento la evidencia está lejos de ser concluyente, la cronología radiocarbónica permite conjeturar que la difusión de este estilo cerámico se habría producido de forma paralela a la expansión de la lengua guaraní en los valles interandinos al menos un milenio antes de lo que las fuentes históricas señalan (Pärssinem y Siiriäinen, 2003).

La llegada de los portugueses y españoles provenientes de la costa atlántica no hizo más que intensificar la migración de varios miles de guaraníes que tenían objetivos y recorridos distintos, y vieron en los conquistadores un poderoso aliado para atravesar territorios hostiles y alcanzar las riquezas codiciadas, a lo mejor atraídos por los enclaves mineros contiguos a Samaipata (Combés, 2012). Díaz de Guzmán señala que miles de guaraníes en busca de metales habrían acompañado al conquistador Alejo García en calidad de aliados entre 1522 y 1526, hasta llegar a las serranías andinas e intentar sacar el mayor provecho del viaje y obtener riquezas en asaltos o intercambiándolas a los españoles por armas o esclavos.

Podemos concluir, en resumen, que desde la perspectiva indígena todo parece indicar que la migración fue la solución política al estado de crisis que vivían los diferentes grupos tupi-guaraníes envueltos en permanentes contiendas bélicas, y aunque no lleguemos a conocer la verdadera magnitud y alcances de estos desplazamientos, los aspectos fundamentales que establecieron estos itinerarios del Candire se circunscriben, por un lado, en un abastecimiento de metal (esto incluye armas y herramientas), ya sea por el intercambio pacífico o por la fuerza y, por el otro, la búsqueda de refugio en un viaje sin retorno.

Los "bárbaros" chiriguanos de la periferia noroccidental

Son "advenedizos" señalaba el oidor Juan de Matienzo de los chiriguanos, enfatizando de este modo su condición de forasteros usurpadores que irrumpieron en los llanos sometiendo a los "naturales". Ciertamente Matienzo no dramatizaba al considerar a los chiriguanos una amenaza a los intereses de expansión coloniales al Río de La Plata, puesto que a partir del segundo tercio del siglo XVI su poder en la cordillera había conseguido afianzarse y fortalecerse, favorecido en buena medida por las entradas de conquista de las que tomaron parte en calidad de aliados los españoles (Combés, 2012).

Por lo menos hasta el siglo XVII, la imagen perversa proyectada sobre los chiriguanos parece haber tenido un sentido más bien genérico heredado de los incas para los "salvajes bárbaros" de las Tierras Bajas del Antisuyo (en un primer momento el término incluía indistintamente a "chiriguanos", "chunchos", etc.). Sobre este punto es preciso insistir que no todos los "chiriguanaes" de las crónicas andinas corresponden necesariamente a los "chiriguanaes" llegados al Chaco, puesto que las fuentes paraguayas señalan unánimemente que el término "Chiriguanaes" viene del Perú, pues en el Paraguay eran conocidos como guaraníes (Rasquin, citado en Combés). El término chiriguano en el Chaco, por lo tanto, no es más que un sinónimo de "guaraní hablante", lo que explicaría que grupos como los chiriguanos itatines, ubicados más al Norte, a menudo fueran incluidos en esta categoría (Langer, 2010; Olivetto, 2010; Combés, 2012).

En relación a su condición de "advenedizos", es muy posible que los antepasados de los chiriguanos, o al menos de algunos de ellos, hayan sido los guaraní cario del litoral atlántico, que fueron "tupinizados" por sus vecinos del litoral atlántico; esta hipótesis parecería alinearse con la evidencia de cerámica corrugada brasileña asociada a estos movimientos poblacionales y su aparición en las vertientes andinas (Pärssinem y Siiriäinen, 2003). Son necesarios, desde luego, más estudios interdisciplinarios que apoyen esta hipótesis.

Los cronistas señalan que estos "Chiriguanaes oriundos de la cordillera" se adentraron en el Chaco y el pie de monte andino provenientes del este y haciéndoles guerra en su travesía a los indios de los llanos, a quienes llegaron a esclavizar e incluso a guaranizar (Crónica Anónima, 1944 [c. 1600], citada en Combés). Apoyado en Rui Díaz de Guzmán, el padre Lozano señala que los "chiriguanás" fueron indios de la nación guaraní que acompañaron a Alejo García en su travesía

de Brasil al Perú, a cuyos confines llegaron antes de la conquista para establecerse entre Tarija, Paspaya, Pilaya, Tomina, Mizque y Santa Cruz de la Sierra, donde se multiplicaron sujetando a las naciones circunvecinas. Estas informaciones parecerían sugerir un progresivo y lento proceso de mestizaje que acompaña al avance tupi-guaraní sobre el Chaco, el cual continuó e, incluso, se intensificó a partir de la expedición de García; de hecho, para el siglo XVI chiriguanos y chané ya eran considerados una sola etnia.

> Al llegar al piedemonte, los recién llegados habrían empezado a dominar a los indígenas de la zona, chanés de lengua arawak en su mayoría, convirtiéndolos en esclavos, tributarios o víctimas del rito caníbal. Esta era, en todo caso, la situación general que se conocía en la segunda mitad del siglo XVI. Muchos cronistas indican además que los chiriguanaes enrolaron a estos «naturales» en sus propias tropas (Combés, 2012).

Para la segunda mitad del siglo XVI los diferentes asentamientos chiriguanos estaban fundamentalmente esparcidos sobre las planicies orientales andinas que ingresan al Chaco por la parte del Perú, conocidas por los españoles como "cordillera Chiriguana". Como espacio histórico, la Chiriguanía se ha caracterizado por los permanentes altercados entre los diferentes grupos de origen tupi-guaraní (ava) y otros grupos asentados en el Chaco (tobas, chanés), con triunfo de los chiriguanos sobre los otros debido, en gran medida, a la afinidad lingüística y cultural común a todos los grupos.

En contraste a esta semejanza lingüística y cultural, la autonomía política de cada grupo ava a menudo creaba conflictos entre los diferentes conjuntos. Si bien en tiempos de guerra decenas aldeas podían confederarse en contra de un enemigo común, bastaba el más mínimo inconveniente para reavivar antiguas rivalidades y luchas. De hecho, si los españoles fracasaron en sus intentos de hacerles guerra fue en gran medida porque no entendieron los alcances de su sistema político y su táctica de alianzas siempre oscilantes.

Con seguridad en algún momento los chiriguanos intentaron adentrarse al Oeste de la cordillera, atraídos por las noticias que los indios del Chaco les proporcionaron acerca de una tierra abundante en metales y cuya fama habría trascendido. Los fuertes construidos en el Sureste andino por los Señoríos regionales después del ocaso de Tiwanaku sugieren la antigua amenaza de los pueblos tupi-guaraní sobre los valles contiguos (Saignes y Combés, 1995), incluso es posible suponer que la presión chiriguana sobre los grupos vallunos pudo haber modificado las identidades previas, pues algunos de ellos comparten características comunes y estereotipos de las Tierras Bajas (Barragán, 1994).

No cabe duda de que la irrupción incaica en el Collasuyo marcó un punto de inflexión en las relaciones con las Tierras Bajas. Aun cuando es difícil precisar el alcance de los enfrentamientos en la frontera en el siglo XV, lo cierto es que ante la imposibilidad de desarrollar una estrategia de movilización para internarse en la cordillera la táctica imperial adoptada por el Tawantinsuyo se haya volcado más bien en la defensa: emplazar fortalezas en puntos estratégicos de la frontera a manera de cerco, que servían para repeler ataques enemigos y como núcleos de apoyo al avance conquistador cusqueño (Pärssinem, 1992:119).

¿Qué explica la tenaz resistencia chiriguana al avance incaico sobre su territorio? ¿Por qué no se sujetaron con la misma rapidez que los grupos de las alturas? Este tipo de interrogantes han sido explicadas por los autores en términos de organización política (ya sea por influencia tupi-guaraní o arawak) como un mecanismo que explica la marcada noción de independencia de los diferentes grupos ava frente a grupos externos (Saignes; Combès, 2005). Si bien no es nuestra intención detenernos a explicar el componente político como una estrategia indígena de autonomía, no deja de ser evidente el contraste entre sociedades centralizadas, como las del altiplano, frente a sociedades de Tierras Bajas, carentes de grandes asentamientos humanos, muy autónomas entre sí y con un sistema de alianzas sumamente inestables que resultaba disfuncional a los intereses del Tawantinsuyu. Si Tupac Yupanqui no tuvo éxito en penetrar la cordillera (y por ende el interior del Chaco), es factible pensar que la estrategia implementada por Huayna Capac (1493-1525), de cercar parcialmente la frontera, se haya debido a la poca garantía que la conquista eminentemente militar de estos grupos tan dispares ofrecía al bienestar del Imperio, al menos en un mediano plazo.

El recóndito interior chaqueño

Penetrando hacia el Sur y el este de la cordillera Chiriguana, entre el río Bermejo y el río Paraguay hasta llegar a Asunción, cruza el interior del Chaco Boreal, una vasta planicie desértica habitada por numerosas naciones, la mayoría de ellas desconocidas para los europeos en el siglo XVI. Este desconocimiento bien puede explicarse no sólo por la inaccesibilidad del territorio chaqueño, a la que ya nos hemos referido, sino también por las permanentes contiendas que los diferentes grupos de las orillas Oeste y este mantuvieron con los españoles, negándoles el acceso a los parajes más alejados.

La agresividad del medio ambiente en el Chaco interior se ve en cierto modo compensada por la relativa abundancia de peces y animales de caza a orillas de los ríos y por la presencia de bosques abundantes en frutos secos comestibles (Nordenskiöld, 2002 [1912]). Esto es lo que ha permitido la supervivencia de los diferentes conjuntos indígenas: todos nómadas, por lo general poco numerosos, moradores de aldeas relativamente pequeñas y practicantes de una agricultura que se limitaba a su subsistencia. Los indígenas del Chaco adentro debían realizar continuas migraciones estacionales moviéndose de una fuente de agua a otra para abastecerse de frutos y agua potable (Langer, 1996), por lo que a menudo han sido incluidos en la categoría de grupos "cazadores y recolectores" por los diferentes autores.

Hasta la Guerra del Chaco el incógnito interior preservó un complejo mosaico de grupos que hablaban diversos idiomas de los troncos lingüísticos mataco, guaycurú y zamuco, aunque las fuentes señalan que entre los moradores también estaban grupos vinculados a los incas, como orejones y churumatas. Sobre este punto, se sabe que los incas enviaron orejones chichas e indios churumatas a poblar varias partes de la zona del Gran Chaco; sin embargo, no se puede afirmar que la cartografía guarde correspondencia con los etnónimos del siglo XVI, ya que el impacto de las reducciones misionales dieron lugar a una serie de ajustes, recomposiciones, procesos y evoluciones que no deben ser pasados por alto.

Los cronistas señalan que las naciones del Chaco eran comedoras de carne humana y en general se distinguían poco en sus irracionales costumbres. A diferencia de los chiriguanos y chanés de la periferia occidental, cuyos antepasados penetraron desde zonas tropicales del este y el Norte, hay elementos que permiten conjeturar que los grupos "típicamente chaqueños" (toba, wichí, mataco, guaycurú, etc.) pudieron haber sido empujados desde el Sur del continente e ingresado al Chaco a través de las pampas argentinas (Nordenskiöld, 2002 [1912]; Boman, 1908). Otros grupos internos, como los de habla zamuca asentados al Noreste (a menudo considerados como grupos chaqueños "atípicos" por su organización social en clanes), cuyo origen se desconoce completamente , es posible que en algún momento hayan recibido alguna influencia de grupos de la Chiquitania, e incluso de grupos bororós y otuquis de la región hoy conocida como el Pantanal, inclusive hasta llegar a mestizarse con ellos (Combès, 2009b).

La convivencia en un entorno hostil como el chaqueño a menudo desataba conflictos entre los diferentes grupos por el dominio del río y la pesca, lo que habría dado lugar a que grupos más fuertes se apoderasen de las fuentes de alimentos y empujaran a los más débiles a las regiones más apartadas. Todavía en el siglo XIX, Nordenskiöld observaba que ningún grupo se atrevía a penetrar en territorios de recolección de otro, lo que muestra con seguridad que en algún momento se produjeron verdaderas guerras de conquista, en las cuales uno de los grupos terminaba sometiendo al otro o lo desplazaba a zonas más alejadas, para modificar así las zonas de dominio de los grupos y a la vez establecer una lógica de graduaciones jerárquicas entre las diferentes entidades sociales y étnicas.

Se puede decir, desde esta perspectiva, que el destierro de los grupos nómadas más "primitivos" al recóndito interior y el afianzamiento de sociedades agrícolas como chanés o chiriguanos en las zonas más fértiles de la periferia bien pueden explicarse por el antagonismo entre sociedades agrícolas y sociedades de cazadores-recolectores, que por lo general ha conducido a la extinción o, en este caso, al empuje de estas últimas hacia las zonas más remotas del Chaco Boreal y engendrar en su seno relaciones de todo tipo entre las diferentes jerarquías étnicas.

Dependencia socio-periferia: influencias y aportes de regiones externas al interior

El Chaco Boreal es una zona que permaneció aislada y a la vez interconectada con regiones vecinas de las que absorbió las influencias y aportes externos filtrados a través de las periferias. Estos contactos –acaso milenarios– han sido explicados a partir del concepto de dependencia socio-periférica, (Susnik, 1980; Villar, 2001; Richard, 2008 y Combès, 2009b). Dicha noción permite explicar aquellos contactos de las poblaciones chaqueñas con grupos de su contorno occidental, oriental y septentrional, y que sobrellevaron una dependencia de los grupos cazadores-recolectores del interior –a menudo considerados "típicamente chaqueños"– respecto a los agricultores de las orillas y que generaron intercambios de diversa índole (Combès, 2009b).

La permeabilidad de los contornos chaqueños y su influencia sobre la vasta planicie interna pueden ser ejemplificadas a partir del trabajo de Combès (2009b), quien reivindica la importancia de los contactos entre los grupos de habla zamuca de "la tierra adentro" y grupos de agricultores chiquitos ubicados al Norte, a los que califica como socio-periféricos. Apoyándose en las parcas informaciones tempranas sobre el interior, Combès constata cierta dependencia de los grupos zamuco con los chiquitos de habla arawak, con quienes mantuvieron relaciones en calidad de subordinados (por ejemplo, como de mano de obra eventual), aunque integrados luego mediante alianza matrimonial. Asimismo –y a partir de la misma lógica– no descarta lejanas influencias de grupos, como los bororós-otuquis procedentes de la región conocida hoy como Pantanal.

Más allá de escribir una historia propiamente dicha sobre el interior chaqueño en tiempos remotos, las pocas pero significativas constataciones de Combès permiten pesquisar de forma parcial el surgimiento de identidades y jerarquías grupales. Dichas identidades y jerarquías fueron moldeándose a través de contactos (y/o ausencia de ellos) entre los nómadas del interior con los asentamientos de agricultores de los márgenes, y que en última instancia contribuyeron a la imposición de nombres a cada entidad.

Entre la historia y la arqueología: la frontera incaica con el Chaco

Desde la perspectiva histórica, las fuentes escritas que existen sobre el Chaco nos remiten, en el mejor de los casos, al momento inmediatamente anterior al contacto hispano-indígena. La mayoría de ellas proviene de la periferia noroccidental, que mantuvo contacto directo con el Tawantinsuyu y después con los españoles de Charcas, es decir, de la cordillera Chiriguana. Los estudios arqueológicos, por su parte, también se han enfocado en la frontera incaica con el Chaco y las relaciones que los cusqueños mantuvieron con grupos guaraní de Tierras Bajas en los confines del Imperio. De tiempos anteriores pocos son los aportes y éstos se limitan a fechados aislados, principalmente relacionados a la penetración tupi-guaraní en territorio boliviano.

A diferencia de la periferia chaqueña, prácticamente nada se sabe sobre el recóndito interior. Aun cuando se ha conjeturado el posible origen pampeano de las poblaciones "típicamente chaqueñas" a partir de la evidencia material, lingüística y etnográfica (Nordenskiold, 2002 [1912]; Boman, 1908), hay un vacío total hasta el momento de la conquista, cuando los adelantados Juan de Ayolas y Domingo de Irala recogieron unos pocos testimonios del Chaco-adentro en su paso hacia a Charcas (Combès, 2009b).

Como vemos, los vacíos históricos en el Chaco no sólo son temporales sino también espaciales. Sobre este punto, es preciso insistir que los supuestos relacionados a la dependencia de los grupos del interior respecto de los de la periferia y el establecimiento de jerarquías étnicas a lo largo del tiempo se apoyan sobre breves constataciones. Hemos decidido, sin embargo, incluirlos como parte de este ensayo general sobre la región para que el lector comprenda mejor la complejidad de las interacciones entre los diferentes grupos chaqueños a lo largo del tiempo, y que a nuestro entender pueden ser dilucidadas en una lógica de oposición de grupos de cazadores-recolectores frente a sociedades agrícolas sedentarias.

A mediados del siglo XV, cuando el Inca Pachacuti gobernaba en el Cusco, las tropas incaicas entraron en el Collasuyo conquistando a las poblaciones del altiplano así como a los grupos vallunos de la frontera, lo que parece

haber "endurecido" las relaciones entre el Imperio y los chiriguanos de las Tierras Bajas. Esto, al menos, es lo que se desprende de las informaciones etnohistóricas, que descubren una interacción predominantemente hostil entre incas y los habitantes del piedemonte con la intermitente invasión de los "salvajes y bárbaros" a los confines imperiales (Garcilaso, [1609]). Aunque virtualmente nada se sabe sobre estas poblaciones enfrentadas, los estudios arqueológicos realizados en los valles fronterizos de Chuquisaca (Nordenskiöld, 1917; Pärssinem, 1992; Alconini, 2002; Pärssinem y Siiriäinen, 2003) han reportado la presencia de recintos destinados a actividades militares en los complejos fronterizos de Oroncota y Cuzcotuyo, que parecería confirmar lo que las fuentes históricas indican. Los mismos estudios son los que también han reportado la presencia de alfarería "chiriguana" en recintos vecinos de carácter festivo y ceremonial, lo que sugiere que las fortalezas actuaron no sólo como guarniciones fronterizas de defensa sino también como núcleos de intercambio entre el Imperio y los grupos del piedemonte, quienes incluso parecen haber tomado parte en ceremonias de carácter ritual patrocinadas por los mismos cusqueños como una forma de diplomacia incaica (Alconini, 2002).

El establecimiento del denominado "arco fronterizo" al Este del Collasuyo tiene mucho que ver con la presencia incaica en los valles. Es en esta trama de reconfiguración espacial y social que la frontera imperial con el Chaco adquiere características peculiares respecto a otras regiones del Tawantinsuyu, puesto que los incas confrontaron a grupos semi nómadas con una "personalidad" guerrera que contribuyó a una frontera altamente volátil con continuos ciclos de alianzas seguidos de conflictos, así como su tenaz resistencia a ser incorporados como tributarios del Inca (Alconini, 2002). Se puede decir que la frontera incaica con el Chaco fue una de las más disputadas entre las sociedades centralizadas de las tierras altas y las poblaciones sin estado de Tierras Bajas (Combès y Saignes, 1995).

Este espacio de transición ecológica y simbólica resultó socialmente en una frontera donde convergieron poblaciones de las tierras altas -mitimaes trasplantados por el Inca y expertos metalúrgicos, vallunos oriundos y grupos provenientes del piedemonte (chanés que comerciaban con el metal)- y una suerte de área de simbiosis socio-cultural (Saignes, 1986) en cuyo seno se produjeron intercambios de distinta índole marcados por ciclos de violencia. Subiendo en una curva que va del Pilcomayo hasta el río Grande, pasando por Samaipata, el dominio incaico se materializó en la fortificación de una frontera; más precisamente, en la edificación de asentamientos multiétnicos de colonización fronteriza sometidos a la amenaza de las intermitentes incursiones de los pueblos tupi-guaraníes provenientes del este (Combès y Saignes, 1995).

Naturalmente, los mecanismos de control y dominación empleados por los incas para mantener el "equilibrio" en un espacio donde confluían diversa gente y ambientes variaron localmente. Al Sureste, en los valles sureños de Tarija y Chuquisaca contiguos al Pilcomayo, los incas establecieron una alianza política con grupos vallunos locales, como yamparas, churumatas o chichas, quienes permitieron la presencia de las mitimaes sobre sus dominios (Malpass y Alconini, 2010). Más al Norte, hacia la cuenca del río Grande, al Suroeste de Santa Cruz de la Sierra (en pleno territorio chiriguano), se ha confirmado la presencia de los incas y sus probables mitimaes labradores del metal que explotaban las minas de Saypurú junto a sus vasallos chané de los llanos.

En la región de los valles de Cinti y Tarija, la anexión incaica habría tenido un efecto multiplicador de las hostilidades con los tupi-guaraní (Pärssinem, 1996). Aunque este sector de la frontera ha sido calificado como genéricamente militar, restos en las fortalezas de Oroncota y Cuzcotuyo dejan ver una compleja interacción social, con los incas haciendo esfuerzos para incorporar a los grupos chiriguanos a través de intermediarios fronterizos locales, yamparas y chichas, que se desempeñaron como activos agentes en la ejecución de la agenda imperial.

Los arqueólogos han propuesto que al Sureste la frontera tomó la forma de un cerco militar tenue: un contorno incaico parcialmente militarizado, compuesto de un cordón de instalaciones que, a su vez, sirvió como punto de avanzada a la expansión imperial (Pärssinen, 1992). Como los ataques chiriguanos tomaban la forma de incursiones relámpago y saqueos intermitentes, con seguridad en algún momento debió haberse

abierto la posibilidad de negociar ciertos privilegios con los cusqueños, en un juego de alianzas sumamente versátiles que devinieron períodos de relativa paz y encuentros de acercamiento con los incas. El objetivo de las fortalezas fue precisamente asegurar la dominación en los confines del Imperio e intentar avanzar sobre los chiriguanos utilizando mecanismos parcialmente pacíficos, para convertirse así en núcleos de intercambio entre los diferentes conjuntos sociales.

Más al Norte, siguiendo la cadena fronteriza hasta llegar a los alrededores de Santa Cruz de la Sierra, en plena cordillera Chiriguana, historiadores y arqueólogos han venido discutiendo un capítulo olvidado de la historia incaica: la presencia imperial en las minas de Saypurú, al Sur de Samaipata, que es mencionada por cronistas, como Diego de Alcaya y Rui de Guzmán. Por largo tiempo las informaciones de estos cronistas fueron pasadas por alto entre los diferentes autores que dejaron de lado el tema, entre otras cosas, al no haberse encontrado la presencia de metales en la cordillera Chiriguana.

Aunque los datos etnohistóricos son endebles y aislados, algunos autores, como Combès, opinan que sin duda hubo una presencia incaica en la región de Saypurú, probablemente relacionada a la explotación o comercialización de metales (Combès, 2009a). Recientes prospecciones arqueológicas parecen apuntalar a lo mismo, aunque en todo caso son necesarios más estudios interdisciplinarios que evalúen el impacto que el estado Incaico ejerció sobre los sistemas políticos sometidos en la cordillera y los medios a través de los cuales se incorporó en el estado a entidades políticas de Tierras Bajas.

Apoyándose en los testimonios de Alcaya y Rui Díaz de Guzmán, algunos autores indican que durante el reinado de Huayna Capac los incas se dedicaron a levantar las principales fortalezas a lo largo de la frontera con la cordillera. El Inca Guacané se habría establecido en Samaipata logrando someter al jefe chané-tomacoci Grigotá y a sus vasallos Goligoli, Tendi y Vitupue (Pifarré, 1989; Combés, 2012). Posteriormente Guacané habría descubierto el cerro de Saypurú, ubicado más al Sur, donde su hermano Condori empezó a labrar oro y plata con ayuda de algunos indios chané labradores de los llanos y comerciantes del metal, así como andinos de las tierras altas, posiblemente mitimaes caracara.

No fue sino hasta poco antes de la entrada de Ayolas en Charcas, que atraídos por la fama de las minas de Saypurú grupos tupi-guaraníes que iban llegando a la cordillera tomaron suficientes fuerzas para combatir a Guacané y su gente hasta expulsarlos definitivamente y afianzar su poder sometiendo a los antiguos vasallos chané. Sobre este punto, Isabelle Combès cree que sí hubo elementos que motivaron a los adelantados paraguayos (acompañados de miles de guaraníes aliados) a internarse en Charcas. Todos estos ingresos se basaron en el conocimiento de una presencia andina en la región vinculada a los metales (Combès, 2012). Esto negaría la tradicional imagen de una frontera inca oriental exclusivamente dirigida a la guerra (Combès, 2012).

La presencia incaica en Samaipata está ampliamente comprobada y los arqueólogos concuerdan que la fortificación fue un centro administrativo provincial más que una guarnición guerrera (Pärssinen, 1992). El área minera de Saypurú habría sido administrada desde Samaipata y poblada por expertos metalúrgicos andinos que sellaron su poder con los chané, comerciantes del metal (Pärssinem y Siiriainen, 2003; Combès, 2010). De ser cierto este postulado, los incas habrían utilizado medios pacíficos de alianza con los chané eventualmente basados en el trueque, para asegurar de este modo el avance imperial en la cordillera Chiriguana. Recientes prospecciones arqueológicas llevadas a cabo en los alrededores de Charagua (localidad contigua a Saypurú) registraron cerámicas incas y restos de actividades metalúrgicas (Cruz 2010, citado en Combès) lo que parecería confirmar la presencia incaica en el Chaco relacionada a la fundición y comercio de metales.

Podemos decir, a partir del análisis de estos dos casos, que la frontera incaica con en el Chaco operó como un espacio de "amortiguación" entre las sociedades andinas y las sociedades de Tierras Bajas, y también como un espacio de colonización multiétnico donde se dieron relaciones de diversa índole entre los diferentes grupos favorecidas –con seguridad– por experiencias previas de contactos. Las nuevas investigaciones sugieren que la frontera Sureste del Tawantinsuyo actuó como un espacio multiétnico parcialmente militarizado, donde los diferentes actores coexistían implementando diversas fórmulas. Mitimaes andinos actuando como agentes del poder estatal

o mineros que enseñaban las artes metalúrgicas a indios chanes comerciantes; grupos vallunos locales que intervenían a nombre de sus comunidades pero también como portavoces de los incas, e incluso bárbaros que llegaron a tomar parte de celebraciones religiosas imperiales. La complejidad de estas relaciones puede ser vista como una forma de frontera al Sur del Tawantinsuyu, donde coexistieron diversos mecanismos políticos que, en definitiva, hacían de los "bárbaros" chiriguanos parte del Imperio.

Consideraciones finales

Los estudios arqueológicos y etnohistóricos de las Tierras Bajas de Bolivia nos revelan paisajes de bosques, selvas y llanuras habitados por grandes poblaciones multiétnicas y plurilingües. Desde tiempos milenarios estos grupos se diferenciaron económicamente y desarrollaron una especialización adaptativa de acuerdo al medio ecológico y geográfico que ocuparon.

En algunas regiones se comenzó tempranamente a domesticar algunas especies de plantas, en otras se aprovecharon los recursos naturales que brindaban los ríos o las planicies aluviales. Con el pasar de los años, se implementaron economías complementarias basadas en la agricultura, el aprovechamiento de plantas silvestres, la caza y la pesca.

A inicios de nuestra era, se confirma en el registro arqueológico de las Tierras Bajas que sociedades sedentarias sufren cambios sociales y políticos importantes. Posiblemente un aumento demográfico origina que las aldeas de varias poblaciones adquieran en algunos casos una estructura casi urbana. Diferentes grupos culturales construyeron grandes edificios, plazas, caminos y fortificaciones a lo largo de 1000 años. A estas obras se suman las construcciones dedicadas a la intensificación agrícola, que influyen de manera decisiva en la modificación del paisaje a gran escala.

Evidencias arqueológicas de estas sociedades fueron encontradas hasta ahora únicamente en los Llanos de Mojos, pero cruzando las fronteras de Bolivia, hacia al Norte (Acre), al Este (Rondonia y Mato Groso) y al Sur (Chaco Argentino), observamos que similares obras prehispánicas están siendo actualmente estudiadas. Tales hallazgos nos demuestran que en Pando, Santa Cruz y Tarija, cientos de sitios arqueológicos, correspondientes a diferentes períodos de tiempo y culturas prehispánicas, están todavía esperando contar su historia.

LÍNEA DEL TIEMPO

Línea del tiempo

A.C / 0 / D.C

	AÑOS	11.000 - 8.000	8000 - 7000	6000-5000	4000 - 3000	2000	1500	1200 - 1000	800 a. C	200 a.C.-400/500 d.C.	400/500-700	900 - 1000	(900/1000-1430 d.C.)	(1430-1535 d.C.)
	PERIODO		ARCAICO			FORMATIVO					TIWANAKU Y DESARROLLOS REGIONALES TEMPRANOS		DESARROLLOS REGIONALES TARDÍOS (INTERMEDIO TARDÍO) INCA (HORIZONTE TARDÍO)	
	CARACTERISTICA		Cazadores, recolectores y pescadores			FORMATIVO TEMPRANO Agricultores, pastores y movilidad caravanera			FORMATIVO MEDIO Especialistas. Aldeas y complejos rituales.	FORMATIVO TARDÍO Asentamientosurbanos	Estado Tiwanaku Desarrollos Regionales (Horizonte Medio)		Señoríos y Desarrollos locales (Intermedio tardío) Imperio Inca (Horizonte tardío)	
			Refugios y campamentos estacionales Trashumancia			Sedentarización. Aparición de la alfarería Primeros textiles.	Primerosasentamientos permanentes		Aldeas y complejos ceremoniales Escultura lítica Tradición Yaya Mama en lago Titicaca).	Competencia por la hegemonía política regional	ESTADO TIWANAKU y Desarrollos Regionales		Descentralizaciónpolíticayterritorial.Estadodeconflicto por el territorio. Construcción de pucaras y de torres funerarias (chullpas)	
R	ALTIPLANO		Domesticación de camélidos (7000) Industrias líticas	Domesticación de la papa (5000 a.C)	Domesticación de la quinua (4000 a.C)				Aparición de templetes semisubterráneos (kalasasayas)		Inicio de urbanismo. Especialización tecnológica. Complejidad religiosa y ritual Centralizaciónpolíticayjerarquizaciónsocial Lenguas: Puquina, aymara y uruquilla Conexiones entre altiplanom valles, costa y tierras bajas. Red de caminos Control del agua y la tierra; sukakollos y takanas		GRUPOS: Canas y Canchis. Pacajes, Charcas, Cara-Cara, Lípez, Soras(¿?)	Especialización y estandarización tecnológica. Establecimiento de un complejo ritual en el Titicaca y en el Río Lauca. Consolidación de la red de caminos Capac Ñan
E G			SITIOS: Viscachani, Lípez, pintura rupestre zona del Titicaca			SITIOS: Wankarani , San Andrés, Pasiri (Altiplano de Oruro)	SITIOS: Chiripa (Titicaca)		SITIOS: Chiripa, Kala Uyuni, Iwawe, Pucara .	SITIOS: Qeya, Tiwanaku temprano, Khonko Wankane, Pucara Jachakala en el Altiplano de Oruro	SITIOS: TIWANANKU y centros en territorio nuclear : Lukurmata, Pajchiri, Ojje. Khonkho Wankane Colonias en Omo (Moquegua, Perú) y Piñami en Cochabamba Presencia Tiwanaku en San Pedro de Atacama (actual Chile)		SITIOS: Sillustani, Caquiaviri, Caranguillas, Huaylilla, San Juan Mallku, Quillacas, Sacaca, Macha, Porco,Palcamayu Jatun Talasa Huankarani , Puca Pucara.	SITIOS: Chuquiago, Río Lauca, Caquiaviri, Tiwanaku, Copacabana, Isla del Sol y de la Luna. Sevaruyu y Paria
I	VALLES ORIENTALES		Cazadores recolectores y pescadores.			Agricultores y pastores, pescadores y cazadores. Sedentarización. Aparición de la alfarería. Relación con Wankarani. elación con Chiripa			Aldeas y talleres de cerámica	Diversificación de estilos cerámicos. Tupuraya, Sauces, Mojocoya, Parroquia, Tarija Inciso, Khumuni	Continuidad del proceso de diversificación estilística y étnica.	IntercacciónconTiwanakuenCochabamba DESARROLLOS LOCALES EN VALLES diversos y en constante movimiento y contacto, tanto con el Altiplano como con las tierras bajas		Hegemonía política, establecimiento de fortalezas en frontera Establecimiento de un complejo agrícola en Cochabamba, Yungas y Zongo
Ó						Cerámica: Sierra Mokho rosado, Mojocoya Monocromo, Gray Ware, Jatun Khasa bicolor						Cultura Mollo		
N					Domesticación del maíz (4000 a.C)						Mojocoya polícromo, Omereque, Caraparial, YamparaTemprano,Cinti			Movimientos poblacionales (mitmas)
			Industria en materialesvegetalesy animales	Industrias líticas Arte rupestre Mojocoya	Industriaenmateriales vegetales y animales. Arte rupestre. Sitio: Paja Colorada (Vallegrande, Bolivia)	Sitios: Mojocoya y Jatun Khasa (Chuiquisaca) Choroqollo (Cochabamba)			Sierra Mokho			Presencia Tiwanaku en valles norte de La Paz (Niño Korin) y Amaguaya	Yamparas, Chuis, Chichas, Churumatas, Cotas, Sipe Sipes	SITIOS: Inkallajta, Inkaracay, Cotapachi, Cuzco Toro, Pocona
											Presencia Tiwanaku en los valles: Piñami	Iskanwaya (norte de La Paz)	Sitios: Pocona (Cochabamba) Oroncota (Chuquisaca) Chaguaya Icla (Chuquisaca)	

Continúaenlasiguientepágina

		Cazadores, recolectores y pescadores.											
VALLES OCCIDENTALES Y COSTA				Domesticación zapallo (4500), algodón (2500), pacay.	Aparición de la alfarería y textiles	Relación con Wankarani		Aldeas			Presencia Tiwanaku en Moquegua, Omo (Perú), San Pedro de Atacama (Chile)	Alto Ramírez, Cultura Arica	Expansión Inca a la costa
				Chinchorro Momificación (3000 a.C). Industrias líticas. Arte rupestre									Establecimiento de sitios administrativos y de redes del Qapaq Ñan en diferentes partes de la costa. Aprovechamiento de recursos marinos
	Cazadores, recolectores y pescadores y sociedades itenerantes				Agricultores, pescadores y cazadores. Sedentarización. Aparición de la alfarería.				Desarrollos locales tempranos			Desarrollos locales tardíos	Migraciones guaraníes al Chaco Grupos de la Chiquitanía: Cichicosies, Comoiones, Quibichicoyes, Simionos, Veripones, Basoros, Batasis, Cupies, Quidagones, Curucanes, Tanipicas, Xamanucas, Taucas, Otukeas/Otuke, covarecas, curiminacas Carabecas/ Parabecas
TIERRAS BAJAS	Asociados a Megafauna e industria lítica	Montículos de conchas de caracol Consumo de caracoles de agua dulce y caza de venados, ciervo de pantanos, peces y aves. Sitios: Isla del Tesoro, SM2 y SM3 ubicadas al sur y al este de Trinidad (Beni).	Primeras evidencias de Terra Preta.	Pueblos sedentarios					Sitios habitacionales, casas con planta circular.	Pueblos sedentarios. Inicios de la contrucción de montículosy áreas públicas. Diferencias de jerarquía social. Implementación de técnicas para la agricultura intensiva del maiz. Casas con paredes de bahareque.		Arquitectura monumental en los Llanos de Mojos. Uso intensivo de plataformas elevadas de cultivo, canales y reservorios.	Tanipicas, Punasicas, Quimonecas, Quitemos, Napecas, Cibacas, Cucicas, Tubasicas, Yurucaricas, Cucarates, Ororobedas, Panonos, Chamaros, Tomoenos, Guapas, Purasís, Tubasicas, Curave, Chaco, Gorgotoqui, Tamacoci, Covarecas y Curiminacas . Samaipata Ixiamas Expansión terriorial de los Incas hacia las tierras bajas, creación de una frontera étnica y cultural. Decaimiento de las culturas de montículos monumentales del área de Casarabe, Beni. Continúan los pueblos fortificados en el Itenez hasta el Siglo XVII.
	Sitio: Dourado y Periquitos. Rio Guaporé y Madera (Estado de Rodonia y Matogrso, Brasil)		Sitio Monte Castelo, río Guaporé. (Estado de Rondonia. Brasil)	Producción de cerámica decorada, industria lítica, domesticación de Yuca (Manihot esculenta) y tembé (Bactris gasipaes). Sitio: Monte Castelo, rio Guaporé. (Estado de Rodonia, Brasil)					Sitio: Grigotá, (Santa Cruz).	Sitios: Pailón A. (Santa Cruz). Monticulos del área de Casarabe, (Prov. Cercado, Beni), Jasiaquiri temrpano (Provincia Itenez, Beni). San Juan, (Provincia Yacuma, Beni).		Construcción de pueblos fortificados, intercomunicados por terraplenes. Conformación de redes de intercambio. Uso especializado de cerámicas finamente decoradas. Sitios: Montículos monumentales de Casarabe, (Prov. Cercado, Beni). Bella Vista, Jasiaquiri tardío, (Prov. Itenez, Beni). El Cerro, (Prov. Yacuma, Beni). Pailón B, (Santa Cruz), Chané en el Chaco Samaipata	

Bibliografía

Acosta, José de
1987 [1588-1590] Historia natural y moral de las Indias. Madrid: Crónicas de América 34, Historia 16, Ed. por Alcina Franch.

Albarracín-Jordán, Juan
1999 Arqueología de Tiwanaku: Historia de una antigua civilización andina. La Paz: Fundación Bartolomé de Las Casas/Editorial Jimenez.

Albarracín-Jordán, Juan
1997 "Ciencia, arqueología y patrimonio". Humana. Revista de Ciencias Históricas y Sociales, 1.
1996 Tiwanaku. Arqueología regional y dinámica segmentaria. La Paz: Plural -Publicidad de Arte Producciones.

Albarracín-Jordán, Juan; James Edward Mathews
1990 Asentamientos prehispánicos del valle de Tiwanaku. La Paz: CIMA.

Albó, Xavier
1980 Lengua y sociedad en Bolivia. La Paz: Instituto Nacional de Estadística.

Alconini, Sonia
2002 Prehistoric Inka Frontier Structure and Dynamics in the Bolivian Chaco. University of Pittsburg. Tesis de Doctorado.
2002 "Empires, architecture of power, and disembedded centers: The Inka empire in marginal territories". Ponencia presentada a la 21st Annual Northeast Conference on Andean Archaeology and Ethnohistory. University of Pittsburgh, Pittsburgh.
1998 Estructura y dinámica de la frontera Inka en el Chaco Boliviano: Prospección y excavación sistemática en los centros Inkas de Manchachi-Cuzco Tuyo y Oronkota. La Paz: Informe presentado a la Dirección Nacional de Antropología - Arqueología.

Alconini, Sonia; Lynn Kim
2010 The Province of Kallawaya: Forms of Interaction with Tiwanaku and The Inkas. Paper Presented at the 75th Annual Meeting of the Society for American Archaeology (SAAs), Saint Louis, MO. Symposium: Archaeological Approaches to the Inca Empire.

Aldenderfer, Mark S.; Luis Flores Blanco
2011 "Reflexiones para avanzar en estudios del período arcaico en los Andes centro-sur". Chungara, Revista de Antropología Chilena, Vol. 43/1.

Anello Oliva, Juan
1895[1631] Historia del reino y provincias del Perú. Lima: Imprenta y librería de San Pedro.

Ángelo Zelada, Dante
2003 La cultura chicha. Aproximación al pasado prehispánico de los valles Sur Andinos. Tupiza: Gobierno Municipal de Tupiza.
1999 Tráfico de bienes, minería y aprovechamiento de recursos en la región de los valles del Sur boliviano. (Una aproximación arqueológica a la región de los Chichas, Provincia Sur Chichas-Potosí). Tesis para optar al grado de Licenciatura. La Paz: UMSA / Carrera de Arqueología.
1998 "Interacción en la región del Sur boliviano y áreas vecinas (relaciones de conflicto al inicio de la expansión Inka)". Anales de la Reunión Anual de Etnología. La Paz: MUSEF.

Aranda, Karina; Carlos Lémuz
2010 Historia prehispánica del valle de La Paz y Hampaturi. Los primeros asentamientos. Transitando la Diversidad. Paisajes Naturales y Culturales de La Paz. La Paz: TRÖPICO.

Arellano López, Jorge
1987 Algunos aportes a la metalurgia prehispánica en Bolivia". IFEA, XI/3- 4.
1985 Mollo. Investigaciones arqueológicas. La Paz: Imprenta Nacional.
Arellano López, Jorge; Eduardo Berberian
1981 "Mallku, el Señorío post-Tiwanaku del altiplano Sur de Bolivia". IFEA, 10/1.
1978 "Los cazadores y recolectores tempranos en la región de Lípez (Departamento de Potosí)". Instituto Nacional de Arqueología, 28.
Arellano López, Jorge; Danilo Kuljis
1986 "Antecedentes preliminares de las investigaciones arqueológicas en la zona circum-Titikaka de Bolivia (sector occidental sur)". Prehistóricas, 1.
Arkush, Elizabeth
2009 "Pukaras de los Collas: Guerra y poder en la cuenca Norte del Titicaca durante el periodo Intermedio Tardio". Andes, 7.
Arroyo-Kalin, Manuel
2014 "Amazonian Dark Earths: Geoarchaeology". Smith, Claire (ed.), Encyclopedia of Global Archaeology. Springer.
2010 "The Amazonian Formative: Crop Domestication and Anthropogenic Solis". Diversity, 2.
Arze, Silvia
2000 Tiwanaku, Cittá eterna delle Ande. Catálogo de la exposición itinerante del mismo nombre. Roma, Milán, Florencia y Génova. Milano: Fundazione Metropolitan.
Arze, Silvia; Ximena Medinacelli
1991 Imágenes y presagios. El escudo de los Ayaviri, Mallkus de Charcas. La Paz: HISBOL.
Ávila, Florencia
2011 "Arqueología policroma, el uso y la elección del color en expresiones plásticas". Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino, Vol. 16/2.
2009 "Interactuando desde el estilo. Variaciones en la circulación espacial y temporal del estilo alfarero Yavi". Estudios Atacameños Arqueología y Antropología Surandinas, 37.
Ayala, Patricia; Mauricio Uribe
2003 "La cerámica Wankarani y una primera aproximación a su relación con el período Formativo del Norte Grande de Chile". Textos Antropológicos, Vol. 14/2.
Bandelier, Adolph
1910 The Islands Of Titicaca And Koati. Plate XVII. The Hispanic Society Of America. New York.
Balandier, Georges
1969 Antropología Política. Barcelona: Ediciones Península.
Balée, William; Clark Erickson
2006 Time and Complexity in Historical Ecology. Studies in the Neotropical Lowlands. New York: Columbia University Press.
Ballivián, Julio Alejandro
2011 Santiago de Okhola y el Qhapaq Ñan. En: https://www.academia.edu/7023918/Santiago_de_Okhola_y_el_Qhapaq_Nan._Julio_Alejandro_Ballivian_2011.
Banco de Crédito del Perú
1990 Huari. Lima: Colección Tesoros del Perú.
Bandelier, Adolf
1910 The Island of Titicaca and Koati. New York: The Hispanic Society of America.
Bandy, Matthew
2001 "Huari y Tiwanaku: Modelos vs. Evidencias". Boletín de Arqueología PUCP, 5.
Barnadas, Josep
1973 Charcas 1535-1565. Orígenes históricos de una sociedad colonial. La Paz: CIPCA.
Barragán, Rossana
1994 ¿Indios de arco y flecha? Entre la historia y la arqueología de las poblaciones del Norte de Chuquisaca. Sucre: Antropólogos del Surandino.
Barth, Frédéric
1976 Fronteras étnicas. Organización social y diferencia cultural. México: FCE.
Bauer, Brian
2006 Ancient Cuzco. Heartland of the Inca. Austin: University of Texas Press.
1992 The development of the Inca State. Austin: University of Texas Press.
Bauer, Brian; Charles Stanish
2008 "Hacia una imagen de espacio social en Tiwanaku: perspectivas por medios geofísicos en el altiplano boliviano". Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas / UMSA - PIEB - ASDI-SAREC.
2001 Ritual and Pilgrimage in the Ancient Andes. The Islands of the Sun and the Moon. Austin:

University of Texas Press.
Becker-Donner, Etta
1956a "Archäologische Funde am Mittleren Guaporé (Brazilien)". Archiv für Völkerkunde, 11.
1956b "Archäologische Funde vom mittleren Guaporé, Brasilien". Proceedings of the 32nd International Congress of Americanists. Copenhagen.
Beierlein de Gutiérrez, María
2008 "Cultura material y fuentes escritas: Los chichas de los Andes del Sur". Comechingonia, s/n.
Bennett, Wendell
1934 "Excavations at Tiahuanaco". Anthropological Papers of the American Museum of Natural History, 34.
Berberian, Eduardo; Jorge Arellano López
1978 "Los cazadores y recolectores tempranos en la región de Lípez (Departamento de Potosí)". Instituto Nacional de Arqueología, 28.
Berenguer R., José
2007 Tiwanaku. Señores del lago sagrado. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.
Bermann, Marc; José Estévez
1995 "Domestic artifact assembleges and ritual activities in the Bolivian Formative". Journal of Field Archaeology, Vol. 22.
Bertonio, Ludovico
1984 [1612] Vocabulario de la lengua aymara. La Paz: CERES - IFEA - MUSEF.
Accesible en formato digital por el Instituto de Lenguas y Literaturas Andinas-Amazónicas (ILLA-A): La Paz. En: http://www.illa-a.org.
Betanzos, Juan de
2004 (1547) Suma y Narración de los Incas. Madrid: Ediciones Polifemo.
Block, David
1997 La cultura reduccional de los Llanos de Mojos. Sucre: Historia Boliviana.
Boman, Eric
1908 Antiquités de la región andina de la Republique Argentine et du desert d´Atacama. Paris: Imprimerie Nationale.
Bourdieu, Pierre
1977 Outline of a Theory of Practice. Oxford: Oxford Press.
Bouysse-Cassagne, Thérèse
1997 Saberes y memorias en los Andes. In Memoriam Thierry Saignes. Lima: CREDAL -IFEA.
1991 "El Lago Titicaca y la historia de los grupos étnicos apuntes en la larga duración". Historia y Cultura, 20.
1987 La identidad aymara: una aproximación histórica. La Paz: CERES - IFEA.
Browman, David L.
1981 "New Light on Andean Tiwanaku: a Detailed Reconstruction of Tiwanaku's Early Commercial and Religious Empire Illuminates the Processes by which States Evolve". American Scientist, 4.
1991 "Llama caravan fleteros: Their importance in productión and Distribution". Philip Carl Salzman y Jhon G. Galaty (edit.) Nomads in a Changing World, Napoles; Instituto Universitario Orientale di Napoli,
Bruno, Maria
2010 "Carbonized Plant Remains from Loma Salvatierra, Department of Beni, Bolivia". Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen, 3.
Bustos Santelices, Víctor A.
1978 "Una hipótesis de relaciones culturales entre el altiplano y la vertiente oriental de los Andes". Pumapunku, 12.
1977 "Informe preliminar de las excavaciones arqueológicas en la ciudad de Santa Cruz de la Sierra". Boletín de la Sociedad de Estudios Geográficos e Históricos, 39-40/V.
1976a "Excavaciones arqueológicas en el sitio Grigotá (8011011); Santa Cruz". Instituto Nacional de Arqueología, 20.
1976b "Investigaciones Arqueológicas en Trinidad, Departamento del Beni". Instituto Nacional de Arqueología, 22.
Calancha, Antonio de la
1974 [1638] Crónica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú. 6 vol. Lima: Editorial Ignacio Prado Pasto.
Accesible en formato digital por el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia (ABNB): Sucre. En: http://200.87.17.235/bvic/Captura/upload/Cronic4.pdf
Calzavarini, Lorenzo
2006 Presencia franciscana y formación intercultural en el Sureste de Bolivia, (1606-1936), desde los documentos del Archivo Franciscano

de Tarija. Tomo I. Tarija: Centro Eclesial de Documentación.
1980 La nación chiriguana: grandeza y ocaso. La Paz - Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Campagno, M.
2003 "Una consideración sobre el surgimiento del Estado y los modelos consensuales. A propósito de Tiwanaku". Revista Española de Antropología Americana, 33.

Cantería, Juan Francisco
s/a Colección de cerámica Mollo del Museo de Valencia. En: http://revistas.ucm.es/index.php/REAA/article/viewFile/REAA6969110065A/25549

Capac, Ayllu
1985 [1569] "Memoria de las provincias" (edición de J. H. Rowe), Histórica 9/2.

Capoche, Luis
1959 [1585] Relación General de la Villa Imperial de Potosí (1545-1585) (edición y estudio preliminar de Lewis Hanke). Madrid: Ed. Atlas.

Capriles, José M.; Carlos Revilla Herrero
2006 "Ocupación Inka en la región Kallawaya. Oralidad, etnohistoria y arqueología de Camata, Bolivia". Chungará Revista de Antropología Chilena, Vol. 38/2. En: http://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562006000200006

Capriles, José; Juan Albarracín Jordán
2012 "The earliest human occupations in Bolivia: A review of the archaeological evidence". Quaternary International. En: http://dx.doi.org/10.1016/j.quaint.2012.06.012

Carvajal, fray Gaspar de
1942 Relación del Nuevo Descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el capitán Francisco de Orellana. (Edición introducción y notas de Jorge Hernández Millares). México D.F.: FCE.

Castillo, Joseph [José] del
1906 [ca. 1676] "Relación de la provincia de Mojos. Descripción de la provincia, ríos y sitios de los pueblos". Documentos para la Historia Geográfica de la República de Bolivia. Compilados y anotados por Manuel Vicente Ballivián. Tomo 1: Las Provincias de Mojos y Chiquitos. La Paz: Taller Tip-Lit. de J.M. Gamarra.

Chávez, Juan Carlos
2011 "Entre los Andes y Amazonas. Apuntes sobre la historia y arqueología de los grupos Yunga-Kallawaya". XXIV Reunión Anual de Etnología. La Paz: MUSEF.

Chávez, Sergio
s/a The Yaya-Mama Religious Tradition. An Antecedent of Tiwanaku en Tiwanaku. Ancestors of the Inca. Denver: Denver Art Museum - University of Nebraska Press.

Chávez, Sergio; Karen Mohr Chávez
1975 "A carved stela from Taraco, Puno, Peru, and the definition of an early style of stone sculpture from the Altiplano of Peru and Bolivia". Ñawpa Pacha, 13.

Cieza de León, Pedro
1986 [1571] Crónica del Perú, Tercera parte. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Cobo, Bernabé
1964 [1653] Historia del Nuevo Mundo. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Cohen, Abner
1976 Two-dimensional man. An essay on the Anthropology of power and symbolism in complex society. Los Angeles - Berkeley: University of California Press.

Comajuncosa, Antonio; Alejandro Corrado
1990 El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones. (Edición de Gerardo Maldini) Tomo I. Tarija: Editorial Offset Franciscana, Tarija.

Combès, Isabelle
2012 "Grigotá y Vitupue. En los albores de la historia chiriguana (1559-1564)". IFEA, 41/1.
2010 Diccionario étnico. Santa Cruz la Vieja y su entorno en el siglo XVI. Colección Scripta Autochtona, 4. Cochabamba: Instituto de Misionología - Editorial Itinerarios.
2009a "Saypurú: el misterio de la mina perdida, el Inca chiriguano y el dios mestizo". Revista Andina, 48.
2009b Zamucos. Colección Scripta Autochtona, 1. Cochabamba: Instituto de Misionología - Editorial Itinerarios.
2008 "Planchas, brazaletes y hachuelas: las rutas prehispánicas del metal andino desde el Guapay hasta el Pantanal", Revista Andina 47.
2007 "De Sanandita al Itiyuro: los chanés, los

chiriguanos (¿y los tapietes?) al Sur del Pilcomayo". INDIANA, 24.
2006 "De los candires a Kandire. La invención de un mito chiriguano". Journal de la Société des Américanistes, Vol. 92/1-2.
2005 Etno-historias del Isoso: chané y chiriguanos en el Chaco boliviano (siglos XVI a XX). La Paz: IFEA - PIEB.

Combès, Isabelle; Thierry Saignes
1995 "Chiri-guana: Nacimiento de una identidad mestiza". Riester, Jürgen, Chiriguano. Santa Cruz: APCOB.

Combès, Isabelle et al.
2005 "Las riquezas de la tierra': Acerca de las rutas prehispánicas del metal desde el Guapay hasta el Pantanal". Socio-lógicas, 4.

Combès, Isabelle; Diego Villar; Kathleen Lowrey
2009 "Comparative Studies and the South American Gran Chaco". Tipití: Journal of the Society for the Anthropology of Lowland South America, Vol. 7/1.

Condarco, Ramiro
1971 El escenario andino y el hombre. La Paz: Editorial Renovación.
1987 "Simbiosis interzonal". La teoría de la complementariedad vertical eco-simbiótica. La Paz: HISBOL.

Condarco, Carola
2009 "Paria, un centro administrativo incaico con más de 1000 qollqas". Periódico Digital de Investigación sobre Bolivia (14-08-2009), La Paz: www.pieb.com.bo

Conkey, Margaret W.
1990 "Experimenting with style in archaeology: some historical and teorethical issues". Conkey, Margaret; Christine, Hastorf (eds.), The Uses of Style in Archaeology. Cambridge: Cambridge University Press.

Couture, Nicole
2008 "Representaciones de la identidad social y memoria colectiva de la élite en Tiwanaku". Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas / UMSA - PIEB - ASDI SAREC.

Cruz, Pablo
2007 "Qaraqara e Inkas: El rostro indígena de Potosí. Estrategias de poder y supervivencia durante los siglos XV-XVI". Chachapuma Revista de Arqueología Boliviana, 2.

Cruz, Pablo; Jean Joinville Vacher (eds.)
2008 Mina y metalurgia en los Andes del Sur. Desde la época prehispánica hasta el siglo XVII. La Paz: IRD - IFEA.

D'altroy, Terrence
1992 Provincial Power in the Inka Empire. Washington - London: Smithsonian Institution Press.
1984 "The distribution and contents of Inca state storehouses in the Xauxa region of Peru". American Antiquity, 49/2.

Dauelsberg H., Percy
1972-73 "La cerámica Arica y su situación cronológica". Chungará, 1-2.

De Alcaya, Diego Felipe
1906 "Relación del Padre Diego Felipe de Alcaya, Cura de Mataca". In: Consultas hechas a S.M. por Don Juan de Lizarazu presidente de Charcas sobre su entrada a Mojos o Toros. Maurtua, Victor M. (ed.) Juicio de límites entre el Perú y Bolivia, N° 9, (S. 124-144), Madrid [1636?].
1961 [1636] "Relación del Padre Diego Felipe de Alcaya, Cura de Mataca". Cronistas Cruceños del Alto Perú Virreinal. Santa Cruz de la Sierra: Publicaciones de la Universidad Gabriel René Moreno.

Dejo Bendezú, Juan Miguel
1993 Atahualpa. Lima: BRASA.

Dejoux, Claude; André Iltis.
1991 El lago Titicaca, síntesis del conocimiento limnológico actual. La Paz: ORSTOM.

del Rio, María de las Mercedes
2006 Etnicidad, territorialidad y colonialismo en los Andes: Tradición y cambio entre los Soras de los siglos XVI y XVII. La Paz: IFEA - IEB/ UMSA.
1989 "Estructuración étnica qharaqhara y su desarticulación colonial". Historia y Cultura, 15.

Delcourt, Philip
2001 "Un inventario arqueológico preliminar en el Departamento de Tarija". BECK, S. et al. (Edit.) Historia, Ambiente y Sociedad en Tarija, Bolivia. Leeds - La Paz: Instituto de Ecología / UMSA - School of Geogra-

phy / University of Leeds.
De Molina, Cristóbal
1989 [1585] "Relación de las fábulas y ritos de los Incas". Urbano, Henrique; Pierre Duviols (edit.) Fábulas y mitos de los incas. Madrid: Crónicas de América 48/Historia 16.
Denevan, William
2001 Cultivated Landscapes of Native Amazonia and the Andes. New York: Oxford Geographical and Environmental Studies, Oxford University Press.
1966 The Aboriginal Cultural Geography of the Llanos de Mojos of Bolivia. Berkeley: University of California Press.
Denver Art Museum
2004 Tiwanaku. Ancestor of the Inca. Denver: University of Nebraska Press.
Díaz Rojas, Carmen
2003 Pumiri: Una aproximación al criterio de poder y expansión inca. Tesis de licenciatura, Carrera de Arqueología, La Paz: UMSA.
Dickau, Ruth; María Bruno; José Iriarte; Heiko Prümers; Carla Jaimes Betancourt; Irele Holst; Francis Mayle
2012 "Diversity of cultivars and other plant resources used at habitation sites in the Llanos de Mojos, Beni, Bolivia: evidence from macrobotanical remains, starch grains, and phytoliths". Journal of Archaeological Science, 39.
Diez de San Miguel, Garci
1964 [1567] Visita hecha a la provincia de Chucuito (versión paleográfica de Waldemar Espinoza Soriano): Lima: Casa de la Cultura del Perú.
Dillehay, Tom; Patricia Netherly (eds.)
1988 "La Frontera del Estado Inca". BAR International Series, 442.
Dillehay, Tom; Cecilia Mañosa
2004 Monte Verde, un asentamiento humano del pleistoceno tardío en el Sur de Chile. Santiago: Lom Ediciones.
Döllerer, Christoph; Ramón Sanzetenea
2011 "Los estilos cerámicos "Tupuraya Tricolor", "Sauces Tricolor" y "Cochapampa Tricolor" en los valles de Cochabamba, Bolivia". Arqueoantropológicas, 1.
Dougherty, Bernard; Horacio Calandra
1985 "Archaeological Research in Northeastern Beni, Bolivia". National Geographic Society Research Reports, Vol. 21.
1984-85 "Ambiente y Arqueología en el Oriente Boliviano: La Provincia Iténez del Departamento Beni". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Tomo XVI.
1984 "Prehispanic human settlement in the Llanos de Moxos, Bolivia". Rabassa, Jorge (ed.), Quaternary of South America and Antarctic Peninsula, vol. 2. Rotterdam: A.A. Balkema.
1981-82 "Excavaciones en la Loma Alta de Casarabe, Departamento del Beni, Bolivia". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Tomo XIV/ 2.
Doyle, Michael
1986 Empires. Cornell: Cornell University Press.
Dransart, Penélope
1999 "La domesticación de los camélidos en los Andes Centro Sur. Una reconsideración". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Tomo XXIV.
Driesch, Angela von den; Rainer Hutterer
2012 "Mazamas, patos criollos y anguilas de lodo. Restos de subsistencia del asentamiento precolombino "Loma Salvatierra", Llanos de Mojos, Bolivia". Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen, 4.
Duviols, Pierre
1980 "Algunas reflexiones acerca de las tesis de la estructura dual del poder incaico". Historia, 2.
Eder, Francisco J.
1985 [1772] Breve descripción de las reducciones de Mojos. (Transcipción y edición Josep Barnadas), Cochabamba: Historia Boliviana.
El Nuevo Día
2005 "Abren el primer museo arqueológico en el Norte cruceño". El Nuevo Día, 09/10/2005, Santa Cruz de la Sierra.
Erickson, Clark L.
2010 "The Transformation of Environment into Landscape: The Historical Ecology of Monumental Earthwork Construction in the Bolivian Amazon". Diversity, 2. doi:10.3390/d2040619.
2008 "Amazonia: The Historical Ecology of a Domesticated Landscape". En: SILVERMAN, Helaine, William Isbell (eds.), Handbook of South American Archaeology.

New York: Springer.
2006 The Domesticated Landscapes of the Bolivian Amazon. Balée, William, Clarck Erickson (eds.), Time and Complexity in Historical Ecology: Studies in the Neotropical Lowlands. New York: Columbia University Press, New York.
2000a "Lomas de Ocupación en los Llanos de Moxos". Durán Coirolo, Alicia y Roberto Bracco Boksar (eds.), Arqueología de las Tierras Bajas. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura / Comisión Nacional de Arqueología.
2000b "An Artificial Landscape-Scale Fishery in the Bolivian Amazon". Nature, 408.

Escalante Moscoso, Javier
1992 Arquitectura Prehispánica en los Andes bolivianos. La Paz: CIMA.

Espinoza, Ricardo
2004 Todo Caminos Incas. Ecuador - Perú - Bolivia. Lima: Tierra Firme Ediciones.

Espinoza Soriano, Waldemar
2003 "Los churumatas y los mitmas chichas-orejones en los lindes del Collasuyo, siglos XV- XX". Temas de etnohistoria boliviana. La Paz: CIMA.
1997 Los Incas (3ª ed.). Lima: Amaru editores.
1971 Los huancas aliados de la conquista. Tres informaciones inéditas sobre la participación indígena en la conquista del Perú, 1558 - 1560 - 1561. Huancayo: Universidad Nacional del Centro del Perú.
1969 [1582] El Memorial de Charcas: (Crónica inédita de 1582). Lima: Ediciones Universidad Nacional de Educación.

Fagan, Brian
1983 People of the earth. An introduction to World Prehistory. (4ª ed.). Boston - Toronto: Little Brown and Company.

Faldin A., Juan
1985 "La ceramografía de Villa General Peñaranda y sus connotaciones arqueológicas (2da. Parte de la Arqueología de las provincias de Larecaja y Muñecas)". Arqueología Boliviana, 2.

Flannery, Kent
1972 "The Cultural Evolutions of Civilizations". Annual Revision Ecological Systems, 3.

Francovich, Guillermo
1987 Mitos profundos de Bolivia. Cochabamba - La Paz: Los Amigos del Libro.

Fundazione Metropolitan
2000 Tiwanaku, Cittá eterna delle Ande. Catálogo de la exposición itinerante del mismo nombre. Roma, Milán, Florencia y Génova.

Gabelman, Olga
2001 "Choroqollo, producción de cerámica e intercambio de bienes durante el período Formativo. Un ejemplo del Valle de Santivañez, Cochabamba". Textos Antropológicos, Vol. 13/1-2.

García, José
1965 "Los pueblos de Chuquisaca. Quila Quila". Boletín de la Sociedad Geográfica e Histórica de Sucre, N° 312.

Garcilaso de la Vega, Inca
1943 [1609] Comentarios Reales de los Incas. (Edición de Ángel Rosemblat). Buenos Aires: Emecé editores.

Giannecchini, Doroteo
2006 Historia natural, etnografía, geografía, lingüística del Chaco boliviano, 1898. (Edición de Lorenzo Calzavarini). Tarija: Fondo de Inversión Social - Centro Eclesial de Documentación.

Gil García, Francisco
2000 Estructuras chullparias y manejo simbólico del espacio andino. Propuestas interpretativas. Tesis de licenciatura en Historia. Madrid: Universidad Complutense.

Gisbert, Teresa
2004 Iconografía y mitos indígenas en el arte. La Paz: Gisbert y Cía.
1987 "Los cronistas y las migraciones aymaras". Historia y Cultura, 12.

Gisbert, Teresa; J.C. Jemio; R. Montero; E. Salinas; M. Quiroga
1996 Los chullpares del rio Lauca y el Parque Sajama. La Paz: Academia Nacional de Ciencias de Bolivia.

Gisbert, Teresa; Silvia Arze; Martha Cajías
1987 Arte textil y mundo andino. La Paz: Gisbert y Cía.

Gore, Richard
1997 "The Most Ancient American". National Geographic. En: http://www.archaeologyfieldwork.com/afw/message/topic/2830/discussion/monte-verde

Guaman Poma de Ayala, Felipe
1980 [1612] Nueva crónica y buen gobierno. Caracas: Biblioteca Ayacucho.
Gugliota, Guy
2013 "When did Humans come to the Americas?" Smithsonian magazine, February 2013. En: http://www.smithsonianmag.com/science-nature/When-Did-Humans-Come-to-the-Americas-187951111.html#ixzz2f4Hix3Ew
Gutiérrez, Daniel
2005 El camino precolombino Paria y Tapacarí: Una aproximación arqueológica al sistema de tambos incas a través de los sitios Pisakheri Tambo y Huaylla. Tesis de Maestría Altamerikanistik und Ethnologie. Bonn: Rheinischen Friedrich-Wilhelms-Universität.
Hanagarth, Werner
1993 Acerca de la Geoecología de las Sabanas del Beni en el Noreste de Bolivia. La Paz: Instituto de Ecología.
Hastorf, Christine; Mathew Bandy; William Whitehead; Lee Steadman
2001 "El período Formativo en Chiripa, Bolivia". Textos Antropológicos, Vol. 13/ 1-2.
Heckenberger, Michael; A. Kuikuro; U.T. Kuikuro; C. Russell; M. Schmidt; C. Fausto; B. Franchetto
2003 "Amazonia 1492: Pristine Forest or Cultural Parkland?". Science, 301 (5640).
Heckenberger, Michael; J. Russell; C. Fausto; R. Toney; M.J. Schmidt; E. Pereira; B. Franchetto; A. Kuikuro.
2008 "Pre-Columbian Urbanism, Anthropogenic Landscapes, and the Future of the Amazon". Science 321 (5893).
Hidalgo, Jorge
2004 Historia andina en Chile. Santiago: Editorial Universitaria.
Hidalgo, Jorge; V. Schiappacasse, H. Niemeyer ; C. Aldunate Del Solar; R. Solimano (Edits.)
1989 Culturas de Chile, Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista. Santiago: Editorial Andrés Bello.
Hrdlicka, Alex
1937 The Question of Ancient Man in America. Philadelphia: Ledger Syndicate.
Hyslop, John
1992 Qhapaqñan. El sistema vial inkaico. Lima: Instituto Andino de Estudios Arqueológicos - Petróleos del Perú.
1976 An Archeological Investigation of the Lupaca kingdom and its origins. New York: University of Columbia / Departament of Antropology (tesis doctoral inédita).
Ibarra Grasso, Dick Edgar
1994 Sudamérica indígena. Buenos Aires: TEA.
1973 Prehistoria de Bolivia. La Paz - Cochabamba: Los Amigos del Libro.
1957 "Nuevas culturas arqueológicas de los antiguos indígenas de Chuquisaca, Potosí y Tarija". Ponce Sanginés, Carlos (ed.), Arqueología Boliviana. Primera Mesa Redonda. La Paz: Biblioteca Paceña - HAM.
1953 "New archaeological cultures from the departments of Chuquisaca, Potosí and Tarija, Bolivia". American Antiquity, 19.
Ibarra Grasso, Dick; Roy Querejazu Lewis
1986 30.000 años de prehistoria de Bolivia. La Paz - Cochabamba: Los Amigos del Libro.
Isbell, William
2008 "Wari and Tiwanaku: International Identities in the Central Andean Middle Horizon". Silverman, Helaine, William Isbell (eds.), Handbook of South American Archaeology. New York: Springer.
Jaimes Betancourt, Carla
2014 "Unidad en la Diversidad. Implicaciones de la variabilidad cerámica de la región del Iténez, Bolivia". Rostain, Stephen (ed.), Antes de Orellana. Actas del 3er Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica. Quito: IFEA - FLACSO - Embajada de EEAA.
2013 "Diversidad cultural en los Llanos de Mojos". Valdez, Francisco (ed.), Arqueología Amazónica. Las civilizaciones ocultas del bosque tropical. Actas del coloquio internacional "Arqueología regional en la Amazonía occidental: técnicas, resultados y políticas". Quito: IFEA - IRD - Abya-Yala.
2012 a La cerámica de la Loma Salvatierra. La Paz: Plural.
2012 b "La cerámica de los afluentes del Guaporé en la colección de Erland von Nordenskiöld". Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen, 4.
2012 c "La cerámica de dos montículos habitacionales en el área de Casarabe, Llanos de Moxos". Isendahl, Ch. (ed.), The Past Ahead. Language, Culture, and Identity

in the Neotropics. Uppsala: Department of Archaeology and Ancient History-Uppsala University.

2012 d "Lectura arqueológica de los monumentos de Tiwanaku". En: Das Sonnentor: Bolivien und seine Schätze. Peter Assmann & Christina Schmid (Eds.). Catálogo de exposición Schlossmuseum Linz/Oberösterreichische Landesmuseen, Linz.

2004 Secuencia Cerámica del Corte 1 de la Loma Mendoza. Tesis de Licenciatura en Arqueología. La Paz: UMSA.

Janusek, John Wayne

2003 "Vessels, Time, and Society: Toward a Ceramic Chronology in the Tiwanaku Heartland". Kolata, A.L. (ed.) Tiwanaku and Its Hinterland. Archaeology and Paleoecology of an Andean Civization, 2, Urban and Rural Archaeology. Washington - London: Smithsonian Institution Press.

2011 "Contextualizando el sitio de Khonkho Wankane: Objetivos, antecedentes, y resultados preliminares del Proyecto Jach'a Machaca". En: http: //www.arqueobolivia.com/revistas/26_78-1304188396.pdf

Johanson, Don

S/a Becoming human. ASU. Institute of Origins. En: http: //www.becominghuman.org/.

Julien, Catherine

2002 Los Incas. Madrid: Acento Editorial.

1995 "Oroncota entre dos mundos". Presta, Ana María (comp.), Espacios, etnias, frontera: Atenuaciones políticas en el Sur del Tawantinsuyu, siglos XV-XVII. Sucre: ASUR.

1982 "Inca decimal administration in the lake Titicaca region". Collier, G.A. et al. (Eds), The Inca and Aztec States 1400 - 1800. New York: Academic Press.

Julien, Catherine; Kristina Angelis; Zulema Bass Werner

1997 Historia de Tarija (corpus documental). Tomo VI. Tarija: Imprenta Guadalquivir.

Kesseli, Risto; Petri Liuha; Matti Rossi y Jonny Bustamante

1999 "Archaeological and Geographical research of Precolumbian (AD 1200-1532). Grave Tower or Chullpa on the Bolivian High Plateau in the Years 1989-1998. Preliminary report". Huurre, Matti (ed.), Di gil all: Papers dedicated to Ari Siiriâinen. Helsinki: The Finnish Antiquarian Society and The Archaeological Society of Finland.

Khazanov, Anatoly M.

1994 Nomads and the outside world. Madison: University of Wisconsin Press.

Kidder, Alfred

1943 Some early sites in the northern lake Titicaca basin. Cambridge (Massachussets): The Museum.

Kolata, Alan

1993 The Tiwanaku. Portrait of an Andean Civilization. Cambridge & Oxford: Blackwell.

Krapovickas, Pedro

1983 "Las poblaciones indígenas históricas del sector oriental de la puna (un intento de correlación entre la información arqueológica y la etnográfica)". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, Vol. XV.

1978 "Los indios de la Puna en el siglo XVI". Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología. Vol. XII.

1965 "La cultura de yavi, una nueva entidad cultural puneña". Etnia, 2.

Krapovickas, Pedro; Cecilia Patricia Pla; Silvia Elvira Manuale

1989 "Reconstruyendo el pasado: la arqueología, la cultura de Yavi y los chichas". Revista de antropología, Año IV/ 8.

Kühlem, Annette

2012 Die Knochenartefakte der Loma Salvatierra, Nordost-Bolivien. Universität Bonn (tesis doctoral). En: http://hss.ulb.uni-bonn.de/2012/2834/2834.pdf

Langer, Erick

1996 "Indígenas y exploradores en el Gran Chaco: relaciones indio-blancas en la Bolivia del siglo XX". Anuario del Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, 2.

Langer, Protasio Paulo

2010 "`Piores que bestas feras´: Garcilaso de la Vega e o imaginário hispano-inca sobre os Guarani Chiriguano". Topoi, Vol. 11/21.

Lathrap, Donald

1970 The Upper Amazon. London: Thames and Hudson.

Lawrence Frye, Kirk

1997 "Centralización política en la hoya del Titicaca Sur-Occidental durante el Período Altiplano". Stanish, Charles

(Edit.), Archaeological Survey in the Juli-Desaguadero Region of Lake Titicaca Basin, Southern Peru. Filediana Anthropology New series, 29. En: www.ioa.ucla.edu/stanish/jp-trans.html.

Lechtman, Heather

1984 Technologies of Power, the Andean Case. S/l: Massachusetts Institute of Technology.

Lechtman, Heather; Andrew Macfarlane

2005 "La Metalurgia del Bronce en los Andes Sur Centrales: Tiwanaku y San Pedro de Atacama". Estudios Atacameños, 30.

Lecoq, Patrice

2003 "La ocupación en los valles de Yura y los alrededores de Potosí durante los períodos Intermedio Tardío e Inka, a la luz de nuevos descubrimientos arqueológicos". Textos Antropológicos, Vol. 14/ 2.

2001 "El período Formativo en Potosí y el Sur de Bolivia: Un estado de la cuestión". Textos Antropológicos, Vol. 13/1-2.

1999 "Uyuni Préhispanique. Archéologie de la Cordillère Intersalar (Sud-Ouest Bolivien)". BAR International Series, 798.

1997 "Patrón de asentamiento, estilos cerámicos y grupos étnicos: el ejemplo de la región intersalar en Bolivia". Saberes y memorias en los Andes. In memoriam Thierry Saignes. Lima: CREDAL - IFEA.

Lecoq, Patrice; Ricardo Céspedes

1997a "Panorama archéologique des zones méridionales de Bolivie (sud-est de Potosí)". IFEA, 26/1.

1997b "Nuevos datos sobre la ocupación prehispánica de los Andes meridionales de Bolivia (Potosí)". Cuadernos de Investigación, 9.

1997c "Nuevas investigaciones arqueológicas en los Andes meridionales de Bolivia. Una visión prehispánica de Potosí". Revista de Investigaciones Históricas, Universidad Tomas Frías, s/n.

Lehm, Zulema

1999 Milenarismo y movimientos sociales en la Amazonía boliviana. La búsqueda de la Loma Santa y la marcha indígena por el territorio y la dignidad. Santa Cruz: APCOB.

Lima, Pilar

2014 "La presencia Inka y su relación con las poblaciones locales en la región occidental de Bolivia: los casos de Carangas y Quillacas, Oruro". Rivera Casanovas, Claudia (Edit.), Ocupación Inka y dinámica regionales en los Andes (siglos XV-XVII). La Paz: IFEA - Plural.

2012 "Caranguillas: ¿la capital pre-inca de los Carangas? Re-estructuración de la perspectiva territorial a partir de la presencia de los Inkas". Medinacelli, Ximena (coord.), Turco Marka. Hombres, dioses y paisaje en la historia de un pueblo orureño. La Paz: IEB - FCBCB.

2008 "Interculturalidad como estrategia de control político: La relación de los Inkas con los grupos locales del Sur del lago Poopó". Arqueología de las Tierras Altas, Valles Interandinos y Tierras Bajas de Bolivia, Memorias del I Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: UMSA - PIEB - ASDI/SAREC.

2000 ¿Ocupación Yampara en Quila Quila? Cambios socio-políticos de una sociedad prehispánica durante el Horizonte Tardío. Tesis inédita presentada a la carrera de Arqueología. La Paz: UMSA.

Lima, Pilar; Marcos Michel

2005 Proyecto "La Gran Ruta Inca en Potosí". Informe de actividades Primera Fase, Reconocimiento arqueológico Tramo Coroma - Chorolque. La Paz: Instituto de Investigaciones Arqueológicas y Antropológicas / UMSA - SAVIA.

Lizarazu, Juan de

1906 [1636] "Consultas hechas a S.M. por Don Juan de Lizarazu, Presidente de Charcas, sobre su entrada a Moxos ó Toros". Maurtua, Víctor, Juicio de límites entre Perú y Bolivia. Tomo IX. Barcelona.

Lizarraga-Mehringer, Yara

2000 Viscachani y el Precerámico de Bolivia (Tomo 1 y Tomo 2). Universität zu Köln (tesis doctoral). En: http://kups.ub.uni-koeln.de/1155/

Lombardo, Umberto

2010 "Raised Fields of Northwester Bolivia: a GIS based analysis". Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen, 3.

Lombardo, Umberto; Jan-Hendrik May; Heinz Veit

2012 "Mid to late Holocene fluvial activity behind pre-Columbian social complexity

in the southwestern Amazon basin". The Holocene, 22.

Lombardo, Umberto; Katherine Szabo; José Capriles; Jan-Hendrik May; Wulf Amelung; Reiner Hutterer; Eva Lehndorff; Heinz Veit

2013 "Early and Middle Holocene Hunter-Gatherer Occupations in Western Amazonia: The Hidden Shell Middens". Plos one, 8.

Lombardo, Umberto; Sebastian Denier; Jan-Hendrik May; Leonor Rodrigues; Heinz Veitz

2013 "Human-environment interactions in pre-Columbian Amazonia: The case of the Llanos de Moxos, Bolivia". Quaternary International, 312.

Loza, Carmen Beatriz

2007 "El atado de remedios de un religioso/médico del periodo Tiwanaku: miradas cruzadas y conexiones actuales". IFEA, 36/3.

1984a "Los Quirua de los valles paceños: una tentativa de identificación en la época prehispánica". Revista Andina, año II/2.

1984b "Pleito entre Bartolomé Cari, Mallku de los Lupaqa y los corregidores de Chuchito (1619 - 1643)". Historia y Cultura, 5.

Lozano, Pedro

1941 [c. 1733] Descripción corográfica del Gran Chaco Gualamba (Edición de A. Radames Altieri). Tucumán: Universidad Nacional del Tucumán / Instituto de Antropología.

Lozano Machuca, Juan

1965 [158] Carta del factor de Potosí Juan Lozano Machuca al Virrey del Perú, en donde describe la provincia de los Lipez. Relaciones geográficas de Indias Perú Tomo II. Madrid: Biblioteca de Auotores Españoles.

Lumbreras, Luís

1981 Arqueología de la América andina. Lima: Milla Batres.

1974 "Los reinos post-Tiwanaku en el área altiplánica". Revista del Museo Nacional, XL.

Lumbreras, Guillermo; P. Kaulicke; J. Santillana; W. Espinoza.

2010 Compendio de Historia Económica del Perú. (2ª ed.). Lima: IEP.

Malpass, Michael; Sonia Alconini (eds.)

2010 Distant provinces in the Inca Empire. Iowa: University of Iowa Press.

Martínez Cereceda, José Luís

2008 Discursos coloniales e identidades étnicas. Los lipes en el siglo XVI. Lima: PUCP - Centro Barros Arana - DIBAM.

Mathews, James Edward

1995 "A Re-Evaluation of the Formative Period in the South-east Titicaca Basin, Bolivia". Journal of the Steward Anthropological Society, 23.

1992 Prehispanic Settlement and Agriculture in the Middle Tiwanaku Valley, Bolivia. University of Chicago (tesis doctoral).

Matienzo, Juan de

1967 [1567] Gobierno del Perú. (Edición y estudio de Guillermo Lohman Villena). Lima: IFEA.

Mayle, F.E.; R.P. Langstroth; R.A. Fisher; P. Meir

2007 "Long-term forest savannah dynamics in the Bolivian Amazon: implications for conservation". Biological Sciences, 362.

Mayr, Dominicus

2002 Terra Amazonum oder Landschafft der streitbaren Weiber. Herausgegeben, übersetzt und kommentiert von Karl-Heinz Stadelmann. Konstanz - Eggingen: Biblioteca Suevica - Edition Isele.

Mcandrews, Timothy

2006 "Wankarani settlement systems in evolutionary perspective". Journal of the Royal Anthropological Institute, Vol. 12.

Medinacelli, Ximena

2010a Sariri. Los llameros y la construcción de la sociedad colonial. La Paz: ASDI - IFEA - Plural-IEB

2010b Historia prehispánica de los Señoríos de las tierras altas y valles bolivianos. Informe de consultoría. La Paz: Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras - Viceministerio de Tierras.

2010c "los Carangas y la organización territorial en Markas". Anuario de Estudios Bolivianos, Archivísticos y Bibliográficos, 16.

2004 "La ambigüedad del discurso político de las autoridades étnicas en el siglo XVI. Una propuesta de lectura de la probanza de los Colque Guarachi". Revista Andina, 38.

2003 ¿Nombres y apellidos? El sistema nominativo aymara Sacaca, siglo XVII. La Paz: IFEA - IEB.

Medinacelli, Ximena (Coord.)

2012 Turco Marka. Hombres, dioses y paisaje

en la historia de un pueblo orureño. La Paz: IEB-Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
Medinacelli, Ximena; Silvia Arze
1996 "Los mallkus de Charcas. Redes de poder en el Norte de Potosí (siglos XVI y XVII)". Estudios Bolivianos, 2.
Meggers, Betty
1997 "La cerámica temprana de América del Sur: ¿Invención independiente o difusión?". Revista de Arqueología Americana, 13.
1996 Amazonia: Man and Culture in a Counterfeit Paradise. Washington: Smithsonian Inst. Press.
1979 "Climate Oscillation as a Factor in the Prehistory of Amazonia". American Antiquity, 44/2.
1954 "Environmental Limitation on the Development of Culture". American Anthropologist, 56/5.
Meggers, Betty; Eurico Miller
2003 "Hunter-Gatherers in Amazonia during the Pleistocene-Holocene Transition". Mercader, J. (ed.), Under the Canopy: The Archaeology of Tropical Rain Forests. New Brunswick: Rutgers University Press.
Mendes Correia, Antonio Augusto Esteves
1925 "As primeiras migraçãos humanas". Dionysso, 2.
Mercado de Peñaloza, Pedro
1965 [1583] "Relación de la Provincia Pacajes". Relaciones Geográficas de Indias, tomo I. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
Metraux Alfred
1942 The native tribes of eastern Bolivia and western Matto Grosso, Bulletin 143, Smithsonian Institution, Bureau of American ethnology.
Meyers, Albert
1998 Los Incas en el Ecuador. Análisis de los restos materiales. Quito: Banco Central del Ecuador.
Meyers, Albert e Isabelle Combès, eds:
2015 Samaipata. Estudios arqueológicos. Santa Cruz : Museo de Historia de la UAGRM/ El País.
Meyers, Rodica
2002 Cuando el sol caminaba por la tierra: Orígenes de la intermediación Kallawaya. La Paz: Plural.
Michel, Freddy; Huber Catacora; Mónica Clavijo; Soledad Fernández; Pilar Lima; Marcos Michel
2002 "Una aproximación histórico-espacial a la relación hombre-ambiente en la cuenca del Poopó: el caso de Quillacas". Convención sobre los humedales Ramsar. La Paz: Wild Life Conservation, Ministerio de Desarrollo Sostenible y Planificación.
Michel, Marcos
2006 "Arqueología de Bolivia". Historia de Bolivia. Periodo prehispánico 1. La Paz: Fundación Cultural del Banco Central de Bolivia.
2000 "El Señorío prehispánico de Carangas". Ponencia presentada a la XIV Reunión Anual de Etnología. La Paz: MUSEF.
Miller, Eurico
1987 "Pesquisas arqueológicas paleoindígenas no Brasil occidental". Estudios Atacameños, 8.
1983 História da cultura indígena do alto Médio-Guaporé (Rondônia e Mato Grosso). Dissertação de Mestrado em História da Cultura Brasileira. Porto Alegre: PUCRS.
Mohr Chávez, Karen
1988 "The Significance of Chiripa in Lake Titicaca Basin Developments". Expedition, 30.
Molina Rivero, Ramiro
2006 De memorias e identidades. Los Aymaras y Urus del Sur de Oruro. La Paz: IEB - ASDI/ SAREC - Fundación Diálogo.
Moraga, Mauricio
2001 "Análisis de ADN mitocondrial en momias del Norte de Chile avala hipótesis de origen amazónico de poblaciones andinas". Revista chilena de historia natural, Vol. 74/3. En: http://www.scielo.cl/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0716-078X2001000300018&lng=es&nrm=iso.
Moreno Huerta, Marcelo
1978 "Terracerio Agrícola Pukarilla". I.N.A.R., 37.
Mújica Barreda, Elías
1997 "Los Andes del Puno en el contexto del proceso histórico de la cuenca Norte del Titicaca". Ponencia presentada al Simposio Conservación y Abandono de Andenes. Lima: Universidad Agraria La Molina.
1996 "La integración Sur andina durante el período Tiwanaku". La integración surandina. Cinco siglos después. Cuzco: Centro de

Estudios Regionales Andinos Bartolomé de Las Casas.

Muñoz, María de los Ángeles
2012 Representaciones del poder político y administrativo Inca en el Collasuyo, a través de un sitio monumental: Incallajta. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México (tesis doctoral).

Murra, John
1982 "The Mit'a Obligations of Ethnic Groups to the Inka State". Collier, G.A. et al. (Eds), The Inca and Aztec States 1400 - 1800. New York: Academic Press.
1975 "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". Formaciones económicas y políticas del mundo andino. Lima: IEP.

Murúa, Fray Martín de
1962 [1599-1610] Historia General del Perú (Manuscrito Wellington). (Edición de Manuel Ballersteros Gaibrois). Madrid: Gonzalo Fernández de Oviedo.

Neira Avendaño, Máximo
1962 "Informe preliminar de la expedición arqueológica al altiplano". Kontisuyo, Boletín del Museo de Arqueología e Historia de la UNAS, 1.

Neves, Eduardo
2011 "El nacimiento del "Presente Etnográfico": La emergencia del patrón de distribución de sociedades indígenas y familias lingüísticas en las tierras bajas sudamericanas, durante el primer milenio d. C.". Chaumeil, Jean-Pierre; Óscar, Espinosa de Rivero; Manuel, Cornejo Chaparro (eds.). Por donde hay soplo. Estudios amazónicos en los países andinos. Acta Memories 29. Lima: IFEA-PUCP-CAAAP.
2007 "El formativo que nunca terminó: La larga historia de estabilidad en las ocupaciones humanas de la Amazonía Central". Boletín de arqueología de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 11.
2006 Arqueologia da Amazônia. Río de Janeiro: Editorial Jorge Zahar.

Neves, Eduardo; J. B. Petersen; R.N. Bartone; C. A. Da Silva
2003 "Historical and Socio-Cultural Origins of Amazonian Dark Earths". Lehmann, J. et al. Amazonian Dark Earths: Origins, Properties, Management. Dordrecht: Kluwer Academic.

Neves, Eduardo; J. B. Petersen; R.N. Bartone; M. J. Heckenberger
2004 "The Timing of Terra Preta Formation in the Central Amazon: Archaeological Data from Three Sites". Glaser, B., W.I. Woods (eds.), Amazonian Dark Earths: Explorations in Space and Time. Berlin - Heidelberg: Springer.

Neves, Eduardo; John Petersen
2006 "Political Economy and Pre-Columbian Landscape Transformations in Central Amazonia". Balée, William; Clarck Erickson, C. L. (eds.), Time and Complexity in Historical Ecology: Studies in the Neotropical Lowlands. New York: Columbia University Press.

Nichols, Johanna
2002 "The First American Languages". Jablonski, N. G. (ed), The First Americans: The Pleistocene Colonization of the New World. San Francisco: Memoirs of the California Academy of Sciences, 27.

Nielsen, Axel E.
2006 "Plazas para los antepasados: Descentralización y poder corporativo en las formaciones políticas preincaicas de los Andes circumpuneños". Estudios Atacameños, 31.
2002 "Asentamiento, conflicto y cambio social en el Altiplano de Lipez (Potosí Bolivia)". Revista Española de Antropología Americana, 32.

Nordensnkiöld, Erlan
1953 Investigaciones arqueológicas en la región fronteriza de Perú y Bolivia. La Paz: Biblioteca Paceña - Alcaldía Municipal.
1913 "Urnengräber und Mounds im bolivianischen Flachland". Baessler-Archiv 3/6.

Núñez, L.; T. Dillehay
1995 Movilidad Giratoria, Armonía Social y Desarrollo en los Andes Meridionales: Patrones de Tráfico e Interacción Económica. (2ª ed.). Antofagasta: Universidad Católica del Norte.

Oakland, Amy
1981 "Tejidos pre-incaicos en Cochabamba". Los tejidos pre-colombinos, 1-9.
1986 Tiwanaku Textile Style from the South Central Andes, Bolivia and North Chile. Ann Arbor: University of Texas at Austin (tesis doctoral).

Ondegardo, Polo de
1916/7 [1571] Relación de los adoratorios de los

indios en los cuatro caminos que salían del Cuzco. (Notas de Horacio Urteaga). Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, tomos III y IV. Lima.

Orellana, Antonio de
1970 [1704] "Relación abreviada de la vida y muerte del Padre Cipriano Barace". Mathei, Mauro (ed.), Cartas e informes de misioneros jesuitas extranjeros en Hispanoamérica. Segunda Parte 1700-1723. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile / Anales de la Facultad de Teología.

Palma, J.
1998 Curacas y señores. Tilcara: Instituto Interdisciplinario de Tilcara.

Pärssinen, Martti
2012 Esplendor de Tiwanaku en La magia del agua en el lago Titicaca. Lima: Banco de Crédito del Perú.
2009 Caquiaviri y la provincia Pacasa. Desde el Alto-Formativo hasta la Conquista Española (1-1533). La Paz: Colegio Nacional de Historiadores de Bolivia - CIMA.
1992 Tawantinsuyu: the Inca state and its political organization. Helsinki: SHS.

Pärssinen, Martti; Ari Siiriäinen
2003 Andes Orientales y Amazonía Occidental. Ensayos entre la historia y la arqueología de Bolivia, Brasil y Perú. La Paz: Colegio Nacional de Historiadores de Bolivia - CIMA.

Pease, Franklin
1982 "The Formation of Tawantinsuyu: Mechanisms of Colonization and Relationship with Ethnic Groups". Collier, G.A. et al. (Eds), The Inca and Aztec States 1400 - 1800. New York: Academic Press.
1978 Del Tawantinsuyu a la Historia del Perú. Lima: IEP.

Pereira Herrera, David
1982 "La Red Vial Incaica (Estudio Arqueológico y Etnohistórico)". Cuadernos de Investigación Universidad Mayor de San Simón, 1.
1992 "Incallacta: la fortaleza de Topa Inga Yupanqui". Revista Cultura. Ciencia, Arte y Letras, 2.

Pereira David; Donald Brockington (eds.)
2005 "Mojocoya y Grey Ware: interacción espacial e intercambios entre la Amazonía, Chaco y Andes". Cuadernos de Investigación, 10.

Platt, Tristan
2014 "Textos coloniales, memoria andina y refundaciones étnicas. El escudo de Don Fernando Ayra de Ariutu". Charla magistral en el IX Congreso Internacional de Etnohistoria.Colonización,descolonizacióne imaginarios múltiples. Arica-Chile 11-14 de noviembre.

Platt, Tristan, Therésse Bouysse-Cassagne, Olivia Harris y Thierry Saignes
2006 Qaraqara-Charka. Mallku, Inka y Rey en la provincia de Charcas (siglos XV-XVII). La Paz: IEP - Plural - University of St. Andrews - University of London - Inter American Foundation - FCBCB.

Plural - Caf - Soboce
2011 Proyecto cultural para el desarrollo. Viacha, Tiwanaku. Zapana, Chiripa. La Paz: Plural.

Politis, Gustavo G. (reseña)
2005 Reseña de Dillehay, Tom, Monte Verde. Un Asentamiento Humano del Pleistoceno Tardío en el Sur de Chile. Chungará. Revista de Antropología Chilena, Vol. 37/2. En: http://www.scielo.cl/scielo

Ponce Sanginés, Carlos
1981 Tiwanaku: Espacio, Tiempo y Cultura. (4ª ed.). La Paz - Cochabamba: Los Amigos del Libro.
1980 Panorama de la Arqueología Boliviana. La Paz: Juventud.
1957 "La cerámica de Mollo". Ponce Sanginés, Carlos (ed.), Arqueología boliviana (Primera mesa redonda). La Paz: Biblioteca Paceña - Alcaldía Municipal.

Portugal Zamora, Maks
1988 "Aspectos generales sobre Tiwanaku del área circundante al lago Titicaca (sector Bolivia)". Arqueología Boliviana, 3.
1940 "En la finca de Chiripa fueron descubiertas diez tumbas valiosas". La Noche, La Paz, 08/10, p.2.

Presta, Ana María
1995 "La población de los valles de Tarija, Siglo XVI. Aportes para la solución de un enigma etnohistórico en una frontera incaica". Espacios, Etnias y Fronteras. Atenuaciones políticas en el Sur del Tawantinsuyu, Siglos XV-XVIII. Sucre: ASUR.

Proyecto Arqueológico Chiripa (PACH)
2007 Informe Final Proyecto Arqueológico Chiripa.

La Paz: Unidad Nacional de Arqueología

Prümers, Heiko

2014 "Sitios prehispánicos con zanjas en Bella Vista, Provincia Iténez, Bolivia". Rostain, Stephen (ed.), Amazonía. Memorias del 3er Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica. Quito: IFEA - FLACSO - MCCTH - SENESCYT.

2013 "Volver a los sitios - el Proyecto Boliviano-Alemán en Mojos". Krekeler, B. et al. (eds.), Para quê serve o conhecimento se eu não posso dividi-lo?" - Gedenkschrift für Erwin Heinrich Frank. Berlin: Ibero Amerikanisches Institut.

2012 "El Proyecto Lomas de Casarabe: Investigaciones arqueológicas en los Llanos de Moxos, Bolivia". Isendahl, Ch. (ed.), The Past Ahead. Language, Culture, and Identity in the Neotropics. Uppsala: Department of Archaeology and Ancient History-Uppsala University.

2007 "¿«Charlatanocracia» en Moxos?". Kaulicke, Peter; Tom, Dillehay (eds.), Procesos y expresiones de poder, identidad y orden tempranos en Sudamérica. Segunda parte. Boletín de Arqueología PUCP, 11.

2002 "Excavaciones arqueológicas en Pailón (Depto. de Sta. Cruz, Bolivia)". Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 22.

2000 "Der Fundort Grigotá in Santa Cruz de la Sierra (Bolivien). / El sitio Grigotá en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia)". Beiträge zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie, 20.

Prümers, Heiko; Carla Jaimes Betancourt; Eduardo Machicado

2009 Excavaciones en la Granja del Padre (Bella Vista, Prov. Iténez, Depto. Beni). Informe de labores.

Prümers, Heiko; Martin Trautman; Iris Trautman; Sandra Lösch; Carsten Pusch

2012 "Syphilis in South America: A Closer Look at Pre-Contact Bolivia". Harbeck, Michaela et al., Sickness, Hunger, War, and Religion: Multidisciplinary Perspectives. Munich: Rachel Carson Center Perspectives.

Raffino, Rodolfo; R. Alvis

1993 "Las ciudades Inka en Argentina: arqueología de La Huerta de Humahuaca. El sistema de poblamiento prehispánico". Raffino, R. (ed.), Inka, Arqueología, Historia y Urbanismo del Altiplano andino. La Plata: Corregidor.

Ramos Gavilán, Alonso

1988 [1621] Historia del Santuario de Nuestra Señora de Copacabana. Lima: Transcripción, nota del editor e índices de Ignacio Prado Pastor.

Rivera Casanovas, Claudia

2014 "Dinámicas regionales prehispánicas entre los siglos XIV-XVI: las Provincias de Pilaya y Paspaya (Cinti) ¿territorio Qaraqara?". Presta, Ana María (ed.), Aportes multidisciplinarios al estudio de los colectivos étnicos Surandinos. La Paz: Plural - IFEA.

2012 "Tradición, ceremonialismo y vida cotidiana en la cuenca Sur del lago Titicaca durante la época prehispánica". Tiwanaku en La magia del agua en el lago Titicaca. Lima: Banco de Crédito del Perú.

2011 "Estilos cerámicos como indicadores cronológicos en la región de Cinti, Chuquisaca". Textos Antropológicos, Vol.16/1.

2006 "Complejidad Social y Esferas de Interacción Durante el Horizonte Medio y el Período Intermedio Tardío en los Valles Interandinos del Suroeste de Chuquisaca (Cinti)". Lechtman, Heather (ed.), Esferas de Interacción Prehistóricas y Fronteras Nacionales Modernas: los Andes Sur-Centrales. Lima: IEP.

2005 Sociedades tardías en los valles Interandinos del Suroeste de Chuquisaca, Bolivia. En: www.arqueobolivia.com/revistas.php

2004 Regional Settlement Patterns and Political Complexity in the Cinti Valley, Bolivia. Pittsburgh: University of Pittsburgh (tesis doctoral).

2003 "Identidades compartidas en el Sur de Bolivia: interacciones entre las poblaciones prehispánicas del valle de Cinti y las tierras bajas del Sureste". Ortiz, G.; B. Ventura (eds.), La mitad verde del mundo andino. Estado actual de las investigaciones arqueológicas en la vertiente oriental de los Andes y tierras bajas de Bolivia y Argentina. Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.

Rivera, Claudia (ed.)

2008 Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto

de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas / UMSA - PIEB - ASDI SAREC

Rivera Casanovas, Claudia; Matthias Strecker

2005 "Arqueología y Arte Rupestre de Bolivia". Ibero-Bibliographien, 3.

Rivera Casanovas, Claudia; Sergio Calla Maldonado

2011 "Cazadores recolectores del periodo arcaico en los valles y serranías de la región de San Lucas, Chuquisaca-Bolivia". Chungara, Revista de Antropología Chilena, Vol. 43/1. En: http://dx.doi.org/10.4067/S0717-73562011000300007

Riviere, Gilles

1986 Sabaya: Estructuras socioeconómicas y representaciones simbólicas de los Carangas. Paris: Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales (tesis doctoral).

Rodriguez, Mariela

2011 Entre "bárbaros" y "civilizados". El afianzamiento de una frontera colonial. Chichas, siglo XVI. La Paz: Tesis para optar al grado de Licenciatura. La Paz: UMSA / Carrera de Historia.

Roosevelt, Anna

1995 "Early Pottery in the Amazon: Twenty Years of Scholarly Obscurity". Barnett, W. K.; J. Hoopes (eds.), The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient jablonski, Societies. Washington, D.C.: Smithsonian Institution Press

1991 Moundbuilders of the Amazon: Geophysical Archaeology on Marajó Island, Brazil. San Diego: Academic Press.

Roosevelt, Anna; J. Douglas; L. Brown

2002 "The Migrations and Adaptations of the First Americans: Clovis and Pré-Clovis Viewed from South America". N. G. (ed.), The First Americans: The Pleistocene Colonization of the New World. San Francisco: California Academy of Sciences.

Roosevelt, Anna; A. Houselay; M. Imazio da Silveira; S. Maranca; R. Johnson

1991 "Eighth Millennium Pottery from a Prehistoric Shell Midden in the Brazilian Amazon". Science 254 (5038).

Rose, Courtney

2001 "Organización residencial en una aldea del período Formativo Temprano: el sitio Wankarani de La Barca, Oruro". Textos Antropológicos, Vol. 13/1-2.

Rostworowski, María

2010 "Las etnias cusqueñas y los primeros incas". Incas. Lima: El Comercio - Producciones Cantabria.

1988 Historia del Tahuantinsuyu. (2ª ed.). Lima: IEP.

Rothhammer, Francisco; Mauricio Moraga; Mario Rivera; Calogero Santoro; Vivien Standen; Federico García; Pilar Carvallo

2003 "Análisis de ADN mitocondrial de restos esqueletales del sitio arqueológico de Tiwanaku y su relación con el origen de sus constructores". Chungara Revista de Antropología Chilena, Vol. 35/2.

En: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0717-73562003000200006&script =sci_arttext

Rowe, John Howland

1985 "Probanza de los incas nietos de conquistadores". Histórica, vol. IX/2.

1982 "Inka policies and institutions relating to the cultural unification of the empire". Collier, G.A. et al. (Eds), The Inca and Aztec States 1400 - 1800. New York: Academic Press.

1944 "An introduction to the archaeology of Cuzco". Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Vol. 27/2.

Sagárnaga, Jédu Antonio

2007 "La necrópolis de Cóndor Amaya, un tesoro en peligro". Noticias de Historia Antigua y Arqueología. En: http://historia-antigua.blogspot.com

Sagárnaga M., Jédu Antonio; Antti Korpisaari

2005 "Pariti, la isla que asombró al mundo". Korpisaari, Antti; Martti Pärssinen (eds.), Pariti: isla, misterio y poder. El tesoro cerámico de la cultura Tiwanaku, La Paz: CIMA.

Saignes, Thierry

1990 Ava y Karai. Ensayos sobre la historia chiriguano (siglos XVI-XX). La Paz: HISBOL.

1986 En busca del poblamiento étnico de los Andes bolivianos (siglos XV y XVI). La Paz: Museo Nacional de Etnografía y Folklore, Avances de Investigación, 3

1985 Los Andes Orientales, historia de un olvido. La Paz: CERES - IFEA.

Saignes, Thierry; Isabelle Combès

1995 "Chiri Huana: nacimiento de una identi-

dad mestiza". Riester, Jürgen (ed.), Chiriguano. Santa Cruz de la Sierra: APCOB.

Salazar, Diego

2003-2004 "Arqueología de la minería. Propuesta de un marco teórico". Revista de Antropología, 17.

Sancho de la Hoz, Pedro

1962 [1534] Relación de la conquista del Perú escrita por Pedro Sancho secretario de Pizarro. Madrid: Ed. Joaquín García Icazbalceta.

Saunaluoma, Sanna; Denise Schaan

2012 "Monumentality in Western Amazonian formative societies: geometric ditches endosures in the Brazilian state of Acre". Antiqua, 2.

Schaan, Denise

2010 "Paisagens da Amazônia Ocidental". Schaan, Denise et al. (eds.), Geoglifos. Paisagens da Amazônia Ocidental. Belém: Universidad Federal do Pará.

2004 The Camutins Chiefdom: Rise and Development of Social Complexity on Marajó Island, Brazilian Amazon. Pittsburgh: University of Pittsburgh (Tesis doctoral).

2008 "The Non-Agricultural Chiefdoms of Marajó Island". Silverman, H. I. et al. (eds.), Handbook of South American Archaeology. New York: Springer.

Schiappacasse F., Virgilio; Hans Niemeyer

2002 "Ceremonial Inca provincial: El asentamiento de Sagura (Cuenca de Camarones)". Chungara, Revista de Antropología Chilena, Vol.34/1.

Schramm, Raimund

2012 Pocona y Mizque. Transformación de una sociedad indígena en el Perú colonial. La Paz: UMSS - Plural.

1990 "Mosaicos etnohistóricos del valle de Cliza (valle alto cochabambino), siglo XVI". Historia y Cultura, 18.

Schreiber, Katharina

1992 Wari Imperialism in Middle Horizon Peru. Anthropological Papers Museum of Anthropology. Ann Arbor: University of Michigan.

Sica, Gabriela; Sandra Sánchez

1996 "Pueblos indígenas de la Quebrada de Humahuaca. Siglos XVI-XVII". Albó, Xavier (comp.), La integración surandina. Cinco siglos después. Cusco: CBC-CNG-TEA - UCNA.

Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia

2001 Nuevos Estudios del Arte Rupestre de Bolivia. Boletín, 15.

Sores de Ulloa, Pedro

1595 Revisita del General Juez Visitador Pedro Sores de Ulloa. Sucre: Archivo Nacional de Bolivia. Tierras e Indios 1787/52 (Transcripción y comentarios de Antero Klémola, 1996).

Standen, Vivien G.; Calogero Santoro

2004 "Arica pasado y presente: una visión antropológica multidisciplinaria; síntesis y propuestas para el Período Arcaico". Chungara, Revista de Antropología Chilena, Vol. Especial.

Stanish, Charles (ed.)

2008 "Hacia una imagen del espacio social en Tiwanaku: perspectivas por medios geofísicos en el altiplano boliviano". Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas / UMSA - PIEB - ASDI-SAREC.

2003 Ancient Titicaca, the evolution of complex society in Southern Peru and Northern Bolivia. Los Ángeles: University of California Press.

2001 "Formación estatal temprana en la cuenca del lago Titicaca, Andes surcentrales". Boletín de Arqueología PUCP, 5.

1997a "Archaeological Survey in the Juli - Desaguadero Region of Lake Titicaca Basin, Southern Peru". Fieldiana, Anthropology New series, 29.

1997b "Nonmarket imperialism in a prehispanic context: the Inca occupation of the Titicaca Basin". Latin American Antiquity, 8/3.

Stehberg, Rubén

1995 Instalaciones incaicas en el Norte y centro semiárido de Chile. Santiago de Chile: Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos.

Susnik, Branislava

1978 Los aborígenes del Paraguay I. Etnología del Chaco boreal y su periferia (siglos XVI y XVII), Asunción: Museo etnográfico Andrés Barbero.

Tantalean, Henry
2008 Arqueología de la Formación del Estado. El caso de la cuenca Norte del Titicaca. Lima: Fondo Editorial Pedagógico Universidad -UMSM.
Tapia Matamala, Orlando
2009 "Variantes espaciales y temporales de la tradición cerámica Mojocoya. Norte y centro de Chuquisaca (Bolivia)". Anales de la XXIII Reunión de Etnología. La Paz: MUSEF.
Torero, Alfredo
1992 "Acerca de la familia lingüística uruquilla (Uru-Chipaya)". Revista Andina. Año 10/1.
1987 "Lenguas y pueblos altiplánicos en torno al siglo XVI". Revista Andina. Año 5/2.
1972 "Lingüística e historia en la sociedad andina". Escóbar, Alberto (Ed.), El reto del multilingüismo. Lima: IEP.
Torres, Elizabeth
2004 La Paz, ciudad. Documento inédito preparado para la Maestría en Gestión Cultura. Sucre: Universidad Andina Simón Bolívar.
Troll, Carl
1958 "Las culturas superiores y el medio geográfico". Revista del Instituto de Geografía, 5.
Tschopik, Marion H.
1946 "Some Notes on the Archeaeology of the Department of Puno, Peru". Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Harvard University, Vol. XXVII/3.
Tyuleneva, Vera
2010 Cuatro viajes a la Amazonía boliviana. La Paz: Foro Boliviano sobre Medio Ambiente y Desarrollo.
Uhle, Max
1956 [1935] "Las antiguas civilizaciones del Perú frente a la arqueología e historia del continente americano". Revista del Museo Nacional, 25.
1920 "Los principios de las civilizaciones en la sierra peruana". Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos, 4/12
Uhle, Max; Stubel, Alphons
1892 Die Ruinenstätte von Tiahuanaco im Hochlande des alten Perú. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbständiger Aufnahmen. Leipzig: Karl W. Hiersemann.
Van Buren, Mary
2003 "Un estudio etnoarqueológico de la tecnología de fundición en el Sur de Potosí, Bolivia". Textos Antropológicos 14/2.
S.f. Proyecto Arqueológico Porco-Potosí. La minería de la plata en los Andes meridionales durante las épocas de los inkas y los españoles coloniales. Fort Collins: Colorado State University.
Van Buren, Mary; Bárbara Mills
2005 "Huayrachinas and Tocochimbos: Traditional smelting technology of the southern Andes". Latin American Antiquity, 16.
Van Buren, Mary; Claire Cohen; T. Rehren
2008 "La huayrachina por dentro y por fuera: Un estudio arqueo-metalúrgico de la tecnología de fundición de plomo en Porco-Potosí, Bolivia" Cruz, Pablo; Jean-Joinville, Vacher (eds.), Mina y metalurgia en los Andes del Sur. Desde la época prehispánica hasta el siglo XVII. La Paz: IRD - IFEA.
Vázquez de Espinoza, Antonio
1983 [1628] Compendio y descripción de las Indias Occidentales. Bayón: Ed. Balbino Velasco.
Vetter, Luisa
2008 Plateros indígenas en el Virreinato del Perú, siglos XVI- XVII. Lima: Fondo Editorial de la Universidad San Marcos.
Vinning, Benjamin, William Blom; Nicole Couture
2008 "Hacia una imagen de espacio social en Tiwanaku". Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas - UMSA - PIEB - ASDI/SAREC.
Villanueva, Juan
2014 "Moldeando la vida: La Colección de cerámica del Museo Nacional de Etnografía y Folklore, según la cadena de producción". MUSEF, La Paz.
Vranich, Alexei
2008 "Tiwanaku y la dinámica urbana precolombina. La investigación actual, los rumbos del futuro". Arqueología de las tierras altas, valles interandinos y tierras bajas

de Bolivia. Memorias del Primer Congreso de Arqueología de Bolivia. La Paz: Instituto de Investigaciones Antropológicas y Arqueológicas / UMSA - PIEB - ASDI/SAREC.

Vranich, Alexei; Jason Yaeguer; José María López; Marcelo Maldonado (comps.)

2002 Informe de los trabajos arqueológicos realizados por el Proyecto Arqueológico Pumapunku - Akapana. Documento interno presentado a la Unidad Nacional de Arqueología, La Paz.

Wachtel, Nathan

2001 El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia, del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva. México: El Colegio de México - Fideicomiso Historia de las Américas - Fondo de Cultura Económica.

1982 "The Mitimas of the Cochabamba Valley: The Colonization Policy of Huayna Capac". G., Collier et al., (ed.), The Inca and Aztec States 1400-1800. New York: Academic Press.

1978 "Hommes d'eau: le problème Uru, XV-XVIIème siècle". Annales, Economies, Sociétés et Civilisations, 33/(5-6).

Walker, John Hamilton

2012 "Regional Associations and a Ceramic Assemblage from the Fourteenth Century Llanos de Mojos". Andean Past, 10.

2004 "Agricultural Change in the Bolivian Amazon - Cambio Agrícola en la Amazonía Boliviana". Memoirs in Latin American Archaeology, 13.

2000 "Raised Field Abandonment in the Upper Amazon". Culture and Agriculture, 22/2.

1999 Agricultural Change in the Bolivian Amazon. University of Pennsylvania (tesis doctoral).

Wassén, S.H.

1972 "A Medicine-man's Implements and Plants in a Tiahuanacoid tomb in Highland Bolivia". Etnologiska Studier, 32.

Wheeler, Jane

1998 "Evolution and Origin of Domestic Camelids". Alpaca Registry Journal, III.

Williams, Verónica

2000 "El Imperio Inka en la provincia de Catamarca". Intersecciones en Antropología, 1.

Wright, Henry; Gregory Johnson

1975 "Population, Exchange and Early State Formation in Southwestern Iran". American Anthropologist, 77.

Yacobaccio, Horacio

2003 "Procesos de intensificación y de domesticación de camélidos en los Andes Centro-Sur". Memorias del Tercer Congreso Mundial sobre Camélidos, Tomo I, Potosí.

Zanolli, Carlos

2003 Los chichas como mitimaes del Inca. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Antropología.

1995 "Omaguaca: La tierra y su gente. Presencia Chicha hacia el Sur de Taliuna. Siglo XVI". Presta, Ana María (comp.), Espacio, etnias, frontera. Sucre: ASUR.

Autores



Ximena Medinacelli Gonzáles. Doctora en Historia es docente titular de la materia Historia Prehispánica e investigadora del Instituto de Estudios Bolivianos - UMSA. Es miembro de la Academia Boliviana de la Historia y de la Coordinadora de Historia. La investigación histórica que realiza tiene dos vertientes: género y etnohistoria particularmente de la Colonia temprana tanto en el altiplano Sur como en la región potosina y la misma Villa Imperial. De manera individual, colectiva o como coordinadora, tiene varios libros publicados. Su obra Alterando la rutina (1989), sobre la historia de las mujeres urbanas y la serie de cuadernos sobre la historia del Norte de Potosí (1997) ganaron premios de la Reforma Educativa para su amplia difusión. Sariri. Los llameros y la construcción de la sociedad colonial (2011) es el título de su libro, producto de la tesis doctoral. Produjo también videos con temática histórica. En el campo archivístico es autora de varios artículos y coordinó un diplomado en Archivos Históricos; dirigió también equipos para el ordenamiento de archivos provinciales. Fue Directora del Archivo de La Paz (2000-2004).



Silvia Arze. Historiadora especializada en investigación sobre sociedades del campo y de la ciudad del actual territorio boliviano, y sus procesos entre los siglos XVI a XVIII, especialmente en temas relacionados con manifestaciones materiales de cultura, arte , arte popular, identidad y simbología.

Es autora de varios libros, entre ellos Arte textil y mundo andino (junto con T. Gisbert y M. Cajías) obra que recibió el Gran Premio Iberoamericano Raúl Augusto Cortázar del Fondo Nacional de las Artes, Argentina, a la mejor obra en 1990.

Especializada en museografía y diseño conceptual de museos, así como en desarrollo de producción material basada en tradiciones culturales e identidad, en temas como etnicidad, interculturalidad y herencia cultural. Ha coordinado varios equipos de investigación de campo, y de capacitación en museos comunitarios y arte popular. Consultora externa del Museo Nacional de Etnografía (MUSEF),

Es miembro de la de la Coordinadora de Historia, de Bolivian Studies Association (Loyola University, Nueva Orleans) y miembro fundadora de Antropólogos del Sur Andino (ASUR). Profesora del Postgrado de Museología de la Facultad de Arquitectura de la UMSA de La Paz y evaluadora de tesis de grado en la UCB y UMSA. Profesora invitada en el programa Duke in the Andes de la

Universidad de Duke. Fue invitada por Tropen Museum de Holanda a trabajos en museos en La Haya, Amsterdam, Leiden y Roterdam.



Pilar Lima Torrez es arqueóloga de la Universidad Mayor de San Andrés y Maestrante del Programa de Gestión Cultural de la Universidad Andina Simón Bolívar. Actualmente es miembro de la Sociedad de Investigación del Arte Rupestre de Bolivia (SIARB) y de la Coordinadora de Historia. Sus principales investigaciones están centradas en la presencia Inca en Bolivia y su relacionamiento con las poblaciones locales, especialmente en los casos Yampara (Chuquisaca), Quillacas y Carangas (Oruro). Otros intereses de investigación están referidos al estudio de torres funerarias (chullpas), procesos de interacción inter-ecológica y arte rupestre Colonial. Fue docente de la Universidad Mayor de San Andrés entre 2000 - 2008.

Entre sus principales publicaciones figura el libro Turco Marka. Hombres, dioses y paisaje en la historia de un pueblo orureño (Instituto de Estudios Bolivianos, 2012), un trabajo interdisciplinario coordinado por Ximena Medinacelli, que junto a otros autores presenta la continuidad histórica de la actual capital de los Carangas. Otros artículos relevantes son: "La presencia Inka y su relación con las poblaciones locales en la región occidental de Bolivia: Los casos de Carangas y Quillacas, Oruro" (Ocupación Inka y dinámicas regionales en los Andes, Claudia Rivera ed. IFEA - PLURAL, 2014); "Fenomenología del paisaje" (Iglesias y fiestas en el Altiplano de La Paz y Oruro. Aproximaciones multidisciplinarias, Museo Nacional de Etnografía y Folklore, 2013); "La política imperial Inka en el Norte de Chuquisaca: cambios y reestructuraciones en la capital Yampara de Quila Quila, Bolivia" (El Inkario en los Valles del Sur Andino Boliviano, Sonia Alconini ed. BAR Internacional Series 1868, 2008); "Interculturalidad como estrategia de control político: La relación de los Inkas con los grupos locales del Sur del lago Poopó" (Arqueología de las Tierras Altas, Valles Interandinos y Tierras Bajas de Bolivia, Memorias del I Congreso de Arqueología de Bolivia UMSA, PIEB, ASDI-SAREC, 2008).



Isabelle Combès, antropóloga, doctora de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en París. Investigadora asociada con el Instituto Francés de Estudios Andinos; profesora del programa de post-grado en historia de la Universidade Federal da Grande Dourados (Mato Grosso do Sul, Brasil); miembro del Taller de Estudios e Investigaciones Andino-Amazónicos (TEIAA, Barcelona); coordinadora de la colección Scripta Autochtona. Historia indígena de las tierras bajas, de la editorial Itinerarios, Cochabamba; coordinadora del Centro de Investigaciones Históricas y Antropológicas del museo de Historia de la Universidad Autónoma Gabriel René Moreno, Santa Cruz.

Es autora de libros sobre la historia indígena de las tierras bajas bolivianas, entre lo que se puede citar Etno-historias del Isoso. Chané y chiriguanos en el Chaco boliviano (siglos XVI-XX) [2005]; Zamucos [2009]; Diccionario étnico. Santa Cruz de la Sierra y su entorno en el siglo XVI [2010]; Kuruyuki [2014], así como varios artículos en revistas bolivianas y extranjeras.



Carla Jaimes Betancourt, arqueóloga, es doctora en Estudios de Antropología y Arqueología Americana por la Universidad de Bonn, Alemania y licenciada en Arqueología por la Universidad Mayor de San Andrés. Es codirectora del Proyecto Arqueológico Boliviano Alemán en Mojos desde el año 2004. Sus investigaciones estuvieron particularmente enfocadas al estudio de la cerámica prehispánica de los Llanos de Mojos. Actualmente tiene una beca post-doctorado del Instituto Alemán de Arqueología para sus estudios sobre estilos cerámicos del Iténez/Guaporé y el año 2013 estuvo como docente invitada de la Pontificia Universidad Católica de Quito.

Es autora del libro "La cerámica de la Loma Salvatierra" (DAI, Plural 2012) y publicó artículos en revistas y libros sobre arqueología amazónica: "La cerámica de los afluentes del Guaporé en la colección de Erland von Nordenskiöld" (Zeitschrift für Archäologie Außereuropäischer Kulturen 4, 2012), "La cerámica de dos montículos habitacionales en el área de Casarabe, Llanos de Mojos" (The Past Ahead. Language, Culture, and Identity in the Neotropics. Isendahl, Ch. ed., Studies in Global Archaeology 18, Uppsala 2012), "Diversidad cultural en los Llanos de Mojos" (Arqueología Amazónica. Las civilizaciones ocultas del bosque tropical. Valdez, Fr. ed., Actas del coloquio internacional Arqueología regional en la Amazonía occidental: técnicas, resultados y políticas, IFEA / IRD / Abya-Yala. Quito 2013), "Unidad en la Diversidad. Implicaciones de la variabilidad cerámica de la región del Iténez, Bolivia" (Antes de Orellana. Actas del 3er Encuentro Internacional de Arqueología Amazónica, Rostain St. (ed.), IFEA / FLACSO / Embajada de EEAA, Quito. 2014).



Heiko Prümers, arqueólogo, doctorado por la Universidad de Bonn (Alemania), es investigador del Instituto Alemán de Arqueología. Ha trabajado en Perú, Ecuador y México antes de iniciar sus estudios en las tierras bajas de Bolivia hace más de 20 años. Entre sus últimas publicaciones figuran "Volver a los sitios - el Proyecto Boliviano-Alemán en Mojos" (Estudios Indiana 5, Berlin 2013), "El Proyecto Lomas de Casarabe: Investigaciones arqueológicas en los Llanos de Moxos, Bolivia" (The Past Ahead. Language, Culture, and Identity in the Neotropics. Isendahl, Ch. ed., Studies in Global Archaeology 18, Uppsala 2012) y ¿"Charlatanocracia" en Moxos? (Boletín de Arqueología PUCP 11, 2009).



Mariela Rodríguez Laguna. Licenciada en Historia de la Universidad Mayor de San Andrés. Sus investigaciones de han centrado en el campo de la etnohistoria y las fronteras al Sur de la Audiencia de Charcas durante la colonia temprana. En el campo archivístico, ha dictado cursos sobre Archivística en la Facultad de Ciencias Económicas y Financieras de la Universidad Mayor de San Andrés.

Para nosotros, la historia permite desarrollar una mirada analítica, crítica y reflexiva. Esto significa que, como académicos y profesionales, proporcionamos elementos para pensar y no para repetir, para comparar visiones y proposiciones, para generar reflexión antes que entregar una interpretación histórica que pretenda ser la única y la verdadera. La historia contribuye así a la creación de una ciudadanía activa, a la construcción de una esfera pública informada y democrática.

El tomo De los orígenes a la construcción de los Estados prehispánicos brinda una mirada de conjunto al pasado más remoto de lo que hoy es Bolivia tomando los aportes tanto de la historia como de la arqueología: tiene en ese sentido un enfoque interdisciplinario. Abarca desde los orígenes de la presencia humana en América hasta la caída de la última formación estatal en ese territorio. Se ha hecho también un esfuerzo por dar un enfoque equilibrado entre los desarrollos culturales tanto del altiplano, de los valles como de las tierras bajas. Al pensar que se trata de un proceso complejo, enfatizamos tres ejes: la multiculturalidad, la presencia o ausencia del Estado y la relación sociedad y medioambiente.

